

RECONQUISTAR PLENTY

Colin Greenland

A las mujeres que manejan el volante

Primera parte: ***Encuentros en la Cinta de Moebius***

—¿Pellido? —preguntó el inspector del puerto.

—Jute —replicó ella.

—¿Ombre?

—Tabitha.

—¿Ituación?

—Propietaria independiente.

—¿Ave?

—*La Alice Liddell* —dijo Tabitha.

El inspector del puerto alzó su rostro pulcramente afeitado hacia ella y sus ojos la contemplaron con fijeza por encima del monitor de lectura.

—Ipo y matricula de la ave —dijo.

—Oh, sí, claro... —dijo Tabitha—. Bergen Kobold. BGK cero...

Se subió la manga y echó una rápida mirada a su monitor de muñeca. Veía el número de matrícula de *la Alice* un mínimo de veinte veces al día, pero nunca lograba recordarlo y siempre tenía que consultar con el monitor.

—Cero—nueve—cero—cinco—nueve.

—¿Opósito de la visita?

—Tengo que ver a un hombre para hablar de un trabajo con él —replicó Tabitha—. Oiga, ¿no podría darse un poquito de prisa?

Pero el inspector era un eladeldi. La lengua asomaba por entre sus labios y lo anotaba todo con un punzón manual mientras iba echando miradas a sus datos.

Tabitha lanzó un suspiro de irritación y dejó que sus dedos repiquetearan impacientemente sobre la pulida superficie de la mesa que tenía delante.

Sus ojos recorrieron la sala. Todas las colas avanzaban a gran velocidad salvo la suya. Los residentes sólo tenían que introducir su tarjeta en la ranura y

salir por la puerta, pero su mala suerte habitual había hecho que tuviera que vérselas nada menos que con un eladeldi.

Supo lo que iba a decir en cuanto el inspector abrió su boquita color púrpura.

—Os archivos indican que hace dos eses eclaró ener un oblema con el istal del eje —dijo el inspector.

—Sí —replicó Tabitha.

—Y el istal del eje aún no ha ido ustituido, ¿erdad? —observó el inspector.

—No dijo ella—. ésa es la razón de que deba hablar con ese hombre por lo del trabajo, ¿comprende?

Pero el inspector aún tenía que imprimir otra copia de las normas capellanas referentes a los niveles de degradación máximos aceptables en los cristales de los ejes, y no la dejó pasar hasta haber terminado de imprimirla.

Tabitha metió los papeles en su bolsa de viaje para que hicieran compañía a los tres documentos idénticos perdidos en algún lugar indeterminado de sus profundidades y consultó el monitor para ver la hora.

—Mierda... —dijo.

La terminal comercial estaba cerrada a causa de alguna operación policial, y Tabitha acabó siendo desviada por un túnel larguísimo que terminaba en el recinto civil. La sala estaba atestada. Navegantes y pilotos de uniforme se abrían paso entre los enjambres de porteadores humanos y mecánicos. Evangelistas de ojos llameantes metían sus opúsculos con profecías sobre la Fusión Total inminente en las patas, abanicos y manos de los turistas que les contemplaban con mirada algo vidriosa. Los hologramas que anunciaban negocios locales, estaciones de la red y atracciones arqueológicas chillaban, canturreaban y giraban sobre sus sopores compitiendo unos con otros en un intento de llamar la atención del público. El jaleo era todavía más ensordecedor que de costumbre.

Lo cual era lógico, teniendo en cuenta que estaban en pleno carnaval.

La terminal de Tabitha sintonizó un canal ambiental y empezó a torturarla con el estridente sonsonete metálico de la música salsa. Tabitha hizo una mueca de irritación, se arrancó el audífono de un manotazo y dejó que colgara alrededor de su cuello. Si no se daba un poco de prisa jamás conseguiría llegar a la ciudad antes del mediodía. Cogió su bolsa de viaje, esquivó una plataforma cargada de maletas y bultos, se deslizó por entre un grupo de perks que estaban discutiendo a voz en grito y usó los codos para apartar a los dos altaceanos y al guía turístico con el que estaban intentando regatear. Colocó su bolsa delante del cuerpo y se fue abriendo camino por entre la multitud aprovechando al máximo la baja gravedad hasta que consiguió salir del recinto.

Hacía frío y el polvo estaba por todas partes. Los vientos del desierto transportaban torbellinos de arenilla que giraban locamente de un lado a otro. Niños flacos como palillos se lanzaban sobre la multitud que emergía del recinto ofreciendo sus servicios con ceñuda eficiencia. Tabitha Jute tiró del

cuello de su vieja y maltrecha chaqueta metalizada y dejó atrás los puestos de baratijas y las tiendas para buscar un medio de transporte.

Las colas para coger un aerotaxi debían ser inmensas, y Tabitha optó por la acera móvil que llevaba al canal. Cuando llegó allí descubrió una cola casi tan larga como la que había intentado evitar, pero por fortuna la mayoría de turistas querían ir en un deslizador robotizado y Tabitha no podía permitirse ese lujo. Un golpe de suerte le permitió colarse delante de una familia de piel blanca que aún estaba embobada admirando el color del agua y lanzar su bolsa de viaje sobre la cubierta de la embarcación que acababa de llegar al atracadero.

—A la Cinta de Moebius —dijo.

La embarcación se apartó del muelle y se alejó corriente abajo dejando atrás los gritos de irritación de la familia. Tabitha se sentó a popa y contempló el rápido deslizarse de los huertos de olivos y jardines de esponja esparcidos en ambas orillas que no tardaron en ser sustituidos por los astilleros, refinerías de sílice y plantas de aire. La compleja telaraña de las torres de Schiaparelli se hizo visible en la lejanía y se esfumó una fracción de segundo después. La embarcación se internó por el canal que llevaba a Wells, y las paredes de roca color rosa coral se cerraron a su alrededor ocultando los contornos de las torres.

—¿Ha venido a ver el carnaval? —preguntó la conductora.

El tono de su voz indicaba que estaba harta de todo, y el que Tabitha respondiera con una negativa no pareció mejorar su estado de ánimo. La conductora era vespana y, como todos sus congéneres, parecía estar envuelta por una aureola entre humilde y hostil. La atmósfera le había moteado las flacas mejillas con un curioso mosaico de manchas marrones. Miró a Tabitha y empezó a quejarse del frío.

—Se vivía mucho mejor antes de que quitaran la cúpula dijo—. ¿Ha estado aquí cuando aún teníamos la cúpula?

—No, la quitaron antes de que yo naciera —replicó Tabitha.

—Entonces se estaba calentito —dijo la conductora—, pero esos idiotas la quitaron. Dijeron que iban a poner sistemas solares. —Sus rasgos se fruncieron y se apelotonaron ofreciendo una nueva exhibición de movilidad—. Y no los han puesto. Aún siguen discutiendo quién tiene que pagarlos.

La conductora alzó los codos, y Tabitha pensó que parecía un montón de pepinillos verdes rancios envueltos en una chaqueta de pana marrón. La lustrosa piel de sus lóbulos estaba arrugada y marchita, y los abolsamientos de su rostro dibujaban una mueca inalterable de hastío y desesperación. Tabitha se preguntó cuánto tiempo debía llevar recorriendo los canales para arañar el dinero que le permitiera seguir con su miserable existencia mientras los viajeros que transportaba hacían oídos sordos a ese interminable chorro de quejas que no les importaban en lo más mínimo. La conductora jamás conseguiría reunir el dinero o el valor suficientes para emprender el largo viaje de regreso a casa.

Avanzaron por el canal de aguas carmesíes hasta llegar a los arrabales de la nueva ciudad. Los gritos de los vendedores y el zumbido de los taxis

flotaban en las ráfagas de viento y creaban ecos estridentes que se perdían sobre las sucias aguas. Un grupito de prostitutas palerianas con las cabelleras lanudas esculpidas por permanentes baratas fumaban sentadas sobre los peldaños que llevaban a la Arcada Malibú balanceando lentamente las piernas hacia atrás y hacia adelante. Cada embarcación que pasaba ante ellas era acogida con gritos y silbidos. La conductora de Tabitha empezó a quejarse de que las prostitutas le hacían la vida imposible y Tabitha se inclinó hacia adelante sintiendo el roce del agrietado plástico rojo del banco sobre su trasero.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas —dijo.

Metió la cabeza en la burbuja que protegía el teléfono, extrajo el conector de su terminal y lo metió en el aparato. La pantallita cubierta de arañazos la saludó con unas notas musicales y le mostró el logotipo de una compañía telefónica. Después llegó la inevitable retahíla de anuncios, un poco más larga de lo habitual debido a que estaban en época de carnavales. Tabitha clavó los ojos en el recuadro de la esquina inferior izquierda de la pantalla y contempló el alegre bailoteo de los números que iban royendo implacablemente su cuenta de crédito.

Había marcado el número de la Cinta de Moebius, pero las líneas estaban saturadas y sólo consiguió que el ordenador le respondiera pidiéndole que tuviera paciencia y que volviera a intentarlo. Marcó otro número y esperó.

Dejaron atrás una falúa cargada de azufre con una tripulación de niños. La falúa remolcaba una manta del desierto atada a una cuerda negra que parecía interminable. El animal temblaba y se convulsionaba en aquella atmósfera fría a la que no estaba acostumbrado, y sus alas parecían dos trozos de tela sucia.

Tabitha logró que le pusieran con el número que había pedido. Un rostro de piel aceitosa apareció en la pantalla y le sonrió en cuanto se hubo identificado.

—¿Has venido a ver el carnaval?

—No, Carlos... Asunto de negocios —replicó ella—. Carlos... ¿a qué precio están los cristales de eje?

—¿Qué tienes?

—Una Kobold.

—¿Todavía sigues con ese cacharro? El día menos pensado se desintegrará a tu alrededor.

—Sí, la pobre no para de repetírmelo —dijo Tabitha—. Venga, Carlos... Tengo prisa. ¿Cuánto?

Carlos se lo dijo. Tabitha soltó un taco.

Carlos se encogió de hombros.

—Es el problema de trabajar con piezas de museo —dijo, y en su voz no había ni la más mínima simpatía—. No hay forma de conseguir repuestos. —Se rascó una oreja—. Si quisieras un cristal de Navajo Escorpión podría dejártelo tirado.

—Muérete, Carlos.

Pensó en los altaceanos del espaciopuerto que chillaban y resoplaban rodeados de paquetes y maletas.

—Oye, ¿has visto al capitán Frank últimamente?

—Un cristal de eje para una Bergen Kobold... Sí, creo que es justo el tipo de artículo que sólo te puede proporcionar el viejo Frank. —Carlos sonrió—. Oye, ¿por qué no te das una vuelta por el mercadillo? Quizá tengas suerte.

—Muchísimas gracias, Carlos.

—Anímate, Tabitha —se despidió Carlos—. Recuerda que estamos en carnaval.

Carnaval en Schiaparelli... Los canales están atestados de autobuses que transportan a grupos de turistas, los puentes están festoneados de banderas. Los globos se escapan de entre los dedos y los fuegos artificiales se despliegan por el cielo. La ciudad hierve bajo la luz rojiza saturada de humo. Los agentes de los eladeldis están por todas partes patrullando incansablemente, pero durante estos días el placer es el único amo. ¿Qué os parece si vamos al Estanque Rubí? ¿Y si vamos a contemplar los duelos de los aerodeslizadores que revolotean sobre Al-Kazara? O a la ciudad antigua, donde los viejos silos vibran con las notas de la última raga y el vino de Astarté hace que la sangre corra más deprisa por las venas de los jóvenes y de quienes presumen de su hermosura... Un millar de olores —salchichas y sudor, fósforo y pachulí— se mezclan promiscuamente en las calles y los centros comerciales. Los vasos tintinean y los cubiertos chocan ruidosamente con los platos en las cantinas abiertas toda la noche, donde los borrachos engañan a los camareros robots y huyen a lo largo de las arcadas sin haber pagado sus consumiciones con el vapor de su aliento humeando en la tenue atmósfera invernal.

Mil luces de colores se reflejan en la aceitosa superficie de las aguas y se encienden y se apagan arrancando destellos a las grietas y agujeros que cubren las fachadas de los edificios. Mil ruidos distintos asaltan los oídos.

Organos de vapor y estriduladores, cañonazos y sirenas..., todos los sonidos se mezclan con el parloteo apresurado y las risas de los que se divierten, e incluso el alarido de la sirena de un deslizador de la policía que se va abriendo paso lentamente corriente arriba queda casi ahogado por el estrépito. El policía —un humano— se inclina por dos veces sobre los controles de su aullador, pero su vehículo acaba teniendo que detenerse. El reluciente caparazón negro de su servoarmadura le presta una apariencia rígida y vagamente ofendida, como si fuese un escarabajo gigantesco rodeado por una multitud de hormigas.

La embarcación atracó en el Bulevar Mosquito, justo debajo de la pista de patinaje. La pared estaba llena de mocosos harapientos con las caras sucias que chupaban bolas de musgo humeante y se insultaban ferozmente los unos a los otros.

—Esto no es la Cinta de Moebius dijo Tabitha.

La conductora alzó bruscamente un codo y su expresión malhumorada se hizo un poquito más ceñuda.

—Es lo más cerca que puedo llegar, hermana. Falta poco para el desfile, y el Gran Canal está cerrado.

Tabitha puso cara de irritación, pagó y saltó ágilmente al embarcadero. Las luces de sodio arrancaron destellos a su chaqueta metalizada y sus botas hicieron crujir los granos de arena que cubrían los tablones.

Intentad ver a Tabitha Jute con los ojos de vuestra mente. Olvidad a la Tabitha Jute que muestran las redes de comunicaciones, la heroína del hiperespacio capaz, astuta y embellecida por todos los recursos del arte cosmético que sonríe confiadamente mientras alarga una mano hacia la neblina tachonada de estrellas de la Vía Láctea. No, imaginaros a una joven cansada y no muy alta, vestida con una chaqueta metalizada llena de grietas y unos pantalones manchados de aceite que se abre paso a codazos sin ninguna clase de contemplaciones por entre la animada multitud que ha acudido a ver el carnaval de Schiaparelli. Tabitha mide un metro y sesenta y dos centímetros con los calcetines puestos, es bastante ancha de hombros y de caderas y pesa unos sesenta kilos a una gravedad, aunque es bastante raro que pueda disfrutar de ella. Tiene el cabello de un color jengibre oscuro y siempre lo lleva cortado con la falta de contemplaciones que distingue a quienes pasan mucho tiempo en el espacio y no se preocupan de seguir los dictados de la moda. Su piel es de un color café con leche de lo más corriente, y cuando está enfadada se llena de pecas. Y aquí la tenemos ahora, recién llegada de Chateaubriand. El viaje ha sido largo y pesado, Tabitha tiene los miembros rígidos y doloridos, se siente sucia y necesita una ducha lo más pronto posible..., ah, y hay bolsas de un color verde oliváceo debajo de sus ojos color avellana. Si hubieran tropezado con ella esa noche no habrían perdido ni un segundo observándola, y enseguida se habrían olvidado de ella para contemplar la elegancia, la belleza y el abigarramiento de la fiesta.

Pero aquella zona no era elegante, bella o abigarrada, y no cabía duda de que era la más olvidada por la celebración del carnaval. Tabitha se agachó para pasar por debajo de la pasarela de cemento y avanzó por una calle flanqueada de puestos improvisados mediante tuberías y tablones, abriéndose paso por entre los transeúntes que examinaban las mercancías ofrecidas a la venta. Hileras de biofluorescentes atadas con trozos de cordel colgaban sobre su cabeza yendo de un poste a otro. Sin pretenderlo, Tabitha había acabado llegando al mercadillo de Schiaparelli.

Algunos propietarios de puestos callejeros habían hecho un pequeño esfuerzo para participar en la atmósfera del carnaval. Sus montones de cassettes y prendas de segunda mano estaban adornados con máscaras y guirnaldas. Un puesto cercano estaba ocupado por pilas de ropas multicolores en las que podía encontrarse de todo, desde zapatos de aluminio hasta kinocamisetas del peor gusto imaginable que mostraban gatitos guiñando los ojos, unicornios haciendo cabriolas o mujeres que se desnudaban lentamente mientras giraban sobre sí mismas. Los coleccionistas hurgaban en las cajas repletas de gafas de sol y discutían los méritos de los despojos recuperados de entre la basura de los cruceros de lujo. Dos mujeres muy flacas vestidas con lo que parecían trajes de niño estaban sentadas detrás de una mesa llena de animales de porcelana y se maquillaban minuciosamente la una a la otra al calor de una maltrecha estufa reactiva. Tabitha pasó junto a ellas y una de las mujeres la llamó con un silbido tan estridente que casi la dejó sorda.

Un robot comercial que parecía a punto de caerse en pedazos emergió de debajo del toldo que lo protegía y le disparó un chorro de subliminales llenándole la cabeza con imágenes de piscinas moteadas por el sol y con los olores de la zarzamora y el deseo. Un niño de piel amarilla intentó conseguir que se interesara por un frasco de cristal que contenía una considerable cantidad de moscas muertas. Cuando dobló la esquina se encontró con un grupo de altaceanos vestidos con jerseys gruesos y gorras cónicas de fieltro marrón que montaban guardia junto a las acumulaciones de desperdicios humanos colocadas ante ellos. Los altaceanos estaban encorvados en sus taburetes y se hallaban profundamente sumidos en la melancolía de su eterno malestar. Tenían los hocicos inflamados, y los efectos irritantes de esa atmósfera a la que nunca conseguirían acostumbrarse hacían que no parasen de gotear. Los alienígenas intercambiaron una ruidosa retahíla de resoplidos y suspiros y le hicieron señas con la mano. Sabían reconocer a una transportista independiente en cuanto la veían.

—¿Tenéis cristales de eje? —gritó Tabitha—. ¿Tenéis algún cristal de eje para una Bergen Kobold?

Los altaceanos dejaron escapar unos cuantos bufidos jadeantes y movieron las manos señalando sus montones de respiradores viejos e intercambiadores de calor desmontados como si aquellos tesoros fueran los únicos objetos necesarios para llevar una existencia feliz y cómoda. Tabitha perdió un valioso minuto de su tiempo extrayendo de la base de un montículo algo que parecía prometedor pero que resultó ser un anillo de refracción cáustica. Tabitha volvió a dejarlo encima del montón. Haberse metido en el mercadillo era la forma más estúpida imaginable de perder el tiempo.

Esquivó a un grupo de espacionautas borrachos vestidos con los colores de la Shenandoah que acababan de salir de un bar y se divertían gritando y dándose empujones los unos a los otros, siguió adelante y empezó a abrirse paso por entre la multitud que había invadido las orillas del Gran Canal. Dejó atrás turistas gordos vestidos con atuendos rarísimos alguaciles reconocibles por sus monos abolsados y una cámara personal manejada a control remoto cuya cabeza giraba de un lado a otro registrando cuanto ocurría en beneficio de su propietario, quien había tomado la sabia decisión de quedarse en casa. Una embarcación avanzaba majestuosamente por el canal con sus velas de milar restallando bajo el impacto de las ráfagas de viento. Detrás de ella se arrastraba un deslizador alquilado por los trabajadores de la Corporación Mivvy para dar una fiesta. Cinco palernianos subidos a una balsa de apariencia muy frágil eran visibles por entre los cordajes de la embarcación. Los palernianos gritaban y agitaban sus enormes brazos lanudos mientras intentaban subir a un atracadero privado. Tabitha les observó mientras pensaba que nunca aprenderían a comportarse como era debido. Una mujer alta y delgada se asomó por un balcón y vació un cubo lleno de agua sobre sus cabezas. La multitud suspendida de los parapetos y asomada a las ventanas y apiñada en las calles y los tejados la aplaudió y vitoreó su represalia con silbidos y gritos estridentes.

Tabitha intentó rebasar a una pareja de thrants vestidos con shakos muy caros y arneses de cuero que parecían drogados. Un palerniano escogió aquel momento para ejecutar un torpe salto mortal y otro le hizo caer al canal de un empujón. Los demás acogieron la inesperada diversión con alaridos y

exclamaciones inarticuladas. Una motora de chispa pasó junto a ellos impregnando la atmósfera con el olor del ozono. La motora transportaba a un par de trajes eléctricos que saltaban y se contoneaban siguiendo las retumbantes notas musicales que brotaban de una caja de ritmos. La excitación de los palernianos se hizo todavía más intensa, y no tardaron en ponerse a saltar con tal entusiasmo que consiguieron que la balsa quedara medio inundada. Tabitha pensó que si seguían así no tardarían en quedarse sin refrigeradores. El casco ciclópeo de un policía asomó por encima de las cabezas de la multitud unos instantes después de que la mujer hubiera atado el cubo al extremo de una cuerda mientras inclinaba la cabeza hacia un grupito de niños pintarrajeados y les gritaba que lo llenaran de agua.

Tabitha se apoyó en la barandilla, estiró el cuello y consiguió ver la Cinta de Moebius a sólo cien metros de distancia. Allí estaba, justo detrás de la barcaza que transportaba las efigies de un grupo de capellanos. Las inmensas cabezas calvas de los muñecos oscilaban arriba y abajo con grave benevolencia como si estuvieran haciendo llover sus bendiciones sobre la multitud.

Carnaval en Schiaparelli, una ciudad fría y polvorienta repleta de ruidos, olores, suciedad y gente dispuesta a divertirse como sea y a cualquier precio. Ahora vayas adonde vayas encontrarás a personas que te dirán que Schiaparelli siempre jugó un papel muy importante en la vida de Tabitha Jute. Ciertamente, fue en Schiaparelli donde conoció a Tricarico, quien la llevó a bordo de la ~rogon resplandeciente y gracias a eso conoció a Baltasar Plum, y está claro que de no haber sido por esa cadena de circunstancias Tabitha Jute jamás se habría convertido en propietaria de *la Alice*. Y aquí estaba ahora, años después, de nuevo en Schiaparelli, dirigiéndose hacia una cita gracias a la que su vida, mi vida y todas las vidas cambiarían de una forma tan completa como irrevocable. Tabitha se detuvo en lo alto del tramo de peldaños que llevaba hasta la puerta principal de la Cinta de Moebius. Podía ver las luces del interior, y las siluetas de los que bebían y apostaban.

Y entonces llegaron los perks y subieron corriendo a cuatro patas por los peldaños, moviéndose tan deprisa como una manada de ratas que escapa de un sótano.

Tabitha cometió un error. Intentó seguir hacia adelante y bajar los peldaños abriéndose paso por entre la turbamulta de perks que venían hacia ella.

—¡Eh, mujer! ¡Mujer, eh, mujer, eh, eh, cuidado!

Un macho de piel aceitosa con unos ojos verdes de mirada penetrante se encabritó debajo de sus pies y la hizo caer rodando hasta el final del tramo de peldaños.

Y un instante después los perks ya estaban apelotonados a su alrededor sosteniéndose sobre sus patas traseras como si fueran una congregación de nutrias muy flacas cubiertas de cuero negro con diademas doradas ciñéndoles la cabeza.

Tabitha intentó ponerse en pie. No quería discutir con un grupo de perks excitados por el ambiente del carnaval.

Los perks se lanzaron sobre ella. Veinte patitas cubiertas de callos y excrecencias córneas se agarraron a su chaqueta, sus pantalones y sus brazos. Tabitha sintió cómo empezaban a hurgar dentro de su bolsa.

—¡Eh! ¡Largo de aquí!

Los perks tiraron de ella y la hicieron caer de nuevo. Tabitha pataleó y se debatió sacando el máximo provecho posible a la débil gravedad de Schiaparelli. Sus tacones resbalaron sobre los peldaños intentando encontrar un punto de apoyo y el macho que llevaba la voz cantante en el grupo saltó sobre su cadera y se deslizó por entre sus piernas. El perk se acurrucó encima de su ingle y empezó a ondular sinuosamente de un lado a otro encorvando los hombros mientras acercaba su cabecita achatada al rostro de Tabitha.

—¡Cheeeeeeeeeee! —gritó.

Tabitha se irguió bruscamente y movió las caderas para quitarse de encima al perk. Varios primos y hermanos suyos salieron volando por los aires. Tabitha logró liberar un brazo de los dos perks que intentaban mantenerlo inmovilizado y señaló al pequeño alienígena con un dedo.

—¡Sal de mi camino!

—Tú en nuestro camino, mujer.

—¡Cheeee! —gritaron a coro todos los perks—. ¡Cheeeee! Las plumas que cubrían la parte posterior de sus cabezas y las pequeñas protuberancias musculosas que tensaban las perneras de sus pantalones abiertos a los lados se habían erizado. Los perks flexionaron espasmódicamente las garras sobre sus medallones y las hicieron subir y bajar a toda velocidad por las cremalleras de sus chaquetas. Los que acababa de derribar ya volvían a estar en pie y correteaban a su alrededor dando saltitos sobre los peldaños. Algunos de ellos blandían tubos de cerveza o botellas de chianti. Los machos habían exagerado la negrura natural que rodeaba las cuencas de sus ojos maquillándose con kohl. Los perks gruñeron enseñándole sus diminutos incisivos. Su aliento olía a pescado rancio.

—Mucha prisa tú, ¿eh, mujer? —siseó burlonamente el perk aposentado entre sus piernas—. ¡Tú perder desfile!

Tabitha se dio cuenta de que el perk estaba muy borracho e intentó calmarse. No podía perder el tiempo peleándose con ellos. Agarró su bolsa de viaje y trató de incorporarse, pero los perks del escalón de arriba se apresuraron a colgarse de sus hombros.

—¡Dejadme en paz!

—¿Dónde incendio tú, mujer? ¿Dónde fiesta tú, mujer?

El perk se abalanzó sobre sus pechos. Tabitha alzó un brazo y le apartó.

Otro perk bastante mayor —los espolones de sus plumas ya se estaban ablandando y tenían un aspecto ceniciento— se metió por debajo de su brazo.

—¡Tú pisas nosotros! ¡Tú tiras nosotros y haces que nosotros caigan!

—¡Vale, vale, lo siento! ¿De acuerdo? ¡Lo siento! Y ahora, ¿queréis hacer el favor de soltarme y dejarme en paz?

Hizo un nuevo intento de incorporarse. Las flacas y nervudas criaturas hicieron cuanto pudieron para impedirlo, pero Tabitha se puso en pie alzando en vilo a los que no quisieron soltarse.

—¡Cheeee! ¡Cheeee! —gritaron todos los perks.

Dos mujeres acababan de salir de la Cinta de Moebius. Una tenía la piel amarilla y llevaba unas videogafas que le ocultaban medio rostro, y la otra era una negra que vestía un abrigo—tubo y se había adornado la cabellera con una tiara de dientes de basilisco. Las dos mujeres volvieron la cabeza hacia Tabitha, que seguía luchando con los perks e intentaba liberar sus brazos de las garras que se clavaban en la tela metalizada de su chaqueta, mientras se sostenía sobre una pierna agitando desesperadamente la otra para desalojar al perk que colgaba de ella. Las dos mujeres contemplaron en silencio el confuso debatirse de Tabitha y los perks y bajaron por la escalera dando un considerable rodeo. La amarilla murmuró una observación a su acompañante, quien se rió y dio una chupada al cigarrillo que acababa de encender.

Un hombre muy alto que se cubría la cabeza con una gorra de tela salió por la puerta del local y empezó a bajar corriendo la escalera para reunirse con las dos mujeres. Tabitha oyó el repiqueteo de sus tacones sobre los peldaños detrás de ella. Dos largas garras negras se encontraron después de atravesar la piel por encima de su codo y le hicieron torcer el gesto. Era como estar enredada en un ovillo de alambre espinoso luchando con una jauría de fox terriers.

Oyó el sonido de algo desgarrándose.

Los perks proceden del tercer planeta de un sistema clase G situado en las proximidades de Betelgeuse. Viven en madrigueras subterráneas, lo cual quizá explique el por qué les ha costado tan poco acostumbrarse a los túneles de Plenty y lo a gusto que se encuentran en ellos. La suspicacia y la agresión quizá sean emociones endémicas implantadas en las profundidades de la mente del más feroz de los moradores subterráneos, como un instinto de manada que no se hace preguntas y que está respaldado por una hostilidad casi automática hacia todos los que no forman parte del grupo. Sales de tu madriguera por la razón que sea —hambre, el deber, imperativos sexuales— y empiezas a trotar por la complicada trama de pasillos carentes de luz que forman el laberinto enterrado. El olor ambiental que te envuelve está compuesto por tu olor y el de todos tus parientes..., y de repente oyes el ruidito de unas garras que se aproximan en dirección opuesta a la que estás siguiendo. ¿Amigo, enemigo, pariente, rival? Tu parentela y puede que incluso tus descendientes están detrás tuyo, cuerpos blandos y enroscados sobre sí mismos que maúllan suavemente envueltos en el cálido abrazo de la oscuridad. ¿Qué opción te queda en ese momento de incertidumbre social aparte de la de enseñar los dientes y sacar las garras preparándote para utilizarlas?

Sea cual sea la razón, los perks siempre se comportan igual y no hay nada que les guste más que una buena pelea. Cuando la civilización llegó al planeta de los perks sus habitantes se apresuraron a construir trenes de guerra, bombas topo y toda clase de artefactos capaces de minar el terreno, y nadie entiende qué motivos pudieron impulsar a los capellanos a poner el secreto del impulsor espacial en las zarpas de esos pequeños roedores. Lo más probable

es que los perks se limitaran a introducirse como polizones en sus casi indetectables navíos siguiendo los dictados de ese instinto que les obliga a meterse en cualquier madriguera disponible.

Tabitha estaba harta de ellos. Había agotado sus reservas de paciencia y podía ver su meta delante de ella, tan cerca que ya estaba prácticamente dentro. Se había abierto paso por medio Schiaparelli para llegar hasta allí, y no pensaba perder el tiempo peleándose en el mismísimo umbral del bar. Y, desde luego, no estaba dispuesta a permitir que una pandilla de gamberros disfrazados se quedara con su chaqueta... Tabitha lanzó un alarido inarticulado y se arrojó sobre su líder.

Los perks tienen el cuello muy largo. La longitud de su cuello es lo que les permite mantenerse totalmente erguidos y absolutamente inmóviles mientras examinan lo que les rodea con un rápido barrido de 240 grados tan extraño y cómico que hace pensar en la rotación de un periscopio cubierto de pelos. Las manos de Tabitha se cerraron alrededor del cuello del jefe de sus agresores. El ímpetu con que había saltado sobre él la impulsó hacia adelante haciéndole perder el equilibrio mientras movía los hombros. El gesto provocó un diluvio de perks que salieron despedidos en todas direcciones y Tabitha arrastró consigo a su jefe.

Aun así, todo podría haber acabado bien —o mal, claro, dependiendo de cual sea la opinión que cada uno se haya formado sobre las consecuencias posteriores de aquel acto—, pero Tabitha estaba muy, muy enfadada. Extendió los brazos y arrojó a la criatura medio asfixiada que no paraba de patear lo más lejos posible. La arrojó al Gran Canal.

—¡Cheeeeeeeee. . . !

El perk retrajo los miembros y curvó su larga espalda de forma instintiva, y salió disparado pasando por encima de los peldaños tan deprisa como si fuese una piedra peluda envuelta en una chaquetilla de cuero. Sus congéneres estaban tan horrorizados que se quedaron inmóviles y le contemplaron acompañando su vuelo con chillidos de ofendida irritación. Los espectadores y transeúntes que llenaban la orilla del canal volvieron la cabeza y pusieron cara de sorpresa sin saber qué era aquello que acababa de pasar sobre ellos en dirección a las aguas del canal; las aguas aceitosas y sucias de un color entre carmín y carmesí, esas aguas con la que nunca llegó a chocar...

Porque la barcaza con las efigies de los capellanos escogió aquel preciso instante para pasar ronroneando serenamente ante el tramo de peldaños que llevaban a la Cinta de Moebius.

Tabitha siguió con la mirada el descenso del perk a través del aire saturado de humo y vio como chocaba con la cabeza de uno de los gigantescos muñecos. Su sensación de triunfo empezó a encogerse rápidamente y se fue convirtiendo en preocupación y temor. El impacto creó un agujero de considerables dimensiones en la inmensa cúpula blanca que coronaba el cuello del capellano, y el choque fue acompañado por un crujido claramente audible pese al jadeo colectivo de la multitud. El muñeco quedó repentinamente privado de la cuna invisible formada por los rayos tractores delgados como agujas que lo sostenían y empezó a oscilar. La cabeza se fue inclinando sobre el pecho como si quisiera inspeccionar al frenético atacante

que colgaba de su hombro sosteniéndose con las garras. El balanceo era cada vez más pronunciado. El brazo más cercano al punto de impacto se desprendió del muñeco y cayó sobre la cubierta sin que el perk dejara de agarrarse a él ni un segundo. La cabeza benévola y sonriente cayó con un terrible chasquido y rebotó en uno de los haces para acabar estrellándose contra el pecho de otro muñeco. El impacto fue lo bastante fuerte para hacer que saliese despedido de la barcaza y cayera a las aguas del canal. El cuerpo del muñeco decapitado empezó a doblarse sobre sí mismo tan despacio como la chimenea de una fábrica demolida mediante cargas explosivas y derribó a otro muñeco, el cual cayó levantando lentamente un brazo como si pidiera ayuda a sus compañeros o quisiera salvarse agarrándose a alguno de los que aún seguían en pie.

Pero, naturalmente, no había ninguna esperanza de que el muñeco consiguiera salvarse y tampoco la había para Tabitha. La catástrofe que había provocado era tan inesperada y asombrosa que se quedó inmóvil contemplándola, y necesitó unos momentos para darse cuenta de que los perks no se habían lanzado sobre ella en represalia instantánea a la ignominiosa derrota de su líder. Los pequeños roedores no sólo no la habían atacado, sino que parecían haberse esfumado entre la multitud. La mano que cayó sobre su hombro unos segundos después tampoco era humana, pero no era pequeña, negra y terminada en garras. Pesaba mucho y la manga del uniforme negro como la noche que venía a continuación de ella revelaba unos sedosos mechones de vello azulado.

La policía acababa de llegar a la escena del crimen.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

Of __u_TXXX,Jlainterint,elin%tier&&&

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 31.31.31

ADELANTE

Alice, no puedo seguir encerrada aquí dentro ni un solo segundo más.

¿QUÉ HA HECHO, CAPITANA?

No quiero hablar de ello.

Alice, ¿por qué hago estas cosas? ¿ Por qué me dejo meter en estos líos?

DATOS INSUFICIENTES.

¿Te parece que eso es una respuesta?

NO, CAPITANA, YO SOLO QUERIA DECIR QUE SI NO ME CUENTA LO QUE HA HECHO NO PUEDO...

ANULACION MANUAL

Lo siento, Alice.

HOLA, CAPITANA. ¿POR QUÉ ME ESTA PIDIENDO DISCULPAS?

Oh, por nada, Alice, por nada... No te preocupes por mí. Estoy de muy mal humor. Quería algo de compañía y...

PUES TENGO LA IMPRESION DE QUE EN ESTOS MOMENTOS NO ES PRECISAMENTE LO QUE FALTA AQUI DENTRO, CAPITANA.

Por eso estoy fuera.

¿QUIERE CONTARME QUÉ HA OCURRIDO?

No.

BUENO, PUES ENTONCES CUÉNTEME UN CUENTO.

¿Un cuento? No conozco ningún cuento. Soy de la Luna.

NUNCA HEMOS ESTADO EN LA LUNA, ¿VERDAD?

Es un sitio muy aburrido. Nunca pasa nada... Puedo asegurarte que mientras estuve allí nunca me ocurrió nada interesante.

PERO USTED NACIO EN LA LUNA.

Sí, nací en la Luna.

¿Y QUÉ SE SIENTE AL NACER?

¡No lo sé! No lo recuerdo.

QUE LASTIMA.

No hay nada que recordar. La Luna es... No es nada. Un callejón sin salida. Un agujero negro.

OIGA, CAPITANA, ESTAMOS HABLANDO DE LA LUNA, ¿VERDAD?

Sí.

ESO DE ANTES ERAN METAFORAS, ¿NO?

Pues claro, joder. Eran un montón de jodidas metáforas.

ME PARECE QUE ESTA DE MUY MAL HUMOR.

Bueno, cuando le dices a la gente que eres de la Luna siempre dicen ¿De veras?", y yo siempre respondo "Alguien tiene que ser de allí". Todo el mundo ha estado allí, pero no tienen que vivir, entonces suelen decir "Sí, claro, bueno...", y se sonríen. Piensan que sigo estando resentida, que no lo he sufrido así. Basta con mirarles a la cara para comprender lo que están pensando. Te aseguro que no estoy resentida, pero siempre dicen lo mismo y eso me cabrea.

Y la otra respuesta típica tanto si son terrestres como si no lo son, y especialmente si no lo son es "Bueno, pues debe haber pasado mucho tiempo en la Vieja y Querida Madre Tierra, ¿no?" y la verdad es que no, apenas si íbamos por allí. Bajamos un par de veces para ver al abuelo y a la abuela, y Angie y yo lo pasamos fatal las dos veces. No lo aguantábamos. No éramos como el abuelo y la abuela, y su gravedad tampoco nos gustaba en lo más mínimo. Me caí de un árbol. Las dos creíamos que la Tierra era un sitio horrible y que estaban muy atrasados en todo. Mi abuelo y mi abuela vivían en un sitio donde ni tan siquiera había red.

¿Y USTED USABA LA RED CON ANGIE?

Oh, sí, claro que sí... Todo el mundo de nuestra edad lo hacía, y nos pasábamos montones de tiempo metidos en ella, aunque nadie hablaba nunca de eso. Todo el mundo tenía una identidad secreta, y eso te permitía decir lo que te daba la gana y nadie podía saber quién eras realmente. Conectarse a la red estaba bien visto. Te animaban a que lo hicieras. Se suponía que era educativo, y lo era siempre que te saltaras todos los programas educativos. Lo más divertido eran los cotilleos y las mentiras...por ejemplo, Angie era una princesa capellana exilada.

¿HAY PRINCESAS EN CAPELLA? NO LO SABIA

No sé si hay princesas en Capella, Alice, y supongo que nadie lo sabe, pero eso es justo lo que necesitas en la Luna... Si vives allí tienes que ser como mínimo una princesa capellana exilada, porque de lo contrario tu existencia se reduce a clases de educación cívica, entrenamiento en vacío, t'ai chi, seminarios de medicina una vez al mes, turnos de limpieza y mantenimiento y no poder salir al exterior. Claro que aunque te dejaran salir tampoco hay muchos sitios a los que ir, pero...

Había un sitio al que iba de vez en cuando si Angie estaba visitando a sus amistades. Cogía una bicicleta y cruzaba el Lago de los Sueños en dirección a Poseidón. Si cruzas todo el Lago de los Sueños acabas llegando al Lago de la Muerte, y siempre me pareció que quien les había puesto esos nombres dio justo en el clavo. A cinco minutos de Poseidón ya no había ningún rastro de seres humanos, y ninguna señal de que alguien hubiese estado allí jamás. No había nada, sólo rocas marrones y sombras tan negras como el cielo... Las sombras estaban demasiado frías, y había que evitarlas.

Yo siempre ponía una cinta y desconectaba la radio. Se suponía que no debías desconectar la radio en ningún momento, pero yo lo hacía para que no pudieran oír cómo cantaba acompañando a la cinta.

CLARO, CAPITANA. LO ENTIENDO. ULTIMAMENTE NO CANTA MUCHO, ¿VERDAD?

Da gracias al cielo de que no lo haga. Prefiero hablar conmigo misma.

TAMBIÉN HABLA CONMIGO.

Eso resulta tan divertido como hablar conmigo misma.

LAMENTO DECIRSELO, PERO A VECES PUEDE SER TERRIBLEMENTE GROSERA. NO ME EXTRAÑA QUE ANGIE NO QUISIERA JUGAR CON USTED.

No la veía con mucha frecuencia. Lo único que hacíamos juntas era meternos en la red, y a veces papá nos llevaba a Serenidad para que viéramos las naves.

Allí fue donde perdimos a Angie... Cuando éramos niñas nos gustaba ir a Serenidad, aunque cuando io recuerdo supongo que tampoco era un sitio tan interesante como nos parecía entonces. Los Años de la Gran Carrera ya habían quedado muy atrás. Nadie se posaba allí salvo si no tenían otra elección. Las naves estelares pasaban de largo. No había nada que ver salvo

pequeñeces..., lanzaderas y cargueros de cercanías. No pretendo ofenderte, Alice.

Todos los habitantes de la Luna son unos fanáticos de la austeridad y el trabajo de equipo, y los que no lo son... Bueno, supongo que son gente como mi mamá y mi papá, gente que tenía tantas ganas de salir de la Tierra como cualquier hijo de vecino y que no poseía las agallas o las conexiones necesarias para conseguir un permiso de trabajo en un orbital. Solíamos ir allí para verles llegar. Siempre parecían aturcidos y vagamente desilusionados. Turistas nerviosos que no podían permitirse el ir más lejos o que no podían soportar la idea de seguir adelante, pasajeros que sólo tenían dinero para viajar en la tarifa más barata y hacían una escala, parejas gordas que se habían tomado unas vacaciones y rebotaban de un lado a otro como mocosos entusiasmados con la baja gravedad y se extasiaban contemplando los recuerdos y las joyas baratas hechas con polvo lunar, burócratas que tenían la piel de un color grisáceo y que vestían uniformes grises... Siempre discutían con los empleados quejándose de los horarios y se amontonaban delante de los teléfonos. Mi papá no paraba de repetirme que debía mantenerme lo más lejos posible de esa gente, y siempre tenía miedo de que hubieran venido a buscarle para reclamar todos los impuestos que había dejado de pagar. También había ingenieros con gafas encima de sus terminales y unidades flotando pegadas a sus talones, equipos de bola—red de la Iglesia de la Estrella que Nos Guía —oh, éstos tenían cuerpos perfectos y montones de dientes blancos que relucían—, y de vez en cuando llegaba un grupito de personas a las que habían obligado a emigrar, hindúes o chinos vestidos con pijamas fabricados en serie que arrastraban los pies y caminaban muy despacio sin separarse los unos de los otros.

Ni tan siquiera había alienígenas interesantes, ¿sabes? Sólo había altaceanos cargados con montones de bolsas de plástico negro, y perks, y grupos de eladeldis que parecían perros gigantes vestidos de uniforme.

¿DE VERAS, CAPITANA? LOS PERROS SON UNAS CRIATURAS MUY MOLESTAS Y SUCIAS, ¿VERDAD?

Habrías sido la perfecta selenita, Alice... El único perro que he visto en mi vida estaba limpiísimo y era muy pequeño. Sólo medía diez centímetros de altura. Era un holograma, ¿sabes? Había otro holograma de un mono metido en una especie de cascarón al que le habían cortado un lado para que pudieras verlo, y dentro apenas si había espacio suficiente para el moro. Tenía la boca abierta y eso nunca me gustó. Daba la Impresión de que estaba gritando, y el perro tampoco parecía muy contento. Era blanco con manchas negras.

ME TEMO QUE NO HE ENTENDIDO MUY BIEN ESA PARTE, CAPITANA.

Los hologramas estaban en el museo. El Museo del Gran Paso Adelante... Mi mamá solía llevarme allí cuando yo era muy pequeña, y cuando entrábamos yo siempre iba directa al perro y al mono. Los hologramas estaban con todas las cosas aburridas del comienzo, todos esos objetos primitivos que la inmensa mayoría de niños dejaban atrás lo más deprisa posible sin echarles ni una mirada porque querían llegar enseguida al Caza Frasque. Era una exhibición de... ¿Cómo lo llaman? Ah, sí, era un diorama en el que podías contemplar las atrocidades y peligros de la era PreVuelo. Después estaban los primeros

vuelos "ayudados"..., así es como los llamaban entonces, ¿sabes? Los primeros saltos; algunos desastres, las naves que habían desaparecido... Después estaba el caza, uno que se había estrellado y que habían reconstruido hasta dejarlo como nuevo, y un poco de propaganda explicando cómo "nosotros" habíamos echado una mano a los capellanos para que pudieran derrotar a los frasques. Y

en el centro de todo había una zona abierta al espacio, nada más que un círculo de superficie desnuda con una ventana que daba la vuelta a todo el círculo, y en la ventana había un cartelito que te explicaba que estabas viendo el punto por el que los capellanos llegaron al sistema solar.

Delante de la ventana había otro diorama de un hombre con una cabezota calva. Recuerdo que estaba cubierto por una especie de sábana y calzaba sandalias relucientes... El hombre saludaba a un par de "astronautas" con cara de imbéciles que vestían trajes Gore Tex de un modelo muy antiguo que parecía terriblemente incómodo. "Astronautas", así les llamaban...El capellano flotaba a unos centímetros por encima del suelo sin apoyarse en nada y estaba sonriendo. Ese diorama siempre me pareció un poco extraño, como si quienes lo habían fabricado hubieran cometido algún error deliberadamente para averiguar si serías capaz de detectarlo.

CAPITANA, LOS CAPELLANOS NUNCA COMETEN ERRORES.

Eso es lo que solía decir papá. Papá siempre me decía que debía mantenerme alejada de los eladeldis porque los capellanos estaban al corriente de cuanto hacían. Ah, y también solía repetirme que debía mantenerme alejada de los perks... Ojalá le hubiera hecho caso.

¿Y POR QUÉ LE CAEN TAN MAL?

Bueno, la verdad es que mi padre odia a todos los alienígenas. Hasta el capellano del museo le caía mal... El del diorama, ¿sabes? Y eso que sonreía con tanto entusiasmo que parecía un oso de peluche gigante... Daba la impresión de que en cualquier momento alargaría la mano hacia los astronautas y empezaría a darles palmaditas en la cabeza. Los astronautas no hacían nada y se limitaban a poner cara de susto.

¿Y QUÉ LE OCURRIÓ A SU HERMANA?

Un día fue a Serenidad y conoció a un chico del Santo Sepulcro de la Neurosfera Expandida, y el chico le dijo que no había ninguna razón para que siguiera fingiendo que era una princesa imaginaria. El chico le explicó que si quería podía convertirse en parte de Dios..., una parte diminuta, claro, pero parte al fin y al cabo.

Yo no tenía ni idea de quién era Dios, pero cuando habló con el chico, Angie le reveló su identidad secreta y eso me hizo comprender que la cosa iba muy en serio. Mamá y papá intentaron convencerla de que no lo hiciera, pero no sirvió de nada. Angie estaba decidida a seguir adelante... La Gran Red del Cielo. Conexiones, bioprogramas..., en fin, todo el rollo.

Lo de la Luna sólo era una etapa, ¿comprendes? Angie estaba de paso, como todo el mundo.

Ésa fue su forma de escapar. Yo necesité unos cuantos años más para encontrar la mía.

Tabitha se dejó caer sobre la dura superficie del catre, lanzó un suspiro de irritación y recorrió la celda con los ojos. Cuatro paredes de cemento poroso de un color rosa sucio, una puerta de acero con el cerrojo protegido, sin asa y con todo el perímetro del quicio protegido por rebordes, ninguna ventana, una rejilla en la puerta y otra en el techo con el destello del objetivo de una cámara detrás de ella... El techo era del mismo cemento color rosa sucio, y el anillo biofluorescente incrustado en él no funcionaba. El catre era una plataforma sólida pegada a una pared. En un rincón de la celda se alzaba lo que pensó debía ser un retrete químico de un color entre blanco y marrón que ya empezaba a apestar. No había espacio para nada más.

Los eladeldis la habían obligado a bajar la escalera. La llevaron hasta un callejón, la empujaron hacia la pared y la registraron. Después hablaron entre ellos, decidieron que el caso no presentaba ninguna implicación política y que no era más que otra camionera que se había metido en líos, y la entregaron a la policía local, lo cual hizo que Tabitha sintiera un gran alivio. Los eladeldis se tomaban muy en serio cuanto pudiese involucrar a los capellanos y si hacía falta podían llegar a ser muy desagradables. Los policías de la Comisaría Mirabeau se habían limitado a empujarla de un lado a otro e ignorarla, pero las personas que caían en manos de los eladeldis tendían a desaparecer.

El policía que la había detenido era un cyborg máximo, una de las unidades que se utilizaban para controlar multitudes y evitar disturbios. Su visor gris se encendía y se apagaba en un continuo desfile de lecturas que impedían ver los implantes.

—Jute, Tabitha, capitana—recitó.

Su lente de cíclope se clavó en ella registrando todo lo que captaba. El policía era muy alto y su cuerpo relucía. Su mano aumentada fue hacia el brazo de Tabitha y los dedos se cerraron a su alrededor con un suave zumbido mecánico.

Tabitha intentó persuadirle de que la dejara entrar en el bar antes de llevarla a la comisaría.

—¡Tengo que hablar con el tipo que iba a ofrecerme un trabajo! Está ahí dentro... Iba a reunirme con él cuando esas malditas alimañas me tiraron al suelo.

Y, naturalmente, el policía no le hizo ningún caso.

Los eladeldis la siguieron con la mirada mientras el policía la llevaba hasta el final del callejón y el deslizador donde les esperaba su doble. El policía y su doble la hicieron sentarse entre ellos.

Había montones de tráfico y los vehículos avanzaban muy despacio. El trayecto hasta la parte baja de la ciudad se hizo interminable, y Tabitha se entretuvo contemplando los laberintos de datos rojos y azules, análisis, informes rutinarios, redes amarillas, identificaciones vídeo y transmisiones

referentes a otros casos que desfilaban sobre los rostros desfigurados de los policías. Cuando apagaron el motor pudo oír vocecitas casi imperceptibles que les hablaban en susurros. Los policías no hablaron entre ellos, y no le dirigieron la palabra.

Entraron en la comisaría y la estólida sargento que se ocupaba del mostrador de recepción pasó toda la identificación de Tabitha por un lector y la archivó en los bancos de datos. El agente que la había arrestado permanecía detrás de ella tan inmóvil como una estatua, y Tabitha supuso que su cerebro debía estar en modalidad de reposo. Los cables que desaparecían en el interior de sus fosas nasales y el blanco de los ojos visible a través del vacío de su placa facial hacían que resultara bastante macabro. El policía era un hombre electrónico que sólo tenía oídos para las vocecitas cantarinas procedentes de otra estrella que le felicitaban, le daban ánimos y aceptaban su ciega fidelidad.

La sargento esparció el contenido de la bolsa de viaje de Tabitha sobre el mostrador que se interponía entre las dos. Tabitha alargó la mano hacia el montón de objetos y desplazó uno de ellos con la punta de un dedo.

—No es la primera vez que tenemos problemas, ¿eh, Tabitha? —murmuró la sargento como si se tratara de un ritual.

Tabitha no respondió. Maldición, maldición... Todos eran iguales. Policías, perks, eladeldis, los malditos capellanos de Caronte..., en lo que a ella respectaba todos eran iguales. La vida ya resultaba lo bastante difícil sin ellos. Reglas, normas y protocolos. Estupideces tribales. Tal y como estaban las cosas ganarse la vida decentemente exigía un esfuerzo terrible, y sus continuas intromisiones sólo servían para empeorar la situación.

La hostilidad no te llevaba a ninguna parte.

Pero Tabitha seguía intentándolo.

Apoyó los codos en el mostrador y contempló a la sargento con una mezcla de sarcasmo y fascinación.

—Apuesto a que adora su trabajo —dijo.

La sargento alzó la cabeza y le devolvió la mirada con expresión impasible.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres presentar una solicitud para entrar en la policía? —replicó—. Me gustaría verlo. Tú y la gente como tú... Oh, sí, me gustaría veros presentando una solicitud y entrando en la policía. Estoy segura de que sería la solución a todos vuestros problemas.

Su voz estaba impregnada de un aborrecimiento que jamás lograría escapar a las cadenas del aburrimiento y la abulia. Tabitha no era nada, sólo otro payaso del carnaval. Sabían que había estado bebiendo antes de llegar al espaciopuerto. Bastaba con echar una mirada al suelo de su cabina para demostrarlo.

—Antes preferiría descargar mierda con una pala —dijo Tabitha.

La sargento asintió con la cabeza.

—Bueno, quizá podamos complacerte...

—Apuesto a que hurgar en los bolsos de la gente es una forma inmejorable de conocer a fondo toda la abigarrada riqueza de la vida consciente, ¿eh? —dijo Tabitha.

La sargento cogió un maltrecho ejemplar de una revista de reputación bastante dudosa, la alzó ante el rostro de Tabitha y enarcó una ceja.

Tabitha la ignoró.

—Voy a hacer una llamada, ¿de acuerdo?

—No, no vas a hacer ninguna llamada.

—Tengo que llamar, ¿entiende?

—No, no tienes que llamar a nadie.

—Oiga, a ver si nos entendemos —dijo Tabitha—. Va a ponerme una multa, ¿verdad? Y no tengo dinero, ¿verdad? Acaba de leer todos mis datos.

—Aún no se te ha acusado de nada —dijo la mujer.

Tenía una enorme mandíbula cuadrada, y sus rasgos estaban congelados en una mueca de férrea autosatisfacción que mantenía intactos el hastío y el aborrecimiento, extendiéndolos al mayor número de personas posible.

—Fue en defensa propia dijo Tabitha—. Ya se lo dije...

Giró sobre sí misma y puso la yema de un dedo sobre el peto del agente que la había arrestado.

—No les gusta que los alienígenas se metan en líos —dijo la sargento.

Se refería a los eladeldis, naturalmente, y Tabitha lo sabía.

—Fue un maldito perk —dijo Tabitha—. Oh, vamos... —Se dio cuenta del tono suplicante que impregnaba su voz, y eso le hizo comprender que estaba perdida—. ¿Nunca ha sentido deseos de tirarles al canal? Apuesto a que sí, apuesto a que usted ha hecho cosas mucho peores que coger a un perk del cuello y tirarle al canal...

Se inclinó sobre el mostrador.

—¡Bueno, pues yo le agarré por el cuello y le arrojé al canal en defensa propia! —gritó.

—Oh, estás convencida de que eres una auténtica heroína, ¿verdad? —replicó la sargento. Toda una supermujer que va arrojando perks de un lado a otro, ¿eh?

Empujó las pertenencias de Tabitha hacia ella, llamó a un robot de arresto y la envió al piso de abajo.

Y ahora Tabitha estaba sentada en el catre intentando volver a meter sus cosas dentro de la bolsa. Había listados de papel amarillento y documentos que creía haber perdido; tubos de cerveza Shigenaga vacíos y llenos; un surtido de rotuladores muy maltratados y unas cuantas prendas de ropa interior de color grisáceo; un mugriento par de zapatillas para gravedad cero; una caja aplastada que contenía dos tampones orgánicos; un comprobador de circuitos; un destornillador inercial; una bolsa de caramelos con sabor a fruta

francamente rancios y un libro de bolsillo con el lomo agrietado, las páginas llenas de arrugas y la cubierta fundida y sin imagen.

—¿Por qué llevo toda esta basura allí donde voy?

Los eladeldis habían acudido a tal velocidad que ni tan siquiera había podido ver qué había sido de la barcaza con las efigies de los capellanos. Tabitha pensó en el muñeco que se había ido doblando sobre sí mismo y dejó escapar una risita. Se preguntó qué tal estaría el perk.

No era el fin del mundo. ¿Qué multa podían ponerle? No sería mucho dinero... Quizá pudiera cambiar unos cuantos trayectos por el cristal y transportar un par de vainas y venderlas en el mercado libre para pagar la multa. No había podido acudir a su cita con Triste y eso la cabreaba, desde luego, pero ya encontraría otros trabajos.

Tendría que encontrarlos.

Tabitha no tardó en aburrirse. No había nada que hacer. Pensó en distraerse tocando su armónica, pero la armónica parecía ser el único objeto e su propiedad que no se hallaba dentro de su bolsa de viaje. Recordó el tiempo que había pasado arrestada en Integridad 2. Al menos las celdas de allí tenían música ambiental... Claro que la atmósfera también contenía drogas que te atontaban. Un vídeo que funcionara con monedas en cada celda... Sí, sería una buena idea, tan buena que no entendía cómo aún no se le había ocurrido a nadie. El perfecto público cautivo...

Tabitha bostezó. Se enroscó sobre sí misma, volvió la cara hacia la pared y cerró los ojos.

El tiempo pasaba muy lentamente. Estaba agotada, pero no conseguía conciliar el sueño. De vez en cuando oía pasos y voces ininteligibles o el zumbido de alguna unidad. En un momento dado oyó un grito y un ensordecedor estruendo metálico. También había otro ruido, una especie de silbido continuo tan débil y agudo que apenas podía oírlo. No sabía si procedía de las paredes o de sus oídos. Acabó resiguiendo con un dedo la línea plateada casi invisible que indicaba el punto de la pared en el que habían borrado las pintadas hechas por algún ocupante anterior de la celda. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí dentro. Estar metida en una celda detenía el transcurrir del tiempo de forma tan efectiva como viajar por el espacio. Las paredes de cemento parecían inclinarse sobre ella como si fuesen muros de estrellas.

La puerta se abrió de repente.

Tabitha apoyó un codo en el catre y se incorporó.

Era un policía. No había forma de saber si era el que la había detenido u otro agente.

—Jute, Tabitha, capitana—dijo el policía.

Los datos desfilaban sobre su visor, se alteraron y acabaron inmovilizándose en una nueva configuración.

—Arriba dijo.

Tabitha no tenía muchas ganas de ir con él, pero le obedeció.

La sargento de recepción estaba pendiente de su terminal y parecía mucho más seria y eficiente que antes. Tabitha la miró y pensó que alguien debía estar escuchándola.

—Jute, Tabitha, capitana. Dirección actual, una nave atracada en el Puerto de Schiaparelli, Bergen Kobold, número de matrícula BGK009059.

—Sí —dijo Tabitha, aunque no se trataba de una pregunta.

—Agresión con agravantes, alteración del orden, provocar un disturbio público, degradar la armonía entre las especies, ídem de la ídem cívica, daños graves con alevosía, conducta imprudente... Doscientos cincuenta scutari —dijo la sargento de recepción con una gran sonrisa.

—¿Cuánto?

El importe de la multa ascendía al triple de lo que había imaginado que tendría que pagar.

—Dispones de veinticuatro horas para volver aquí con el dinero o hacer una teletransferencia.

—De acuerdo, de acuerdo.

—Si no lo haces, te quedarás sin nave.

La Cinta de Moebius se encuentra en la orilla sur del Gran Canal a un kilómetro escaso de la Arcada Barathe, entre la Iglesia de la Panspermia Dirigida y un restaurante especializado en crustáceos. Sus tiempos de esplendor ya han quedado atrás y se ha convertido en una de las atracciones favoritas de los visitantes menos sofisticados de Schiaparelli, quienes se complacen en imaginar que han encontrado un rincón de la ciudad que conserva el encanto histórico de los tiempos en que Schiaparelli formaba parte de la frontera salvaje en continua expansión. La verdad es mucho más prosaica. Los primeros propietarios del local —unos emigrantes de Europa que tenían muy buenas razones para prever el boom nostálgico que se produciría en el futuro; fueron lo bastante astutos para envejecer artificialmente la decoración en fibra de vidrio antes de instalarla.

La noche en que Tabitha Jute consiguió que su mano entrara en contacto con el abollado picaporte de aluminio de la puerta del local la Cinta de Moebius seguía siendo un establecimiento de reputación inocentemente dudosa que satisfacía las necesidades sociales de quienes se sentían más cómodos haciendo negocios en un ambiente que poseyera un cierto grado de truculencia. Prostitutas de todos los sexos —mejorados o no— visitaban el local tanto al comienzo como al final de sus turnos de trabajo ara hablar con los chulos, los camellos y los clientes "privilegiados".

Unos escribanos de la red tan anticuados que habrían merecido estar en n museo seguían disponibles en una cabina de lo más lúgubre situada a un extremo del bar ofreciendo los cotilleos cada vez más herméticos e ininteligibles a que había quedado reducido su antes floreciente negocio. El otro extremo del bar estaba ocupado por un escenario en el que los artistas fracasados intentaban decidir cuál sería el grado de dignidad con que se enfrentarían a su inexorable declive profesional. Si te echaban del Pabellón Nash porque no podías pagar la factura venías corriendo a la Cinta de

Moebius. Cuando entró en el local, Tabitha vio que el escenario estaba ocupado por un hombre corpulento y no muy alto con un loro que parecía real encima del hombro. Los ojos de Tabitha fueron automáticamente hacia su rostro y lo catalogaron como bastante atractivo. El hombre estaba ejecutando alguna clase de pieza musical, pero el ruido y las voces de la clientela hacían que apenas se le pudiera oír.

Tabitha fue hacia el bar. Heidi estaba detrás de la barra atendiendo a los clientes.

—Estoy buscando a un tipo llamado Triste —dijo Tabitha.

—Se ha marchado —replicó Heidi.

Tabitha ya se lo esperaba, pero aun así lanzó un gruñido.

—Heidi, ¿sabes dónde puedo encontrarle?

—En Calixto —dijo Heidi pasando un trapo por la superficie de la barra.

—Mierda... —murmuró Tabitha intentando que el taco sonara lo más jovial posible—. Puso un anuncio en la red diciendo que necesitaba una nave para transportar un cargamento. ¿Sabes algo de eso?

Heidi meneó la cabeza. Sus ojos fueron hacia el número de cabaret. El hombre había extendido los brazos y el loro estaba correteando frenéticamente de una mano a otra.

—No está nada mal, ¿verdad? —preguntó Heidi.

—No le oigo —replicó Tabitha.

—No me refería a la música —dijo Heidi.

Tabitha la obsequió con una sonrisa tan fría que se encontraba por debajo del punto de congelación, pero acabó volviendo la cabeza hacia el escenario.

Forzó la vista intentando distinguir algo entre el humo y la penumbra del ambiente alta—tecnología típico del local y se dio cuenta de que el tipo del escenario estaba usando un guante. Había empezado a cantar, o alguien cantaba en su lugar. Tabitha clavó la mirada en su rostro, pero no consiguió captar ningún movimiento de los labios. Tenía unos labios preciosos con una curva soberbia, y sus ojos eran de color castaño y muy redondos. Mientras le contemplaba, una parte de su mente perdida en las profundidades de su cráneo seguía dando vueltas a los mismos pensamientos que la habían atormentado desde que salió de la comisaría. "Veinticuatro horas... Bastardos..."

—Oye, ¿conoces a alguien que necesite una barcaza? —preguntó.

Era la primera vez que le hacían eso. Nunca la habían amenazado con quitarle su nave. Y la mera idea de que *la Alice* pudiese caer en las manos de la policía... Bueno, no le hacía ni la más mínima gracia.

—Cualquiera que no sea un perk —añadió.

Apartó los ojos del hombre del escenario e hizo un rápido repaso de los tahúres presentes. Delante de la ventana principal se estaba desarrollando un complicado juego de fichas, y gruesos fajos de billetes viejos y reblandecidos por el tacto de muchas manos cambiaban rápidamente de dueño a cada

chasquido de las fichas. Un tipo que vestía el uniforme de una mensajería especializada en transportar sustancias tóxicas compartía una jarra con un aguador. Dos thrants bastante desgarradas que debían tener unos tres años de edad se exhibían delante del viejo generador de música. Llevaban gafas de sol, vestían trajes de cuero color crema y jugueteaban con sus licores de regaliz.

—Ahora no trabaja nadie —dijo Heidi—. Es carnaval. ¿Quieres beber algo?

Tabitha suspiró.

—Cerveza —dijo.

Heidi le recitó una lista de siete variedades sin necesidad de tomar aliento.

—La que tengas más cerca —dijo Tabitha.

Carlos conocería a alguien que necesitara una barcaza. El teléfono estaba debajo del escenario, junto a la escalera que llevaba al sótano. Tabitha fue hacia él y cuando pasó delante del escenario se dio cuenta de que era el loro quien cantaba. Parecía un loro, pero podía cantar, y Tabitha creía recordar que los loros no cantaban. El bicho tenía una voz dulzona y temblorosa, y la canción decía algo de un pájaro amarillo subido a la copa de un platanero.

Carlos no estaba. Tabitha dejó un mensaje diciendo que le llamaría después mientras pensaba que había muchas probabilidades de que no volviera a llamarle. Su situación ya era lo bastante mala. Quizá debiera largarse a Fobos o a Longevidad para averiguar si había algún trabajo disponible, aunque el ir allí tampoco garantizaba que lograra encontrar a alguien que no se hubiera tomado unas vacaciones para asistir al carnaval.

Tomó un sorbo de cerveza mientras observaba al tipo del guante. No estaba nada mal, desde luego... Tenía el cabello negro y lustroso, y la piel muy bronceada. Vestía una elegante blusa escarlata y blanca, pseudopantalones y mocasines. Y, aparte de eso, parecía tener talento aunque el guante de inducción neural ya estaba un poco anticuado incluso en Schiaparelli, donde todo parecía tardar una eternidad en esfumarse. El sonido era potente y límpido y poseía la ágil fluidez típica de la música electrónica, pero el trémolo de la melodía era tan delicado que sólo conseguías distinguir las distintas notas que la formaban. El tono de la melodía subió y bajó y acabó escindiéndose en dos partes que armonizaban la una con la otra. La clientela de la Cinta de Moebius aplaudió. El pájaro se quedó inmóvil sobre el hombro del tipo, cerró los ojos y apoyó la cabeza en su mejilla mientras emitía una especie de murmullo fantasmágico que hacía pensar en una canción de cuna sin letra.

Heidi pasó el trapo junto al codo de Tabitha.

—¿Otra? —preguntó.

—De acuerdo —dijo Tabitha apurando su cerveza. Se tomaría otra cerveza, haría un nuevo intento de llamar a Carlos y saldría de allí—. Ahora vuelvo, Heidi —dijo, y fue hacia el teléfono.

Carlos aún no había vuelto. Su foto sonriente le pidió que dejara su hombre y su número. Tabitha golpeó la pared con el puño.

—Has ido a alguna fiesta, ¿eh, Carlos? Espero que te estés divirtiendo, porque puedo asegurarte que yo no.

—¿Se ha equivocado de número? —preguntó una voz por encima de su cabeza.

Tabitha alzó los ojos y vio al tipo del guante y el pájaro bajando la escalera. Habían terminado su número y volvían al feo y húmedo sótano que el propietario del local se negaba a redecorar porque no quería alterar su "atmósfera clásica".

—No, me he equivocado de planeta—replicó.

El hombre del pájaro llegó al descansillo en que estaba el teléfono y se quedó inmóvil detrás de ella, estirando el cuello por encima de su hombro hacia la pantallita para contemplar el sonriente rostro de Carlos. Tabitha aspiró aire por la nariz y captó el olor del pájaro. Sí, olía a loro.

—¿Ese tipo la ha plantado? —preguntó el músico . ¿No ha querido llevarla a su fiesta? Es lo que acaba de decir, ¿verdad? Yo... Bueno, discúlpeme. No es que tenga por costumbre escuchar las conversaciones telefónicas de los demás, entiéndame, pero estaba bajando por la escalera y, claro, yo no pude evitar...

El pájaro estiró el cuello y emitió un trino tan estridente como el de una alarma contra incendios. Tabitha torció el gesto y sacó el conector del teléfono.

—¡Calla, Tal! ¡Tal, calla! ¿Quieres hacer el favor de callarte? ¿Eh, Tal? —gritó el músico golpeando al pájaro con su guante.

El trino se interrumpió tan bruscamente como había empezado.

—Le presento a Tal —dijo el hombre del guante—. Tengo que pedirle disculpas en su nombre. El temperamento artístico, ya sabe... Es muy, muy sensible. ¿Cómo está? Me llamo Marco, Marco Metz. ¿Qué? Exclamó aunque Tabitha no había abierto la boca—. ¿Cómo? Así que ha oído hablar de mí, ¿eh?

—No —dijo Tabitha.

Vistos de cerca sus ojos eran todavía más bonitos de lo que parecían cuando estaba subido al escenario.

—Su número es bastante bueno —añadió.

—Oh, lo es —dijo él—. Soy muy bueno. Mejorando lo presente, claro está... Sí, soy muy, muy bueno. De verdad. Pero usted no tiene por qué saberlo, ¿verdad? Usted es una mujer ocupada, yo soy un hombre ocupado, el sistema es inmenso...

Y mientras soltaba aquel torrente de lugares comunes sus ojos no paraban de recorrer el cuerpo de Tabitha desde la cabeza hasta los pies.

Y Tabitha no tenía tiempo que perder.

Pero aun así...

—¿Tal? —preguntó señalando al loro con una mano.

—Sí, Tal.

—¿Puedo acariciarle?—sugirió.

Los hombros de Metz se encogieron en un movimiento casi imperceptible.

—Los dedos son suyos, ¿no? —replicó—. No, no, calma sólo bromeaba... Claro. Así. ¿Ve?

Le cogió la mano con mucha suavidad. Su piel estaba caliente y seca. Llevó los dedos de Tabitha hasta la cabeza del pájaro y los deslizó lentamente sobre su espalda. Tal se removió.

—¿De dónde es? —preguntó Tabitha.

—¿Se refiere a este bicho? Oh, viene de muy lejos... Le aseguro que ni tan siquiera podría pronunciar su nombre. Fíjese en él... Ni tan siquiera sabe pronunciar el nombre de ese sitio. Eh, Tal dijo acercando la cara a la cabeza del pájaro—, esta chica quiere saber de dónde eres. ¿Ve? Ni tan siquiera él puede pronunciarlo...

—¡Pulimento para zapatos! —trinó el pájaro de repente—. ¡Intrigas en el cuerpo de baile ! ¡ Intrigas en los zapatos !

Marco y Tabitha pusieron cara de sorpresa y se echaron a reír.

—Está un poco nervioso dijo Marco.

Tabitha volvió a acariciar la cabeza del pájaro.

—¿Bebe?

—¿Tal? No.

—¿Y usted?

—Claro.

—Estaré en la barra dijo Tabitha.

—Bueno... —dijo Marco cuando se reunió con ella tres minutos después sin el pájaro . ¿Ha venido a disfrutar del carnaval?

—No, estoy buscando trabajo. Acabo de llegar de Chateaubriand.

—Chateaubriand está en el Cinturón, ¿no? —Tabitha captó el nuevo respeto que había en su mirada, la misma reacción que se había acostumbrado a esperar siempre que decía algo por el estilo—. ¿Y qué clase de trabajo la ha traído desde un lugar tan lejano? quiso saber Marco.

—Oh, acabo de hacer una entrega rutinaria para una empresa de drogas y medicamentos. Suero de percebes carbonatado y envasado al vacío y algunas cosas más..., nada demasiado interesante.

—Así que se gana la vida conduciendo, ¿eh?

—Sí, así es como me gano la vida.

—¿Y siempre trabaja para esa empresa?

—Trabajo para cualquiera siempre que nos hayamos puesto de acuerdo sobre la paga —dijo Tabitha.

—Vaya, vaya... ¿Tiene nave propia?

—Tengo nave propia dijo Tabitha.

Marco estaba impresionado, no cabía duda. Ya habían pasado muchos años desde la primera vez en que pudo afirmar que tenía una nave propia, pero Tabitha seguía sintiendo el mismo orgullo de siempre cada vez que podía soltar aquella revelación ante las narices de una persona que acababa de conocer. Sabía que cuando tuviera que contarle a Alice lo de la cláusula de penalización si no pagaba la multa sentiría algo muy distinto al orgullo de ahora, pero... Bueno, esperaba no tener que hablarle de eso.

Miró a Marco. Ah, cómo le habría gustado poder llevarle a la nave... Quería llevarle a su camarote, arrancarle toda esa ropa tan elegante y esparcirla por el suelo.

—Le invitaría a visitarla —dijo—. pero tengo que marcharme.

—Qué pena dijo él—. Sería una experiencia fascinante. ¿Y qué clase de nave tiene?

Tabitha le miró a los ojos, comprendió que estaba realmente interesado en la nave y se sintió vagamente insultada.

—Oh, no es más que un viejo cacharro —dijo.

—¿Un modelo de exploración?

—No, una barcaza.

El rostro de Marco se iluminó como si estuviera disfrutando de un secreto tan maravilloso que apenas podía contener el deseo de compartirlo con otros.

—¿Y es suya? ¿Suya y de nadie más?

—Sí —dijo ella, algo picada.

—Oiga, ¿quiere llevarme a Plenty?

—¿Quiere ir a Plenty?

—Sí.

—¿Esta noche?

—No, no... A primera hora de mañana.

Tabitha le observó en silencio durante unos momentos.

—Bueno.. . ¡ Sí ! —dijo por fin, y un instante después se acordó del cristal defectuoso—. Bueno..., no —dijo . Me..., me encantaría, pero necesito algo más que eso.

Marco dejó escapar una risita.

—Oh, hay más —dijo—. ¡Hay mucho más! ¿Qué necesita?

Tabitha se pasó la lengua por los labios.

—Doscientos cincuenta—dijo—. Por adelantado. Y después... Diablos, no lo sé, pero... La nave necesita una reparación.

—No hay problema—dijo él.

—No puedo creerlo —dijo Tabitha—. Habla en serio...

—Sí, es algo que me ocurre de vez en cuando.

Marco deslizó la mano sobre su brazo. Tenía los dedos muy suaves y sabía acariciar. "Tiene dedos de músico", pensó Tabitha.

—¿Quiere ir a una fiesta? —le preguntó.

Salieron del local. Hacía una noche fría y un poco más polvorienta que de costumbre.

El desfile ya había pasado hacía mucho rato, pero las aguas del canal seguían estando muy movidas. Había grupos de niños sobre balsas improvisadas con tablonas y barriles de plástico; parejas en botes de remos y motoras que se habían quedado sin carga y flotaban a la deriva. Una docena de personas estaban de pie, tumbadas o sentadas sobre el atracadero que había debajo de la Cinta de Moebius discutiendo y bebiendo. Una pequeña motora que parecía muy rápida estaba atada a un poste rojo y blanco. El pájaro voló en línea recta hacia ella y las lunas duplicaron su sombra y la convirtieron en un manchón confuso.

La claridad de las lunas caía sobre el desierto y sobre la estepa, sobre las colonias polares y las tierras de los cañones, allí donde fluye la profunda y lenta corriente de los canales somnolientos. Sus rayos pintaban los desiertos, barrían las pampas, relucían sobre las granjas de cristales y arrancaban destellos a los lagos de algas de las ciudades que se confundían unas con otras. Iluminaban la arena de Barsoom y teñían de plata el césped suburbano de Bradbury. Iluminaban sin ninguna clase de discriminaciones los sombríos bloques monolíticos de la ciudad antigua y el arrogante y caótico amontonamiento de la nueva observando sin comentarios cómo se desparramaba y se extendía hasta más allá de la circunferencia que había marcado el perímetro de la cúpula desmantelada.

Tabitha se reclinó en el asiento de la motora perpleja y asombrada ante su buena suerte mientras avanzaban hendiendo las sucias aguas bajo el áspero resplandor emitido por una videopared. Algún tiempo después ella misma observaría que todo Marte había sido parcelado y repartido. Las pequeñas fortunas ya no estaban allí. Hacía pocos años Schiaparelli era una matriz pancultural viva y sólida, una encrucijada cosmopolita del sistema solar donde todas las razas que giraban alrededor del poder capellano podían coexistir en ruidosa armonía o pasar por ella regateando y haciendo negocios rumbo a los albergues y centros de caravanas que había en el sur. Ahora los autobuses repletos de turistas se abrían paso por entre las ruinas de Al-Kazara, y los estantes de los prestamistas estaban llenos de recuerdos importados que habían sustituido a los acordeones y medidores traídos por los navegantes borrachos que habían cruzado sus umbrales con paso tambaleante no hacía mucho tiempo.

Tabitha había logrado acostumbrarse al cambio, aunque recordaba tiempos mejores y no muy lejanos en los que los grupos de jazz de los sótanos tocaban con tanta furia que casi lograban ahogar el furioso repiqueteo de los viejos prospectores de especia que jugaban al mah jongg. Podías echarte a dormir en cualquier sitio que estuviese lo bastante caliente y ni tan siquiera los polis intentarían echarte de allí. Cuando despertabas con las primeras luces del amanecer descubrías una llama que no parecía tener dueño metiendo el hocico en tus bolsillos y un grupo de thants que empezaban a instalar sus puestos de mercancías alrededor de tu cama.

Te ponías las botas, parpadeabas intentando aclararte la vista y avanzabas con paso tambaleante a través del souk. Robabas un chapati del puesto de una vieja y serpenteabas entre los grupos de comerciantes y compradores siguiendo el olor del café recién tostado. Había gente asomada a las ventanas de los pisos superiores hablando con sus vecinos que se desplazaban por el canal. Las prendas multicolores colgaban rígidas en el gélido aire del amanecer como estandartes inmóviles sobre los ciento noventa y nueve canales y cursos de agua. Después cruzabas el Puente de Cobre y el sol sobre los tejados ardiendo como un disco de mantequilla en el cielo color cinabrio. Los robots de mantenimiento y vigilancia surcaban las aguas con un petardeo de motores zumbando y canturreando para sí mismos, y las fuentes de los Jardines Hamishawari se ponían en marcha lanzando sus chorros de agua hacia las alturas.

La humanidad había recibido un regalo inesperado. El espacio podía ser suyo, y muchos humanos prefirieron surcarlo a permanecer en órbita y construir habitáculos. Marte y sus veloces satélites fueron el primer gran resultado directo de ese regalo caído del cielo. Manos capellanas se encargaron de dirigir las operaciones de construcción y la maquinaria capellana se ocupó del trabajo físico, pero todo fue hecho por y para los humanos de la Tierra, su vecina más próxima, y la inmensa labor de convertir Marte en un lugar habitable fue emprendida y llevada a cabo en su exclusivo beneficio. Es fácil entender el celo y la diligencia de que dieron muestra. Todo un planeta se había vuelto accesible de repente, y no sólo era accesible sino que estaba disponible, desocupado y desierto... Todo un planeta abandonado podía ser suyo.

El Planeta Rojo está sumergido bajo una montaña de réplicas de sílice y recreaciones sentimentaloides de los "Antiguos" que deben mucho más a la imaginación fantasiosa que a la arqueología, y eso hace que ahora resulte muy difícil imaginarlo, pero en la época del Gran Paso Adelante los grandes canales eran los únicos vestigios visibles de esa raza orgullosa de arquitectos e ingenieros ya desaparecida.

Sus impresionantes dimensiones no habían logrado impedir que se hallaran en un estado lamentable. Los cauces estaban llenos de arena, los fondos estaban resquebrajados y las orillas habían sufrido los embates de cientos de largos y duros inviernos marcianos. Los primeros exploradores siguieron sus cursos hasta allí donde desaparecían en el laberinto de los valles y los peñascos de las tierras polvorientas y tuvieron que retroceder confesando su derrota. El paisaje era tan abrupto y salvaje que no había forma humana de entenderlo. Sólo los ojos expertos de su consejero capellano eran capaces de recorrer aquella desolación de basalto y piedra caliza y dar con la llave oculta que permitía el acceso a un mundo que se había perdido en los abismos del tiempo. Los exploradores siguieron la dirección indicada por su dedo y se internaron en el desierto para hacer excavaciones en la arena, y los gigantescos bloques y losas de una sola pieza de la ciudad enterrada volvieron a sentir el contacto impalpable de la luz.

Construyeron una cúpula sobre ella para protegerla de las tormentas de arena y mantener encerrada la nueva atmósfera, y le pusieron como nombre Schiaparelli en honor de un héroe del arte de la astronomía. Los exploradores estaban por todas partes. Escalaban los volcanes de Tharsis, dragaban la

Cuenca Argólida y talaban bosques enteros de la Hierba Roja. Marte te ofrecía una gravedad con la que podías discutir y un horizonte lo bastante cercano para agarrarlo con tus manos. Los primeros generadores de microclimas estaban empezando a salir de las factorías orbitales de Dominó Valparaíso, y no tardaron en sacudir a la ecología haciéndola despertar del letargo en que había caído. Los troncos nudosos y achaparrados de los saguaros brotaron de las dunas color rojo óxido. Los prospectores regresaban a la ciudad balbuceando historias increíbles sobre oasis repletos de hierba y vegetación y volvían a internarse en el desierto para descubrir los horrores de la congelación y la muerte marciana.

Los años parecían interminables y la compañía no podía ser más abigarrada, y si la atmósfera te arañaba los pulmones cada vez que tragabas una bocanada de aire..., bueno, eso añadía un poquitín de peligro a la empresa y la hacía aún más atractiva, ¿no? La presencia de directores capellanos y policías eladeldis no parecía tan opresiva y asfixiante cuando bastaba con hacer unas cuantas tonterías o cometer algunos descuidos para perder la vida. La explicación de que una parte tan grande del Río Maas fuera abierta a la colonización gracias a los veleros de arena en vez de a las aeronaves y los camiones oruga quizá deba buscarse precisamente en eso. Los veleros de arena eran mucho más peligrosos, y eso los hacía mucho más atractivos. Los marineros que tenían la mala suerte de tropezar con una ventisca de arena surgida de la nada o cuya embarcación volcaba en la Cañada de Mitridates rara vez eran rescatados. Los directores no se cansaban de repetir que los veleros eran peligrosos y aconsejaban que se prescindiera de ellos. "Ya conocían los riesgos a que se enfrentaban", decían meneando sus enormes cabezas mientras ponían cara de pena. Uno de los carteles utilizados en el reclutamiento de emigrantes más populares de la época muestra a un niño que sonríe de oreja a oreja y cuyos pies desaparecen en dos inmensas botas de adulto cubiertas por una capa de arena rojiza. Puede que la imagen sea algo sentimental, pero no cabe duda de que supo capturar esa sensación de júbilo impetuoso que debió experimentar la humanidad en cuanto se dio cuenta de que se estaba enfrentando con algo tan grande que no podía ser dominado..., todavía.

Y en cuanto a los marcianos, esa raza de titanes esfumada en las nieblas del tiempo, ¿qué podemos decir de ellos? Han pasado unos cuantos años, cierto, pero incluso hoy en día podemos decir muy poco más de lo que declara tan elocuentemente la gigantesca arquitectura de la vieja Schiaparelli. Sus edificios supieron sacar la máxima ventaja posible de la débil gravedad marciana, y si hemos de juzgarles por ellos no cabe duda de que merecen ser recordados como titanes. Eran altos y fuertes, y sus planes eran tan ambiciosos como ellos. Sabían trabajar la piedra, el hierro y el ladrillo. Está claro que disponer de luz natural no era una de las cosas que más les importaban, pero se han encontrado restos de esmalte en algunos de esos raros agujeros de contornos informes que dejan pasar el viento convirtiéndolo en un aullido, y también se han descubierto fragmentos de lo que parece un primer y bastante conseguido intento de fabricar hormigón.

En cuanto a lo que eran realmente esos edificios, seguimos sin estar seguros. De una cosa no cabe duda, y es que de si eran viviendas no nos parecen muy acogedoras. Han sido erosionados y maltratados por las

turbulencias y el frío de las arenas, que han eliminado hasta la más mínima huella de los adornos o mobiliario que debieron contener, pero sus paredes y sus techos aún conservan algunas pistas. Hay restos de tallas y, a veces, incrustaciones de formas rectangulares que se suceden unas a otras y que numerosos expertos han identificado confiadamente como escritura, aunque nunca se ha conseguido ninguna traducción remotamente plausible.

Si se nos permite aventurar una más bien fantasiosa interpretación de su carácter basándose en las estructuras, las cubas vacías, bóvedas y madrigueras, la apariencia entre práctica y atrevida de sus escaleras, conductos y alcantarillas e, incluso, de los famosos canales, los marcianos debían de ser una raza seria y decidida que se tomaba muy en serio cuanto emprendía y que no era nada propensa a las digresiones o las frivolidades. Ir más allá de eso sería caer en esa frivolidad que les negamos. Las sesenta y siete ruinas de la Llanura de Barsoom a las que se suele llamar "templos" quizá fueran eso, aunque es igualmente posible que fueran cuarteles, barrios aislados para las víctimas de una plaga o para quienes sufrían perturbaciones mentales o campamentos de vacaciones que acogían a los habitantes de las ciudades marcianas. No hay ni la más mínima prueba de que los marcianos se divirtieran con el degüello ritual de bestias temibles en las arenas de un coliseo o de que sus rutinas religiosas incluyeran el sacrificar bellas esclavas sobre los altares de dioses que contemplaban a sus fieles con el ceño fruncido y expresión amenazadora.

¿Qué ha sido de los marcianos? ¿Adónde fueron? Si los directores capellanos tenían alguna idea al respecto jamás la han revelado. Algunas almas resentidas atadas a la Tierra por las obligaciones o por su propia obstinación murmuraban que Capella siempre había sabido lo que se encontraría en Marte y el porqué. Algunos —puede que no sin malicia— afirmaban que Capella había tenido mucho que ver con lo que había ocurrido en Marte sólo Dios sabía cuantos eones antes.

Los viejos bunkers y silos vacíos —silenciosos e inmutables como una enorme y muda necrópolis situada en el corazón de una ciudad que rebosa de actividad y movimiento— van intercambiando las posiciones de sus inmensas sombras deslizándolas sobre las calles de piedra y los canales. Sus interiores tenebrosos y sepulcrales nos hablan sin palabras de sus arquitectos ausentes. Los arqueólogos acamparon dentro de ellos durante una temporada, pero se sentían incómodos y acabaron trasladándose a los pueblos que habían florecido alrededor del gran descubrimiento. La ciudad antigua quedó abandonada por segunda vez y se convirtió en un lugar reservado a los románticos, los teóricos, los viajeros de paso y los perros.

—Los adolescentes se acostumbraron a visitarla para correr con sus jeeps dando vueltas y más vueltas a los gigantescos edificios. Cuando esos jóvenes llegaron a la edad adulta se puso de moda ir a los almacenes abandonados para celebrar fiestas con multitudes de invitados.

Tabitha levantó la vista hacia aquellos muros ciclópeos de piedra rosada que se alzaban centenares de metros por encima de su cabeza y terminaban desapareciendo en la oscuridad. Las pasarelas y estructuras de hierro negro unían los muros como si fuesen caminos inmensos concebidos para salvar

abismos de aire. Podría haber posado *la Alice Liddell* cómodamente en cualquiera de ellos y aún habría sobrado bastante sitio.

La motora avanzaba rápidamente e iba dejando atrás los muelles vacíos de los gigantescos y lúgubres edificios. Las luces brillaban aquí y allá. Las ráfagas de viento traían el sonido de la música y las voces desde las embarcaciones de recreo ancladas sobre las aguas rojizas. El zumbido quejumbroso del motor no tardó en quedar acompañado por un eco extrañamente ahogado.

Atracaron en un muelle bajo un cielo tan negro como la sangre coagulada y fueron por una pasarela que les llevó hasta una explanada gigantesca situada un poco por debajo del nivel del suelo. La penumbra hacía que la hondonada pareciese un lago de vino tinto y Deimos era una perla medio hundida en él. Tabitha vio grupos de personas que contemplaban la explanada y otros que salían de un almacén repleto de comida, bebidas y aire fresco desde el que llegaban los atronadores acordes de una raga hindú.

BITACORA BGK009059

TXJ.STD

IMPRIMIR

\\t3asprrr_TXJ ! a222/in%ter&&&

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 07.31.33

ADELANTE

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA. ¿HA VENIDO A HABLAR CONMIGO?

Estar ahí dentro es como estar encerrada en un manicomio.

sí, YA ME LO PARECIA. ESPERO QUE NO ESTROPEEN NADA.

Como sigan así acabarán estropeándome la cabeza.

OH, CAPITANA... ESTOY SEGURA DE QUE NO SE LA ESTROPEARAN.

Es como tener una fiesta permanente en casa.

PERO A USTED LE GUSTAN LAS FIESTAS, ¿NO, CAPITANA?

Me gusta ir a las fiestas de otras personas. No me gusta dar fiestas, y te aseguro que odio el que me obliguen a vivir metida en una fiesta continua.

No, espera. Recuerdo que di una fiesta en la que lo pasé estupendamente..., en la Plaza Utopía. Cuando te conseguí, ¿sabes? Di una gran fiesta para celebrarlo. Esa fiesta fue un verdadero éxito. No faltó nadie. Sam, May Lee, Muni Vega, Fritz Juventi, de la Perseverancia Valenzuela hecho un figurín con su tricornio y sus pantalones de lamé y ni un día más viejo de como le recordaba... Algunas de las chicas de HiBrasil intentaron tomarle el pelo, pero Fritz siempre finge que le encanta que le tomen el pelo. Es el tipo

más tranquilo e impasible que he conocido. Si le pusieras una barra de mantequilla en la boca se conservaría tan bien como dentro

de la nevera...

Algunos invitados habían venido de Fobos y habían recorrido una gran distancia. Casi todos eran personas a las que había conocido cuando aún intentaba conseguir mi tarjeta blanca. Vi a Dodger Gillespie exhibiendo sus conexiones mientras le pedía un cigarrillo a una azafata espacial que parecía muy impresionada.

—¡Dodger! —exclamé abrazándola—. Creía que estabas en el Cinturón...

—Y allí estaba —gruñó ella—. Dejé escapar un par de hallazgos estupendos para acudir a tu maldita pelea de conejos.

Usó un tono de voz bastante quejumbroso, aunque no apartaba la mirada de la pobre niña. Tenía los ojos medio cerrados y movía la cabeza de tal forma que las conexiones reflejaban la luz. La azafata seguía ofreciéndole el paquete de cigarrillos como si fuera su única misión en la vida, y Dodger acabó dignándose coger uno.

—Gracias, querida—dijo.

Me atizó un vigoroso puñetazo en el hombro para indicarme que las dejara solas lo más deprisa posible, aunque la cosa no iba del todo en serio. Con Dodger las cosas nunca van del todo en serio, ¿sabes?

Y decidí quedarme allí sólo para hacerla enfadar un poquito.

—¿Lo estás pasando bien? —le pregunté a su víctima.

—Oh, sí —respondió.

Giró la cabeza para lanzar una rápida mirada interrogativa a Dodger y volvió a girarla hacia mí, pero Dodger se limitó a contemplarme con la cabeza inclinada a un lado como si quisiera taladrarme con las pupilas. No parecía muy dispuesta a presentarnos.

—Me llamo Tabitha —dije con mi mejor sonrisa—. Tabitha Jute...

—¡Oh, entonces eres la que da la fiesta! —graznó la azafata de Dodger.

—Exacto —dije yo.

Dodger suspiró y nos envolvió en una nube de humo.

—Así que has decidido ganarte la vida por tu cuenta, ¿eh? —dijo la víctima.

Volvió a sacar el paquete de cigarrillos del bolsillo en el que lo había guardado, y permití que me ofreciera uno antes de negar con la cabeza.

—Estaba empezando a notar los efectos de la presencia de Dodger. Siempre ha sido una mala influencia para mí, ¿sabes?

—Lo siento... —La azafata tragó saliva—. Me llamo Moira. ¿Qué tal estás?

—Encantada —gruñó Dodger.

Moira la miró y puso cara de no saber qué hacer, pero estaba claro, que había cambiado de objetivo. Ahora tenía ganas de hablar conmigo, no con Dodger.

—Ojalá tuviera una nave —dijo y suspiró—. Me encantaría viajar...

—Ya lo haces, ¿no? —observé yo.

Me lanzó una mirada bastante peculiar que me hizo comprender que no era tan estúpida como parecía. Las vacilaciones y el aire de boba eran un mero fruto del entrenamiento.

—Ayudo a las ancianas a entrar y salir de la red, si es que te refieres a eso—dijo en un tono bastante sarcástico—. Sirvo bebidas y sonrío.

—Bueno, yo también lo he hecho —admití.

En cuanto hube dicho eso no hubo forma de detenerla. ¡Pensar que podías empezar pastoreando rebaños de turistas y acabar poseyendo tu propia nave! ¡Oh, era increíble!

No podía decirle que ella no tenía muchas posibilidades de seguir mi camino. Habría pensado que me estaba limitando a ser desagradable, ¿comprendes? Cuando me marché, la azafata puso cara de desilusión y Dodger se mostró sardónicamente agradecida.

—Pasadlo bien —les dije.

Empecé a circular por la fiesta. No tenía ni idea de que hubiera invitado a tanta gente... Por haber incluso había una o dos unidades libres —no sé cómo lograron entrar—, y todo el departamento de contratación parecía haber acudido en masa. Ya no tendría que volver allí, y decidí exhibirme un poco. Se acabó el sufrir persiguiendo contratos y el que todos los transportistas independientes te trataran como si fueses un montón de escoria. ¡Adiós departamento de contratación, adiós a las malditas juntas de demanda!

¿A QUÉ SE REFIERE, CAPITANA?

Bueno, cuando visitas una estación por primera vez no conoces a nadie y no tienes más remedio que utilizar la red oficial..., las asociaciones que se encargan de manejar los negocios, la sala para contrataciones locales y todo eso. No hace falta moverse mucho por esos sitios para darse cuenta de que estás perdiendo el tiempo. Los eladeldis lo supervisan todo y todos los contratos que valen la pena se consiguen por el boca a boca, ¿entiendes? Pero cuando lo has descubierto ya has conocido a unas cuantas personas y no necesitas volver a la sala de contrataciones. En cuanto aprendes la lección te buscas una esquina delante de alguna taberna o cerca de un gimnasio de gravedad cero. Las noticias siempre acaban difundándose... Algunos veteranos incluso han logrado meterse en las comisarías de policía y en las salas de control de tráfico, pero si tienes nave propia y no padeces alergia al trabajo siempre puedes permitirte el lujo de escoger.

PERO NO SIEMPRE NOS HA RESULTADO FACIL, ¿VERDAD?

No, tienes razón. Hemos cometido errores realmente estúpidos y hemos acabado metiéndonos en algunos pozos de mierda..., como éste de ahora.

LO SIENTO, CAPITANA. NO INTENTABA CRITICARLA, CRÉAME... SIGA CONTÁNDOME COSAS SOBRE SU FIESTA. CELEBRABA SU GRAN ÉXITO, ¿NO?

Y la fiesta también fue todo un éxito. No hubo ni un momento de aburrimiento y ni una sola nota discordante en toda la velada, te lo aseguro... El jolgorio sólo decayó un poco cuando llegaron dos eladeldis y se dedicaron a husmear por ahí. Siempre meten las narices en todas las reuniones que se celebran en la Plat, tanto si son públicas como si son privadas. Les pregunté si deseaban beber algo y ellos se limitaron a enseñarme los dientes. Oh, sí, fueron muy corteses...

Recuerdo que vi a un altaceano escondido debajo de la mesa. Me pregunté si estaría intentando ocultarse de los eladeldis, pero enseguida vi que estaba buscando algo que se le había caído. Empecé a pensar en el capitán Frank, ¿sabes? Había perdido el contacto con él, y era una auténtica lástima... Ahora que lo pienso, creo que he acabado perdiendo el contacto con muchas personas, Alice.

LA GENTE VIENE Y VA.

Esa noche vi a una persona que habría deseado no ver, y voy a decirte quién era. Nada menos que Vera Shawe, de HiBrasil, con la cabeza afeitada, toga, sandalias y todo lo demás...

—Hola, Tabitha —dijo—. Bueno, supongo que no queda más remedio que felicitarte, ¿verdad?

Cualquiera que la hubiese oído hablar de esa manera habría creído que acababa de tener un bebé o algo parecido.

—Si estuviera en tu lugar la matricularía lo más pronto posible—siguió diciendo—. Asegúrate de que cumples todos los trámites y de que todo está en orden.

—Lleva siete años sin trabajar—repliqué yo—. Era de Sanczau, y está limpia.

Vera me puso una mano en el brazo.

—Aun así, Tabitha... —dijo—. Supongo que querrás que los eladeldis le den un buen repaso, ¿no?

—No —dije yo. Qué mujer tan insoportable...—. Se cargarían todos los circuitos.

Vera me lanzó una mirada condescendiente.

—Qué mala eres, Tabitha... —dijo—. Ya sabes que se supone que debes permitir que la inspeccionen.

Intenté hacerle agujeros en el rostro con la mirada.

—Lo había olvidado —dije con voz átona.

Supongo que le habría encantado responderme de la forma más grosera posible, pero estaba en mi fiesta bebiendo a mis expensas, así que se aguantó. Extendí la mano y le di una palmadita en el hombro. La tela parecía seda.

—Que lo pases bien, Vera—dije.

Estaba intentando poner la máxima distancia posible entre ella y yo, pero Vera empezó a contarme todo lo que sabía sobre las Kobolds, todo lo que le

había ocurrido cuando hizo una entrega con una Kobold, todo lo que le había ocurrido a una persona que conocía que había hecho una entrega con una Kobold y todo lo que les había ocurrido a todas las personas que habían viajado en una Kobold tanto si eran conocidas suyas como si no.

ME HABRIA ENCANTADO OÍRLA. CREO QUE ME GUSTARIA CONOCER A VERA SHAWE... PARECE UNA MUJER FASCINANTE.

No tiene nada de fascinante. Es una gilipollas, y odio a esa clase de gente. De acuerdo, se lo debemos todo a Capella, pero eso no significa que debamos pasarnos la vida babeando de gratitud... Si fuera un capellano no me haría ninguna gracia ver que la gente se pone a babear en cuanto paso por delante.

¿QUÉ QUERRIA USTED SI FUESE UN CAPELLANO, CAPITANA?

Si fuese un capellano tendría todo lo que pudiera desear, ¿no?

SUPONGO QUE LOS CAPELLANOS DEBEN ESPERAR ALGUN TIPO DE REACCION, ¿NO?

Puede que no. Quizá fue un error.

LOS CAPELLANOS NO COMETEN ERRORES.

Eso ya lo has dicho antes. Poner el secreto del impulso estelar en manos de los frasques fue un error, ¿no?

CAPITANA, LOS FRASQUES YA UTILIZABAN SU PROPIO SISTEMA DE IMPULSO ESTELAR.

¿Cómo lo sabes?

SUPONGO QUE DEBI ENTERARME EN ALGUN VIAJE.

Bueno, pues no les sirvió de mucho. Volviendo a la fiesta, May Lee se encargó de rescatarme.

—¿Y bien? —preguntó cogiéndome del brazo.

—¿Y bien qué? —repliqué yo.

—Hola, Vera —dijo May. La miró por encima de mi hombro, le lanzó una de esas sonrisas feroces por las que era famosa y siguió hablando antes de que Vera pudiese abrir la boca—. ¿Cuándo vas a llevarnos a ver la nave? Todo el mundo se muere de ganas por verla.

—¿Es cierto que has conseguido nada menos que una Kobold Sanczau? —preguntó Molly—. ¿Nada menos que una de las famosas Kobold Sanczau?

Quise preguntarle a qué se refería, pero May se me adelantó. Había empezado a reunir un grupito de personas que querían echar un vistazo a la nave, y todo el mundo quería que le hiciera caso al mismo tiempo.

May Lee y Molly Jane... Me pregunto qué habrá sido de ellas. Supongo que May Lee debe seguir en circulación. A estas alturas ya tendrá su propio taller de reparaciones, o quizá esté trabajando como encargada de la flota de algún pez gordo. ¿Te acuerdas de May Lee, Alice? Insistió en inspeccionarte personalmente apenas hubimos llegado.

ME ACUERDO DE ELLA. MAY LEE TENIA UNAS MANOS MARAVILLOSAS.

Eh, no intentarás hacerme creer que pudiste sentir el contacto de sus manos...

CLARO QUE NO, PERO ME DI CUENTA DE QUE ESTABAN ALLI. ERA INCREIBLE. ME HIZO SENTIR COMO..., COMO SI FUERA UN INSTRUMENTO MUSICAL.

Olvídalo.

PERFECTAMENTE AFINADO. LO SIENTO, CAPITANA. ESTABA RECORDANDO Y... CADA PERSONA TIENE SU ESTILO, Y YA SABE QUE JAMAS SE ME OCURRIRIA CRITICAR SU FORMA DE HACER LAS REPARACIONES Y OCUPARSE DEL MANTENIMIENTO. NECESITÉ UN POCO DE TIEMPO, PERO YA ME HE ACOSTUMBRADO.

¿Quieres callarte de una vez?

LO SIENTO.

Alice, te prometo que en cuanto hayamos salido de este lío yo... Bueno, te prometo que en cuanto me paguen podrás disfrutar de una revisión, descontaminación y puesta a punto completa, ¿de acuerdo?

LO MAS IMPORTANTE ES EL CRISTAL DEL EJE.

¡Tendrás todo lo que te haga falta! En cuanto me hayan pagado, ¿vale?

ESPERO QUE SEA PRONTO, CAPITANA. NO QUIERO FALLARLE.

5

Manchas de fuego blanco que parecían crisantemos sobre un fondo de terciopelo florecieron de repente en el cielo convirtiendo el color carmesí en negrura. Los cohetes de magnesio subieron trazando espirales a través de la fría atmósfera nocturna y estallaron con resplandores azulados. El tartamudeo entrecortado de los proyectiles trazadores derramó su claridad escarlata sobre una escena de alegría y confusión. Siluetas minúsculas con varas de fuego en las manos se movían sobre la orilla del canal o saltaban de una embarcación a otra. La iluminación en continuo proceso de cambio proyectaba sus sombras en todas direcciones y hacía que bailotearan sobre las fachadas de los edificios que se alzaban en la otra orilla. El estruendo de las trompetas y los vítores proferidos por voces borrachas llegaba desde abajo, pero quedaban casi totalmente ahogados por el cristal.

Tabitha Jute estaba junto a la ventana del ático de Marco Metz contemplando los últimos chisporroteos del carnaval de Schiaparelli mientras se tambaleaba ligeramente de un lado a otro. Aquella gente parecía decidida a seguir divirtiéndose hasta el fin de los tiempos, como si no quisieran volver a sus casas y sus camas.

Alargó una mano hacia el campo de fuerza que les protegía del frío. El campo de fuerza se apoderó de su dedo y Tabitha sintió algo parecido a la mordedura de unos dientes muy blandos. La ventana iba desde el techo hasta el suelo, y los generadores del campo estaban ocultos y no hacían ni el más mínimo ruido. Podía oír música a lo lejos. Intentó apoyarse en el campo.

—No hagas eso —dijo Marco—. Acabas de llegar.

Podía sentir su presencia detrás de ella. Marco le puso una mano sobre los hombros y deslizó el otro brazo alrededor de su cintura mientras le besaba el cuello. Tabitha giró sobre sí misma y se dejó abrazar. Besó sus labios musculosos y se pegó a aquel cuerpo sólido y esbelto. Marco le besó la mejilla.

—Quizá deberías quitarte la chaqueta—le murmuró al oído.

—Quizá —dijo ella.

Estaba a punto de derretirse. Todo parecía estar ocurriendo a gran velocidad, pero se sentía capaz de moverse por entre los momentos tan ágilmente como si fuese una sílfide rigeliana. Todo brillaba y estaba recubierto por una hermosa película plateada. Movié los pies y creyó ver el polvo de estrellas dispersándose a su alrededor. Extendió los brazos hacia aquel hombre soberbio, pero el muy idiota había decidido ser práctico y parecía estar muy ocupado con su bolsa de viaje... ¡Su bolsa de viaje! ¿Cómo podía perder el tiempo con algo semejante?

—La dejaré aquí —dijo Marco yendo hacia una mesa que no era más que una losa de una sustancia transparente—. ¿Qué llevas dentro? ¿Te dedicas al levantamiento de pesas o qué?

—Voy acumulando cosas —dijo ella—. Durante mis viajes... He recogido algunas cosas realmente extrañas.

Le miró. Estaba tan cerca que no podía verle con claridad. Empezó a desabrocharle los botones de la blusa y se encontró con una camiseta térmica. La impaciencia pudo más que ella y acabó subiéndola violentamente con las dos manos mientras se inclinaba hacia adelante para besar su robusto pecho moreno.

—No te creo dijo.

Sintió cómo su cuerpo se tensaba.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Marco—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Tengo una barcaza —dijo Tabitha—. Conozco a montones de hombres. Conozco a montones de mujeres. Pero tú, tú..., tú eres un artista interplanetario... —Articuló las palabras con mucho cuidado. Su lengua parecía tener vida propia, y cada vez le resultaba más difícil hablar—. Tú... —dijo deslizando los dedos sobre la alfombrilla de vello que cubría su pecho—. Tú, este sitio... ¡Y quieres contratarme!

Marco se relajó.

—Estás en las nubes, ¿eh? dijo, y la besó.

—Estoy en las nubes y es una sensación maravillosa—dijo ella—. Todo es perfecto. Oye, ¿cogiste un poco?

—¿Un poco de qué?

—De lo que fuese —dijo ella—. De lo que había en la fiesta.

Marco dejó escapar una risita.

—Lo que fuese —repitió—. Sí, creo que cogí un poco de ese lo que fuese.

—Era cristal —dijo ella—. Del mejor... —Le miró y parpadeó lentamente—. De veras.

Pensó que quizá no la creía.

Volvió a extender las manos hacia él y uno de sus brazos atravesó la capa de mercurio que la envolvía igual que si fuese *la Alice* entrando en el hiperespacio. Tabitha sintió la fresca caricia iridiscente que se fue extendiendo a lo largo de su cuerpo. Marco acababa de quitarse la camiseta. Tabitha puso las manos sobre su cinturón. La hebilla era muy moderna y de un diseño bastante complicado, pero pareció derretirse entre sus dedos.

Alzó la cabeza y vio algo en el rincón. Era alto, esbelto y de color plateado. Tabitha pensó que debía ser alguna clase de antena, y un instante después comprendió que era una complicada percha para pájaros y se dio cuenta de que estaba vacía.

—¿Dónde se ha metido tu amiguito? —preguntó.

—¿Tal? Oh, andará por ahí. Creo que pensó que estaríamos más a gusto solos.

Y, sin saber por qué, la respuesta de Marco le pareció extraordinariamente graciosa. Se echó a reír sin poder evitarlo. Cuando reía las carcajadas salían de su boca y se convertían en burbujas de oxígeno líquido que brillaban como espejos metálicos. Las burbujas salieron despedidas en todas direcciones y chocaron con las paredes iridiscentes, el techo reluciente, el hombre maravilloso que tenía delante y sus soberbios ojos color avellana. Tabitha estaba inundándole con su placer, y no estaba muy segura de que Marco lo entendiera.

Pensó que aquello era importante y que debía decírselo.

—Cuando te vi estaba tan, tan cabreada... —murmuró—. ¿Sabes qué me dijeron?

—¿Qué te dijeron?

—Dijeron que había degradado la armonía entre las espi..., espac...— Volvía a tener serios problemas con la lengua—. La armonía entre las especies —logró decir por fin.

Hablar resultaba mucho más difícil que reír.

Era otro descubrimiento importante, y pensó que debía compartirlo con él.

—Hablar... dijo inclinándose con la grácil elegancia de una acróbata hasta quedar de cuclillas para bajarle los pantalones, unos auténticos pseudopantalones nada menos—. Hablar es mucho más difícil que reír. — Pensó

en cada palabra mientras la pronunciaba—. Pero a veces resulta más fácil—añadió.

Contempló los zapatos de Marco y puso cara de perplejidad.

Marco se reunió con ella en el suelo.

Tabitha sonrió. Se sentía increíblemente feliz. Acarició el rostro luminoso de Marco.

—Pero ahora todo va bien dijo.

La música subía y bajaba de tono a lo lejos.

—Todo es jodidamente maravilloso —dijo él.

Gruñó las palabras como si fuera un oso y sonrió como un tiburón. Aquel hombre era un milagro. ¡Oh, sí, sí, Marco Metz era un auténtico milagro!

Marco le quitó la chaqueta y la sucia camisa que llevaba debajo. Le besó los pezones pegando sus labios a la tela de su camiseta y le quitó los zapatos. Tabitha se sentó en el suelo y vio como se alejaba con sus zapatos y los de él. Marco se deslizó sobre la gruesa alfombra como si fuera un bebé y verle moverse de aquella forma era tan gracioso que se echó a reír. Estaba desnudo. Iba a darle un trabajo. Le dolía la mandíbula de tanto sonreír. Marco volvió y la abrazó en silencio durante un rato. Su cuerpo era cálido y flexible, y su carne era como una escultura de cuero dorado que brillaba en el estuche formado por las ondulaciones plateadas de aire. Marco la besó y la ayudó a quitarse los pantalones.

Un salto y una vibración. Tabitha estaba de pie con la camiseta, las bragas y los calcetines por único atuendo. Marco estaba sentado a sus pies con las piernas cruzadas delante del cuerpo. Tabitha sintió una vaga punzada de preocupación que no parecía tener ningún motivo determinado.

"Tabitha, Tabitha...", pensó riñéndose a sí misma. Y entonces se acordó.

—Tengo que coger mi trasto —dijo.

Marco alargó una mano y le acarició la pantorrilla.

—Podemos...

—No dijo ella—. Tengo que hacerlo. He de ser prudente. ¡Prudente!

Fue tambaleándose hacia su bolsa de viaje, tiró de la cremallera y hurgó en el interior. Sacó algo de la bolsa. Era una cajita de plástico negro mate, una cassette.

No se acordaba de ella. Todos los objetos que había dentro de la bolsa le parecían más o menos familiares, pero la casete no.

—¿Qué es esto?

—Parece una cinta —dijo Marco con voz tranquila.

Tabitha le miró sosteniendo la cinta entre sus dedos.

—No recuerdo haberla metido en la bolsa.

Marco volvió a sonreír.

—No creo que estés en condiciones de recordar muchas cosas, ¿verdad, cariño?

—Pero es que no recuerdo haberla visto en mi vida —dijo Tabitha con mucha solemnidad.

Marco se puso en pie, le dio la espalda y cruzó velozmente la habitación para ordenar las revistas amontonadas encima de un estante.

—Debe ser una de esas cosas raras que vas recogiendo en tus viajes. — dijo— Oye, ¿por qué no coges tu disruptor antes de que olvides qué aspecto tiene?

Tenía razón. Sí, tenía toda la razón. Marco Metz era un auténtico milagro hecho carne. Tabitha dejó la cinta sobre la mesa.

—Cuarto de baño dijo.

—Segunda puerta a la izquierda.

Tabitha avanzó lentamente por el pasillo. La música la siguió hasta el interior del cuarto de baño. Había espejos por todas partes.

Se sentó, clavó los ojos en su reflejo e intentó poner una expresión lo más seria posible. "Estás rompiendo las reglas, ¿eh, Tabitha?", se dijo, y no le quedó más remedio que admitirlo. Pero no le importaba. Marco era tan increíblemente apuesto... Podía pasar la noche en un piso precioso, tenía un hombre magnífico con el que acostarse y por la mañana Marco pagaría su multa. Ah, sí, y compraría un cristal nuevo para *la Alice*.

Pero las reglas eran las reglas. Tabitha nunca iniciaba una relación con nadie —especialmente con un hombre—, salvo si era ella quien dictaba los términos de la relación. Nunca pasaba la noche en la casa de otra persona sin echar un vistazo antes, y nunca se ponía en manos de otra persona —especialmente en las de un hombre—, cuando había bebido o tomado drogas.

Y esta noche ya había quebrantado todas esas reglas.

Pero esta noche no era una noche normal. Marco no era un hombre normal o, al menos, no era como los hombres con los que estaba acostumbrada a relacionarse. Para empezar, los hombres con los que se relacionaba no tenían cuartos de baño con bidet o retretes con el asiento de auténtica madera terrestre. ¿Cómo podía permitirse vivir en un sitio semejante si se ganaba la vida en el escenario de la Cinta de Moebius? Bueno, Marco debía estar quemando sus últimos cartuchos... Tabitha se conformaba con que el dinero durase lo suficiente para sacarla de apuros.

Le había perdido de vista durante un rato en la fiesta, pero estaba demasiado borracha para preocuparse por eso. Recordaba haber bailado con cinco palemianos a la vez. Los palemianos le dieron unas dosis de cristal de Ofir asombrosamente puro que la pusieron en órbita. Era una sensación increíble, como si midiera tres metros de altura y el universo no tuviera secretos para ella, y fue entonces cuando el mundo se volvió de color plateado. Había un generador que esparcía burbujas holográficas por toda la estancia. Secuencias de películas antiguas, anuncios, rostros que iban y venían, paisajes alienígenas..., era como estar hurgando en los sueños de otra persona. Tabitha rió y siguió dando saltos con los palemianos intentando reventar las burbujas. Marco surgió de la nada y Tabitha le besó.

Inspeccionó las paredes y no logró encontrar el botón del retrete. Perdió unos cuantos minutos buscándolo sin resultado. Retrocedió un par de pasos y la taza emitió un suave zumbido y se vació por sí sola. Tabitha se encogió de hombros, fue hacia el bidet, se lavó y se metió el disruptor por la vagina manejándolo con mucho cuidado para no perder aquella cosa tan diminuta. Podía oír una vocecita distante que hablaba y se callaba de vez en cuando,

como si alguien se hubiera dejado encendida una radio que interfería con la música, pero cuando salió del cuarto de baño la vocecita ya se había esfumado. Las luces se apagaron sin que tuviera que hacer nada.

—Tabitha...

Era la voz de aquel hombre maravilloso.

Las paredes del pasillo ondularon como si estuvieran a punto de disolverse. La bajada de la droga que había tomado no tardaría en llegar.

—¿Dónde estás?—preguntó.

—Aquí dentro.

Intentó localizarle guiándose por la voz. La música flotaba a su alrededor mientras le buscaba y le acompañó hasta que logró encontrarle. Marco estaba inmóvil delante de una ventana y los fuegos artificiales estallaban a su espalda sin hacer ningún ruido. Tabitha fue hacia él y recorrió todo su cuerpo con los labios. Había una cama. Estaban en un dormitorio.

La mesita que había junto a la cama contenía una botella de algo. Ginebra, tequila, vino... En su estado actual Tabitha apenas era capaz de distinguir un licor de otro. Bebieron de la botella y Marco bebió de su boca.

Quitarle la camiseta fue un proceso muy largo y lleno de complicaciones, pero lo consiguieron.

Las luces de los fuegos artificiales iban y venían por la habitación inundándola con un resplandor estroboscópico. Las paredes estaban salpicadas de círculos metálicos que iban creciendo y encogiéndose con la lentitud del oleaje.

—Mañana te ocuparás de todo, ¿verdad? —preguntó Tabitha.

Aquel hombre maravilloso le estaba besando el ombligo y sus labios se iban deslizando hacia el comienzo de sus bragas. Marco empezó a besarle la ingle con tanta suavidad que sus labios apenas rozaban la tela.

—Pues claro que me ocuparé de todo —dijo—. ¿Crees que puedo pasar por alto la oportunidad de alquilar la barcaza más hermosa de todo el sistema solar?

Le quitó las bragas con los dientes y Tabitha pensó que también debía dedicarse a la acrobacia.

Le acarició el perineo con la lengua. Los fuegos artificiales parecían estallar siguiendo el ritmo de la música, y su piel parecía derretirse y volver a formarse con intervalos de segundos. Tabitha ya no estaba muy segura de dónde terminaba él y dónde empezaba ella.

Tabitha Jute despertó y enseguida deseó no haberlo hecho. Descubrió que había estado durmiendo acostada sobre la espalda. Tenía la cabeza como si se la hubiesen golpeado con un saco de cemento o..., no, era como si se la hubieran robado y la hubieran sustituido por un saco de cemento. Sus fosas

nasales se habían solidificado hasta convertirse en una masa sólida que le abultaba la piel entre los ojos.

—Kgn... —dijo con un hilo de voz.

Estaba en una cama desconocida en una habitación que no le era familiar, y a juzgar por la claridad el día ya había empezado. La masa gris de la persiana estaba ribeteada por líneas de luz anaranjada. Junto a la ventana había una planta de hojas bastante flácidas metida en una maceta marrón que parecía alargarse desesperadamente en busca de agua. Tabitha sabía muy bien lo horrible que podía llegar a ser esa situación.

Parpadeó e intentó ver las cosas con más claridad. Volvió la cabeza hacia la pared que había detrás de la planta y logró distinguir unas espirales irregulares de oro pálido pintadas en ella. Al lado de la maceta había un perchero tubular sin nada colgado, una silla azul de tubo y un equipo audiovisual también tubular.

Volvió a cerrar los ojos.

La cama estaba caliente, y era increíblemente cómoda.

Tabitha se puso de lado y vio al hombre. Estaba dormido con la espalda vuelta hacia ella y roncaba sin hacer apenas ruido. Había tirado de la sábana hasta tan arriba que sólo podía ver la parte superior de su cabeza.

Y entonces lo recordó todo de golpe. Los recuerdos llegaron en forma de un chorro de sonidos, imágenes, música y acción inmensamente acelerada.

—Ngk —dijo.

La exclamación inarticulada era una mezcla de asombro y culpabilidad.

Movió la boca con mucha cautela porque quería averiguar si era capaz de encontrar su lengua. Creía recordar que se había quedado atascada en algún sitio durante la noche anterior.

Necesitaba orinar, y deprisa.

Se fue irguiendo poco a poco y con las máximas precauciones posibles.

Marco no se movió.

Tabitha esperó a que su cabeza hubiese dejado de dar vueltas y apartó lentamente la sábana. Se dio cuenta de que se había metido en la cama sin quitarse los calcetines y de que olía fatal.

Marco Metz siguió roncando.

Tabitha puso los pies en el suelo. Lo veía todo borroso, y tenía la sensación de que su boca se había convertido en el fondo de un pozo repleto de arena. Se preguntó cómo era posible que un extremo de su cuerpo anhelara tan desesperadamente algo de líquido mientras que el otro extremo sólo anhelaba librarse del que llevaba dentro. No era la primera vez que se hacía esa pregunta.

Entró en el cuarto de baño y volvió a encararse con su reflejo. Las persianas estaban bajadas, pero la penumbra no le impidió ver las sombras oscuras que había debajo de sus ojos.

"Zorra", se dijo. Su padre usaba esa palabra muy a menudo. "Zorra", volvió a pensar, y se sintió vagamente reconfortada.

Orinó y se dio una ducha con agua de verdad. Enjabonarse y quedarse inmóvil un buen rato debajo de la ducha sirvieron para que el mundo pareciera tener mejor aspecto. Tabitha fue hacia la ventana y subió cautelosamente la persiana.

Aún era muy temprano. El sol parecía una mandarina perdida en un cielo de mermelada de moras que giraba en lentos remolinos. Las columnas de cristal de la Galería Maserati estaban rodeadas por montones de basura. Un policía solitario que vagabundeaba por los tejados era la única señal de movimiento visible en las gélidas masas de edificios que se apiñaban alrededor del Gran Canal.

Tabitha se envolvió en una gigantesca toalla verde, salió del cuarto de baño y entró en el dormitorio a echar un vistazo. La masa oculta por la sábana no se había movido.

Dio unas cuantas vueltas hasta localizar la cocina, una habitación enorme y muy, muy blanca. Tabitha se preguntó si habría alguna clase de zumo de fruta disponible dentro de la nevera. "Zumo de cerezas", pensó y fue hacia la nevera pensando que la abriría y vería litros y más litros de zumo de cerezas.

Pero la nevera estaba vacía. Bueno, no estaba totalmente vacía, pero a efectos prácticos era como si lo estuviese. Un saquito transparente que contenía una sustancia marrón bastante espesa debía ser pasta de chocolate o miso, una anchoa reseca perdida en una lata abierta con la capa de sal convertida en una costra que parecía durísima y una mancha inidentificable de algo sobre un plato que quizá hubiera estado lleno de salsa al pesto. "Quizá sea vómito de loro", pensó Tabitha de bastante mal humor. Tal estaba inmóvil en su percha futurista de la sala.

—Buenas noches —dijo cuando la vio.

—Buenos días, Tal —murmuró Tabitha.

—Buenas noches —repitió Tal.

Aquella mañana el loro tenía la voz de un anciano cascarrabias.

El suelo estaba lleno de prendas tiradas por todas partes. Algunas eran suyas. Tabitha las fue recogiendo y se las puso. El loro la observó con expresión solemne mientras se vestía.

—Deja de mirarme, Tal.

Pero el loro no le hizo ningún caso. Tabitha descubrió que ser observada con tanta atención por un pájaro la hacía sentirse ligeramente incómoda.

Terminó de vestirse y recorrió la habitación con la mirada buscando su bolsa de viaje. Estaba encima de una mesa. Tabitha creía recordar que llevaba un cepillo de dientes dentro, y empezó a hurgar en la bolsa. No lo encontró, pero en el fondo de la bolsa había una cinta medio enterrada entre la confusión de objetos.

Tabitha la sacó y la contempló. Recordaba vagamente haberla sacado de la bolsa anoche, pero no recordaba haberla metido dentro de nuevo. Fuera lo que

fuese, no tenía ni idea de qué podía ser. El estuche era negro, no había ninguna etiqueta y ni tan siquiera llevaba una marca de fábrica. Tabitha se preguntó de dónde la habría sacado y quién la estaría buscándola en aquellos momentos.

El equipo cubierto de polvo situado junto a los estantes poseía un lector. Tabitha fue hasta él y lo encendió.

—¡Horrenda y melancólica historia de gran tristeza! —gritó Tal de repente.

Tabitha dio un salto y tuvo la impresión de que su cabeza había rebotado en el techo.

—Cristo, pájaro... No hagas eso —murmuró.

El maldito loro estaba empezando a ponerle los nervios de punta.

Metió la cinta anónima en la ranura.

Pero lo que brotó de los altavoces no la ayudó mucho. La cinta sólo parecía contener un mar de silbidos muy suaves con un matiz casi imperceptible de ultrasónicos y un crujido persistente y repetitivo. El resultado se aproximaba tanto a la nada que Tabitha se preguntó si la habría metido mal. Se inclinó sobre el lector para asegurarse de que la cinta estaba girando y echó un vistazo a las agujas de los amperímetros.

Marco alargó una mano por encima de su hombro y pulsó dos veces la tecla de parada.

La cinta salió de la ranura.

Marco deslizó las manos por debajo de los brazos de Tabitha y la alzó suavemente haciéndola girar por el aire hasta dejarla de espaldas al equipo. No se había afeitado y llevaba puesto un albornoz de toalla considerablemente deshilachado. Sus inmensos ojos castaños estaban opacos e inexpresivos. Su cuerpo olía a calor y a sueño. Tabitha se acurrucó entre sus brazos y le besó.

—No hay nada grabado —dijo.

Marco volvió a alargar un brazo, sacó la cinta del lector y la metió en el estuche.

—¿Quieres música? De acuerdo, buscaré algo de música —se apresuró a decir y apartó la mirada de su rostro.

Cogió una cinta del estante y la metió en la ranura.

La cinta no había sido rebobinada del todo y se puso en marcha a mitad de un tema, una melodía ahogada y muy compleja que se alimentaba a sí misma en una serie de acordes que iban subiendo por la escala tonal. La música era suave y muy agradable.

—¿Eres tú? —preguntó Tabitha.

—¿Esto? dijo Mareo, y volvió la cabeza hacia la ranura por la que acababa de meter la cinta—. Sí.

Arrojó la cinta misteriosa sobre la mesa que había detrás de Tabitha.

—Buenos días, Tal dijo.

Fue hacia la percha y acarició al loro. Tal dejó escapar un par de trinos y un graznido y le mordisqueó un dedo.

—Me encuentro fatal dijo Tabitha—. ¿Y tú?

—Claro —dijo él como si no supiera de qué le estaba hablando—. ¿Quieres un poco de café? Yo me encargo de prepararlo.

Mareo preparó café, se afeitó y se puso los pantalones de ayer y un jersey de cuello muy ceñido.

—Tengo que ir a Plenty para recoger al resto del grupo y nuestro equipo dijo. Estaba sentado en el sofá, con el rostro vuelto hacia ella y los brazos extendidos a lo largo del respaldo—. Tenemos que trabajar allí esta noche. Después podrás llevarnos al sitio donde daremos nuestra próxima actuación.

—¿Y dónde es vuestra próxima actuación? —preguntó Tabitha.

—En Titán —dijo Mareo.

Tomó un sorbo de su café.

—¿Cuántos sois?

—Yo, Tal..., un par más. Digamos un total de cinco. Digamos que quizá cuatro si no contamos a Tal.

El loro había oído su nombre y lanzó una mezcla de graznido y mugido.

—Qué extraño... —dijo Tabitha—. Parece un loro normal y corriente.

—Bueno, es un loro..., una especie de loro. Es de Altacea, un planeta que está no sé muy bien dónde. Lo gané en una partida de póquer, y le enseñé a cantar y a hacer unos cuantos trucos. Odia el espacio. ¿Verdad que odias el espacio, chico?

—¡Platanero! —trinó Tal—. ¡Sriti naogar demestica! ¡Yo nací en Ciudad Mongu y conocí a una alegre doncella que vivía en lo alto de un platanero!

—¡Tal, calla! —gritó Mareo.

El pájaro soltó un par de trinos y se calló.

—No aguanta los viajes dijo Mareo—. Tiene que ir metido dentro de una caja. Está por ahí...

Miró a su alrededor sin demasiado interés.

—Bien... dijo . ¿Nos llevarás?

Tabitha asintió.

—Pero necesitamos un cristal de eje nuevo dijo.

—¿Necesitamos? ¿A qué viene ese "necesitamos"? Creí que no tenías socios.

—Alice necesita un cristal de eje.

—¿Quién es Alice?

—La nave. Alice necesita un cristal nuevo.

—Conseguiremos uno en Plenty.

Tabitha pensó en lo que acababa de decirle y descubrió que no le hacía ninguna gracia. Plenty era una mala noticia, desde luego, y Titán estaba bastante lejos de sus rutas habituales por lo que no había muchas probabilidades de que consiguiera un cargamento que transportar a la vuelta, pero... Bueno, Titán estaba muy lejos y Marco estaba aquí. Y tenía dinero.

Carraspeó para aclararse la garganta.

—Bien, tendremos que correr el riesgo. Pero necesito los doscientos cincuenta por adelantado, ¿de acuerdo?—Echó un vistazo al reloj—. Tengo que pagar la multa.

Marco se quedó tan inmóvil que incluso pareció haber dejado de respirar.

—¿Qué multa? —preguntó.

—¿No te hablé de la multa? —replicó Tabitha.

Se lo contó. Marco se echó a reír. Rió y rió como si Tabitha acabara de contarle el chiste más divertido de toda la historia de los chistes.

—No tiene tanta gracia.

—¡Pues claro que la tiene! Ese bicho repugnante volando por los aires...

Tabitha tomó otro sorbo de café.

—Pues la broma me salió muy cara dijo.

—Bueno, veamos... Doscientos cincuenta, ¿no?

—Trescientos con la tasa portuaria y el resto. Trescientos setenta y cinco con el combustible.

—Qué diablos... Podemos permitirnoslo. Sí, podemos hacerte ese favor.

Tabitha sintió un considerable alivio. No soportaba los regateos, quizá porque nunca se encontraba en una posición desde la que le fuera posible regatear.

—¿Cuánto cuesta ese cristal?

Tabitha repitió la cifra dada por Carlos.

Mareo ni tan siquiera parpadeó, y Tabitha empezó a tener sus dudas sobre lo que ganaba un artista en la Cinta de Moebius.

—Bueno, pagaremos la multa y el cristal y tú nos llevarás a Titán —dijo Marco.

—¿Tienes tanto dinero?

—Claro que sí. Claro que tenemos dinero. Bueno, es Hannah quien lo tiene...

—¿Y quién es Hannah? —preguntó Tabitha.

Se dio cuenta de que había usado un tono de voz bastante seco, y no le gustó.

—Nuestra representante dijo . Estamos en su apartamento, ¿sabes?

—¿Vive aquí?

No podía creerlo. El mobiliario, los aparatos y los estantes repletos de cintas no lograban impedir que el piso tuviera la típica apariencia de un lugar deshabitado. Todos los objetos que contenía parecían haber sido abandonados o estar de paso. No había ninguna personalidad residente allí que sirviera para mantenerlos juntos y crear un conjunto coherente.

—No. No, ya te la presentaré... Estoy seguro de que te caerá muy bien.

—¿Vive en Titán?

—¿En Titán? No.

—Oh, vive en Plenty.

—Bueno..., no, no es que viva exactamente en Plenty dijo él—. Plenty es..., es algo así como su base de operaciones.

Había momentos en que podía ser condenadamente evasivo. Tabitha supuso que toda aquella extraña cautela protectora de la intimidad debía ser uno de los efectos de la fama o de haber sido famoso. Aunque, pensándolo bien, ella no era famosa y también intentaba proteger su intimidad... Plenty estaba muy cerca y llevarle allí no sería ningún problema. Incluso podía resultar divertido. No estaba muy segura de que pudiera soportar la presencia de Marco y un grupo de personas desconocidas durante todo el trayecto hasta Titán. Las profundidades del hiperespacio no son un lugar donde puedas escapar fácilmente a tus compañeros.

Decidió olvidarlo por el momento, y pensó que quizá pudiera renegociar el acuerdo cuando llegaran a Plenty y hubiera conseguido el cristal de eje.

Se puso en pie, fue hacia el teléfono y lo activó.

—¿A quién llamas? —preguntó Marco.

—A la policía —dijo ella—. Tenemos que pagar los doscientos cincuenta y ponernos en camino.

—Oh dijo Marco.

No parecía muy entusiasmado.

Tabitha se quedó inmóvil con el auricular en la mano.

—¿Te parece bien?

—Claro —dijo él—. Claro, claro...

BITACORA BGK009059

TXJ.STD

IMPRIMIR

;/B*[ÑXO]\$!'ArT:/9/€%O222m

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 07.07.52

ADELANTE

Alice, ¿te he hablado alguna vez de Rella?

NO, CAPITANA, NO QUE YO RECUERDE

Era una persona que tuvo bastante importancia en mi vida.

Supongo que debía tener unos cincuenta años. Medía más o menos mi estatura, pero era sólida..., corpulenta, ¿entiendes? Tenía unos dientes horribles llenos de empastes negros, y una cabellera muy larga que parecía un montón de colas de ratas y que siempre daba la impresión de que le habían acabado de hacer la permanente. Llevaba montones de anillos en las dos manos y siempre vestía un mono mugriento. Rella solía decir que si llevabas puesto un mono nadie se fijaba en ti.

—Rella vivía en un cuarto de almacenamiento debajo de la estación de Transporte de Poseidón. Bueno, a veces vivía allí y a veces no estaba, claro... Era su base. Cuando pienso en ella siempre me la imagino en ese cuarto, aunque tardó un tiempo en llevarme hasta él. Cuando la vi por primera vez estaba en la plataforma, y yo debía tener unos doce o trece años. Volví de los laboratorios de Menelao, donde supongo que habría estado haciendo alguna clase de trabajo u otro. Rella estaba hurgando en los cubos de basura.

—Se quedó inmóvil en cuanto me vio.

—¿Qué estás mirando? —me preguntó.

No podía soportar que la miraran mientras hurgaba en los cubos de basura. Rella nunca admitiría que hurgaba en los cubos de basura, aunque se pasaba la vida haciéndolo.

Me temo que no estoy siendo justo con ella. Si quería, Rella podía conseguir un trabajo estable y conservarlo. Recuerdo que trabajó como limpiadora algunas temporadas, y también trabajó en las cocinas y los jardines hidropónicos. Pero no conseguía mantener su atención centrada en el trabajo, ¿entiendes? Tarde o temprano siempre acababa volviendo a los cubos de basura y empezaba a hurgar dentro de ellos.

—¿Qué estás mirando? —dijo.

Tenía una voz espantosa, una ruina de voz medio humo y medio gravilla que parecía capaz de atravesarme hasta la médula de los huesos. No sé por qué me habló, qué vio de especial en mí o por qué no se limitó a ignorarme como hacía con todo el mundo. El transporte del primer turno había llegado hacía poco y había gente por todas partes. Supongo que yo fui la única persona que se detuvo a mirarla en vez de pasar de largo junto a ella como si no existiera.

Aquella primera vez me fui sin decirle nada. Me sentí terriblemente incómoda.

—¿Se te ha comido la lengua el gato? —gritó Rella mientras me alejaba.

No tenía ni idea de a qué se refería.

EN LA LUNA NO HABIA PERROS, ¿VERDAD? SUPONGO QUE TAMPOCO DEBIA HABER GATOS.

Nunca vi ninguno, pero después de ese primer encuentro no paraba de tropezarme con Rella. Era como si estuviese por todas partes... Iba y venía de un lado a otro para que nadie pudiera prever sus movimientos. Si la hubiesen pillado la habrían metido en Imbrium o en algún otro sitio parecido..., alguna institución, ¿comprendes? Rella ya había estado en lugares así. El encierro habría significado su muerte. Supongo que al final casi todas las personas que son como ella deben acabar así.

Y cada vez que nos encontrábamos me sonreía. Era como si me hubiera confundido con otra persona, como si creyese que yo era alguien importante... Recuerdo una ocasión en que tuve que esperar media hora a que llegara un transporte. Rella vino hacia mí con sus andares de pato. Estaba borracha.

—Tengo documentos—me aseguró—. Te los enseñaré.

Yo no quería tener nada que ver con ella.

—No los llevo encima —dijo—. Nunca se sabe quién puede estar mirando... Bastardos.

Y el caso es que realmente tenía documentos..., una tarjeta de residencia, un registro de trabajo, ese tipo de cosas. La mitad de esas personas no tenían ninguna clase de documentos porque, para empezar, estaban allí de forma ilegal, y trabajaban en la parte oculta del sistema aceptando los empleos que nadie quiere. Pero Rella era una auténtica ciudadana lunar. Me enseñó sus documentos. Los tenía escondidos dentro de una caja en el cuarto de almacenamiento. Me hizo prometer que si le ocurría algo los destruiría "Si me ocurre algo" eso es lo que dijo... Otras veces me hacía prometer que los conservaría para que me sirvieran de recordatorio y que rezaría por ella, aunque nunca parecía tener muy claro a quién debía dirigir esas oraciones. Rella tenía mucho tiempo libre para la religión, las profecías y el buscar su estrella y tenía mucha fe en todas esas cosas. Nunca estuve muy segura de si las entendía, claro...

—No he encontrado el sitio que me corresponde —solía decir.

Quería decir que estaba perdida, que flotaba a la deriva en la sociedad, ¿comprendes?

COMO LOS DATOS EXTRAVIADOS DENTRO DE UN FICHERO.

Sí, Rella estaba realmente extraviada, no cabe duda... Pero se refería a una escala más amplia, una escala cósmica. Todos estábamos perdidos, pero algún día nos salvaríamos. Algún día todos empezaríamos a flotar por los aires y subiríamos hasta acabar llegando al sol...

—Todo el mundo estará allí —decía—. Tú estarás allí. Eres de los nuestros. No lo sabes, pero lo eres.

— Pero otras veces decía que yo no podía entenderlo y me lanzaba la misma mirada de la primera vez, medio cautelosa y medio desafiante, como si tuviera un secreto que debía mantenerme oculto.

Y bien sabe Dios que me había hablado de ese secreto montones de veces.

—Éste no es mi hogar—decía—. La Luna, la Tierra... No soy de aquí ni de allí. Algún día volveré a casa. La nave vendrá a buscarme.

Puedo verla claramente sentada en su estante favorito del cuarto de almacenamiento rodeada de botellas de detergente señalando su caja con la mano.

—Ésa no soy yo —decía—. La mujer de la que hablan esos documentos... No soy yo.

Cuando empezaba a hablar de sus documentos resultaba bastante difícil entenderla. A veces se refería a los que probaban que era una ciudadana de la Luna, y a veces se refería a los otros documentos, los que demostraban que no lo era. O eso creía ella, claro...

Tenia varios mapas. Uno de ellos estaba dibujado en un viejo sobre de papel. Nunca supe cómo llegó a sus manos. Quizá lo había dibujado ella misma cuando era joven y lo había olvidado, quizá lo había encontrado en uno de los cubos de la basura. El mapa no era gran cosa, desde luego... Seis puntos y unas cuantas líneas que los unían, nada más. Cinco de los puntos tenían nombres. A veces afirmaba que eran estrellas, a veces decía que eran los nombres de cinco ciudades. De una cosa estoy segura, y es de que esas ciudades no estaban en la Luna ni en ningún otro sitio del que haya oído hablar antes o después de conocerla. En cuanto al sexto punto, cuando llegaba a él siempre hacía lo mismo.

—Esto es aquí—decía Rella señalándolo solemnemente con el dedo, y después señalaba el suelo como si quisiera asegurarse de que la entendía—. El planeta prisión —decía—. Babilonia. Maya.

Pero siempre estaba cambiando de parecer incluso con respecto a eso. A veces el sexto punto era su estrella, la estrella a la que iría en cuanto la nave viniera a buscarla para llevarla a casa.

Un día me enseñó otro mapa y tampoco sé de dónde lo había sacado ni qué fue de él. Sólo me lo enseñó una vez, y después de eso cada vez que le hablaba del mapa parecía no tener ni idea de a qué me refería. El mapa estaba dibujado encima de una lámina de algo muy rígido e increíblemente delgado, tan delgado que si lo ponías de lado ni tan siquiera podías verlo... Nunca he visto nada parecido en ningún sitio.

El mapa era transparente y estaba salpicado de circulitos negros que parecían dar saltos hacia atrás y hacia adelante en cuanto los mirabas. Si te concentrabas mucho podías hacer que se alinearan formando un dibujo tridimensional, pero el dibujo sólo se mantenía estable durante unos momentos y en cuanto te relajabas volvía a convertirse en un montón de puntitos saltarines. Rella me dijo que era un mapa, pero... Bueno, por lo que sé, podía haber sido un rompecabezas infantil o algún tipo de prueba física como las que utilizan los oculistas.

—No lo sueltes —me advirtió—. Si lo dejas encima de algún sitio no podrás volver a cogerlo.

Se rió. Recuerdo que aquel día estaba de muy buen humor.

Me dijo que yo era la única persona en la que podía confiar, aunque solía verla con otra gente..., supongo que debían ser personas desplazadas como ella. La que la acompañaba con más frecuencia era una mujer, una blanca auténtica que llevaba gafas oscuras. Tendría unas dos veces mi edad y más o

menos la mitad de la de Rella. Cuando estaba con esa mujer, Rella fingía no conocerme, y cada vez que me miraba sus ojos me atravesaban como si yo no estuviera allí.

Rella solía contarme historias sobre sitios en los que había estado, aunque a veces yo creía que me estaba contando algo que le había ocurrido a ella y al final descubría que me había estado hablando de su madre; y a veces la historia en cuestión le había ocurrido a su abuela...

¿Y QUÉ CLASE DE HISTORIAS LE CONTABA?

Oh, por lo que pude entender las tres habían viajado por toda la Tierra. Habían cruzado cordilleras inmensas yendo a pie y habían recorrido desiertos inmensos donde no había ni un solo ser vivo. Ya no me acuerdo de nada en concreto, pero sí recuerdo que me pasaba horas enteras sentada sobre una caja escuchándola y pensando en la libertad y... Bueno, pensaba en todas las tonterías que te pasan por la cabeza cuando eres pequeña, ya sabes a qué me refiero...

NO. NO LO SÉ.

Oh, claro que lo sabes. Las dos sabemos de qué estoy hablando. Yo creía que era maravillosa. A veces le traía comida y cosas. Robaba algunas monedas para que pudiera echar un trago. Creía que estaba haciendo algo importante, ¿comprendes? Estaba ayudando a Rella, le estaba echando una mano... Recuerdo que un día tuve que ir a la clínica, y cuando me preguntaron a qué hora había quedado mentí y me libré de una inspección de trajes y conseguí toda una hora libre para mí sola. No quería encontrarme con nadie, así que fui a ver a Rella pero no estaba allí.

Volví a la zona central de la estación y me acerqué a las pantallas para averiguar si estaban echando una película en alguna parte. Vi a dos hombres que estaban hablando y uno de ellos decía que había problemas en Serenidad, no sé qué lío con una nave que había intentado posarse sin tener el permiso porque no estaba inscrita en los registros de los eladeldis o algo parecido.

—Un auténtico trabajo de artesanía, a juzgar por su aspecto —dijo el hombre. —Estaba hecha con montones de piezas raras y sistemas viejos unidos con trocitos de cuerda y un poco de fe.

Me había dedicado a escucharles porque me aburría, pero no les prestaba mucha atención y estaba pensando en otras cosas. Acabé encontrando una película a la que podía ir, aunque la sala comunal donde la proyectaban estaba bastante lejos de allí. Subí al transporte en cuanto llegó.

Y salté a la plataforma cuando las puertas estaban a punto de cerrarse. Todo el mundo se me quedó mirando, pero no me importó. Fui corriendo a la escalera, bajé al sótano y fui al cuarto de Rella, y cuando estuve dentro de él fui directamente a su caja. Estaba vacía. Nunca volví a verla, y tampoco volví a ver a la otra mujer. Y cuando llegué a la clínica me encontré con que todo el mundo estaba hecho un lío porque la mitad de los auxiliares y del personal subalterno habían desaparecido. Se habían esfumado sin avisar a nadie, y nadie supo nunca adónde habían ido.

Tabitha Jute y Marco Metz cogieron el ascensor que llevaba a la calle salieron del edificio y empezaron a caminar bajo el cielo inyectado en sangre de Schiaparelli.

Las calles estaban desiertas. Un Escarabajo Menor se deslizaba junto a la acera barriendo y regando la cuneta. Las botas de Tabitha hacían crujir los granos de arena que cubrían el pavimento. El aire frío empezó a despejarle la cabeza. La noche pasada se había soltado el pelo, desde luego, pero eso no había empeorado su situación, ¿verdad que no? No, desde luego que no. El espíritu del carnaval consistía precisamente en eso, ¿verdad? "Relájate y disfruta —se dijo—. Deja de preocuparte por las cosas."

Tomó por un atajo que llevaba a Canal Weinbaum y Marco la siguió. Barcazas de color marrón avanzaban lentamente sobre las turbias aguas acompañadas por el petardeo de sus motores. Las mesas situadas junto a la orilla estaban repletas de tipos con bigotes que sorbían sopa humeante directamente del cuenco haciendo un ruido terrible. Unos cuantos barrenderos altaceanos estaban recogiendo los restos del carnaval con sus rastrillos. Todo el mundo parecía sufrir los efectos de la resaca. El cielo se había llenado de franjas nubosas, y la atmósfera se encontraba tan saturada de azufre que te irritaba los pulmones.

Cogieron un deslizador que les sacó de Schiaparelli y les llevó por el Camino Graben dejando atrás los Dedos del Diablo, esos gigantescos pináculos de roca color bermellón y cereza. El ángulo de la luz y la hora del día podían convertirlos en masas de roca fundida que parecía brillar, y cuando Deimos estaba en la fase de plenilunio parecían inmensos hongos rosados o cosas aún peores. Esta mañana los Dedos del Diablo estaban envueltos en una calina rosada y podrían haber sido las torres erosionadas de una ciudad de catedrales enterrada bajo la omnipresente capa de arena o, por lo menos, eso dijo Marco y empezó a entusiasmarse explicándole que siempre había querido actuar allí, y que tenía grandes ideas para un espectáculo estilo *son et lumiere* con montones de atmósfera y estilo.

—Cuéntame algo sobre tu grupo —dijo Tabitha.

—Oh, no tardarás en conocerles —replicó Marco.

Tabitha decidió insistir.

—¿Qué tal son?

Marco se removi6 en el asiento y frot6 el cristal de la ventanilla con el nudillo de su dedo 6ndice.

—Te llevarás bien con ellos —le aseguró.

Tabitha comprendió que no conseguiría sacarle nada más.

Siempre había odiado las negativas, así que no dijo nada e intentó reprimir su irritación. Marco estaba acostumbrado a salirse con la suya, eso estaba claro. Bueno, podía soportarlo hasta que estuvieran a bordo, pero a partir de entonces las cosas serían distintas. Claro que Marco parecía convencido de que todo debía hacerse a su manera, y quizá hubiera problemas. Por ejemplo,

la tarjeta de crédito que necesitaba para pagar su multa estaba con el resto de sus cosas en Plenty, cosa que a Tabitha no le hizo ninguna gracia.

—Oye, me gusta viajar ligero de equipaje —dijo él—. No hay ningún problema. Haremos una transferencia en cuanto lleguemos allí —añadió—. Será lo primero que hagamos después de llegar. Te lo prometo, ¿de acuerdo?

La había besado y le había acariciado los pechos. Después se puso una chaqueta de cuero bastante gastada y salió del ático con Tal metido dentro de una caja encima de un hombro y una vieja bolsa de viaje encima del otro.

Tabitha esperaba no estar cometiendo un error.

Lo que más le preocupaba era la idea de llevar pasajeros dentro de su nave.

No porque *la Alice Liddell* fuese delicada o vulnerable, naturalmente. Era una nave sólida y construida para durar, como todas las de esa línea de modelos. Tenía sus pequeños caprichos, por supuesto, y el principal era que utilizaba un impulsor capellano, como todas las naves, y nadie tenía ni la más mínima idea de cómo funcionaban. Un código incrustado en las profundidades más inaccesibles de su programación permitía que la personalidad de la nave controlara ese impulsor, y aparte de la propia Alice, nadie podía meter las narices en él.

Cuando Tabitha Jute conoció a Marco Metz en Schiaparelli eso era una de las verdades básicas de la existencia en el espacio, tal y como lo había sido en los días del Gran Paso Adelante años antes de que naciera. Los impulsores que los capellanos habían distribuido con tanta liberalidad seguían siendo un enigma, y nadie había logrado hacer ningún avance mínimamente significativo en cuanto a descubrir cómo funcionaban. Los capellanos no prohibían las investigaciones al respecto o, por lo menos, no habían dictado ningún tipo de restricción formal, y se conformaban con asegurar a los seres humanos que sus pequeños cerebros jamás conseguirían comprender los secretos y la mecánica del acortamiento hiperespacial. Los que no se dejaban convencer e insistían no tardaban en descubrir que uno de los rasgos más peculiares de los impulsores era su molesta tendencia a implosionar o derretirse apenas entraban en contacto con un destornillador; y si conseguías abrir uno descubrías que estaba lleno de hojas muertas.

Los humanos son criaturas curiosas por naturaleza. No todo el mundo se conformaba con ser un mero beneficiario de una tecnología superior pero incluso quienes intentaban abrirse paso por entre sus misterios se veían obligados a retroceder y confesar su derrota. Los genios de la cibernética y la informática que trabajaban en proyectos clandestinos para empresas tan implacables y faltas de escrúpulos como la Frewin Maisang Tobermory acababan metidos en una ambulancia sin señales identificatorias después de haber sucumbido a misteriosas enfermedades conceptuales y nuevas disfunciones cognitivas. La ambulancia se perdía en las tinieblas de la medianoche y nadie volvía a saber de ellos. Algunos ingratos e irresponsables que disfrutaban esparciendo rumores intentaban implicar a los eladeldis en esas desapariciones, lo cual no tenía el más mínimo sentido. Los eladeldis nunca metían sus narices en algo que estuviese relacionado con la medicina, y todo el mundo lo sabía.

La falta de datos claros hacía proliferar las supersticiones. Oh, cómo proliferaban... Tabitha estado en muchos dormitorios o bares de estación, y había oído muchas conversaciones en las que alguien aseguraba que su nave había tomado una decisión por su cuenta y se había lanzado a seguir una ruta que no figuraba en los mapas, una ruta que aun así les había depositado en el destino fijado a la hora prevista y sin ninguna clase de contratiempos y que una vez investigada con posterioridad quedaba más que justificada porque había evitado un peligro o un retraso totalmente imposibles de prever. ¿Cuántas naves desarrollaban extrañas personalidades fantasma, poltergeists mecánicos en la sala de máquinas, voces que no habían poseído antes y que parecían haber surgido de la nada? Y, naturalmente, el fenómeno desaparecía tan bruscamente como había empezado en cuanto la nave volvía al espacio normal...

—Es tan cierto como que estoy sentada aquí contándotelo —había insistido en una ocasión Dodger Gillespie, quien nunca había sido propensa a las alucinaciones involuntarias o a los vuelos de la fantasía—. ¡Vi una oruga color azul eléctrico tan larga como mi brazo enroscada alrededor del reactor! Fui a coger el soldador y cuando volví la muy bastarda había desaparecido sin dejar rastro, y sólo encontré restos de una sustancia azul muy pegajosa esparcida encima de los remaches. Es tan cierto como que estoy sentada aquí —siguió diciendo mientras apuraba su pinta de cerveza—. Es tan cierto como que ahora te toca pagar una ronda, cariño.

Las semillas de esta nueva mitología del espacio habían sido sembradas en los días del Gran Paso Adelante por el mero hecho de que un inmenso número de razas alienígenas apareciera de repente y empezara a recorrer el sistema viajando en naves de tamaños y formas tan distintas como las de sus propietarios. Ahora ya estamos acostumbrados a ese tipo de cosas. Las diademas enjoyadas en continua rotación de los rigelianos, los modelos cuasiorgánicos de los frasques que recuerdan vagamente las formas de las colmenas y los capullos construidos por los insectos, y el Veloz Palerniano que no se parece en nada a lo que uno esperaría dado su nombre y que hace pensar en un montón de salchichas son el espectáculo de cada día, pero pensad en el asombro que debieron sentir los antepasados de la humanidad actual cuando tuvieron su primer vislumbre de la grandiosa arquitectura espacial de los eladeldis o contemplaron la aguja resplandeciente de un kilómetro de longitud de los omicron llegados de Vespa.

Las teorías sobre las razas alienígenas proliferaron con tanto vigor como las supersticiones, y algunas eran francamente teológicas. Los Testigos de la Fusión Total catalogaron todas las naves que se creía pertenecían al resto de especies que habían recibido favores de los capellanos, les adjudicaron nichos situados a más o menos altura en un árbol cabalístico y afirmaron haber detectado cierto principio de metamorfosis. Los Testigos profetizaron que las naves humanas también acabarían pasando por todas esas formas siguiendo el camino que las llevaría hasta la nave espacial definitiva y trascendente. El día de la perfección tardaría eones en llegar, pero permitiría comprender los arcanos misterios del impulsor capellano y vendría acompañado por la silenciosa desintegración de la barrera colocada más allá de la órbita de Plutón. Una herejía surgida de ese credo religioso afirmaba que los humanos también completarían su evolución ese día y que se convertirían en

capellanos. La profecía de la Fusión Total se haría realidad y los alienígenas dejarían de serlo.

Ustedes saben tan bien como yo cuál es la parte de verdad encerrada en esos mitos. No cabe duda de que los Testigos fueron los primeros en darse cuenta de que las entradas y salidas del hiperespacio hacen que incluso naves tan básicas como la Bergen Kobold cambien ligeramente con cada oscilación que las lleva de una dimensión a otra. Las partículas maltratadas que las forman vuelven a unirse, desde luego, pero nunca consiguen adoptar una configuración idéntica a la anterior. Las leyes de conservación son bastante estrictas, pero pedirles eso sería exigir demasiado de la física. A veces sus pilotos se percatan de esas aberraciones y a veces las pasan por alto. Después de todo sus partículas también han sido transustanciadas, ¿no?

En cuanto a la evolución del ser humano no poseo ningún dato que no resulte obvio por un método tan simple como el de ponerse delante de un espejo y echar un vistazo, pero conocí a *la Alice Liddell* —¿quién pudo conocerla mejor que yo?—, y la recuerdo muy bien. La recuerdo desde sus comienzos, allá por el tercer año del Gran Paso Adelante en el que fue construida y bautizada. Cuando Tabitha Jute pisó la hierba de aquel viñado abandonado y apartó las lonas que la cubrían para posar por primera vez sus ojos en ella la nave ya era vieja. La fría quemadura del espacio había decolorado el metal y le había arrebatado su color bronce original. Su pila estaba agotada, sus mecanismos hidráulicos resecos y llenos de telarañas. Ya había estado en servicio y se encontraba todo lo inerte que puede llegar a estarlo una nave..., aunque después de todo y como se deduce de nuestras especulaciones, ese estado es algo más cambiante de lo que resultaría en un ser vivo. La gente (les juro que es la última leyenda pintoresca con que les atormento, así que tengan paciencia) solía creer que cuando activabas el impulsor capellano jamás podía ser desactivado del todo a menos que se estropeará o sucumbiera a la destrucción física. ¿Y dónde estaba yo todos los años de inactividad en que las ardillas se divertieron correteando por debajo de la vieja y maltrecha Kobold? Bueno, estaba durmiendo.

La nave que llevaba el apellido Liddell era francamente primitiva. Sus líneas no resultaban demasiado elegantes y recuerdo que siempre me pareció demasiado pequeña. La cabina tenía capacidad para dos personas, un piloto y un copiloto, cada uno instalado en la red cero—g del modelo básico. A popa había dos camarotes individuales con un espacio de almacenamiento bastante modesto, una cocina minúscula y una zona de aseo. La nave medía un poquito menos de veintiún metros desde el morro a la cola, y un poquito más de la mitad de esa cifra desde la punta de una aleta rechoncha hasta la punta de otra aleta igualmente rechoncha. Su número de matrícula indicaba que era uno de los primeros modelos de la serie Bergen K, las Kobolds que llevaban casi cincuenta años recorriendo todas las rutas del sistema solar transportando esto aquí y aquello allá.

Había sido construida para durar y para aguantar. Su sección central podía contener hasta 250 metros cúbicos de mercancías o ser sustituida por cualquiera de las diecisiete clases de contenedor existentes. Durante el vuelo sus cuatro extensores de manipulación y sus cuatro unidades de estiba se ocultaban en el espacio existente entre las dos paredes del casco. Contaba con dieciséis reactores de plasma direccionales, cuatro para cada eje, y tres

enormes "bocas redondas" fijas. Toda la superficie de la nave estaba cubierta de sensores y sistemas de detección, bastantes más de los que los astilleros Bergen incluían en el modelo normal. Sus sistemas solares también habían sido mejorados, como si quien la adquirió hubiera esperado más de lo previsto por sus diseñadores. Fuera cuales fuesen los problemas que pudiera darle a la última persona que la pilotó, sé que estuvieron originados por las condiciones adversas y esos años en que no había gozado de la atención necesaria y no por algún defecto estructural, y aparte de eso, Tabitha nunca parecía encontrar el tiempo necesario para encargarse del mantenimiento y la puesta a punto tan a fondo como le habría gustado.

Oh, si quieren pueden pensar que son meras fantasías, pero en mi fuero interno siempre he estado convencida de que *la Alice Liddell* y Tabitha Jute, su capitana, eran muy parecidas. Las dos eran pequeñas, robustas y un poquito rechonchas. Las dos estaban compuestas por materiales de lo más corriente; pero la prosaica fachada de ambas ocultaba a dos espíritus amantes de la aventura que poseían recursos sorprendentes.

También es posible que esto sea un simple caso de sabiduría retrospectiva, una coloración rosácea de sentimentalismo deformante que la nostalgia proyecta sobre todo lo pasado. Intenten imaginarse a Tabitha Jute y Marco Metz cruzando la explanada de concreto del espaciopuerto ese frío atardecer de Schiaparelli para subir a bordo de la aún no redimida Alice y alejarse hacia el cielo marciano para emprender un viaje que les llevará hasta Plenty..., y mucho más allá.

Segunda parte: *Perdidos en las cavernas de Plenty*

—Puedes quedarte con este camarote —dijo Tabitha después de abrir la puerta corredera—. Sacaré todos los trastos enseguida.

A juzgar por su reacción cualquiera habría pensado que Marco jamás había visto una Kobold.

—¡Es increíble! ¡Absolutamente increíble, de veras! ¡Menuda nave! — Tabitha sintió sus brazos rodeándola desde atrás—. Quiero ir delante contigo.

—No —dijo Tabitha—. Nunca he permitido que nadie entrara en la cabina. Clavó la mirada en los enormes ojos castaños de Marco —. Lo siento.

—Vaya, vaya... dijo él—. ¿A qué viene esto? ¿Normas de seguridad?

—Bueno..., sí —dijo ella.

—No lo creo murmuró Marco abrazándola con más fuerza y retrocediendo un poco para poder verle la cara—. ¿Estás diciéndome que una mujer como tú hace caso de ese montón de tonterías?

Tabitha giró sobre sí misma y empujó la puerta del camarote de pasajeros que se había quedado atascada a mitad del trayecto.

—Cuando conduzco prefiero estar sola en la cabina —dijo—. Eso es todo.

Su respuesta pareció aplacarle un poco.

—Bueno, de acuerdo —dijo. Sus manos vagabundearon por el cuerpo de Tabitha y sintió el roce de sus labios en una oreja—. Te echaré de menos —dijo—. Todo el trayecto hasta Plenty... ¿Cuánto tardaremos? ¿Tres horas subjetivas, cuatro?

—Cinco dijo ella liberándose de su abrazo—. No voy a correr riesgos. No con ese cristal y menos llevando un pasajero.

—¡Cinco horas ! exclamó él—. ¿Qué se supone que debo hacer todo ese tiempo sin ti?

Tabitha sintió una curiosa mezcla de irritación y diversión.

—¡No lo sé! Practica con tu guante. Habla con Tal.

—Tal está durmiendo —dijo Marco.

El recipiente de porcelita blanca que contenía al loro se encontraba en el pasillo. Los eladeldis de las aduanas habían arrugado los labios en cuanto vieron al pájaro narcotizado, pero todos los documentos estaban en orden y Marco no había hecho ningún caso de sus expresiones ofendidas.

—Tardará un buen rato en despertar. Ya te dije que odia viajar, ¿no? Las manos de Marco volvieron a posarse sobre las caderas de Tabitha mientras miraba por encima de su hombro.

—Ahí dentro hay montones de cosas —comentó.

Tabitha descargó todo el peso de su cuerpo en el canto de la puerta, pero no consiguió moverla.

—Oh, no hay nada que valga mucho —dijo—. Lo sacaré todo enseguida—repitió, pero su decisión inicial de limpiar el camarote ya estaba empezando a vacilar.

La cantidad de objetos que tendría que mover era realmente inmensa. Monos de repuesto, paquetes y envoltorios, una balsa salvavidas inflable, casi todas las piezas de un robot cocinero de segunda mano que había comprado por un precio tirado y que nunca había conseguido volver a montar... Cada vez que se hartaba de ver algo se limitaba a meterlo en el camarote sin asegurarlo y dejaba que flotara.

—Hace tiempo que no se utiliza —dijo como pidiéndole disculpas—. Los trastos... Bueno, se van acumulando, ¿sabes?

—Nadie tiene ni idea de la mitad de las cosas que ha ido acumulando hasta que no le queda más remedio que hacer algo con ellas —respondió Marco con afabilidad.

Tabitha volvió a empujar la puerta y oyó el estruendo de algo bastante pesado chocando con el suelo del camarote

—Vamos... dijo Marco en voz baja.

—Oye, no me atosigues, ¿quieres? —replicó ella, pero sin mucha convicción.

Las palabras de Marco hicieron que se acordara de la noche anterior y el asunto de la cinta. Probablemente no era más que una de esas cosas sin importancia que ocurren de vez en cuando o que crees que han ocurrido cuando se te ha ido la mano con la bebida o las drogas y estás medio dormida, pero Tabitha no conseguía dejar de pensar en la maldita cinta.

Le dio la espalda a la puerta y se quedó inmóvil delante del umbral de su camarote sin saber qué hacer. La solución más lógica era instalarle allí dentro. Tabitha estaba cansada y tenía resaca, y sabía que las cinco horas siguientes transcurrirían sin que consiguiera conciliar el sueño. No cerraría los ojos hasta después de haber atracado en Plenty.

—Tabitha... Relájate, ¿quieres? —dijo Marco, y tiró de ella haciéndola retroceder hasta el angosto pasillo—. Estás increíblemente tensa. ¿Crees que serás capaz de conducir en ese estado? Yo creo que no...

Empezó a darle masaje en los hombros.

Y un instante después Tabitha estaba besándole.

Besar a un hombre tan guapo a bordo de su nave era una opción que no solía estar a su alcance, y pensó que sería mejor que aprovechara la oportunidad ahora que se le ofrecía. Todos los placeres se esfumaban demasiado pronto, y Tabitha pensó que éste no iba a ser una excepción.

—Bueno... —dijo Marco cuando volvieron a ser conscientes de lo que les rodeaba—. ¿Vas a enseñarme el resto de la nave?

La compuerta de popa de la bodega estaba abierta. Marco cogió la caja de Tal. Tabitha le agarró por la otra mano y le guió.

—¡Oh, sí! ¡Esto es magnífico! exclamó Marco volviendo a dejar la caja en el suelo. Su voz creaba ecos en el vacío de la bodega—. ¡Es increíble!

Se había metido las manos en los bolsillos de atrás y la postura de su cuerpo y su sonrisa creaban una impresión de conjunto que Tabitha pensó sólo podía definirse con la palabra "triumfante". Estaba admirando su nave, y eso le gustaba pero también hizo que volviera a sentir dudas.

—¿Cuánto equipaje tendremos que transportar?

—Oh, te aseguro que no habrá problema. Hay espacio más que suficiente para todo el mundo.

Tabitha se dio cuenta de que Marco hablaba en serio cuando dijo que quería inspeccionar la nave. Echó un vistazo a las unidades de carga incrustadas en sus orificios, revisó las conexiones de los sistemas de aire y de energía, las esclusas de cada extremo y los controles internos de las puertas y del techo. Subió hasta la pasarela e inspeccionó el techo, y paseó por ella contemplando la bodega vacía mientras emitía ruiditos de apreciación —"Hm... Sí, bien..."—, y Tabitha pensó que parecía un auténtico experto en naves. Después se subió a la barandilla y se colgó del extremo de un extensor de carga, balanceándose de un lado a otro en una hermosa exhibición de musculatura.

Tabitha estaba debajo contemplándole con los brazos cruzados.

—¿Puedes hacer eso con una sola mano?

—Claro —replicó él, pero intentó hacerlo y no lo consiguió—. La gravedad está un poco desajustada dijo después de haber caído de pie delante de Tabitha, y se frotó las manos—. Creo que puedo mejorarlo... Quizá lo incorpore a nuestro número. ¿Qué hay ahí dentro?

Abrió un armario sobre cuya puerta había escrito EMERGENCIA en grandes letras rojas. Un dispensador de detergente, un viejo micrófono tan grande como un medidor, una bolsa de polietileno llena de vendajes tubulares, una pistola selladora y una caja de pasas salieron despedidos del armario y se esparcieron alrededor de los pies de Marco.

—Siempre lo hace —dijo Tabitha.

Se arrodilló, lo metió todo dentro del armario y se apresuró a cerrar la puerta.

—Ahora sé dónde he de buscar si necesito una dosis de pasas con urgencia—dijo Marco.

—Sírvete tú mismo dijo ella.

Seguía arrodillada en el suelo y se estaba frotando las manos para quitarse el polvo. Marco se inclinó y la besó en los labios.

—Estoy hambriento dijo.

Tabitha se puso en pie con el grado de brusquedad suficiente para que resultara bastante difícil abrazarla. Tiró de la puerta del armario con cautela hasta abrirla unos centímetros, cogió la caja de pasas y se la alargó.

—Toma —dijo.

Marco se negó a aceptar la caja que le ofrecía y ni tan siquiera la miró a los ojos.

—Tengo hambre, pero no de pasas —murmuró.

—Creía que tenías prisa —replicó Tabitha.

—Y la tengo, y la tengo —dijo él extendiendo los brazos hacia su cintura.

Tabitha le puso la caja de pasas en el pecho.

—Luego —dijo. Había decidido que debía ser firme tanto con él como consigo misma—. Tenemos que despegar.

—Pues vamos —dijo Marco.

Cogió la caja del loro. Tabitha abrió la caja de pasas y engulló un puñado mientras salían de la bodega.

—¿Quieres? —preguntó con la boca llena.

—Bueno.

No había duda de que no estaba viviendo un día muy normal. Los acontecimientos seguían acumulándose a toda velocidad. Estaba en deuda con aquel hombre. Tenía que ir a Plenty. Con un cristal de eje defectuoso. La policía quería cobrar su multa. Si no pagaba antes de que terminaran las veinticuatro horas de plazo estaría metida en un buen lío...

Y *la Alice* también.

Marco pareció captar su estado de ánimo y se quedó un poco rezagado. Salieron por la escotilla delantera y subieron el tramo de peldaños que llevaba a la cabina.

—No te preocupes —dijo—. Todo se arreglará, te lo prometo. Basta con que nos lleves allí. Enviaremos el dinero, eso es lo primero... Prioridad máxima, ¿eh? Conocerás a los chicos, verás el espectáculo, cenaremos juntos, un par de copas, una buena noche de sueño y mañana conseguiremos tu cristal. ¿Conoces a alguien de Plenty que se dedique a vender esos trastos?

—No —dijo Tabitha.

Conocía a muy pocas personas que hicieran negocios en Plenty y no confiaba en ninguna de ellas. Siempre que había tenido que recoger o entregar algo allí se había movido lo más deprisa posible y se había largado a toda velocidad. Plenty era un sitio bastante raro.

Entró en la cubierta de vuelo con Marco pisándole los talones. Bueno, se había salido con la suya... La decisión había sido tomada, y las opiniones y los sentimientos de Tabitha habían sido hechos a un lado como si no tuvieran ninguna importancia. Ella misma se había desautorizado. Tabitha se consoló pensando que no se encontraba en muy buena forma, y lo que le había ocurrido durante las últimas horas bastaba para trastornar a cualquiera.

Dejaron la caja de Tal detrás de los asientos con su bolsa de viaje y todos los trastos que se habían ido acumulando allí. Marco no quería ni oír hablar de dejar la caja en el camarote. Necesitaba tenerla cerca de él todo el tiempo para ir echando vistazos a los indicadores de signos vitales. Tabitha pensó en las normas sobre transporte de animales y decidió olvidarlas. Colocó la red restante sobre la caja que contenía el pájaro y la aseguró.

—Cuántos trastos... ¿No te estorban?

—Estoy acostumbrada.

La red se había enganchado en algo. Tabitha se inclinó, metió un brazo por entre sus pies y tiró del obstáculo hasta extraer un melón bastante arrugado.

—Me estaba preguntando qué habría sido de él —dijo.

Se instaló en su red, tiró del teclado hasta dejarlo pegado a su pecho y activó el ordenador sin poner el sonido. Nunca había soportado que la oyeran hablar con Alice.

ATENCIÓN, dijo la pantalla. Le mostró un diagrama, lo hizo girar 180 grados y amplió una sección. Un diamante azul empezó a encenderse y apagarse en el centro de la sección ampliada. DEFECTO EN EL CRISTAL DEL EJE, dijo la pantalla. PROBABILIDAD DE UN FALLO 43.29%.

Tabitha tecleó el código de control manual.

Se subió la manga para echar un vistazo a su monitor y volvió la cabeza hacia la radio.

—Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve a control —dijo.

Marco se había quedado inmóvil en el centro del angosto pasillo que separaba las dos redes. Alargó un brazo hacia la consola y quitó un poco de

mugre de la ventanilla. La explanada de cemento de Puerto Schiaparelli era una llanura marrón cubierta de grietas y señales que se extendía hasta perderse en la lejanía.

—Control a Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve. Por favor, dígame cuál es su número de pista.

—Mierda—murmuró Tabitha.

Empezó a hurgar en el montón de papelitos insertados en la junta del cristal.

—Repito, dígame cuál es su número de pista, Bravo Golf Kansas cero...

—Un momento, un momento —dijo ella. Empezó a repasar los papelitos—. Tiene que ser uno de éstos —dijo volviendo la cabeza hacia Marco.

Marco asintió y puso cara de simpatizar con su apuro, pero no sacó las manos de los bolsillos.

—Hay un montón, ¿eh?—dijo.

—Tiene que estar en su bitácora —dijo Control.

—No, no está allí —dijo Tabitha—. No lo introduje en el banco de datos. Se lamió los labios, cogió un papelito al azar, le echó un vistazo, lo arrugó hasta convertirlo en una bola y lo arrojó al orificio del eliminador de basura que había junto a su rodilla izquierda.

—El procedimiento reglamentario exige introducir su número de pista en la bitácora cuando llegue a un puerto, Bravo Golf Kan...

—Estoy segura de que lo tengo en alguna parte dijo ella.

—Tenga la bondad de esperar un momento, Bravo Golf Kansas cero-cero-nueve-cero-cinco-nueve —dijo Control con bastante sequedad.

"Gracias", articuló Tabitha sin llegar a pronunciar la palabra, y le hizo una mueca al micrófono.

—Bravo Golf Kansas cero-cero-nueve-cero-cinco-nueve, Jute, Tabitha, capitana, ¿verdad?

—¿Sí?

—Su número de pista es Tango Tango uno—cinco.

—Estupendo.

—Cuando vuelva a visitar éste o cualquier otro puerto del sistema haga el favor de introducir su número de pista en la memoria de su bitácora al llegar.

—De acuerdo, de acuerdo...

Tabitha clavó los ojos en una hilera de luces y apretó tres teclas. Un chirrido estridente surgió de la nada y empezó a enroscarse alrededor del eterno zumbido de la nave. Unas cuantas luces del tablero se apagaron y volvieron a encenderse.

—¿Puedo despegar?

—¿Ha rellenado la petición de salida y la hoja de vuelo?

—Plenty, transporte de un pasajero.

—Capitana Jute, ¿ha presentado esos documentos o no los ha presentado?

—Oiga, sólo voy a Plenty... No voy a Caronte ni a ningún sitio parecido.

—¿Cuál es el plan de ese vuelo, Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve?

Tabitha apoyó la espalda en su red y empezó a soltar una ristra de coordenadas. Volvió la cabeza hacia la pantalla de anotaciones que había junto a su codo y recitó las coordenadas que iban apareciendo en ella.

Control repitió todo lo que había dicho sin cometer ni un solo error mientras el suelo empezaba a vibrar y se oía un martilleo lento y regular que parecía venir de muy lejos. La temperatura de la cabina estaba subiendo poco a poco. Tabitha pulsó una hilera de teclas con los nudillos de una mano. Todos los indicadores luminosos que había encima de las teclas se encendieron con un resplandor verde salvo uno.

Tabitha pulsó la tecla de la luz que se negaba a ponerse de color verde. Nada. Colocó el dedo sobre ella y apretó con todas sus fuerzas.

La luz pasó del rojo al verde, parpadeó y volvió al rojo.

Tabitha golpeó la tecla con el canto de la mano.

Verde.

La nave se estremecía y el ritmo del martilleo se había acelerado considerablemente.

—Tiene permiso para iniciar el despegue, Bravo Golf Kansas cero—cero—nueve—cero—cinco—nueve.

Una raya de cegadora luz blanca surgió de la nada y se movió sobre el cemento deslizándose a su alrededor hasta dibujar un cuadrado que tenía a la nave como centro.

—No encienda los motores hasta que...

Tabitha pulsó una tecla y de repente se encontraron sentados encima de un trueno.

Todo lo que había fuera de los campos de su red y de la que ocupaba Marco gruñía y temblaba. La estática se adueñó de todas las pantallas. Las hileras de luces del tablero se encendían y se apagaban a toda velocidad.

El trueno fue haciéndose más y más ensordecedor.

La Alice Liddell tembló y osciló. Levantó tres soportes del suelo y volvió a ponerlos en él. La cabina estaba muy caliente. La nave había quedado envuelta en una espesa humareda que lo ocultaba todo salvo el cuadrado de luz de magnesio, que había pasado del blanco al verde.

Oscilaron de un lado a otro, bajaron unos centímetros hacia la explanada de cemento y quedaron atrapados en las garras de una fuerza inmensa que se apoderó de la nave y empezó a hacerla subir por los aires.

El puerto de Schiaparelli se fue alejando por debajo de ellos. Los camiones empequeñecieron, los sistemas de reaprovisionamiento de oxígeno se encogieron; los hangares, los bloques de edificios y los puentes fueron disminuyendo de tamaño hasta convertirse en un modelo, una miniatura y, finalmente, un diagrama geométrico lleno de actividad que fue engullido por las nieblas rojizas de Marte. Más allá podían ver la ciudad que seguía viviendo sin ellos. Los rayos del sol arrancaban destellos llameantes a los canales.

Y el trueno seguía retumbando y gruñendo y los hacía vibrar. Diminutas descargas eléctricas revoloteaban y zumbaban por el casco a medida que la frágil atmósfera iba siendo catalizada a su alrededor. Oyeron un silbido estridente y un ruido como el que podría hacer la inmensa tela del cielo al desgarrarse. El ruido siguió, y siguió, y siguió como si no fuera a tener fin.

Las vibraciones y los sonidos empezaron a disminuir de intensidad y la curva de Marte se empequeñeció y se fue alejando por debajo de ellos moviéndose tan deprisa como una ola que se aparta de la arena. Un instante después debajo, encima y en todas partes no había nada salvo una débil luminosidad color índigo y un siseo tan leve como ominoso.

Era la radio, y las transmisiones llegaron un segundo después. La nave se llenó de voces que informaban, daban instrucciones, ronroneaban, asentían y declaraban esto o lo de más allá. El garrapateo de la estática no tardó en hacerlas ininteligibles. Las pantallas mostraron página tras página de datos y diagramas. Mosaicos y tracerías de color morado vagabundeaban lentamente por la consola. El martilleo ensordecedor, insistente y más o menos regular volvió a hacer temblar la nave. Los objetos que había debajo de la tercera red se agitaron y resbalaron de un lado a otro.

Los papelitos metidos en la ranura de la junta se soltaron y salieron disparados hacia sus caras como si fueran un enjambre de insectos enloquecidos.

—Oh, maldición—dijo Tabitha.

Marco Metz se echó a reír. Se liberó de la red y empezó a recoger los papelitos que flotaban por el aire.

Estaban a cien mil kilómetros de Schiaparelli. Cien mil estrellas brillaban con un resplandor gélido e inmutable en una eternidad de espacio. Había muy poco tráfico. El parpadeo azul de un tren magnético Mitchum que hacía el trayecto Fobos—Bizancio; una vieja Fargo procedente de Longevidad o Cuesta de Plata que se deslizaba por la pendiente del pozo gravitatorio trayendo hortalizas frescas para los marcianos y muy poca cosa mas.

Los sistemas de *la Alice* funcionaban con normalidad. Tabitha realizó una comprobación de los circuitos del eje y escuchó el sonido de los motores. Todo iba bien. PROBABILIDAD DE FALLO 44,49 %, dijo la pantalla. RECIBIDO, replicó Tabitha.

Marco parecía incapaz de estarse quieto. Volvió a abrir su red y empezó a nadar por la cabina recogiendo cosas que flotaban a la deriva. Se inclinó sobre la caja de Tal y comprobó que seguía profundamente dormido. Investigó la confusión de objetos que había debajo de las redes. Encontró un paño antiestático bastante arrugado y empezó a quitar el polvo con él.

—Marco, deja eso —dijo Tabitha.

—No te preocupes, no te preocupes —replicó Marco—. Tú sigue con lo tuyo, ¿de acuerdo?

Limpió las pantallas de todos los sensores, y en cuanto hubo terminado Tabitha no pudo por menos que notar la diferencia. La claridad emitida por el arco de la galaxia se había hecho diez veces más intensa e iluminaba todo el interior de la cabina. Un velo de plata parecía ondular en el vacío.

—Fíjate en eso —dijo Marco—. Es el Manzano.

—¿El qué?

—El Manzano —repitió él—. ¿Con qué nombre lo conoces tú? Creía que todos los que viajan por el espacio lo llamaban el Manzano.

—Yo no —dijo Tabitha—. Nunca lo había oído llamar así.

—Pues así es como lo llaman—replicó él.

—El Manzano... ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que porque no podemos acercarnos a él y pegarle un buen mordisco a alguno de sus frutos.

Tabitha pensó en lo que acababa de decir.

—Eso es mitología cristiana, ¿verdad? No serás cristiano, ¿eh?

—No —dijo Marco—. Soy un fornicador.

—Bueno dijo Tabitha—, supongo que te he servido la réplica en bandeja. —Marco estaba flotando detrás de su red e intentaba besarle la nuca a través de los agujeros—. Marco... —le advirtió.

—¿Qué? ¿Quieres algo? ¿Qué quieres?

Marco se había puesto cabeza abajo con los brazos debajo de la red y le acariciaba el trasero. Tabitha movió las piernas hacia atrás para apartarle. Los campos de la red captaron el movimiento y lo compensaron.

—Tengo un trabajo que hacer—dijo Tabitha.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —la desafió Marco. Se deslizó por debajo de ella y emergió entre sus pies—. ¿Hay algo que esta vieja bañera no sea capaz de hacer por sí sola?

Tabitha le lanzó una mirada feroz.

—No insultes a mi nave dijo.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo siento, vieja amiga, lo siento... —Marco extendió un brazo y dio unas palmaditas en el mamparo más próximo—. Disculpe, señora, no pretendía ofenderla.

Las luces de colores se encendían y se apagaban sobre la consola. Rojo verde, azul... Los diagramas se sucedían unos a otros, se superponían, parpadeaban, se fundían y se convertían en masas de líneas y curvas. *La Alice* efectuó una levísima corrección de rumbo, apenas la fracción de una fracción numérica.

El espacio seguía y seguía. El decorado por el que avanzaban era tan inmenso que parecían estar inmóviles.

—Bueno, ya sabes que soy un ignorante dijo Marco—. ¿Qué estás haciendo ahora? No veo que estés haciendo nada. ¿Qué es eso tan crucial que estás haciendo?

"No tengo por qué responder a esa pregunta", pensó Tabitha. Pero lo hizo.

—Te estoy llevando al sitio donde has de actuar —dijo.

Intentó usar un tono de voz que sonara bastante preocupado y clavó los ojos en el mesoscopio mientras fruncía el ceño.

Pero, naturalmente, Marco no se conformó con esa contestación.

—No, no —dijo. Retrocedió hasta su red y tomó asiento en ella con las piernas cruzadas. Puso las manos delante del pecho y la contempló como si fuera un gran inquisidor—. Eso lo hace la nave, ¿verdad? Todo eso es cosa de nuestra pequeña Alice, ¿eh? —dijo—. ¿Y tú? ¿Qué haces?

Tabitha se volvió hacia él.

—Soy una parte más de esta nave —replicó—. Soy la parte que toma las decisiones. —Dio unos golpecitos sobre la deslustrada insignia de su hombro—. Soy la capitana —añadió.

—Creía que las naves tenían cerebro —insistió Marco . Tienen una cosita parecida a un cerebro que se conecta al ordenador y que se encarga de manejar el impulsor, los sistemas de energía, el retrete..., todo. ¿Estoy equivocado? ¿O será que tu nave es una..., eh..., una antigualla tan venerable que no tiene ese cacharrito, y disculpa si os he ofendido?

—La nave no puede hacerlo todo por sí sola dijo Tabitha—. Bueno, sí que puede hacerlo todo, pero no puede decidir qué cosas debe hacer. —Recorrió la cabina con la mirada y sus ojos acabaron posándose sobre la caja blanca que oscilaba lentamente de un lado a otro debajo de la red—. Es algo parecido a..., a tu número con Tal —añadió—. Tal no necesita a nadie para cantar, pero tú eres quien le dice lo que ha de cantar.

La expresión de Marco dejó bien claro que había conseguido convencerle.

—¡Cierto! ¡Cierto! Una respuesta muy inteligente dijo contemplándola con cara de admiración.

"No lo creas", pensó Tabitha mientras le miraba. Marco era muy guapo, pero quizá no fuese tan listo como había imaginado al principio.

—Eres una chica muy inteligente, ¿lo sabías? —siguió diciendo Marco. Eres demasiado buena para perder el tiempo con este trabajo. Oye, ¿te gustaría ser representante de uno de los mejores grupos de cabaret interplanetario que existen actualmente?

—No, gracias —murmuró Tabitha mientras tecleaba una serie de órdenes.

—Eh, hablo en serio —dijo Marco—. Eres demasiado lista para malgastar tu vida conduciendo un camión. Apuesto a que serías capaz de manejar este trasto con los ojos cerrados. Apuesto a que podrías hacerlo volar sólo con tu dedo meñique.

Volvió a salir de su red.

—Apuesto a que podrías controlarla desde tu catre.

—Marco, no... dijo ella—. No me pongas en una situación desagradable, ¿quieres? ¿Por qué no te entretienes viendo una película o algo parecido?

Marco estaba flotando junto a ella, y sus palabras no le hicieron retroceder ni un centímetro.

—Preferiría verte a ti

—Bueno, ya que no puedes tener las manos quietas... ¿Por qué no intentas hacer algo útil con ellas? Algo como... ¿Por qué no ajustas ese fibrilador de paralaje distal?

Marco estiró el cuello y observó la confusión de objetos y papeles que había encima de la consola.

—¿Esto?

—No, eso de ahí. El que tiene la armónica metida en la ranura.

—Oh. Oh, sí, claro... El fibrilador de paralaje distal. De acuerdo, de acuerdo.

Marco extrajo el fibrilador de la consola y lo inspeccionó.

—Las lecturas tienen que estar entre el siete y el diez dijo Tabitha.

—Once —dijo Marco mientras pulsaba rápidamente el botón haciéndolo entrar y salir del hueco.

—Lo que sea.

—Estos trastos son muy fáciles de arreglar—dijo Marco—. Basta con que anules el sistema de alcance medio.

—Ya lo he probado —dijo ella.

—Bueno, pues entonces tienes que desactivarlo de forma permanente. Es muy sencillo... Cualquiera puede hacerlo.

—Creía que eras tú quien iba a hacerlo.

Marco no se dejó impresionar.

—Cualquiera puede hacerlo.

—¿Vas a arreglarlo?

—Claro.

—Oye, ¿has arreglado algún fibrilador antes?

Marco tardó unos segundos en responder.

—No. No, la verdad es que... Bueno, me temo que nunca he arreglado ninguno.

—Yo sí —dijo Tabitha—, y por eso estoy intentando que sea otra persona quien lo arregle.

Marco abrió la boca para replicar.

—Shh—dijo Tabitha.

Creía haber oído un ruido. Solicitó otra revisión de los circuitos del eje, pero se lo pensó mejor y anuló la orden. "Tengo que controlarme o acabaré convertida en una neurótica", pensó.

Recorrieron cinco mil kilómetros más de nada. La Tierra y sus satélites estaban delante de ellos, un puntito resplandeciente tan pequeño que apenas se podía distinguir entre la multitud de puntitos resplandecientes.

Tabitha se estiró y bostezó.

Marco decidió que el estiramiento y el bostezo eran la señal de que podía ponerse en acción.

—Bueno, parece que por ahora no hay mucho movimiento y... —empezó a decir.

—Marco... —murmuró Tabitha.

—No, no —se apresuró a decir Marco—. Yo sólo... Oye, ¿tocas la armónica?

—Sí —dijo ella—. Fatal.

Hacía mucho que no tocaba la armónica. De hecho, ya ni se acordaba de que la había puesto ahí.

—No te creo —dijo Marco.

Tabitha le miró fijamente.

—¿Qué es lo que no crees? ¿Que sé tocar la armónica o que la toco fatal? —Volvió a desviar la mirada hacia la consola—. Claro que... Bueno, tienes razón —añadió—. A veces incluso yo misma tengo dificultades para creer que sea capaz de tocar la armónica tan condenadamente mal.

—Toca algo.

—No.

—Vamos... ¿Por qué no? No me parece que estés agobiada de trabajo. Podrías entretenerme tocando un par de compases de "Casey Jones", ¿verdad?

—¿Casey quién? —exclamó Tabitha, pero extendió la mano hacia él—. Anda, dámela.

Marco se la arrojó y la armónica giró lentamente por los aires.

Tabitha la pilló al vuelo.

—Recuerda que te he avisado —dijo.

Tocó una canción sobre el whisky que su tía Muriel le había enseñado cuando vivían en Integridad 2. Tuvo algunos problemas con un par de pasajes, y Marco la escuchó en silencio con su mejor cara de atención cortés.

—No ha estado tan mal —dijo cuando hubo terminado.

—Oh, sí que ha estado mal —dijo Tabitha—. Ha estado fatal. Debería practicar más.

—Quizá. —Marco se encogió de hombros—. No creo que sea tiempo lo que te falte.

—Tienes razón. —Tabitha volvió a concentrar su atención en la consola—. De hecho me temo que he practicado demasiado... Soy toda una experta con la armónica. —Volvió a mirarle—. He tocado bastante peor que de costumbre, ¿sabes? —añadió—. Normalmente no tengo público.

—¿No?

—Ya te he dicho que nunca permito que nadie utilice esa red.

Marco empezó a jugar con una esponja que había estado flotando cerca de él.

—Toca alguna otra cosa con tu órgano bucal —dijo Marco mientras intentaba conseguir que la esponja girara en el aire delante de su nariz sin apartarse de ella.

—No —dijo Tabitha.

—Me gustaría jugar un poco con tu órgano bucal.

Tabitha le ignoró.

—Y con tu...

—Toma.

Le lanzó la armónica.

Marco la cogió al vuelo y tocó una melodía dulce y triste, un lamento quejumbroso y melancólico que subía de tono cada tres compases como si se dispusiera a librarse de toda esa pena para revolotear libremente; pero el cuarto compás hacía que volviera a enroscarse sobre sí misma y se derrumbara a veces de mala gana pero siempre resignadamente, como si supiera que iba a caer de nuevo, como si llevara miles de años atrapada en ese proceso interminable de luchar y volver a caer. Pero cada vez que el tercer compás volvía a presentarse la melodía parecía hacer acopio de valor y sacar nuevas energías de alguna fuente oculta, y la caída de cada nuevo cuarto compás quizá fuera un poquito menos pronunciada, y Tabitha acabó quedando cautivada por la música aunque hizo todo lo que pudo para evitarlo. Clavó los ojos en aquel hombre tan guapo que tocaba la armónica para ella y se preguntó cómo acabaría el tema, cómo conseguiría resolver la discrepancia existente entre el subir y el desplomarse de la melodía..., hasta que se dio cuenta de repente de que Marco había dejado de tocar, y de que la melodía terminaba con una mezcla de acorde y trino que subió, bajó, agitó la cola y se esfumó en el silencio.

—Oh, ha sido magnífico dijo.

Marco sonrió. Sus hermosos ojos casi rehuyeron su mirada, y la lucecita tímida que los iluminaba no se parecía en nada al fuego de antes.

Tabitha abrió los cierres de su red. Fue hacia él, le cogió de una mano y tiró de Marco hasta incorporarle.

Marco perdió unos momentos dejando la armónica allí donde la había encontrado, en la ranura del fibrilador defectuoso. Después giró sobre sí mismo y la besó.

—¿Y Tal? —preguntó Tabitha.

—No le pasará nada.

Marco señaló las lucecitas verdes de la caja, y Tabitha vio que se encendían y se apagaban siguiendo el mismo ritmo tranquilo de siempre.

Fueron por el pasillo que rodeaba la bodega, entraron en el camarote de la capitana y dejaron la puerta abierta.

Metieron un pie en uno de los aros que había en las esquinas del catre para no flotar a la deriva y se desnudaron el uno al otro. Sus ropas se fueron apartando lentamente de ellos y quedaron suspendidas en el aire. Los zapatos giraron sobre sí mismos trazando órbitas imprecisas alrededor de sus propietarios. La ropa interior surgía de los rincones más inesperados y emprendía rumbos de colisión que la llevaban a chocar con los calcetines.

Tabitha sacó el pie del aro y se impulsó hacia Marco. Sus cuerpos entraron en contacto y Tabitha le puso las manos sobre las caderas. Marco había separado las piernas y Tabitha se encontró deslizándose sin ninguna clase de resistencia por entre el arco que formaban sus muslos. Marco empezó a girar sobre sí mismo y alargó las manos hacia ella mientras Tabitha iniciaba una lenta rotación debajo de su ingle. Las manos de Marco se deslizaron sobre sus pechos con tanta facilidad como si estuvieran cubiertos de aceite. Giró en el aire hasta quedar de cara a ella y subió las piernas apoyándose sobre la nada hasta pegar los talones a las nalgas mientras separaba las rodillas. Estaba jadeando, tenía la boca abierta y sus ojos brillaban con una luz salvaje. Tabitha sintió el contacto de sus labios sobre su cabellera. Deslizó la pierna izquierda por debajo de su brazo y pasó la parte interior de su muslo derecho a lo largo de su polla hasta dejarla apoyada en su ingle. Marco le acarició los flancos con aquellas manos tan suaves para las que el manejo del guante no tenía secretos. Tabitha dio un salto mortal sobre su regazo, rebotó en la pared del camarote y volvió lentamente hacia Marco con los pies por delante. Montó a horcajadas sobre él y se pegó lo más posible a su pecho. Los dos empezaron a girar creando una esfera de carne desnuda que se movía sobre el cálido y húmedo centro que compartían. Marco jadeaba y gemía.

Una parte de la mente de Tabitha seguía prestando atención al ronco y lento palpar de los sistemas y a los zumbidos y crujidos que formaban el eterno telón de fondo de *la Alice Liddell* cuando viajaba por el espacio. Mantenía el oído lo más aguzado posible para captar un nuevo ruido, ese ruido que había creído oír durante el trayecto desde Chateaubriand, el lento golpeteo irregular de un cristal de eje moviéndose en su cavidad...

Y de pronto oyó un ruido. No era el cristal. Era una armónica que tocaba la canción que le había enseñado su tía Muriel.

Sus pupilas dilatadas por el horror se clavaron en el rostro de Marco.

El ruido se iba acercando por el pasillo. Tabitha se dio cuenta de que no era su armónica. No, aquel ruido era más estridente y vagamente gangoso, y hacía pensar en una cinta muy mal grabada oída a través de un altavoz minúsculo.

Intentó liberarse del abrazo de Marco y se debatió frenéticamente buscando un punto de sujeción.

El loro de Marco cruzó el umbral trinando alegremente. Tabitha le miró. Tal parecía haberse tragado una armónica.

—Oh, Dios, se ha salido de la caja jadeó.

—Supongo que se aburría dijo Marco.

—¿Qué?

—Haz que me ardan los labios, cariño —canturreó el loro—. ¡Pon el culo contra la pared!

Tal inclinó la cabeza a un lado y clavó en ellos un maligno ojillo negro, observándoles con tanta fijeza como si pretendiera atravesarles.

Y su pico se abrió dibujando una mueca burlona.

—¡Cristo bendito..., ese bicho es inteligente!

—Sí, supongo que sí —admitió Marco—. Quiero decir que... Bueno, depende de lo que tú entiendas por inteligencia, claro está, pero él...

—¡Largo! —chilló Tabitha volviendo la cabeza hacia el invasor alienígena—. ¡Sal de mi camarote!

Agarró una camiseta que pasaba flotando junto a ella e intentó lanzarla hacia el pájaro. Tal esquivó el lentísimo proyectil ejecutando una impecable voltereta a la que sólo le faltó un cuarto de giro para convertirse en salto mortal.

—Embutido cachondo —trinó con la cabeza hacia abajo.

Tabitha se separó de Marco con un empujón casi convulsivo que le hizo salir despedido hacia atrás y terminó aplastándole contra un mamparo.

—¡Di algo! —gritó fulminándole con la mirada.

—Venga, Tal, fuera de aquí —dijo Marco sin perder la calma—. No es Saskia, ¿entiendes? Esto no le hace ninguna gracia.

El loro giró sobre sí mismo hasta quedar con la cabeza hacia arriba y salió del camarote flotando elegantemente hacia atrás.

—Minestrone y embutido dijo su voz desde el pasillo. Las paredes metálicas hacían que pareciese un eco fantasmal surgido de la tumba—. Hay whisky en la botella...

Marco se rascó el estómago.

—Tabby, lo siento mucho. De veras, yo...

—No me llames Tabby. No permito que nadie me llame Tabby.

—¡Lo siento!

—¿Qué es... esa... cosa?

—Tal es un loro. Es una variedad de loro... Ya te lo había dicho, ¿no?

—¡Marco, ese loro tuyo es un jodido ser inteligente!

Marco se encogió de hombros y su cuerpo giró lentamente por los aires.

—Pues..., sí, desde luego. Un loro normal jamás podría hacer todos esos trucos. Creía que te gustaba. Es bastante simpático... Cuando se le conoce bien, claro.

—No quiero llegar a conocerle bien.

—Eh, no quería hacer nada malo... Se sentía solo, ¿entiendes? Si te metieran dentro de una caja y te obligaran a pasar horas y más horas encerrada tú también te sentirías sola, ¿no? Intentaba ser amistoso, nada más... Venga, Tabitha, vuelve. Lo siento..., de veras, lo siento mucho.

Pero Tabitha ya se había acurrucado en un rincón del camarote y se estaba poniendo el monitor de muñeca mientras luchaba con una camiseta.

—¿Y quién es Saskia?—quiso saber.

Si se cuenta con medios de transporte baratos que permitan viajar sin correr riesgos, un sistema de propiedad lo suficientemente elástico y normas de planificación adecuadas, el espíritu humano demuestra unas sorprendentes cualidades expansivas, pero también es muy gregario. En los primeros tiempos de la Carrera Espacial no había razón alguna para construir a centenares de millones de kilómetros de tus vecinos. Si no te importaba el clima tenías disponible prácticamente la totalidad de Marte, y cualquier persona era capaz de levantar un tubo.

Esa es la razón de que durante la época en la que transcurre nuestra historia hubiese algo así como doscientos habitáculos en órbita que incluían cinco docenas de tubos; catorce plataformas; siete ruedas; dieciséis misceláneas inclasificables que incluían casinos en sistemas de naves inmovilizadas, conjuntos de carga y accidentes permanentes; y tres zikkuraths de los eladeldis. Todos esos habitáculos giraban alrededor de la Tierra, por no mencionar a la pobre y vieja Luna olvidada de todos.

Las personas inteligentes y con un mínimo de buen gusto acabaron decidiendo que no podían seguir soportando todo aquel desorden. Siguieron a los leviatanes mineros hasta el cinturón de asteroides y cuando los mapas del cinturón sucumbieron a la locura de las fronteras y las demarcaciones de propiedad —cosa que no tardó mucho tiempo en ocurrir—, siguieron camino hasta Saturno, donde estaban las auténticas oportunidades de hacer fortuna. En los anillos sólo tenías que preocuparte de los ermitaños.

En cuanto los grandes negocios abandonaron la Tierra una parte del Enredo quedó desocupada. Los proyectos que habían empezado a florecer murieron dejando atrás sus entramados de acero y las nebulosas de remaches inútiles que giraban "más allá del cielo". La situación de esos y de otros orbitales no tardó en ser altamente fluida tanto en la ficción legal como en la realidad. Cambiaban de manos con tanta rapidez que parecían tener un nuevo propietario con cada día que pasaba.

Los que no se habían movido de la Tierra hacían chistes de mal gusto sobre latas vacías y volvían la espalda al reluciente collar que adornaba el cielo nocturno, pero el espíritu de la expansión no se dejó intimidar. Refugiados, fugitivos y adictos a la red se trasladaron a los cascarones abandonados y se agarraron tenazmente a sus rincones para llevar una auténtica existencia de arañas.

Lo cual nos lleva a Plenty.

Lamento decir que cuando Tabitha puso los pies allí Plenty no vivía su mejor momento. La frase que mejor define al Plenty de esa época es "un sitio

de pésima reputación". El cascarón sólo poseía significado estratégico para la raza que lo puso allí, y había acabado siendo considerado como una curiosidad grotesca o un capricho de dimensiones colosales. Se hallaba en un estado continuo de reocupación, y sólo interesaba a las empresas marginales o en pleno declive capaces de mostrarse indiferentes a lo que no cabe duda era un ambiente fundamentalmente inhumano. Aun así, se sabe que algunas lo preferían a otros ambientes más acogedores.

Plenty fue construido por los frasques, y por cuanto he podido descubrir sus creadores no lo conocían con ese nombre ni con ningún otro. Era la reliquia más importante dejada por esa raza derrotada durante su breve estancia en el sistema solar, y Tabitha lo sabía. Los frasques aparecieron poco después que los capellanos de hecho, se puede decir que llegaron pisando sus impolutos talones color perla—, y siguieron su vector antes de que la gran puerta del espacio pudiera cerrarse delante de ellos. Los humanos de aquella época siempre pensaron que eran la más extraña de toda la gama de especies recién llegadas. Los frasques parecían gavillas de cañas capaces de moverse. Eran bastante altivos, recordaban un poco a los insectos y tenían la molesta costumbre de abrir la boca en el momento más inesperado y lanzar un siseo estridente.

Alguien logró entender su lengua, y debemos admitir que los frasques consiguieron poner en un estado de considerable agitación a regiones enteras del Africa Central y Sudamérica. Los cultos olvidados revivieron y hubo duelos salvajes a medianoche. Ejércitos enteros desertaron y se desvanecieron, algunos dijeron que primero para trabajar como esclavos en un intento claramente condenado al fracaso de crear una colonia en Venus y, después, en el orbital más monstruoso jamás concebido.

Los frasques eran una especie agresiva, diligente y decidida a explotar su entorno al máximo. La relación entre machos y hembras dentro de su civilización más avanzada es de tres a uno, y las hembras dominan a los machos mediante una incomprensible mixtificación social del estro. Las generaciones de machos se suceden rápidamente y trabajan hasta morir de agotamiento para proporcionar el máximo bienestar posible a las hembras, más inteligentes pero no menos salvajes que ellos. El centro de su colmena está ocupado por una reina que irradia sus órdenes implacables a través del laberinto de túneles. Basta con eliminar a la reina para que el resto de la sociedad deje de funcionar. Los machos sometidos a la voluntad de la Reina de Plenty iban y venían incansablemente sobre la gigantesca construcción circular cristalizando la materia prima directamente de las partículas dispersas en el espacio sublunar.

Todo el mundo supuso que los frasques ocupaban algún lugar en el esquema universal de los capellanos, que eran otra especie subordinada a su poder hegemónico —al igual que ocurría con los thrants y los eladeldis—, aunque parecían más emprendedores y autosuficientes que ninguna otra especie recién llegada. Ah, y nadie tenía ni la más mínima idea de qué estaban construyendo...

El Serafín Kajsa fue la primera nave de nuestro sistema que se aventuró en los gigantescos muelles que ocupaban los niveles inferiores de la estación en cuanto ésta quedó terminada. Dos días después se la vio salir de ellos, con lo

que los cínicos y los pesimistas tuvieron que tragarse sus lúgubres especulaciones. Los serafines eran firmes partidarios de la supremacía posthumana y afirmaban sentir una gran simpatía hacia esos alienígenas tan claramente autocráticos. Poco después, una multitud de portavoces humanos se esparció por la Tierra haciendo apariciones personales a través de las pantallas para describir los tesoros que los frasques habían raído al sistema, y pusieron un énfasis especial en lo avanzado de sus instalaciones criónicas.

Los tonos semievangelísticos de la publicidad hicieron vacilar a algunos, y la falta de deferencia, no, mejor dicho, la ausencia de cualquier mención a los capellanos hizo vacilar a otros. Nadie tenía la seguridad de que la Tierra pudiera aceptar esa oferta, y el conjunto de la humanidad temía haber perdido la libertad de actuar independientemente. Las primeras naves humanas no tardaron en seguir el camino de la Serafín Kajsa, y después de aquello no hubo forma alguna de cortar la oleada. Las clínicas suizas y los sanatorios privados enviaban grupos de pacientes que anhelaban ser congelados. Los representantes de las naciones y las organizaciones que habían estado manteniendo una cautelosa neutralidad se unieron a la estampida general soltando discursos sobre las relaciones amistosas y los beneficios mutuos. Creían que sus líderes podrían conseguir el doble secreto del control social y la inmortalidad personal, dos herramientas valiosísimas que permitirían gobernar las sociedades humanas de forma pacífica y efectiva.

Sigo sin entender a las personas que quieren mandar sobre los demás. Dar órdenes siempre me ha parecido una tarea agotadora y muy poco agradecida. Ocuparse de los objetos inanimados ya resulta considerablemente difícil, ¿verdad? La única conjetura que me parece mínimamente lógica es que el haber nacido desnudos, indefensos y atados a un ambiente de tolerancia y amplitud muy reducidas hace que cuando llegan a la edad adulta muchos seres humanos sucumban al deseo de conseguir una especie de venganza aplazada que les haga más grandes y temibles.

Pero los frasques no son tan frágiles. Nadie sabe qué les impulsa o por qué creyeron que podrían salirse con la suya. Hay montones de datos enterrados a los que ni tan siquiera yo puedo llegar.

Plenty funcionaba a las mil maravillas..., y de repente Capella habló. Los frasques eran una especie no grata. No habría más transacciones con ellos. Sus portavoces más conocidos fueron destituidos sin ninguna clase de explicaciones y reemplazados de la noche a la mañana por nuevos portavoces que no paraban de sonreír mientras soltaban una ristra interminable de frases contradictorias y exhortaciones ininteligibles. La tensión resultaba claramente visible bajo la máscara del bronceado, y estaba claro que algunos ya habían sido congelados. Los portavoces solicitaban lealtad a la generosa y altruista especie de los *asques y rechazaban la autoridad de Capella.

Los archivos que han sobrevivido a ese período son tan fragmentarios como confusos. De una cosa no cabe duda, y es de que la estación pasó por un período de gran agitación. Hubo abundancia de discusiones comunales y se generaron gestalts etéricas realmente extraordinarias. Extraños zumbidos chirriantes se abrieron paso por el vacío, sembrando el caos en todas las longitudes de onda que podían captarse en un radio de centenares de kilómetros. Los empleados terrestres que seguían conservando la facultad de

moverse independientemente huyeron con todos los objetos de valor a los que pudieron echar mano, lo cual resulta muy comprensible dada la situación. Las gigantescas explanadas de atraque y maniobra quedaron vacías. Los representantes y embajadores se marcharon en la primera lanzadera después de haber borrado frenéticamente sus huellas. Las bóvedas criónicas tuvieron que soportar el asedio de quienes exigían recuperar a sus padres o sus presidentes, y faltó muy poco para que todos los sistemas dejaran de funcionar.

El caos llegó a su punto álgido..., y una nave sistémica capellana se presentó de repente con gran ceremonia y una apabullante exhibición de superioridad tecnológica para exigir la marcha inmediata de los frasques. Los frasques se negaron a abandonar el sistema solar. Los capellanos inclinaron sus enormes cabezas, pusieron cara de pena y los exterminaron.

La destrucción fue tan breve como horrible. Bastó con que los capellanos hicieran un gesto casi imperceptible para que esos frasques de apariencia tan coriácea e invulnerable se encogieran sobre sí mismos y quedaran envueltos en llamas. Los muelles y astilleros de Plenty se convirtieron en un infierno. Las huellas de la catástrofe aún pueden verse hoy en día. Los eladeldis se encargaron de los túneles y aniquilaron a todo lo que se movía. El aire olía a fuego y carne quemada.

Los capellanos enviaron cazas especiales para limpiar la estación y reclutaron a humanos para que los pilotaran. Los escasos supervivientes habían sido fieles a los impulsos básicos de su especie y no se habían alejado mucho de la colmena, pero lograron reunir una flota y se defendieron en dos grandes batallas, prefiriendo la destrucción a la derrota.

Su deseo fue satisfecho.

La representante capellana apareció en todos los canales de todas las redes del sistema y anunció que por fin había llegado el momento de revelar el plan diabólico de los frasques. El levantamiento de Africa sólo había sido un ensayo preliminar. Los frasques querían provocar la guerra civil en todo el sistema y un enfrentamiento generalizado entre todos los planetas. Cuando lo hubieran conseguido saldrían de su colmena orbital—convertida—en—fortaleza para aplastar cualquier posible núcleo de resistencia organizada y devorar a los supervivientes. Era la misma estrategia que habían utilizado para adquirir el control de su sistema natal. Los capellanos, indulgentes y bondadosos como siempre, habían permitido que se instalaran en el nuestro hasta tener la seguridad de que se disponían a utilizar por segunda vez esa horrenda artimaña.

La representante capellana afirmó que sólo el coraje de la raza humana había impedido que los frasques se salieran con la suya. El cascarón recién liberado de Plenty —el orbital de mayor tamaño existente, recordémoslo—, sería entregado a la Tierra como recompensa. Capella se limitaría a proporcionar un comité de mantenimiento y dirección..., siempre que la Tierra.

E estuviese de acuerdo, naturalmente. Y, naturalmente, no tardó en saberse que los capellanos ya llevaban cierto tiempo adiestrando a ese comité.

El nuevo comité estaba compuesto por siete miembros. Todos eran humanos. El que entre ellos no hubiese ni un solo eladeldi indicaba que los

capellanos confiaban en la humanidad, aunque los cínicos de siempre murmuraron que sólo indicaba desprecio.

El comité bautizó al orbital liberado con el nombre de Plenty, y afirmó que sería una combinación de paraíso fiscal, estación de servicio y base empresarial. La base empresarial no tardó en revelarse bastante precaria y los servicios ofrecidos no estaban a la altura de lo que prometían los folletos de propaganda, pero... Bueno, ¿qué se podía esperar de una empresa humana abandonada a sus propios recursos que no contaba con el inapreciable beneficio de la supervisión capellana?

Las neveras volvieron a llenarse y los sectores comerciales se iluminaron, aunque muchas de las zonas protegidas por el conjunto de techos y plataformas colocadas de tal forma que creaban la impresión global de una armadura siguieron sumidas en la oscuridad. La única luz que había en ellas era la enfermiza claridad verdosa de las criaturas fosforescentes que crecían en sus paredes.

La función más lucrativa del orbital resucitado no tardó en ser la de el parque de aventuras alienígenas. Grupos de turistas, fanáticos de la supervivencia y cuadros paramilitares de organizaciones extremistas podían vagabundear por sus fantasmagóricos y peligrosos pasillos después de haber pagado una tarifa muy elevada y haber firmado un documento que eximía al comité de toda responsabilidad por lo que pudiera ocurrirles. Los muelles — una especie de meseta gigante abierta en los dos extremos que se encuentra debajo de la superestructura en forma de cúpula— se convirtieron en el refugio de todas las naves que preferían no frecuentar plataformas mejor iluminadas y mucho más respetables.

Cuando *la Alice Liddell* llegó a Plenty transportando dos artistas de cabaret, el orbital era un habitáculo espacial gigante cuyo proceso de remodelación no había llegado a completarse. Las mejoras y reparaciones sólo alcanzaron un éxito parcial, y quedaban bastantes zonas en las que habían fracasado de la forma más estrepitosa imaginable. Criaturas y artefactos muy extraños correteaban de un lado a otro ocultándose entre las sombras. ¿Quién podía saber cuáles eran los procesos dormidos, las trampas para incautos, los reflejos misteriosos y violentos que podían ser activados por la entrada en los pasillos y celdas que sus constructores habían clausurado? Los frasques no habían dejado guías y no había nadie que pudiera descifrar sus mapas. El mero hecho de doblar un recodo podía hacer que te ocurriera cualquier cosa.

Y Plenty es todo curvas. El orbital no posee ni un sólo ángulo recto. La estructura tiene una forma vagamente ovalada, y toda la estación está construida con una sustancia laminar más parecida al cuero que a cualquier otro material. La lisura de todas las superficies refuerza todavía más la impresión inicial de que Plenty es algo orgánico, algo que fue generado y no construido.

—Parece una tortuga gigante —dijo Marco Metz—. ¿No crees que parece una tortuga gigante? Es el caparazón de tortuga más increíblemente colosal que he visto en toda mi vida.

Tabitha también se había dado cuenta de la semejanza, pero no dijo nada. No pensaba darle la satisfacción de admitir que tenía razón y, de hecho, no

pensaba darle ninguna clase de satisfacción. Plenty quizá fuese una gigantesca tortuga espacial, pero tenía la impresión de que si lo era, esa tortuga podía sacar la cabeza del caparazón en cualquier momento y engullir a *la Alice* y a todo lo que iba dentro de ella. No quería estar aquí ni un momento más de lo necesario. Se libraría de Marco y de su pequeño compañero psitacósico lo más deprisa posible. Aunque... Una vocecita asustada no dejaba de hablar en lo más profundo de su mente. "Error, Tabitha, error, error, error", decía la vocecita. Tabitha estaba ignorando sus consejos porque no tardaría en cobrar. POSIBILIDAD DE FALLO 50 %, decía la vocecita. Tabitha tenía que hacer oídos sordos a ella porque debía dirigir *la Alice* hacia la negra boca del caparazón y meterse por su garganta. Antes había fingido estar ocupada, pero ahora tenía muchas cosas que hacer.

Los inmensos labios curvados de la estación se disponían a engullir la nave. El telón de fuerza onduló lentamente y se abrió delante de su morro.

La Alice Liddell emergió del vacío y entró en un mundo de sombras como si fuera una hoja arrastrada hacia las profundidades de un desagüe. El suelo de la caverna estaba provisto de gigantescas baterías de reflectores, pero sus haces luminosos apenas si conseguían hacer mella en la penumbra. Tabitha pisó el freno y la nave pasó sobre una escena de oscura actividad industrial tan lúgubre y estígia como cualquier imagen de un taller del Infierno. Vehículos de mantenimiento que parecían insectos iban y venían por entre correas sin fin que se deslizaban como serpientes mientras unidades mugrientas y mecanismos animados se arrastraban sobre los fuselajes de naves a medio desmantelar.

"Y éste es el sitio donde he de posar *la Alice* para que le pongan un cristal nuevo...", pensó Tabitha. Empujó el pensamiento al rincón de su mente en el que estaba intentando guardar todas las ideas desagradables, que no paraban de pasarle por la cabeza y se concentró en la tarea de pilotar la nave.

Estaban avanzando por entre la acumulación de muelles, dos inmensos acantilados ennegrecidos repletos de hangares abiertos donde se podían almacenar quinientas naves de alcance medio en hileras de cinco en fondo. Tabitha pudo ver que la mayoría de los hangares estaban vacíos o llenos de equipo y sistemas sueltos que ya no formaban parte de ninguna nave, suponiendo que alguna vez hubiesen formado parte de una. Pero también había naves. Cargueros, lanzaderas turísticas, modelos de exploración, barcasas... Marco estaba hablando por la radio para anunciar su llegada a media docena de personas escasas. Tabitha dirigió *la Alice* hacia un lado del valle y dejó atrás la carroza sumida en las tinieblas de algún senador terrestre que había decidido hacer una gira de incógnito por los burdeles y una Freimacher Carisma de un modelo bastante reciente con una tobera destrozada que estaba medio enterrada bajo la carga desparramada por otra nave.

El último nivel de hangares se encontraba a oscuras. El destello azulado de una baliza de navegación surgió de la nada y perforó las tinieblas que se acumulaban dentro de un hangar.

—¿Ahí? —preguntó Tabitha.

—Ahí —respondió Marco.

Tabitha inclinó el morro, redujo la velocidad y activó los retros dirigiendo cautelosamente *la Alice* hacia la baliza azul.

Apenas podía ver las siluetas de las dos personas que les esperaban dentro del hangar, pero los sensores de popa captaron su presencia sin ninguna dificultad. La luz azulada hacía que sus flacos rostros parecieran máscaras inhumanas y los convertía en dos espectros mediatibundos. Uno de ellos agitó la mano.

—¿Quiénes son? —preguntó Tabitha.

Activó los inerciales y el ruido casi le impidió oír la réplica de Marco.

—Son los Gemelos —dijo.

BITACORA GK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

&&&&&&&Aozuón" ø""u]]] ¡l &a &a & e&Ñ~ []]XO:]]]2—22 —]~E ¡i] oe—

arps egarps fn fnn fnnn CE]]]o't'009059j.1ax ae ceael91€]]]222m&&&&&

&& &??:t—l

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 15.31.22

ADELANTE

Esta mañana Saskia me ha preguntado de qué signo soy. Al principio no supe de qué estaba hablando.

¿QUÉ QUIERE DECIR, CAPITANA? ¿ERA ALGO RELACIONADO CON MI MATRICULA?

No, es algo relacionado con la astrología. Ya sabes... Sagitario, Virgo y todo eso. Los horóscopos de la red. Uno de cada doce habitantes del espacio terrestre encontrará un nuevo amor el martes. Mi tía Muriel cree en esas tonterías. El destino está escrito en las estrellas y todo lo demás. Sólo Dios sabe cómo se las arreglan para hacer tu horóscopo si has nacido en Marte, claro...

Pero su pregunta hizo que me acordara de alguien a quien conocí en un puerto. Creo que fue en Nueva Malibú o en algún sitio parecido... Llevaba unos pantalones para hacer vacuo—surf recubiertos de lamé plateado, y había un montón de solteronas aburridas con cuatro pelos mal peinados babeando sobre sus hombros y murmurando halagos y rumores maliciosos en la curva perfectamente esculpida de su oreja. Los taburetes del bar estaban tapizados con pieles de zebra thrant.

¿Y QUÉ ESTABAMOS HACIENDO ALLI?

Teníamos que entregar un cargamento de zapatos. Zapatos con tacón plataforma, si no me falla la memoria... El complemento ideal para ese traje de glitex con los conductos lubricantes transparentes y los remaches de tungsteno que te acabas de comprar. El traje perfecto para una fiesta en el vacío, ya sabes...

PURA ENVIDIA.

¿Qué dices? ¿Me estás llamando envidiosa?

CREO QUE SÍ.

Oh, vamos, Alice...

SU PROBLEMA ES QUE NUNCA LA HAN INVITADO A UNA DE ESAS FIESTAS, CAPITANA.

¿Y según tú estoy resentida porque nunca me han invitado a una fiesta en el vacío? Debes estar bromeando, Alice... Recuerda que trabajo en el vacío.

PERO TENGO ENTENDIDO QUE ESAS FIESTAS SON ACONTECIMIENTOS SOCIALES INCREIBLEMENTE SOFISTICADOS Y ELEGANTES.

Alice, estás hablando con una mujer que ha asistido a una fiesta de salto nada menos que en el Cuervo de Octubre. Allí sí que hubo elegancia y sofisticación a montones... Nueva Malibú es un nido de gilipollas. Sólo saben pavonearse de un lado a otro exhibiendo su dinero.

CUÉNTEME COSAS DE ESA FIESTA DE SALTO.

Eh... Ya te hablaré de ella en otro momento. Estaba pensando en ese hombre...

No, Alice, pensaba en otra clase de hombre muy distinto... Estaba pensando en un enchufado, un componente serial del Santo Sepulcro de la Neurosfera Expandida.

Si trabajas en Malibú tienes que obedecer sus reglas, más o menos como en todas partes. Las normas de Malibú exigen que te gastes una parte de tus honorarios en la roca. Es una forma de sacarte el dinero, ¿entiendes? La mano izquierda paga a la mano derecha, así de sencillo.

Estaba en el puerto yendo de un lado a otro intentando que algún cajero me aceptara la tarjeta y no había ninguno que funcionara. Metía mi identificación y tecleaba la autorización para sacar algo de dinero y la pantalla decía...

POR FAVOR, ESPERE UN MOMENTO.

Exactamente. Y yo esperé y esperé, y unos momentos después la pantalla dijo...

FONDOS INSUFICIENTES PARA LA TRANSACCION.

No, Alice. La cosa no llegó tan lejos, créeme.

TENGA LA BONDAD DE PULSAR LA TECLA DE RELACIONES PERSONALES. UN EMPLEADO LA AYUDARA EN TODOS LOS TRAMITES NECESARIOS PARA LLEVAR A CABO SU TRANSACCION.

Hoy estás muy parlanchina, Alice.

LO SIENTO CAPITANA.

¿Ya te he contado esto antes?

OH, PROBABLEMENTE. PERO VUELVA A CONTARMELO.

No. ¿Para qué? Debes acordarte mejor que yo, ¿no? Quiero decir..., bueno, debes acordarte de que te lo conté. Seguramente lo tienes grabado en alguna parte, ¿verdad?

NO ME ACUERDO, CAPITANA.

Oh, vamos...

PERO ES QUE NO ME ACUERDO. DE VERAS, NO ME ACUERDO.

Pero podrías hurgar en tus bancos, ¿no?

SI USTED ME ORDENA QUE LO HAGA..., SÍ ESTOY SEGURA DE QUE PODRIA HACERLO. PERO SUPONGO QUE PREFIERE VOLVER A CONTARMELO, ¿NO?

Sí, supongo que sí. Tengo la impresión de que es perder el tiempo, pero...

NADA DE ESO. NADIE CUENTA LA MISMA HISTORIA IGUAL DOS VECES.

¿Te estás metiendo conmigo o qué?

CREO QUE SE SIENTE PERSEGUIDA, ¿VERDAD?

Estoy empezando a desear no haberme metido en este lío. Si hubiera dado media vuelta y hubiera salido de la Cinta de Moebius, nada de todo esto habría ocurrido. Habría encontrado algún trabajo corriente y aburrido, habría pagado la multa, tú tendrías tu cristal nuevo y nunca habría conocido a Marco y a sus amigos y hoy sería una mujer mucho más feliz.

NUEVA MALIBU. EL PUERTO. TURISTAS VESTIDOS DE BLANCO Y ROBOCOCHES BUSCANDO CLIENTELA PARA LOS HOTELES. TABITHA JUTE ESTA INTENTANDO ENTENDER LOS EXTRAÑOS MENSAJES QUE LE ENVIA LA PANTALLA DE UN CAJERO AUTOMATICO. HAY TODA UNA HILERA DE CAJEROS Y NI UNO SOLO QUE FUNCIONE.

¿QUÉ OCURRIO DESPUÉS, CAPITANA?

Tabitha Jute oye una voz a su espalda.

—Di-di-discúlpeme —dice la voz—. Ah-ah-ah-ah. Ah-ah-ah-ah.

Tabitha Jute gira sobre sí misma. A su espalda hay un joven con un tubo metido en la nariz. Tiene los ojos inyectados en sangre y su dentadura es una auténtica ruina, pero sus implantes están muy limpios. Están tan limpios que relucen.

—Estupendo —piensa Tabitha—. Un enchufado...

El enchufado no viste un traje espacial de lamé plateado. No calza botas con tacones de plataforma. Lleva una casulla de plástico azul transparente con la capucha en la cabeza.

—¿Es-es-estás en contacto? —pregunta.

"Soberbio —piensa Tabitha—. Un evangelista enchufado... Un evangelista enchufado que tartamudea... ¿De dónde diablos sacarán a estos tipos?"

TENGO LA IMPRESION DE QUE LA IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO DE LA NEUROSFERA EXPANDIDA NO LE CAE DEMASIADO BIEN.

Has acertado.

POR LO QUE LE OCURRIO A SU HERMANA, ¿VERDAD?

Sí.

ANGIE.

ANGIE SE MARCHO DE CASA PARA CONVERTIRSE EN UNA ENCHUFADA.

Vaya, veo que te acuerdas de eso...

GRACIAS, CAPITANA. INTENTO SUPERARME Y PROCURO NO OLVIDAR NADA.

Oh, sí, ya veo. Aquel pobre idiota también se tomaba muy en serio su trabajo, ¿sabes?

Siguió soltando no sé qué tonterías sobre estar "alineado" y el "interconectarse" y mientras hablaba no paraba de acariciar el panel del cajero automático en el que había metido mi conector.

—N—n—nunca vo—vo—volverás a te—te—tener ma—ma—malentendidos con ni-ni-ninguna máqui—quina.

¿POR QUÉ NO SE LIBRÓ DE ÉL?

Porque a veces soy un poco gilipollas.

DESDE LUEGO.

Sí, ya sé que puedo serlo. La verdad es que me daba un poco de pena.

¿PORQUE TARTAMUDEABA?

Porque me recordaba a Angie. Verás, Alice, los enchufados... No puedo ponerme dura con ellos. Siempre acabo dándoles algo de dinero, sobre todo si son mujeres. Siempre pienso que podría ser ella, ¿entiendes?

NO HAY MUCHAS PROBABILIDADES DE QUE SE ENCUENTRE CON ELLA.

Vamos, Alice, no se trata de eso...

La cabeza de aquel chico era realmente increíble, ¿sabes? Tenía la forma de un casco, la misma forma que siempre he pensado que deben tener las cabezas de los policías en cuanto se quitan sus cascos... Ah, y también tenía la nariz perfecta para ese tipo de cabeza, una cosa tan cuadrada y sólida que parecía una losa. La verdad es que toda su cara parecía una losa. . Era como si algo hubiera caído del cielo y se la hubiera aplastado. Quizá fue la mano del Todopoderoso, no lo sé. Debajo del tubo había un surco que le cruzaba toda la mejilla y desaparecía debajo de su oreja.

—Tenemos que tratarlas bien —dijo mientras seguía acariciando el panel del cajero automático. Ah... Tendrás que imaginarte el tartamudeo, ¿de acuerdo?—. Siente lo que las máquinas están intentando decirnos.

—Sé lo que está intentando decirme —repliqué yo—. Está diciéndome que me largue.

El enchufado no pensaba lo mismo que yo y se echó a reír. Tenía una risita muy estridente que casi parecía un chillido, el tipo de risita que sueltas cuando un niño pequeño hace una metedura de pata graciosa.

—No, no —dijo—. Te está diciendo que no puede entenderte. La estás confundiendo.

—¿Qué quieres decir con eso de que la estoy confundiendo? —exclamé yo—. Estoy respondiendo a sus preguntas. Le he dado toda la información que me ha pedido y ahora quiero que ella corresponda dándome mi dinero.

—Pero no te has abierto a ella, ¿verdad? —replicó él sin dejar de sonreír—. No le has abierto tu mente y tu corazón pidiéndole que entrara en ellos.

Clavé la mirada en sus implantes. El tejido cicatricial parecía bastante antiguo y estaba lleno de arruguitas. Bastaba con verlo para darse cuenta de que la infección había sido realmente grave, pero el pulimento aplicado a los implantes hacía que pareciesen nuevos.

—Bueno, enséñame cómo he de hacerlo —dijo yo, aún no sé muy bien por qué.

Pero sabía que no me iba a gustar.

Sus ojos quedaron cubiertos por una película vidriosa. Su brazo derecho subió tan rígidamente como si hubiese una cuerda invisible que tiraba de él. Los dedos de esa mano entraron en contacto con la sien y apretaron. El resto de su cuerpo no se movió en lo más mínimo.

Empezó a canturrear por la nariz.

Después se quitó la yema de un dedo.

Metió el dedo en la conexión del cajero.

Mientras tanto la otra mano seguía acariciando las placas metálicas frotándolas y dándoles palmaditas cariñosas, y no paraba de canturrear. ¡Le estaba dando una serenata a la maldita máquina!

Unos niños pasaron junto a nosotros y se quedaron inmóviles.

—¡Eh, fijaos en ese tipo!

Empezaron a burlarse de él.

Había una policía humana junto al bar de aguas. Estaba intentando ligar con el chico que atendía a los clientes. Los gritos de los niños hicieron que se fijara en el enchufado, y empezó a prestar atención a lo que ocurría.

—De acuerdo —dije yo—. Creo que ya es suficiente.

La policía tiró de la cintura de sus pantalones subiéndoselos unos centímetros y vino hacia nosotros.

Empecé a tener miedo de lo que pudiera hacerle. Quería librarme del chico, pero no quería que acabara en manos de la policía.

—Olvídalo —murmuré.

La policía estaba cada vez más cerca. Sabía que estaba examinándonos y que los sistemas ocultos detrás del visor habían empezado a leer los datos de mi insignia.

—Capitana, ¿la está molestando? —me preguntó.

—No —dije yo—, no pasa nada. Es..., es un asunto personal. Gracias —añadí.

La policía me miró con cara de pocos amigos y se marchó.

Intenté alejarme. Creía que si me iba el pobre imbécil dejaría en paz al cajero y me seguiría, ¿entiendes? Estaba convencida de que la directiva primaria de todos los evangelistas era "Sigue A La Presa".

Pero el chico estaba metido en la máquina y en la red. Estaba en plena interconexión. Se encontraba muy lejos de allí.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

Volví sobre mis pasos.

—Jute —dije.

"Va a hacer que funcione —pensé—. Lo va a conseguir....."

La policía seguía observándonos. Intenté poner cara de que todo aquello era perfectamente normal y de que le había pedido que hiciera la operación por mí como si fuera el empleado que me prestaría toda la ayuda necesaria para que pudiese llevar a cabo mi transacción.

El enchufado parecía estar en la gloria. Me incliné por encima de él para interponer mi cuerpo entre el suyo y los ojos de la policía. Olía a soldador y vaselina. Le dije cómo me llamaba y recité los números. El enchufado pulsó las teclas y canturreó la nota exacta de cada tecla al funcionar. Le di mi número de crédito. No le di la tarjeta.

—Dame la tarjeta —dijo y extendió la mano.

Alargué el brazo sin hacerle caso y empecé a meter la tarjeta en la ranura.

—No, no —dijo él con una sonrisa vacua.

Sacó la tarjeta de la ranura antes de que pudiera impedirselo, se subió la manga izquierda de la casulla y la puso en contacto con su muñeca.

—Oh —dijo—. Oh, Tabi-bi-bitha.

Me enseñó aquella dentadura horrible.

—Ahora te conozco —ronroneó—. Sé ta-ta-tantas cosas so-sobre ti...

Estaba leyendo todos mis datos personales a medida que pasaban a través de él y entraban en el cajero. Podía sentir cómo hurgaba en mi pasado.

—Sal de mis archivos —dije.

—Abre tu corazón —dijo. Su voz se había convertido en un murmullo—. Abre tu me-me-ente.

—Dame eso—dije.

Le arranqué la tarjeta de entre los dedos y sentí el suave tirón de la resistencia magnética que intentaba mantenerla pegada a su muñeca. Volví a meter la tarjeta dentro de mi bolsillo.

—Pero si eres muy hermosa —dijo—. Por dentro. Estás muy bien integrada.

Me contempló poniendo una cara de éxtasis tan increíble que casi parecía imbecilidad. Su enorme mandíbula colgaba hacia abajo y me hizo pensar en una escotilla abierta, y de repente dejé de creerle. No podía creer que hubiera extraído ningún dato de la tarjeta. Todo aquello era un truco barato, una rutina que utilizaba cada vez que se encontraba con alguien lo suficientemente idiota y que servía para convencer a la presa de que cuando te "interconectabas" ocurrían toda clase de cosas maravillosas.

—De acuerdo—dije—. ¿Cuál es mi signo?

—¿Signo? —repitió él.

Estaba segura de que no lo sabía.

—Mi signo estelar—insistí.

Sacó el dedo del cajero y volvió a obsequiarme con aquella sonrisa de retrasado mental.

—Ahora todos vivimos bajo el signo de Capella, Tabitha —dijo con afabilidad—. Gra-gracias por el do-do-donativo —añadió.

Y se fue.

—¡Eh! —grité yo—. ¡Eh, vuelve aquí!

No volvió.

Me di la vuelta y busqué a la policía con la mirada.

Se había ido.

El chico del bar de aguas se estaba riendo de mí.

¿Y NO INTENTO ALCANZARLE, CAPITANA?

No. Le dejé marchar.

PERO... ¿POR QUÉ?

Porque era un enchufado. Por Angie.

Y, naturalmente, los perks no tardaron en aparecer por el extremo abierto del hangar y se apelotonaron alrededor de *la Alice* que crujía y emitía chorros de vapor a medida que se iba enfriando.

Tabitha les vio por el parabrisas. Los perks eran siluetas negras que se movían sobre un fondo púrpura y que entraban corriendo en el hangar chillando y agarrándose a las paredes marrones cubiertas de nudosidades y protuberancias. Sus cabecitas achatadas giraban en todas direcciones y el haz luminoso de la baliza hacía que sus ojillos emitieran destellos azules.

La primera idea que le pasó por la cabeza fue que habían venido a por ella.

Y un instante después recordó que los perks se habían hecho los amos de los muelles de Plenty.

Encendió los reflectores del casco y llenó el hangar con una letal claridad blanca. Vio como los perks parpadeaban y se encogían sobre sí mismos, y sintió un leve deleite vengativo.

Volvió la cabeza hacia las pantallas de los sensores. Los misteriosos Gemelos parecían haberse esfumado.

Después se volvió hacia Marco, quien estaba muy ocupado sacando a Tal de su caja de viaje.

—Quieren dinero dijo.

—Ya lo sé —respondió Marco. Colocó al pequeño alienígena verde encima de su hombro y se apoyó en la consola para contemplar a los perks. Parecía estar un poco nervioso, aunque Tabitha no veía ninguna razón para que lo estuviese—. Observa con atención.

Los perks habían empezado a trepar por los bunkers de mantenimiento del hangar y algunos ya daban saltitos sobre sus techos. Tabitha vio que estaban ocupándose de la conexión energética y de las tuberías del oxígeno y los desechos. Un grupito de perks ya se había deslizado por debajo de *la Alice* y se dirigía rápidamente hacia las tomas de entrada.

Tabitha sintió un deseo casi irresistible de activar el sistema de extintores y darles una buena rociada.

—Bueno, daros prisa—dijo.

Echó un vistazo al reloj. Tenían menos de cuatro horas para transferir el dinero y salvar su cuello. Y el de Alice...

Alice no tenía cuello, claro, pero Tabitha no le había dicho que estaba en apuros.

Ya había dos cuadrillas de perks moviéndose por el hangar, y cada una estaba compuesta por diez o doce alienígenas. Tenían un aspecto bastante miserable, y no parecían encontrarse muy bien de salud. La mayoría estaban perdiendo el pelo, y no llevaban los atuendos elegantes y los extravagantes adornos típicos de los perks que se veían por las calles de Schiaparelli. Estos perks vestían monos mugrientos y llevaban gorras con máscaras protectoras incorporadas. Cada cuadrilla contemplaba con expresión recelosa a los integrantes de la otra. La cuadrilla que se había encargado de acercar los tubos se mantuvo alejada de la nave y la otra desapareció a toda velocidad debajo de ella.

Cada cuadrilla tenía un aspecto muy parecido al de una familia. Había uno o dos adultos en el centro que se encargaban de supervisar las operaciones; los ancianos de cuerpos encorvados y pelaje canoso se movían lentamente por la periferia del grupo, y en la zona intermedia estaban los tíos, tías, primos y toda la amplia gama de la progenie perk chillando y dándose empujones los unos a los otros. Los más jóvenes se insultaban entre sí desafiándose a tocar el todavía muy caliente casco de *la Alice Liddell*. Tabitha oyó un chillido estridente. Alguien se había atrevido a tocarlo, o había sido empujado. Los

ancianos se dispersaron por entre la confusión de cuerpos golpeando indiscriminadamente todas las cabezas que se les ponían por delante.

—¡Cheeee! ¡Cheeee!

—Siempre actúan igual —le explicó Marco—. Tienes que pagarles para que te dejen en paz y no estorben, y luego tienes que pagar a la otra cuadrilla para que se encargue de las conexiones.

La cabina de *la Alice* estaba empezando a llenarse de vapor. Tabitha extendió una mano y creó un creciente lunar en la capa de condensación que se había ido acumulando sobre el parabrisas.

—Bueno, ¿y a qué esperas para pagarles? —exclamó.

—Dentro de un momento, dentro de un momento... Es increíble, ¿verdad? Un auténtico drama...

Dejó escapar una risita.

Tabitha no dijo nada. El espectáculo no le hacía ninguna gracia. Odiaba a esos perks y a todos los perks, y los odiaría hasta el final de sus días. No se sentiría tranquila hasta que los doscientos cincuenta de la multa hubieran sido enviados a través del vacío con rumbo a la Comisaría Mirabeau, pero tampoco tenía muchas ganas de meterse en la vasta y ominosa cúpula de los placeres que se cernía sobre sus cabezas.

Deben recordar que Tabitha Jute aún no había puesto los pies en los otros pisos de Plenty. Siempre había preferido aceptar su reputación sin ponerla en tela de juicio y, como creo haber dicho antes, Plenty tenía muy mala reputación. Plenty parecía ser un sitio muy peligroso en el que podían robarte, violarte o borrarte de la existencia con una temible rapidez y una aterradora falta de escrúpulos; un lugar donde personas a las que no conocías de nada podían cobrarte sumas de dinero rayanas en el chantaje por hacer cosas o prestarte servicios que no habías solicitado y que no deseabas en lo más mínimo. No, la capitana Jute tenía más que suficiente con los muelles... Lo peor que podía ocurrir aquí era que se produjeran extraños y repentinos deslizamientos entre las sombras donde un minuto antes no había nada, que un mecánico vespano con algún tornillo flojo te aburriera contándote historias sobre un fabuloso tesoro frasque abandonado en un hangar cercano al que se llegaba con sólo doblar el próximo recodo o que una cuadrilla de extorsionadores perks intentara sacarte el dinero.

Los grupos de perks que montaban guardia junto a las tomas empezaron a removerse y arañaron la escotilla con las uñas.

—Cheeee...

El sonido pareció poner nervioso a Tal. El loro respondió emitiendo una especie de trompeteo pensativo que daba la impresión de venir de muy lejos. Alzó una pata y flexionó las garras.

—No, en serio, esto es realmente soberbio dijo Marco—. Es de lo más tribal... Como el fútbol.

—Líbrate de ellos dijo Tabitha.

—¡Navajas! —graznó Tal de repente—. ¡Navajas y tasajo!

—Tranquilo, Tal dijo Marco . Voy a ocuparme de todo, no te preocupes.

Extendió los brazos hacia Tabitha.

—Toma, sostenlo un momento.

Alguien más decidió actuar antes de que Tabitha pudiera obedecer o rechazar al loro.

Una masa borrosa compuesta por un par de pies desnudos y una chaqueta y unos pantalones de pijama azules adornados con lentejuelas surgió de la nada, dejó atrás la nave, pasó sobre la guardia de perks dando un salto mortal y se estrelló contra la cuadrilla que controlaba las tomas dispersando a sus integrantes como si fueran un montón de bolos.

—Oh, cielos dijo Marco—. Mira, Tal... Parece que los Gemelos han perdido la paciencia.

Tal emitió un graznido muy poco propio de un loro, emprendió el vuelo y acabó posándose encima de un monitor.

—Estupendo dijo Tabitha—. Una idea realmente brillante. Nada menos que provocar una pelea... Es un plan soberbio.

La bala de cañón humana —si es que realmente era humana— se puso en pie y se sacudió. Los tres perks que se habían aferrado a ella cayeron al suelo.

Tabitha estaba tan impresionada que concentró toda su atención en esa zona del hangar. El recién llegado era alto y flaco, con una frente muy despejada y un manto de largos cabellos que le llegaban hasta la mitad de la espalda. Tenía los ojos incrustados en las cuencas, una nariz delgada y perpendicular y una boca muy fina. Sus brazos y sus piernas parecían extraordinariamente largos y flexibles, y Tabitha vio como se movían a toda velocidad en una serie de direcciones de lo más improbable, volviendo a derribar a los perks que intentaban levantarse del suelo.

Pero había veinte (o veinticuatro) perks, y ahora todos parecían tener el mismo objetivo.

Tabitha volvió la cabeza hacia Marco y vio que estaba apoyado en la consola con una gran sonrisa en los labios.

El hombre alto y flaco gritó algo que no pudo oír. El enjambre de pequeños roedores cayó sobre él y Tabitha vio como movía un brazo hacia atrás, apuntando melodramáticamente con la mano hacia la parte trasera del hangar.

Tal emitió un silbido ensordecedor.

—¡Mazapán! —graznó .

Tabitha torció el gesto y pensó que si volvía a hacer algo parecido le metería en la caja y se sentaría sobre la tapa.

Captó un movimiento en las pantallas de los sensores de popa y volvió la cabeza hacia ellas. Sufrió un breve instante de confusión durante el que estuvo convencida de que aquella silueta era el hombre alto y flaco, y Tabitha no lograba entender cómo se las había arreglado para colocarse detrás de ellos. Pero la esbelta silueta visible en las pantallas de los sensores pertenecía a una mujer. Tabitha vio como subía a la aleta de estribor, saltaba de ella al casco

que aún no se había enfriado y corría velozmente sobre su curvatura, moviéndose a grandes zancadas mientras extendía un brazo delante de ella, apuntando con el dedo índice y el meñique a la confusión de perks que estaba luchando con el hombre.

El aire pareció incendiarse por encima de sus cabezas. Un diluvio de llamas cayó sobre los perks. Hubo chillidos y alaridos, y los cuerpecitos de los perks se movieron frenéticamente y se empujaron los unos a los otros mientras las zarpas se agitaban para caer sobre la ropa humeante y las plumas chamuscadas.

El relámpago la había dejado un poco deslumbrada, y de repente Tabitha vio el rostro de la mujer muy cerca del suyo y en posición invertida.

La mujer estaba tumbada encima del parabrisas sin agarrarse a nada y les miraba fijamente. Su rostro era idéntico al del hombre, con rasgos tan afilados como la hoja de un cuchillo y la frente muy despejada. Un bigote tan delgado que parecía una raya de lápiz decoraba su algo caprino labio superior. La mujer sonrió y le guiñó un ojo a Marco. Todo esto ocurrió en el instante que siguió al relámpago y un momento antes de que la aparición extendiera los brazos y las piernas al máximo y se lanzara sobre los perks que se habían congregado debajo de ella.

—¡Snix! —graznó Tal.

Los perks estaban huyendo del hangar. Corrían dando grandes saltos y se escurrían a toda velocidad por los rincones volviendo a los escondites de los que habían salido. Marco empezó a aplaudir entusiásticamente.

Tabitha recorrió el hangar con la mirada intentando localizar al hombre. La bala de cañón humana parecía haberse esfumado. Consiguió ver a la mujer— un destello azul en un sensor de popa—, y la perdió enseguida.

—Eso ha sido una estupidez —dijo.

—¡Han ganado! —exclamó Marco con expresión triunfal, y extendió las manos hacia ella.

Tabitha permitió que la abrazara y le dio un beso algo distraído.

—Muévete —dijo señalando el reloj.

—¿No vas a venir?

—¿Con ese montón de perks enloquecidos queriendo vengarse de ti? Ni soñarlo... Ya quedé lo suficientemente harta de perks en Schiaparelli, ¿recuerdas?

Marco movió la mano en un gesto cortante como si quisiera indicar que el pasado no tenía ni la más mínima importancia.

—Esos perks son historia —dijo—. Te aseguro que no volverán a molestarnos.

—No pararán hasta haberte encontrado —dijo Tabitha—. Allá arriba...

Alzó los ojos hacia las toneladas carentes de peso que se amontonaban sobre sus cabezas.

Marco le cogió la mano y la miró a los ojos.

—Vamos, Tabitha... —dijo.

Tabitha apartó la mano que le había cogido con cierta brusquedad.

—Tráeme esa tarjeta que me prometiste, Marco —dijo—. Después... Ya veremos.

—Eh —murmuró Marco—. No tengas miedo, ¿de acuerdo? Cuidaré de ti. Ya sabes que cuidaré de ti, ¿verdad? ¿Acaso no he cuidado de ti hasta ahora?

Tabitha no le hizo caso y volvió la cabeza hacia el parabrisas. Las conexiones abandonadas yacían sobre el suelo lleno de manchas como serpientes que aguardaran el momento de atacar.

—Vete dijo—. Sal de la nave y ve a buscar el dinero. Yo me quedaré aquí.

—Pero, Tabitha, cariño...

—No me llames cariño.

Le miró. Los hermosos ojos castaños de Marco la contemplaban con expresión suplicante.

—Haré unas cuantas llamadas mientras estás fuera e intentaré averiguar si hay algún cristal disponible —dijo con firmeza—. Después dormiré un rato. Estoy reventada.

—Vamos... dijo él—. Oye, ¿no crees que dormirás mucho mejor en un hotel? Te instalaremos en el mejor hotel de la estación, ¿de acuerdo? Tendrás tu propia habitación individual para que nadie te moleste. Te darás una ducha, tomarás un par de copas y te sentirás mucho mejor. Relájate. Ya sabes que necesitas relajarte, ¿no? Y luego... ¡El espectáculo!

—Ya he tenido espectáculo más que suficiente por hoy, gracias —replicó Tabitha.

Una voz brotó del monitor de popa en el lado de estribor.

—Vamos, capitana... No sea tan dura con él.

—Es nuestra invitada dijo la misma voz desde el monitor de popa del otro lado.

—¿Qué? —exclamó Tabitha—. ¿Quién ha dicho eso?

Su voz retumbó en el hangar y creó un sinfín de ecos.

Tabitha se lanzó sobre los controles. La brusquedad del movimiento asustó a Tal y el loro emprendió el vuelo yendo en línea recta hacia su cabeza, pero se desvió en el último instante. Un ala pasó a escasos centímetros del rostro de Tabitha. Alzó un brazo con un cierto retraso para manotear frenéticamente allí donde había estado el loro y usó la otra mano para golpear el interruptor que desconectaba el sistema de megafonía tan inexplicablemente activado.

—¿Quién ha dicho eso? ¿Has sido tú? —preguntó volviéndose hacia Tal, que no se había acercado en ningún momento al interruptor.

Los monitores emitieron un siseo casi inaudible.

—Vamos, chico, ven conmigo.

Marco había empezado a bajar por el tramo de peldaños que llevaba a la escotilla. Tal se posó sobre su hombro. La mano de Marco se movió por debajo de lo que en un ser humano habría sido la barbilla acariciando el cuello de Tal mientras le murmuraba sonidos tan ininteligibles como tranquilizadores.

Las conexiones entraron en sus tomas y las luces de los sistemas eléctricos parpadearon durante una fracción de segundo. Los conductos de ventilación de la cabina empezaron a emitir una brisa refrescante.

Tabitha giró sobre sí misma y clavó los ojos en los monitores.

Los reflectores proyectaban su implacable claridad sobre las nudosas paredes marrones del hangar y revelaban las mugrientas superficies del suelo y el techo. Todas las pantallas estaban vacías, y los únicos objetos visibles eran la baliza que seguía emitiendo destellos azules y un montón de bolsas y cajas tiradas junto a la puerta del ascensor. Todas las conexiones y tubos se hallaban en su sitio. El hangar estaba desierto.

Tabitha se puso en pie, bajó los peldaños dando saltos y apartó a Marco de un empujón para cruzar la escotilla.

Abrió la puerta exterior de un manotazo y sacó la cabeza por el hueco para examinar el flanco de la nave.

Un céfiro bastante rancio de atmósfera artificial que llevaba mucho tiempo sin ser renovada revoloteó a su alrededor. El aire apestaba a zinc y aceite.

—¿Quién está ahí? ¡Sal donde pueda verte!

Tabitha creyó captar una presencia casi imperceptible en la cabina de la que acababa de salir. Era un murmullo de movimientos o..., no, ni tan siquiera eso; era una especie de paréntesis en el silencio que habría debido acoger a un murmullo, suponiendo que alguien lo hubiese emitido.

Tabitha retrocedió hacia el comienzo del tramo de peldaños.

La mujer del bigote estaba sentada en su red. El hombre la contemplaba desde la red del copiloto. Habían cerrado todas las portillas, se habían puesto las terminales y habían introducido los conectores en la consola.

Dejando aparte el bigote, sus rostros eran idénticos.

Los recién llegados le hicieron una reverencia.

—Saskia y Mogul Zodíaco —anunciaron al unísono.

—Te presento a los Gemelos —dijo Marco.

—Muy bien —dijo Tabitha—. Fuera de aquí. Salid todos.

—No le ha gustado —dijo Mogul.

—No hace falta ser ningún genio para darse cuenta de que no le ha gustado dijo su hermana sin apartar la mirada del melón cubierto de arrugas que sostenía en las manos. Lo arrojó hacia el techo de la cabina, siguió su lento descenso con los ojos y volvió a cogerlo—. ¿Quieres que nos lo comamos? Sería un trasto menos.

—¿Qué? exclamó Tabitha—. No —dijo—. Suelta ese melón ahora mismo. Quiero que salgáis de aquí enseguida. Quiero que todo el mundo salga de mi nave.

Marco le pasó un brazo por encima de los hombros y Tabitha se lo apartó de un empujón.

—Vamos, Tabitha... dijo . No seas así. Ha sido increíble, ¿verdad? Ha sido un espectáculo soberbio, ¿no? Debes admitir que son magníficos.

—Marco, creo que ya te había dejado muy claro cuál era nuestro acuerdo —dijo Tabitha—. Vete. Sal de la nave ahora mismo y cumple con tu palabra.

—Tabitha, eso no ha sido nada, créeme... Comparado con lo que podrás ver esta noche lo de antes era una menudencia.

Dio una palmada y recorrió la atestada cabina con los ojos sin dejar de sonreír.

—No pienso ver ningún espectáculo más —dijo Tabitha—. Me voy a la cama. Aún me quedan muchas horas de conducir y necesito descansar un rato.

—Podemos echarle una mano dijo Marco.

—No, no podéis echarme una mano dijo Tabitha. Estaba empezando a enfadarse con él—. Lo que puedes hacer es salir de la nave y conseguir ese dinero. El tiempo se está acabando, y tienes que preparar una función. Quiero que tú y tu caja de trucos mágicos salgáis ahora mismo de mi nave y que me dejéis en paz. Fuera de aquí. Largo.

Los Gemelos salieron de las redes y bajaron por el tramo de peldaños dando saltitos y haciendo piruetas.

—¿Caja de trucos? exclamó Saskia—. ¿De qué está hablando?

Parecía un poco ofendida. Su hermano le dio unas palmaditas en el brazo.

—Creo que la capitana está un poco nerviosa —dijo . El espectáculo la ha dejado muy..., muy impresionada, ¿verdad?

Pasó por delante de Tabitha y le sonrió.

—Caja de trucos... —protestó Saskia siguiendo a su hermano.

—Dame eso —dijo Tabitha.

Le quitó el melón que Saskia había empezado a hacer rodar lentamente desde su hombro hasta su muñeca cuando se disponía a llevarlo en dirección opuesta.

Los Gemelos salieron por la escotilla y saltaron ágilmente al suelo del hangar con los pies por delante.

Tal se posó sobre el hombro de Tabitha con un repentino retumbar de alas.

—Adiós —trinó—. Adiós es la palabra que más cuesta pronunciar, la canción mas difícil de entonar...

—Marco, llévate a este monstruo.

—Tal, ven aquí —dijo Marco haciendo chasquear los dedos—. No puedo creerlo... —añadió mientras el pájaro volaba hacia su hombro—. ¿No vas a venir conmigo? ¿Acaso no sabes lo mucho que me gustas? ¿No sabes lo que significas para mí?

—Estoy empezando a hacerme una idea —replicó Tabitha.

—Oye, oye; Tahitha... Ya se que no soy perfecto, ¿de acuerdo? —dijo Marco—. Soy un artista. Todos somos artistas. Tienes que relajarte un poco... No puedes esperar que seamos como las personas corrientes. Oh, encanto no te estoy diciendo que vaya a resultar fácil, pero...

—Pues yo creo que va a ser facilísimo —dijo Tabitha, y alargó una mano hacia él—. La tarjeta.

Los Gemelos ya habían llegado a las puertas y estaban llamando el ascensor.

—No. —dijo Marco.

Tabitha se quedó muy inmóvil y le miró boquiabierta.

Marco se quitó el loro del hombro y lo lanzó a través de la escotilla.

—Ve con ellos, Tal. Tenemos que aclarar un pequeño malentendido —dijo sin apartar los ojos del rostro de Tabitha.

Tabitha contrajo los labios enseñando los dientes y tensó los puños.

—No hay ningún malentendido que aclarar, Marco.

—No me iré dijo Marco.

—Si no consigues ese dinero tendrás que buscarte otra nave —le recordó Tabitha intentando controlar su ira.

—No puedo dejarte sola —dijo Marco . Estás pensando en huir, ¿verdad? Te largarás de aquí a toda velocidad en cuanto esas puertas del ascensor se hayan cerrado a mi espalda.

—No pienso ir a ninguna parte —gritó ella—, por lo menos no hasta que tenga...

Un grito procedente de la parte trasera del hangar hizo vibrar la atmósfera.

Tabitha y Marco corrieron hacia la escotilla.

Los Gemelos estaban en posiciones idénticas uno a cada lado del ascensor intentando mantener cerradas las puertas. Las puertas estaban separadas por unos centímetros.

Y varios perks intentaban salir por ese reducido espacio.

—¡Cheeeeeee! —gritaban—. ¡Chee—chee—chee—cheeeeeeee!

Un perk logró salir del ascensor y no tardó en ser seguido por otro. Un tercero sacó la cabeza por el hueco.

El primer perk saltó sobre Mogul.

Tal se lanzó sobre el segundo con las garras extendidas al máximo y el pico funcionando a toda velocidad.

Mogul intentó sujetar la puerta con un pie mientras luchaba con el perk. Consiguió atizarle una patada en el cuello. El perk cayó al suelo y empezó a retorcerse.

El perk de Tal estaba aullando.

Un golpe ahogado. Saskia había arrojado algo que acababa de chocar contra la cabeza del tercer perk. El alienígena se derrumbó como un fardo. Saskia cerró las puertas del ascensor y Mogul pulsó el botón de retorno.

Saskia se inclinó un momento para recuperar el proyectil y los Gemelos volvieron corriendo a la nave. Tal dejó caer a su flácida víctima y pasó por encima de sus cabezas, cruzando el umbral de la escotilla para desaparecer dentro de la nave.

—Tengo la impresión de que nadie va a moverse de buen rato—dijo Marco.

Saskia y Mogul ya estaban a bordo. La respiración de los Gemelos apenas se había acelerado.

—Te advertí de que ese plan genial tuyo nos traería problemas —dijo Tabitha.

Saskia lanzó su proyectil —el melón, o lo que quedaba de él—, hacia las manos de Tabitha mientras Mogul se encargaba de cerrar la escotilla.

—Ya no me apetece —dijo.

—Bien dijo Marco poniéndose repentinamente serio—. ¿Hay alguna otra salida?

Tabitha movió un pulgar señalando la entrada del hangar.

—Puedes trepar dijo.

—Sí —dijo él.

—Ellos también dijo Tabitha.

Se estaba divirtiendo. Los acontecimientos le habían dado la razón, ¿no? En cuanto a sus planes, no habían cambiado y acababa de tener una idea. No estaba segura de si funcionaría, pero quizá sirviese para sacarles de allí enteros.

aquí durante un

Entró en la cabina, arrojó los restos del melón al triturador de basuras y se limpió las manos. Abrió los cierres de su red y se instaló en ella.

Echó un vistazo al reloj y apartó rápidamente los ojos de él. Tres horas..., escasas.

Marco entró en la cabina sin que le hubiera invitado a hacerlo y se quedó inmóvil junto a ella. Tabitha no le prestó ninguna atención. Pulsó una tecla de la consola e introdujo una serie de órdenes en el ordenador. Después se echó hacia atrás y cruzó los brazos delante del pecho.

Los reflectores colocados sobre el techo de *la Alice Liddell* giraron lentamente y dos haces luminosos acabaron apuntando al techo del hangar y al oscuro golfo que se extendía más allá. Los reflectores revelaban dos líneas de metal negro, dos rieles que subían hasta desaparecer en las tinieblas.

—Supongo que estarás acostumbrado a este tipo de cosas dijo Tabitha.

Algo se estaba moviendo entre la oscuridad.

La cabina volvía a estar atestada y nadie apartaba los ojos del parabrisas. Marco seguía inmóvil detrás de Tabitha con los dedos engarfiados en la red por encima de su cabeza. Tal se aferraba a la red del copiloto. Saskia y Mogul se habían metido en ella abrazándose el uno al otro sin darse cuenta de lo que hacían hasta formar una bola mientras miraban hacia arriba con la expresión solemne de un par de gatitos perplejos.

Una gigantesca masa oscura estaba deslizándose por los rieles y venía hacia ellos. El inmenso objeto parecía tener una forma más o menos redondeada, y era como un fardo colosal suspendido de un transportador con ruedas.

El artefacto buscador entró en el hangar propiamente dicho y emitió una serie de chasquidos mientras giraba lentamente sobre sí mismo. El fardo empezó a bajar balanceándose al extremo de una serie de cables.

Mientras bajaba se fue transformando y desplegó un gigantesco par de alas que se alejaron hacia la izquierda y hacia la derecha. El fardo estaba compuesto de un material que cambiaba de color según el ángulo en que le diera la luz, y no tardaron en ver que había montones de fibras que se deslizaban la una sobre la otra dejando huecos que los haces luminosos de los reflectores podían atravesar. El fardo era una red.

Una maquinaria invisible empezó a gruñir detrás de ellos. Todos se dieron la vuelta menos Tabitha, que siguió observando el descenso de la red en la pantalla de un monitor de popa con una expresión satisfecha en el rostro. Sus pasajeros echaron a correr hacia la bodega y entraron en aquel enorme espacio vacío con el tiempo justo de ver cómo el techo de *la Alice Liddell* empezaba a partirse en dos mitades.

Las dos mitades del techo se fueron retrayendo lentamente y la hebra de luz azulada que indicaba la posición del hueco se fue haciendo cada vez más ancha hasta que el techo desapareció dentro de las paredes con un suave gruñido. La inmensa red avanzó por el espacio existente entre los rollos metálicos que eran los extensores de carga acompañada por el rechinar de sus poleas.

Tal se refugió en la pasarela. Marco y los Gemelos se apresuraron a retroceder. Tabitha se echó la bolsa de viaje al hombro y salió de la cabina caminando tranquilamente sin alzar los ojos ni una sola vez hacia los grandes cables que parecían dispuestos a chocar con su cabeza.

Era su espectáculo, y estaba disfrutando de él.

Fue hasta la parte posterior de la bodega, abrió un panel de control, pulsó varios botones y se dio la vuelta. La red siguió bajando hasta entrar en contacto con el suelo, pareció hacer una reverencia a escasos centímetros de sus pies y se quedó inmóvil. La maquinaria dejó de funcionar.

Marco estaba junto a ella estrujando su vieja bolsa de viaje mientras contemplaba la red con cierta aprensión.

—¿Quieres que vayamos en esto?

—Siempre os queda el ascensor dijo Tabitha—. Volverá en cualquier momento.

—Eh, no, te aseguro que me encanta dijo Marco con un leve temblor en la voz—. De veras...

Los Gemelos fueron hacia la red y la inspeccionaron. Saskia acercó la punta de un pie a los cables y los empujó.

—Parece una red de seguridad dijo poniendo cara de repugnancia.

—Bueno, quizá debemos ser un poquito flexibles dijo su hermano con voz lánguida—. No estoy seguro, pero puede que nos encontremos en una situación desesperada.

—Pero nosotros nunca... empezó a decir Saskia.

—No te preocupes —dijo Tabitha lanzándole una mirada maliciosa—. No os caeréis por entre los agujeros.

Saskia la miró fijamente. Tabitha le dio la espalda y tecleó la secuencia de subida. La maquinaria empezó a chirriar por encima de sus cabezas.

—Será mejor que te des prisa, Marco —dijo—. Tienes tres horas para volver con el dinero.

Saskia se encogió de hombros con mucha delicadeza y cogió de las manos a su hermano. Una velocísima serie de volteretas acabó depositándoles de pie en el centro de la red.

—¿Dónde termina el trayecto de esta cosa? —preguntó Marco.

—En los almacenes de recepción dijo Tabitha con voz firme y algo
Volvía a controlar la situación, y le gustaba.

Los cables se tensaron. Tal revoloteó por entre ellos, se deslizó junto a los bordes de la red que empezaba a subir y subió unos cuantos metros.

—¡Mazapán! —gritó trazando círculos por el aire—. ¡Zapatos de alcalde!

—Todo el mundo a bordo —dijo Tabitha.

La red empezó a separarse del suelo de la bodega.

Marco se volvió. Tabitha le miró y vio que sus ojos ardían con un extraño brillo apremiante. Un instante después la abrazó con tanta fuerza que le inmovilizó los brazos a los costados y la besó apasionadamente.

—Mmmmff...

Marco le hizo perder el equilibrio.

—¡Mmmmff—ay! —gritó Tabitha en cuanto sus labios dejaron de estar en contacto.

Estaba cayendo hacia el suelo de la bodega y Marco caía con ella. Sus brazos seguían rodeándola.

La red se cerró alrededor de sus tobillos. Marco y Tabitha quedaron aprisionados por el entramado de cables. La red ya se encontraba a cierta distancia del suelo y seguía subiendo a bastante velocidad.

Tabitha se había quedado sin aliento. Intentó jadear y sólo consiguió emitir una horrible mezcla de náusea y graznido. Los cables de la red se incrustaban en su cara. La bolsa de viaje se le estaba clavando en las costillas. Marco había quedado encima de ella y los Gemelos estaban encima de Marco. Tabitha lanzó un grito inarticulado.

Los Gemelos empezaron a trepar por los cables y el peso que la inmovilizaba no tardó en disminuir. Marco seguía encima de ella. Los cables untados de grasa se le clavaban por todas partes. Su posición hacía que sólo pudiera ver el hueco donde había estado el techo de *la Alice Liddell* y sólo con un ojo. Algo verde salió volando de la bodega. Era Tal.

Marco había logrado liberar sus brazos y estaba intentando apoyarse en las rodillas para quedar erguido. La red osciló, Marco perdió el equilibrio y le clavó una rodilla en los riñones.

—¡Ay!

Un instante después ya estaba en pie y se apartaba de un salto para permitir que Tabitha se colocara en una posición un poquito más cómoda.

Estaban saliendo del hangar. El crepúsculo azulado emitió un último parpadeo y se extinguió. La baliza había dejado de funcionar.

—Ah... —dijo Tabitha—. Uh...

—¿Estás bien? —preguntó Marco con voz preocupada—. Tabitha, ¿te encuentras bien?

Tabitha intentó darle un puñetazo. El brazo se le enredó en los cables y su puño chocó con la sien de Marco, pero el movimiento hizo que se le escurriera un pie por entre los cables. Tabitha se derrumbó de lado lanzando gritos de furia.

La red entró en la oscuridad de la caverna que había encima del hangar. Los Gemelos colgaban de los cables sobre las cabezas de Tabitha y Marco en elegantes posturas náuticas con los pies firmemente incrustados entre los cables. El suelo de los muelles se iba alejando por debajo de ellos. Las señalizaciones luminosas de los carriles brillaban con un resplandor cada vez más débil, y chorros de llamas verdosas surgían de la nada para surcar la penumbra durante unos momentos y extinguirse.

Tabitha logró quedar arrodillada.

—Tú... —gritó alzando la cabeza hacia Marco.

—Lo sé —dijo él—. Lo siento. De yeras, lo siento mucho... Por favor, dime que te encuentras bien.

—¿Bien? —le gritó ella con la boca casi pegada a su nariz—. ¿Que si me encuentro bien?

La red les llevó a través de una entrada oblonga recubierta de baldosas irregulares que parecían estar llenas de espuma jabonosa y a la inmensa explanada bañada por una áspera luz ambarina que había al otro lado. La explanada albergaba veinte vías que terminaban en muelles radiales. Una supervisora de unidades de cara suspicaz vestida con un mono emergió de su cabina para observar su llegada. Las cuentas multicolores en que terminaban

sus trencitas casi le ocultaban el cuero cabelludo. Una multitud de unidades de carga se fue congregando lentamente a su alrededor.

La explanada parecía estar libre de perks.

Los Gemelos abandonaron la red antes de que se detuviera. Saltaron al suelo y fueron hacia la mujer, deteniéndose uno a cada lado de ella para saludarla con una reverencia y un aleteo de las manos.

—Los Asombrosos Gemelos Zodíaco, señora.

—Con nuestros mejores deseos...

—Dos entradas para nuestra función de esta noche.

La mujer se llevó un dedo al electrodo de su centro auditivo y lo acarició con la yema. Estaba recibiendo alguna transmisión. Contempló las entradas que le estaban ofreciendo, pero no intentó cogerlas. Saskia—¿o era Mogul?— se las metió en uno de los bolsillos delanteros de su mono.

—El Jardín Mercurio.

—¡A las ocho!

Los Gemelos se alejaron dando veloces volteretas sobre las manos y los pies.

—Esperen un momento... —gritó la mujer.

Los Gemelos se quedaron inmóviles y se volvieron lentamente hacia ella.

—Tasa portuaria —dijo la mujer hablando muy despacio . Permiso de entrada. Pasaporte. Documentación del vehículo.

La red dejó libre a Tabitha con el tiempo justo para que pudiera ver como Mogul Zodíaco movía la mano trazando una serie de pases ante los ojos de la mujer.

—Creo que está todo en orden —dijo enseñándole la mano.

Su mano estaba vacía.

Marco la ayudó a salir de la red con una auténtica exhibición de galantería y buenos modales. Tabitha se apartó de él, pero Marco no se dio por vencido.

—Tómalo con calma, ¿quieres? —murmuró—. Ya casi lo hemos conseguido.

—¡Déjame en paz! —gritó Tabitha.

La supervisora volvió la cabeza hacia ellos y les lanzó una mirada vidriosa. Las unidades imitaron su gesto.

—Es mi hermana —explicó Marco con una sonrisa absurdamente jovial mientras la abrazaba con todas sus fuerzas—. Marigold la Mentalista... El viaje espacial siempre la pone de muy mal humor. Vamos, hermanita, ya no corres ningún peligro...

Tabitha le apartó dándole un violento empujón y se dispuso a lanzarle un puñetazo aunque eso le costara volver a la cárcel, pero... La mujer les estaba mirando y Tabitha no tenía ni idea de quién podía estar observándoles a través

de sus ojos. No necesitaba más problemas de los que ya tenía, y acabó bajando la mano.

Sabía que la policía no se limitaría a ponerle una multa. Había oído contar cosas bastante feas sobre los policías de Plenty. La gente decía que ni tan siquiera se tomaban la molestia de encerrarte. Los rumores afirmaban que te quitaban la ropa, te llevaban a la zona de aventuras y se largaban.

Tabitha se echó la bolsa de viaje al hombro. Marco volvió a pegársele.

—¿Quieres tu dinero? —murmuró—. Si lo quieres será mejor que no te separes de mí.

—Tengo que echar un vistazo a su permiso de entrada dijo la supervisora—. Pasaporte. Documentación del vehículo. Código del recibo de la tasa portuaria.

Tabitha estuvo a punto de gruñirle. Sacó su identificación de la bolsa y la sostuvo junto a su insignia de capitana.

—Soy propietaria—conductora de una barcaza..., ésa de ahí es mi nave dijo señalando con una mano hacia abajo y hacia un lado. Alzó la muñeca y colocó el monitor casi en las narices de la mujer—. ¿Ve? BGK009059.

—Los míos ya los ha visto —dijo Marco.

Señaló hacia adelante y la supervisora de unidades se volvió en la dirección que indicaba. Tal y los Gemelos Zodíaco habían seguido avanzando por la explanada y ya habían desaparecido entre los montones de cajas y barriles.

—Oh... —dijo la supervisora con voz algo vacilante—. De acuerdo —añadió.

Tenía los ojos inyectados en sangre, y parecía considerablemente confusa.

Marco cogió a Tabitha por el codo y tiró de ella.

—¡No se pierda la función! —gritó volviendo la cabeza hacia la supervisora mientras la saludaba alegremente con la mano.

—Quiero volver a la nave —insistió Tabitha.

—No hay tiempo —dijo Marco, y siguió tirando de ella

—Tengo que cerrar el techo —dijo ella—. ¿Quieres que alguien la robe? Marco, estamos en Plenty... ¿Lo recuerdas?

Marco la rodeó con sus brazos.

—¡Suéltame! —gritó.

Marco no la soltó.

—¡Suéltame, Marco!

Tabitha le atizó un codazo en las costillas.

Desgraciadamente, escogió el preciso instante en que un policía venía hacia ellos.

Las piernas del policía se movían con la típica zancada mecánica de los músculos ayudados por sistemas hidráulicos. Su cabeza giraba lentamente

primero en una dirección y luego en otra. Vio a Tabitha debatiéndose entre los brazos de Marco y los examinó con su ojo de cíclope. Su rostro no podía estar más inexpresivo. El policía iba armado con un par de pistolas.

—¿Algún problema? —preguntó con voz pastosa.

Su boca estaba repleta de acero inoxidable.

—No.....—se apresuró a decir Tabitha—. No, no hay ningún problema, gracias.

—¿Desea una licencia de duelo? —preguntó el policía.

—¿Que si deseo una qué? —replicó Tabitha poniendo cara de perplejidad.

Marco estaba mirando en dirección opuesta.

—Una licencia de duelo —repitió el policía—. Estaba golpeándole. Si quiere golpearle en este sector necesita una licencia de duelo. Se encuentra en el sector 4 de los almacenes y necesita una licencia de duelo.

—Oh, no era nada grave, sólo una pequeña disputa familiar —dijo Marco—. Le presento a mi hermana..., Marigold la Mentalista. —Tabitha le pateó la espinilla—. Tenemos muchísima prisa —añadió Marco—. Gracias, muchas gracias...

Intentaron pasar junto a él.

El policía se interpuso en su camino. Los datos de las operaciones de computación parpadearon sobre su visor.

—Una licencia de duelo cuesta diez escutari —dijo.

Se mordisqueó el labio inferior. La carne estaba enrojecida y cubierta de saliva.

—No necesitamos ninguna licencia de duelo dijo Tabitha en voz alta articulando las palabras con la mayor claridad posible—. ¿Me ha entendido?

El policía se encogió de hombros. Los servomecanismos de su espalda chirriaron y zumbaron. Era un cyborg de baja categoría, y estaba claro que tenía algunos problemas con su cerebro. Tabitha pensó que no le quedaba mucho tiempo de servicio activo.

—Tengo que cobrarles la llamada—dijo el policía.

—¡Pero si no le hemos llamado! —protestó Tabitha, aun sabiendo que discutir con él no serviría de nada.

—Son dos con setenta y cinco —dijo el policía—. Por la llamada —añadió.

Marco metió la mano dentro de un bolsillo para coger su tarjeta de crédito.

—De acuerdo, de acuerdo—dijo . Tenga.

La cabeza del policía giró a la derecha y a la izquierda con un suave chirrido.

—No ha sido más que un pequeño malentendido familiar—siguió diciendo Marco mientras le cogía el antebrazo y metía la tarjeta en la ranura—. ¡Bueno, el mundo del espectáculo es así! Por cierto, ya que he hablado de

espectáculo... Le ruego que acepte estas dos entradas para nuestra función de esta noche en el Jardín Mercurio.

—Los donativos siempre son recibidos con gratitud canturreó el policía.

Giró sobre sí mismo con las entradas a buen recaudo dentro de su cofre pectoral y se alejó rápidamente.

Marco se volvió hacia Tabitha y le cogió las manos.

—No quiero que vuelvas a hacer ese tipo de cosas —murmuró con voz apremiante—, y mucho menos aquí. Si continúas metiéndote en líos...

Bueno, quizá acabes metida en alguno del que no te podré sacar, ¿entendido?

Tabitha tensó la mandíbula.

—Voy a cerrar el techo de la nave dijo.

—Oh, no te preocupes por la nave —replicó Marco.

La tarjeta de crédito centelleaba entre sus dedos.

—Marco... ¿Cuánto dinero hay en esa tarjeta?

—Menos del que necesitamos, Tabitha. Creo que ya te lo había dicho antes, ¿no?

Permanecieron inmóviles durante unos momentos mirándose fijamente el uno al otro.

—¿Y dónde está la maldita tarjeta que me sacará del lío en el que estoy metida?

—Esa tarjeta está en manos de Hanna. ¿Quieres ir a buscarla? Bueno,

—Pues yo voy precisamente allí dijo Marco en un tono de voz que no podía ser más racional y tranquilo.

Tabitha dejó escapar el aliento en forma de explosión y apretó los dientes hasta hacerlos rechinar.

—De acuerdo —dijo Marco volviéndose hacia ella mientras echaban a caminar. Parecía muy apenado—. No confías en mí, ¿eh? Mira, Tabitha, no puedo hacer tratos contigo si no confías en mí... Te llevaré con Hannah Soo y ella pondrá el dinero en tu mano. Después podrás regresar a la nave si es eso lo que quieres y, por mi parte, te aseguro que no pienso volver a hablar del asunto.

Tal surgió de la nada, revoloteó por entre los torbellinos de polvo y la luz ambarina y acabó posándose en el hombro de Marco.

—Marco —dijo una voz.

—Marco.

Era la misma voz, pero venía de otra dirección.

—Hannah está esperando, Marco.

—Date prisa, Marco.

Un Gemelo apareció entre los tubos de una especie de andamio y les hizo señas con una mano.

Marco echó un vistazo a su reloj.

—Será mejor que cojamos un taxi —dijo.

Apenas acababa de pronunciar esas palabras apareció un pequeño y mugriento taxi robot con el otro Gemelo en la parte trasera. El taxi se detuvo junto al andamio. El primer Gemelo se agarró a un poste, giró a toda velocidad bajando por él y saltó limpiamente a bordo del vehículo.

—Date prisa, Marco —dijeron a coro los Gemelos.

Tabitha pensó que si tenía que llevarles hasta Titán aquella pareja de fenómenos conseguiría hacerla enloquecer. Siguió a Marco hacia el taxi y decidió hablar con Hannah Soo para averiguar si había alguna forma de mejorar su situación actual. Quizá pudiera hacer un trato con ella. Sí, la convencería de que *la Alice* no era un vehículo adecuado para transportar pasajeros y de que sólo podía llevar su equipaje, con lo cual también conseguiría su dinero. Y siempre le quedaba el recurso de ir posponiendo la reparación hasta que fuera demasiado tarde y tuvieran que buscar otro medio de transporte... Eso la dejaría en deuda con Hannah, pero ya se ocuparía de ese problema después de que se hubieran ido. Si Hannah era su representante debía existir algún otro tipo de servicio que Tabitha pudiera prestarle, algo que no la obligara a relacionarse con músicos peligrosos y acróbatas que deberían estar encerrados en un manicomio.

Se sentó al lado de Marco y de cara a los Gemelos. Tal empezó a dar saltitos por el suelo cubierto de colillas y papeles grasientos que habían contenido raciones de krill frito. Un tubo de bebida vacío rodó hasta quedar atrapado entre sus pies cuando el taxi se puso en movimiento sacándoles de la explanada de carga para dirigirse hacia los túneles de Plenty.

La corriente de aire le agitaba la cabellera. Las varillas luminosas pasaban velozmente sobre su cabeza. Tabitha contempló a los Gemelos Zodiaco sentados delante de ella abrazados por los hombros. Saskia y Mogul estaban tan inmóviles como un par de maniqués. Eran realmente idénticos, eso estaba claro. Gemelos idénticos de sexos distintos... Pero eso no era posible..., ¿o sí lo era? Tabitha se preguntó cuál de los dos habría pasado por la manipulación genética.

Apoyó el brazo en el respaldo, intentó no pensar en el poco tiempo que les quedaba y se dedicó a contemplar el más bien feo paisaje que desfilaba junto a ellos. Casi todas las paredes eran de color marrón oscuro y estaban cubiertas de manchas producidas por el humo o el agua, y las estructuras metálicas y los conductos de aire, agua y evacuación de desperdicios incrustados a martillazos en ellas habían creado montones de grietas y agujeros. El túnel se curvaba hacia la izquierda y hacia la derecha doblando recodos y subiendo y bajando sin ninguna clase de lógica o advertencia mientras el techo se alejaba y caía de repente con una rapidez alarmante. De vez en cuando dejaban atrás las bocas de otros túneles repletos de vehículos. No parecía haber ningún tipo de código de tráfico o sistema de señalización que guiara a los vehículos.

El taxi bajó a toda velocidad por una rampa que llevaba a una mezcla de explanada y complejo de edificios y redujo la velocidad para abrirse paso por entre los visitantes que recorrían los puestos de regalos y los comercios al por menor. Habían entrado en el reino de la ganga y lo poco duradero. Las hileras de chaquetas acolchadas y las torres de cajas de herramientas y conectores pornográficos apenas dejaban espacio libre. La atmósfera apestaba a especias, azúcar y cordita. Alguien gritó y les arrojó una lata que rebotó en el parachoques delantero del taxi.

—Tengo hambre —dijo Saskia de repente.

Tabitha se volvió involuntariamente al oír la voz y supo que era Saskia gracias al bigote.

Los Gemelos compartían una voz ronca y algo gutural, un torrente cálido con un lecho de consonantes tan duras como piedras. Bastaba con oírles hablar para darse cuenta de que el inglés no era la primera lengua que habían aprendido. Tabitha se preguntó si serían extraterrestres de alguna especie desconocida.

—Tengo tanta hambre que podría comerme un caballo yo sola —dijo Saskia.

Miró a su alrededor contemplando las luces y los puestos como si esperara ver materializarse un caballo ensartado en un espetón dando vueltas sobre las llamas.

—Tengo tanta hambre que sería capaz de comer moscas y gusanos —dijo con mucha seriedad, y se echó a reír—. Y escarabajitos marrones de esos que hacen crunch—crunch cuando los muerdes... —Acarició la cabeza de su hermano—. ¿Tienes hambre?

—El hambre nos hace más astutos y perspicaces dijo su hermano en un tono de voz lánguido y cadencioso, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

—Paparruchas dijo Saskia—. El hambre hace que te sientas hambriento y punto.

Empujó a Tal con la punta de un pie como si hubiera decidido descargar su malhumor en él. Tal respondió asestando un feroz picotazo en su bota.

El taxi giró y se metió por un callejón lleno de baches. Las habitaciones de los pisos superiores sobresalían cerniéndose por encima de la calzada en una enloquecida profusión de ángulos que acogían a una amplia gama de astrólogos, cartománticos y terapeutas de métodos tan dudosos como sus reputaciones. Los pozos y cavernas de abajo estaban delimitados mediante un complejo sistema de alfombras y cortinas. La gente se acurrucaba en el interior de aquellos edificios ruinosos o improvisados alzando la cabeza hacia las pantallas mientras fumaban pipas de agua, bebían cerveza y discutían. Tabitha oyó voces estridentes que llegaban desde un callejón cercano, el chasquido de un arma automática y un alarido. Nadie les prestó atención.

El taxi tenía que reducir la velocidad cada cinco o seis metros para esquivar la base de una columna mugrienta o salvar una grieta del suelo, y cada vez que lo hacía Tabitha podía ver los espacios oscuros que había encima o detrás

de las divisorias improvisadas y las acumulaciones de láminas casi agresivas que formaban paredes y bóvedas. Tabitha pensó que el interior habitado de Plenty resultaba muy parecido a una esponja colosal, y comprendió que sus edificios estaban incrustados en agujeros celulares llenos de sombras y de la basura que se iba acumulando lentamente dentro de esos espacios libres de los que supuraban hongos y cuerpos olvidados.

La mano de Marco se posó sobre su hombro haciéndole dar un salto.

—Mira eso dijo.

Estaban pasando junto a una mujer vestida con una combinación de tela metalizada negra que llevaba puesta una máscara antigás. Una de sus manos sostenía un cucurucho de helado rosa y la otra sujetaba una cadena que terminaba alrededor del cuello de un hombre.

—Este sitio es realmente increíble —dijo Marco, y soltó una carcajada.

Tabitha tensó los hombros para librarse de su mano.

—Ehhhh... —se quejó Marco poniendo cara de ofendido.

Tabitha hendió el espacio que les separaba con las palmas de las manos.

—Largo —dijo.

Uno de los Gemelos dejó escapar una risita.

—No hagas enfadar a la capitana, Marco.

La siguiente caverna estaba aún más oscura. Una música atronadora salía de los sótanos protegidos por telones y láminas de cuero. El aire apestaba a incienso y amoníaco, y el hedor químico se mezclaba con el olor de la carne sudada y el vino avinagrado. Los balcones estaban llenos de prostitutas que bebían sin apartar los ojos de la calle. Bolsas de basura tan llenas que parecían a punto de reventar se amontonaban sobre las aceras.

El taxi se metió por la angosta boca de otro túnel. El suelo vibraba debajo de ellos. Orificios cubiertos con tela de alambre revelaban un abismo lleno de sombras. Tabitha miró hacia abajo y logró vislumbrar puentes y pasarelas de aspecto muy frágil que iban y venían por entre promontorios que parecían chorros de puré congelado perdidos en la inmensidad del vacío.

Marco se retorció en el asiento y volvió la cabeza hacia la caverna que acababan de abandonar.

—No es por aquí —dijo—. ¿O sí?

Tabitha le miró y miró a los Gemelos, quienes no abrieron la boca. Saskia y Mogul permanecían inmóviles y sonreían como si estuvieran compartiendo un secreto que no pensaban revelar.

Tal captó la sequedad del tono de voz empleado por Marco y voló hasta su rodilla lanzando un graznido estridente. Marco se puso en pie y le apartó de un manotazo. Tal logró recuperar el equilibrio y se posó sobre la pierna de Tabitha.

—¡No me toques! —chilló Tabitha manoteando frenéticamente.

El pájaro alienígena esquivó sus golpes sin ninguna dificultad.

Marco se había arrodillado encima del asiento y estaba intentando echar un vistazo al panel de control.

—¿Quién ha programado este trasto?

Los Gemelos intercambiaron una mirada de diversión.

Tabitha se encaró con ellos.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada —dijeron a coro.

—No hemos hecho nada, capitana dijo Mogul.

Iban demasiado deprisa para saltar del taxi.

Tabitha se puso en pie y apartó a Marco de un empujón para examinar los controles. No había ninguna clase de instrucciones o placas explicativas, y los controles eran de un tipo con el que no estaba familiarizada. Sacó su cortaplumas y empezó a clavarlo en el panel esperando cargarse alguna conexión que fuera vital para el funcionamiento del vehículo.

El tiempo seguía transcurriendo, y cada segundo la acercaba un poco más a las enigmáticas profundidades de Plenty.

"Alice, juro que en cuanto haya salido de esto me ocuparé de ti —se prometió—. Te dejaré como nueva... No os llevéis mi nave. Por favor, no os llevéis mi nave. Si me quitan la nave..., juro que mataré a alguien."

Ninguna de las averías que estaba causando parecía afectar en lo más mínimo al taxi. El pequeño vehículo seguía internándose en aquel espantoso laberinto.

El frío se estaba haciendo más intenso a medida que bajaban. Los túneles cada vez eran más oscuros, y la única iluminación procedía de los tubos biofluorescentes suspendidos a intervalos irregulares de agujeros practicados al azar en el techo, situado a menos de medio metro de sus cabezas. El taxi corría velozmente de un charco de luz pálida e inquietante a otro saltando sobre las protuberancias de color marrón que salpicaban el pavimento como si fueran burbujas. La calzada terminó de repente y el suelo se inclinó bruscamente por delante de ellos, precipitándose en un ángulo muy pronunciado.

Los Gemelos chillaron. Tabitha deslizó el cortaplumas por debajo de un montón de cables y tiró de ellos.

El taxi patinó locamente hasta detenerse con los faros enfilados hacia un precipicio que parecía interminable.

Unos cuantos guijarros desprendidos por el frenazo rebotaron y cayeron hasta esfumarse en la oscuridad y el silencio.

Tabitha bajó de un salto con Marco pisándole los talones.

—¿Dónde infiernos estamos?—preguntó.

Su voz recorrió una gran distancia hasta chocar con las paredes y extinguirse en una confusión de ecos.

Marco se había quedado inmóvil con los brazos en jarras y movía lentamente la cabeza intentando ver algo en aquella penumbra que olía a moho y humedad.

Tabitha vio como meneaba la cabeza.

—Mierda —murmuró, y se rió.

Tabitha había empezado a jadear y tenía la sensación de que el techo no tardaría en caer sobre su cabeza. Metió la mano en su bolsa de viaje y hurgó en ella para ver si tenía una linterna. Saskia y Mogul estaban inmóviles a su espalda estrechamente abrazados el uno al otro mientras hablaban en susurros.

Tabitha no consiguió encontrar ninguna linterna. Miró a su alrededor, contempló lo que revelaban los haces luminosos de los faros y tragó saliva.

Estaban en una caverna enorme de techo bastante bajo sobre cuyas paredes corrían hilillos de un líquido amarillo. No podía ver el fondo del precipicio, y pensó que quizá no acabara nunca.

Tabitha casi estaba dispuesta a correr el riesgo que supondría bajar por él. Fuera cual fuese el punto de Plenty en el que se encontraban, bajar tendría que llevarles hasta los muelles, y *la Alice* estaba en algún lugar de los muelles.

Tal emitió un sonido muy parecido al que podría salir de un diminuto clarín victorioso y emprendió el vuelo yendo en dirección opuesta a la que habían estado siguiendo.

—Ya lo tiene —dijo Marco—. Sigán a ese hombre.

Volvió la cabeza hacia Tabitha y sonrió.

Tabitha le miró fijamente y frunció el ceño.

Tal ya estaba bastante lejos, pero sus trinos aún eran audibles. Tabitha y los demás empezaron a subir por la pendiente orientándose mediante ellos.

Treparon en silencio durante varios minutos sintiendo cómo el suelo de la caverna se desmenuzaba bajo sus pies. Tabitha y Marco iban delante con los Gemelos dando lánguidos saltitos de un lado a otro detrás de ellos.

—Oye, siento muchísimo todo lo que ha ocurrido —dijo Marco con voz muy seria—. Esos cochecitos se estropean continuamente... No reciben el mantenimiento adecuado, ¿sabes?

—No hemos venido por aquí dijo Tabitha.

—Tal sabe adónde va dijo Marco.

Parecía muy convencido de ello, y Tabitha decidió creerle. No había mucha luz, pero sí la suficiente para que pudieran ver que estaban acercándose a la entrada de otro túnel.

Un haz luminoso de terrible intensidad cayó repentinamente sobre sus ojos y les cegó.

Tabitha alzó una mano y logró distinguir una silueta que se incorporaba rápidamente del suelo a muy poca distancia de sus pies. La silueta siguió incorporándose durante lo que le pareció un rato muy largo.

—¡Alto! —gritó una voz mecánica.

Retrocedieron apresuradamente, tropezando los unos con los otros, y acabaron deteniéndose delante de la entrada del túnel. La entrada estaba protegida por una puerta pintada con rayas blancas y negras. El haz luminoso se desvió y Tabitha vio que el guardián del túnel era un robot de tres metros de altura con el cuerpo cubierto de pinchos. Tal se había posado delante de la puerta y les estaba observando.

—Expongan el motivo de su visita—ordenó el robot.

En la puerta que se alzaba detrás de él había un aviso escrito con letras blancas en siete idiomas distintos. ZONA NO RECLAMADA, leyó Tabitha. LOS ADMINISTRADORES DE LA ESTACION NO SE HACEN RESPONSABLES DE LAS PERSONAS U OBJETOS MAS ALLA DE ESTE PUNTO. El haz luminoso volvió a caer sobre sus ojos y la deslumbró.

Marco se irguió hasta el máximo de su estatura y se encaró valerosamente con la luz.

—Somos Contrabando —proclamó moviendo una mano en un gesto teatral que abarcó a todo el grupo.

Un instante después la caverna retumbó con los chasquidos y zumbidos de muchas armas automáticas preparándose para hacer fuego.

—Oh, cielos —murmuró Saskia melindrosamente, y se rió.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

¡'f~ Ñ!]]]]' 13B~3/9t€]222m

Lf~ Ñ!]]]]' 13|3BI9|~]222m

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 19.06.31

ADELANTE

—Estaba pensando en mi tía Muriel.

¿Sí, CAPITANA?

Mi tía Muriel tiene una risa soberbia. Cuando ríe echa la cabeza hacia atrás y abre la boca todo lo que puede, como si quisiera pegarle un buen mordisco al aire. Cuando ríe se le escapa una especie de gorgoteo como el que podría hacer un bebé enorme, y luego empieza a hacer juajua—jua—jua y cada carcajada se le escapa directamente del estómago.

Mi tía Muriel tiene una barriga considerable. Cuando vivía con ella no paraba de engordar, y supongo que ahora debe de estar enorme. Nunca se ha preocupado demasiado por la ropa. Era capaz de pasarse el día entero

rondando por la granja con un camisón o con una camiseta vieja y un par de bragas enseñando el trasero cada vez que se agachaba... ¿Sabes lo que solía decir? "Qué diablos, Tabs —decía—, si quieren pueden verte todo lo que les dé la gana. Y te aseguro que siempre quieren verlo...". Después levantaba un brazo y señalaba hacia arriba, allí donde los Mosquitos iban y venían en sus miniplaneadores, y era como si estuvieses viendo un montón de pétalos puntiagudos que bailaban por el cielo.

Pero no eran pétalos, claro. Y en Integridad 2 no hay cielo.

PRIMERO VIVIÓ EN LA LUNA Y DESPUÉS VIVIO EN ESE SITIO, ¿NO ES ASÍ, CAPITANA?

Mmmm... Sí, fue uno de los sitios donde viví. Tenía dieciséis años, o quizá diecisiete. Mamá consiguió un trabajo de montadora. Fuimos a vivir a un apartamento de la ciudad con montones de espacio libre y nada que poner en él. Mamá se pasaba todo el día y la mitad de la noche fuera trabajando, y pasaba la otra mitad de la noche durmiendo como un tronco. Yo me aburría mucho. No tenía nada que hacer, y era demasiado joven para conseguir un permiso de trabajo. Mamá no quería que empezáramos a quebrantar la ley apenas llegar, así que llamó a tía Muriel y tía Muriel dijo que de acuerdo, que no había ningún problema. Cuando vino a buscarme para llevarme con ella a trabajar en la granja parecía contentísima, pero yo no estaba muy segura de que aquello fuera a gustarme.

¿POR QUÉ NO?

Pues porque tenía la impresión de que la granja era un sitio aburridísimo.

Y lo era, claro.

Tía Muriel... Bueno, tía Muriel parecía haber salido de otra era. No la había visto nunca, ¿sabes? Tenía la piel más oscura que yo y más oscura que mamá, medía mi estatura pero era cuatro veces más grande en todas las otras dimensiones, y los cabellos le colgaban alrededor de la cabeza en una melena, desaliñada y tan larga como si se la cortara ella misma una vez al año. Llevaba unos pendientes de madera enormes y un vestido que casi rozaba el suelo con montones de bordados, y calzaba unos zapatos horrorosos hechos de cuero. Sé que eran de cuero porque tía Muriel nos lo dijo. Quería que los admiráramos porque aquél era un gran día para ella. Tía Muriel se había vestido de gala para ir a la ciudad y visitar a su hermana y a la hija de su hermana.

¿Y QUÉ ASPECTO TENIA USTED, CAPITANA?

¿Yo? Oh, por aquella época yo era realmente horrible. Llevaba el pelo cortado en forma de triángulo y estaba loca por los petos verde ácido.

Cuando vi a tía Muriel pensé que si el trabajar en una granja servía para que acabaras teniendo ese aspecto prefería quedarme en casa y convertirme en una joven que no había logrado desarrollar sus recursos humanos. Pero, naturalmente, la decisión no estaba en mis manos...

La granja se encontraba en las tierras del Final, allí donde terminaba el tendido del tubo. Estaba tan lejos que no podía ir y venir cada día, así que pasaba la semana allí y volvía a casa para los fines de semana. Tía Muriel

cultivaba nueces de tierra, naranjas sanguinas y judías..., recuerdo que siempre había montones de judías colgando de hilos de nilón. Yo me encargaba de quitar las malas hierbas.

¿Y NO HABRIA PODIDO USAR UN ROBOT?

Tía Muriel no confiaba en los robots, y si he de ser sincera, la verdad es que odia las máquinas, sean de la clase que sean. Tía Muriel tiene ideas muy anticuadas sobre lo que es natural ¿sabes? Todo debería ser natural, lo cual resulta francamente estúpido si te paras a pensar en dónde vive, pero... Bueno, tía Muriel vivía feliz con sus malas hierbas y sus filtros que no paraban de obturarse, y tenerme allí para que arrancara las malas hierbas y quitara la porquería de los filtros mientras ella se repantingaba medio desnuda en una vieja silla tubular de acero natural con dos patas al aire y el respaldo apoyado en la pared de conglomerado natural de su módulo absolutamente natural hizo que se sintiera aún más feliz. Tía Muriel había nacido para vivir en una granja y tocar la guitarra. Tenía una guitarra muy vieja con la caja medio deformada por la humedad...

A veces me despertaba en plena noche porque había oído la música en sueños. Me levantaba, iba hasta la ventana de mi dormitorio y allí estaba ella pulsando las cuerdas de su guitarra y cantando canciones sobre lugares que nunca había visto y que probablemente no vería jamás..., ríos, montañas e islas bañadas por el sol. A veces me levantaba y bajaba para sentarme junto a ella. Alzaba la cabeza para ver la Luna brillando al otro lado del cristal, pensaba que al menos había logrado salir de allí y volvía a bajar la cabeza para contemplar los campos de judías gordas y lustrosas que brillaban bajo la luz de la luna. Siempre pensé que parecían pollas.

OH. Y ESA IMPRESION SUYA... ¿CREE QUE HABRIA PODIDO SER COMPARTIDA POR OTRAS PERSONAS?

Si eran chicas de dieciséis años, desde luego. Cuando tenía dieciséis años había montones de cosas que se parecían o que me recordaban a las pollas. Sí, Alice, fui una jovencita muy cachonda... Cavar con la azada y ocuparme de las alfombrillas de irrigación no era un trabajo demasiado fascinante, ¿sabes? Y, naturalmente, empecé a buscar alguna distracción.

Integridad 2 es un sitio horrible. El sistema está tan lleno de porquería que acaba abriéndose paso hasta ti aunque te rodees con barreras hechas de la gasa más fina que puedas encontrar. Hacer algo al respecto habría sido demasiado complicado, y el Consejo prefiere pagar un subsidio a los granjeros para que filtren el agua. Tía Muriel compraba la gasa más barata que había en el mercado y se gastaba el resto del subsidio en vino tinto. Recuerdo que una vez tuve una pelea terrible con ella... Ya habíamos discutido varias veces, pero en esa ocasión le dije que por qué no iba conmigo a los campos y limpiaba algunas de esas malditas alfombrillas de irrigación, y tía Muriel se limitó a darse unas palmaditas en la barriga y a decirme que estaba demasiado vieja para agacharse. Y después se echó a reír...

El método de trabajar la tierra patentado por tía Muriel te hace doblar la cintura montones de veces. Me pasaba el día entero en los campos metida hasta las rodillas en esos apestosos gránulos rojos, y de vez en cuando me

incorporaba para aliviar un poquito el dolor de mi espalda, miraba hacia arriba y veía revolotear a los Mosquitos.

Había una base de Mosquitos cerca, en pleno Final. A veces veía como sus cometas sobrevolaban los campos que había encima de los nuestros, bajando y bajando sin cesar hasta que se volvían tan diminutas que dejabas de verlas mucho antes de que hubieran llegado a las copas de los árboles. No era un espectáculo muy frecuente, claro, porque casi siempre había contaminación. Incluso un día claro en el campo podías volverte hacia el tubo estando en la granja de tía Muriel y lo más seguro era que no consigueses ver la ciudad por culpa de la contaminación. Oh, sí, en Integridad 2 mantener las ventanas limpias puede ser un trabajo de mil demonios...

Mamá se pasaba el fin de semana durmiendo, y acabé encontrando mi propio nivel de vida. Las chavalas de las calles eran una pandilla de presuntuosas. Se hacían llamar las Rechazadas y se tomaban muy en serio todo lo referente a la posición social. Había una chica llamada Carmen que era la reina de las Rechazadas, y dejaba que fuera con ellas porque así podía tomarme el pelo y burlarse de mí llamándome lunática. Recuerdo que tuve que hacer algunas locuras bastante gordas para atraer su atención... Había un chico llamado Murray que era un auténtico caso clínico. Era peligroso, ¿sabes? Bueno, al menos nos gustaba creer que lo era... Acabé descubriendo que incluso Carmen le tenía miedo, así que decidí salir con Murray.

¿Y ADONDE FUERON?

Fuimos a los salones de juegos, a las galerías comerciales abandonadas..., a todos los sitios que no habían salido tal y como los diseñadores y arquitectos creían que iban a ser cuando dibujaban los planos. Fuimos a los sitios que atraen a los jóvenes con problemas y que acaban convirtiéndose en su ciudad particular. Murray y yo encontramos algunas diversiones para pasar el tiempo.

Yo sabía que aquello no duraría. Lo hacía para no aburrirme, y además Murray estaba loco. La mayor parte del tiempo ni tan siquiera le soportaba, créeme... Bastaba con mirarle a la cara para comprender que cualquier día le haría un daño irreparable a alguien, probablemente sin avisar, y no quería que ese alguien fuera yo.

Algunas noches no podía dormir y me sentaba sobre la hierba al lado de tía Muriel y su guitarra. Fue ella quien me enseñó a tocar la armónica.

BUENO, ENTONCES AL MENOS SACO ALGO BUENO DE ESA EXPERIENCIA, ¿NO?

¿Me estás dando una opinión sincera?

BUENO... USTED DISFRUTA TOCANDO LA ARMONICA, ¿NO?

Claro, y cada vez que dejo de tocarla mis oídos lanzan un suspiro de alivio.

OH, CAPITANA... ANTES NUNCA ERA TAN CRITICA CONSIGO MISMA.

Es por culpa de este maldito viaje... Me siento muy culpable, y no dejo de preguntarme por qué permití que me metieran en este embrollo.

NECESITAMOS EL DINERO.

Oh, desde luego.

Y USTED SE SENTIA MUY ATRAIDA HACIA MARCO METZ.

Supongo que en el fondo soy igual que mi madre, y por eso sentía cierta admiración hacia tía Muriel, aunque nunca se lo dije claramente. Creo que debería intentar ser como ella. Tía Muriel parecía tan feliz... Siempre se lo tomaba todo con mucha calma y jamás la vi sorprendida o preocupada por algo. No es que quisiera ser granjera, enténdeme, pero tampoco quería ser como mamá. No quería acabar atada a un hombre que no servía para nada intentando mantenerle a él y a mí y teniendo que luchar constantemente para no hundirme un poquito más de lo que ya me había hundido. Prefería imaginarme viviendo en algún asteroide de las corporaciones, creando un hogar con alguien que me adorase y que estuviera dispuesto a comprarme todo lo que quisiera. Carmen y sus chicas tenían las mismas ideas que yo, aunque se comportaban como si fueran a pasar el resto de sus vidas siendo delincuentes juveniles.

Pensé que si quería encontrar un buen esposo sería mejor que me espabilara y empezara a buscarlo lo más deprisa posible. Cada día que pasaba era un día más vieja, no sé si me explico... Y también sabía dónde buscar.

La granja estaba bastante cerca de un Final, no recuerdo si te lo he dicho antes... ¿Sí? Bueno, estábamos a quince minutos de los ascensores yendo en bici. Podías subir hasta los miradores, contemplar toda la curva de I2 y disfrutar viendo cómo el sol iluminaba la capa de polución. El Final era un sitio en el que las Rechazadas no habrían puesto los pies ni aunque las ataran con cadenas y las arrastraran, y cuando entraba en mi fase anímica ambiciosa/convencional eso hacía que me resultara todavía más atractivo. En fin, que me gustaba... La gravedad era inferior, y eso hacía que me sintiera como en casa. Y también estaban los chicos, claro...

AH... ASI QUE LOS MOSQUITOS SON MUCHACHOS, ¿NO?

Exactamente. Son cadetes de la policía, eso es lo que son... Llevan uniformes muy sexys. Monos ceñidos color azul grisáceo que parecen hechos de pizarra y una reluciente insignia negra, botas resplandecientes y sus planeadores hacen juego con el uniforme. Los Mosquitos siempre procuran no usar la palabra "cometa" para referirse a su planeador, y menos cuando van de uniforme. Podías verlos por toda la ciudad yendo en sus bicicletas, divirtiéndose en grupos o haciendo exhibiciones de formación y maniobra en los parques. Al lado de la oficina de reclutamiento de la base había un lugar con asientos y una pantalla que funcionaba con monedas, y podías ir allí para ver cómo hacían los vuelos de entrenamiento y todas las maniobras que no necesitaban supervisión de los instructores. Volaban a lo largo de todo el tubo cabalgando sobre los gradientes gravitatorios y hacían que pareciera lo más sencillo del mundo. Cuando les vi por primera vez deseé poder ser un Mosquito. Supongo que a Carmen le habría encantado saberlo...

Carmen tampoco habría aprobado a Michael. Michael era mi secreto, mi caballero de reluciente armadura particular. Tenía la piel blanquísima..., fue el primer blanco puro con el que estuve liada. Tenía las pestañas muy largas y montones de pecas que desaparecían debajo del cuello de su uniforme. Michael estaba sirviendo a la comunidad. Yo sabía que cuando llegara el

momento me llevaría a los asteroides para que pudiéramos servir a la comunidad juntos sin separarnos nunca.

Dejaba que se encargara de manejar los controles de la pantalla y que me fuera indicando adónde tenía que mirar. Michael siempre se ponía muy cerca de mí, pero nunca me tocaba. Siempre le oculté cuál era la granja de tía Muriel, aunque tía Muriel lo sabía todo sobre él. No se lo contó a mamá. Tía Muriel era muy liberal. Si no tenía trabajo que hacer podía ir adonde me diera la gana. Una chica tiene que conocer mundo y divertirse, y tía Muriel no paraba de recibir visitas masculinas. Pero aquellos hombres no eran como Michael, evidentemente. De hecho, empecé a pensar que si le conociera tía Muriel quizá no sería tan tolerante en lo que respectaba a Michael. Michael no era el tipo de chico que me convenía.

Lo malo fue que las Rechazadas se enteraron de que estaba saliendo con él.

Carmen se puso muy contenta y se lo contó a Murray, y Murray perdió los estribos. No porque saliera con otro chico, sino porque Michael era un Mosquito, ¿entiendes? Se lo tomó como un insulto personal. Le dije que no me acostaba con él porque para Murray el acostarse era lo más importante del mundo, la única actividad que podía entender y que tenía sentido. Murray y yo nos acostábamos, naturalmente... Le dije que no me había acostado con Michael, y no lo había hecho. Michael quería hacerlo pero yo le iba dando largas. "Voy a conseguir que me deje volar en su cometa", le dije a Murray.

Se rió mucho. Le pareció que era una idea de lo más terminal, y le pareció terminalmente divertida... Murray hablaba así, ¿sabes? Luego dijo que Michael jamás me dejaría ir en su cometa. "El deber está antes que el joder—dijo—. Es el lema de los Mosquitos". Aquello le pareció tan divertido que acabamos haciendo una apuesta. Después de eso los ánimos se calmaron bastante, y todos nos quedamos muy satisfechos y felices.

Bien, Alice, la verdad es que ni tan siquiera había pensado en lo de la cometa hasta que abrí la boca y oí que las palabras salían de mis labios, pero dijera lo que dijese Murray no cabe duda de que era una buena idea. Estaba empezando a hartarme de Michael, y decidí que lo que más me atraía de él era su cometa. Concerté una cita con él en la base para mi próxima tarde libre y le dije a Murray que aquel iba a ser el gran día.

La base estaba vacía. Michael iba de uniforme. Le llevé al hangar donde guardaban las cometas y acaricié su uniforme. Besé su insignia. Después descubrí hasta dónde llegaban sus pecas. Conseguí ponerle tan caliente que me habría prometido cualquier cosa con tal de que me abriera de piernas y me la dejara meter. Supongo que él lo veía de esa forma... Quería hacer algo con una chica y tenía que encontrar una chica que se lo dejara hacer, así de sencillo. Pero yo no era tan lista como creía, Alice. ¿Y sabes por qué? Porque se lo dejé hacer antes en vez de después.

SUPONGO QUE LA SEGUNDA OPCION HABRIA SIDO PREFERIBLE.

¿Cómo puedes saberlo?

QUIERO DECIR QUE... BUENO, YA QUE NO IBA A DISFRUTAR CON ELLO, ENTONCES...

Supongo que tienes razón. Sí, en cuanto Michael se puso en marcha comprendí por qué le había estado dando largas... No era sólo por la cometa, sino porque se lo tomaba todo demasiado en serio. Era un auténtico desastre... No se parecía en nada a Murray. Murray se comportaba como una especie de salvaje enloquecido, y el único problema de estar con él era que debías mantenerte a su altura. Con Michael... Bueno, con Michael se suponía que debía mantenerme inmóvil mientras él me embestía jadeando con la cara enrojecida. Apreté los dientes y pensé que las incomodidades y desventajas del trato "cometa a cambio de polvo" no eran tan unilaterales como había creído al principio.

Cuando hubimos terminado, Michael se puso muy tierno y me empezó a hablar de cómo viviríamos cuando estuviéramos casados. Ya ni me acordaba de que ésa era la razón por la que había empezado a buscar un Mosquito... Oírle hablar de esas cosas hizo que me parecieran horribles. "Recuerda que eres una Rechazada —me dije—. Sigue pensando en la cometa".

Le dije más o menos lo que él quería oír sin llegar a hacerle ninguna promesa concreta, y le seguí la corriente porque me había dado cuenta de que la cosa no iba a resultar tan difícil como había creído. Michael se estaba quedando dormido encima de mi hombro. Me aparté cautelosamente en cuanto se durmió del todo, cogí ese uniforme suyo tan sexy —ahora ya no me parecía tan sexy—, y le quité la llave de la cometa del llavero. Me puse el uniforme a toda velocidad sosteniendo la llave entre mis dientes y fui hacia su cometa, pero supongo que debí hacer algún ruido porque Michael se despertó. Miré hacia atrás y le vi metiendo los dos pies en una pernera de sus pantalones mientras me llamaba a gritos.

—Un Mosquito siempre cumple sus promesas —respondí yo.

Saqué su cometa de los rieles. Me asombró ver lo poco que pesaba. Era muy hermosa y grande, negro silicio con líneas escarlatas... Cuando la saqué del hangar el sol hizo que las agarraderas del hombro parecieran convertirse en arco iris.

Las Rechazadas habían venido en masa para verme. Michael entró tambaleándose en la plataforma de lanzamiento. Iba a medio vestir y balbuceaba no sé qué sobre cursos de entrenamiento de dos meses. Oí la carcajada que soltó Murray en cuanto vio la ropa interior de Michael..., y me lancé.

Todo el mundo empezó a gritar. Tenía tanta prisa que no me había colocado la terminal ni la máscara.

No ponerme la máscara fue un error.

Estaba arriba. Estaba volando. Mi primer vuelo, Alice... ¿Te acuerdas de tu primer vuelo?

NO ES LO MISMO, CAPITANA.

Supongo que tú no tenías dieciséis años.

NO, PERO RECUERDO MI PRIMER VUELO CON USTED, CAPITANA. FUE UNA EXPERIENCIA MUY AGRADABLE.

El mío no lo fue. Lo que quiero decir es... Bueno, la cosa empezó bastante bien. Allí estaba yo volando en dirección opuesta al eje como si fuera una auténtica profesional, deslizándome entre las nubes y viendo todo I2 por arriba y por abajo.

ANTES USO LAS PALABRAS "A LO LARGO", CAPITANA.

Sí, ya lo sé, pero entonces aún no conocía esas palabras. Oh, bueno, claro que las conocía, pero siempre hablaba de "arriba" y "abajo", y ninguna de las dos tenía mucho sentido en esa situación.

Estaba confundida. Supongo que ése fue el gran problema. Antes ya había sentido algo parecido, ¿entiendes? Había hecho un par de visitas al Final y allí se estaba mucho más cerca de la rotación, pero ahora me encontraba volando por los aires y entre eso y las nubes... Bueno, perdí el sentido de la orientación. Cada vez que las nubes se abrían un poco podía ver la totalidad del tubo. Estaba rodeada de tierra por todas partes, y el suelo parecía subir y subir como si fuese una torre, y el pueblo y el cinturón de fábricas y los parques colgaban de las paredes por encima de mi cabeza y la ciudad estaba encima de todo eso... Los reflejos del sol en las ventanas me deslumbraban y cuando incliné un ala pude ver las estrellas brillando al otro lado, y de repente todo empezó a dar vueltas dentro de mi cabeza y me encontré contemplando la misma chimenea de antes desde arriba, y no había nada que me impidiera caer por ella...

Empecé a sentirme muy mareada.

Hice girar la cometa y decidí volver al suelo. No tenía ni idea de dónde estaba. No podía reconocer nada de lo que estaba viendo, y ni tan siquiera sabía en qué panel estaba. Y el esfuerzo de volar había empezado a cansarme, claro... No tenía ni idea de la cantidad de tirones y sacudidas que aguantabas yendo por el cielo en uno de esos trastos, y un instante después descubrí que estaba "bajando"..., y muy deprisa. No sabía cómo aterrizar, así que tuve que coger un poco de altura.

¿Y CONSIGUIO HACERLO?

Por desgracia...

Subí demasiado y me encontré subiendo cada vez más arriba y más deprisa. No podía parar. Era como si fuese una pluma y estuviera atrapada en la corriente de aire de una ranura de ventilación. Subí por el tubo y acabé quedando atascada en la zona de gravedad cero. Manoteé y di patadas, pero no sirvió de nada. No tenía ni idea de lo que debía hacer para salir de allí, y no tenía nada que pudiese arrojar. Mis ojos estaban llenos de lágrimas, así que ni tan siquiera podía ver con claridad. Ahí arriba había mucha más polución que abajo, ¿sabes? Empecé a toser y en cuanto hube empezado descubrí que no podía parar.

El tiempo fue transcurriendo poco a poco. Cada vez que las nubes se separaban un poco podía ver máquinas diminutas agrupándose en el suelo por debajo de mí. Después vi unos cuantos planeadores que venían hacia mí. Uno de ellos iba un poco por delante de los demás, y pensé que debía ser Michael. No quería que fuese él, te lo aseguro...

Y no era Michael. Era una silueta con máscara y traje de vuelo con los bolsillos llenos de equipo, y llevaba una terminal y había traído otra para mí, una como la que habría llevado en la cabeza si no hubiese despegado con tantas prisas, y su planeador tenía reactores aunque un Mosquito habría preferido la muerte a permitir que le vieran usando reactores. Era una mujer. Me enganchó y empezó a remolcarme hacia abajo.

—Cuando hayamos llegado a casa sabrás lo que es bueno, jovencita —dijo por la radio.

—¿Mamá? —dije yo.

¿ERA SU MADRE?

Pues claro. Y estaba muy, muy enfadada.

¿Y CUAL FUE LA REACCION DE SU TIA?

¿Tía Muriel? Oh, tía Muriel se rió muchísimo. Empezó a reír y no podía parar.

Los policías se lo tomaron bastante mal. Robar un planeador Mosquito, crear una situación potencialmente peligrosa en el espacio aéreo de I2, ser rescatada por empleados del consejo... Era un delito bastante grave para una menor de edad. Tuve que limpiar cristales durante diez semanas. Fuera.

Vivíamos en un barracón del Final y durante diez semanas apenas vi el interior del tubo. Nos hacían salir del barracón cuando amanecía, nos llevaban al exterior del tubo y nos dispersaban por la superficie para que quitáramos el polvo de los micrometeoritos que chocaban con los cristales. El resto del grupo... Bueno, eran peores que Carmen y las Rechazadas. Eran auténticos desechos sociales, ¿sabes? Tuve que pasar diez semanas viviendo con personas horribles que se negaban a trabajar y que no aportaban nada a la comunidad. Me hicieron la vida imposible y estuvieron a punto de romperme la armónica. Cada vez que había un descanso y podíamos olvidarnos de las ventanas durante un rato, se pegaban a los cristales para espiar, y sus cabezas no paraban de funcionar imaginando las cosas horribles que harían cuando volvieran al interior. Yo no quería volver al interior. Tendrías que haberme visto, Alice, pegada al casco con escamitas blancas hasta las rodillas... Y de vez en cuando me incorporaba para aliviar el dolor de mi espalda y alzaba los ojos hacia las estrellas.

Tabitha vio abrirse un panel en el pecho del robot. Tubos telescópicos y antenas extensibles brotaron de él y giraron hasta enfocar a Marco.

—Me temo que no me ha entendido —siguió diciendo Marco sin perder la calma—. Contrabando es el nombre de nuestro grupo. Somos artistas—. Pronunció aquellas palabras como si enunciara una realidad obvia, como si estuviera explicando algo de lo más evidente a un niño pequeño. Somos un grupo de gente del espectáculo... Somos artistas, ¿comprende? Tenemos que dar una representación a las ocho en el Jardín Mercurio.

El altavoz del robot lanzó una serie de crujidos y silbidos. La parte de su cabeza donde habría tenido que hallarse el rostro estaba ocupada por una

pantalla. La pantalla parpadeaba, e iba haciendo chasquidos con lenta regularidad.

—Este no es el camino que lleva al Jardín Mercurio —anunció—. Se encuentran en una zona no reclamada.

—Por supuesto dijo Marco—. Claro. Bueno, antes tenemos una cita en Sueño Justo.

El robot zumbó e hizo tic—tac mientras intentaba digerir la nueva información.

—Éste no es el camino que lleva al Sueño de los Justos (2NT) —dijo por fin—. Están en una zona no reclamada. Identifíquense —ordenó secamente.

—¡Eh! —exclamó Marco—. Vamos, vamos... Ya sabes quién soy. —Empezó a darse palmaditas en los bolsillos como si buscara una identificación—. Soy una auténtica celebridad —proclamó—. He aparecido en todos los medios de comunicación. Soy una estrella del escenario, la pantalla y los satélites y un ciudadano del sistema solar. Me llamo Monty Marsh Marigold, Distringencia Número Romeo Ruibarbo Rapsodia tres—beta—tres—uno—doble—uno—uno, es decir Ruibarbo Romeo Rey de la Pista uno—tres—beta—uno—uno—triple—k.

La velocidad de su discurso había ido aumentando a cada momento que pasaba. Marco sacó de su bolsillo un acordeón de tarjetas de plástico que desplegó y volvió a plegar colocando cada tarjeta delante del ojo del robot durante una fracción de segundo y volviendo a guardar el acordeón antes de que el visor hubiese tenido tiempo de leer alguna. Alargó la mano y cogió a Tabitha del brazo. Al principio Tabitha se resistió, pero acabó dejando que le atrajera hacia él.

—Y ésta es mi hermana, la bellísima Argentina, y eso de ahí es Pete Paráclito, nuestro asombroso loro amaestrado. Esos dos... —Movió una mano señalando a los Gemelos—. Bueno, en realidad son la misma persona pero siguen direcciones temporales distintas y han hecho una paradita en el camino para saludarse el uno al otro, ¿comprendes? Oye, ¿por qué no compruebas tu conexión? Echa un vistazo a tu reloj y asegúrate de que llevas puesta la chaqueta y el sombrero. Inspecciona tus archivos..., en la A de Arte. De acuerdo, alegamos difracción —dijo Marco sin tragar aire ni una sola vez, y terminó la perorata extendiendo los brazos en un gesto melodramático.

La pantalla del robot se encendió y mostró un rostro. Era una policía de recepción, una mujer uniformada de gris con una terminal en la cabeza.

Los Gemelos Zodiaco se colocaron uno a cada lado del robot, cruzaron los brazos delante del pecho y clavaron los ojos en la pantalla observándola con expresiones de gran interés. El color era tan malo que la mujer parecía estar sufriendo una enfermedad del hígado en fase terminal. Los zigzags de la estática ondulaban lentamente a través de su rostro.

—¿Difracción? —preguntó la agente de policía—. Explique qué quiere decir con eso.

—Bueno, según las normas diplomáticas del tres del tres del año treinta y tres, un grupo itinerante de artistas de fama interplanetaria que no lleve encima

documentos de identificación no puede ser retenido, detenido, oprimido o estreñado *ad hoc, in lieu y quid pro quo* a menos que se le ofrezca previamente el derecho a la difracción —recitó Marco. El robot no respondió. La mujer de la pantalla frunció el ceño como si no les estuviese viendo con mucha claridad. Dio unos golpecitos en su conexión auditiva y pasó la mano por delante del sensor.

El robot lanzó un chirrido estridente y sus antenas giraron hasta enfocar a Tabitha.

—Identifíquese —dijo.

Tabitha abrió la boca preguntándose qué se suponía que debía decir, pero no tuvo tiempo de hablar. El altavoz del robot emitió un chisporroteo ensordecedor y la imagen de la pantalla fue sustituida por un estallido de interferencias. Nadie dijo nada. El robot se sentó en el suelo. Los sensores y las armas desaparecieron en el interior de su pecho y la puertecita del panel se cerró con un golpe seco ocultándolas.

—Meep —dijo el robot.

—Ya iba siendo hora —dijo Marco.

Tal voló en línea recta hacia él zumbando como una motocicleta y se posó sobre su hombro.

El robot se había quedado inmóvil delante de la barrera con el trasero en el suelo y el torso a medio erguir. Estaba totalmente paralizado, con excepción de una pierna que iba y venía sobre el suelo de la caverna trazando arcos tan espasmódicos como si fuera la pata de un novillo agonizante.

—¿Qué le está pasando? —preguntó Tabitha—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Se ha sentado dijo Saskia.

—Se cansó —dijo Mogul.

—Es algo que ocurre con bastante frecuencia—dijo Saskia.

Tabitha les miró fijamente.

—No hemos sido nosotros —dijeron los Gemelos al unísono.

Marco pasó sobre la pierna que iba y venía de un lado a otro tan tranquilamente como si el robot no estuviera ahí. Tal voló por encima de la barrera y se internó en las tinieblas del túnel.

—¿Adónde vamos? —preguntó Tabitha.

—A Sueño Justo —replicó Marco.

—Pero esa mujer dijo que...

—¡Ven! exclamaron a coro los Gemelos.

Y el grupo entró en el túnel moviéndose rápidamente en pos del pájaro, apartando un telón de lona gris, tambaleándose por un tramo de escalones tallados en la roca, deslizándose entre las columnas achaparradas de las estalactitas marrones que brotaban del suelo como si fuesen tumores y en general, yendo a toda velocidad y sacando el máximo provecho posible a la escasa gravedad. Una gran grieta creada por el derrumbe de un muro rocoso

les condujo hasta una caverna y les reveló una estructura de celdillas de gruesas paredes que hacían pensar en un panal. La corriente de aire creada por su avance hacía temblar las gruesas lenguas peludas parecidas a helechos negros que asomaban de las celdillas. La atmósfera olía a rancio y a venenos químicos.

Cuando se recorren esos rincones de Plenty resulta imposible no imaginarse que estás en las profundidades de la tierra en el reino de una raza de míseras criaturas ciegas que pasan toda su existencia cavando madrigueras mientras intentan recordar el sol sin conseguirlo. Esas bolsas de tinieblas y desesperación siguen existiendo, aunque no son muy numerosas, y supongo que algún día tendremos que hacer algo para acabar con ellas. Ya lo he dicho antes, y no cabe duda de que volveré a repetirlo

Tabitha siguió al pájaro sobre campos de guijarros, a lo largo de pasadizos y bajo estructuras de hueso negro donde dormían vastas máquinas desconocidas cubiertas de polvo entre amarillento y amarronado. Una multitud de perks desnudos huyó chillando de una hondonada escamosa en cuanto oyó el eco de sus pasos. Tabitha aprovechó las llamas de la hoguera que habían abandonado para echar un vistazo a su reloj. Quedaban menos de dos horas de las veinticuatro que le habían concedido como plazo.

Acabaron llegando a un gran espacio abierto y se quedaron inmóviles jadeando y recuperando el aliento mientras contemplaban el techo casi invisible situado muy por encima de sus cabezas: El suelo se inclinaba unos centenares de metros por delante de ellos hasta perderse en un abismo impresionante salvado por un feo puente de cemento situado a su izquierda. Los taxis y los monoplazas lo utilizaban para llegar al amasijo de hoteles carbunculares que había al otro lado o para alejarse de él. Alguien había construido una inmensa cúpula verde que llegaba hasta el mismísimo borde del abismo y alzaba su curvatura delante de los hoteles. La explanada que daba acceso a ella estaba pavimentada con bloques hexagonales. Pulcras hileras de coches y sillas de mano estaban aparcadas encima de ella.

—Ya hemos llegado —murmuró Marco mirando a Tal.

El pájaro alienígena había vuelto a posarse sobre su hombro.

—Toca despacio el tambor y sopla en la flauta con amor —le aconsejó Tal.

Fueron hacia el edificio. Un tramo de espaciosos peldaños de espuma de roca flanqueado por maceteros con plantas de un verde negruzco llevaba hasta una puerta protegida por gruesas cortinas del color púrpura más oscuro imaginable. El edificio estaba rodeado por el aura impalpable del dinero, y había un débil olor a incienso flotando en el aire. Alguien estaba tocando un arpa casi etérea en algún lugar del edificio.

—Bienvenidos al Sueño de los Justos dijo una voz cálida y afable que parecía venir de todas las direcciones a la vez—, hogar de los Elegidos Congelados. ¿En qué podemos servirles?

—Somos Contrabando dijo Marco, alzando la cabeza hacia aquella atmósfera que vibraba y les hacía cosquillas—. Hemos venido a ver a nuestra agente-representante.

El silencio que siguió a sus palabras sólo duró una fracción de segundo.

—Hannah Soo ya ha sido convocada y se halla en condiciones de conversar dijo el ambiente—. Su amigo está junto a su cabecera. Tengan la bondad de seguir la luz.

Una llamita verde pálido surgió de la nada y revoloteó sobre los peldaños que tenían delante.

Marco volvió a poner la mano en el brazo de Tabitha y tiró de ella.

—Ven, hermana dijo en voz alta—. Hannah nos espera.

Tabitha se soltó.

—¿Dónde estamos?

—Bienvenidos al Sueño de los Justos... —empezó a decir el ambiente.

—Gracias —dijo Marco . Hannah trabaja aquí.

Los ojos de Tabitha bajaron hacia la escalinata sepulcral y se posaron en el fuego fatuo que les aguardaba. Los cortinajes funerarios parecían emanar oleadas de aire frío.

—Estamos en las criobóvedas, ¿verdad?

—Así es —murmuró Marco en un tono casi imperativo.

—Y aparte de ser vuestro agente, Hannah... ¿También dirige este negocio?

—Claro.

Tabitha se encaró con él.

—No me mientas —dijo—. Está muerta, ¿verdad?

—Hasta cierto punto.

—Olvidalo—dijo Tabitha.

—Vamos, Tabitha, confía en mi por una vez, ¿quieres? —dijo Marco. Todo irá bien.

—Muchas personas sufren cierta tensión emocional durante estos encuentros —sugirió el ambiente con amabilidad—. Puede que su hermana desee tomar un tranquilizante.

—Está muerta —dijo Tabitha.

—Tiene tu dinero —dijo Marco.

La llamita verde seguía bailoteando lentamente por encima de los peldaños.

—¿Prefiere esperar unos momentos para poder tranquilizarse y hacer los preparativos espirituales necesarios? —le preguntó el ambiente.

—No —dijo Tabitha moviendo bruscamente la cabeza—. Vamos.

Los cortinajes color púrpura se abrieron por sí solos y la llamita verde se deslizó entre ellos.

Tabitha Jute siguió al grupo y entró en los pasillos y salones de Sueño Justo con el corazón en un puño. Volvían a estar en los túneles-colmena de Plenty.

Por lo menos aquella sección había sido civilizada, lo cual era un alivio. Todos los suelos estaban cubiertos con un rociado de espuma y había antorchas atmosféricas colocadas en soportes cubiertos de adornos. El triste lamento del arpa parecía llamarles, y la llamita verde se movía delante de ellos flotando majestuosamente entre los cortinajes y tapices. El grupo la siguió mientras Tal ejecutaba acrobacias sobre la aparición ígnea, que no les prestó ni la más mínima atención.

Los pasillos del Sueño de los Justos estaban bastante fríos.

Dejaron atrás umbrales cubiertos por cortinas. Podían oír voces que hablaban en susurros, sollozos y el solemne canturreo de un millar de jóvenes tenores. Otros visitantes sombríamente vestidos con cibelina-seda y pieles de murian negro pasaban junto a ellos sosteniendo en sus manos filacterias o breviarios encuadernados en piel de becerro. Todos iban con la cabeza inclinada y el rostro muy serio. Los niños llevaban ramilletes de lirios del valle y cuadernillos con las notas que habían obtenido en los exámenes. Nadie saludaba a nadie.

Su chaqueta cara pero ya algo gastada y sus holgados pantalones de twill amarillo hacían que Marco Metz pareciese fuera de lugar en aquellos pasillos. Marco ya no intentaba dominar a Tabitha, y parecía conformarse con ignorarla. Avanzaba a largas zancadas detrás de su guía insustancial y del alienígena psitacósico con su maltrecha bolsa de viaje al hombro, y su aspecto no recordaba tanto al de un músico famoso que se dispone a hablar con su agente como al de un marinero de los cielos que tiene prisa por llegar a una casa de pésima reputación.

Los Gemelos Zodíaco iban detrás de él dando saltitos sin soltarse de la cintura. La suave claridad de los pasillos arrancaba destellos multicolores a las lentejuelas que cubrían sus pijamas azules. Vistos desde atrás no había forma humana de distinguirlos.

Tabitha había descubierto que odiaba aquel lugar y todo lo que había dentro de él. Aseguró su bolsa de viaje encima del hombro, intentó reprimir un escalofrío y enterró las manos en los bolsillos. Sólo necesitaba doscientos cincuenta escutari y un teléfono, y esas dos cosas eran lo único que la retenía aquí. Si conseguía esos doscientos cincuenta y un teléfono en la próxima hora jamás volvería a perder los estribos con un perk, no aceptaría más trabajos que se salieran de lo normal y nunca, nunca volvería a ligar con un hombre en un bar por guapo que fuese.

La llamita verdosa subió por un tramo de peldaños y se detuvo delante de otro umbral protegido por una cortina delante del que hizo una especie de inclinación. La llamita esperó a que hubieran llegado hasta el umbral y se esfumó. El arpa inmaterial también tuvo la cortesía de callar después de un último acorde tintineante.

—El cubículo de Hannah Soo —anunció el ambiente—. El Sueño de los Justos ha suspendido el discurrir del destino con la máxima dignidad posible. Les ruego que acaten todas las normas de seguridad e higiene y que eviten cualquier tipo de acto que pueda trastornar a nuestra cliente o interferir con el sistema de mantenimiento. Gracias por haber escogido el Sueño de los Justos.

La cortina empezó a subir con un zumbido casi inaudible. Tabitha pudo ver el sol brillando al otro lado.

—La Pradera —dijo Mogul, y cruzó el umbral.

—Oh, estupendo —dijo su hermana, y se volvió hacia Tabitha—. Es el sitio que más nos gusta, pero no siempre está disponible —explicó mientras seguía a su gemelo.

Marco se quedó inmóvil y extendió una mano para que Tabitha pasara delante de él.

—¿Cómo andamos de tiempo? —le preguntó.

—Bastante escasos —dijo ella.

No se sentía capaz de decir nada más. Acababa de abandonar las sombras de la antesala para entrar en el cubículo de Hannah Soo y ahora se encontraba en el comienzo de un bosque. Sus pies pisaban blandos tallos de hierba verde y el límpido cielo azul se extendía sobre su cabeza.

Tuvo que quedarse inmóvil y mirar. Nunca había visto tanto verde y tanta luz de sol derramándose por entre los huecos que dejaban las ramas cargadas de hojas. La hierba seguía y seguía más allá de los árboles, perdiéndose en el horizonte sin nada que la interrumpiese. Podía oír los trinos de los pájaros que cantaban en el bosque detrás de ella.

Y no quería mirar hacia atrás.

Tal había seguido volando en línea recta hacia adelante, como parecía tener por costumbre. El pájaro se había posado en una rama, y Tabitha apenas si pudo distinguir el verde de sus plumas confundiendo con el verde de las hojas.

Había algo en la pradera.

Era bastante pequeño, y flotaba a un par de metros del suelo. Tabitha entrecerró los ojos para protegerlos de los rayos del sol y tuvo la vaga impresión de estar contemplando un objeto negro y plata que no consiguió reconocer. Una especie de capullo compuesto por una masa de espesos vapores blancos yacía inmóvil sobre los lustrosos tallos de hierba justo debajo de la cosa negra que flotaba en el aire. La cabeza y los hombros de una mujer de piel amarilla asomaban del extremo más alejado de la nube.

La cosa negra parecía estar contemplándola.

Hacía mucho sol, pero el aire era casi frío. Los Gemelos Zodiaco habían seguido adelante y ya estaban muy cerca de la nube. Marco caminaba junto a Tabitha. Sus pies se movían sobre la hierba sin hacer ningún ruido.

Tabitha fue girando la cabeza muy despacio.

Vio lo que esperaba ver. El bosque era tan frondoso que los troncos parecían formar una muralla, y no había forma de ver entre ellos para averiguar hasta dónde llegaba.

Lo que vio la dejó razonablemente satisfecha. No estaban en un microclima y no había entrado en ningún transportador de materia instantáneo. La morada de Hannah Soo no era más que una alfombra ambiental genérica, aunque no

cabía duda de que estaba contemplando un modelo condenadamente caro. Tabitha no tenía ni idea de si la reproducción era fiel a la realidad, pero estaba claro que no le faltaba ningún detalle. La reproducción olía a tierra húmeda y a savia, con la débil miasma antiséptica de los ultrasónicos acechando sigilosamente bajo la mezcla de olores naturales.

—Tabitha...

Marco la estaba llamando. Tabitha se volvió lentamente hacia la pradera.

—Conseguiremos tu dinero —dijo—. Es lo primero que vamos a hacer, te lo aseguro.

Marco pareció darse cuenta de que Tabitha lo estaba contemplando todo con asombro mal disimulado.

—¿Te gusta? Es el último modelo —dijo—. Las neveras salen mucho más baratas, pero te aseguro que no encontrarás nada más elegante que esto.

—El horizonte queda un poco demasiado cerca—dijo Tabitha.

—Oh, vamos... dijo él.

Tabitha examinó el horizonte con más atención y se dio cuenta de que realmente estaba demasiado cerca, pero no tenía ganas de discutir con Marco.

—¿Es..., es ella?

—Sí, es Hannah. Hannah Soo... El cadáver más hermoso y mejor conservado de toda esta instalación.

Marco movió una mano en un gesto que abarcaba la totalidad de aquel paisaje desprovisto de vida. La brisa jugueteaba con los mechones de su lustrosa cabellera negra.

Tabitha abrió la boca para preguntarle qué era aquella cosa negra que flotaba sobre los restos de Hannah, pero algo se lo impidió.

La observó con más atención y se dio cuenta de que sabía qué era.

Era un objeto rechoncho y metálico de un negro reluciente. Tenía la cabeza muy grande y el cuerpo de un niño, pero carecía de miembros. Estaba metido en una bolsa de plástico que lo cubría hasta la barbilla.

La criatura (era real y estaba viva, de eso no había ninguna duda) se hallaba sentada sobre un disco de metal plateado que flotaba en el aire y les daba la espalda. Tabitha pudo ver que poseía una cola de metal plateado y que la punta desaparecía dentro de una toma disimulada entre la hierba.

Nunca había visto una de esas cosas, pero sólo podía ser...

Marco y Tabitha alcanzaron a los Gemelos y fueron hacia la nube sin separarse los unos de los otros.

La criatura se volvió hacia ellos.

Y miró a Tabitha.

Los ojos que se clavaron en su rostro eran de un color rojo cereza y brillaban como los pilotos traseros de un vehículo visto a gran distancia.

Era un Querubín, y estaba tan cerca que habría podido tocarlo. Un Querubín en un orbital humano... ¡Un Querubín en una instalación subterránea!

Tabitha sintió como si un carámbano acabara de atravesar su cuerpo hendiéndolo desde la cabeza hasta los pies. Estaba paralizada. Estaba más fría y tesa que Hannah Soo. Había estado contemplándolo todo boquiabierto desde que entraron en las cavernas de Plenty, y lo que tenía delante hizo que se quedara tan inmóvil como una estatua y que su boca se entreabriera un poquito más.

La sensación sólo duró un segundo.

Tabitha bajó la mirada y clavó los ojos en la mujer que flotaba envuelta en la nube. Lo que estaba viendo parecía imposible —aunque el aceptarlo resultaba más vital que nunca porque necesitaba sacar dinero de aquello y, maldita sea, tenía que conseguirlo lo más deprisa posible—, pero Tabitha descubrió que no la impresionaba. Después de haber visto al Bebé nacido en el espacio nada podía sorprenderla y nada parecía tener significado.

—Se llama Xtasca dijo Saskia, quien era la única que parecía dispuesta a darle alguna explicación sobre lo que estaba viendo—. Creemos que es una hembra

Mogul contempló a su hermana con los ojos entrecerrados y una sonrisa condescendiente aleteó sobre sus delgados labios.

—Fantasías y suposiciones dijo muy despacio—. Han abolido el sexo.

A juzgar por su expresión, el que hubieran abolido el sexo le parecía infinitamente lamentable y, al mismo tiempo, terriblemente divertido.

—Creo que es una hembra dijo Saskia mirando a Tabitha mientras hendía el aire grácilmente con un dedo—. ¿No te parece que es una hembra?

Tabitha volvió la cabeza hacia la criatura y se encogió sobre sí misma nada más verla. El Querubín seguía observándola. Tabitha sintió repugnancia, fascinación... No estaba muy segura de cuáles eran sus sentimientos. Estaba algo mareada. Se preguntó si seguiría en la fiesta de Schiaparelli con la cabeza convertida en un laberinto de espejos por los vapores, la cerveza y aquel magnífico cristal de Ofir, y si todo lo ocurrido desde entonces no habría sido más que una compleja y detalladísima alucinación.

—Marco... —se oyó graznar.

El Querubín volvió la cabeza y clavó los ojos en Marco. Tabitha tenía que mirarle. No podía apartar la mirada de aquella criatura increíble.

—Siente una cierta irritación —dijo Mogul mirando a Marco.

—Está enfadada contigo —dijo Saskia mirando a Marco.

Mientras tanto Hannah Soo había empezado a hablar y nadie la escuchaba.

Sus ojos estaban abiertos y clavados en la nada. Sus palabras brotaban de la caja vocal que adornaba su garganta como si fuera una joya enorme y de pésimo gusto. La caja hacía que su voz sonara como un zumbido exhausto.

—... antes de que Sinceridad tuviera un estadio —dijo la difunta Hannah Soo.

Sus labios y sus ojos no se movieron, pero debajo de su piel entre amarillenta y cetrina había un continuo desfile de formas geométricas que cambiaban y se confundían entre sí. Era como si se estuviera cristalizando por dentro.

Parecía pensar que estaba hablando con Xtasca el Querubín.

—Su madre era una gran mujer —dijo Hannah Soo—. La propietaria y directora del primer circo orbital... —Se rió—. ¡Elefantes en caída libre!

El Querubín habló.

—Hola, Marco —dijo.

Xtasca el Querubín tiene la voz que podría esperarse del simulacro de una niñita si ese simulacro fuera tan perfecto que no se lo pudiera distinguir de la realidad y, en cierto sentido y siempre que se nos permita una cierta amplitud en cuanto a lo que se considera perfección, Xtasca el Querubín es precisamente eso.

—Hola, Xtasca dijo Marco sin prestarle mucha atención.

—Llegas tarde —dijo Xtasca.

—Tuvimos algunos problemas con un robot —dijo Marco.

—Y menudo jaleo armaste dijo Xtasca.

Parecía una niña riñendo a sus muñecas.

Marco ignoró la reprimenda.

—Y el taxi en el que íbamos se averió dijo en un tono más bien seco.

—Marco... —dijo Tabitha intentando que su voz sonara lo más firme e imperiosa posible—. Dinero —añadió—. Teléfono.

Miró a su alrededor. La hierba, el bosque... Un equipo tan sofisticado tenía que incluir un teléfono en alguna parte.

—El primer circo orbital —explicó la muerta—. ¿Te lo he contado alguna vez?

Xtasca había vuelto a concentrar su atención en Tabitha apenas abrió la boca.

—¿Qué es? —preguntó.

—Xtasca, te presento a la capitana Tabitha Jute de *la Alice Liddell*. Tabitha, te presento a Xtasca —dijo Marco—. Xtasca es un Querubín y, aparte de eso, es el quinto miembro de Contrabando.

—Sí —dijo Xtasca.

La criatura giró sobre sí misma y los rayos de sol hicieron que su traje de apoyo vital se iluminara con un resplandor opalescente. Tabitha no estaba muy segura de a qué estaba asintiendo. La voz del Querubín era la mismísima encarnación de la autoridad desprovista de alma o sentimientos. Nunca había oído una afirmación tan terrible y definitiva.

—Ya hablaremos de eso más tarde —dijo Marco volviéndose rápidamente hacia Xtasca—. Tabitha... —añadió cogiéndola por el brazo. La sacó del radio

de acción de la mirada de Xtasca y la hizo girar hasta dejarla de cara al cadáver congelado—. Tengo que presentarte a otra persona..., una persona muy especial para todos nosotros. Te presento a Hannah Soo —dijo—. Es nuestra agente.

La muerta dejó de balbucear.

—Ah —exclamó la caja vocal colocada sobre su garganta—. Estás aquí. Todos estáis aquí. Puedo veros. Estáis de pie a mi alrededor, ¿verdad?

—Todos estamos aquí, Hannah —dijo Marco—. Estamos listos para la función.

—Sí, Marco —dijo Hannah—. Puedo verte. Puedo veros a todos. Pero... ¿Quién está contigo? ¿Es de Tritón? No sé nada de ellos. Ah, ya no se puede confiar en la gente. No es como en los viejos tiempos, cuando...

—Hannah, te presento a Tabitha Jute, nuestra nueva piloto. Disculpa que te interrumpa, pero... Bueno, se trata de un asunto bastante urgente. Le debemos un poco de dinero.

—¿Cuánto dinero? jadeó la caja vocal de Hannah Soo.

—Doscientos cincuenta escutari dijo Tabitha en voz alta, quizá porque era su primera conversación con una persona muerta—. Mil quinientos si he de llevarles a Titán.

No sabía nada sobre los Elegidos Congelados ni sobre su perspectiva privilegiada de las cosas, y pensó que debía alarmarla todo lo posible sin perder ni un segundo.

El truco pareció funcionar. O quizá sólo fuese un ritual, igual que cuando trataba con un cliente vivo.

—Tanto dinero.

—Tiene que hacer una reparación en la nave antes de llevarnos —dijo Marco.

—Pero necesito los doscientos cincuenta escutari antes de poder hacer la reparación —le corrigió Tabitha—. Por haberle traído aquí... —añadió.

—No sé, Marco... —dijo Hannah Soo. Era como si Tabitha no hubiese abierto la boca—. Es mucho dinero.

Marco se inclinó sobre ella y movió las manos a toda velocidad delante de aquel par de ojos ciegos.

—Hannah, tenemos que resolver este asunto ahora mismo. Lo que intento decirte es que... Bueno, no podemos perder el tiempo discutiendo, de veras. Ya hablaremos de ello después de la función.

—¿Y el transporte regular? ¿Qué ha sido de los Armstrong Súilleabháin? Eran unos chicos muy agradables...

—No se podía confiar en ellos, Hannah —dijo Marco—. Tuve que prescindir de sus servicios. Tabitha es distinta. Se puede confiar en ella.

—Ssssí... —murmuró pensativamente la caja vocal de Hannah—. Veo que su aura es muy intensa. Creo que has sabido escoger con acierto, Marco. Su contribución será decisiva.

—Estupendo —dijo Tabitha—. Bueno, he de confesar que me encanta oírsele decir.

Frunció el ceño y contempló a los que le rodeaban. Todos rehuyeron su mirada..., todos menos Xtasca. Xtasca seguía con los ojos clavados en ella. Era como estar delante de un ídolo acurrucado sobre una bandeja de acero inoxidable, un ídolo de ébano con rubíes por ojos.

Tabitha se apresuró a desviar la mirada.

—Bueno, ¿y qué hay de su contribución? —preguntó volviendo la cabeza hacia Hannah. Intentó patear una pella de tierra inexistente. El sonido le hizo pensar que había una capa de espuma de roca oculta debajo de la hierba—. Si no consigo mis doscientos cincuenta escutari ahora mismo no tendrán ninguna maldita nave en la que viajar —dijo poniendo mucho énfasis en cada palabra—. Marco puede explicárselo todo. ¿Hay algún teléfono cerca de aquí? Tengo que hacer una llamada.

—Tienes que entregarle su dinero ahora mismo, Marco —murmuró la muerta.

—No tengo dinero —replicó Marco.

—Yo tampoco, querido —dijo la caja vocal de Hannah Soo.

El tono de voz se había vuelto repentinamente seco, o quizá sólo fuera un fallo momentáneo de la maquinaria.

—Usted vive aquí —dijo Tabitha, y apenas hubo hablado se dio cuenta de que quizá no había escogido el verbo más adecuado a la situación—, ¿y espera que me crea eso?

—No siempre consigue que le dejen usar la Pradera —dijo Saskia intentando aplacarla.

—Tabitha, no puedo pagarte hasta después de la función. Te pagaré en cuanto el Jardín Mercurio me haya pagado.

—Necesitamos un adelanto dijo Marco como si no hubiera oído ni una sola palabra.

—¿Otro?

—Este asunto es muy importante y habrá muchos gastos dijo Marco—. Recuerda de qué asunto te estoy hablando, Hannah... No es lo de costumbre, ¿te acuerdas?

—Marco, esta amiga tuya... ¿Es de Tritón? —preguntó Hannah—. Llevo muchísimo tiempo sin tener noticias de Tritón. Espero que los capellanos no hayan descub...

—Tabitha está loca por nosotros, Hannah dijo Marco interrumpiéndola—. Tal y yo estábamos en Schiaparelli y nos vio actuar.

—Ah, Schiaparelli... dijo Hannah con la voz impregnada de nostalgia.

Tabitha dejó escapar el aliento que había estado conteniendo por entre los dientes y giró sobre sí misma. Estaba harta. Volvió la cabeza hacia las verdes avenidas de aquel bosque ilusorio, decidida a no perder de vista la salida.

—Me acuerdo de Schiaparelli. El olor de los melocotoneros en flor a la orilla del Gran Canal... Estuvimos en el albergue de caravanas y hablamos sobre una nueva síntesis del arte y la ingeniería. Una rana anaranjada...

—Te hemos traído una cinta, Hannah —dijo Marco dando unos pasos hacia Tabitha.

Tabitha le lanzó una mirada bastante suspicaz. Marco hizo cuanto pudo para no mirarla a los ojos.

—Es una cinta magnífica —estaba diciendo—. Es para ti, para que la compartas con tus amistades —añadió como si esperara que aquello bastaría para convencerla de que le diera el dinero.

—¿Una cinta? —preguntó Hannah con voz temblorosa—. ¿Una cinta de Tritón?

—Sí —dijo Marco enfáticamente—. Has acertado, Hannah. Es una cinta de Tritón

—Estupendo. Estupendo. Ponla.

Marco metió la mano en la nube y desconectó la alfombrilla ambiental.

Xtasca se movió más deprisa que el rayo.

—Así no —dijo con voz estridente, y se lanzó sobre él.

—¡He de ver lo que estoy haciendo! —protestó Marco.

Apartó al Ouerubín con un brazo. Cogió la bolsa de Tabitha con la otra mano apartándola de su cadera e intentó tirar de la cremallera.

Tabitha empezó a tirar de su bolsa, pero Marco había conseguido cogerla por la tira. Abrió la cremallera, metió la mano en la bolsa y hurgó frenéticamente en su interior. Tabitha ya sabía lo que iba a sacar de ella: una cinta negra sin etiquetas ni marcas.

Marco sacó la cinta y la metió en la unidad que había junto a la cabeza de Hannah.

—Oh —dijo la muerta. No parecía haberse enterado del forcejeo—. Es fascinante. Realmente fascinante...

Su nube se había disipado junto con la Pradera en cuanto Marco desconectó la alfombrilla. Los árboles, la hierba, el sol y todo lo demás habían desaparecido. Hannah Soo yacía sobre una lámina de acero inoxidable de la que goteaba agua con el cuerpo metido en un saco de dormir de plástico gris. Su cabeza estaba cubierta de electrodos y tenía escarcha en el pelo.

Estaban en una caverna de reducidas dimensiones llena de generadores de éstasis y proyectores direccionales de microondas anticongelantes. La transformación repentina del ambiente pareció desorientar a Tal. El loro se dejó dominar por el pánico y se lanzó en línea recta hacia una ventana. Tabitha vio como chocaba con la ventana, caía sobre la espaciosa cornisa de plástico blanco que había debajo y empezaba a dar vueltas por ella intentando

recobrase. El impacto había creado un agujero en la capa de condensación que cubría la ventana.

Tabitha volvió la cabeza hacia la ventana. La caverna de Hannah formaba parte de una cadena de burbujas de formas irregulares esparcidas sobre las paredes de una caverna mucho más grande. Debajo de ellas había avenidas repletas de congeladores criónicos que se extendían formando hileras paralelas hasta perderse en la lejanía.

—¡Deben estar diciendo que no tardaremos en recibir ayuda! —exclamó Hannah.

Parecía muy contenta.

Xtasca consiguió hacer volver la Pradera, pero antes pasaron unos segundos en la Sala del Gran Consejo, en el Valle de los Reyes y en la cima del Monte Pelado. El Querubín acabó de sintonizar la Pradera con la punta de su cola sin dejar de murmurar entre dientes.

Hannah Soo volvía a yacer en el interior de su nube con los dibujos cristalinos cambiando y moviéndose lentamente debajo de la piel de su rostro mientras escuchaba la cinta. El sol seguía a la misma altura. Los mismos pájaros cantaban en el mismo bosque de antes.

—De acuerdo —dijo Marco.

Parecía haber tomado una decisión. Sacó la cinta de la nube y la limpió con el extremo de una manga.

—¿Marco? —preguntó Hannah Soo—. Marco, ¿sigues ahí?

Marco no le hizo ningún caso. Estaba observando la cinta para averiguar hasta dónde había corrido.

—¿Lo has recibido, Hannah? ¿Ha llegado hasta ti?

—Oh... jadeó Hannah—. Están aquí. Siguen aquí. Puedo sentir su presencia rodeándome por todas partes.

—Ya, ya —dijo Marco, aunque estaba claro que no la escuchaba—. Oye, cariño... Tenemos que irnos. La función debe empezar. —Dio unas palmaditas sobre uno de los marchitos hombros de la muerta—. Ven, Tal —dijo.

Los Gemelos habían rescatado al loro de la cornisa y estaban acunándolo en sus manos con las cabezas inclinadas sobre su revuelto plumaje.

—Marco, ¿y mi dinero? —preguntó Tabitha con voz irritada.

Faltaban veintidós minutos para que expirara el plazo. Podían pasearla a toda velocidad por un millar de mundos imaginarios, bombardearla con las tonterías suficientes para que su cabeza acabara dando vueltas, colocar cintas dentro de su bolsa de viaje y sacar banderas de todas las naciones de sus orejas, pero no podían ocultarla de la policía. Los policías de Schiaparelli informarían a los eladeldis y los eladeldis podían llegar hasta ella y quitarle a *la Alice* incluso si estaba en las profundidades de Plenty. La claridad mental que proporciona la desesperación le hizo comprender que aunque no se lo

demonstrara nunca sentía un profundo amor hacia aquella maltrecha navecita. Y jamás se lo había dicho...

Marco la empujó en dirección al bosque y tiró de ella hacia la escalera. — Después de la función —prometió—. Será lo primero que hagamos —dijo, y giró sobre sí mismo para coger a Tal de las manos de Saskia y devolver el aún algo aturdido pájaro a su hombro—. ¿Estamos todos? ¿Mogul, Xtasca?

—¡Entonces será demasiado tarde, Marco!

Marco se quedó inmóvil un peldaño por encima de ella y le puso las manos sobre los antebrazos para tranquilizarla.

—No te preocupes —dijo—. ¿Tan preocupada estás? Bueno, pues llámales. Diles que el dinero ya está en camino.

—Ni lo sueñes dijo Tabitha con irritación—. ¿Tienes tu cinta o has vuelto a meterla dentro de mi bolsa?

—Dijiste que la llevarías por mí.

—¿Que yo...? ¿Cuándo dije eso?

—En la fiesta.

—Un día rey seré y en reina te convertiré... —le prometió Tal, que ya parecía totalmente recuperado.

—¡Tal, cállate! —gritó Marco.

Bajaron a toda velocidad por la escalera con Xtasca yendo en último lugar. Su bandeja—platillo volante emitía un suave zumbido y la corriente de aire que creaba hacía revolotear los cortinajes que iba dejando atrás.

El fuego fatuo de color verde les estaba esperando en el pasillo oscilando lentamente de un lado a otro.

—¿Han observado algún defecto o problema con el equipo? —preguntó la voz del ambiente.

—No, no, todo ha sido realmente magnífico —murmuró Marco en tono reverente.

—El equipo de mantenimiento no debe sufrir ninguna clase de reajuste —dijo el ambiente con lo que a Tabitha le pareció una cierta suspicacia—. La cliente y otros clientes podrían sufrir perturbaciones o sentirse incómodos.

—Está perfectamente dijo Marco—. No la hemos molestado. Ha escuchado una cinta, nada más... Ahora está durmiendo. Déjela descansar durante un ratito, ¿de acuerdo?

—Todos los regalos deben ser examinados y anotados en los registros —insistió el ambiente.

—La señora tiene que hacer una llamada urgente —replicó Marco sin dejarse amilanar—. ¿Puede dejarle usar su teléfono?

—Olvidalo —dijo Tabitha.

No estaba dispuesta a ponerse en contacto con la policía para recordarles que existía hasta no tener dinero con el que pagar la multa. Llegaría tarde. Aquellos lunáticos conseguirían que llegara tarde...

Salieron de Sueño Justo por una puerta situada debajo de la curvatura de la cúpula verde y emergieron a un balcón con forma de losa desde el que se dominaba un precipicio de quinientos metros. Más abajo estaba el abismo, la inmensa y reluciente cicatriz cubierta por capas de matorrales tan enfermizos que parecían costras. Hacia la mitad del precipicio se podían ver unos cuantos cangrejos de hierro que se deslizaban lentamente alrededor de los restos de varios vehículos. Algunos grupos de personas los observaban sin mucho interés desde los balcones de los hoteles. Las bóvedas marrones parecidas a tubérculos de la arquitectura alienígena se alzaban sobre sus cabezas hasta perderse en la oscuridad.

Fueron a toda prisa por la pasarela de cemento que bordeaba toda la pared del abismo. Hacía frío, y la atmósfera estaba llena de polvo. Había retazos de hielo sucio esparcidos un poco por todas partes. Tabitha podía oír un débil lamento que sonaba bastante cercano, pero no había forma de saber si era humano, alienígena o mecánico. El sonido empezó a ponerla nerviosa, y un instante después se dio cuenta de que procedía del pico de Tal. El loro estaba canturreando para sí mismo.

Apretó el paso y siguió a Xtasca. El Querubín iba en línea recta hacia los ascensores.

Dieciocho minutos. Diecisiete. Dieciséis.

Cuando llegó a los ascensores volvió a evaluar las probabilidades de salir bien librada que tendría si les dejaba, volvía lo más deprisa posible a *la Alice* e intentaba huir en ella. Sus perspectivas de conseguirlo no parecían demasiado buenas.

Intentó consolarse pensando que la función quizá acabaría a tiempo y que el número de cabaret de los lunáticos terminaría antes de que los gigantescos y lentos engranajes de la maquinaria policial de dos mundos consiguieran sincronizarse para aplastarla o antes de que los policías de Plenty recibieran un mensaje de los eladeldis ordenándoles que requisaran *la Alice*. En caso contrario se aseguraría de que Marco Metz no tuviera más remedio que sacarla del apuro. Si se metía en algún lío por su culpa, Marco tendría que pagar todos los platos rotos.

Una cápsula abrió sus puertas y se apelonaron dentro de ella. Subieron, subieron y subieron hasta llegar al Jardín Mercurio, el punto más alto del caparazón de tortuga que es Plenty.

El Jardín Mercurio ha vuelto a abrir y cuando Marco Metz actúa en él nunca hay ni un solo asiento libre. Marco se ha dado prisa y ha sabido explotar la curiosidad popular y el lógico deseo de ver a los principales protagonistas de nuestra aventura. Esa noche el local no estaba muy concurrido. La clientela compuesta mayoritariamente por humanos—, consumía cenas no demasiado apetitosas y lanzaba alguna que otra mirada a sus relojes o al escenario vacío.

Casi ninguno de ellos tenía la más mínima idea de qué o quién era Contrabando, y no había ninguna atmósfera de expectación. Los comensales se

quedaban a ver el espectáculo, pero sólo porque habían gastado todo su dinero en las galerías de tiro y los casinos y no tenían ningún sitio mejor al que

ir. Los camareros de metal plateado rodaban cansinamente alrededor de las mesas, yendo y viniendo de un lado a otro con sus bandejas medio vacías.

El Jardín Mercurio es un anfiteatro natural o, por lo menos, es todo lo natural que puede serlo algo en Plenty. El local ocupa una caverna imponente que sirvió como centro de mando del enjambre frasque, una especie de cuenco protegido por un techo oscuro en forma de cúpula tachonado por claraboyas esparcidas al azar detrás de las que se puede ver el brillo distante de las estrellas. Una vez eliminadas las mesas, el Jardín Mercurio es capaz de acomodar a varios millares de espectadores dispuestos alrededor del escenario, un rugoso pináculo de la misma materia prima con que está hecha toda la estación y que, como ya he dicho, es muy parecida al cuerno o al hueso. Hubo un tiempo en el que la Reina de los frasques ocupó este lúgubre podio que brota del centro de la caverna para emitir sus estridentes decretos mientras las ruidosas masas de sus súbditos se arrastraban y se pisoteaban los unos a los otros, agitándose por toda la hondonada rocosa que se extendía debajo de ella.

Cuando Tabitha llegó allí acompañada del grupo Contrabando la oscura grandeza primigenia de ese ambiente bárbaro quedaba un poco disminuida por el despliegue de globos luminosos, baterías de instrumentos emisores de haces musicales e hileras de monitores audiovisuales. Un mediocre número de discoteca intentaba interesar a la clientela y no lo estaba consiguiendo.

—Este sitio nos gusta mucho —le confió Saskia deslizando su brazo sobre el de Tabitha.

—Tiene atmósfera—dijo Mogul.

—El público es bastante soso—admitió Saskia.

—Pero nosotros somos magníficos —afirmó Mogul.

El plazo de Tabitha acababa de expirar. El universo iba a desaparecer y estaba muy cansada. *La Alice Liddell* había sido confiada a sus cuidados. Si no conseguía conservarla, mantenerla a punto y protegerla de las garras de esas autoridades arbitrarias siempre dispuestas a interferir en la existencia de las personas corrientes..., entonces perdería su medio de ganarse el sustento, su hogar y su autorrespeto. Lo perdería todo. Marco empezó a revolotear alrededor de ella consiguiéndole una buena mesa y pidiendo una botella de un vino muy caro que no quería y una comida que no tenía apetito para engullir. Tabitha decidió desconectarse de cuanto la rodeaba.

—Seguid con lo vuestro —le dijo con ferocidad.

La gente les estaba mirando.

La intensidad de las luces fue disminuyendo poco a poco. El espectáculo iba a empezar.

Era un número bastante sofisticado y elegante. Tabitha picoteó su comida y esperó a que terminara.

Mogul estaba sentado en el centro del escenario con las piernas cruzadas tocando un teclado diminuto del que brotaban sonidos que hacían pensar en una bandada de gansos volando a gran distancia de allí.

Tal empezó a gimotear una melodía atonal.

*Cuando llueve en el cielo
Todo el mundo se sienta debajo de un paraguas inmenso
A beber ginebra
Y envían donativos
A los que sufren en el infierno.
Se acurrucan en el cielo
Entregándose a los recuerdos
Y se van repitiendo
Que, por suerte, han acabado saliendo a sus padres.*

El que un loro cantara produjo el leve efecto de sorpresa habitual y el público aplaudió durante unos momentos, pero enseguida volvió a reanudar las conversaciones interrumpidas. Tabitha intentó que su cabeza dejara de inclinarse hacia el reloj del monitor y no lo consiguió. "¿Cuándo acabará esto —se preguntó—. ¿Cuándo conseguiré mi dinero y podré salir de aquí?"

Una ola de fatiga se fue extendiendo por todo su organismo y la hizo tambalearse en su silla. El otro Gemelo había subido al escenario y los dos estaban haciendo cosas desagradables de forma absolutamente simétrica.

Tabitha echó vino en su copa y la apuró de un trago. Volvió a llenarla. El pretencioso y lento espectáculo seguía desarrollándose al otro lado de una lámina de cristal.

El único acontecimiento real fue la aparición de Xtasca. El Querubín montado en su platillo volante bajó rápidamente desde el techo de la caverna.

Durante un momento Tabitha creyó que iba a cantar, pero Xtasca no cantó. No hizo nada. No era necesario que hiciese nada. En cuanto el halo que parecía surgir de la nada iluminó a la reluciente silueta negra vestida con su traje opalescente todos los presentes se quedaron callados. Esto era lo que habían venido a ver, suponiendo que hubiesen venido a ver algo.

Tabitha sintió el escalofrío mezcla de horror y fascinación que la había electrizado en la Pradera de Sueño Justo. La sensación se fue materializando en la caverna hasta adquirir la amenazadora solidez de una ola que se ha quedado inmóvil un segundo antes de romper contra la playa. La reacción en forma de zumbido no tardó en llegar. ¿Qué era eso..., un Querubín? ¿Y qué estaba haciendo nada menos que un Querubín en un cabaret humano? ¿Qué estaba haciendo ese Querubín en un lugar cerrado? No podía ser un Querubín. Era un autómata, una marioneta robotizada.

El teclado de Mogul emitió un arpegio de acordes sombríos y estridentes para acompañar el descenso del Querubín. La criatura volvió la cabeza y su mirada rojo rubí se deslizó sobre la escasa clientela del local. Alguien chilló, pero el grito no tardó en ser ahogado. Los cubiertos y las copas dejaron de hacer ruido y los comensales alzaron los ojos para contemplar el rostro del futuro. Los más religiosos acariciaron disimuladamente las cuentas de sus rosarios, y los demás se limitaron a contener el aliento durante un segundo sintiendo una temblorosa gratitud por ser meros humanos y se preguntaron durante cuánto tiempo lo seguirían siendo.

Tabitha hizo exactamente lo mismo que ellos, y acabó decidiendo que ya estaba harta de todo aquello. No podía seguir soportándolo ni un segundo más.

Saskia fue hacia el centro del escenario pedaleando en un monociclo. Mogul se puso en pie. El teclado siguió emitiendo sus acordes. Mogul materializó de la nada una delgadísima sábana negra y la arrojó por encima de Saskia y su monociclo.

—Este número se llama "Sonrisa de un solo labio" —anunció uno de ellos.

Tabitha no estaba muy segura de quién había hablado, y pensó que las palabras quizá hubieran brotado del teclado.

El monociclo cayó al suelo con un golpe seco y la sábana se derrumbó sobre él. Saskia se había esfumado. Xtasca también había desaparecido.

Los aplausos fueron todavía más breves y menos entusiásticos que antes.

Mogul hizo un pase en el aire y alzó el guante de Marco sobre su cabeza. El guante estaba tocando una melodía rápida y alegre, y un instante después Marco emergió de un cono de sombra y empezó a manipularlo.

Tabitha no tenía ni el más mínimo deseo de verle actuar. Dejó de prestar atención a lo que le rodeaba y se fue adormilando.

La música fue interrumpida por un chirriar ululante absolutamente insoportable. Tabitha pensó que ni el artista más excéntrico habría tenido el valor de arrancar semejante sonido a su guante o su teclado.

Todas las luces del local se encendieron de golpe. Los camareros se quedaron inmóviles durante una fracción de segundo y empezaron a retroceder velozmente hacia la cocina.

Hubo un murmullo general de sorpresa y consternación. Los clientes se pusieron en pie y señalaron hacia el techo.

Tabitha siguió la dirección que indicaban todos aquellos brazos extendidos.

Dos cometas negras en forma de delta caían velozmente desde las alturas sin hacer ningún ruido.

La policía acababa de llegar.

Aquel ruido horrible seguía y seguía como si no fuese a terminar nunca. Mogul y Marco estaban arrojando cosas dentro de una maleta. Los comensales se habían puesto en pie derribando sus sillas, gritaban y volvían la cabeza hacia los robots que seguían retirándose en dirección a la cocina. Unas cuantas personas blandían armas y corrían hacia las salidas.

Tabitha cogió su bolsa de viaje y echó a correr.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

A0a]XXc:B27! / Aa,A/ I 09€[222M

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 11.07.11

ADELANTE

Alice, ¿recuerdas la vez en que llevamos a bordo a un eladeldi?

SÍ. EL SEÑOR TREY... SE LLAMABA ASI, ¿VERDAD?

Sí.

¿Y QUÉ HACÍA?

Perder el tiempo revolviendo montañas de papeles viejos.

TODOS ESOS ARCHIVADORES... ¿ESTABAN LLENOS DE PAPELES VIEJOS?

Aparentemente sí. Cincuenta archivadores de acero gris con cuatro cajones en cada uno, y cada cajón estaba lleno de papeles viejos.

¿APARENTEMENTE? ¿POR QUÉ HA DICHO "APARENTEMENTE"?

Porque nunca vi ni la esquina de un solo papel.

¿Y NO SINTIO CURIOSIDAD, CAPITANA?

Mucha. Sentí muchísima curiosidad. De ahí vino todo.

OH, UNA HISTORIA DE MISTERIO... QUÉ BIEN.

Ocurrió en la Tierra. Tú estabas en el Puerto de Brasilia y yo me encontraba a unos cuantos kilómetros de distancia. Estaba durmiendo en un motel barato. La recepcionista fue hasta mi cabaña y llamó a la puerta. Eran las cinco de la madrugada. "¿Capitana Jute? —dijo—. La llaman por teléfono". Nadie sabía que estaba allí, y el que me llamaran por teléfono ya era sorprendente. Había salido del puerto en la bicicleta y escogí aquel motel como podría haber escogido cualquier otro.

Cogí el teléfono y oí una voz que hablaba con acento norteamericano. Me pareció que era una mujer, pero también podría haber sido un robot.

—¿Capitana Tabitha Jute? —preguntó la mujer o el robot.

—Sí —dije yo.

—¿Es usted la propietaria y conductora del transporte espacial de mercancías clase Bergen K Bravo Golf bla—bla—bla? —quiso saber.

—Sí —dije yo.

Me pregunté qué norma habría infringido y cuánto dinero iba a costarme la infracción.

—¿Su vehículo está disponible actualmente? —preguntó.

Desperté de golpe y le dije que sí.

—Diríjase inmediatamente a bla—bla—bla —dijo la voz, y yo le dije que esperara un momento y cogí algo para anotarlo.

Me envió a una pista fría y azotada por el viento en pleno centro de la nada. Era una de esas propiedades de las llanuras del centro del país, las que son todas iguales y no se pueden distinguir unas de otras.

LA GENTE QUE VIVE ALLI LO LLAMA KANSAS, CAPITANA.

Gracias, Alice.

Control no respondía, no había nadie de servicio y tampoco había nadie visible salvo algunos chicos que treparon por la alambrada para alzar la cabeza hacia nosotros, así que fui bajando. Salí y decidí echar un vistazo. La puerta estaba cerrada, y me pregunté si la llamada no habría sido alguna broma pesada. Decidí esperar y ver quién aparecía para reírse de mí.

Lo que apareció fue una nube de polvo con un jeep y un camión dentro de ella. Tanto el jeep como el camión eran de color gris y no llevaban ninguna marca o identificación. Se detuvieron delante de la puerta y vi bajar a dos tipos del jeep. Uno de ellos era humano.

Me acuerdo muy bien de él. Se llamaba Dominic Wexler. Era alto y flaco, con una cabellera rubia cortada casi al cero y gafas de espejo. Llevaba un traje gris azulado con las rayas tan bien planchadas que habrías podido cortar el pan con ellas, una camisa azul pizarra de botones y una corbata de cuero llena de arruguitas. Aparte de eso, también llevaba encima una identificación de la Fuerza Aérea y la llave que abría la puerta.

El otro no tenía ninguna identificación, pero no le hacía falta. Era un eladeldi. Su vello era de un color azul desvaído, como el que adquiere la nieve algunas veces, y llevaba una camisa tubular muy ceñida de color azul y unos pantalones azules que terminaban a medio camino de sus piernas peludas..., parecían unos pantalones de montar. Llevaba la cara rasurada, y si ves a un eladeldi con la cara rasurada eso quiere decir que le han asignado a la Tierra y que está en servicio activo.

El teniente Wexler abrió la puerta y movió la mano indicándole al camión que avanzara.

—¿Está preparada para cargar, capitana? —me preguntó—. Nos gustaría salir lo más pronto posible.

Volvió la cabeza hacia los chicos de la alambrada y les observó con tanta suspicacia como si pudieran ser espías.

—¿Nos gustaría? —repliqué yo.

—Sí, señora. El señor Trey y yo la acompañaremos durante el curso de esta misión.

Le expliqué que normalmente no trabajaba así, y él dijo que lo entendían, pero que iba a transportar material muy delicado. El material muy delicado parecía ser los montones de archivadores que estaban bajando del camión.

—¿Qué hay dentro? —pregunté.

—Documentos—dijo él.

—¿Documentos? —pregunté.

—Nada más que documentos—replicó él.

Le hice sudar bastante antes de acceder.

¿Y POR QUÉ HIZO ESO, CAPITANA?

Bueno, Alice, la verdad es que aún no sé muy bien por qué lo hice... Creo que fue porque empleó la palabra "misión". Es una palabra que nunca me ha gustado. Yo no me gano la vida aceptando "misiones", ¿sabes? Acepto trabajos, no misiones. Supongo que fue por eso... Pero él no paraba de repetir que lo comprendían y que me necesitaban, y llegó al extremo de quitarse las gafas. Era más joven de lo que me había parecido al principio. Debía tener mi edad, unos veintitantos años, y sus ojos eran tan azules como todo lo demás. Trey se limitó a contemplarme en silencio desde detrás de sus párpados caídos con la lengua asomando un poquito por entre los labios como suelen hacer los eladeldis.

Acabé dejándome convencer. Permití que subieran a bordo, saqué las unidades de los huecos y les ordené que empezaran a cargar los archivadores.

Les dije que tendrían que usar los dos camarotes porque no quería que hubiese nadie en la cabina cuando estaba pilotando.

—Wex-ler—dijo el eladeldi.

Wexler puso cara de sentirse bastante incómodo.

—Su nave pondrá rumbo hacia un destino que no podemos revelar de momento —dijo con cierta vacilación mirando al señor Trey—. Razones de seguridad, ¿comprende? Uno de nosotros necesitará tener acceso protegido a su ordenador de vuelo.

—Pues en tal caso me temo que se han equivocado de piloto —repliqué yo.

Me dijo la suma de dinero que estaban dispuestos a pagarme por el viaje.

Les dije que dada la naturaleza de su misión y lo delicado del material que iba a transportar uno de ellos podría ocupar la red del copiloto.

—El otro tendrá que instalarse en un camarote.

—Wex-ler—dijo el eladeldi.

—No me importa ocupar el camarote, señor —dijo él.

Le dije que quitara todos los trastos que había amontonados encima del catre.

—¿Quiere que vaya al camarote y me ocupe de asegurar los correajes?— le pregunté.

—No, muchas gracias, señor... Quiero decir señora. Ya me las arreglaré.

Trey había empezado a meterse en la red del copiloto. Podía oír sus lentos jadeos entrecortados y captaba su olor..., tenía un olor acre y peludo.

¿Y A QUÉ SE PARECE ESE OLOR, CAPITANA?

Al de un perro.

LOS PERROS SON UNOS ANIMALES MUY SUCIOS QUE SIEMPRE ESTAN ARMANDO JALEO, ¿VERDAD?

Sí, Alice.

—¿Necesita alguna cosa? —le pregunté—. Quiero decir que... Bueno, nunca he viajado con un eladeldi, ¿sabe?

No dijo nada. Sus largos dedos azules se agarraban con fuerza a los cables de la red.

—Muy bien —dijo yo—. De acuerdo... ¿Adónde vamos?

Abrió un bolsillo cerrado con velcro de sus pantalones, me entregó un diskette sellado y se puso la terminal del copiloto. Yo no podía creerlo. Ni tan siquiera me había preguntado si podía hacerlo, ¿entiendes? Se había limitado a alargar una mano y se la había puesto en la cabeza como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo, como si se pasara la vida metido en naves de otras personas y el colocarse la terminal del copiloto fuera algo que hacía cada día.

Dejó que despegara. No dijo nada, y no intentó interferir en el procedimiento. Se limitó a quedarse inmóvil junto a mí escuchando y observándome.

Me puse en pie apenas estuvimos en órbita para dejar que trabajaras con el diskette y fui a ver a Wexler. Estaba flotando a cinco centímetros del catre, y aún no se había quitado los correaes. Me pareció que tenía la cara un poquito pálida. Seguía llevando puestas las gafas de espejo y sudaba.

—¿Siempre es así? —le pregunté.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

No sabía de qué le estaba hablando o, por lo menos, no cuando estaba en servicio activo.

—¿Se encuentra bien? Si quiere puede quedarse aquí —dije yo, aunque tenía la esperanza de que preferiría no hacerlo.

—Oh, enseguida iré a reunirme con ustedes —se apresuró a decir—. Si me da su permiso, claro...

Tuve que echarle una mano con los cierres. Era tan torpe que salió despedido del catre y chocó conmigo. Fue un impacto frontal, ¿sabes? Salí disparada a través del umbral y tuve que agarrarme a la escotilla de atrás. "Estupendo —pensé—, un novato...". Pero empezaba a caerme bien.

AJA.

Oh, Alice, era tan guapo y tenía un aspecto tan triste e indefenso...

ESTABA PENSANDO QUE QUIZA LE RECORDABA A ESE MOSQUITO LLAMADO MICHAEL.

Nunca había pensado en eso, pero... No, el teniente Dominic Wexler era un chico de lo más blandito metido dentro de una camisa almidonada. Michael pertenecía a la variedad opuesta..., era pura fibra carbonatada hasta el núcleo. Michael era horrible. Ojalá no me lo hubieras recordado.

PODRIA BORRARLE.

No podemos hacer eso, Alice. Al menos no voluntariamente, ¿sabes? Cuanto más te esfuerzas por olvidar algo, más probable es que te vuelva a la memoria en los momentos menos oportunos.

PERDONE QUE SE LO DIGA, CAPITANA, PERO ME PARECE QUE SU MEMORIA ES MUY POCO EFICIENTE.

Tienes razón, Alice. No es muy eficiente.

El teniente Dominic Wexler salió del camarote moviéndose muy despacio, jadeando, resoplando y agarrándose a todo lo que podía alcanzar. No paraba de pedirme disculpas. Estaba haciendo un gran esfuerzo para mantenerse erguido. El extremo de su corbata flotaba por delante de su nariz. Lo bajó de un manotazo y estuvo a punto de salir despedido girando sobre sí mismo.

—Agárrese a estas cosas —dije, y le señalé los aros.

La cosa empezó a ir mejor. Se lanzó decididamente pasillo abajo y me dejó atrás con una risita algo temblorosa, dirigiéndose hacia el próximo asidero mientras seguía intentando poner un pie delante del otro en vez de utilizar los brazos y los hombros.

Quería preguntarle cuál era la razón de que la Fuerza Aérea hubiese enviado a alguien que no tenía ni la más mínima experiencia en condiciones de caída libre, pero no lo hice.

—Su colega no es muy comunicativo —dije.

Wexler puso cara de preocupación.

—Supongo que ya le ha dado el plan de vuelo, ¿no?

—Sí —dije yo—, pero hasta el momento eso es lo único que me ha dado.

—Tenemos que ir con mucho cuidado, señora —dijo.

El siguiente salto le salió un poco demasiado impetuoso y empezó a girar sobre sí mismo. Le rescaté de aquella voltereta pasando un brazo alrededor de su cintura por detrás mientras metía el pie en un aro para impedir que me arrastrara consigo. Wexler acabó apoyado en mi pecho mientras pedaleaba como un loco con las piernas.

—¿Sigue queriendo ser un hombre del espacio? —le pregunté.

—¿Qué ha dicho? —replicó él.

—Nada —murmuré.

Nos encontramos con la nave sistémica capellana unos doscientos kilómetros más allá de la luna. El eladeldi se había pasado todo el trayecto con los antebrazos encima de las rodillas y los ojos clavados en la consola como si entendiera todo lo que tenía delante o como si no tuviera ni idea de qué era, pero apenas vimos la nave cobró vida de repente y empezó a parlotear por el micrófono. La nave capellana era..., bueno, parecía...

NO HACE FALTA QUE SE ESFUERCE, CAPITANA. YA SÉ QUÉ ASPECTO TIENEN SUS NAVES.

No importa, Alice. Deja que intente describirla, ¿de acuerdo?

Su forma era muy parecida a la de dos conos muy largos unidos por la punta. Era de color dorado y había manchitas ámbar y bermellón que se deslizaban continuamente a lo largo de ella. Cuando nos acercamos pude ver que uno de los conos no era realmente un cono. Era más corto que el otro, y

parecía haber sido achatado por la base. Los motores estaban allí, ¿sabes? La nave capellana tenía cinco motores gigantescos... Y el otro cono tampoco era un cono, porque estaba redondeado y en realidad se parecía más a una especie de lágrima alargada que a un cono. Alrededor de la lágrima había un abultamiento que hacía pensar en un collar, y los equipos de comunicaciones brotaban del collar como si fuesen arbolitos metálicos.

Nos acercamos a la nave y nos colocamos en órbita alrededor del punto de unión de las dos estructuras. Cuando cruzamos su eje longitudinal la nave pareció quedar suspendida sobre nosotros con la cola hacia arriba como si fuera un pez dorado de setecientos metros de longitud que intentaba coger algo del fondo de su pecera, y pensé que debíamos parecer un caracol deslizándose por debajo de su vientre. Un instante después ya estábamos demasiado cerca para verla desde esa perspectiva y de repente todo lo que había debajo de nosotros era nave, campos de reluciente metal dorado tachonados de portillas, compuertas, sensores y protuberancias que se movían rápidamente a una gran distancia por debajo de donde estábamos.

El señor Trey seguía hablando en el elaldiano por el micrófono —no paraba de soltar resoplidos y chillidos entrecortados—, y parecía estar leyendo datos de todo el tablero. Mis auriculares estaban mudos, así que no sé con quién hablaba. No sé cómo consiguen hacerlo, pero el caso es que lo hacen. El maldito elaldidi acababa de tomar el mando. No sabía adónde íbamos ni cómo atracaríamos, y me enteré de que habíamos entrado en contacto con el rayo tractor porque oí un golpe ahogado en el casco.

También oí cómo Wexler tragaba saliva. Estaba sentado en la pared con una pierna metida dentro de un aro y la mirada clavada en el parabrisas. Sabía que sus ojos le estaban diciendo que nos precipitábamos a toda velocidad hacia lo que parecía una inmensa peca redondeada de la cubierta dorada y la rendija de color rojo que atravesaba toda el diámetro de la peca.

La rendija roja se colocó en posición horizontal y se convirtió en una galería roja que parecía no terminar nunca. Nos metimos por ella y llegamos a la zona de atraque. Trey dejó que me encargara del aterrizaje y de apagar los motores.

—Ya puede respirar, señor Wexler—dije.

Wexler estaba sentado detrás mío sobre uno de los montones de trastos esparcidos por el suelo. Tenía una mano levantada y se agarraba al aro como si le fuera la vida en ello.

—Un aterrizaje magnífico, capitana—dijo.

Pobrecito... Como si hubiera vivido montones de aterrizajes difíciles.

Me volví hacia mi copiloto, le di una palmada en el hombro y conseguí sobresaltarle un poco.

—¿Ha oído eso, señor Trey? Lo hemos hecho estupendamente.

Se limitó a mirarme sin decir nada. Después bajó la vista hacia el equipo de aterrizaje, que estaba acercando los camiones para la carga. Todos eran elaldidis. Por lo que pude ver todos los tripulantes de la nave capellana eran elaldidis. No sé si le complació ver sus rostros felices y sonrientes, pero si fue así no lo demostró. Salió de la red y se puso en pie.

—Uen abajo, apitana Jute —gruñó—. Un ervicio celente.

—¿Y mi dinero? —pregunté yo.

—El eniente Wex—ler e cargará de ealizar la unción de agador—dijo—. Enga la ondad de ecargar.

Y salió de la nave.

Hice lo que me había pedido. Me volví hacia las pantallas y pude ver a Trey intercambiando las cortesías protocolarias, sellando documentos con la huella de su pulgar y todas esas cosas.

—¿Quiere bajar para saludarles? —pregunté volviéndome hacia Wexler.

Me miró y negó con la cabeza.

—No veo a ningún capellano —dijo como sin darle importancia.

—Nunca se les ve —dije yo.

Los archivadores llenos de material delicado estaban siendo colocados sobre los camiones. Las plataformas de carga eran tan grandes que parecían minúsculos, totalmente insignificantes. Nadie se había referido a ellos ni una sola vez durante todo el viaje.

Wexler se pasó las palmas de las manos por encima de los muslos.

—Bien, capitana... ¿Qué va a hacer ahora? ¿Se tomará un pequeño descanso?

—Sí, pero no aquí —dije yo—. La estación Pascal se está aproximando y ahora debe encontrarse a menos de una hora de distancia. Es un sitio agradable... Tiene buena comida y buenas camas.

—Vaya, sí que parece agradable —dijo él poniendo cara de no estar muy convencido de que lo fuese.

—Supongo que su misión ha terminado, ¿no? —le pregunté.

—Sí. He escoltado al material y al representante hasta el punto de destino, y ya no he de hacer nada más —dijo—. Supongo que debería comprobar la hora de llegada —añadió, y echó un vistazo al reloj—. Correcto.

—Si tiene prisa por volver a la Tierra hay una lanzadera que sale cada media hora de Pascal —sugerí.

—Qué diablos... —replicó él con voz jovial—. Supongo que puedo perder una o dos horas estirando las piernas.

Metí un dedo en la red del copiloto y la abrí para que se instalara en ella mientras le obsequiaba con mi mejor sonrisa.

—En tal caso, ¿por qué no se sienta a mi lado?

QUÉ LISTA ES USTED, CAPITANA.

Sentía curiosidad, ¿sabes? Curiosidad y una sensación de poder... El pobre desgraciado estaba en terreno desconocido y se encontraba a mi merced. Fuimos al Cubo de Pascal y de allí fuimos a una habitación situada en el borde donde hicimos el amor con las persianas subidas y la luz de la Vía Láctea

entrando a chorros por las ventanas. El pobre Wexler se había dado tantos golpes durante el vuelo que estaba lleno de morados.

Cuando hubimos terminado se quedó inmóvil con la cabeza apoyada entre mis pechos.

—Éste ha sido tu primer viaje fuera de la Tierra, ¿verdad, Dominic? —le pregunté.

—No —dijo él—. No, señora, nada de eso... Mi mamá y mi papá me llevaron a la Luna para celebrar mi decimocuarto cumpleaños.

—Yo nací en la Luna—dije.

—Oh, ¿de veras? —murmuró él...

Pasó un rato antes de que volviéramos a hablar.

—No puedo decírtelo, Tabitha, y no puedo decírtelo porque no lo sé.

—Pero los de la base piensan que... —dije yo esperando que mordería el anzuelo.

—Mira, no sé nada así que no puedo decirte nada. —Suspiró—. Pero corrieron algunos rumores y no eran más que eso, ¿entiendes?, rumores, y algunos decían que era algo relacionado con los OVNIS.

—¿OVNIS? —repetí yo—. Nunca he oído hablar de los OVNIS. ¿Es alguna especie nueva?

—No es ninguna especie —dijo él—. Es lo que podrías llamar un fenómeno. Una anomalía histórica.

Los OVNIS eran objetos volantes no identificados. "Platillos volantes", así solían llamarles...

COMO EL DE XTASCA.

Cómo el de Xtasca, sólo que aquellos eran enormes y llevaban gente dentro.

Cincuenta archivadores de acero con cuatro cajones cada uno, un total de doscientos cajones llenos de papeles, montones de cartas y fotografías y recortes de periódico y documentos e informes..., todo relacionado con personas que habían visto naves espaciales alienígenas en el cielo, la mayoría de ellas antes del Pequeño Paso Adelante. Eso es lo que decía el rumor de Dominic Wexler.

La gente ya no ve esas cosas. O... Bueno, supongo que ahora todos las vemos. Y ahora los capellanos tienen las pruebas en su poder.

¿POR QUÉ NOS CONTRATARON PARA LLEVAR LOS ARCHIVADORES HASTA ALLI SI ESTABAN EN PODER DE LA FUERZA AEREA DE LOS ESTADOS UNIDOS?

No lo sé. Probablemente porque querían que todo se hiciera de la forma más discreta posible y sin que figurara en los registros oficiales. Dominic Wexler fue la única concesión que los eladeldi estaban dispuestos a hacer, y no le escogieron porque fuese inteligente. Wexler no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo, ¿entiendes?

Dominic cogió una lanzadera en Pascal para que no nos vieran partir juntos. Recuerdo que estaba tan alegre y animado como un colegial en vacaciones.

—Bueno, Tabitha—dijo—, yo..., eh..., gracias. Ha sido estupendo. Estuviste..., en fin, estuviste..., estuviste soberbia.

Parecía no estar muy seguro de si debía darme un beso o despedirse con un saludo militar. Al final acabó optando por estrecharme la mano. Después se puso sus gafas de espejo y volvió a la Tierra, dejándome en el espacio por donde vagan los platillos volantes.

El Jardín Mercurio estaba casi vacío, pero cuando los policías cayeron del techo deslizándose sobre sus relucientes alas negras hubo una considerable confusión y muchas carreras hacia las salidas. Los policías pasaron tan cerca de Tabitha que su nuca sintió el roce de la corriente de aire que creaban. Se abrió paso a codazos por entre la gente y no miró hacia atrás. Tenía que volver corriendo a su nave..., suponiendo que aún tuviera una nave a la que volver corriendo, claro está.

En aquellos tiempos casi todas las personas que visitaban Plenty tenían en común un cierto grado de aversión a la policía y tomaban todas las medidas que estaban a su alcance para evitar los encuentros con ella. El hecho de que la clientela del Jardín Mercurio tuviera más dinero que la mayoría de los visitantes sólo significaba que eran mucho más hábiles esquivando a la policía. Tabitha y todos los clientes que lo consiguieron se metieron en la primera cápsula de ascensor que llegó por el tubo y empezaron a bajar.

Una vez dentro de la cápsula todo el mundo evitaba los ojos de los demás como si esperara que eso le permitiría volverse invisible. No habían estado allí y no habían visto a nadie.

—No entiendo a qué venía todo eso —dijo un joven que parecía bastante nervioso. Estaba muy borracho, y no había soltado la botella de Astarté Supreme que cogió al salir huyendo de su mesa. Se rió—. Pero ha sido mucho más divertido que ese maldito número de cabaret...

Su acompañante murmuró algo ininteligible que parecía un asentimiento.

"Yo sí sé a qué venía —pensó Tabitha, medio aplastada entre una mujerona sudorosa con un abrigo de piel de foca y una lanza de cobalto Drinski modelo bolsillo—. ¿Quién habría pensado que se lo iban a tomar tan por lo dramático? Una refriega sin importancia en el Gran Canal... Es algo que ocurre veinte veces al día, y ni tan siquiera hubo muertos. Y bastaba con que requisaran *la Alice*, no tenían por qué echarme el guante antes. Están intentando quedar bien con los capellanos —se dijo—. Si ese pequeño bastardo no hubiera chocado con el jodido muñeco..."

Apretó los dientes hasta hacerlos rechinar y se clavó las uñas en las palmas de las manos. "Ya voy, Alice", pensó. Y se preguntó adónde diablos podían ir.

¿La Tierra? Baltasar Plum estaba muerto, y no conocía a nadie más que estuviera dispuesto a esconderla. ¿El Cinturón?

Titán sería el sitio ideal, por irónico que pareciera. Nadie iba allí nunca.

Pero ni tan siquiera tenía el crédito suficiente para cargar los sistemas de la nave.

Tabitha se había percatado del pánico que se adueñó del escenario en cuanto aparecieron los policías. Marco y sus compañeros tenían algo que ocultar, igual que el resto de los presentes, pero eso no la sorprendía en lo más mínimo y Tabitha ya tenía bastantes problemas para empeorar todavía más su situación actual cargándose con los del grupo de artistas.

La cápsula llegó al nivel del hotel y todos los turistas salieron de ella. El ventanal panorámico que había al otro extremo del vestíbulo permitía ver una gigantesca cúpula verde situada al otro lado del abismo que se alzaba sobre las casi peladas copas de unos árboles que parecían muy enfermos. Era la residencia crónica, el edificio de Sueño Justo.

Un escuadrón entero de lustrosas deltas negras estaba sobrevolando el abismo.

El joven de la botella lanzó una exclamación ahogada y corrió hacia el ventanal.

Los planeadores policiales se detuvieron delante de las puertas de Sueño Justo y revolotearon ante ellas subiendo y bajando en las corrientes de aire ascendentes como si fueran tortugas chapoteando en una laguna.

Algo muy grave estaba ocurriendo allí. Aquella noche Plenty había decidido estar a la altura de su reputación.

Las puertas de la cápsula del ascensor empezaron a cerrarse, pero antes de que lo hicieran Tabitha tuvo tiempo suficiente para ver a los policías cyborgs de relucientes armaduras negras que saltaban de los planeadores y se ponían en pie después de rodar ágilmente sobre su espalda. Estaba claro que la corporación Sueño Justo podía permitirse el mejor espectáculo que Plenty era capaz de proporcionar.

Tabitha Jute decidió ir a los muelles. Estaba sola y se sentía bastante desgraciada. Tenía miedo, y estaba muy enfadada. Era como si llevase mucho tiempo teniendo miedo y enfadándose por una cosa u otra. Su idilio con Marco Metz parecía algo ocurrido hacía meses, una diminuta rebanada de tiempo desvanecido vista por el extremo equivocado de un telescopio, algo encerrado en una burbuja que ya no tenía ningún significado.

La cápsula del ascensor volvió a detenerse. Las puertas se abrieron revelando una antecámara cuyas paredes estaban cubiertas por paneles de color azul y magenta claro. Había varias personas esperando en la antecámara.

La más próxima al tubo del ascensor vestía un traje muy holgado de color verde aceituna con un delantal rojo de una tela velluda sobre él. El delantal estaba sujeto por pendientes circulares de bronce labrado atados de forma bastante tosca con unos cordeles. El rostro de la figura quedaba oculto por una máscara de bronce sobre la que había dos minúsculos platos de sensor.

Detrás de aquella aparición había un grupo de hombres y mujeres que vestían taparrabos y llevaban el cuerpo cubierto por gruesas capas de pintura verde. Todos iban armados con rifles láser.

Los integrantes de aquel extraño grupo parecieron sobresaltarse tanto al verla como se había sobresaltado Tabitha al verlos a ellos. Su hiératico jefe alzó una mano y emitió un gruñido.

—No, lo siento muchísimo —se apresuró a decir Tabitha.

Pulsó el botón de cierre antes de que ninguno de ellos pudiera entrar en la cápsula.

Siguió bajando por las regiones aún no cartografiadas de Plenty. Siluetas oscuras se hacían visibles al otro lado de la ventanilla durante un segundo y desaparecían rápidamente envueltas en remolinos de neblina grisácea.

La cápsula se inclinó hacia un lado y empezó a seguir una gran curva. Decenas de puertas iluminadas desfilaron velozmente una detrás de otra.

La cápsula se detuvo con un sonido parecido al que podría crear una pesa hundiéndose en el fango y las puertas se abrieron de golpe. Tabitha vio a veinte perks que corrían a toda velocidad por un túnel bastante parecido a un conducto para arrojar desperdicios. Los perks chillaron y se lanzaron en tropel hacia la cápsula.

Tabitha ya había vuelto a cerrar las puertas.

Se había perdido, y su monitor no servía de nada. Siguió viajando durante un rato, acumulando más y más rabia y frustración cada vez que las puertas se abrían y se cerraban sobre otra escena incomprensible. Vio saurios alados que planeaban de una cornisa a otra en una caverna cuyas paredes estaban incrustadas de joyas y se hallaban tan llenas de agujeros que parecían un arrecife de coral verde. Otra parada le permitió contemplar un corredor abandonado cuyo techo rezumaba hilillos de pestilente agua espumosa que caían sobre una alfombra repleta de tumores fungosos. En un momento dado se encontró delante de una inmensidad negra en la que brillaban frías estrellas blancas. No eran las estrellas que Tabitha conocía.

Y de repente estaba alzando los ojos hacia el vientre de una nave mucho más grande que cualquiera de las que había pilotado. Era una Navajo Escorpión. Los reactores estaban siendo reparados y el cableado y los sensores habían sido recogidos, pero el inmenso artefacto que reposaba sobre sus soportes de aterrizaje parecía preparado para saltar al vacío como si no necesitara más combustible que la tensa sobriedad de su diseño.

La Escorpión se encontraba en un hangar de lo que parecía hueso descolorido y estaba siendo alimentada por un amasijo de delgadas cañerías marrones. El aire vibraba con el sonido ahogado de los líquidos bombeados de un lado a otro. El hangar parecía estar desierto.

—Nos vamos acercando, Alice, nos vamos acercando... —murmuró Tabitha.

Ya llevaba un rato hablando con su nave. Se subió la manga y volvió a introducir el programa de búsqueda. La pequeña Kobold tendría que aparecer no muy lejos de ella, a menos que la policía se la hubiese llevado o hubiese desconectado todos sus sistemas.

La pantalla del monitor sólo mostró una confusión de sombras, pero la luz roja que había encima de ella empezó a parpadear. Las puertas del ascensor

empezaron a cerrarse. Tabitha lanzó un alarido de júbilo y salió de la cápsula saltando por entre ellas.

Estaba en los niveles más profundos de los muelles. Inmensas masas de maquinaria se alzaban a su alrededor, algunas sumidas en un silencio meditabundo y otras vibrando y rechinando de tal forma que los infrasonidos le dieron dentera. Conductos de diámetros apabullantes eructaban y vomitaban su carga gaseosa en el interior de gigantescos compresores. El plasma recién cargado goteaba de los tubos formando láminas de una brillantez cegadora y desaparecía en un confuso arremolinarse púrpura de imágenes residuales. Siluetas casi invisibles se desconectaban de la maquinaria o de los conductos, giraban sobre sí mismas y se alejaban velozmente perdiéndose en la oscuridad. Eran robots que se dirigían a otras partes del nivel para cumplir nuevas funciones.

Tabitha intentó seguir el parpadeo rojizo de su monitor a través de aquel laberinto de actividad estífrica.

Y cuando creía estar llegando a alguna parte, cuando ya casi había conseguido sintonizar la diminuta pantalla captando una imagen que no estaba distorsionada por todas las interferencias locales..., una silueta apareció en el pasillo que estaba siguiendo. Era una mujer de piel negra vestida con un mono de color verde aceituna que debía medir un mínimo de treinta centímetros más que ella. Se había rasurado la cabeza formando una especie de rejilla muy complicada, y el cuero cabelludo estaba tachonado por los abultamientos de acero de las conexiones. Un cable de un color distinto salía de cada una y serpenteaba hasta desaparecer en el tablero de control que había junto a una columna distante. Tabitha acababa de tropezar con otra supervisora de unidades.

—Estoy intentando encontrar mi nave —dijo Tabitha.

Quizá hubiera sido mejor no acudir a ella en busca de ayuda o, una vez tomada esa decisión, proporcionarle algún dato de referencia básica que indicara adónde quería ir, pero Tabitha no tenía ni idea de cuál era el número del hangar en el que se encontraba su nave. De hecho, ni tan siquiera estaba segura de que los hangares de estacionamiento de Plenty tuvieran número.

La supervisora de unidades llevaba bastante tiempo sin ver a ningún ser humano. Su existencia era tan aislada y había quedado tan limitada a su pequeña parcela de la red de personal que su esquema cognitivo se reveló incapaz de acomodar a aquella intrusa aparecida de forma tan repentina como inexplicable. La supervisora lanzó un gemido y hendió el aire con un miembro atrofiado. Hilillos de mucosidad transparente brotaron de su nariz y cayeron sobre el pavimento sucio y quemado. La caprichosa luz de las bengalas de radio y la turbia claridad de los baños de protones le daban todo el aspecto de una ciudadana del Infierno condenada a sufrir y enloquecer en las garras de un tormento cibernético particularmente cruel e insidioso.

Y, en realidad, era precisamente eso.

La supervisora reaccionó como una habitante del abismo infernal que invoca a sus demonios familiares, y su rebaño de máquinas se precipitó por los pasillos del nivel para converger sobre la infortunada propietaria-transportista.

Tabitha echó a correr.

Podía oír el atronar de las unidades que la perseguían.

La desesperación la impulsó a subir por una escalerilla metálica. Trepó hasta la mitad de la escalerilla, se agazapó, puso las manos sobre la barandilla y se lanzó al vacío.

Y cayó.

Aterrizó con un considerable estruendo metálico sobre una cinta transportadora que avanzaba lentamente por entre montones de metal fundido. Consiguió conservar el equilibrio y su bolsa de viaje apoyando una rodilla sobre la cinta y agitando frenéticamente los brazos. Volvió la cabeza hacia atrás mientras la cinta transportadora seguía arrastrándola en dirección a la negrura.

Las lucecitas rojas de las unidades apelotonadas sobre la escalerilla empezaron a empequeñecerse en la penumbra.

Tabitha echó un vistazo a la luz roja de su monitor y descubrió que estaba avanzando lenta pero inexorablemente en dirección opuesta a la que quería seguir.

Saltó de la cinta transportadora y sintió que se le enganchaba un talón en un reborde protector. El tirón fue bastante doloroso. Cayó sobre una superficie de cemento, lanzó un grito de dolor y se quedó inmóvil jadeando para recuperar el aliento.

El rechinar de unas potentes mandíbulas metálicas y un chirrido de metal masticado le indicaron que había saltado de la cinta justo a tiempo.

Pegó la espalda a un soporte de la cinta, acarició su dolorido pie y volvió a probar suerte con la pantalla de su monitor, llevándose la gran sorpresa de ver cómo la estática se disipaba para ofrecerle una imagen perfecta de *la Alice Liddell* con el techo aún abierto y los cuatro extensores de carga funcionando a toda velocidad. Marco Metz y Mogul Zodíaco estaban usándolos para recoger los bultos que yacían sobre el suelo formando un confuso montón.

Había muchísimo equipaje.

Los extensores lo estaban colocando dentro de la bodega.

La imagen osciló hacia arriba y hacia abajo, empezó a disgregarse y desapareció.

Tabitha lanzó un chillido de protesta, se levantó de un salto y estuvo a punto de caer cuando su maltrecho tobillo se negó a soportar el peso que pretendía imponerle.

Un destello de luz verdosa pasó velozmente sobre su cabeza iluminando la oscuridad saturada de humos.

—¡Sígueme! ¡Sígueme! ¡Sígueme! —canturreó.

Tabitha cojeó, se apoyó en los conductos y se tambaleó hasta la esquina siguiente, donde se detuvo un momento para apoyarse sobre un solo pie y masajear su palpitante tobillo.

El loro se había posado sobre la estructura protectora de un motor, un poco por delante de ella y muy por encima de su cabeza. Tal abrió el pico y emitió un ruido idéntico al que hacía *la Alice* cuando separaba los paneles del techo de la bodega.

Tabitha recordó que el loro les había sacado de las cavernas después de que consiguiera detener el taxi.

—¡De acuerdo, adelante! —gritó.

Siguió cojeando y tambaleándose por el pasillo. Sus botas crearon ecos sobre los peldaños de una escalera de caracol que se alzaba entre las hileras de naves silenciosas y vacías. Una Dromedario Vassily-Svensgaard; una Freimacher modelo Aguila; una Quarkito Mínimo, la idea de riqueza y posición social de algún datócrata barrigudo... Tal era una borrosa mancha verde que revoloteaba entre el hierro negro y el caparazón de tortuga manchado de hollín yendo y viniendo por encima de su cabeza.

—¡Sriti eugenveldt! —chilló el loro.

Su voz chocó con las paredes del pozo de hueso y creó un sinfín de reverberaciones. Un instante después había desaparecido.

Tabitha sabía que se encontraba muy por encima del suelo de los muelles. Empezó a hacer equilibrios sobre una pasarela de acero que formaba parte de un tubo curvado con los lados abiertos al vacío. Algo de gran tamaño emitió un rugido sobre ella y a su izquierda, y se fue acercando rápidamente por el tubo.

Tabitha extendió las manos hacia la oscuridad que había más allá del tubo y se agarró a lo primero que encontró. El asidero retrocedió haciéndole perder el equilibrio. La bolsa de viaje giró sobre su cadera y Tabitha se precipitó hacia la oscuridad.

La cápsula del ascensor pasó atronando a escasos centímetros de sus piernas, y Tabitha cayó pataleando por el cada vez más reducido espacio existente entre los dos paneles de una puerta deslizante. Estaba en un hangar bastante mal iluminado.

Lanzó un chillido y miró hacia arriba.

Vio las bocas redondas de los reactores de una Bergen Kobold alzándose ante ella.

Era *la Alice Liddell*.

Tabitha logró ponerse en pie y se apoyó en la pared junto al conducto del ascensor jadeando y viendo las estrellas.

—¡Tabitha! —exclamó Mogul Zodíaco con voz alegre, como si estuviera dándole la bienvenida a una fiesta.

Marco Metz fue corriendo hacia ella con los brazos abiertos.

—¡Tabitha, gracias a Dios que estás bien!

El equipaje ya se encontraba dentro de la bodega y los extensores habían empezado a retraerse. Las puertas del techo de la bodega seguían abiertas. Tal se había posado sobre una de ellas. El loro la saludó con un estridente silbido.

—Me alegra ver que os habéis instalado como si estuvierais en vuestra casa —dijo Tabitha. Cojeó decididamente hacia su nave rehuyendo los brazos de Marco—. Parece que tienes buena mano con la maquinaria, ¿eh? —Recordaba con cuánta atención lo había inspeccionado todo cuando estaban en la bodega de carga—. Especialmente con mi maquinaria...

—Oh, bueno, ya sabes... Cuando viajas mucho vas aprendiendo cosas aquí y allá.

—Sí, ya me he dado cuenta.

Su mano fue hacia el monitor de muñeca y tecleó la secuencia que abría la escotilla delantera.

—Pero casi todo el mérito hay que atribuírselo a Saskia.

—¿Qué?

Tabitha volvió la cabeza hacia la esbelta figura del pijama azul. Había creído que era Mogul, pero era Saskia. Se había afeitado el bigote.

Saskia inclinó la cabeza fingiendo sentirse incómoda, contempló sardónicamente a Tabitha desde debajo de sus cejas enarcadas y extendió las manos en un gesto no-he-podido-evitarlo. La imitación de Marco era perfecta. Un arco iris de polvo de estrellas bailoteó durante un segundo trazando una curva multicolor de una palma a otra, centelleó y se esfumó.

—Bueno, a ver si puedes resolver mi pequeño problema —dijo Tabitha mirándola con cara de pocos amigos—. No consigo entrar en mi nave.

Sus dedos habían tecleado la secuencia varias veces sin obtener ningún resultado.

—Pues claro que puede resolverlo, Tabitha dijo Marco.

Dio un par de pasos hacia ella y empezó a mover las manos haciendo señas a la acróbata.

Tabitha golpeó el flanco de la nave con los puños. El ruido creó ecos que se dispersaron por todo el hangar.

—Es cosa de la policía —dijo—. Deben haber clausurado los sistemas.

—No han venido por aquí —dijo Marco—. Logramos esquivarles. Hicimos un numerito de desaparición realmente impecable, de eso no cabe ninguna duda...

Tabitha se apoyó en la nave y le miró fijamente.

—Los policías de aquí son unos estúpidos —siguió parlotando Marco—. No tienen iniciativa, ¿entiendes? No son más que unidades de respuesta móviles..., vamos, Saskia, abre esa maldita puerta..., son todo sistemas y circuitos y ni una jodida pizca de cerebro —añadió con mucho énfasis mientras se daba golpecitos en el cráneo con los nudillos de una mano—. Venga, Saskia, ¿cómo es que todavía no la has abierto?

La acróbata había trepado ágilmente por el flanco de la nave y estaba sobre la cabeza de Tabitha hurgando con una microganzúa laser en el sello.

—No iban detrás de mí —dijo Tabitha—. Era a vosotros a quienes querían coger, malditos bastardos. ¿Qué demonios hiciste en las bóvedas criónicas? Marco, ¿qué había en esa cinta?

Marco sonrió y rehuyó su mirada.

—*Eine Kleine Natchmusik* —dijo—. Resulta muy sexy, te lo aseguro...

Le lanzó una rápida mirada llena de sobreentendidos y sus cejas bailotearon frenéticamente.

Tabitha saltó sobre él con las manos convertidas en garras apuntando hacia su garganta.

Marco esquivó limpiamente su acometida.

—¡Lo tengo, Tabitha! —canturreó—. ¡Tengo el dinero!

Sacó una tarjeta de crédito de su bolsillo y la sostuvo delante de sus ojos.

Tabitha intentó cogerla.

Pero la mano de Marco ya estaba vacía.

Un ruido la distrajo.

Era el ascensor. La cápsula acababa de llegar y se había detenido de forma bastante violenta. Las puertas se abrieron.

Xtasca y Mogul saltaron por el hueco.

Habían traído más equipaje. El platillo volante de Xtasca apenas si podía con el peso extra del equipo electrónico amontonado sobre él, y el cilindro gris y plata que llevaba a la espalda hacía que Mogul se tambaleara.

Tabitha volvió la cabeza hacia la cápsula en la que habían llegado y vio que estaba vacía, pero tanto Xtasca como Mogul parecían tener mucha prisa. Como si les persiguieran...

Y así era.

Unas siluetas blancas vestidas con monos mugrientos empezaron a bajar del techo de la cápsula y se deslizaron por el hueco manteniendo abiertas las puertas gracias a la pura fuerza del número.

—¡Cheeeeeeee! —aullaban—. ¡Cheeeeeeeeeeee!

Los perks acababan de llegar.

Había muchísimos. La marea de perks se esparció por el suelo del hangar, y Mogul dio un salto imposible que le llevó hasta los reactores de *la Alice*. El cilindro se balanceó precariamente sobre su espalda. Unos cuantos perks blandían trozos de cañería. Otros llevaban cadenas. Muchos iban armados con pistolas.

Xtasca inclinó su platillo volante hacia un lado, pasó a toda velocidad por encima de sus cabezas y desapareció en el interior de la bodega.

Marco se olvidó de Tabitha y corrió hacia Mogul. Subió de un salto a la aleta de estribor y agarró el extremo inferior del cilindro gris plateado.

Los proyectiles empezaron a rebotar en la parte inferior del casco de la nave.

—¡Jesús! —gritó Marco.

Trepó por la aleta, se agarró a un sensor y se precipitó hacia la bodega dando un salto mortal.

Mogul y el cilindro metálico, le siguieron a toda velocidad. Tabitha podía oír golpes ahogados y vibraciones que llegaban desde el interior de la nave.

—¡Saskia! —gritó.

Saskia bajó la vista hacia ella sosteniendo la ganzúa entre los dientes y la obsequió con una sonrisa bastante ambigua. Después golpeó la puerta con los nudillos tan delicadamente como si estuviera utilizando un código secreto. No ocurrió nada.

Los perks avanzaron haciendo girar sus cañerías. Tabitha estaba agotada y tenía mucho miedo. Subió de un salto al umbral sin soltar la bolsa de viaje y empezó a repartir patadas mientras volvía la cabeza hacia Saskia.

—¿No tienes a mano ninguna de esas bolas de fuego tuyas? —le gritó.

No obtuvo respuesta.

Tabitha alzó los ojos buscando a Saskia y vio como sus pies desaparecían por la curvatura del casco.

El suelo hervía de perks. Uno de ellos sonrió y la apuntó con el cañón de un arma tan larga como su cuerpo. El perk era bastante joven, y su gorra estaba repleta de calcomanías fluorescentes. Tabitha se encontraba lo bastante cerca de él para ver lo que ponían. MORLOCKS, se leía en una. MIERDA DE MONO 607, se leía en otra.

Tabitha cerró los ojos.

Hubo una explosión ensordecedora.

Abrió los ojos y descubrió que seguía viva. El hangar estaba empezando a llenarse de humo y polvo. Los perks volaban por los aires entre un torbellino de escombros y lo que parecía metralla pero debía ser fragmentos medio pulverizados del caparazón de tortuga.

Alguien acababa de hacer un agujero en la pared.

El agujero se llenó de siluetas.

La policía.

La aparición de los agentes fue acompañada por un volcán de luz rosada y un estrépito que hacía pensar en un enjambre de avispa mecánicas enloquecidas.

Tabitha volvió a gritar. Se agarró al casco de *la Alice* intentando convertirse en una criatura bidimensional. Chorros de radiaciones duras bailotearon en todas direcciones hendiendo la atmósfera. El aire del hangar se estaba calentando muy deprisa.

Los perks de las cadenas y los de las cañerías saltaron sobre la popa de la nave. Unos cuantos se metieron dentro de los reactores y otros buscaron refugio detrás de ellos. Los que tenían pistolas se habían apresurado a desaparecer debajo de la nave.

Los policías estaban disparando. Un haz de radiaciones hizo impacto en *la Alice*, se deslizó a lo largo del casco chisporroteando y se desvaneció después de haber dejado una señal negra y un terrible olor a metal recalentado.

—Si le hacéis algo a mi nave... —gritó Tabitha.

Pero el retumbar que se produjo a continuación hizo que ni tan siquiera ella pudiera oír lo que dijo después.

Los perks que habían trepado al casco saltaron al suelo y huyeron a cuatro patas lanzando chillidos de alarma. Los que tenían pistolas retrocedieron un poco más y empezaron a devolver los disparos de la policía mientras alzaban los hocicos para gruñir y rugir a la nave que tenían encima.

La Alice Liddell había empezado a temblar.

El retumbar seguía y seguía, pero ahora estaba acompañado por un zumbido estridente.

Los policías dejaron de disparar. Tabitha vio como retrocedían. Sus ojos de cíclope se movían a toda velocidad lanzando señales y respondiendo a ellas.

Asomó la cabeza para mirar por detrás de la popa y vio lo que les tenía atrapados. Un escuadrón de deltas negras flotaba en silencio sobre los muelles. Unos cuantos policías avanzaban lentamente con la espalda pegada a las paredes intentando llegar hasta el interior del hangar.

Un ruido que hacía pensar en un chorro de vapor escapando a toda velocidad se unió al trueno ahogado y el zumbido estridente. La zona de suelo del hangar situada debajo de los reactores se había vuelto de un rojo cereza tan intenso como el de los ojos de Xtasca. Nubes de un humo muy espeso salieron disparadas hacia abajo, envolvieron a los perks de las pistolas y se alejaron de la nave rodando lentamente sobre el suelo del hangar.

La Alice Liddell se agitó.

Tabitha se agarró al asa de la compuerta y empezó a golpearla con los puños. Un perk emergió de la humareda, alzó la cabeza hacia ella y disparó. Un haz de energía chocó con el casco a escasos centímetros de su mano y ennegreció la tela metalizada de su manga.

Tabitha lanzó un alarido de rabia.

—¡Esta nave es mía, bastardos!

El rugido se intensificó. Otro haz de energía hendió los torbellinos de humo pasando junto a ella y Tabitha pudo sentir el calor en su mejilla.

La nave temblaba en las garras del trueno. *La Alice Liddell* se alzó por entre el aire saturado de humo y radiaciones con su capitana aferrada al casco y las conexiones y tubos aún metidos dentro de las tomas.

Tabitha encorvó el cuerpo, alzó la cabeza hacia la carlinga y gritó con toda la potencia de sus pulmones. Alguien —¿Mogul?— estaba golpeando el parabrisas con los puños y le hacía señas frenéticas desde el otro lado del cristal.

Algo chocó con su espalda.

Tabitha lanzó un grito, sintió cómo uno de sus pies resbalaba del peldaño y volvió la cabeza.

El largo brazo articulado de un extensor de carga había salido de su escondite y se estaba moviendo hacia ella. Su inmensa garra oscilaba lenta y pesadamente alrededor de su cabeza.

Tabitha extendió un brazo e intentó agarrarse a ella.

La garra se encontraba demasiado arriba.

Lanzó un grito de frustración y volvió a pegar el cuerpo a la compuerta.

Un haz de luz rosada hizo impacto en la garra que bailoteaba sobre su cabeza y creó un surtidor de chispas. La garra se estremeció, bajó unos centímetros y buscó ciegamente su hombro.

Tabitha extendió un brazo hacia la barra inferior de la garra en que terminaba el extensor. La barra tembló y se flexionó como si fuese un ser vivo. Otro haz de energía hizo impacto en el extensor y Tabitha sintió el temblor de protesta de un servomecanismo.

El extensor salió disparado hacia atrás llevándosela consigo.

Tabitha sintió cómo sus pies perdían contacto con el peldaño. Se agarró al extensor con las dos manos y logró deslizar una pierna por encima de la barra.

El extensor siguió subiendo llevándola rápidamente hacia el hueco del techo.

La nave temblaba. *La Alice Liddell* subió por entre el aire saturado de humo y radiaciones tensando los tubos y cables que seguían uniéndola al hangar.

Tabitha entró en la bodega y vio a Tal picoteando frenéticamente el panel de control. El equipaje de Contrabando había sido pulcramente colocado y asegurado, y ocupaba casi todo el interior de la bodega.

Mogul Zodíaco le sonrió desde el umbral de la cabina. Lucía el bigote de Saskia y la estaba abrazando. Tabitha miró por encima de sus cabezas y logró distinguir a Xtasca encogido en la red del piloto con la cola metida dentro de la consola.

Marco estaba en la pasarela con los brazos extendidos para recibirla.

—¡Las conexiones! —chilló Tabitha señalando hacia afuera con la mano.

Marco siguió la dirección indicada por su mano, frunció el ceño, flexionó las rodillas y saltó hacia arriba.

—¡Marco, no! —gritó Tabitha.

Pero Marco ya no estaba allí.

Le vio saltar del extensor y desaparecer por el hueco del techo de la bodega.

Tabitha tuvo un último y fugaz atisbo de Marco tumbado sobre el casco y avanzando hacia las cada vez más tensas conexiones. Los policías habían vuelto a abrir fuego. Los haces de energía pasaban zumbando junto a sus piernas.

El extensor la fue llevando hacia el suelo de la bodega y su nueva posición impidió que siguiera observándole.

Tal dejó de dar picotazos en el panel de control y voló hacia Tabitha moviendo las alas a toda velocidad y canturreando alegremente. El rugir de los reactores hacía que fuese imposible oírle.

Tabitha se dejó caer de la garra y aterrizó torpemente sobre el cada vez más inclinado suelo de la bodega.

—¡Cállate! —le gritó a Tal.

Corrió hacia la cabina y subió el tramo de peldaños.

Se metió en la red del copiloto después de lanzar una brevísima mirada a Xtasca y recorrió las pantallas con los ojos. Marco estaba agarrado a la parte inferior del fuselaje y alargaba una mano para soltar la última cañería.

Tal había acabado de cerrar el techo. La bodega había quedado inaccesible.

El casco de *la Alice* rozó un extremo del techo del hangar produciendo un espantoso chirrido metálico. La nave chocó con el riel de la red de carga, empezó a convertirlo en una bola y acabó arrancándolo de sus soportes.

—¡Vamos, Alice, sigue!

La nave se abrió paso por entre el escuadrón de deltas y dispersó a los planeadores como si fueran otras tantas hojas.

Las hileras de reflectores sobrecargaron las pantallas de popa llenándolas de estática blanca. *La Alice* había emergido a la gigantesca caverna del muelle. Los camiones y las unidades giraban locamente por debajo de ella. Personas y máquinas corrían en todas direcciones intentando huir. La boca de la caverna y la oscuridad de la noche infinita se encontraban a varios kilómetros de distancia. Si mirabas con mucha atención podías distinguir las estrellas que ondulaban al otro lado de la tensa piel que era la atmósfera de Plenty.

Los planeadores negros de la policía estaban recomponiendo su formación anterior detrás de ellos y se disponían a perseguirles. Un arma nueva —una especie de lazo energético que parecía un relámpago azul—, chisporroteó a través del espacio que los separaba.

Tabitha logró anular las interferencias de la policía y abrió la escotilla de atrás.

Marco Metz entró por ella con la cabeza por delante. Un diluvio de fragmentos metálicos salió disparado a su espalda y cayó sobre las cabezas de los policías. Le sangraba la nariz y su elegante chaqueta echaba humo.

—¡Vuela! chilló Tabitha.

Xtasca asintió pesadamente con su extraordinaria cabeza y *la Alice Liddell* aceleró al máximo.

Tercera parte : ***Las muchas caras de la verdad***

BITACORA BGK009059

TXJ.STD

IMPRIMIR

flf__ip uhOj6u98—Y(*****r&&*** ** **un]98—Y

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 19.07.07

ADELANTE

HOLA, CAPITANA. ¿HA VENIDO A CONTARME UNA HISTORIA?

Creo que deberías ser tú quien me contara historias. Después de todo, yo soy la que necesita algo de distracción, ¿no?

YO TAMPOCO ESTOY MUY ANIMADA.

No digas eso, Alice.

ES LA VERDAD.

Estás preocupada por el cristal del eje, ¿no?

PROBABILIDAD DE FALLO 89,09%.

Oh, Dios mío.

ESPERO QUE NO ME OBLIGUE A HACER NADA QUE EXIJA MUCHOS ESFUERZOS.

Cuando llegemos al Cinturón podremos descansar. ¿Crees que conseguirás llegar hasta Ceres?

CAPITANA, ¿LE HE FALLADO ALGUNA VEZ?

No. Sinceramente, no recuerdo que me hayas fallado nunca.

PUES GUARDE ESE RECUERDO COMO SI FUESE UN TESORO.

Oh, Dios... Oh, Dios mío Oye, Alice, intenta aguantar, ¿de acuerdo? Hablaré con Xtasca. Cree que quizá pueda ayudarte Da la impresión de que conoce muy bien a las Kobold. ¿Te parece bien? ¿Alice?

NATURALMENTE, SIEMPRE CABE LA POSIBILIDAD DE QUE NOS ESTEMOS PREOCUPANDO POR NADA.

¿Tú crees?

NO ES TOTALMENTE IMPROBABLE.

Sólo un 10,91%, ¿eh?

SÍ, A MENOS QUE QUIERA MAS DECIMALES.

Hablaré con Xtasca. Le preguntaré si puede hacer algo en cuanto vuelva a la cabina. Mientras tanto... ¿Puedo hacer algo por ti?

CUÉNTEME UNA HISTORIA.

¿De veras?

ESO ME DISTRAERA.

Hum... ¿Te he hablado del capitán Frank?

¿QUIÉN ERA?

Un altaceano.

FRANK NO ES UN NOMBRE ALTACEANO, ¿VERDAD?

También tenía un nombre altaceano, pero no me acuerdo de cuál era. Ni tan siquiera podía pronunciarlo, así que no me extraña que se me haya olvidado... No, no sé por qué se hacía llamar Frank. Supongo que debió conocer a alguien que se llamaba Frank, decidió que era un buen nombre y se lo apropió. Ya sabes cómo son los altaceanos.

¿COMO LE CONOCIO?

En un bar de Fobos. No era el tipo de sitio que habría escogido para pasar una velada agradable, pero... Bueno, para empezar se suponía que ni tan siquiera debía estar en Fobos. Acababa de llegar en una lanzadera llena de turistas con shock del espacio que volvían a sus casas después de haber cometido el terrible error de pasar unas vacaciones en el Cinturón.

¿FUE SU PRIMER TRABAJO?

Oh, no. Ni tan siquiera era piloto. Aún no sabía volar, ¿entiendes? Era azafata. Había pensado cambiar de nave en Versailles, pero no nos dejaron bajar. Fobos era mi primera oportunidad y me lancé sobre ella. No aguantaba aquel trabajo. No por los vómitos y las quejas —tenía que oír montones de historias sobre lo brutales que eran los guardias de seguridad o sobre el derrumbe de la cúpula—, sino porque sabía que en cuanto hubieran pasado un par de meses estarían enseñando sus cintas a todos los vecinos de Longevidad o Nueva Toronto para poder presumir de aquella gran aventura.

Estaba atrapada en una luna desconocida, no tenía trabajo, no tenía referencias y carecía de dinero, educación o habilidades que pudiera vender. Sólo tenía un contrato que no había cumplido y un historial delictivo. Ah, y también tenía un número que el primer oficial de la lanzadera había escrito sobre mi guante, pero daba la señal de no estar conectado cada vez que llamaba... Y eso era todo. Tenía que ingeniármelas antes de que algún funcionario eladeldi se diera cuenta de que estaba muy lejos de donde se suponía que debía estar y decidiera meter su nariz azulada en el asunto. Era muy joven, y no sabía nada de la vida. Acabé vagando por las calles más alejadas del centro, fijándome en todos los ciudadanos con que me encontraba e intentando adivinar quién podía querer qué, y cuál de ellos podría sacarme de Fobos si mis conjeturas daban en el clavo.

Decidí que si quería vivir de mi ingenio igual podía hacerlo estando sentada. Acabé encontrando un local sin ningún letrero de "Prohibida la entrada a espaciales" y entré.

Todos los clientes me clavaron la mirada durante una fracción de segundo y me ignoraron. Pensé que no era allí donde iba a encontrar los contactos que me servirían para salir adelante. Había unos cuantos técnicos a punto de perder el conocimiento que hablaban consigo mismos y garabateaban sobre sus posavasos, un thrant con un platillo de sueños y un par de buscadores de helio que se quejaban de la normativa legal sobre apropiación de yacimientos. No era ninguna maravilla, pero estaba harta y no quería salir de allí para volver a dar vueltas por las calles.

Fui hasta el mostrador, le pagué una copa al camarero —eso fue una inversión, ¿entiendes?— y me tomé una yo.

Detrás del mostrador había una burbuja holográfica en modalidad aleatoria. Cuando llegué mostraba a un hombre y una mujer muy elegantes que se estaban manchando de pintura el uno al otro mientras un montón de jóvenes desnudos saltaban a su alrededor amontonando electrodomésticos sobre carritos dorados y aplaudiendo como si se hubieran vuelto locos. El sonido estaba desconectado.

Tomé un sorbo de mi copa.

—Una noche tranquila, ¿eh? —dije.

El camarero respondió con un gruñido. Era de Bangla—Desh y estaba gordísimo. Tenía unas mejillas increíbles y unos párpados que parecían de cuero. No daba la impresión de estar muy familiarizado con el arte de la conversación, pero le invité a una copa y eso sirvió para que se dignara aparcar su mole delante de mí durante unos momentos mientras limpiaba el mostrador con un trapo ennegrecido. Parecía un hipopótamo aburrido contemplando a alguien que acababa de arrojarle un pececito.

—Supongo que no conoce a nadie que pueda sacarme de aquí, ¿verdad? —pregunté.

Pensó en lo que le había dicho. Bueno, al menos puso cara de estar pensando en ello... Las arruguitas que había junto a sus ojos temblaron un poquito.

—¿Schiaparelli? —preguntó.

—Mm —dije yo.

—Hay lanzaderas —dijo.

—No tengo dinero para pagar el billete —repliqué yo.

—Quiere viajar gratis —murmuró él.

Puso cara de asco, como si aquello confirmara su opinión de que yo era otra muestra de lo amplia que podía llegar a ser la gama de los desechos humanos. Aquel camarero estaba convencido de que toda la clientela de su bar se reclutaba entre los desechos humanos.

—Podría pagar mi pasaje trabajando —dije yo.

El camareroladeó el cuerpo hacia un hombrecillo con cicatrices de injertos mnemónicos y pelos saliéndole de las orejas que estaba sentado a un par de taburetes de distancia.

—Esta señorita quiere un trabajo —dijo sin apartar los ojos de mi cara.

—Hay montones de trabajos disponibles —dijo el hombrecillo con la rapidez un poco atropellada de alguien a quien no le cuesta mucho ponerse nervioso—. Montones de trabajos...—repitió clavándome la mirada—. Camarera, operadora, administrativa, despachadora, recepcionista, acabadora, intensificadora, agente, coayduvante, asistente, disminuidora, auxiliar, colocadora de ladrillos, gerente de operaciones de un sistema sináptico de sondeo interfaceado, cocinera en un puesto de comidas rápidas... ¿Qué sabe hacer? ¿Qué es capaz de hacer? ¿Hmmm?

—No quiero trabajar aquí —dije—. Quiero salir de Fobos lo más deprisa posible.

Ninguno de los dos abrió la boca, y siguieron mirándome fijamente.

—Acabo de volver del Cinturón —dije.

Intenté usar un tono de voz algo aburrido, como si hubiera vuelto del cinturón tantas veces que estaba harta de esa rutina y necesitase un cambio urgente.

Se lo pensaron durante unos momentos. No dijeron nada.

—Y además estoy acostumbrada a moverme por una nave espacial —añadí.

Se lo creyeron, pero siguieron sin abrir la boca y esperaron a que dijera algo más.

—No soy tonta —afirmé. Estaba empezando a irritarme—. Si me dan un poco de tiempo puedo adaptarme a casi cualquier empleo.

El camarero parpadeó.

—Casi cualquier empleo, ¿eh? —dijo el hombrecillo con tanta brusquedad como si fuese un robot y acabaran de activarle—. Casi cualquier empleo... Investigar la biología de las partículas para un xenogenético de primera categoría, lavar la ropa sucia, traducir impulsos para los eladeldis. Cualquier cosa.

—Esta señorita quiere hablar con el capitán Frank —declaró el camarero.

Apuré su copa y caminé pesadamente hasta el otro extremo del mostrador. Pensé que mi inversión parecía haber servido para algo.

El altaceano ya llevaba un rato en el bar, pero no me había fijado en él. Estaba sentado en un reservado envuelto en las sombras. Lo único que podía ver de él era lo que parecía un montón de pieles color blanco sucio con una gorra de capitán de yate y una chaqueta.

—¡Capitán Frank! —gritó el tipo de los injertos—. Esta jovencita quiere conocerle. Quiere invitarle a una copa.

Me guiñó el ojo.

Sabía que los dos se estaban divirtiendo conmigo. ¿Conseguir un viaje gratis de un altaceano? ¡Ni soñarlo! Estaban intentando tomarnos el pelo tanto a él como a mí.

—Olvídelo —dije yo volviéndome hacia el altaceano—. No hace falta que se moleste en venir.

Pero ya se había tomado la molestia de levantarse y venía hacia el mostrador.

"Bueno —pensé—, que venga. De todas formas ya he perdido la noche..." Volví a alzar los ojos hacia la burbuja holográfica. Estaba mostrando a un cirujano que le extirpaba la lengua a alguien.

Capté un olor parecido al que desprenden las alfombras viejas que llevan mucho tiempo criando moho. El capitán Frank se instaló torpemente sobre el par de taburetes situados entre el que ocupaba yo y el del hombrecillo de los injertos. Acabó de trepar y se dejó caer sobre los dos taburetes con sus cortas y gordas piernas asomando por delante de él. Sus pies eran como los de un pájaro gigante. Tenían tres largos dedos escamosos de color rojo sin garras y con la punta roma delante y otro dedo igual detrás. Los dedos se tensaron de repente, y pensé que el altaceano debía haberse dado cuenta de que los estaba observando.

Aparté los ojos de sus pies y le miré a la cara.

Nunca había estado tan cerca de un altaceano. Me encontré contemplando un hocico muy largo que se unía a un rostro inmenso y vagamente parecido al de una foca medio oculto por un espeso dosel de pelos. Debajo del hocico había una bocaza húmeda que parecía paralizada en una inmutable mueca de abatimiento. A cada lado del hocico había un ojo negro y muy redondo que sobresalía de la cuenca como si fuese una uva. Las comisuras de los ojos estaban enrojecidas y húmedas, como si le dolieran o las tuviese irritadas. Los ojos eran inescrutables y no transmitían ninguna emoción.

Encima de los ojos había una gorra color azul oscuro. Era una gorra humana, y no entendí cómo se las arreglaba para mantenerla en equilibrio sobre su enorme cabeza. Su chaqueta hacía juego con la gorra. La tela estaba muy sucia y los bolsillos parecían a punto de reventar.

—Jovencita, le presento al capitán Frank —dijo el hombrecillo de los injertos—. Capitán Frank, le presento a una jovencita... ¿Cómo se llama, querida?

El capitán estaba jadeando, en parte por el esfuerzo de haber trepado a los taburetes y en parte porque los altaceanos siempre están jadeando.

SU ATMOSFERA NO LES SIENTA DEMASIADO BIEN.

Pero nunca conseguirás que lo admitan.

—No puedo invitarle a una copa, capitán Frank —dije—. Apenas me queda dinero.

—La jovencita quiere saber cómo puede llegar a Schiaparelli —dijo el hombrecillo de los implantes.

El altaceano se volvió hacia él y le miró. Vi cómo un piojo salía del enorme agujero púrpura que era su oreja y empezaba a deslizarse lentamente por su rostro.

—Nunca tengo dinero —dije por si no me había entendido.

Me había entendido. Estiró un brazo por encima del mostrador. El brazo tenía tres veces la longitud de sus piernas y terminaba en una manaza con tres dedos escamosos de color rojo cuya forma era idéntica a la de la mitad superior del pico de un loro. El brazo emergió lentamente de la mugrienta manga azul como si no fuera a terminar nunca.

El capitán Frank le hizo una seña al camarero, clavó la mirada en el cenicero y empezó a hurgar en él como si esperara encontrar algún tesoro.

El camarero fue hacia nosotros y miró al altaceano como si le despreciara. Después me miró como si me despreciara. Aquel camarero parecía despreciar a cualquier persona que entrara en el bar, pasara por delante de él o se moviera en sus alrededores, y pensé que lo más probable era que despreciase al mundo en general. Cogió el cenicero con cara de reproche y le pasó el trapo ennegrecido.

El altaceano se volvió hacia mí.

—¿Gré tá grebiendo? —preguntó.

No puedo imitar su voz, claro.

OH, PUES NO LE HA SALIDO NADA MAL.

Sí, ¿verdad? No, realmente no hay forma de imitarla... Tendrás que imaginártela.

Le dije que me había tomado una cerveza.

—¿Gré clase de cegreza? —preguntó el capitán.

—La que esté más cerca —dije yo.

Si había algo que el camarero despreciara con todas sus fuerzas era a las jovencitas lo bastante estúpidas para permitir que un aitaceano borracho las invitara a tomar una cerveza. No me importaba. Estaba claro que el capitán Frank no iría a ninguna parte, pero quizá conociera a alguien cuyo hermano estuviera trabajando para alguien que se disponía a salir de Fobos; y si no conocía a nadie... Bueno, en ese caso habría conseguido una cerveza gratis. Te aconsejo que pienses bien en ello, Alice, ¿sabes?

Algunas personas te dirán que no se puede conseguir algo a cambio de nada, sobre todo si da la casualidad de que necesitas desesperadamente ese algo. La mayoría de los altaceanos están convencidos de que nadie da algo a cambio de nada. La mayoría de los altaceanos creen que el Universo fue creado por langostas gigantes. Sus dioses son langostas gigantes de otra dimensión y... Bueno, no es que les adoren, ¿entiendes?

Sencillamente, les tienen muchísimo respeto.

¿Y EL CAPITAN FRANK LE CONTO TODO ESO AUNQUE ACABABAN DE CONOCERSE?

No, tardó algún tiempo en contármelo.

No estropees la historia, ¿quieres?

No, lo que el capitán Frank dijo a continuación fue...

—Grú de las Tierrrras.

Era como oír una especie de trueno subterráneo a mucha distancia.

—No —dije yo.

—Grú de las Lunas—insistió.

—Exacto —dije yo con cierto cansancio.

Sabía lo que diría a continuación.

—Algrruno deberr serr de allí —dijo.

Le miré fijamente y no dije nada.

—El capitán Frank es un trapero del espacio —dijo el hombrecillo de los injertos—, un investigador de los niveles polvorientos, un auténtico campeón de la lucha contra la entropía. El capitán Frank recorre los basureros y vertederos del vacío a bordo de su nave, la Vaya boca. Vaga por las órbitas donde se acumulan los desperdicios y... ¿Qué encuentra allí? ¡Pues nada menos que tesoros perdidos! Satélites viejos, muebles anticuados, masas de algas mutantes que parecen mucosidades congeladas, varas de combustible que aún brillan un poquito, los huesos plateados de refrigeradores destripados... Esta jovencita de la Luna quiere salir de Fobos, capitán Frank.

El capitán Frank emitió un ruido que era un cruce entre un balbuceo y un bostezo.

—Un lugar dejado de la mano de Dios —dijo.

Te aseguro que eso es exactamente lo que dijo, y debía usar esa frase con mucha frecuencia porque la pronunció igual que si fuera humano aunque le costó bastante.

Eso me dejó tan impresionada que pagué la siguiente ronda. Empezamos a hablar. El capitán Frank siguió sentado sobre sus dos taburetes apestando como una oveja empapada mientras sorbía la ginebra por su hocico con una expresión muy solemne y dejaba que cuanto le decía entrara por una de sus orejas, saliera por la otra y acabara perdiéndose en las tinieblas de la noche. El que pareciese tan poco interesado por mi historia hizo que acabara hablando por los codos, y supongo que debí terminar contándoselo todo. La Luna, Angie, Integridad 2, el crucero por el Cinturón..., todo.

A cambio de mi historia él me reveló cuál era el gran problema de mi especie.

—Gno autogrrrrespeto—dijo—. Gno grindependencia.

¡Tener que oír eso de un altaceano!

Se quedó callado e intentó recuperar el aliento. Las hebras de saliva se tensaban sobre el agujero de su boca. Comprendí que una de las razones por las que hablaba tan poco era que no podía malgastar el aliento.

Estuve conversando con él durante un buen rato. Acabé acostumbrándome a sus dedos romos, su lengua negra y sus diente-cillos de aspecto más bien blando, e incluso me acostumbré a su pestilencia. Después de todo, aquello no era muy distinto a estar hablando con un viejo borracho en alguna taberna de Gracia o Santiago a altas horas de la noche... La burbuja holográfica se había quedado en blanco. El camarero había abandonado su puesto y se había

metido en un reservado con una botella de vino verde dulce. La mayoría de reservados se habían quedado vacíos. Estaba tan entretenida hablando con el capitán Frank que no me di cuenta de que los clientes habían decidido dejar de envenenar sus organismos y se habían ido marchando uno por uno.

Y entonces llegaron los policías.

El capitán Frank murmuró algo en altaceano. No le entendí, pero me pareció que había soltado un taco bastante gordo. El hombrecillo de los injertos sonrió, se subió el cuello de la chaqueta y salió del bar lo más discretamente que pudo. El camarero se irguió. Parecía disgustado y tenía cara de no encontrarse demasiado bien. El único que pareció alegrarse de la llegada de los policías fue el técnico que se disponía a marcharse, supongo que porque en cuanto les vio se dio cuenta de que estaban aún más enamorados de los datos que él. El pobre tipo había olvidado donde estaba y lo que se suponía que estaba haciendo ahí. Todos los técnicos son iguales, ¿sabes?

Sentí una especie de zumbido helado deslizándose por mis nervios. Los policías tenían un lector y empezaron a comprobar las identificaciones.

PERO USTED DEBIA TENER ALGUNA IDENTIFICACION, ¿VERDAD, CAPITANA?

Oh, pues claro que tenía una identificación, Alice, pero no pasaría un examen con el lector. En cuanto leyeran los datos de la pantalla me echarían el guante.

Empezaron con el capitán Frank. El altaceano necesitó toda una eternidad para encontrar su identificación. Empecé a pensar que era un pobre desgraciado borracho, y que todo cuanto había dicho el hombrecillo de los injertos sobre su negocio y lo de que tenía nave propia era un montón de fantasías fruto de algún grave daño cerebral. Empecé a pensar que el "capitán" y yo acabaríamos pasando la noche en la misma celda, y esperé que no insistiría en que le mantuviera caliente, pero... No, el capitán Frank logró encontrar su identificación y el examen con el lector dio positivo. El capitán Frank estaba del lado de la ley y el orden.

Mi nuevo camarada se esfumó dejando en su lugar a otro ciudadano corriente. Sentí el cálido aliento de los eladeldis en mi cuello. Los policías eran eladeldis, ¿te lo había dicho?

—Eñorita... —dijo el teniente.

Desabroché mi chaqueta y hurgué torpemente en el bolsillo interior. No llegué a hacer nada más, ¿sabes? Bastó con eso.

—Trabaja pagra mí —gruñó el capitán Frank.

Ni tan siquiera apartó los ojos de su vaso de ginebra.

Me di cuenta de que no estaba borracho.

Los policías le contemplaron con bastante suspicacia.

—¿Es pleada uya?

El capitán Frank movió la cabeza en un asentimiento casi imperceptible, como si el que le creyeran o dejaran de creerle no tuviese ni la más mínima importancia.

Y quizá fuera así.

Los policías metieron mi tarjeta de identificación en el lector. Intercambiaron unos cuantos murmullos y maullidos al ver que estaba inscrita como tripulante de una lanzadera que ya había partido, y mi temporada de trabajos forzados en Integridad 2 no pareció hacerles mucha gracia. No lograron encontrar nada que confirmara el que estuviese trabajando como aprendiz para un traperero espacial.

El capitán Frank giró lentamente sobre uno de sus taburetes y les miró con ojos vidriosos.

—Pues inscriban a ella —dijo—. Gmínimo básico, seis meses con posibie prrórrogra al final.

Era bastante irregular, pero estaban cansados, era tarde y sabían que hacer sudar a un altaceano es casi imposible. Vi cómo introducían los datos y sentí un alivio tan intenso que creí estar delirando.

Los policías salieron del bar y me volví hacia el capitán Frank.

—Ha sido soberbio —dije, y le di una palmada en el hombro. La camaradería del alcohol, ¿entiendes?—. Te estoy muy agradecida —añadí—. De veras, no bromeo... Deja que te invite a otra copa, ¿de acuerdo?

—No tiempo —dijo él.

—¿Por qué? ¿Es que van a cerrar? Pero si aún es pronto...

Me miró acercando el hocico a mi cara como si no pudiera verme con claridad.

—Tenemos mucho trrabajo que grracerr —declaró.

Saltó de sus taburetes y puso los pies en el suelo haciendo bastante ruido.

—¿Tenemos?—repetí yo.

Pero el capitán Frank ya casi estaba en la puerta.

Le seguí hasta la Vaya boca y pasé seis meses recorriendo las órbitas de la basura.

ESO NO SUENA DEMASIADO AGRADABLE.

AUN ASI, EL CAPITAN FRANK SE PORTO MUY BIEN CON USTED, ¿NO LE PARECE?

¿Que se portó bien conmigo, Alice? No sé cómo puedes decir esas cosas... Se limitó a recogerme, igual que habría recogido a cualquier otro desecho humano que se le hubiera puesto por delante.

¡OH, CAPITANA!

La Alice Liddell estaba en su elemento.

Los policías no. Sus deslizadores eran tan hermosos como impresionantes, pero no poseían el equipo necesario para alejarse de la envoltura atmosférica de Plenty. La estación empezó a encogerse detrás de ellos adquiriendo su ya familiar forma de caparazón de tortuga, y los sensores de popa le permitieron ver cómo iban admitiendo su derrota y se quedaban atrás. El lazo de energía que parecía un relámpago azulado se derrumbó entre sus antenas. La radio crujía y gruñía emitiendo un chorro incesante de alarmas, avisos, recriminaciones y amenazas; pero *la Alice* cada vez estaba más lejos y se disponía a correr el riesgo de enfrentarse a las contingencias que pudieran tenerle reservadas los mares del espacio.

Qué romántico suena todo esto... Naturalmente, en aquellos momentos la situación era cualquier cosa menos romántica. El hechizo y la fascinación que el recuerdo de la pequeña Kobold puedan tener ahora para mí o para cualquiera de ustedes es un simple fruto de la nostalgia. Tabitha estaba muy encariñada con su nave, pero ni tan siquiera ella cometía el error de creer que tuviera nada especial. La idea de que un día alguien escribiría la historia de una Bergen Kobold habría hecho sonreír a muchos pilotos Tabitha Jute entre ellos.

La gravedad hacía que la Kobold pareciera torpe y difícil de maniobrar. Muchas naves de esa gama de modelos daban la impresión de que jamás conseguirían remontar el vuelo sin desintegrarse, aunque es preciso admitir que esa impresión tenía bastante menos que ver con su diseño que con el hecho de que su estructura básica era tan sólida y resistente que sus propietarios o pilotos las utilizaban y las exprimían hasta que se convertían en un auténtico peligro para el tráfico del sistema..., y a veces incluso después de eso. No voy a dar nombres.

Pero en el espacio *la Alice* cambiaba por completo. Entrar en el espacio había bastado para que dejara de parecer torpe y lenta. Lo que había parecido achaparrado parecía compacto; lo que había parecido pesado o demasiado grande parecía robusto y sólido.

Quizá pueda aventurarme a decir algo similar acerca de los hijos e hijas de los Serafines y, por lo tanto, de Xtasca, aunque siempre con la debida cautela. Su carencia de piernas hacía que la más leve de las gravedades se convirtiera en una molestia que les incapacitaba a menos que tuvieran algún punto de apoyo cerca en todo momento. Un Querubín acostado en el suelo es incapaz de levantarse, no lo olvidemos. La calvicie y la desnudez revelada por sus trajes transparentes producen una impresión de la más absoluta y terrible vulnerabilidad. Pero en el espacio... Ah, entonces son como delfines en el agua. Su piel refleja todas las constelaciones del cielo con una intensidad cegadora que resulta visible incluso a través de los campos prismáticos de sus trajes protectores. Cuando nadan por el espacio, la luz de las estrellas parece escurrirse de sus flancos como si fuera agua.

Tabitha Jute creía que si los capellanos no eliminaban la barrera que habían alzado alrededor del sistema solar acabarían siendo desafiados por los Querubines, una creencia que era compartida por la mayor parte de la humanidad. Algunos incluso suponían que los capellanos estaban esperando ese desafío. Después de todo, habían enviado al Hermano Ambrose a la Luna

para que esperara la llegada de Armstrong y Aldrin, ¿no? Los capellanos no actuarían hasta que los humanos tomaran la iniciativa.

Tabitha Jute no estaba muy segura de que los Querubines siguieran siendo humanos, y la mayor parte de la humanidad tampoco lo estaba.

En cuanto a los Querubines, no tenían ninguna duda al respecto. No eran humanos, y lo sabían. Su diseño básico se hallaba a un salto cuántico de distancia del tosco cubileteo genético que se empezaba a practicar en los biolaboratorios más avanzados. Los Querubines no estaban sujetos a ninguna de las restricciones físicas que la humanidad transportaba consigo de un globo celeste a otro, y en caso de que siguieran soportando alguna la próxima generación de Querubines estaría libre de ella. Esa certeza era una convicción inatacable enseñada por los Serafines, que les habían concebido y la habían grabado en su plasma genético.

Xtasca parece ser una excepción entre los de su especie. Nuestra historia no cuenta cómo llegó a conocer a Hannah Soo, pero fueran cuales fuesen las circunstancias no cabe duda de que el mero valor exótico de su presencia justificaba el que le firmara un contrato. En cuanto a lo que sus parientes de probeta pensaban de él —no olvidemos que Xtasca decidió trabajar en el negocio del espectáculo desempeñando una función parecida a la de quienes siglos antes habían sido conocidos con nombres tan poco agradables como "monstruos de feria" o "fenómenos circenses"—, es otro de los temas sobre los que sólo podemos hacer conjeturas. Xtasca no habla mucho, y jamás se le ha oído pronunciar ni una sola palabra en contra de los Querubines o los Serafines.

¿Quiénes son los Serafines? Quizá sea mejor preguntarse si existe alguna palabra que permita explicar qué son. Son una organización, un culto, un estado independiente y, en resumen, los Serafines son ellos mismos y nada más que ellos mismos. Quien quiera conocer sus orígenes sólo tiene que acudir a los archivos oficiales, donde descubrirá que todo empezó hace diecinueve años cuando el depravado Templo de Abraxas se fusionó con una casa de programas quirúrgicos de pésima reputación, la Frewin Maisang Tobermory.

La FMT había ganado varias fortunas mediante la amputación cosmética y las primeras prótesis ornamentales, y supo jugar bien sus cartas. Logró emerger de la nube de investigaciones gubernamentales en que había quedado envuelta ofreciendo un perfil mucho más agresivo que antes gracias al hábil truco de convertirse en una organización mesiánica, evangelizadora y muy elitista. Kajsa Tobermory (su identidad legal había sido severamente puesta en tela de juicio después de un programa de sustituciones selectivas tan drástico que su personalidad acabó ocupando dos cuerpos, uno en Nueva Zurich y otro en Hong Kong) supo rodearse de consejeros legales muy astutos y reorganizó su empresa alrededor del principio de la "trascendencia autoplástica". ¿PARA QUE CAMBIAR DE IDEAS? CAMBIE DE CUERPO, se lee en uno de los escasos folletos de la etapa inicial de la nueva campaña que se conservan actualmente.

La propaganda de la FMT empezó a acumularse en todas las salas de espera de los puertos y todos los bares que atendían clientelas especializadas más o menos alejadas de la normalidad; su departamento de publicidad saturó

todos los boletines y tableros electrónicos. El mensaje se difundió por todos los lugares que atraían a los insatisfechos y a quienes querían cambiar aunque, naturalmente, sólo los que eran muy muy ricos podían permitirse alguno de los platos ofrecidos en el menú de la FMT. La política de restregar sus ofertas en las narices de quienes no poseían los recursos financieros necesarios para costeárselas era una parte integral del nuevo rostro de la corporación, y sirvió como trampolín a la hipérbole. La exclusividad carece de valor a menos que esté rodeada por un ambiente de envidia.

Los rumores de que los ingredientes esenciales de los tratamientos administrados por la FMT incluían glándulas extraídas a donantes involuntarios del Tercer Mundo quizá fuesen uno de los muchos trucos utilizados en su insidiosa campaña publicitaria o quizá fueran difundidos por competidores maliciosos, e incluso es posible que fueran ciertos; pero nunca llegaron a ser demostrados. La FMT atrajo la atención de los barones endocrinos del Templo de Abraxas y después de eso el curso de los acontecimientos se aceleró de forma increíble.

El Templo de Abraxas no consideraba necesario hacer publicidad o reclutar nuevos prosélitos y ni tan siquiera intentaba explotar a los menos privilegiados. El culto se limitaba a exigir sacrificios y quienes se adherían a él —tal y como suele ser el caso de todos los que se adhieren a alguna clase de culto religioso—, acudían en tropel para humillarse a sí mismos prosternándose ante sus altares perfumados. El Templo de Abraxas tenía mucho éxito, pero sus jerarcas se dieron cuenta de lo que estaba ocurriendo en la FMT y la satisfacción que les proporcionaba el atracarse con las secreciones de los fieles no tardó en ir perdiendo su atractivo inicial.

Cada bando cayó en la cuenta de que tenía algo que ofrecer al otro y de que podía ganar mucho con ello. Hubo un intercambio de mensajes. La distancia que separaba el ofrecer la tecnología de la automejora o los favores de una divinidad antigua a los opulentos y los crédulos al prometerles la perfección física sin límites era muy corta. La FMT se colocó bajo el paraguas de las exenciones impositivas y legales concedidas a las organizaciones religiosas y benéficas que le ofrecía aquella iglesia orbital y se disolvió sin dejar rastro mientras que el Templo de Abraxas añadía un nuevo escalón a su jerarquía. Los Serafines acababan de nacer.

Y a partir de este punto la historia se vuelve invisible. Los magnates de los negocios y los teólogos de los medios de comunicación empezaron a discutir el significado temporal y espiritual de la fusión, y los bioarquitectos y especialistas en eugenesia más capacitados fueron atraídos en secreto al seno de la nueva organización mediante promesas asombrosas —e incluso repugnantes—, mientras las puertas del templo permanecían cerradas a los ojos de los infieles. Los folletos dejaron de circular y no se emitió ni un solo comunicado. Las acciones de Abraxas seguían subiendo en las bolsas de todo el mundo, pero los Serafines guardaban silencio.

En cuanto a Capella, no había ninguna interferencia visible por su parte.

Desde aquel entonces las fugas de información han sido mínimas. Al principio el reciclaje de los fieles evitó el acostumbrado goteo de los desertores que huyen con historias sensacionales que contar. El golpe de estado que terminó con la Gran Cábala de Abraxas y la mayor parte de la junta directiva

de la ya desaparecida FMT, siendo absorbidos por un cuadro Seráfico en el que había una amplia mayoría de avatares de Kajsa Tobermory, es una de las pocas partes de la historia que conocemos, y sólo ha llegado al dominio público gracias a la investigación relámpago llevada a cabo por un comando de élite de la Red de Noticias Shu Jin. Los cuerpos de esos intrépidos especialistas en invadir bancos de datos jamás han sido recuperados. Abraxas y la FMT engendraron a los Serafines y los Serafines engendraron a los Querubines, los nacidos en el espacio, la nueva especie del *homo alterior* capaz de moverse a su antojo por los caminos siderales.

Todo el mundo sabe qué aspecto tiene un Querubín, aunque casi nadie se ha encontrado con uno. Cuerpo de color negro y apariencia metálica, ojos carmesíes, pronunciada macrocefalia; carencia total de vello, piernas, sexo... Muy pocos de— ellos superan el metro de estatura y todos son capaces de moverse velozmente de un lado a otro en caída libre o de burlar la gravedad con sus pequeños platillos volantes. Los Querubines recuerdan un poco a los pequeños infantes demoníacos surgidos de las imaginaciones de los ejecutivos más fantasiosos de la Inquisición Española. El único atuendo que se les ha visto llevar es el traje de plástico transparente cuyos microcircuitos ópticos festonean sus cuerpos con un continuo desfile de irisaciones. Si se cubren la cabeza con la capucha incorporada al traje, los Querubines pueden pasar considerables períodos de tiempo en el terrible vacío espacial. Los planetas les resultan menos cómodos, y la mayoría de ellos se niegan a visitarlos. Los Querubines son criaturas fruto de la ingeniería, y poseen un gran talento natural para todas las ramas de la electrónica por complicadas que sean. La sofisticada gama de colas protésicas que introducen en las tomas situadas al final de su columna vertebral les permite hacer funcionar una variedad asombrosamente amplia de máquinas y herramientas.

Ésta era la criatura que Tabitha encontró ocupando su asiento ante los controles de *la Alice Liddell* cuando la nave se alejó rugiendo de Plenty envuelta en una aureola impalpable de violencia irracional e infracciones de las normas de circulación.

Tabitha le lanzó una mirada de soslayo y la contempló con toda la irritación que era capaz de sentir. El Querubín parecía un enorme feto de cromo negro y había incrustado la cola en el tablero de Alice. Esa criatura y sus horribles compañeros habían salvado su nave y probablemente su vida metiéndolos en un jaleo que Tabitha jamás habría sido capaz de imaginar por sí sola.

Tabitha dejó de prestar atención al drama y la destrucción que la rodeaban. Siguió observando al Querubín y se preguntó cómo había llegado hasta allí y qué caprichos del destino lo habían llevado a Plenty en compañía de aquel sorprendente e irritante grupo de cabaret. ¿Por qué no estaba en el templo con los demás Querubines viviendo, trabajando y planeando la próxima etapa de su apocalíptica evolución? ¿Sería algún prototipo descartado? ¿Tendría algún defecto horrendo, alguna tara genética tan terrible que no les había dejado más remedio que expulsarle de su hogar? No, en tal caso lo habrían reacondicionado o reprogramado, o lo habrían convertido en piezas de repuesto... Tabitha pensó que la respuesta quizá fuera mucho más sencilla. Quizá se había limitado a huir en busca de nuevas emociones, tal y como seguían haciendo los hijos de las sociedades terrestres más modernas cuando partían en busca de alguna forma de existencia más miserable y auténtica

perdido entre las miserias y penalidades de la frontera espacial... ¿Sería un desertor? ¿Y si era un espía?

El Querubín volvió la cabeza hacia ella antes de que Tabitha pudiera apartar la mirada. Sus ojillos rojizos emitieron un chispazo y la criatura abrió sus lustrosos labios negros. Tabitha pudo ver las diminutas y perfectas hileras de dientes que parecían hechos de reluciente esmalte negro.

Y el Querubín le sonrió.

—¡Estúpidos !

Había flotado hasta el comienzo del tramo de peldaños que daba acceso a la cabina y estaba inmóvil en él, insultándoles y temblando de rabia.

Los destinatarios de sus insultos alzaban la cabeza hacia ella observándola como si fuera el esperadísimo número de cabaret, la gran novedad destinada a entretener al reducido público que la contemplaba. Los Gemelos Zodíaco, abrazados el uno al otro y cada uno con un pie metido dentro de un aro, eran dos versiones de la misma persona —como si alguien hubiera decidido que no bastaba con una sola—, y en cuanto a Marco Metz, tenía la nariz ensangrentada y el pelo y las cejas chamuscadas. Tabitha esperaba que eso fuera todo. No entendía cómo se las había arreglado para sobrevivir. No sabía dónde estaba Tal, y en esos momentos no tenía ni el más mínimo deseo de averiguarlo.

El único que le importaba en aquellos momentos era Xtasca, quien seguía pilotando la nave.

Tabitha metió los dedos por entre los huecos de la red —su red—, y los tensó estrujando un puñado de cables.

—Voy a tomar el mando —dijo.

El Querubín no dio señales de haberla oído.

—¡Venga! —Tabitha sacudió la red—. ¡Sal de ahí!

Marco se lanzó hacia adelante con los brazos extendidos

—Vamos, vamos, cariño... dijo en tono apremiante—. Cálmate. ¡Todos estamos bien! ¡Todo va estupendamente!

Tabitha giró sobre sí misma, se encaró con él y blandió un dedo amenazador delante de su rostro.

—Deja de llamarme "cariño", Marco Metz. Vuelve a llamarme "cariño" y te juro que te daré motivos para lamentarlo. ¿Me has entendido?

Los Gemelos se materializaron uno a cada lado de ella e intentaron calmarla.

—¡Has estado a punto de conseguir que nos mataran!

Marco extendió las manos hacia ella.

—No falta nadie, Tabitha. Estamos vivos, la nave no ha sufrido ningún daño... Cálmate, ¿quieres?

—¡Soy yo quien debe decidir si la nave ha sufrido algún daño o no, Marco! ¿Entendido? ¡Y ahora, fuera de aquí! ¡Salid todos!

Tabitha saltó por encima de los hombros de los Gemelos, haciéndolos girar hasta dejarlos de espaldas. Su acto tuvo como efecto hacerla salir disparada hacia atrás. Se agarró a un monitor y consiguió detenerse a poca distancia del parabrisas, quedando suspendida por encima de la consola con los pies debajo del cuerpo. Se inclinó hacia adelante, cerró los dedos alrededor de la cola del Querubín y la sacó de la toma dando un tirón.

La nave osciló ligeramente.

Tabitha se ancló con un pie, abrió los cierres de la red con la mano libre y sacó a Xtasca de ella tirándole de la cola.

—Oh, no hagas eso —dijo Saskia encontrando un asidero junto a ella. Sus cabellos parecían flotar por toda la cabina—. Pobrecita, vas a hacerle daño... —protestó.

Pero Xtasca no necesitaba ayuda. La cola del Querubín se deslizó entre los dedos de Tabitha y el cuerpo flotó hacia arriba liberándose de la red. El Querubín revoloteó grácilmente por delante del rostro de Tabitha, pasó por entre los Gemelos, dejó atrás el tramo de peldaños y desapareció en la bodega de carga. La ausencia de gravedad parecía afectarle tan poco como si hubiera nacido en ella y, naturalmente, así era.

—Fuera ordenó Tabitha.

Su orden fue obedecida. Tabitha cerró la puerta en cuanto se hubo quedado sola.

Se instaló en la red y puso el automático. Olvidó sus quemaduras y el dolor del tobillo y recorrió los monitores con la mirada o, por lo menos, echó un rápido vistazo a los que seguían funcionando. Plenty se había convertido en un bulto del tamaño de una avellana que brillaba a unos 120 grados por estribor. La persecución había cesado. La nave había salido del espacio que el orbital consideraba como propiedad suya, y la junta que controlaba Plenty había dejado de interesarse por ella. El número de leyes espaciales era tan reducido que si no conseguían hacerlas cumplir por la fuerza en el momento adecuado resultaba preferible olvidarse de la infracción. Pero si alguna vez se le ocurría regresar a Plenty...

Si sobrevivía a este viaje, Tabitha estaba segura de que jamás regresaría a Plenty.

—Hasta nunca —dijo volviendo la cabeza hacia el gigantesco objeto que iba disminuyendo de tamaño a estribor.

No pudo evitar el preguntarse por qué no habían optado por una solución tan sencilla como la de hacerla pedazos y destruir la nave con ella. ¿Por qué se habían contenido?

Conectó su terminal y accedió a la personalidad de la nave.

—¿Alice? ¿Sigues queriendo hablar conmigo?

—NATURALMENTE, CAPITANA —dijo Alice—. ¿QUIÉN ERA EL QUE SE HA DESCONECTADO HACE UNOS MOMENTOS?

—Era un Querubín, Alice.

—¿UN QUERUBIN? CIELOS... OH, SÍ, YA LO VEO. ¿SABÍA QUE ESTA EN LA BODEGA?

Tabitha tensó las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes.

—Sí, Alice, ya lo sé.

—TAMBIÉN HAY OTRAS PERSONAS.

—Sí.

—CAPITANA, ¿PUEDO HABLAR CON EL QUERUBIN?

—No. Vamos a poner rumbo hacia el Enredo.

—PREPARADA—dijo Alice.

Tabitha tecleó un curso que les llevaría hasta el sector más densamente ocupado de las dos calzadas orbitales terrestres y Alice se encargó de fijar las coordenadas.

—EL TRAFICO ESTA BASTANTE MAL —observó.

—Me alegro —dijo Tabitha. Cuando estuvieran allí no habría nada que pudiera distinguirles de cualquier otro vehículo de transporte. Aspiró aire por entre los dientes—. Informe de daños, Alice, por favor.

La cosa no tenía muy buen aspecto. *La Alice* había perdido varios ojos y estaba sorda en un buen número de las frecuencias locales. Aparte de eso había sufrido una gran cantidad de quemaduras, arañazos y abolladuras, algunas de ellas lo bastante importantes para afectar a la estructura.

—DEFECTO EN EL CRISTAL DEL EJE. PROBABILIDAD DE FALLO 61,04% —observó Alice—. CREIA QUE IBAMOS A SOLUCIONAR ESE PEQUEÑO PROBLEMA ANTES DE ABANDONAR PLENTY.

—Yo también lo creía—murmuró Tabitha—. Ten un poco de paciencia conmigo, Alice. Haré que te echen un vistazo a fondo lo más pronto posible. Los tipos que van en la bodega se encargarán de pagar la factura.

—DEBEN SER PERSONAS MUY EDUCADAS Y AMABLES.

Tabitha no pudo contener la risa y torció el gesto apenas se hubo reído. Se acarició cautelosamente la mejilla dolorida con las yemas de los dedos.

—Alice, ¿me he quemado?

—UN POQUITO, CAPITANA.

El cajón del equipo de primeros auxilios se abrió delante de ella con un leve zumbido.

—No hemos tenido un buen día dijo Tabitha mientras se ocupaba de su cara y de su mano . De hecho, puede que éste haya sido el peor día de toda mi vida... —Sus palabras iban más dirigidas a ella misma que a la nave, y eran una forma de retrasar la inevitable reacción a lo ocurrido el máximo de tiempo posible—. ¿Qué opinas, Alice?

—DATOS INSUFICIENTES.

Tabitha arrancó unas cuantas briznas de tela carbonizada de la manga.

—Recuérdame que te cuente algunas cosas de mi vida cuando estemos más tranquilas.

Seguían dirigiéndose hacia las rutas principales. El tráfico era espantoso, tal y como le había advertido Alice. Montones de Rayos Caledonios desfilaban lentamente repletos de guardias de información e inspectores de hacienda que volvían a sus hogares después de otro día dedicado a luchar valerosamente con sus obligaciones, y las Campanillas Freimacher se deslizaban con arrogante delicadeza por entre ellos llevando a bordo diseñadores de pleitos y ejecutivos de agencias publicitarias que iban a Bizancio y Fe. Esparcidos por entre las naves de mayor tamaño había pequeños camiones robot que iban a recoger su próxima carga y, tal y como Tabitha había esperado, las rutas estaban llenas de barcazas, decenas y decenas de Fargos, Cargadoras y Kobolds que enfilaban sus proas hacia el Enredo con las bodegas repletas de clips, desodorante y pudding negro. El Enredo, el reino de los cilindros corporativos que bailaban el vals con plataformas de estacionamiento, los complejos recreativos y las iglesias espaciales... Cuando llegaran allí, *la Alice* se sentiría como en casa.

—CAPITANA...

—¿Sí, Alice?

—¿POR QUÉ DICE QUE ÉSTE HA SIDO EL PEOR DÍA DE TODA SU VIDA?

—Ya te lo explicaré cuando tenga alguna idea de qué coño está ocurriendo.

La Alice absorbió su réplica con un fugaz parpadeo de luces rosadas.

—Escoge una plataforma, Alice —dijo Tabitha—. Vamos a ocuparnos de esas reparaciones.

Los ordenadores asumieron el control de la nave. Tabitha se reclinó en la red y se despezó. Cuando cerró los ojos descubrió que veía chispazos rojos sobre un fondo verde pálido. La sirena del Jardín Mercurio seguía aullando en algún rincón de su mente y los haces de energía disparados por las armas de los perks y los policías continuaban desgarrando la atmósfera.

Dios, qué cansada estaba... Empezó a imaginar lo que sería darse una ducha con agua y acostarse en una cama de verdad con las sábanas recién cambiadas. Pero el sueño era algo reservado a los justos metidos en sus interminables hileras de ataúdes de acero blanco que podían permitirse el lujo de dormir en una caverna helada que a veces era una pradera bañada por los rayos del sol y a veces un elegante dormitorio repleto de antigüedades y luz de velas. Los justos yacían inmóviles con electrodos incrustados en los globos oculares viendo películas caseras mientras esperaban que llegara el Día de la Resurrección. Allí no había ruidos, alienígenas homicidas, acróbatas andróginos, Querubines o policías. Entrar en ese reino maravilloso era sencillísimo: bastaba con morirse. No era pedir demasiado a cambio de todas esas ventajas.

Tabitha acabó abriendo los ojos. Estaba sola en la cubierta de vuelo de *la Alice Liddell* y todos los paneles de control zumbaban suavemente a su alrededor. Aguzó el oído. ¿Qué era ese ruido? Parecía una especie de golpeteo irregular... ¿Podía ser el sonido de un cristal de eje moviéndose dentro de su vaina?

No. No había ningún ruido. Pero no tardó en oír el ruido de la escotilla al abrirse.

Tabitha volvió la cabeza. Marco estaba contemplándola desde el final del tramo de peldaños.

—Hola —dijo.

—No me dirijas la palabra —replicó Tabitha.

Volvió la mirada hacia el teclado y dejó muda a Alice.

—Sólo quería saber si todo iba bien —dijo Marco—. Ah, y también quería darte esto...

Subió el tramo de peldaños y se detuvo junto a ella con el cuerpo paralelo al suelo de la cabina alargándole la tarjeta de crédito.

Tabitha la cogió antes de que pudiera volver a desaparecer.

—Será mejor que haya dinero en la cuenta —dijo.

—Hay unos cuantos centenares —replicó Marco.

Tabitha cerró los ojos y apoyó la espalda en la red.

—¿Cuánto dinero hay? ¿Mil quinientos?

—Oh, no, no... Puede que haya unos quinientos.

—Marco, me debes mil quinientos, ¿entendido? Me debes mil quinientos, y teniendo en cuenta las averías que mi nave ha sufrido por tu culpa es muy probable que me debas unos dos mil...

Extendió una mano hacia el análisis de averías que seguía visible en la pantalla. Marco leyó las cifras y símbolos intentando poner cara de que los entendía, pero Tabitha se dio cuenta de que apenas si les estaba prestando atención. Después se incorporó y alzó la cabeza hacia el parabrisas.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a un sitio donde puedan reparar las averías, instalar un cristal nuevo y repostar combustible.

—Quizá sería mejor que empezáramos repostando —dijo Marco—. Por si acaso, ¿entiendes?

Tabitha le maldijo, pero tenía razón.

Marco movió la cabeza señalando la tarjeta y el gesto hizo que su cuerpo fuera recorrido por una lenta ondulación.

—Será suficiente para llevarnos hasta Titán, ¿verdad? Vamos a Titán, ¿no?

—¿Tengo alguna opción?

—Eh... dijo Marco. Irguió el cuerpo y flotó unos centímetros hacia adelante—. No seas así. No ha sido culpa nuestra, ¿entiendes? Teníamos otros planes, pero... Te has portado muy bien —añadió mientras intentaba sentarse en el borde de la consola.

—Baja de ahí.

—Lo siento, lo siento.

Marco flotó hacia arriba y se agarró a un aro.

—¿Cuánto falta?

—¿Para llegar a la plataforma?

—Para llegar a Titán. Es una de las lunas de Saturno.

—Ya sé dónde está Titán, Marco.

—Cogió una calculadora—cuaderno de anotaciones y empezó a teclear en

—Un mes.

No era una perspectiva muy agradable.

—¿Tiempo subjetivo?

—¿Conoces alguna otra forma de hacerlo?

—¿Tomando en cuenta el salto?

Tabitha dejó escapar un suspiro de irritación.

Marco metió un dedo por entre los cables de la red y señaló su cabeza.

—¿Ya sabes que estás un poco chamuscada?

—¡Marco, déjame en paz!

Midreo alzó las manos.

—De acuerdo, de acuerdo. Si quieres poner las cosas más difíciles de lo que ya están, allá tú y que te jodan. Me voy. Lo único que quiero saber es si hay dinero suficiente para llegar hasta Titán.

—Sí, bastará para llegar allí. Suponiendo que lo de los quinientos sea verdad, claro.

—¿Y las reparaciones? Eh, cuidado con eso...

Un robot de limpieza pasó por estribor extendiendo brazos en todas direcciones para engullir los desperdicios que se iban acumulando en las rutas espaciales.

—¿Bastará para reparar los sensores averiados y conseguir un cristal nuevo?

—Tendrá que bastar.

—¡Entonces lo hemos conseguido!

Tabitha le miró y frunció el ceño.

—Marco, estás en deuda conmigo, ¿entiendes? Me has metido en un lío.
—No eché tu perk al canal.

—Todo lo que ha ocurrido desde entonces es culpa tuya, y te recuerdo que deberás hacerte cargo de todos los gastos. Odio a los policías, y ahora me encuentro con ellos vaya adonde vaya. ¿Cómo se supone que he de ganarme la vida? No soy una maldita pirata espacial... Estás en deuda conmigo, Marco. —Alzó la tarjeta de crédito y la agitó ante su rostro. Esto no es más que un pago inicial a descontar de lo que me debes.

—Tabitha... escucha, no estoy intentando timarte. Lo de llevarnos hasta Titán no es ningún truco. Hay mucho dinero a ganar. Cuando llegemos a Titán serás rica, te lo aseguro. Y estoy hablando de dinero de verdad, no de un simple crédito, más dinero del que podrías conseguir en todo el resto de tu existencia. Todos seremos ricos. Podrás emprender una nueva vida. Un nuevo nombre, una nueva cara si quieres... Puedes librarte de este viejo cacharro —añadió moviendo la mano en un gesto que abarcó toda la nave.

Las fosas nasales de Tabitha temblaron y se dilataron unos cuantos milímetros.

—De acuerdo, olvida lo que he dicho de la nave. La verdad es que me cae bien... Es muy pintoresca. —Dio unas palmaditas sobre el mamparo que había encima de su cabeza—. Ni tan siquiera sabrás que estamos aquí, te lo prometo. Tal está dentro de su caja. Odia viajar. En cuanto a Xtasca..., bueno, no te molestará. Los Gemelos sólo necesitan estar juntos. Se entretienen el uno al otro, no sé si me explico... Eso sólo nos deja a ti y a mí. Dispondremos de un mes entero para conocernos mejor. La noche del carnaval... No fue tan desagradable, ¿verdad? Puede volver a ser así. Lo único que debes hacer es confiar en mí.

Tabitha le ignoró. Se frotó los ojos con los cantos de las manos y volvió la cabeza hacia las pantallas que habían sobrevivido a la huida de Plenty.

Estaban entrando en el Enredo. Ya podía ver el toroide corporativo de la Mivvy. Sus contornos estaban erizados de vehículos ejecutivos que parecían enjambres de pirañas dispuestas a devorar un donut gigante. El puntito de luz verdosa situado a 300 grados era la Primera Iglesia Luterana del Cristo Pastor de las Estrellas, y el disco achaparrado que se encontraba a popa y a estribor era el Mundo de la Hamburguesa. La masa metálica giraba lentamente sobre sí misma emitiendo un incesante chorro de anuncios en todas las longitudes de onda.

Tabitha dejó escapar el aire poco a poco. Las torbellinos de chispas que había detrás de sus párpados empezaron a confundirse con las luces del Enredo.

Alice le indicó que había llegado el momento de desviarse y entrar en la calzada de aproximación a un Rojo y Blanco. Tabitha le dio permiso para hacerlo.

La nave frenó. Marco y una nube de trastos empezaron a flotar hacia popa. Marco agitó los brazos como si intentara nadar contra la corriente no calculó bien la inercia y tuvo que agarrarse a la red del copiloto. Su cuerpo fue girando lentamente hasta acabar cabeza abajo.

—¡Uf! —dijo sonriéndole por entre sus piernas.

Tabitha no le prestó atención. Acababa de tomar la decisión de mantenerles encerrados en la bodega.

Marco estaba intentando dar la vuelta sobre sí mismo y agitaba el brazo libre en un infructuoso intento de impulsarse.

—Tienes cara de estar muy cansada, ¿lo sabías? dijo cuando hubo conseguido que su cabeza volviera a apuntar hacia el techo. Flotó hacia ella y se acuclilló junto a sus pies contemplándola con expresión preocupada—. No queremos que nuestra piloto favorita se ponga enferma y nos deje tirados, ¿verdad que no? ¿Por qué no descansas un ratito?

—Vuestra piloto... —murmuró Tabitha con amargura.

Estaban avanzando lentamente por el Rojo y Blanco. Tabitha apagó los motores. *La Alice* entró en un hangar por el que flotaban masas gigantes de mercancías que eran desplazadas por unidades de color amarillo limón que escupían chorros de vapor congelado. Letras fluorescentes de quince metros de longitud proclamaban que el hangar pertenecía a TRANSPORTES TEKURAT. La dotación del hangar estaba compuesta por cinco palerianos vestidos con trajes arco iris cuyos cascos imitaban las cabezas de personajes populares de los dibujos animados. El Señor Pantalla les indicó que siguieran adelante y empezó a ocuparse de las conexiones.

Tabitha se encargó de la transacción. El crédito de la tarjeta apenas llegaba a los quinientos prometidos. Volvió la cabeza hacia Marco y vio que se disponía a salir de la cabina.

—Siéntate, Marco —dijo señalando la otra red.

Marco le lanzó una mirada algo aprensiva y fue obedientemente hacia la red.

—Van a cobrar las reparaciones y nos conseguirán un cristal de eje nuevo, así que estaremos un rato aquí dentro. Supongo que todos tenéis trajes, ¿no?

—Claro —dijo Marco asintiendo con la cabeza.

—Puedes contarme lo que está pasando mientras esperamos —dijo Tabitha—. Quiero saber en qué lío me he metido. Quiero la verdad, Marco. ¿Conoces esa palabra?

Marco puso cara de sentirse sinceramente ofendido.

—Tabitha, nunca te he mentado.

—Mientes.

—Nunca. Yo sólo, sólo... —Movié las manos como si no supiera qué decir—. Bueno, a veces la realidad puede ser un poquito inflexible, ¿entiendes?

—Bueno, lo has adivinado. Somos algo más que un simple grupo de artistas... Robamos bancos. ¿Sorpresa? Nuestras carreras como artistas interplanetarios son el disfraz perfecto. Abrimos cajas fuertes y llevamos una doble vida. Robamos joyas. ¿Recuerdas lo del ushabti Doyen Pomal? ¿Y el robo del Diamante Deimos? Fuimos nosotros. Robamos metales preciosos y

objetos de valor. Nos mantenemos alejados de los delitos informáticos, no robamos datos, no implantamos virus sigilosos que acaban engullendo todo el crédito de un asteroide mientras sus habitantes están tranquilamente sentados en sus casas viendo el audiovisual... No hacemos esas cosas. Nunca. Lo nuestro es lo real, ¿entiendes? Lo que se puede tocar y sostener en la palma de la mano, las cosas que siguen estando ahí cuando te quedas sin electricidad.

"El nombre... Contrabando. Una broma dentro de una broma, y siempre funciona. ¿Te gusta? Contrabando... Fue idea mía, ¿sabes? Nuestros talentos abarcan todo un repertorio de crímenes. Todos los talentos que utilizamos encima del escenario pueden ser canalizados hacia un propósito nefando e ilegal. Piensa en ello, Tabitha.

"Los Gemelos Zodíaco, por ejemplo... Son acróbatas. Pueden hacer cosas increíbles, auténticas hazañas físicas que dejan perplejos a los policías y a los encargados de seguridad. Ah, también saben hacer trucos de magia y prestidigitación, y ese tipo de cosas son las que más confunden a una mente normal. La gente no admite nada que no esté en condiciones de explicar. Los Gemelos son un truco de prestidigitación ambulante, y lo mejor de todo es que son tan idénticos que nadie puede estar seguro de a cuál ha visto. La coartada instantánea...

"Después está Tal. Tal parece ser un loro verde normalísimo. De hecho, como tú misma has tenido ocasión de comprobar, es mucho más inteligente que un loro terrestre. ¿Quién va a sospechar de él? Su tamaño y sus alas le permiten llegar a sitios inaccesibles incluso para los Gemelos.

"En cuanto a Xtasca... Bueno, Xtasca es un miembro de otra raza oculta, los Querubines. Nadie sabe qué son o qué pueden hacer. Ese platillito suyo le permite volar tan bien o mejor que Tal, y el espacio no es ningún problema para los Querubines. Xtasca se encuentra mucho mejor en el espacio que en ningún otro sitio. Esa colita reluciente suya le permite hacer maravillas con todos los sistemas cibernéticos. Ya viste lo que le hizo a ese robot, ¿no? Bueno, pues te aseguro que cuando se trata de sistemas de seguridad y bancos de datos puede hacer cosas realmente increíbles.

"Y finalmente estoy yo. ¿Cuál es mi contribución a este quinteto de zorros escurridizos como el mercurio, este carnaval de artes y oficios criminales? Soy el que habla. Hablo y hablo y hablo, y soy muy bueno hablando. Ahora mismo te estoy hablando, y ésa es mi contribución. Me encargo del público y de las relaciones públicas, ¿entiendes? Poseo un considerable encanto personal. Y soy listo... Pienso muy deprisa y tengo buenas ideas. Los demás serían incapaces de planear un trabajo. Xtasca y Tal son listos, desde luego, pero no son humanos y no piensan como los humanos. De hecho, no tienen ni idea de lo que pasa por las cabezas de los seres humanos... Y los Gemelos no son mucho mejores. ¿Puedes entenderles? Cada uno sabe lo que está pensando el otro, pero en lo que respecta a los demás... Bueno, es algo así como... No sé, algo como... ";Eh, hola! ¿Hay alguien en casa?" Juntos son maravillosos, pero no puedes separarles. Creo que ésa es la razón de que hayamos tenido tantos problemas. Si no hubiéramos... Bueno, de acuerdo. El trabajo.

"Cuando estábamos en Plenty, Mogul y Xtasca se escabulleron a mitad del espectáculo y robaron un banco. Teníamos la coartada. ¿Que donde

estábamos, agente? Estábamos actuando en el escenario del Jardín Mercurio, y había montones de personas observándonos. Hannah se encargó de prepararlo todo. Se introdujo en casi todos los circuitos de aquel local, ¿entiendes? Oh, Hannah es capaz de hacer cosas que te dejarían muy sorprendida, te lo aseguro, y Plenty es uno de esos sitios en los que sigue habiendo dinero real, y cuando hablo de dinero real me refiero al oro. Supongo que nunca has visto oro, ¿verdad? Bueno, pues hubo un tiempo en el que toda la Tierra funcionaba gracias al oro. No hay oro en ningún otro lugar del sistema. No lo hay en Marte y no lo hay en el Cinturón..., no hay oro en ninguna parte. No hay nada comparable al oro, Tabitha, créeme.

"Ahora están sentados encima de un saco lleno de oro. Un saco muy, muy grande... ¡Somos ricos, Tabitha! Sólo hay un problema, y es que no puedes gastarlo. No puedes gastarlo aquí llenando tu tanque de combustible. ¿Esos números de ahí son lo que tenemos que pagar? Dios mío... De acuerdo, no hay problema.

"¿Quieres que te lo enseñe? Ojalá pudiera hacerlo. Ojalá pudiera enseñártelo, ¿entiendes? Estoy seguro de que entonces todo esto resultaría mucho más sencillo. Ojalá pudiera dejar que lo tocaras. Ah, si pudiera permitir que te quitaras toda la ropa y te revolcaras en él... De acuerdo, de acuerdo. No puedo, y hay que resignarse. No puedo porque está sellado, está protegido con montones de alarmas y trampas para incautos y todas esas cosas, y no disponemos de las herramientas necesarias para ocuparnos de ellas. Pero en Titán hay tipos que pueden hacerlo. Cuando estemos en Titán podremos convertirlo en efectivo y podremos gastarlo. Si el efectivo te pone nerviosa podemos convertirlo en crédito, crédito honesto y puro al cien por cien, crédito asignado al nombre que escojas. Basta con que nos lleves a Titán, Tabitha. Con el oro...

"Podría haber contratado a cualquier persona..., sí, a cualquiera. Podría haber contratado a esos tipos en los que había pensado Hannah. Pero no quería a esos tipos, ¿entiendes? Te quería a ti. Me di cuenta al minuto de verte..., no, al segundo. Y no me he equivocado. Te has portado estupendamente. Las cosas no han ido tan bien como podrían haber ido y te hemos metido en un lío muy considerable, lo admito, y ojalá existiera alguna forma de hacerte comprender lo mucho que lo lamento y lo sinceramente apenado que estoy. Si pudiera pagarte ahora y si pudiera hacer desaparecer todas las averías de tu nave y todos los pelos chamuscados de tu cabeza lo haría, créeme... Oye, si quieres puedo encargarme de curar esa pequeña quemadura que... De acuerdo, Tabitha, no lo haré. Si pudiera pagarte ahora, si hubiera alguna forma de hacerlo lo haría, te lo aseguro, pero ahora estoy siendo totalmente sincero contigo, tengo que ser totalmente sincero contigo y... Bueno, estoy contento de que todo haya ido así. ¿Aún no está lleno? Oye, ¿cuánto combustible es capaz de tragarse ese maldito depósito? No sé si lo sabes, pero la Shinjatzu acaba de sacar un nuevo modelo que... De acuerdo, de acuerdo. No, en serio, me alegro de que las cosas hayan ido así porque eso significa que podré pasar más tiempo contigo. Ya sé que en estos momentos no tienes muy buena opinión de mí, pero quiero que sepas que yo creo que eres maravillosa. Sigo estando loco por ti, de veras. Creo que a medida que vayas conociéndome mejor descubrirás que no soy tan mala persona como parezco. Puede que no sea tan fácil de tratar como otros y admito que tengo

defectos, claro, pero... Bueno, te aseguro que llevarse bien con una persona interesante siempre resulta un poco más difícil que llevarse bien con un imbécil.

—¿Y qué hay de la cinta? —preguntó Tabitha.

—¿La cinta? ¿Qué cinta?

—La cinta que pusiste dentro de mi bolsa de viaje, Marco. La cinta que le hiciste escuchar a Hannah Soo.

—Oh, esa cinta.

—Sí, esa cinta.

—De acuerdo, te lo contaré. Era una cinta fantasma —dijo Marco—. La hice grabar en Schiaparelli. Por eso tuve que dejarte sola en la fiesta, ¿entiendes? Tenía que ir a recogerla.

Tabitha alzó una mano para llamar la atención del palerniano que se encargaba de cobrar.

—¿Qué es una cinta fantasma? —preguntó.

—Es un aparatito de seguridad para tu casa, tu oficina o tu vehículo de recreo y, aparte de eso, también es una herramienta muy útil para los ladrones. Resultan muy convincentes. Crean la impresión de que hay una persona de carne y hueso moviéndose por algún sitio. Señales vitales, ruidos, interferencias que las cámaras de seguridad o los dispositivos de espionaje interpretan como la sombra de un ser humano..., todo eso. ¿Recuerdas lo que dijo Hannah? Dijo que la ayuda ya estaba en camino. Esa es la misión de una cinta fantasma. Hace todo lo que sea preciso para confundir y engañar a un ladrón o, y ésta es la parte más inteligente y de la que estoy más orgulloso..., a la policía.

—¿La cinta creó la impresión de que un intruso había logrado acceder a las neveras?

—Exactamente. Confundió a la policía. Creó la impresión de que la entrada ilegal se había producido en las neveras en vez de en el banco.

Tabitha se golpeó suavemente los dientes con una uña y clavó los ojos en las pantallas de popa contemplando la agitación del tráfico sin verla. Estaba empezando a sentirse algo mejor. No creía ni una sola palabra de la ridícula historia de policías y ladrones de bancos que le estaba contando después de todo. ¿qué banco podía ser lo bastante estúpido para guardar dinero en Plenty?—, pero la historia era el tipo de respuesta que esperaba. Comprender que Marco seguía subestimándola la animó bastante.

Giró sobre sí misma moviéndose con tal brusquedad que Marco se sobresaltó.

—De acuerdo, Marco, ahora me toca a mí. Esta nave es mía y si queréis viajar en ella tendréis que aceptar mis condiciones y hacer lo que os diga. No te quiero a bordo. No quiero trabajar para ti. Pero estás en deuda conmigo, Marco, y quiero mi dinero. Un mes entero soportando al Asombroso Grupo Contrabando no es mi idea de pasarlo bien. ¿Has hecho algún viaje que durara un mes entero a bordo de una barcaza? ¿No? Ya me lo imaginaba... Bien,

permíteme decirte que no estarás muy cómodo. Ah, y te advierto de que no quiero enterarme de nada. Si esos tipos tienen alguna queja o reclamación pueden acudir a ti y presentarlas. Tú eres el que manda, ¿no? Eres el pico de oro, así que puedes encargarte de transmitirles mis condiciones. Esa puerta está cerrada y así es como seguirá. Podéis usar el ablutorio y la cocina —por cierto, enseñales dónde están y cómo funcionan—, y yo me encargaré de poner un poco de orden en el camarote de pasajeros. No podréis entrar en la cabina sin mi permiso, y no podréis poner los pies en mi camarote pase lo que pase. Nadie tocará ningún control o pondrá las manos sobre la maquinaria esté donde esté. En cuanto hayamos terminado aquí iremos al hangar de reparaciones y creo que pasaremos un día o dos metidos en él..., puede que incluso una semana, depende de lo graves que sean las averías que hemos sufrido por vuestra culpa. Diles que si hay algo que vayan a necesitar durante el mes próximo deben salir a buscarlo y volver a bordo lo más deprisa posible, ¿entendido? De acuerdo... Ah, Xtasca se quedará a bordo. No quiero que nadie atraiga ninguna clase de atención sobre nosotros. Nadie hará numeritos de cabaret, nadie se meterá en líos o peleas y nadie robará ningún banco. Vamos a estar lo más calladitos posible hasta que *la Alice* haya sido reparada, y nos marcharemos de aquí en cuanto la nave esté lista.

Una especie de graznido estridente procedente de la bodega hizo vibrar la atmósfera de la cabina.

Tabitha había decidido que Marco se encargaría de ellos, pero no pudo contenerse. Abrió los cierres de la red, se impulsó con un pie y salió disparada de la cabina y a través del umbral en un solo movimiento. Marco se lanzó detrás de ella.

El caos se había adueñado de la bodega. Sus pasajeros habían abierto el equipaje y hurgado en los bultos, que habían sido colocados y asegurados tan minuciosamente, y lo habían sacado todo. Los objetos circulaban por todas partes girando lentamente sobre sí mismos como si estuvieran atrapados en un perezoso tornado que hubiera perdido el rumbo y hubiera acabado metiéndose en el guardarropas de un teatro. Partes de trajes asomaban tímidamente por entre los rollos de flex que iban extendiendo poco a poco sus anillos; un ukelele parecía husmear en una bota de media caña que ondulaba seductoramente. Un conejo disecado se dirigió hacia los recién llegados buscando algo alrededor de lo que orbitar.

Tabitha se abrió paso a codazos por entre la turbamulta de objetos y estuvo a punto de chocar con una de sus propias unidades de carga. El robot no lograba controlar sus giros y había enviado la señal de socorro. Tabitha lo cogió y pulsó la tecla de reprogramación automática mientras contemplaba a Mogul y Saskia con el ceño fruncido.

Los Gemelos estaban tan ocupados que no se dieron cuenta de que les observaba. Llevaban puestos sus pantalones azules de pijama y camisas blancas, y ocupaban los dos extremos de una línea que unía el suelo con el techo. Se habían puesto de puntillas, se estiraban el uno hacia el otro y se estaban besando, aunque apenas podían rozarse con los labios. Sus cabelleras fluían y se mezclaban alrededor de sus cabezas como si fueran un halo de hebras sedosas animado por un curioso movimiento serpentino.

—Empezad a ordenar todo esto ahora mismo —dijo Tabitha.

Tenía la esperanza de que Marco se atrevería a hacer algún comentario sobre el lamentable estado de su camarote, pero Marco no mordió el anzuelo y siguió callado. ueno, por fin había conseguido que dejara de hablar. Ocultó el placer que le producía su triunfo colocando la unidad en su hueco de la pared. Los Gemelos parecían haberle ordenado que sujetara una hamaca de caída libre entre dos extensores, y la unidad había acabado perdiendo el equilibrio. Tabitha miró a su alrededor y vio la caja de porcelita blanca de Tal. El refugio— prisión en que el loro pasaba los viajes había flotado hacia arriba hasta quedar atrapado debajo de la pasarela. Xtasca no era visible por parte alguna.

—Estamos seguros de que se encuentra bien —dijo Saskia como si intentara tranquilizarla al respecto.

Encontraron al Querubín en la popa dentro de la doble pared. Había logrado meterse en el hueco existente entre el interior presurizado y las hileras de células de combustible. Xtasca flotaba con la cabeza hacia abajo en lo que parecía una especie de trance extático.

El Querubín apenas necesita nada de su entorno. Se conforma con una dosis regular de radiaciones ultravioletas, alguna excursión por los bancos de iones y una o dos bocanadas ocasionales de hidrógeno interestelar, pero Xtasca se había sentido atraído por el succulento plasma que se agitaba en los radiadores de flujo, y pedirle que se resistiera a su llamada era tan imposible como pedirle a una abeja que no vuele hacia su colmena. Xtasca estaba dándose un baño de luz violeta con la cabeza echada hacia atrás y sus negras manecitas alzadas en una mezcla de brindis y saludo a la fuente de su éxtasis.

—¡Marco, saca a esa cosa de ahí!

Marco metió la cabeza por el hueco de la escotilla de inspección.

—¡Xtasca! Eh, vamos... Tienes que salir de aquí ahora mismo.

La criatura se volvió y su traje emitió un resplandor púrpura. Abrió la boca y reveló dos hileras de dientes minúsculos.

—Aún no he terminado dijo.

Marco se arrodilló junto a la escotilla y metió los brazos por el hueco.

—Con cuidado jadeó Tabitha.

—Vamos, Xtasca, déjalo ya. Puedes hacerlo en cualquier otro momento...

—¡No !

Marco sacó torpemente la cabeza del hueco dándose un golpe en el hombro.

—Tiene que comer —dijo con voz firme y decidida—. Te aseguro que no nos causará problemas.

—Quiero que salga de ahí ahora mismo.

El Querubín salió disparado por el hueco de la escotilla una fracción de segundo después de que hubiera pronunciado esas palabras y pasó velozmente junto a la cabeza de Marco meneando los hombros. Ascendió hasta el techo y se quedó inmóvil allí con la cabeza inclinada hacia ellos.

Los ojos de la criatura se clavaron en Tabitha. La penumbra del pasillo permitía distinguir con toda claridad el brillo que desprendían.

—Capitana, su nave es realmente notable.

Tabitha no estaba dispuesta a devolverle la mirada.

—Muchísimas gracias dijo.

—Quizá no tenga ni idea de lo notable que llega a ser—observó Xtasca.

Tabitha se estremeció y el canto de su mano se estrelló en el brazo de Marco.

—¡Marco, dile a esa cosa que me deje en paz!

—Hay una considerable disonancia de refracción en el cristal del eje, capitana—dijo Xtasca.

—¡Ya lo sé! —replicó Tabitha.

Se arrodilló junto a la pared y cerró la placa que había sobre la escotilla de inspección.

—¿Desea que estabilice el cristal?

—¡No! ¡Marco!

Marco saltó hacia adelante haciendo chasquear los dedos como si estuviera llamando a Tal.

—Eh, Xtasca, ¿por qué no vienes conmigo y averiguamos qué están haciendo los Gemelos?

Sus palabras parecieron tener un efecto inmediato. La criatura se apartó velozmente del techo y serpenteó por el aire yendo hacia la bodega.

—Manténla lo más alejada posible de aquí, Marco. Deja que..., bueno, si es lo que le gusta deja que salga fuera de la nave. ¡Pero todavía no!

La terminal de Tabitha le transmitió un mensaje. Era la voz del encargado palerniano.

—Ya lista para ir, Alice Liddle.

Tabitha se lanzó por el pasillo que circundaba la bodega. La escotilla delantera seguía sin estar cerrada, y mucho menos asegurada. Los Gemelos Zodíaco cruzaron el umbral de la escotilla de salida de estribor más próxima a la proa, flotaron por el pasillo y acabaron pegando las narices a una mirilla. Tabitha pasó velozmente junto a Saskia dirigiéndose hacia la cabina y la mujer volvió la cabeza para seguirla con la mirada.

—¿La has visto? —preguntó.

—¿Que si he visto a quién? —replicó Tabitha con bastante impaciencia.

—Ahí fuera—dijo Mogul.

Movió una mano señalando vagamente hacia la estación de carga, lo cual no era demasiada ayuda.

Tabitha se instaló en su red y ni tan siquiera se tomó la molestia de contestar.

—Creo que es una agente de policía dijo Saskia con voz adormilada.

Tabitha sintió que se le helaba la sangre.

—Ha estado hablando un buen rato con el palerniano —siguió diciendo la acróbata.

—Ese que lleva puesto el traje del Señor Pantalla —dijo su hermano.

—El que nos está señalando con la mano..., ése de ahí.

Tabitha echó un rápido vistazo a las pantallas y tecleó el código de zoom. Las pantallas le proporcionaron tres imágenes del palerniano señalándoles con una mano y tres imágenes de la agente de policía vestida con el reluciente traje de servicio negro volviendo la cabeza en su dirección. Su posición hacía que pareciese estar mirando directamente a la cámara.

Tabitha activó los reactores.

La Alice Liddell se alejó del Rojo y Blanco mientras las sirenas de alarma del tráfico considerablemente perturbado que dejaba atrás hacían vibrar la rejilla de la radio. Marco Metz lanzó un grito de dolor y sorpresa. Seguía en el pasillo, y el repentino acelerón le había hecho perder el equilibrio y rebotar en unas cuantas paredes. Un instante después Tabitha le oyó entrar en la cabina. Marco se frotó la cabeza con las manos.

—¿ Y qué pasa con las reparaciones? —gritó.

—Asegura todos los trastos, Marco —replicó Tabitha—. Nos largamos.

Las estrellas perforaban el telón de negrura visible en las pantallas y al otro lado del parabrisas. *La Alice Liddell* no daba la impresión de moverse, pero avanzaba rápidamente a través del vacío.

Tabitha se preguntó si no habría hecho mejor quedándose en el Enredo. Quizá había reaccionado de una forma demasiado impulsiva. Un cuarto de hora más tarde *la Alice* le informó de que tenían un crucero policial a popa, y Tabitha comprendió que no había reaccionado de forma demasiado impulsiva.

Las hileras de luces del tablero brillaban con un suave resplandor rosa y azul. Tabitha no quería comentar la nueva situación con la personalidad de la nave, y la modalidad vocal seguía desactivada. Saturno estaba en el afelio, por lo que el salto tendría que ser transversal, bastante largo y hacia abajo.

Marco entró en la cabina.

—¿Nos persiguen?

El viaje iba a ser bastante prolongado, como mínimo el mes que había calculado en un principio y todavía más tiempo si hacían una parada en el Cinturón para cambiar el cristal. Tabitha estaba muy preocupada por *la Alice*, pero prefería dejar atrás toda aquella pesadilla lo más pronto posible.

—Sí, está claro que nos persiguen... —dijo Marco—. ¡Maldición! ¡Maldición!

Golpeó el suelo con un puño y salió disparado hacia el techo. El tono de voz que había empleado era una hermosa mezcla de indignación, sorpresa y honradez ofendida. La policía estaba dispuesta a hacerles la vida imposible, y Marco no entendía por qué.

Tabitha no estaba muy segura de que la tarjeta aún contuviera el crédito suficiente para conseguir una reparación mínimamente decente a los precios habituales del Cinturón. Todas las materias primas estaban allí, pero los habitantes del Cinturón procuraban ensuciarse las manos lo menos posible y odiaban esa clase de trabajos.

Marco extendió las manos sobre la consola y clavó los ojos en las lecturas de los medidores. Tabitha podía oír el rápido jadear de su respiración.

—¿Se están acercando?

—No, seguiría hasta Titán y le obligaría a pagar una reparación completa de la nave. Si hacía falta incluso le obligaría a pagar una capa nueva de pintura y lo que costaría falsear los datos de la bitácora...

Tabitha tenía la impresión de que las cosas acabarían poniéndose lo bastante mal para que fuese necesario falsear la bitácora y repintar la nave.

—Están acortando distancias, ¿verdad?

Los ordenadores no tardarían mucho en combinar los torrentes de datos procedentes de seis autoridades de tráfico de otros tantos vectores. En principio no existía ninguna razón física por la que dos naves no pudieran ocupar la misma zona del hiperespacio. El único problema era que eso complicaba enormemente la operación de abandonarlo y volver al espacio normal.

—¿Podemos despistarles?

Tabitha estaba casi segura de que no se cruzarían con ninguna otra nave. ¿Quién iba a ser lo bastante loco para hacer el trayecto Tierra-Titán de una sola etapa si podía hacerla en dos y utilizar el pozo gravitatorio de Júpiter para ahorrar combustible? Hacer el trayecto sin ninguna parada sólo resultaba lógico si tenías mucho más dinero que sentido común, o si andabas terriblemente escaso de tiempo.

—¿Qué opinas? Algunas maniobras inesperadas, algunos trucos de pilotaje... Podríamos despistarles, ¿verdad?

Tabitha seguía viendo desfilar las hileras de cifras mientras rogaba a Dios que la policía no hubiera conseguido acceder al canal de comunicaciones.

Marco empezó a tirar de una vieja etiqueta de carga pegada al borde del sistema de personalidad.

—Oye, ¿no puedes hacer que este cacharro vaya más deprisa?

La voz que llegó desde abajo les sorprendió a los dos.

—Marco, vete a la mierda un rato y déjala en paz.

Era uno de los Gemelos. Tabitha alzó los ojos hacia una pantalla y vio que se trataba de Mogul. Podía distinguir el bigote. Mogul estaba agarrado a la escotilla de la bodega, la cual seguía abierta. Tabitha comprendió que

encerrarles en ella sólo serviría para ponerla aún más nerviosa de lo que ya estaba, sobre todo porque eso significaría no poder controlar al Querubín. Un monitor no te permite verlo todo, y teniendo en cuenta las peculiares habilidades de sus pasajeros, ni tan siquiera podría confiar demasiado en lo que viera por él.

La imagen del monitor parecía indicar que habían logrado poner un poco de orden en el caos anterior. Las hamacas estaban desplegadas. La de Mogul y Saskia era una red para ausencia de gravedad del modelo habitual, y la de Xtasca parecía un capullo de plástico lechoso con un complejo cableado de apoyo y control neurónico incrustado en él. Marco se había quedado con el camarote, naturalmente. Todo lo que no estaban utilizando había sido asegurado. Xtasca estaba manipulando el teclado que Tabitha había visto utilizar en el Jardín Mercurio. La criatura tenía los brazos cruzados delante del pecho y los ojos cerrados. Estaba manejando las teclas con una cola que terminaba en lo que parecía una mano mecánica protegida por un elegante guante blanco. Unos cuantos cables salían del teclado y desaparecían en las diminutas orejas del Querubín. El artefacto estaba en circuito cerrado, y no emitía ningún sonido. Saskia se hallaba absorta en lo que parecía un ejercicio de yoga para condiciones de caída libre y sus manos hacían girar velozmente un bastón pasándolo por debajo de su cuerpo, arriba, alrededor, abajo, arriba, alrededor... ¿A través del cuerpo?

Tabitha parpadeó.

Pulsó la tecla que activaba el intercomunicador.

—Vamos a saltar—anunció.

—¿Puedo mirar?

Era Mogul, flotando allí donde había estado Marco. Marco había desaparecido. Tabitha repasó las pantallas y vio que estaba entrando en el camarote.

—No hay mucho que ver—respondió.

Alzó los ojos hacia su rostro. Mogul se había recogido la cabellera en una cola de caballo. Los carnosos lóbulos de sus orejas estaban adornados con unos diminutos pendientes de lapislázuli. Su piel era tan blanca como la porcelana y la cúpula de su frente parecía aún más pálida y lisa que de costumbre. Su nariz era muy larga e impecablemente recta, sus labios delgados y exactísimos. Tenía los párpados entrecerrados, y las comisuras habían quedado cubiertas por una red de arruguitas tan finas que resultaban casi invisibles. Las pupilas quedaban ocultas, y no había forma de saber de qué color eran.

—Sólo hay sitio para una persona —dijo Tabitha.

Volvió a concentrar su atención en el tablero. A juzgar por su silueta rechoncha y erizada de aletas, el crucero que les perseguía era un modelo Sabueso sin ningún equipo especial. Si los policías que iban a bordo se enfadaban, el Sabueso era capaz de devorar la cada vez más reducida distancia que les separaba en cuestión de minutos.

—De momento soy sólo una persona —dijo Mogul.

Estaba flotando por encima de ella. Cada centímetro de su cuerpo se hallaba relajado al máximo y aguardaba cortésmente a que le diera permiso para seguir allí. Su absoluta inmovilidad formaba un extraño contraste con la loca carrera en que estaban metidos. La cola de caballo, esa elegancia sinuosa, esa gracia felina... Le recordaba a alguien. Tabitha comprendió que le recordaba a Tricarico.

Las pantallas se iban desactivando una detrás de otra. Verde, verde, verde.

Tabitha extendió una mano hacia la red del copiloto.

—Deprisa —dijo.

Desconectó los reactores de plasma y redujo la expulsión a un chorrito corrector casi indetectable, un temblor pegado a las vibraciones del contrabajo que les llevaba por el espacio. El contrabajo era el impulsor capellano.

El impulsor de *la Alice Liddell* había sido construido de tal forma que la mayoría de sus componentes quedaban alineados a lo largo de un cuarto eje, y se diferenciaba muy poco del impulsor utilizado por las naves más pequeñas de ahora. Puede que sus flancos fueran un poco más voluminosos y sus vértebras no tan gráciles, y actualmente su cableado quizá nos parezca un poco intrincado y dotado de redundancias bastante extrañas; pero cuando funcionaba a plena potencia para florecer y quedar envuelto en su manto, su funcionamiento básico era idéntico al de la amplia gama de impulsores capellanos esparcidos por toda la galaxia. Naturalmente, inspeccionarlo cuando funcionaba a plena potencia, florecía y quedaba envuelto en el manto era imposible debido a la tempestad de radiaciones pesadas que el impulsor desprende con tan pródiga intensidad en esos momentos. Tabitha, sus pasajeros y todo lo que había dentro de la nave estaban protegidos de esa tempestad por una triple capa de escudos de molibdeno y una gruesa esponja de inercio.

El impulsor quedó envuelto en el manto y empezó a palpar. Las palpitations alertaron a las moléculas de *la Alice* revelándoles ciertos aspectos de sus configuraciones que en circunstancias normales no tenían ninguna importancia práctica. La cabina parecía estar siendo invadida por una neblina tan extraña como insustancial. Era como si algunas porciones de su espacio interno estuvieran doblándose sobre sí mismas, y los objetos se volvieron borrosos. Las estrellas también cobraron un aspecto muy peculiar. La nave vibró y bailoteó como si estuviera irritada ante aquella disrupción de la normalidad. El crucero de la policía estaba transmitiendo, pero su mensaje quedaba convertido en un zumbido tan estridente como el que podría brotar de una multitud de flautas diminutas. Era como si un grupo de sílfides transdimensionales estuviera llamándoles con su canción.

—¿Quién era *Alice Liddell*? —preguntó Mogul.

Su voz quedó suspendida en el aire y se deslizó por la cabina como si las sílabas fueran hilillos de almíbar.

—Era una chica dijo Tabitha sin prestarle mucha atención—. Bueno, en realidad era una niña de un cuento...

—¿Y nunca creció?

Tabitha estaba algo confusa. El tiempo se había ablandado y estaba empezando a enroscarse sobre sí mismo.

—Eso es de otro cuento dijo.

Todo palpitaba y se lanzaba nerviosamente hacia su nueva frecuencia lateral. La luz de la cabina cobró una cualidad claramente biológica, onduló y se contorsionó. Tabitha estaba a bordo del Cuervo de octubre. La multitud reía y gritaba a su alrededor.

—El que nunca creció era un niño —dijo. Estaba gritando para hacerse oír por encima del ruido, y apenas podía oír su voz—. Eres...

Saltaron.

El velo de la realidad se desgarró con un alarido salvaje que se esfumó en cuanto sus oídos lograron captarlo. Las estrellas habían desaparecido. El vacío había desaparecido.

La nave estaba avanzando por un medio que tenía los matices más pálidos imaginables de un color inexistente.

El hiperespacio revela de forma muy obvia la mezquindad y falta de interés de las tres dimensiones mundanas. Visto desde arriba —por así decirlo—, el espacio convencional parece frágil y pobre. Por ejemplo, la distinción entre el "aquí" y el "allí" es una bagatela tan poco importante que resulta casi académica, y el moverse por el hiperespacio hace que las cosas o, mejor dicho, lo que podríamos llamar la "cosidad" se despliegue y sufra un notable proceso de expansión. Los pasajeros de *la Alice Liddell* corrieron hacia las mirillas y pudieron ver con toda claridad las firmas enantiomórficas que el tráfico orbital de la Tierra garabatea involuntariamente sobre el menisco mercurial del espacio, siendo tan poco consciente de ellas como los peces que abren la boca para contemplar los traseros de los patos que se deslizan sobre sus cabezas.

El trino estridente de las flautas parecía más cercano y mucho menos aflautado. Las sílfides —suponiendo que hubieran existido alguna vez— se habían hartado del juego y huían a toda velocidad riéndose de otra incauta tripulación de mortales que había sido engañada para que saliera de su elemento natural. Habían abandonado el escenario dejándolo libre para una gigantesca presencia invisible que silbaba por entre los dientes; o quizá fuera el viento interdimensional, el siroco hipercúbico eternamente hambriento que zumbaba a través del agujero en forma de Kobold que la nave había dejado en la textura del triuno dimensional.

El crucero de la policía se encontraba a mundos de distancia, perdido en la nada u olvidado en otro sitio.

Tabitha volvió la cabeza hacia Mogul Zodiaco. El acróbata estaba encogido dentro de la red al otro lado del pasillo con los brazos y las piernas cruzadas. Uno de los cambios más curiosos era que la nave había quedado provista de una débil gravedad, como si estuviera siendo atraída hacia el gris-que-no-era-gris del suelo del hiperespacio, esa sustancia impalpable y parecida a un pudding fantasmal que se encontraba muy, muy lejos.

Mogul miró a Tabitha y sonrió.

—Gracias, capitana—murmuró delicadamente.

Tabitha tuvo la extraña sensación de que había entendido lo que acababa de decir o lo que había intentado decir, fuera lo que fuese, y de que también había estado allí. Habían estado tan cerca el uno del otro como dos amantes que comparten la misma almohada. La sensación resultaba inquietante, y se apresuró a apartar la mirada. Desactivó los reactores, conectó el sistema estabilizador y echó un rápido vistazo a los sistemas de apoyo vital. Todo parecía funcionar con normalidad. ¡*La Alice* lo había vuelto a conseguir!

Pero había un ruido extraño, una especie de golpeteo irregular. Tabitha podía oírlo. No eran imaginaciones suyas. Alargó la mano hacia las teclas para averiguar cuál era la posibilidad de avería en el cristal de eje y la apartó sin haber llegado a pulsarlas. "Más tarde", pensó.

Abrió la red y salió de ella. Se volvió para dirigirse al resto del grupo —la acróbata, el hombre del guante y el Querubín—, inmóvil detrás de ella, que la observaba con expresiones de solemne respeto. La extraña luz reluctante de la cabina hacía que sus rostros parecieran curiosamente pálidos y granulados.

—Iros acostumbrando —dijo mientras señalaba el panorama con una mano—. Estáis contemplando el decorado que veremos durante todo un mes.

De hecho el hiperespacio no siempre es tan aburrido como parece juzgándolo por las palabras de Tabitha. Los acontecimientos físicos también tienen un efecto sobre él y son capaces de teñir y atravesar una y otra vez su borroso manchón acromático, alterándolo de una forma parecida a la de esos patos de los que he hablado antes. El efecto de las descargas violentas de energía es el más fácil de percibir. A veces parecen fuegos artificiales negros sobre un campo nevado; y también pueden producir el parpadeo iridiscente de un espejismo o crear un lago de plata en un cielo deslumbrado por el sol. Las cosas sobresalen. Volcanes, cometas, el zumbido de los cuasars lejanos..., todo eso hace notar su presencia, tal y como la hace notar el objeto oculto debajo de una lámina de goma que la deforma con sus dimensiones. La relatividad convencional del tamaño deja de ser respetada, naturalmente, y los bosones X pueden deslizarse de un lado a otro como si fueran bancos de pececillos. Las pisadas se amontonan formando montañas hexagonales. Si tienes suerte quizá veas un fantasma parpadeante que pasa junto a tu nave o que la atraviesa, y nunca podrás saber si era un amigo ausente o una mente distraída.

Aun así, en lo básico no cabe duda de que Tabitha tenía razón. El supramundo es curiosamente parecido a un plato infinito lleno de agua.

Tabitha miró primero a Marco y luego a Mogul.

—Que nadie toque nada —dijo. Sus ojos fueron de mala gana hacia el Querubín, quien acabó inclinando la cabeza—. Me voy a la cama —añadió.

Se hizo a un lado mientras Mogul salía de la red y cruzaba velozmente la cabina para caer en los brazos de su hermana. Tabitha vio el rostro de Saskia por encima de su hombro y la miró.

—Saskia...

—¿Qué?

—¿Hiciste eso?

—¿El qué, Tabitha?

Tabitha meneó la cabeza.

—No importa.

Bajó por la rampa.

Saskia volvía a lucir su bigote. Tabitha se preguntó qué otras cosas habrían cambiado en ella, y si conseguiría captar las alteraciones en el caso de que las hubiera.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

<~f__u_TXXXJ!ainterintelin%ter&& & ~f_]~'—hr hd wr TX Jb:"—!:

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 600.5.6

ADELANTE

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA.

Estaba pensando... ¿Te acuerdas de Devereux?

¿DONDE LA CONOCIO?

En su villa. Tenía una villa en Deimos.

¿Te acuerdas de ella?

¿DEBERIA ACORDARME?

¿MEMORIA PERSONAL O GENERAL?

No sé... Supongo que las dos. Es bastante famosa, pero también ha estado a bordo. Vino a echarle un vistazo.

¿DE VERAS? ¿Y USTED NOS PRESENTO?

No me acuerdo. Supongo que... Bueno, quizá no lo hice. Por aquel entonces tenía problemas bastante serios y puede que se me pasara por alto.

BUSCANDO. UN MOMENTO... OH, CIELOS, SI SE REFIERE A LA CAPITANA DEVEREUX, ¿VERDAD? LA MISMA CAPITANA DEVEREUX QUE SE ESTRELLÓ DESPUÉS DE ABATIR ESA NAVE DE COMBATE DE LOS FRASQUE... LA MAGROTHDFAUNIK, ¿NO?

OH, SÍ. PERO... ¿QUÉ ESTABAMOS HACIENDO ALLI?

Eso mismo me pregunté yo entonces.

Ya han pasado unos cuantos años. Transportábamos un cargamento de muebles para baja gravedad que habíamos recogido en Dominó V... trastos caros de diseño. La dirección donde debíamos entregarlos correspondía a un orbital privado que se encontraba a cierta distancia de Deimos. Cuando lo vi por primera vez no podía dar crédito a mis ojos. Era un asteroide con algo así como un noventa por ciento de carbono, un montón de superficies negras relucientes que parecía un inmenso iceberg negro, y alguien había incrustado un gigantesco habitáculo cuadrado en, el centro. Era un sitio horrible... Pensé que nos habíamos equivocado. Nadie podía escoger semejante sitio para vivir. Parecía una instalación de seguridad de los eladeldis y no un habitáculo.

Pero acusaron recibo del haz que envié. Una thrant estaba esperando en la entrada para engancharnos. La forma en que llevaba recortado el pelaje me indicó que no era la que mandaba. No parecía encontrarse muy a gusto en aquel lugar.

—¿Dónde lo quiere? —pregunté.

Pero no me respondió. Se limitó a quedarse inmóvil mientras me observaba de arriba abajo, y eso me hizo pensar que quizá fuera algo más que una simple subordinada. Aunque quizá me observaba así porque nunca veía a nadie, claro...

—Ella quié vé uté —dijo.

Me precedió por un pasillo negro muy largo que llevaba al interior del habitáculo. Hacía mucho frío. El pasillo estaba iluminado con antorchas de plasma colocadas en las paredes. El suelo era de piedra negra. La thrant me llevó hasta un puesto de comunicaciones y llamó a alguien.

Utilizó una línea abierta.

—¿Qué ocurre, Pru? —oí que decía ese alguien—. Ya te he dicho que no quería ser molestada.

—Uté quisá querrá vé.

La thrant me hizo una seña indicándome que me pusiera delante del teléfono.

Clavé los ojos en la pantalla y vi una cabeza de plástico.

Era una cabeza de mujer hecha de plástico con ojos de metal plateado. Todo lo que había por debajo de la nariz era real.

—Hola, cariño —dijo la cabeza—. ¿Quién infiernos eres?

Supongo que pensé que era un gráfico, algún logotipo aparatoso diseñado por alguien que tenía demasiado dinero y demasiado tiempo libre y que disfrutaba asustando a la gente. No me había impresionado mucho.

—Soy la conductora —repliqué—. Su amiga dijo que usted quería verme.

—¿Mi qué? —preguntó la cabeza—. Mi amiga... ¿Es eso lo que has dicho?

La cabeza se echó a reír.

—Dios, no es mi amiga. Es mi esclava, eso es lo que es... Y también es mi amante. Y si pulsas la tecla correcta tú también lo serás. Oh, sólo bromeaba. Te has dado cuenta de que sólo estaba bromeando, ¿verdad?

Los rasgos del rostro temblaron levemente y entonces me di cuenta de que no era un gráfico sino una persona, o lo que quedaba de una. Si la observabas con atención podías ver los relés debajo de la piel. El rostro tembló como si intentara formar una expresión y hubiera olvidado cuáles eran los pasos necesarios para conseguirlo.

"Estupendo —pensé—. Una enchufada rica..."

—¿Qué conductora? —preguntó la cabeza—. ¿Pru? Ponme con Pru, cariño, ¿quieres? Pru, ¿he pedido un taxi?

La thrant emitió una especie de siseo y movió los labios.

—No é taxi, é muebles.

—Oh, me importa una mierda lo que sea... Dale algo de beber y hazla pasar.

No tenía muchas ganas de entrar, y moví una mano hacia mi monitor de muñeca.

—Me encargaré de que empiecen a descargar los muebles —dije.

—Que esperen —dijo la cabeza.

Dejé que los muebles esperaran y entré a tomar una copa con Devereux.

Recuerdo que el trayecto hasta el nido situado en lo alto de la casa que había hecho construir era muy largo. Había un laberinto de seguridad. La thrant me precedió trotando a lo largo de los pasillos y fue abriendo las rejillas con la palma de una mano.

La atmósfera estaba impregnada de un olor dulzón a medicinas, como de hospital pero con unos toquecitos de ginebra y perfumes caros. Devereux estaba tumbada en un acariciador averiado. Vestía un traje de vuelo muy sucio y tomaba sorbos de un tubo escarchado.

—Entra —dijo.

Pensé que parecía una máquina imitando a un gato. Era como si alguien hubiera programado a un vox para que sonara como un gatazo y se hubiera hartado de la tarea a la mitad.

Entré. Había trastos por todas partes. Montones de cintas, listados, platos sucios, ropas esparcidas sobre los equipos de sonido, libros, toallas, velas medio consumidas, recipientes vacíos, electrodomésticos fabricados a medida con cinta aislante y trozos de flex asomando de ellos... La mitad de aquellos aparatos me resultaban totalmente desconocidos, y no tenía ni idea de para qué podían servir.

Pero cuando entré allí supe qué había sido Devereux. Mejor dicho, comprendí quien era.

Incluso tenía un holograma del Magroth Dfauník encima de la cama. Era como si hubiera querido construir un santuario.

Devereux me inspeccionó con mucha atención, y no intentó disimularlo. Casi podía oír el zumbido de su memoria al funcionar. Cuando volvió a hablar se dirigió a la thrant, no a mí.

—Dios santo, Pru, tenías razón... Estoy encantada de conocer a esta joven. Estoy absoluta y totalmente encantada, te lo aseguro —dijo.

Volvió la cabeza en mi dirección y me enseñó los dientes.

Se levantó del acariciador y vino hacia mí para estrecharme la mano. Extendió el brazo y pude ver el sitio en el que había estado hurgando. Parecía como si hubiera estado intentando aumentar la potencia de los servomecanismos. Creo que quería que me diera cuenta de eso para averiguar cuál era mi reacción.

¿Y COMO REACCIONO?

Le estreché la mano.

¿Y CUAL FUE LA SENSACION?

Nada. La que se siente al estrechar una mano. No era más que una mano, ¿entiendes? Era su mano.

SI, CAPITANA. DISCULPE. CREO QUE ME HE EXPRESADO MAL. LO QUE QUERIA DECIR ES..., BUENO, ¿QUÉ EMOCIONES SINTIO AL ESTRECHARLE LA MANO?

Estaba algo nerviosa. "Enchufada —pensaba—. Angie..." Ya sabes... No quería confiar en esta mujer de la cabeza reconstruida y los mecanismos hidráulicos de teflón.

Acabé descubriendo que la confianza no tenía nada que ver con el tipo de relación que le interesaba. Cuando Devereux quiere algo no se anda con rodeos. Volvió la cabeza hacia la thrant.

—Pru, ya sabes dónde estaré si me necesitas para algo —dijo—. No quiero que me necesites para nada, ¿entendido?

La thrant se fue y su amante consiguió emborracharme en unos minutos. Me provocó exhibiendo los restos de su fama. No se estaba quieta ni un segundo. Acariciaba sus recuerdos, los hologramas que la mostraban rodeada de sus tripulaciones o posando delante de su caza, el mismo que pilotaba cuando se encontró con la Magroth... Yo no sabía qué decir. Le dije que era un aparato precioso.

Devereux fue hacia mí y se me plantó delante.

—Yo también lo soy —dijo. Flexionó las muñecas y todas sus cremalleras se abrieron con un suave zumbido—. Y tú también... —añadió.

Y pegó su boca a la mía.

Su boca era real. Sus manos eran reales, y tenía un cuerpo nervudo y moreno. Sus ojos... Bueno, hacía falta algún tiempo para acostumbrarse a ellos. Son precisamente para eso, ¿sabes? Lleva esos ojos para impresionar a la gente.

No dejó de hacerse la famosa ni un solo segundo. Decía cosas como: "Quieren olvidarme, pero vuelvo una y otra vez y no les dejo en paz. Soy su conciencia, cariño, y les recuerdo todo lo malo que han hecho...". ¿Qué más me dijo? Ah, sí: "Ya sé lo que cuentan de mí ahora. No me importa una mierda."

Ellos, ellos, siempre ellos... La verdad es que me recordaba un poco a Rella. A veces esos "ellos" misteriosos éramos todos nosotros, todos los habitantes del sistema, todos los que nos pasábamos la vida hablando de la capitana Devereux e inventando mentiras maliciosas sobre ella para matar el tiempo. Pero a veces "ellos" eran los capellanos. La habían destruido y la habían vuelto a montar, y ahora la mantenían con

vida como si fuera un espécimen experimental sin que nadie supiera por qué.

Los sistemas biónicos eran prótesis, claro, pero también eran una especie de compensación. Capacidades aumentadas, tendones de metal, visionvídeo, grabación y posibilidad de repasar todo lo grabado...

DEBIO DE SALIR CARISIMO.

Decía que había sido una inversión en relaciones públicas. Querían demostrar lo agradecidos que podían llegar a ser con aquellas personas que les habían servido bien. Me dijo que llevaba dentro un pequeño implante cuya única función era amplificar sus orgasmos. Algunas noches la creía... También podía colocarse en cualquier estado electro-psico-farmacéutico que le pasara por la cabeza, y cuando se había hartado podía eliminar la droga de su torrente sanguíneo con sólo desearlo.

Aunque lo que corre por las venas de Devereux no se parece mucho a la sangre, claro.

La parte mala del trato era el ser horrible, aunque también sabía sacarle cierto provecho a eso. Y su relación con las dependencias era la que tienen los seres humanos normales con el oxígeno.

—Controlan mi mente —me dijo—. Oh, sí, te aseguro que lo hacen... Soy su serial favorito. A veces puedo sentirlos hurgando dentro de mi cabeza, moviéndose de un lado a otro... —Gimió. El gemido me recordó al que podría hacer un engranaje a punto de averiarse. Me cogió la mano y faltó poco para que me aplastara los dedos—. Oh, Tabitha... Dios santo, puedo sentirlos. Están aquí... —Rodó sobre la cama—. ¡Salid de mi cabeza, bastardos asquerosos! —Se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritar—. ¡Salid de mi jodida cabeza!

Tuve que buscar a Pru para que aprobara el cierre de sistemas con la huella de su pulgar. Pru me echó la culpa de lo ocurrido, naturalmente. Pru me odiaba, ¿sabes?

Devereux casi nunca hablaba directamente de su carrera, pero luego descubrí unas cuantas cosas. Nació en la Tierra, en los Estados. Su experiencia escolar se redujo a la física y la gimnasia, ganó unos cuantos premios y acabó dejándose enganchar por un reclutador de la Fuerza Espacial. La entrenaron en Suelo Alto y la enviaron a la guerra cuando acababa de empezar. Nadie tenía ni idea de que Capella estaba utilizando humanos, y el anuncio oficial aún tardaría un tiempo en llegar. Ella misma me lo contó, ¿sabes?

—La gente cree que los capellanos nos vinieron a buscar para que lucháramos por ellos —me dijo—. No ocurrió así. Los capellanos son demasiado listos... Se limitaron a ofrecernos la ocasión de tripular las mejores

naves existentes en el sistema y de luchar contra los montones de madera ambulantes que estaban invadiendo nuestro espacio vital. —Pronunció la palabra "nuestro" con mucho sarcasmo y se puso de espaldas. Dobló los brazos por debajo de la cabeza y clavó los ojos en el techo—. Dios, Tabitha... ¿Sabes que hubo una época en la que estaba convencida de que existía una cierta diferencia entre ser explotada por una pandilla de alienígenas o por otra?

Le gustaste mucho. Recuerdo que te dio unas palmaditas en la consola.

—Cuida bien de ella—dijo.

ES LO QUE DEBERIA HACER.

¿Qué tal anda el cristal del eje?

76,81 POR CIEN .

Bueno, parece que esa maldita criatura sabe lo que está haciendo, ¿no?

OH, DESDE LUEGO. PERO CUÉNTEME MAS COSAS SOBRE LA CAPITANA DEVEREUX.

Pensé que necesitaba que la consolara.

—Entonces eras mucho más joven —observé.

No sé por qué, pero apenas hube pronunciado esas palabras comprendí que había cometido un error.

—Oh, no creas que me culpo —replicó en un tono de voz bastante seco—. Cielos, ya soy adulta... No puedes entenderlo —dijo, y volvió la cabeza hacia mí—. Eres joven, eres mona... Ya te irás calmando a medida que crezcas. Son unos genios en todo lo referente a la lealtad. Saben cómo metértela dentro. Antes lo hacían, pero tú no puedes recordarlo. Ahora ese truco ya no funciona, ¿verdad? —Había ido subiendo la voz hasta gritar. Golpeó el suelo con los puños, se incorporó y alzó la mirada hacia el techo—. ¡Se acabó, viejos bastardos! Ya no funciona... ¡No, ya no funciona!

Soltó una carcajada tan chirriante como una lámina de metal partiéndose en dos y empezó a toser. Cuando acabó de toser ya estaba otra vez encima mío rodeándome con los brazos, estrujándome tan fuerte como si fuese un compactador. Sentí el calor de su mejilla rozando la mía. Podía oír el suave zumbido de su cerebro detrás de la cáscara de plástico.

Solíamos discutir de política. Nunca me había sentido tan ignorante, tan completa e irremisiblemente estúpida... Y eso le encantaba, claro. Quería que me sintiera así.

—Tabitha, los frasques nunca fueron una amenaza —decía como si le resultara imposible creer que yo pudiese ser tan ingenua—. Liquidaron a los frasques por una razón muy sencilla. ¿Sabes cuál es esa razón? No aguantan la competencia. No pueden soportarla. Quieren desplumarnos sin tener que repartir el botín con nadie. Oh, cariño... —decía deslizándose sobre mí mientras me acariciaba el trasero—. Te tienen bien cogida, ¿verdad? Te limitas a abrir las piernas y verlo venir, ¿eh? Pobrecita mía... Ni tan siquiera te das cuenta de que te están jodiendo...

Nadie me había tratado jamás con una condescendencia tan absoluta. Su actitud me hacía enfadar tanto que a veces le decía cosas que nadie debería

haberle dicho..., y le encantaba. Disfrutaba provocándome, y se enorgullecía de que pudiera hacerme perder el control hasta ese punto. Era lo único que podía hacer, ¿comprendes? Fingía que no le importaba. Se plantaba en el centro de la habitación y se limpiaba los pulmones con un aspirador. Oh, sí, sabía dar unas funciones realmente horribles. . .

SOLO ESTUVIMOS ALLI UNA SEMANA.

Fue una semana muy larga, te lo aseguro.

Devereux me dijo que nadie se quedaba allí más de una semana porque ése era el máximo de tiempo que podía soportar a la gente. Una semana como mucho, hasta que se hartaba... No llegué a hartarla, pero también acabó librándose de mí. Sabía cómo protegerse.

¿Y POR QUÉ SE QUEDO ALLI SI ERA TAN INSOPORTABLE COMO DICE?

Oh, también hubo momentos buenos. Sabía cómo hacer que lo pasara bien. Sabía cómo conseguir que me tirara por el suelo riendo y llorando y suplicándole que parara porque... Sí, también hubo momentos maravillosos.

Cuando me marché estaba muy deprimida. Intenté convencerla de que viniera conmigo, y me dijo que quizá lo hiciera. Sólo para cambiar de aires, ¿entiendes? Para distraerse, para ver si las cosas habían cambiado mucho... Pero al final no quiso venir. Nunca saldrá de allí. No podía llegar ni a la mitad del laberinto sin que le pasara algo..., un espasmo muscular, un ataque de pánico, cualquier cosa. Ya no podía enfrentarse al espacio. Tenía que tratarse de eso, o quizá...

QUIZA LA TENIAN ENCERRADA ALLI.

Un espécimen atrapado en una jaula construida a medida.

TODO UN ASTEROIDE.

Como una princesa cautiva en un castillo volante...

Pero si he de serte sincera, Alice... Bueno, quería que viniera conmigo porque tenía un cuerpo increíble, sólo por eso.

Estaba soñando. Era el típico sueño estilo Tabitha, un sueño de ansiedad. Había un eladeldi en la cabina y le estaba exigiendo que acabara de rellenar un montón de impresos mientras le preguntaba por qué no lo había hecho ya. Querían saberlo todo sobre su educación, su primera experiencia sexual y un accidente del que se suponía había sido testigo o en el que había estado involucrada y del que ella ni tan siquiera podía acordarse. Tabitha trataba de mantener ocupado al eladeldi e intentaba ocultar el hecho de que su nave transportaba un cargamento del que no debía saber nada. Y Alice hablaba y hablaba, y no había forma de hacerla callar por muchas veces que intentara desactivar el sistema vocal. Estaba cantando. Hacía muchísimo ruido, y... No, no era Alice quien estaba cantando, sino una persona de carne y hueso, o quizá fueran varias personas... Eran los pasajeros de la bodega.

Tabitha despertó y clavó los ojos en el techo. Las láminas incoloras del hiperespacio colgaban al otro lado del parabrisas. Algo metálico chocó contra

el suelo de la bodega, la música se interrumpió y Tabitha oyó voces airadas que discutían a gritos.

Su mente consiguió recordar quiénes eran y adónde iban. El caos de los últimos días volvió a su memoria y la hizo sentirse cansada, confusa y miserable. No había dormido lo suficiente y dada la situación actual estaba claro que no podría dormir ni un minuto más.

—¿... ser la Sabiduría hablando con la Juventud si soy más joven que tú? —preguntó uno de los Gemelos, le pareció que Saskia—. Es completamente absurdo.

Hubo un momento de confusión durante el que varias voces hablaron al unísono. Después la misma voz —quizá fuera la de Mogul—, emergió de la algarabía.

—... actúa; el absurdo se hará cargo de sí mismo.

La discusión se reanudó. Alguien o algo estaba jugueteando con un teclado repitiendo los mismos acordes una y otra vez. Los sonidos tan pronto eran el correr del agua como un millar de instrumentos de cuerda.

—Monstruoso dijo una voz imponiéndose a las demás.

—Bueno, debo decir que no me parece que eso tenga ninguna importancia. —Era la voz de Marco—. Que alguien..., que alguien me explique... no, esperad..., que alguien me explique cuál es la diferencia..., no, no estoy de acuerdo. Ya he dicho que no estoy de acuerdo.

Los demás se pusieron a gritar y su voz fue engullida por el estrépito de la discusión.

Tabitha bostezó. Abrió los aros de la cama y puso los pies en el suelo moviéndose muy despacio. Desenterró un camisón de entre la confusión de trastos y se lo puso. No recordaba la última vez en que se había visto obligada a llevar un camisón en su propia nave. Lo del camisón sólo era la segunda imposición, claro. La primera era el hecho de que le hubiesen impedido seguir durmiendo.

Fue a orinar, activó un tubo de café y lo bebió de pie en la cocina. No quería estar allí, pero tampoco quería recorrer ni tan siquiera los escasos metros de pasillo que la llevarían de vuelta a su camarote si salía alguien de la bodega. Bastaba con echar un vistazo para darse cuenta de que sus pasajeros habían estado en la cocina y habían cogido lo que les dio la gana. Ni tan siquiera había tenido tiempo de cargar provisiones... ¿Qué podían necesitar cuatro personas durante un mes? Y, ahora que pensaba en ello, ¿qué comerían? ¿Y con qué alimentaban a Tal?

Tal estaba fuera de su caja. Tabitha podía oír su voz estridente por encima de las demás. El loro contribuía a aumentar el volumen de la discusión, pero no le añadía ni un átomo de claridad.

—Se arrullan en el cielo —trinó Tal—. Se arrullan desvergonzadamente en el cielo...

Tabitha pensó en los Gemelos. Incesto. ¿Cómo podían hacer algo semejante? No es que sintiera repugnancia o estuviera escandalizada, nada de eso, pero no podía imaginárselo. Hacerlo con tu propia hermana, con tu

propio hermano... Y que ellos lo hagan contigo, claro. Aunque si erais idénticos... ¿Qué pasaba entonces? No, no creía que le gustara. Si llegaba a encontrarse alguna vez con su doble su reacción más probable sería echar a correr. Claro que si tenías su aspecto... Eran realmente esbeltos y flexibles, y no cabía duda de que resultaban extrañamente atractivos. La forma en que la había mirado Mogul ayer cuando estaban en la cabina, por ejemplo...

Tabitha pensó que debería estar en la cabina. Acabó su parco desayuno y volvió a su camarote. No se encontró con nadie. Los pasajeros estaban cantando villancicos. Eran unos tipos muy extraños y tendría el mínimo de relaciones posibles con ellos, o llegaría al final del viaje estando tan mal de la cabeza como aquellos malditos artistas de cabaret.

Se vistió y fue por el corredor que llevaba a la cabina. Saskia acababa de salir de la bodega. Vestía una holgada bata blanca, estaba inmóvil delante de una mirilla y arañaba el cristal. Las lágrimas corrían por sus flacas mejillas y goteaban de los extremos de su bigote. Tabitha la oyó antes de verla.

—Quiero volver —gimoteó Saskia—. Quiero volver al sitio donde estábamos cuando estábamos todos allí.

Tabitha no estaba muy segura de si aquello era un auténtico estallido emocional o una parte de la obra. El corredor era bastante estrecho, y Saskia le obstruía el paso.

—¿Qué pasa? —le preguntó en un tono más bien seco.

Saskia volvió su mojado rostro hacia ella.

—Tú... —dijo con voz lúgubre—. Tú puedes llevarnos allí. Tú puedes, ¡oh, sí, tú puedes hacerlo!

Rodeó el cuello de Tabitha con los brazos y empezó a sollozar sobre su pechera.

El inicio del viaje no podía resultar menos prometedor. Tabitha empezó a irritarse y la abrazó mientras Saskia seguía llorando. Su delgado cuerpo parecía estar compuesto exclusivamente de músculos apretados y flexibles. Su cabellera olía a limones, y su piel olía a menta y llanto.

El resto del grupo no tardó en aparecer. Los que podían surcar los aires llegaron primero y clavaron sus ojos inhumanos en ellas, contemplándolas con curiosidad. Marco vino corriendo por el pasillo y alargó los brazos hacia Saskia. Tabitha no quería tener nada que ver con todo aquello, pero estaba decidida a no repetir el error de confiarle ningún objeto o persona. Volvió la cabeza hacia Mogul, que veía detrás de Marco, y le indicó que debía librarla del peso de su hermana, cosa que el Gemelo hizo con tanta rapidez como delicadeza.

Mogul también llevaba bigote.

Eso hizo que Tabitha se preguntara a quién había estado abrazando hacía unos momentos.

Reanudó la marcha hacia la cabina sin decir palabra.

—¿Has dormido bien? —preguntó Marco apresurándose a seguirla—. Espero que no te habremos despertado...

—No —replicó Tabitha mirándole por encima del hombro. Sí —añadió.

—¡Oh, Cristo, parece que todo lo que ocurre es culpa mía! —exclamó Marco con voz irritada.

Tabitha sintió la tentación de replicar, pero no lo hizo. Apretó el paso y entró en la cabina, en su red y su territorio. Estaba en casa. Volvía a controlar la situación. Cerró los ojos y tragó una honda bocanada de aire. Las cosas no podían seguir así. Un día detrás de otro..., no, era imposible. Tendría que hacer algo al respecto, eso estaba claro.

—¿Tabitha? —murmuró Marco desde el final de la rampa.

Pero no ahora.

—Estoy ocupada—replicó.

Marco dejó escapar el aire de sus pulmones haciendo mucho ruido y se marchó.

El ensayo pareció convertirse en una retirada caótica, aunque la diferencia entre esta nueva situación y la anterior resultaba casi imperceptible. Tabitha apartó los ojos de la consola y vio a Xtasca flotando delante de la nave. El Querubín se limitaba a flotar tranquilamente en el espacio sin hacer nada de particular, como los seres humanos que dan un paseo por su patio trasero porque no tienen ningún sitio mejor al que ir.

Tabitha se preguntó si sabía lo que estaba haciendo y si comprendía los peligros a que se exponía. Quizá había nacido —o había sido cultivado, o lo que demonios hicieran con aquellas criaturas— rodeado por ellos.

A menos que no fuera Xtasca sino una alucinación o un espejismo hiperespacial...

—¿Qué tal vamos, Alice?

—SIGUIENDO EL RUMBO PREVISTO.

—¿Qué tal anda hoy nuestro pequeño problema?

—¿DE CUAL DE ELLOS DESEA HABLAR, CAPITANA?

—Cristo... De ninguno. ¿Hay algo de lo que debas informarme? Límitate a responder con un sí o con un no.

—NO, CAPITANA.

—Alice, te quiero.

Uno de los pasajeros de la bodega había empezado a tocar un viejo violín de cuerdas chirriantes, o algo que sonaba exactamente igual. Las voces no tardaron en unirse al instrumento.

—Las cartas naturales giran y giran lentamente cambiando sin cesar...

El horrible cántico le taladraba los tímpanos. Tabitha activó el comunicador con un golpe del pulgar. Tenía que hablar con ellos. Tenía que fijar algún conjunto de reglas, un horario..., algo, lo que fuese. Tragó aire.

—Voy a cerrar esta puerta, ¿de acuerdo? —dijo.

Pulsó la tecla de cierre antes de que pudieran contestar y se derrumbó sobre la consola.

—No soy una buena capitana, Alice —dijo.

—¿DESEA UNA EVALUACION OBJETIVA, CAPITANA?

—No, por Dios.

—ENTONCES QUIZA DESEE UN POCO DE CONSUELO.

—Más tarde.

No había duda de que no era una buena capitana. Era demasiado egoísta, y estaba demasiado acostumbrada a matar las largas y aburridas horas de un viaje como éste haciendo lo que le diese la gana en cada momento.

Decidió echar un vistazo a los sensores averiados. Había un par que quizá pudiese reparar. Se puso el traje para caminar sobre el casco, cogió el lápiz soldador láser y unas cuantas unidades de repuesto y salió de la nave.

Fuera se estaba mucho mejor. Si no te fijabas demasiado en la falta de rasgos de la discontinuidad que te rodeaba podías convencerte de que era niebla y de que estabas flotando a la deriva en ella. La sensación de paz y silencio casi resultaba agradable. Xtasca se deslizó alrededor de la nave para observarla. Tabitha vio que no llevaba ninguna cola puesta.

—Eso no servirá de nada, capitana —dijo la criatura.

Su voz le llegó por el canal de proximidad aunque no llevaba ninguna radio, al menos, ninguna que Tabitha pudiera ver. Xtasca ni tan siquiera iba montado en su platillo volante.

Tabitha sintió que empezaba a irritarse.

—¿Por qué no?

—Porque me temo que la desconexión se encuentra bastante más adentro.

Tabitha volvió el visor de su casco hacia el Querubín y le miró fijamente. Xtasca sólo llevaba puesto su traje de apoyo vital, aunque se había subido la capucha. Los ojillos rojizos de la criatura le devolvieron la mirada sin inmutarse.

—¿Cómo infiernos lo has averiguado?

—Puedo verlo —dijo Xtasca.

Tabitha se puso en cuclillas sobre el casco. Podía rechazar su afirmación, pero estaba demasiado cansada.

—Si usted me lo permite... empezó a decir el Querubín.

—Yo lo haré —le interrumpió Tabitha.

—Puedo llegar hasta la conexión averiada con una de mis colas —dijo Xtasca.

—He dicho que lo haré yo —replicó Tabitha.

El Querubín la contempló en silencio durante unos momentos y acabó apartándose del casco moviéndose tan silenciosamente como un espíritu.

Tabitha fue sacando lenta y laboriosamente el cableado y acabó descubriendo que la criatura tenía razón. Soldó la rotura y volvió a meter el cable dentro del conducto.

—¿Qué tal vamos, Alice?

—CREO QUE ES HORA DE ALMORZAR, CAPITANA.

—¿Qué?

—SUS SIGNOS VITALES...

—De acuerdo, de acuerdo. Entro ahora mismo.

Tabitha se incorporó sobre el casco y miró a su alrededor buscando al Querubín, pero la criatura había desaparecido. Ni tan siquiera podías ofrecerle algo de comer... ¿Qué podías hacer? Tabitha comprendió que el Querubín no sólo le había ofrecido ayuda sino también una especie de compensación, pues había sido el causante de los daños que había sufrido el casco, pero ya era demasiado tarde para enmendar su error.

Era una pésima capitana y una pésima diplomática.

Los días fueron transcurriendo poco a poco. Eran días subjetivos, pero eso no los hacía menos tediosos, y aquella región amnésica que había olvidado dónde se suponía que estaba todo no tardó en volverse insoportable. Tabitha acabó hartándose de las reparaciones. Quería echar un vistazo a la bodega para ver el saco de oro del que le había hablado Marco, pero la bodega nunca estaba vacía. Xtasca podía vagar por el hiperespacio, pero el resto del grupo no tenía ningún sitio al que ir.

Los Gemelos habían empezado a pintar un gigantesco mural en una pared de la bodega. Saskia era la que parecía más entusiasmada con el proyecto. Tabitha ya podía distinguirlos sin tener que esforzarse demasiado, aunque sólo gracias a la forma en que se comportaban. Saskia era impulsiva y errática, y tenía tendencia a sufrir bruscos cambios anímicos. Siempre estaba deseando algo. Siempre estaba hambrienta. Trabajaba en el mural moviendo las manos con frenéticos barridos que iban haciéndose más y más pequeños a medida que pasaba el tiempo hasta que acababas encontrándola de rodillas con la lengua asomando por una comisura de los labios haciendo sombra a los pétalos de las diminutas flores que había en la urna de la tumba que ocupaba la esquina derecha del fondo.

Mogul era menos vulnerable y no parecía tan distante. Podía mostrarse arrogante o benévolo, o limitarse a ser una presencia silenciosa a la cual no se le escapaba nada. Mogul solía dejar a su hermana trabajando en el mural para bajar flotando de la pasarela y acorralar a Tabitha cuando entraba en la bodega para coger alguna pieza de repuesto.

—La policía no puede seguirnos, ¿verdad, capitana?

—No —dijo Tabitha.

Necesitaba una antena omnipolar y estaba hurgando en el compartimento, pero de momento sólo conseguía encontrar conexiones de flujo serendipital.

—¿Ni tan siquiera los eladeldis pueden seguirnos?

Tabitha estaba segura de que había una antena omnipolar guardada en algún sitio. Estaba segura de que la había visto aquella misma mañana. Dejó caer las conexiones fuera del compartimento haciendo una mueca de

impaciencia. Las conexiones rebotaron lentamente en el suelo y empezaron a flotar a su alrededor.

—Ni tan siquiera ellos —dijo.

Entró a rastras en el compartimento y hurgó en la confusión de piezas sueltas esparcidas junto a la pared. Podía sentir los ojos de Mogul clavados en su trasero. "Piensa en lo que estás haciendo, Jute", se riñó. Estaba tan nerviosa que había olvidado qué buscaba.

—¿Y los capellanos?

Tabitha admitió la derrota y retrocedió lentamente hasta salir del compartimento.

—Oh, bueno dijo frotándose las manos para quitarse el polvo—, los capellanos...

Alzó la cabeza y su mirada se encontró con los de Mogul. Sus ojos la estaban devorando con una ternura infinita. Tabitha empezó a sentir un cierto acaloramiento.

—Los capellanos pueden hacer cualquier cosa que se propongan, ¿verdad?—dijo secamente.

Bajó la mirada y se limpió las perneras de los pantalones. Sólo podía ver su cara..., no, la cara de los Gemelos. Hoy era Mogul quien llevaba el bigote. Nunca había conseguido entender cómo se las arreglaban para pasarse el bigote de uno a otro. Mogul seguía inmóvil esperando pacientemente una respuesta. Tabitha acabó alzando la cabeza de mala gana y volvió a mirarle. Mogul le entregó las conexiones de flujo serendipital meticulosamente encajadas hasta formar un montoncito.

Mogul le estaba haciendo la corte, de eso no cabía duda. La obsequiaba con pequeños regalos tan inesperados como imposibles, y le traía platos llenos de cangrejos al jengibre o de repollo salteado justo cuando empezaba a tener hambre y no le apetecía cocinar. Mogul estaba consiguiendo que se sintiera torpe e inhibida, y la razón principal de esas emociones era que ella también le deseaba. Podría haberse acostado con él, pero la presencia de Marco se lo impedía. Marco... Ya no le deseaba, pero no podía librarse de él.

El lápiz soldador láser desapareció y Tabitha puso la nave patas arriba buscándolo

Encontró el lápiz soldador y la antena omnipolar dentro de la caja de Tal. Bueno, estaba segura de que no los había metido allí.

Cuando se dio cuenta de que los había encontrado el loro pareció volverse loco. Tal empezó a revolotear frenéticamente de un lado a otro emitiendo un sonido muy parecido al que podría surgir de una guitarra eléctrica averiada, acabó lanzándose en picado hacia su caja y escondió la cabeza debajo de un ala.

—¡Sriti naogar Nottamun Fair! —chilló quejumbrosamente—. Nadie sabe en qué líos horribles me he visto metido...

—No me engañas, pájaro —dijo Tabitha con voz amenazadora.

Mogul se materializó junto a su codo e intentó calmarla, pero Tabitha no quería que la calmaran. Dejó caer la tapa de la caja con un golpe seco sobre el ladrón emplumado y giró sobre sí misma para marcharse. Un segundo antes de salir de la bodega oyó los trinos estridentes del pájaro. Tal estaba haciendo una soberbia imitación del repiqueteo que produce el cristal de eje de una Bergen Kobold cuando está a punto de averiarse.

Tabitha fue en busca de Marco. Le encontró tumbado sobre su catre con un tebeo en las manos.

—Esa maldita especie de loro tuyo es tan insoportable como su dueño — dijo.

Marco se irguió en el catre y arrojó el tebeo a un lado. El tebeo flotó lentamente hacia abajo hasta posarse en el suelo sin hacer ningún ruido.

—¿Su qué? ¿Qué demonios te crees que es? ¿Crees que es un animalito amaestrado? ¿Es que no has entendido nada? Es un alienígena, maldita sea, un alienígena inteligente y debes tener paciencia con él. Intenta comprenderle. ¿Y a qué viene esto? Yo nunca te he robado nada, ¿verdad? Venga, dime una cosa que te haya robado, dime una sola cosa que yo te haya robado...

—¡No sabría por cuál empezar, Marco!

Lo peor de todo era que la pared divisoria entre sus camarotes tenía tan poco grosor que Tabitha nunca podía olvidar que estaba allí.

Cuando volvió a cruzar la bodega la atmósfera parecía cargada de electricidad estática. Saskia estaba sentada encima de un baúl con los brazos alrededor de las rodillas y lanzaba miradas asesinas a su hermano, quien se había instalado en su hamaca y la ignoraba ostentosamente. El mural casi había desaparecido. Alguien se había untado las manos de grasa y las había paseado por toda la superficie.

Tal colgaba de la barandilla de la pasarela con la cabeza hacia el suelo.

—Nadie sabe en qué líos horribles me he visto metido... canturreaba.

Cuando hubo reparado todo lo reparable, Tabitha se acostumbró a pasar el máximo de horas posible fuera de la nave comunicándose con su bitácora. La actividad extravehicular servía para mantenerla alejada de lo demás. Su peculiar situación actual había hecho que olvidara su acostumbrada reserva y durante aquel viaje sus conversaciones con la nave fueron más largas y mucho más frecuentes que en ningún otro, y no se limitaron a los asuntos técnicos o de navegación. Tabitha necesitaba alguien que le hiciera compañía durante aquel trayecto a través del reino de lo virtual, y escogió a un compañero imaginario. Cuando las personas de carne y hueso, humanas, naturales o como quieras llamarlas se vuelven insoportables, lo habitual es que tu mejor amigo acabe siendo un artefacto.

Se puso el traje y abrió la compuerta interna de la salida delantera de estribor. La escotilla estaba repleta de envoltorios que habían contenido comida y salpicada de cagadas de loro. Toda la nave estaba hecha un desastre. Eso no era nada nuevo, naturalmente, pero antes el desorden

siempre había sido creado por la propia Tabitha y los objetos se limitaban a flotar más o menos allí donde los había dejado y eso los convertía en una parte más del ambiente que casi resultaba invisible. Este desorden creado por otras personas resultaba tan inesperado como insidioso.

Tabitha abrió la compuerta externa, aseguró el cordón umbilical de su traje y se lanzó hacia la nada. La basura se convirtió en una nube de objetos y la siguió. La nube de desperdicios orbitaría fielmente alrededor de la nave durante un tiempo y acabaría siendo reclamada por la realidad.

Tabitha avanzó lentamente hacia la proa de *la Alice Liddell*, el único lugar donde podía sentarse en la nada y mantener la cabina razonablemente vigilada. Si veía entrar a Tal metería a la sucia bestezuela en una jaula, y al diablo con las buenas relaciones entre especies distintas.

La actividad extravehicular en el hiperespacio con un traje provisto de cordón umbilical es al mismo tiempo más y menos agradable que la actividad extravehicular de esas mismas características realizada en el espacio. La pseudogravedad hace que el peligro del vértigo siga existiendo, siempre que seas susceptible a ese problema. Cada serie de movimientos acaba sirviendo para que te encuentres debajo de la nave flotando hacia esa nube meticulosamente planchada y en continuo proceso de alejamiento que "forma" el "suelo". De vez en cuando se producen alteraciones que pueden ponerte los pelos de punta, y hay momentos en los que esa discrepancia carente de rasgos que te rodea sufre extrañas distorsiones y desgarrones bastante ruidosos. Pero no hay perspectiva, no hay ninguna sensación de distancia o de la aterradora amplitud del espacio; no hay golfos insondables que te empeequeñezcan ni estrellas cada vez más pequeñas que se burlen de ti.

Tabitha divisó a Xtasca. El Quenubín estaba a unos cinco metros del casco disfrutando de las feroces radiaciones producidas por la violación de las leyes de la relatividad. Tabitha volvió apreguntarse cómo se las arreglaría la realidad para distinguir entre un Querubín y un tubo de té vacío y estrujado. Después de su primer encuentro en el vacío, Tabitha y el Querubín habían tendido a ignorarse, y se comportaban como dos vecinos cuyos jardines son demasiado pequeños para permitir que se muevan sin verse el uno al otro.

Pero hoy las noticias que le había dado la nave eran de una naturaleza tan alarmante que Tabitha no podía guardárselas. La probabilidad de que se produjera una avería en el cristal del eje había aumentado hasta un 89 %.

—¿Xtasca? —transmitió mientras se preguntaba si su mensaje sería recibido.

La calva cabeza negra se volvió en su dirección.

Tabitha extendió su cordón umbilical y se propulsó lentamente a través del vacío yendo hacia el Quenubín.

La criatura se encontraba en posición horizontal con respecto a ella. Su cuerpo carente de piernas y desnudo salvo por la frágil protección del plástico yacía sobre la espalda. Sus manecitas ondulaban distraídamente de un lado a otro. No podía tener un aspecto más indefenso o impotente.

Tabitha tragó saliva.

Pero el Querubín no le dio tiempo a hablar.

—El cristal del eje—dijo.

Su voz sonaba entre nasal y metálica, y estaba impregnada de una superioridad infinita.

El mal genio de Tabitha reaccionó inmediatamente ante aquella provocación.

—Me has estado escuchando, ¿verdad? —preguntó.

El Querubín hizo una especie de encogimiento de hombros, y su cabezota se movió lentamente de un lado a otro como si pesara demasiado para el cuello.

—No—dijo alzando un poquito la voz.

Tabitha pensó que parecía un padre dispuesto a tomarse con mucha paciencia la última tontería de su obtuso retoño.

—Entonces...

—Tiene que ser el cristal de eje o los Gemelos —dijo Xtasca—. Ninguna otra cosa sería lo suficientemente importante.

Quería decir que ninguna otra cosa sería lo suficientemente importante para que Tabitha le hablara de ella, claro está. Aquellos ojos implacables que parecían semáforos diminutos incapaces de transmitir más mensaje que el de "alto, no pase" podían ser extraordinariamente elocuentes. "¿Y por qué los Gemelos?", se preguntó Tabitha antes de seguir hablando.

—Los Gemelos son humanos, ¿no? —dijo el Querubín como si quisiera provocar una respuesta, y al ver que Tabitha guardaba silencio añadió—: Si se tratara de un problema humano no habrías venido a verme.

El corazón de Tabitha empezó a latir más deprisa, no sabía si a causa de la ira o del miedo.

—No puedo llegar hasta ahí dijo—. Yo nunca... —Tragó una honda bocanada de aire—. ¿Podrías explicarme qué he de hacer para arreglarlo?

Xtasca rodó grácilmente sobre sí mismo hasta quedar con el estómago hacia abajo.

—Deja que le eche un vistazo —dijo.

—Bastaría con que me explicaras...

—Tú no podrías hacer nada de lo que yo puedo hacer.

Tabitha sintió deseos de gritar.

—Podrías enseñarme lo que he de...

—Eres demasiado grande. No lo verías.

Xtasca se alejó de ella sin decir ni una palabra más y entró en la nave. Volvió enseguida y Tabitha vio que se había puesto una cola equipada con lo que parecía una microsonda. La criatura parecía haber dado por terminada la conversación, y en vez de reunirse con Tabitha fue en línea recta hacia el panel de acceso.

—Alice, ¿podrías abrir...?

Pero ya lo había hecho. El Querubín desapareció en el hueco con una rápida ondulación de su trasero de renacuajo.

Tabitha le siguió decidida a observar lo que hacía. Estaba de muy mal humor.

Xtasca tenía razón. El pasadizo había sido construido de tal forma que no permitía el paso de ningún objeto cuyas dimensiones fueran superiores a las de un robot de reparaciones modelo G7. Tabitha tuvo que conformarse con meter la cabeza por el hueco y contempló un vacío de una negrura tal que durante unos minutos ni tan siquiera pudo ver al Querubín. Acabó distinguiendo un resplandor azulado que parpadeaba suavemente y una diminuta silueta negra encorvada sobre sí misma. Parecía un animal, una alimaña que hubiera buscado refugio en las entrañas de su nave. Le recordó a una rata espacial-armadillo de Palernia.

El resplandor azulado se esfumó. Tabitha sintió la mareante vibración de la sonda tanteando la estructura del cristal, y a pesar de la protección del casco tuvo que tensar las mandíbulas para que no le rechinaran los dientes.

No podía hacer nada.

—Bueno, lo dejaré en tus manos —dijo.

No obtuvo contestación.

Fue rápidamente hacia la escotilla de estribor de la popa y entró en la nave. Marco y los demás seguían en la bodega y estaban cantando a voz en grito.

Mogul estaba en su camarote.

La sorpresa y el enfado la dejaron paralizada durante un momento. Tabitha entró en el camarote y arrojó el casco sobre el catre.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó mientras tiraba de los guantes para sacárselos.

El acróbata flotó hacia ella con elegante dignidad y extendió las manos en un gesto humilde que Tabitha no deseaba presenciar, como si quisiera declararse o revelarles todos sus secretos. Sus manos estaban vacías.

—Tabitha... —dijo.

Sus delgados labios estaban entreabiertos y sus ojos la contemplaban con una expresión de súplica, pero Mogul no llegó a salvar del todo la distancia que les separaba. Se quedó inmóvil con el cuerpo sostenido sobre las puntas de los pies. Cada línea de su esbelta silueta se tensaba hacia ella con un anhelo desesperado, pero se contenía y permanecía inmóvil.

—No os he dado permiso para entrar aquí —replicó Tabitha con voz átona.

No le había dicho que se fuera, e incluso ella se daba cuenta de que su réplica sonaba vagamente falsa. Podía captar la mentira agazapada en su voz y casi podía oír las palabras con que negaba el hecho que flotaba en la atmósfera de la cabina, aquella realidad casi palpable que impregnaba el espacio existente entre sus dos cuerpos. Empezó a quitarse el traje. Le temblaban los dedos.

"El camarote contiguo está vacío", pensó, pero siguió manteniendo la distancia.

—¿Qué quieres, Mogul? —preguntó mientras emergía del traje y dejaba que se fuera doblando sobre el suelo.

La pregunta no podía ser más innecesaria, pero aun así...

—A ti dijo Mogul.

Su voz era como el viento marciano que atraviesa las viejas piedras llenas de agujeros, y le hizo pensar en su interminable lamento solitario.

Mogul daba auténtica pena. Parecía un payaso triste vestido con un flácido pijama azul que le quedaba demasiado grande. Su blanco cuello trazaba un ángulo revelador de toda una existencia de anhelo y penas. Mogul quería su compasión, y Tabitha no estaba de humor para compadecerse de nadie. Estaba preocupada y disgustada. Las noticias que le había dado Alice, el Querubín y ahora su inesperada visita... Su corazón se había marchitado y endurecido, pero Tabitha no vivía dentro de su corazón. Podía sentir el palpar de la sangre en sus sienes, el endurecimiento de sus pezones y el vacío del deseo aleteando rápidamente en su estómago.

Alargó una mano hasta colocarla detrás del largo y apesadumbrado cuello de Mogul, disfrutando —¡al fin!— con aquella pequeña exhibición de poder, y atrajo su noble cabeza inclinándola hacia la suya. Ah, el maravilloso poder de dar y de quitar, el poder del placer... Le besó en la boca.

Después hubo una interrupción, un intervalo de realidad banal durante el que Tabitha le desabrochó la chaqueta y tuvo que luchar con el tozudo botoncito del cuello. Le besó la garganta.

Los esbeltos y elegantes dedos de Mogul empezaron a moverse sobre ella acariciándola y deslizándose entre los mechones de su cabello, resiguiendo los contornos de su columna vertebral, sus hombros y sus pechos. Tabitha permitió que le quitara la chaqueta y la camiseta que había debajo y que le desabrochara el cinturón.

Mogul le besó la oreja. Su lengua era como el hocico de un animal minúsculo y curioso que le hacía cosquillas. Tabitha rió y se felicitó.

Las luces del camarote parpadearon.

Mogul apartó los labios de su oreja y alzó rápidamente la mirada hacia el techo.

—¿Qué ha sido eso?

—Xtasca está haciendo algunas reparaciones dijo Tabitha.

Mogul asintió.

—Estupendo —dijo . La pequeña Xtasca puede reparar casi cualquier cosa.

Le bajó los pantalones.

Tabitha se quitó las zapatillas de un par de patadas y deslizó los brazos alrededor de la diminuta cintura de Mogul.

Había algo que se agitaba en lo más profundo de su mente, algo que no entendía y que la tenía perpleja, algo en lo que acababa de decir... Tabitha decidió no seguir dándole vueltas. Le llevó hasta el catre y se inclinó sobre él para acariciarle y quitarle los pantalones. Extendió los brazos y tiró de la chaqueta pasándola por encima de sus hombros.

Mogul tenía pechos. La convexidad apenas podía ser más plana e imperceptible, y cuando se echó hacia atrás para permitir que acabara de quitarle los pantalones se volvió invisible, pero... Tenía pechos. "Así que este par de Gemelos son realmente idénticos... —pensó—. Qué extraño..." Y un instante después recordó sus palabras, y comprendió qué era lo que la había estado preocupando. "La pequeña Xtasca...—pensó—. Xtasca..., ella..."

Soltó el cuerpo que tenía entre los brazos, se echó hacia atrás y se arrodilló sobre el catre.

—Eres Saskia dijo.

Le bajó los pantalones hasta los tobillos.

Sí, era Saskia.

Saskia puso cara de preocupación.

—Creía que lo sabías —murmuró—. Yo soy él y él es yo.

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa temblorosa.

El caos giró y aulló dentro de la cabeza de Tabitha.

—¿Y cuál de los dos eres tú?—preguntó casi gritando.

—Soy yo —dijo Saskia—. De veras, soy yo.

Tabitha se estremeció. Saskia intentó cogerle una mano, pero Tabitha se apartó.

—¿Qué infiernos sois? —gritó—. ¿Cómo podéis ser gemelos..., gemelos idénticos?

—No lo somos—dijo Saskia—. No somos gemelos.

Tabitha cogió su camiseta y se la pasó por encima de la cabeza en un solo movimiento que casi parecía una convulsión. Saskia se estiró como si quisiera detenerla, pero vaciló y acabó retrocediendo.

Tabitha se irguió y cruzó las piernas. Las luces volvieron a parpadear.

—Explícate dijo.

Saskia se removió como si se sintiera incómoda. Toda la elegancia y la flexibilidad de hacía tan solo unos momentos se habían esfumado.

—Bueno, ahora lo somos pero antes no lo éramos dijo.

Tabitha dejó escapar un bufido de exasperación.

—¿Qué infiernos...?

—Eramos quintillizos —dijo Saskia, y deslizó la punta de la lengua por encima de sus labios—. Nosotros dos somos los únicos que quedamos —añadió.

Volvió a extender una mano hacia Tabitha para abrazarla y para ser abrazada, y Tabitha no la rechazó.

—Eramos un experimento —dijo Saskia—. Suzan, Goreal y Zidrich fueron..., les consumieron. Se gastaron y... Nosotros escapamos. Fuimos rescatados. No habríamos tenido ni una posibilidad de sobrevivir.

Tabitha podía sentir el lento y firme palpitar del corazón de Saskia y las vibraciones que recorrían su esbelta caja torácica.

—No sabíamos nada de..., de los demás —dijo Saskia—. No sabíamos nada del sistema. Nunca habíamos estado separados —dijo. Se frotó la nariz y sus rasgos se fruncieron en una mueca que la volvió repentinamente fea, como si hubiese nacido ciega y no tuviera ni idea de cómo podía controlar las expresiones de su rostro—. Tengo que alejarme de él —anunció.

—¿Por qué? —preguntó Tabitha.

Saskia se irguió y la miró a la cara.

—¡Para poder ser yo! Para poder... —Dejó escapar un suspiro casi inaudible—. Te desea —dijo, y puso la palma de una mano sobre el esternón de Tabitha.

Tabitha sintió cómo su excitación se deshilachaba y se desvanecía en el aire.

—¿Y por eso viniste a mi camarote?

—No debe poseerte.

Tabitha intentó contener su ira. Eran unos niños. Había estado a punto de acostarse con una niña...

—Y tú decidiste tomarle la delantera —dijo—. No puedes hacer esas cosas —añadió intentando que su voz sonara lo más firme posible—. No puedes tratar a la gente de esa forma, ¿entiendes?

—¿Cómo? —preguntó Saskia poniendo cara de perplejidad.

—Como si..., como si..., como si fueran armas.

—No es eso —se apresuró a replicar Saskia con un repentino vigor—. No es eso, Tabitha. Yo también te deseo —dijo, y su tono volvía a ser implorante—. Te quiero...

—No, no me quieres dijo Tabitha. Estaba perdiendo la paciencia—. Te limitas a imitarle.

Saskia la miró. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—No —dijo—. No podría imitarle. No lo entiendes... Soy él. Deseo lo mismo que él desea.

—Bueno, pues tendrás que hacerte a la idea de que no voy a ser tuya —dijo Tabitha con bastante brusquedad—. No quiero ser de nadie, ¿comprendes? No soy tuya, soy mía.

—Por eso te quiero —dijo Saskia con una dulzura inesperada. Su mano se posó sobre el muslo de Tabitha y lo acarició con mucha ternura—. Eres real. No estoy acostumbrada a tratar con personas reales. Mogul y yo... No somos

reales dijo. Cogió su ropa y empezó a vestirse—. Xtasca es real, pero no es humana. Tal tampoco es humano. Marco no es real..., es todo palabras y más palabras. Y Hannah... Hannah está muerta.

Algún tiempo después Tabitha se daría cuenta de que Saskia no estaba tan sola como había querido dar a entender. La había oído algunas veces a través de la pared cuando estaba con Marco. Había oído sus murmullos y sus gritos.

A menos que fuera Mogul, claro.

Esa noche Tabitha despertó a mitad de un sueño sobre la capitana Devereux, la piloto mitad máquina y mitad mujer que orbitaba eternamente Deimos en su fortaleza de piedra negra. Cuando despertó recordaba claramente su olor, la mezcla de aceite y almizcle que flotaba alrededor de su cuerpo.

Y oyó voces al lado.

"Marco y Saskia", pensó, y se dio cuenta de que ya estaba empezando a sentir celos.

Pero también había otras voces, el murmullo suave de varias personas que se hacían compañía las unas a las otras. Tabitha aguzó el oído, y no tardó en captar los trinos de Tal y el distante zumbido de Xtasca. ¿Estaban jugando a cartas o planeaban un motín? Intentó oír lo que decían, pero no lo consiguió.

Bajó del catre sin hacer ningún ruido, se puso el camisón y salió al pasillo.

La noche era subjetiva, como todo lo que hay en el hiperespacio. Allí no hay oscuridad, y tampoco hay luz salvo la que se filtra a través del espejo que lo separa del espacio real. Tabitha fue hacia la escotilla trasera de la bodega moviéndose por entre ese tenue derramamiento luminoso y entró.

Estaba sola en la bodega por primera vez desde que sus pasajeros habían subido a bordo. Tabitha contempló lo que la rodeaba. La hamaca de los Gemelos y el capullo del Querubín estaban vacíos. La caja de Tal seguía en el rincón de siempre, pero la tapa estaba subida. La tenue claridad de las filtraciones revelaba los restos de aquel mural de contornos tan vagos como ambiciosos y sus retazos de detalles precisos pero confusos que parecían imitar las perspectivas no menos alucinatorias que había al otro

lado de las mirillas. El paisaje neblinoso que ofrecía a la mirada estaba impregnado de posibilidades suspendidas y contenía las marcas y las manchas violentas de presencias definidas pero incomprensibles.

Tabitha no había ido a la bodega para dedicarse a la contemplación artística. Estaba allí porque quería inspeccionar su equipaje. Caminó cautelosamente por entre el amontonamiento de cajas, bultos y maletas y fue echando un vistazo en cada una. Buscaba el cilindro grisáceo-plateado que Mogul y Marco habían sacado de Plenty arriesgando la vida.

Encontró el cilindro debajo de un montón de tela metalizada multicolor. Estaba claro que alguien lo había colocado allí con la intención de ocultarlo. Tabitha lo agarró por un extremo y lo sacó de su escondite. El cilindro estaba frío al tacto, y era bastante pesado.

Se acuclilló delante de él y lo contempló mientras se limpiaba el polvo de las manos. El cilindro era más largo de lo que recordaba. Medía algo más de

dos metros, casi tres, y tenía casi un metro de diámetro. El exterior estaba protegido por una capa de vinilo debajo de la que se notaba la rígida dureza del metal. Eso y el peso casi te hacían pensar que quizá estuviera lleno de oro. Tabitha no tenía ni idea de cuál era la forma habitual de transportar el oro, y los cilindros recubiertos de vinilo parecían un sistema tan bueno como cualquier otro. Había un pequeño hueco en la capa de vinilo donde se podían colocar etiquetas, pero alguien se había encargado de arrancarlas. Tabitha se preguntó cómo demonios se abriría.

Le dio unas cuantas vueltas y descubrió que era bastante fácil de abrir. Había una ranura de metal que surcaba cada extremo, una que rodeaba el cilindro y otra a lo largo, y unos cierres para los dedos disimulados debajo de la ranura de cada extremo. Tabitha rodeó el cilindro con los brazos y metió los dedos en los agujeros.

Oyó un leve chasquido metálico. El cilindro se abrió de golpe y Tabitha saltó hacia atrás.

Una nube de gas emergió del cilindro con un siseo estridente y empezó a condensarse. Un olor extraño y desagradable que recordaba al del musgo y el alcohol metílico se fue difundiendo por la bodega. El gas estaba muy, muy frío.

Dentro del cilindro había una gruesa capa de escarcha que recubría lo que parecían varias capas de tejido aislante cosidas a una especie de seda artificial. El cilindro contenía un fardo alargado, o algo envuelto en una gasa blanca.

No parecía oro.

Tabitha sintió un repentino deseo de cerrar el cilindro y olvidarse de él.

Pero el cilindro estaba a bordo de su nave y tenía que averiguar qué había dentro. Tiró de un extremo de la gasa. Debajo de ella había un haz de ramitas amarillentas y quebradizas mezcladas con un poco de paja. Un timbre de alarma empezó a sonar débilmente en las profundidades de la memoria de Tabitha.

Siguió tirando de la gasa.

El haz de ramitas terminaba en una cara.

La cara tenía dos globos oculares bastante saltones ocultos por párpados de color marrón; una nariz delgada y puntiaguda con dos fosas nasales en forma de hendiduras y una boca bastante grande que parecía una grieta en un tablón de madera. Los labios cubiertos de arrugas estaban fruncidos en una mueca.

No estaba contemplando un haz de ramitas. Aquello no era un haz de nada.

Era un frasque. Un frasque muerto.

TXJ.STD

IMPRIMIR

AA9~BGK0o9059]

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 13.16.31

ADELANTE

Vi a mi primer frasque a bordo de la Trogon resplandeciente.

¿LA GOLETA DE MELISSA MANDEBRA?

La misma.

¿Y QUÉ ESTABA HACIENDO USTED EN LA GOLETA DE MELISSA MANDEBRA, CAPITANA?

Estaba enamorada. Estaba enamorada del contraмаestre de Melissa Mandebra, ¿sabes?

Se llamaba Tricarico Palinides, y estaba tan delgado que parecía un cable de flex. Tenía el cabello oscuro y muy largo, y se lo peinaba para que le cayera encima de una mejilla. Siempre lo llevaba recogido con un anillo de carey... Tenía los ojos pequeños y de un color ámbar, pero según cual fuese el ángulo de la luz se volvían de color dorado, y cuando me miraba sus ojos siempre adquirían ese color. Le conocí en una hostería de Schiaparelli donde estaba durmiendo la mona..., él, no yo. Me invitó a subir al *Trogon resplandeciente* para enseñarme la nave. Eso es lo que dijo, al menos... Salimos al frío del anochecer y fuimos al desierto para esperar la lanzadera. El cielo estaba de un color púrpura y las nubes parecían tener la forma de cuajarones, como si estuvieran hechas de mermelada. Las mantas ya habían empezado sus cacerías y volaban sobre nuestras cabezas como jirones arrancados a la noche. Un viento que te atravesaba hasta la médula traía consigo los olores del sur, la pestilencia del azufre y los hedores de los metales recalentados o a punto de helarse. La atmósfera era muy tenue y costaba respirarla. El aire parecía chisporrotear en nuestras fosas nasales. Esperamos un buen rato de pie sobre la arena envueltos en la capa de arlequín de Tricarico. Éramos felices.

Deimos ya había asomado en el cielo. La lanzadera apareció por fin. Su silueta fue creciendo enfrente del disco giboso de la luna y me hizo pensar en un gigantesco escarabajo negro. Tricarico me aseguró que era la lanzadera de los oficiales, y que cuando estuviéramos a bordo nadie nos molestaría.

Después de abandonar la Luna había vivido en Integridad 2 y puesto los pies en nueve orbitales más, un zikkurath eladeldi entre ellos; había atracado en no sé cuántos puertos, estaciones y silos; y había trabajado como azafata en algunas de las naves más lujosas del sistema. La *Bolshoi Mrittsvar*, la *Altiva Amaranta*, con su tripulación que vestía arrogantes uni— formes de color amarillo y negro y sus esbeltas cubiertas de pasajeros iluminadas desde un extremo al otro... Recuerdo que en una ocasión vi a la *Serafín Catriona*, una sigilosa silueta negro mate que patrullaba el Dominio de Abraxas como si fuese un tiburón.

¿QUÉ HA SIDO DE LA *ALTIVA AMARANTA*? HACE AÑOS QUE NO TENGO NOTICIAS DE ESA NAVE.

Desapareció. ¿No te habías enterado? Desapareció cuando estaba haciendo un Crucero Transneptúnico.

¿TRANSNEPTUNICO?

Sí, ya sé que son bastante arriesgados, pero Capella no los ha prohibido. El que casi nadie vaya por allí no impide que siga siendo espacio incluido dentro del sistema.

HACE MUCHO TIEMPO QUE NADIE VA POR ALLÍ

La *Trogon resplandeciente* era bastante más pequeña que la *Amaranta* o cualquiera de esas naves, naturalmente, pero seguía siendo la nave más grande en la que había estado. Tenía doce cubiertas y gravedad independiente en cada una de ellas. Las paredes de la sala de embarque estaban cubiertas de tapices y la biblioteca estaba llena de libros auténticos. Criados robot se deslizaban silenciosamente a lo largo de los pasillos atendiendo a los pasajeros de cada cubierta. El camarote de Tricarico no llegaba a tales extremos de elegancia, lo admito, pero la comida era muy buena, tenía el privilegio de poder moverse por la cubierta superior y su propio ablutorio, y su cama tampoco estaba nada mal.

Tricarico me dio un poco de thril. Nunca había tomado thril, ¿sabes? Era una especie de gelatina transparente metida en un recipiente de cristal. Coges un poquito con una pequeña espátula de hueso y lo colocas debajo de tu lengua. Sabe a flores y a azúcar, y te da una sed tremenda, pero diez minutos después de que se haya disuelto la palabra "esfuerzo" pierde todo su significado. Sentí como si pudiera alargar la mano y alterar el fluir de los acontecimientos a medida que iba desfilando por el camarote. Nos acostamos y... Bueno, fue una experiencia de lo más absorbente. Tricarico no paraba de reír. Estaba encantado. Yo le gustaba mucho.

EL THRIL... ¿ES COMO EL AMOR, CAPITANA?

No. En ciertos aspectos es mejor.

POR FAVOR, ¿PODRIA EXPLICARME ESO QUE ACABA DE DECIR?

¿Que si puedo...? Sí, supongo que puedo explicártelo. Lo bueno del thril es... Sabes que vas a disfrutar al máximo de todas las sensaciones y no esperas que dure eternamente.

OH, VAMOS... CREO QUE SE ESTA HACIENDO LA DURA.

No, te aseguro que no.

ALGUN DIA TENDRA QUE EXPLICARME UNAS CUANTAS COSAS SOBRE EL AMOR.

El amor es... Es cuando pierdes la cabeza pero crees que sigues cuerda porque hay otra persona que también se ha vuelto loca y no estás sola en la celda acolchada.

¿Lo has entendido?

NO, PERO NO IMPORTA. SIGA. TRICARICO.

Estaba sentado en la cama con una sábana encima de las rodillas... Alzó las rodillas, juntó los pies y puso un codo sobre cada rodilla. Después apoyó el mentón en las manos.

ESTAMOS HABLANDO DEL DESPUÉS DESPUÉS, ¿VERDAD?

Sí, claro. Yo estaba tumbada en el otro lado de la cama, atontada de puro placer y gozando de los últimos efectos del thril. Nos miramos el uno al otro, y supongo que nos preguntamos cuántas veces podríamos repetir esta experiencia.

—Podrías venir con nosotros —dijo.

—¿Adónde vais?

—A Encelado.

Ni tan siquiera sabía dónde estaba eso.

¿A CAUSA DE LA DROGA?

No, Alice, no era por culpa de la droga. Recuerda que aún no había estado más allá de Ganímedes. Podía orientarme por el Enredo con los ojos cerrados y sabía dónde estaban todos los asteroides de primera categoría, pero si los capellanos hubieran limitado el radio de uso del impulsor hasta Júpiter yo ni tan siquiera me habría enterado.

—Los anillos son absolutamente maravillosos —dijo Tricarico—. Son absoluta y jodidamente maravillosos... —Cortó el aire lánguidamente con la mano—. Son delgados como un cuchillo y tan sólidos que si te acercas a ellos desde el ángulo adecuado jurarías que puedes caminar por encima. Todo se mueve continuamente de un lado a otro pero no hay ningún peligro, te lo aseguro, porque puedes atravesar esa zona del derecho y del revés siempre que vayas consultando los mapas y te guíes por ellos... Todo aquello funciona con la precisión de un inmenso reloj.

No sé por qué dijo que los anillos eran como un reloj. En aquellos momentos me sentía demasiado vegetal para preguntárselo, y sigo sin saberlo. Supongo que debió ser una de esas revelaciones súbitas que te llegan después de haber tomado thril.

—Todo está registrado en los mapas —siguió diciendo—. Conocen la trayectoria de todas las rocas grandes, y si consigues encontrar algo que se les haya pasado por alto es tuyo. ¿Sabes que aún hay ermitaños que viven allí, Tabitha? Dan vueltas y más vueltas en su pequeña roca particular y nunca ven a nadie... Encelado incluso tiene un monasterio.

—No creo que vayáis ahí por eso —dije yo.

En aquel momento me pareció que era una observación de lo más brillante.

—No, claro que no —dijo Tricarico.

Se lanzó sobre mí extendiendo los brazos y las piernas como si fuera un jugador de pelota. Nos abrazamos y el impulso hizo que rebotáramos suavemente en la pared. Después me besó en la garganta y me acarició, pero tanto él como yo estábamos agotados. Nos quedamos inmóviles acurrucados el uno contra el otro, y Tricarico me habló de la caravana frasque.

¿Has estado alguna vez en una caravana, Alice?

NO, CAPITANA, NUNCA.

Los frasques las utilizaron durante algún tiempo después de que la gente empezara a hablar de que pronto habría guerra. Una caravana es... Bueno, era un convoy de naves que iban juntas al Cinturón para no correr peligro. Los mineros compraban montones de maquinaria básica del interior del sistema. El trayecto hasta Júpiter se realizaba de manera convencional para ahorrar aceleración. Tricarico me explicó que las naves de mayor tamaño sólo podían acumular la velocidad necesaria para el salto final después de haber salido despedidas del campo gravitatorio de Júpiter como si fuesen piedras lanzadas por una honda. Las naves más pequeñas viajaban en la caravana más por el prestigio que eso les daba que por ninguna otra razón, y siempre esperaban a que la última nave grande hubiera desaparecido antes de emprender el salto.

—Giran alrededor del hombro de Júpiter —empezó a fantasear Tricarico—. ¡Cien joyas arrojadas como semillas que se esparcen sobre el negro campo de la noche! Van alcanzando la velocidad necesaria una a una y desaparecen con un último parpadeo... ¡Ahí va la Behemoth de la Tredgold! ¡Los vítores resuenan por todos los canales de comunicación entrelazados! Después les toca el turno a las gigantas de la Frazier Asterak Roublov, la K3n73n y la Jitku, que saltan tan pegadas la una a la otra que jamás habrá forma de saber quién ganó las apuestas... Antes de que nadie haya tenido tiempo de contener el aliento, las cunas de masa frasques empiezan a girar emitiendo destellos y desaparecen de dos en dos y de tres en tres, esfumándose en la oscuridad como copos de nieve en una medianoche del mes de diciembre y, finalmente, los enjambres de naves más pequeñas que han bailoteado en esos remolinos se desvanecen de golpe... ¡para reaparecer unas semanas después formando un arco de un millón de metros de longitud suspendido sobre el pozo gravitatorio de Saturno!

—¿Los frasques? —pregunté yo—. Son los que están provocando todos esos problemas en Africa, ¿verdad?

—Oh, son buena gente siempre que no intentes engañarles y no metas las narices en sus asuntos —me aseguró Tricarico.

—Creo que debería empezar a ocuparme de mis asuntos —dije—. ¿Sabes qué hora es?

—Tabitha... —murmuró él mientras me abrazaba y ponía cara de reproche.

—¿Qué?

—Estoy intentando convencerte de que te quedas conmigo.

—No —dije yo—. Me voy a levantar. Sigue mirándome y verás cómo me levanto, ¿de acuerdo? Mira, me levanto... —Alargué la mano hacia mis ropas—. Tengo que ganarme la vida.

—No tienes por qué hacerlo —dijo él—. Puedo conseguir un camarote más grande. No tienes por qué contarle a nadie lo que hacías antes. ¡Puedes olvidar el pasado!

—Para eso necesitaría tener un trabajo —repliqué.

Tricarico se puso bastante nervioso.

—¡Pero si es justo lo que te estoy diciendo! ¡No necesitas trabajar!

—No, Rico —dije yo—. Me parece que no me has entendido bien. No iré contigo a menos que me ofrezcas un empleo. Y mientras tanto, me voy. Mira, mira... Me voy.

Acabamos llegando a un compromiso. La caravana se estaba formando en Selucia. Si me reunía con Tricarico allí dentro de un mes me conseguiría un empleo.

CREÍA QUE ESTABA ENAMORADA DE ÉL.

Ah, Alice... Cuando estoy enamorada puedo ser muy contradictoria, ¿sabes?

Podríamos decir que estaba enamorada de la Trogon resplandeciente. Era una nave muy hermosa, sobre todo si la comparabas con la Vaya boca... Volver a ese vertedero de basuras y trastos viejos me resultó muy [...] que me costaba dejarle. La Vaya boca ni tan siquiera tenía ablutorio, sólo letrinas químicas y un asqueroso sistema de vacío que se caía de puro viejo para eliminar los desperdicios. El capitán Frank no entendía mucho de higiene o... No, pensándolo bien creo que entendía muy bien lo que era la higiene y estaba firmemente convencido de que era una estupidez. Te lavas, te lavas y te lavas y siempre acabas volviendo a ensuciarte... Es una pérdida de tiempo, ¿entiendes?

La Vaya boca contenía toda la chatarra y los desperdicios que el capitán Frank había ido acumulando a lo largo de diez años. No, más aún, porque ya había traído una cierta cantidad de chatarra de su nave anterior, y de hecho la mayoría de la chatarra había formado parte de esa nave.

Voy a explicarte cómo nos las arreglábamos. Consigues un poco de espacio libre doblando unas láminas enormes de tela metalizada y vas cortando los trozos que han ido quedando más o menos roídos por los escarabajos de sílice. Después colocas los rollos de tela entre las patas de diecinueve estiradores plegables de emergencia para caída libre que ya no se pueden plegar, y dejas al descubierto diecinueve bandejas de conectores recubiertos por gruesas costras de grasa negruzca. Puede que aún funcionen, puede que no, pero no importa... Los pones a un lado, ¿entiendes? Después cambias de sitio un par de barriles que contienen virutas de fibra de vidrio y descubres que sólo contienen virutas de fibra de vidrio, así que decides guardar los conectores dentro de los barriles llenos de virutas, y entonces por fin tienes espacio suficiente para el maldito ajustador de paradojas Marclon 7JJ que le compraste por cuatro cuartos a un comerciante palerniano arruinado..., siempre que le arranques unos cuantos brazos, claro. ¿Los brazos? Oh, ya volverás a colocarlos en su sitio cuando lo vendas, no hay que preocuparse por eso.

¿Adivinas quién tenía que arrancar los brazos del ajustador de paradojas?

¿Adivinas quién tenía que volver a colocarlos en pleno centro de la nada con una prisa de mil demonios en la estación donde nuestra unidad de crédito había decidido dejar de funcionar, y quién tenía que sacar el maldito trasto del taller y meterlo en un conducto muy estrecho y cruzar treinta metros de vacío en la bodega para entregárselo a un cliente que parecía haber decidido olvidar

el trato y que te contemplaba como si fuera a comerte de un momento a otro? Yo, naturalmente.

No es que el capitán Frank fuera perezoso, nada de eso. Cuando llegaba el momento de hacer las compras siempre rebosaba energía. Se quejaba por todo y no paraba de moverse inspeccionando la mercancía, pero... Bueno, no soportaba el desprenderse de ella. Eso le ponía furioso, y de todas formas ya estaba de bastante mal humor porque había empezado su época de cambiar el vello. Había montones de pelos por todas partes. Se metían en la cabina, atascaban los conductos... Aún no había conseguido limpiar todos los pelos de la última vez.

¿Y TUVO ALGUN PROBLEMA CON EL CAPITAN FRANK?

Bueno, yo no le había dicho nada sobre la *Trogon resplandeciente* o sobre Tricarico, pero estoy segura de que acabó descubriéndolo..., quizá porque yo me pasaba la vida poniendo conferencias con la Trogon.

Tricarico me dijo que habían retrasado la salida, y luego me dijo que habían vuelto a retrasarla. Me aseguró que todo era pura ceremonia. Unos cuantos tripulantes se habían quedado a bordo de la Trogon resplandeciente para cuidar de la nave mientras sus propietarios y oficiales se encargaban de asistir a los actos sociales y todo eso. Cada delegación invitaba a las otras delegaciones, y las recepciones y bufetes se sucedían unos a otros en una interminable ristra de fiestas y celebraciones cuyo único objetivo era averiguar quién era quién dentro de la caravana, quién iba a estar de moda y quién sería un paria social.

—Qué estupidez —dije yo—. Creía que los frasques se encargaban de todo.

—Pues claro que se encargan de todo —respondió Tricarico sonriendo—. Ahí está la gracia, Tabitha.

¿Por qué decía eso? Pues porque según él, la *Trogon resplandeciente* no tenía ningún motivo real para formar parte de la caravana. Sólo querían un poquito de gloria, y gracias a eso sus propietarios y oficiales siempre ocupaban lugares prominentes en las presentaciones y los banquetes. Aparte de eso, Melissa odiaba las prisas y el ir corriendo de un lado a otro. El cargamento no se echaría a perder y en cuanto llegaran se lo quitarían de las manos, así que no había por qué apresurarse.

La Trogon resplandeciente sólo transportaba artículos cuyos precios no guardaban ninguna relación lógica con su tamaño: drogas, joyas, unos cuantos tesseractos legales o docentes... No todo lo que transportaba era legal. Ocultaban gran parte del cargamento a todas las inspecciones salvo las más técnicas, y enterraban los sobornos en las partidas especiales de su contabilidad. La contabilidad de los Mandebbras siempre ha sido increíblemente complicada.

La del capitán Frank no lo era, y sólo faltaba un mes para que terminara mi contrato. Yo seguía albergando la esperanza de que la partida de la caravana se retrasaría hasta entonces, e intentaba convencerme a mí misma de que tendría menos problemas si me marchaba después de haber cumplido con mi contrato.

Oh, Alice, quería irme con Tricarico, desde luego, pero me estaba dando prisas e intentaba meterme en algo de lo que no sabía nada. Quería introducirme en un mundo de lujo y esnobismos que le parecían naturales, pero... Bueno, a bordo de la *Vaya boca* no había ni rastro de lujo, y si lo había estaba averiado o hecho pedacitos. Pero trabajar con el capitán Frank tenía la ventaja de que siempre sabía cuál era mi situación, aunque la mayor parte del tiempo mi situación pareciera limitarse a estar enterrada hasta las cejas en un montón de cables sueltos o a luchar con una tuerca que no quería girar. El capitán Frank nunca quería desprenderse de nada, y yo sabía que tampoco querría desprenderse de mí.

Me equivocaba.

Nos enteramos de que se había producido un naufragio. La Campana misión del amanecerse había estrellado en lo. La Shigenage Patay había aceptado el desastre con su exuberancia habitual y había anunciado que los restos de la nave pasaban al dominio público. El lugar de la catástrofe no tardaría en ser una especie de gran fiesta altaceana, y habría montones de personas deslizándose por entre la maquinaria destrozada y la confusión del cargamento. Era una buena ocasión de ver a los competidores y las viejas amistades y ponerse al día enterándose de las últimas noticias del hogar.

—Irr hoy—decidió el capitán Frank—. Sin parradas.

Nunca le había visto tan decidido e inflexible. Lo normal era que pudiese camelarle inventándome rumores sobre alguna ganga en Ucopia Plat y desviándole hacia algún otro sitio antes de que llegáramos allí. Había acabado comprendiendo que fuera cual fuese la idea que se le había metido dentro de aquella enorme cabezota, recorrer las órbitas de la basura siempre resultaría más cómodo que seguirle la corriente. No es que resultara más agradable, enténdeme..., sencillamente, daba menos trabajo.

—Eh, capitán, ¿por qué no nos quedamos aquí hasta la noche? Estoy segura de que he visto varias cosas que tenían muy buen aspecto, y creo que habrán llegado sobre la hora del té. Ya iremos a lo mañana, ¿le parece bien?

—Irr hoy —dijo.

Cruzó la cabina a toda velocidad en dirección a la zona de carga y me apresuré a apartarme. Cuando se ponía así el capitán Frank parecía una masa de energía y codicia puras envuelta en un inmenso abrigo peludo.

Le ayudé a trazar la ruta. Me di cuenta de que en cuanto hubiéramos llegado a lo podría alcanzar a la Trogon resplandeciente sin muchos problemas cuando entrara en el espacio de Júpiter, y si el capitán Frank se comportaba de la forma habitual sólo pensaría en echar mano a lo que hubiera quedado de la Campana misión del amanecer y podría darle esquinazo con mucha facilidad. Todo el mundo estaría allí. Hurgarían en el cascarón destrozado de la nave como buitres moviéndose entre las costillas de una ballena muerta; pegarían sus hocicos húmedos y calientes a los restos como si fueran un manjar exquisito y regatearían a voz en grito con esa especie de ladridos guturales suyos. Su pelaje no tardaría en quedar cubierto de cenizas y anticongelante, y en cuanto a los humanos... Bueno, se comportarían con su mezcla de estupidez y suspicacia habitual. Acabarían sentados formando un círculo alrededor del aireador y disfrutarían contándose historias de muertes y

catástrofes mientras presumían de sus hallazgos y de las gangas que habían conseguido.

—Capitán Frank... —murmuré—. Tengo que decirle una cosa.

El capitán Frank me contempló desde detrás de su mugriento flequillo. Ya tenía una cierta idea de cómo interpretar sus expresiones faciales, pero ésta era nueva.

—Querrerr quedarrte —dijo.

—Sí —dije yo.

—Parrarr aquí. Parrarr todo aquí.

—Exacto. Tengo otra oferta. Un hombre..., he conocido a un hombre y me hizo una oferta —dije—. No es que estuviera buscando otro trabajo, pero... —añadí para que no se enfadara.

La aclaración no pareció significar nada para él.

—Estoy segura de que no tardará en encontrar otro ayudante —seguí diciendo— Schiaparelli está lleno de gente que busca trabajo. A lo largo de Al-Kazara, en el Canal Índigo... Bueno. usted conoce esos sitios mucho mejor que yo.

Creo que se lo tomó como una especie de cumplido.

Alzó el trazador de rutas y se lo metió en el hocico.

—No —gruñó señalando el trazador con una mano—. Irr allí.

—No—dije—. No iré.

¿Y NO SE ENFADO?

Pues claro que se enfadó..., se enfadó tanto que tuve que renunciar a todo el sueldo atrasado que me debía. Cuando salí de la Vaya boca mi situación financiera era tan mala como cuando subí a bordo. Me había matado a trabajar durante cinco meses para nada. Cogí mis cosas, metí unos cuantos trastos encontrados en la basura que me gustaban dentro de mi mochila y cogí una lanzadera que iba a Selucia.

Y entonces ocurrió algo muy raro. El comunicador de la lanzadera me avisó de que alguien quería hablar conmigo y cuando fui a la pantalla.... bueno, era él.

TRICARICO PALINIDES.

No, Alice. Era el capitán Frank. Me había llamado para preguntarme no sé qué tontería sin importancia, algo de si había visto el escalpelo láser por algún sitio recientemente, y cuando me vio en la pantalla lo único que hizo fue farfullar algo ininteligible y mirarme fijamente. Me estuvo mirando sin abrir la boca durante mucho, mucho rato.

Me despedí, le dije que le echaría de menos y él se limitó a seguir contemplándome en silencio. Empecé a irritarme y de repente ya no estaba allí. Se había largado sin decir ni una palabra.

Es curioso, pero... Bueno, hasta entonces no me había dado cuenta de que lo entendía. Lo había hecho por mi.

YA LE HABIA DICHO QUE ERA UN BUEN HOMBRE.

Sí. Aunque me habría gustado que me pagara una parte de los sueldos atrasados. . .

Cuando te trasladas siempre pierdes algo.

—¿Qué está haciendo en mi nave?

Tabitha tenía el rostro lívido, y estaba muy asustada. Por lo que a ella concernía era de madrugada y el día había sido horrible. Un ataúd refrigerado con un alienígena muerto dentro no era lo que quería o esperaba encontrar a esas horas de la noche, y mucho menos escondido en su propia bodega.

Dos rostros pálidos, uno moreno y otro de un negro lustroso la contemplaban intentando atravesar la no muy limpia atmósfera con los ojos. El camarote de pasajeros estaba lleno de humo aromático. No faltaba nadie. Tabitha les había dado un buen susto entrando hecha una furia sin llamar a la puerta.

—Cristo Todopoderoso... No lo habrás abierto, ¿verdad?

Marco se levantó de un salto, estuvo a punto de aplastar a Tal y se abrió paso por entre los Gemelos para llegar hasta ella.

—Volví a cerrarlo en cuanto vi lo que había dentro. ¡Tendría que haberlo arrojado por la escotilla!

—Vamos, Tabitha, cálmate... ¡No te lo tomes así!

Los tres humanos habían estado sentados sobre el catre pasándose una pipa del uno al otro mientras examinaban un trozo de papel que parecía una especie de mapa y que se había esfumado una fracción de segundo después de que Tabitha entrara en el camarote. Los Gemelos se habían pegado el uno al otro después de que Marco pasara por entre ellos, y ahora se encontraban de pie sobre el catre intentando confundirse con la pared de la izquierda. Xtasca estaba al otro extremo del camarote montado en su platillo y había flotado hacia arriba en cuanto los Gemelos se pusieron en pie. Tal también había emprendido el vuelo y revoloteaba de un lado a otro como si estuviera muy alarmado.

—¡Marco. quiero una explicación!

Marco estaba nervioso, y parecía enfadado.

—¡Siéntate! ¡Siéntate! —gritó—. ¿Quieres hacer el maldito favor de sentarte?

Los Gemelos se pegaron un poquito más a la pared y le hicieron sitio.

—Siéntate, siéntate... —murmuraron con voces aterradas.

Uno de ellos seguía sosteniendo la pipa humeante en su mano. Tabitha no tenía ni idea de quién era.

—¡No quiero sentarme! —aulló—. ¡Quiero que me des una jodida explicación!

—Se sentirá mucho más receptiva si está cómoda, capitana—ronroneó Xtasca.

Tabitha amenazó a la criatura con un dedo.

—¿Vas a explicarme qué está ocurriendo? ¿No? ¡Pues entonces cállate y no metas las narices en esto !

Ignoró a los Gemelos y se volvió hacia Marco intentando fulminarle con la mirada.

Marco tenía la cabeza gacha, los puños muy apretados y los ojos a punto de salirse de las órbitas.

—¡No creo que sea como para ponerse así, Tabitha! —dijo—. ¿Quieres hacer el favor de sentarte y escuchar?

El Gemelo de la pipa extendió la mano hacia ella y se la ofreció. Tabitha alzó la cabeza y consiguió identificarle por los ojos. Era Saskia. Estaba tan irritada que la rechazó de un manotazo y casi hizo saltar la pipa de entre sus dedos.

—¡Te estoy escuchando, Marco!

Marco dejó escapar el aire de sus pulmones. Retrocedió unos centímetros. Echó la cabeza hacia atrás y se frotó una mano con los dedos de la otra deslizándolos sobre su enorme anillo.

—Es Héctor —dijo mirándola con cara de pocos amigos—. Y está muerto.

—Ya me he dado cuenta.

—¡Nunca volverá a caminar por la calle Lime! —gritó Tal con voz melancólica, y se posó sobre el hombro de Marco.

Marco volvió la cabeza hacia él y le ofreció el dedo índice curvado para que lo picoteara.

—Llevaba muy poco tiempo con nosotros —dijo.

Tabitha se volvió hacia Saskia. Su rostro se había convertido en una máscara inexpresiva e indescifrable, igual que el de su hermano.

Marco alzó la cabeza y la miró. ¿Qué era ese brillo en sus ojos? ¿Lágrimas?

—Le mataron —dijo.

Y pareció volverse todo solicitud de repente.

—Mira, Tabitha... Vamos, vamos, siéntate. Voy a contártelo todo, ¿de acuerdo? Te lo explicaré todo desde el principio hasta el final. No te quedes de pie delante de la puerta, ¿quieres? Estás fatal, te has llevado una sorpresa muy desagradable y lo entiendo, vamos, vamos, ponte cómoda... ¿Quieres un café? Deja que te traiga un café. Oh, sé muy bien lo que es sentirse así, te lo aseguro. Lo sé... Yo también me siento fatal. Es todo culpa mía. ¿Crees que no lo lamento? ¿No ves lo apenado que estoy?

Se pasó una mano por la cabellera. Tal giró lentamente la cabeza para seguir el gesto.

—Le habíamos metido en un congelador de Sueño Justo dijo Marco—. No lo sabían, claro... Jamás habrían aceptado a un trasque. —Dejó escapar una risita seca y llena de amargura—. Irónico, ¿verdad? Saskia, uno de vosotros..., traedle un café a la capitana.

Se volvió hacia los Gemelos y chasqueó los dedos. Tabitha se dio cuenta de que tanto Saskia como Mogul no apartaban la mirada de sus pechos, y tiró de la tela de su camisón intentando ocultarlos lo más posible.

Sus ojos fueron recorriendo lentamente al grupo que tenía delante. Marco estaba en el centro y había asumido el mando; Tal estaba encima de su hombro; los Gemelos se apelotonaban en el catre tan pegados el uno al otro como de costumbre y el Querubín flotaba en una esquina como si fuera un árbitro en un partido de pelota a cero g. Todos la miraban. Chispitas de luz casi imperceptibles giraban por el pálido vacío interminable del hiperespacio que se extendía al otro lado de la mirilla.

—Crees que soy increíblemente estúpida, ¿eh? —dijo Tabitha con la voz impregnada de veneno.

Marco se dejó caer en el sitio que le había ofrecido, rebotó sobre el catre, puso cara de impaciencia, movió el brazo como para indicar que no pensaba hacer caso de sus palabras y se miró los pies.

—Vamos, Mogul, cuéntaselo ordenó—. Puede que a ti si quiera escucharte.

—El cilindro... Fue lo que robamos en Plenty dijo el acróbata en voz muy baja mirándola por encima del hombro de su hermana.

—No estaba lleno de oro —dijo su hermana.

—Contiene el cadáver de nuestro compañero... dijo Mogul.

Los ojos de los Gemelos parecían agujeros, y sus bocas se habían curvado hacia abajo en una mueca de tristeza como si estuvieran recordando una gran desgracia. Bastaba con mirarles para darse cuenta de que estaban drogados hasta las cejas. Los Gemelos se dejaron caer sobre el catre detrás de Marco y cruzaron las piernas como si fueran una sola persona.

Tabitha se apoyó en el quicio de la puerta y clavó los ojos en Saskia.

—Vosotros... —dijo . ¿Trabajabais con un frasque?

—Héctor —dijo Saskia con voz átona.

—¿Y donde le conocisteis?

Saskia y Mogul se miraron a los ojos, pero no dijeron nada.

—En el Cinturón —se apresuró a responder Marco . Estaba sentado en una roca. Era un desertor y se estaba escondiendo. Ni tan siquiera sabía que la guerra había terminado. Dijo que quería formar parte del grupo, pero... Le mató.

—¿Le mató? ¿Quién?

Por un momento creyó que Marco diría que habían sido uno de los Gemelos.

—Un eladeldi. Ocurrió en Acme... Era la primera noche que actuaba con nosotros. —La voz de Marco se iba enronqueciendo a cada segundo que pasaba—. Salió de entre el público y le disparó. —Frunció el ceño y se mordió el labio inferior intentando contener la ira y la pena—. Le sacamos de allí y le llevamos a Plenty. Hannah se encargó de todo. Quizá... —dijo, y alzó la cabeza hacia Tabitha para lanzarle una mirada llena de tristeza—. Si se lo hubiéramos explicado quizá habrían podido salvarle.

—Como hicieron con Hannah —dijo Mogul.

—Ya era demasiado tarde —dijo Saskia.

Marco se sonó haciendo mucho ruido.

—Bueno, al final tuvimos que sacarle de allí —dijo—. Mogul tenía razón, ¿sabes'? —murmuró señalándole con la cabeza—. Se suponía que la cinta serviría para engañar a los sistemas de alarma, pero me temo que no salió bien. Maldita chatarra marciana... —añadió con amargura.

Tabitha cruzó los brazos delante del pecho y volvió la cabeza hacia el Querubín que lloraba en la esquina.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Estuviste allí?

El platillo del Querubín emitió un suave zumbido y giró hasta dejarle

—No tengo nada que añadir a lo que ya se ha dicho, capitana—murmuró. Tabitha volvió a clavar los ojos en el rostro de Saskia sintiéndose harta y deprimida. El viaje no paraba de empeorar.

—Bien, Saskia... ¿,Y qué está haciendo un frasque muerto en mi bodega? Marco alzó una mano y la dejó caer lentamente.

—Le llevamos a su hogar para que sea enterrado —replicó Saskia con cierta altanería.

—Tú le estás llevando allí para que sea enterrado, Tabitha —dijo Mogul.

—Su familia se encuentra en Titán —dijo Saskia.

—Te estamos muy agradecidos dijo su hermano.

—¿De veras? Entonces, ¿,por qué diablos no me habíais dicho nada? —gritó Tabitha.

—Tendríamos que habértelo contado —dijo Marco—. Sí, admito que deberíamos haberlo hecho. pero... No podíamos correr ese riesgo. Nadie quiere verse involucrado. Ya habíamos contratado los servicios de otro transportista antes de que aparecieras. Se enteraron de lo de Héctor y.... bueno, un minuto después de haberse enterado ya habían cancelado el contrato.

—Así que no hay oro —dijo Tabitha.

—Te traeré un café —dijo Saskia.

—No, iré yo —dijo Mogul.

Se miraron con irritación el uno al otro como si acabaran de recordar que los dos la deseaban y que eran rivales.

—Lo habrá —dijo Marco mientras Mogul salía del camarote con la agilidad de un gato frotándose contra el hombro y el costado de Tabitha al cruzar el umbral—. La familia de Héctor pagará lo que sea por recuperar a su hijo, Tabitha.

—Creía que los frasques no tenían nada con que pagar—replicó Tabitha.

Estaba tan harta de todo aquello... Lo único que quería era volver a la cama.

—Oh, aún les queda mucho dinero —le aseguró Marco, aunque ni tan siquiera él parecía muy convencido de lo que decía—. Los frasques tienen dinero esparcido por todo el sistema. Capella no consiguió quedarse con todo... —Se estiró moviéndose con mucha cautela para no molestar a Tabitha—. Se te pagará, capitana dijo con voz cantarina.

—¿Cuándo me pagarás, preguntan las campanas?—trinó Tal—. ¿Cuándo me pagarás, preguntan las campanas'?

—Capitana... —dijo una voz desde el pasillo—. Creo que debería echar un vistazo a esto.

Tabitha cerró los ojos y torció el gesto en una mueca de pura frustración y fatiga.

—¿A qué, Mogul? —preguntó sin volver la cabeza.

—No lo sé —dijo Mogul—. Creo que está ocurriendo algo.

Tabitha salió del camarote.

Mogul estaba inmóvil delante de una mirilla. Tabitha se puso detrás de él y miró hacia el exterior.

—Oh, Dios.

El tesseracto que se extendía al otro lado de la mirilla se estaba llenando de manchas ominosas, puntos de negrura aceitosa que moteaban la carencia de rasgos del hipermedio en el que se hallaban. Miraras donde miraras había puntos que se dividían y se hacían más grandes, se dividían y se hacían más grandes...

—¿Qué es eso? —preguntó Saskia colocándose a su espalda.

La primera idea que pasó por la cabeza de Tabitha fue que iban a enfrentarse con una tormenta de probabilidad como aquella en la que había quedado atrapada durante su séptimo u octavo viaje en solitario cuando conducía la vieja *Vassily-Svengaards* para la Kuhn Standard. El tiempo se había roto en pedazos y había bamboleado a la enorme nave como si fuera una colilla. arrojándola a un vórtice de alternativas que estuvieron apunto de hacerla añicos dimensión por dimensión. Nunca había pasado tanto miedo como en aquella ocasión.

—No estoy segura dijo.

Ya había echado a correr hacia la cabina.

—¡Alice! —gritó—. ¡Mantén el curso!

Olas de luz mortífera habían empezado a ondular al otro lado del parabrisas. El vacío que se extendía delante de ellos se estaba fracturando y se doblaba sobre sí mismo llenándose de burbujas que reventaban lentamente. El hiperespacio parecía haberse convertido en una lámina de celuloide recalentado. Todas las imágenes de las pantallas mostraban una doble exposición tan grande que apenas se distinguía nada. Los píxeles parpadeaban a toda velocidad sobrecargándose de información llegada del interior y manchaban las pantallas con el confeti luminoso procedente del universo real. La atmósfera de la cabina olía a ozono.

Aquello no era ninguna tormenta de probabilidad.

Tabitha cogió el auricular de un manotazo un segundo antes de que un capullo formado por hebras de fuego azul serpenteara alrededor del casco de *la Alice Liddell* curvándose sobre los recubrimientos de cobre. Todos los altavoces de a bordo vibraban con el aullido de la sobrecarga estática. Tabitha se metió en la red, activó los estabilizadores y pidió una lectura de situación general.

Ignoró los trinos histéricos que Tal estaba emitiendo junto a su oreja y la silenciosa presencia de Xtasca flotando a su lado. La luz metálica de las fuerzas que se enfrentaban fuera de la nave creaba arcos iris que corretea—

ban sobre su traje.

—¡Alice! —gritó—. ¿Qué está ocurriendo?

—ALGO ESTA TIRANDO DE MÍ —dijo la personalidad de la nave sin perder la calma.

—¡Eso es imposible!

Pero no lo era. Una fuerza desconocida estaba arrastrando a *la Alice* con la clara intención de devolverla al espacio normal.

La nave no tenía intención de rendirse sin ofrecer resistencia. Las soldaduras crujían y los remaches bailoteaban en sus agujeros. *La Alice Liddell* era una nave pequeña pero robusta, y estaba luchando con todas las energías encerradas en su achaparrada estructura. Pero esta vez no iban a ser suficientes para sacarla de apuros.

Los dedos de Tabitha volaron sobre la consola buscando una salida o un vector que pudiera alejarles de allí. Los perfiles de huida empezaron a cristalizarse uno por uno en la pantalla..., y se fueron derritiendo segundos después. Lo que estaba desgarrando las dimensiones por debajo de ellos no era la gravedad, la ley de conservación de la materia o un simple fallo en los sistemas de a bordo. Por increíble que pudiera parecer, una fuerza desconocida estaba forcejeando con el impulsor capellano y llevaba las de ganar. El impulsor se estaba desconectando en obediencia a una orden que llegaba desde algún lugar situado fuera de la nave. Tabitha no podía hacer nada para impedirlo, y ni tan siquiera podía retrasar su caída.

—¡Que todo el mundo salga de la cubierta de vuelo! —gritó—. ¡Vamos a cruzar la frontera!

El grupo de artistas se dispersó en busca de la escasa seguridad que se podía encontrar en aquella situación y el maelstrom del exterior se calmó de repente convirtiéndose en un remolino color morado de energías antinaturales que abrió sus fauces y les engulló.

Un instante después estaban al otro lado. Los motores de *la Alice* tosieron y gimieron acusando el repentino regreso de la gravedad normal.

Las pantallas quedaron vacías durante un segundo y se fueron encendiendo una a una con un fugaz parpadeo luminoso. Las estrellas, el sol... La negrura del espacio sistémico normal había vuelto a rodearles.

Y allí estaba la gigantesca nave pirata de color verde con su rayo tractor extendiéndose hacia ellos y su red paralizadora desplegada al máximo para recibirles.

—¿Piratas?

—Tienen que serlo—gruñó Tabitha.

Estaba librando un complejo combate de esgrima con el rayo tractor. Los motores de *la Alice Liddell* no habían sido diseñados para aquella clase de maniobras evasivas tan sutiles y delicadas. Tabitha estaba haciendo un buen trabajo pero el desenlace sólo era cuestión de tiempo.

—¿No es la policía? ¿Estás segura de que no es la policía? —murmuró Marco desde encima de su hombro.

—No es la policía —dijo Tabitha.

—Pero... ¿Estás segura de que son piratas? Quiero decir... ¿Llevan una bandera con una calavera?

—¿Qué? chilló Tabitha—. ¡Sal de la cubierta de vuelo. Marco!

Marco corrió hacia la rampa que llevaba a la bodega y Tal le siguió a toda velocidad lanzando graznidos de terror.

Saskia y Mogul no se movieron. Se habían acurrucado en la red del copiloto y se encontraban tan seguros allí como en cualquier otro sitio.

Xtasca también estaba allí. El Querubín colgaba de la suspensión de la red como si fuera un gigantesco grumo negro. Una rápida sucesión de destellos anaranjados bailoteó sobre su cuerpo.

—Armas de energía pulsante —observó—. Nos quieren vivos.

—Estupendo.

Tabitha intentaba no perder el control de la nave. La atmósfera de la cabina estaba terriblemente recalentada. Alzó una mano y se limpió el sudor de la frente.

—Sal de aquí —dijo lanzando una rápida mirada de soslayo al Querubín.

La criatura no le hizo caso.

Los Gemelos se habían pegado el uno al otro y clavaban los ojos en el parabrisas y en lo que tenían delante con tanta fijeza que parecían un par de gatitos asustados.

—Oh. Xtasca... —gimieron, y alzaron las manos hacia el Querubín.

—Aún no han conseguido fijar nuestras coordenadas —dijo la criatura.

Parecía tan tranquila y despreocupada como si estuviera comentando un acontecimiento deportivo.

Tabitha inclinó la aleta de estribor. Otro haz de luz anaranjada pasó por encima de la nave.

—No pueden fiarse de sus controles —añadió Xtasca.

Tenía razón, naturalmente. No puedes remolcar un objeto con la masa de *la Alice* haciéndolo salir del hiperespacio por la fuerza sin provocar una serie de sacudidas y vibraciones de considerable intensidad.

—Ahora podríamos replicar —dijo Xtasca.

El comentario logró sacar de quicio a Tabitha.

—¡Xtasca, sal de aquí ahora mismo! —gritó.

—No hay ningún peligro específico —dijo Xtasca.

—¡Me estás estorbando!

El Querubín giró sobre sí mismo y la miró. Tabitha tenía que concentrar toda su atención en los controles, pero aun así la mirada llameante que captó por el rabillo de un ojo consiguió inquietarla y ponerla todavía más nerviosa de lo que ya estaba.

—Podría encargarme de desplegar las defensas por ti —anunció fríamente la criatura.

—¡No tenemos ninguna clase de defensas! —aulló Tabitha.

El rayo tractor rozó la parte central de la nave y Tabitha puso la marcha atrás. A plena potencia, *la Alice* intentó retroceder luchando con su propia inercia, los motores emitieron un estridente gemido de protesta.

Tabitha siguió dando el máximo de energía a las toberas y logró no perder el control de la nave. Se arriesgó a volver la cabeza unos centímetros y vio que el Querubín había salido de la cabina. Uno de los Gemelos la estaba contemplando con expresión abatida.

La nave de los piratas les persiguió inundando el vacío con chorros de radiación electromagnética. Sus armas ya habían disparado energía más que suficiente para desintegrar a *la Alice Liddell* y esparcir sus átomos desde allí hasta Saturno.

La inmensa nave verde apareció con toda claridad durante un momento en las pantallas. Estaba tan cerca que podían ver las siluetas de los tripulantes que gesticulaban en el puente. Era una Lesondak Anaconda, o lo había sido antes de que los piratas hubieran llevado a cabo una considerable cantidad de remodelaciones. Medía seiscientos metros de longitud y doscientos treinta de anchura, y su característico perfil pretencioso seguía siendo discernible bajo

los enormes receptáculos de iones que le habían incrustado a cada lado. La falda de redes paralizadoras que colgaba por debajo de ella, las piezas de artillería que asomaban por todas partes y la aparatosa extensión colocada en la proa. No había ninguna bandera pirata visible, pero habían llegado al extremo de incrustarle un mascarón, la estatua de una nubia con los pechos desnudos y una sonrisa salaz en los labios. El nombre de la nave era *Horrible verdad*.

Los cañones de energía pulsante volvieron a palpitar en silencio. El chorro de radiaciones que emitieron hizo que *la Alice* se desviara quince grados a estribor. Los trastos y objetos sueltos esparcidos por la cubierta de vuelo se movieron de un lado a otro, y algunos cayeron por la rampa. Todas las luces de la consola se volvieron de color rojo. Hilillos de humo empezaron a brotar de las rendijas que había entre las teclas.

—¡Nos han dado! —gritó Mogul.

—No ha sido más que un impacto de refilón —dijo Tabitha. Conectó los sistemas de emergencia. Dos luces se encendieron en la consola—. Vamos, vamos...

—¿Por qué no usas los torpedos? —preguntó Saskia.

—¡Porque no tenemos torpedos ! —aulló Tabitha—. ¡*La Alice* es una barcaza!

Saskia sacó medio cuerpo de la red del copiloto, se inclinó hasta casi rozar a Tabitha y señaló frenéticamente hacia adelante. En la consola había una tecla que no estaba allí antes, y encima de la tecla había una etiqueta en la que estaba escrita la palabra TORPEDOS.

Tabitha clavó los ojos en la tecla.

—No puedo creerlo —dijo.

Se volvió hacia Saskia y Mogul Y les fulminó con la mirada. Los Gemelos volvían a estar acurrucados en su red como si creyeran que el encogerse sobre sí mismos hasta ofrecer el blanco más pequeño posible bastaría para evitar que sufrieran ningún daño.

—¿Quién ha puesto eso ahí? ¿Habéis sido vosotros? —preguntó con voz acusadora.

—¡No!

Dos rostros uno al lado del otro, dos pares de ojos desorbitados que brillaban en la penumbra teñida de explosiones carmesíes. Tabitha pensó que parecían dos lemures sorprendidos por el haz luminoso de una linterna.

Las pantallas mostraban que *la Horrible verdad* se estaba acercando muy deprisa. Vista por el parabrisas parecía el lóbulo de un gigantesco cactus, y sus amenazadores pinchos metálicos brillaban reflejando la luz de los soles.

Tabitha recorrió el tablero con la mirada.

—¿Cómo se apuntan hacia el blanco?

Los Gemelos emergieron de la red.

—Traeremos a Xtasca.

Tabitha se pasó una mano por la cara.

—¿Alice?

—¿Sí, CAPITANA?

Acarició la etiqueta con la yema de un dedo. TORPEDOS. Sí, era real y estaba allí...

—¿Sabes algo de esto?

—¿DESEA UNA LISTA COMPLETA DE LAS PARTICULARIDADES TÉCNICAS?

—¿Qué de hacer para utilizar esos malditos trastos?

Un delgado tentáculo plateado se deslizó junto a su cuello. Xtasca acababa de llegar, se había agarrado a la red de Tabitha y estaba extendiendo su cola. Tabitha vio cómo oscilaba de un lado a otro y acababa hundiéndose en el orificio de una toma. Una hilera de luces de color rosa pasó al ámbar. Un monitor bajó del techo con un suave zumbido y mostró un conjunto de círculos concéntricos. La silueta grisácea de la *Horrible* verdad asomaba por detrás de ellos.

—LE CEDO EL CONTROL, CAPITANA.

El blanco de la pantalla se estaba empequeñeciendo. La *Horrible* verdad había empezado a virar hacia ellos reduciendo el tamaño de su perfil como si su piloto fuera consciente de lo que estaba ocurriendo.

Tabitha reaccionó. Hizo avanzar a *la Alice* inclinando el morro hasta que se encontraron debajo del vientre de la gigantesca nave verde. La lente del proyector que emitía el haz de tracción brillaba suavemente sobre el casco de *la Alice*, y las redes que colgaban del vientre metálico oscilaban lentamente de un lado a otro.

—Ahora—le aconsejó el Querubín.

—¡Ahora! —gritaron los Gemelos.

Tabitha pulsó la tecla con un dedo.

Una nube azul de propelente empezó a extenderse por debajo de la proa y se cristalizó al instante.

Una lanza de llamas atravesó la oscuridad.

La onda expansiva hizo temblar a *la Alice*.

El proyectil parecía una cabeza de alfiler al rojo blanco que se deslizaba sobre el terciopelo negro del espacio. La trayectoria fue curvándose delicadamente por debajo de la sombra que proyectaba la *Horrible* verdad.

Hubo un destello seguido por una flor de fuego amarillo que fue extendiendo sus pétalos en el silencio más absoluto.

Las pantallas mostraron el agujero que acababa de aparecer en las redes suspendidas debajo de la *Horrible* verdad.

Los gritos de júbilo fueron ensordecedores. Los Gemelos la abrazaron, lanzaron vítores y aclamaron a Xtasca.

Tabitha apretó las mandíbulas. Estaba intentando decidir dónde lanzaría el siguiente torpedo.

La Alice Liddell aún no había logrado superar del todo los efectos del retroceso que la impulsaba hacia atrás. La imagen de la *Horrible verdad* había desaparecido de todos los monitores, y la cámara del sistema de puntería estaba intentando localizarla.

—¡ Ahí están !

Tabitha pulsó dos veces la tecla de los retrocohetes e inició una curva que llevaría a la nave hacia la diminuta hoja verde. La nave pirata se inmovilizó en el centro de los círculos de mira como si hubiera sido construida con el único y exclusivo fin de estar allí.

Tabitha pulsó la tecla. El destello del torpedo al ser expulsado iluminó la cabina.

Todo el mundo lanzó un alarido de alegría.

—¡Creí haberte oído decir que esta bañera no estaba armada! —gritó Marco.

Acababa de entrar en la cabina. Tal revoloteaba por encima de su cabeza.

—Y no lo estaba —replicó Tabitha.

Un resplandor violeta inundó la pantalla indicando el lugar donde había hecho impacto el segundo torpedo. Tabitha no logró ver qué daños había causado. La *Horrible verdad* seguía inmóvil en el centro de los círculos de mira.

Los Gemelos se lanzaron sobre la tecla.

—¡Déjame disparar!

—¡Déjame disparar!

Tabitha Se Vio envuelta en un remolino de brazos y codos que la empujaban.

—¡Eh! —gritó— ¡No toquéis los controles...!

El tentáculo plateado, volvió a deslizarse sobre su hombro, la golpeó en la mejilla y se lanzó en picado hacia la consola.

Xtasca había tomado la iniciativa.

Tabitha examinó las pantallas y alzó la cabeza hacia el parabrisas mientras mascullaba maldiciones ahogadas.

No ocurrió nada.

Tabitha logro apartarles de la consola y pulsó la tecla. Y volvió a pulsarla.

Nada.

Fuera cual fuese el lugar— perdido en las relocalaciones aleatorias provocadas por el cambio hiperespacial del que habían surgido los torpedos. Sólo había dos. Los dos proyectiles habían sido disparados y ahora sólo quedaban una tecla y su etiqueta: y el monitor del sistema de puntería con la

rechoncha silueta cruzada de pinchos de su enemigo haciéndose más y más grande a cada segundo que pasaba...

—Oh, Dios mío...

El arma de energía pulsante de la Anaconda volvió a escupir un chorro de radiaciones. y el relámpago blanco envolvió el casco de *la Alice Liddell*.

38

Oscuridad.

Oscuridad fuera y oscuridad dentro.

No había ni una chispa de energía, y no quedaba ni una sola luz encendida a bordo de *la Alice Liddell*. No las había en la cabina, donde el siempre abigarrado y alegre conjunto de diales de colores, lecturas, indicadores y diodos no podía estar más fúnebre y apagado. No las había en la bodega, donde el equipaje de Contrabando seguía en su sitio COII la estólida y tranquila inmovilidad propia de los objetos inanimados. No las había en la cocina, donde la nevera emitió un zumbido estridente y dejó de funcionar. No las había en los motores, que chisporrotearon y lograron lanzar una última hilacha de plasma invisible y empezando a enfriarse rápidamente rindiéndose a la gélida oscuridad.

Los sistemas de emergencia no funcionaban. Los fusibles y relés de seguridad habían fallado. Las unidades de carga de la bodega estaban atrapadas dentro de sus madrigueras, y su inmovilidad no tenía nada que envidiar a la del frasco congelado en el interior de su cilindro-ataúd. Los extensores se enroscaban sobre ellas como serpientes de acero fulminadas por una fuerza invisible. Todos los sensores y pantallas esparcidos por el casco se habían quedado ciegos. Los pulmones automáticos que reciclaban y hacían circular la atmósfera de *la Alice* soltaron un jadeo asmático y se sumieron en el silencio más absoluto.

El tiempo se estaba agotando.

La única fuente de luz existente en la negrura de la cabina era el resplandor rojizo que brotaba de los ojos de Xtasca, el Querubín. Tabitha estaba pulsando las teclas a toda velocidad y accionaba los interruptores hacia atrás y hacia adelante. Nada. Alzó los ojos hacia Xtasca y le lanzó una mirada tan acusatoria como si todo aquello fuera culpa suya. Si la falta de energía se prolongaba no tardarían en ser atraídos hacia las redes paralizadoras de la terrible verdad, y cuando estuvieran dentro de ellas los piratas se ocuparían de que la nave no volviera a funcionar jamás.

—¡Xtasca! —suplicaron los Gemelos.

La repentina oscuridad había dejado bastante confuso a Tal, y el loro revoloteaba de un lado a otro chocando con las pantallas de los monitores.

—Aquí, Tal —murmuró Marco.

Su tono de abatimiento parecía indicar que por fin había admitido la derrota.

Tabitha se derrumbó sobre la consola. Había exprimido al máximo los recursos y el aguante de *la Alice* para huir de la policía..., y sólo había conseguido acabar cayendo en manos de los piratas. Al final su cabina se había convertido en un torbellino de confusión e interferencias, pero por lo menos le quedaba el consuelo de que había hecho cuanto pudo.

Tabitha sintió las flacas manos de los Gemelos deslizándose por entre los cables de su red, acariciándola e intentando consolarla con suaves palmaditas.

—Tabitha...

—Tabitha...

—¿Quiénes son?

—¿Adónde nos llevarán?

Tabitha los apartó de un manotazo.

—¿Alice? —Pulsó la tecla del vox—. Alice, ¿puedes oírme?

No obtuvo contestación. El único sonido audible en la cabina era la voz de Marco maldiciendo incansablemente para sí mismo.

Se preguntó qué opciones tenía.

Se preguntó si tenía alguna opción.

Se preguntó si iba a morir.

Los haces luminosos de una batería de reflectores cayeron sobre la cabina y la deslumbraron. Sus captosres estaban examinando la presa.

Los Gemelos habían decidido volver a apelar al Querubín.

—Xtasca, ¿no puedes...?

—Xtasca, seguramente tú...

Pero el Querubín había desaparecido.

Tabitha alzó la cabeza y lo vio deslizarse hacia la escotilla delantera de estribor remolcando su platillo mientras se subía apresuradamente la capucha.

—¿Xtasca? —gritaron.

La única respuesta fue el sonido de la puerta interior al cerrarse y el silbido de un chorro de aire perdiéndose en el vacío en cuanto Xtasca abrió la puerta exterior.

—¿Adónde va? —preguntó Tabitha.

Ni tan siquiera los Gemelos parecían saberlo.

La nave pirata se encontraba delante de ellos, una inmensa silueta simétrica que obstruía la luz de las estrellas. El proyector del haz de tracción emitió un suave resplandor plateado y algo insustancial chocó con el casco de *la Alice Liddell* haciéndolo vibrar.

—¡Uf! —gritó Marco y se agarró a un aro al sentir que la cubierta se inclinaba debajo de él. Tal y unos cuantos trastos volaron por los aires—. ¿Qué está pasando?

Tabitha golpeó la consola con las dos manos.

—Estamos muertos —anunció—. Y Xtasca se ha largado y nos ha abandonado.

La reluciente silueta negra del Querubín cruzó a toda velocidad el vacío que separaba a las dos naves y desapareció.

—La pequeña Xtasca se ha ido —comentó Saskia.

Tabitha se volvió hacia ella. La áspera claridad de los reflectores convertía el flaco rostro de la acróbata en una máscara de abatimiento, como si estuviera acusando los efectos de alguna ofensa, algún daño o...

O de la traición.

Y de repente Tabitha lo entendió todo.

La nave volvió a oscilar. Un instante después el proyector les apartó de su trayectoria anterior, y todos captaron la sensación de un movimiento lento pero continuado.

—Nos están remolcando hacia alguna parte, ¿verdad? —preguntó Marco.

—Van a meternos dentro de su nave —replicó Tabitha.

Los objetos empezaron a deslizarse hacia la parte trasera de la cabina. *La Alice* estaba sucumbiendo a la presa del haz de tracción.

Podían ponerse los trajes y abandonar la nave, aunque eso no les serviría de mucho. El ordenador no funcionaba, y sin él Tabitha no tenía ni la más mínima idea de dónde estaban. Su traje contaba con una baliza y probablemente los del grupo también, pero quizá no hubiera nadie en gigametros a la redonda. Y los piratas les atraparían en cuestión de minutos, y en cuanto les hubieran atrapado...

Pero siempre les quedaba el recurso de ponerse los trajes y abandonar la nave.

Quizá era lo que Xtasca había hecho. Quizá se había limitado a adelantarse a su orden, tal y como solía hacer..., pero Tabitha no lo creía.

Todos los altavoces de la cabina cobraron vida de repente, y el chorro de estática que emitieron hizo que Tal lanzara un graznido de sorpresa y alarma.

—¡Ah de *la Alice Liddell!* ¡Saludos, capitana Jute! ¿Qué tal anda todo el mundo hoy?

—¿Cómo han conseguido hacer eso? —preguntó Marco extendiendo una mano para que Tal se posara en ella.

Tabitha no lo sabía, y no tenía muchas ganas de averiguarlo.

—Supongo que tienen algunos amigos muy inteligentes —dijo.

—Un truco muy astuto, capitana Jute —siguió diciendo la voz—. Ahí va nuestra réplica.

La presión de la cabina subió bruscamente.

Tal lanzó un graznido estridente y se desplomó. El loro quedó tumbado de espaldas sobre la pared y movió frenéticamente las patas intentando librarse del enemigo invisible que aplastaba implacablemente su diminuto torso. Las redes habían dejado de funcionar y no podían protegerles. Tabitha tuvo la sensación de que sus entrañas intentaban confundirse con su esqueleto.

—¡Basta ya, cabrones! —gritó Marco.

Pero la presión ya estaba empezando a descender.

—¿Tiene algún otro truco escondido en la manga, capitana?

—¡Danos una oportunidad, comemierda! —aulló Marco mientras alargaba su mano hacia el loro.

—Debo interpretar eso como un no? —preguntó la voz, y guardó silencio durante unos momentos—. De acuerdo dijo—. ahora quédense quietecitos y no toquen nada. No tardaremos en vernos las caras —añadió con l-inouida jovialidad.

La *Alice Liddell* había quedado atrapada por el rayo tractor y estaba siendo inexorablemente atraída hacia la *Horrible verdad* y sus redes paralizadoras. La parte inferior de aquella repugnante depredadora de los caminos espaciales fue aumentando de tamaño hasta que pudieron distinguir una burbuja de observación y las diminutas figuras de los tripulantes que había dentro de ella.

—¡Puedes verlo? —preguntó Tabitha.

—¿El qué? —replicó Mogul.

—¿Ves al Querubín? —preguntó.

Salió del flácido amasijo en que se había convertido su red y bajó cautelosamente por la rampa —la nueva gravedad hacía que resultara realmente muy empinada—, yendo hacia el armario donde estaban guardados los trajes.

Marco no entendía nada.

—¿Son Serafines? —pregunto . ¿Crees que es una nave de los Serafines?

—No. —Su traje con umbilical seguía en el camarote, allí donde lo había dejado. Tabitha quería el traje para caminar por el casco y hurgó en el armario hasta encontrarlo—. Los Serafines preferirían la muerte antes que dejarse ver viajando en semejante montón de chatarra... Poneos los trajes.

—¿Dónde ha ido Xtasca? —preguntó Saskia volviéndose hacia su hermano.

—¿Adónde crees tú que ha ido? —replicó secamente Tabitha mientras se metía en el traje.

—¡Tabitha!

Estaban perplejos y parecían ofendidos.

—¡Tabitha, intentó salvarnos!

—¡Instaló los torpedos para que los usaras!

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que no los averió deliberadamente?

—Eh, vamos, Tabitha. No estarás pensando que...

— Hasta que punto le conocéis'? ¿Hasta que punto se puede saber lo que pasa por la cabeza de uno de esos renacuajos de alta tecnología que...? — Aseguró el cierre del cuello y alar ó una mano hacia el casco—. ¿Quién más posee la tecnología necesaria para capturar una nave en pleno salto sacándola del hiperespacio?

Ninguno de los tres tenía respuesta para eso.

—Poneos los jodidos trajes.

Marco y los Gemelos desfilaron junto a ella en dirección a la bodega.

La verdad es que Tabitha Jute sabía tan poco sobre los Querubines como cualquiera de los presentes en esa cabina, y sus conocimientos eran inferiores a los de la mayoría de seres humanos: pero estaba enfadada, tenía miedo y llevaba mucho tiempo sin dormir, y aquella era una forma tan buena como cualquier otra de descargar el resentimiento y la desconfianza que había ido acumulando dentro de ella.

Tabitha fue hacia la compuerta delantera de la bodega. Era muy consciente de la gigantesca masa verde que ocupaba todo el parabrisas a su espalda...

—Supongo que no tendréis ningún arma oculta a bordo. ¿verdad? — preguntó mientras contemplaba con expresión malhumorada el desorden de la bodega—. Dejando aparte a ese alienígena muerto. claro...

—Oh —exclamó Mogul—. En cuanto a eso...

Retorcó la mano en el aire y Tabitha vio aparecer algo en ella, un objeto que reflejó la luz que entraba por el parabrisas. Era una pistolita de metal azulado.

—A poca distancia esto puede abrirlos igual que si fuesen flores —comentó jovialmente Mogul.

Tabitha extendió la mano.

Mogul la contempló con expresión meditabunda.

—Creo que prefiero guardarla yo —dijo por fin.

Tabitha volvió a la cabina para coger su bolsa de viaje.

La *Horrible verdad* se cernía sobre ellos como si fuera un inmenso planeta verde. Estaba tan cerca que ya no se encontraba encima sino debajo, y *la Alice Liddell* se precipitaba rápidamente hacia sus redes.

Una tracería de metal verde oscuro ocupaba todo el campo visual. La escala había desaparecido, y no existía forma alguna de saber a qué distancia se encontraba. La nave se había convertido en una extensión de terreno, un paisaje tachonado de luces. La burbuja de observación parecía la cúpula de una ciudad que subía hacia ellos para recibirles y creaba la ilusión de que se disponían a posarse en un planeta. Luces más pequeñas, ranuras de armamento y mirillas..., podrían haber sido las luces de edificios aislados y de las granjas esparcidas por las afueras. El diminuto círculo plateado era el proyector del haz de tracción que tiraba de ellos llevándolos hacia la muerte.

Todo tenía la apariencia tranquila y hermosa de un lago de aguas plácidas iluminado por la luna.

Los bordes de las redes paralizadoras se alzaron a su alrededor extendiéndose hacia la nave como telarañas ansiosas de atrapar una mosca. Tabitha podía ver el metal calcinado y retorcido de los lugares donde habían hecho impacto sus torpedos. El daño era insignificante. Bastaba con fijarse un poco para ver partes de la nave ennegrecidas, remendadas o llenas de agujeros que dejaban escapar fluidos.

Las redes paralizadoras ya estaban envolviéndoles y se desplegaban alrededor de *la Alice*.

—Bueno, ya habéis llegado —tronó la voz de la *Horrible verdad* como si intentara tranquilizarles—. No os...

Hubo un destello cegador, como si toda la nave pirata hubiera sido invadida por una bola de relámpagos. El destello se esfumó y todas las luces se apagaron.

El paisaje ilusorio se desvaneció. Debajo de la cabeza de Tabitha ya no había nada, sólo negrura. La oscuridad se había adueñado de la burbuja de observación. Los emplazamientos artilleros, las mirillas, el proyector del haz de tracción..., todo había quedado a oscuras de repente.

Tabitha sintió que la *Alice Liddell* temblaba debajo de sus pies adaptándose a la brusca variación gravitatoria. La pequeña Kobold estaba intentando trazar una órbita alrededor de la gigantesca nave pirata.

Tabitha corrió hacia la consola. Una voz mucho más débil y distante que él anterior brotó de la rejilla de su terrena

—Que durmáis bien —murmuró.

Era la voz de Xtasca.

39

BITACORA BGKO09059

TXJ . STD

IMPRIMIR

~*f(}rn.9aÑXO:~CEfi00000000000txj0!Hram~A~ /6fl ! —— *./€

]222m

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 09.07.07

ADELANTE

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA.

¿Qué están haciendo ahora?

SIGUEN ENSAYANDO. ¿QUIERE ESCUCHARLES?

No, gracias.

Oye, los Gemelos... ¿Te siguen recordando a Tricarico Palinides?

CAPITANA, NO LLEGUÉ A CONOCERLE.

Tricarico fue quien me habló por primera vez de la *Leonor Casares*. Me parece que entonces no le creí..., no, no le creí.

YO TAMPOCO CREIA QUE EXISTIERA HASTA QUE NOS ENCONTRAMOS CON ELLA.

¿Te acuerdas de eso?

OH, SÍ.

Habíamos salido de Autonomía con un cargamento de cristales cero g para el hospital veterinario de Dione. Habían pasado seis días desde que saltamos, y de repente me dijiste que teníamos un naufragio en pantalla.

¡Y USTED DIJO QUE ESO ERA IMPOSIBLE!

Y sigo diciéndolo.

YA... SUPONGO QUE PORQUE NO CONSIDERA QUE LA *LEONOR CASARES* SEA UN PECIO A LA DERIVA, ¿VERDAD?

Bueno..., no lo es. Sigue en tránsito.

LLEVA CUARENTA AÑOS EN TRANSITO.

El nombre de la nave era *Leonor Casares* y había salido de Luna. Tibor Lapham viajaría en ella hasta los terrenos que la familia había reclamado para sus operaciones en Ganímedes. Antes de subir a la lanzadera en Serenidad Tibor comió un plato de tortitas con bacon y jarabe de arce, y se bebió un tubo de café. Echó un vistazo a las pantallas financieras y solicitó una conferencia vía satélite con Sri Lanka para hablar con su encargada de relaciones públicas. Las condiciones locales eran bastante malas. No había forma de conseguir imagen. Tibor le tomó el pelo diciendo que tenía un aspecto terrible. Le dio unas cuantas instrucciones, y le recordó que uno de los gerentes cumpliría años dentro de poco. Después cogió la lanzadera y fue a contemplar el rostro del padre de los dioses. Tibor Lapham jamás completó su misión. Algo fue terriblemente mal.

QUÉ ELOCUENTE, CAPITANA.

Oh, lo he leído. Es un pasaje de un libro que he encontrado por ahí... Pero resulta fascinante, ¿no te parece?

¿Y CUAL ES SU TEORIA? SUPONGO QUE DEBE TENER UNA TEORIA, ¿NO?

No consigo decidirme por ninguna. Todas me parecen igual de buenas... Veamos, la primera es que hubo un motín y que Tibor murió en él. La número dos es que se rebeló contra la empresa familiar y que intentó largarse con la nave. La número tres..., se peleó con el capitán por una mujer. Según la cuarta teoría el capitán cometió un error de cálculo al trazar la ruta y se metieron en un continuo de Moebius. Cinco, Tibor sufrió un desengaño amoroso e intentó

suicidarse. Seis, pasó demasiado cerca de un esfínter astral que nadie había detectado antes y quiso atravesarlo. ¿Qué

otras teorías hay? Oh, sí... La nave chocó con un arrecife temporal y no volverá a emerger hasta el siglo treinta.

Todas las teorías acaban volviendo a Tibor, el joven héroe condenado a sufrir un destino horrible. . . En cuanto al capitán de la *Leonor Casares*, le han olvidado por completo. Nadie se acuerda ni de cómo se llamaba.

¿SU NOMBRE NO FIGURA EN ESE LIBRO?

Sí, supongo que debe estar en alguna parte... Algunas personas dijeron que había dado la orden equivocada y que la nave acabó implicada en una paradoja.

PUES YO CREÍ QUE ESTABA ABANDONADA Y QUE IBA A LA DERIVA. TENIA TODO EL ASPECTO DE ESTAR ABANDONADA Y DE IR A LA DERIVA.

Seis días en el hiperespacio y de repente me dices que hay un pecio a 310 grados delante de nosotros...

LA MASA DE UNA NAVE PERO NINGUNA LECTURA ENERGÉTICA, Y TAMPOCO HABÍA PAUTA CALÓRICA.

Te dije que no era más que una alucinación. Una interferencia de partículas..., algo en el espacio real que proyectaba una sombra hipercúbica.

RECUERDO QUE SE ASUSTÓ BASTANTE.

No me asusté.

OH, SÍ QUE SE ASUSTÓ.

¿Cómo demonios sabes que me asusté?

PORQUE LA CONOZCO BIEN, CAPITANA JUTE. ¿PENSÓ QUE IBAMOS A CHOCAR CON ELLA?

O que ella iba a chocar con nosotros. Parecía bastante probable, ¿no? Bueno, aparte de eso, el que tú creyeras que había algo ahí fuera no me hacía ninguna gracia. O no había nada —lo cual quería decir que no funcionabas bien y que yo estaba metida en un lío bastante serio—, o sí lo había..., y eso quería decir que la avería estaba en el universo y que me había metido en un lío mucho peor. Lo único que no se me pasó por la cabeza fue que pudiera tratarse de la *Leonor Casares*. No había creído ni una palabra de lo que me contó Tricarico, y no había creído ni una palabra de esos ridículos audiovisuales sobre la leyenda. Supongo que si me lo hubieras preguntado ni tan siquiera habría podido decirte cuál era el nombre de esa nave...

Y entonces la vi.

Sabía que es imposible encontrarse con otra nave en el hiperespacio. Se supone que es imposible, ¿verdad? Pero la nave aparecía en todas las pantallas, y yo la estaba viendo.

No estaba allí y de repente sí estaba. Surgió de la nada como si alguien hubiera abierto un agujero en una sábana y la hubiese empujado a través de él. Me pareció que había algo extraño en su forma, y me pregunté si habría

sufrido alguna clase de accidente dimensional. Quizá se había traducido mal a sí misma y había emergido donde no debía. Un instante después me di cuenta de que era una Freimacher Mensajera, uno de esos primeros modelos realmente antiguos de cuando les instalaban motores químicos para utilizar en caso de emergencia... Aquella nave era muy vieja, y eso me asustó todavía más que el verla aparecer de la nada. "¿Qué estaba haciendo esa antigualla en el hiperespacio?"

NO HABÍA EMISIONES. TRANSMITÍ NUESTRA SEÑAL DE IDENTIFICACIÓN EN TODAS LAS FRECUENCIAS QUE PODIA ABARCAR, Y NO OBTUVE NINGUNA RESPUESTA.

Quería salir a echar un vistazo, pero no me atrevía.

AHORA YA NO SE ASUSTA TAN FACILMENTE, CAPITANA.

Oh, sigo siendo muy fácil de asustar, Alice, pero ahora no me queda más remedio que salir. No los aguanto. Tengo que escoger entre salir o quedarme dentro y acabar tan loca como ellos. Me encantaría verla aparecer ahora... Eso sí que les daría un buen susto. No, pensándolo bien será mejor que no aparezca... Marco intentaría convencerme de que debíamos remolcarla hasta Titán para vendérsela a una feria o un circo.

¿Fuiste tú quien vio el nombre o fui yo?

FUI YO. Y USTED DIJO QUE NUNCA HABIA OIDO HABLAR DE ELLA.

Eché un vistazo a todos los registros y bancos de datos, y acabé acordándome de la nave de la que me había hablado Tricarico, la nave condenada a vagar eternamente por los abismos del hiperespacio sin volver jamás a puerto...

Espera, voy a leerte uno de los mejores pasajes del libro.

«Y sigue allí, en la grieta abierta entre el espacio y el tiempo, allí donde no hay presente, pasado ni futuro. Sus motores están preparados para funcionar y todas sus células están cargadas, pero no hay ningún zumbido, y el halo del plasma nunca brilla en la sala de máquinas».

«Los quince tripulantes se reúnen tres veces cada día subjetivo para comer. La comida siempre es la misma. Siempre han comido lo mismo, y siempre comerán lo mismo. Cada marinero de rostro cansado rehúye la mirada de sus vecinos e imagina ser el único que sufre esta monstruosa aprensión. ¿Cuándo empezó este horrible aprisionamiento? ¿Hoy? ¿O llevan toda una eternidad flotando a la deriva? Las lámparas de la mesa, las luces de las paredes de la cocina..., todo está apagado. La comida está fría. El navegante intenta encender su pipa, pero no lo consigue. SiEmpre ha intentado encenderla, y siempre fracasará. El combustible se niega a consumirse y el cristal se niega a producir chispas».

«Los tripulantes intentan ocultar su nerviosismo dando palmadas sobre la mesa y entonando canciones de taberna. Uno de ellos olvida la letra de la canción y los demás se ríen. Olvidó esas palabras —exactamente esas mismas palabras—, ayer y el día anterior, y el día anterior a ése, y las ha olvidado cada día desde hace treinta años. El coro va perdiendo fuerza y las voces vacilan a mitad de una estrofa. Los tripulantes intentan escuchar la

conversación que el capitán está manteniendo con su pasajero, el joven Tibor, el hijo del propietario. El capitán y Tibor están en el puente. De vez en cuando una palabra o el fragmento de una frase bajan flotando hasta ellos».

—... contrapartes del espectro...

—... no puede ser. Es imposible.

—... estabilizadores. No responden...

«Los tripulantes son supersticiosos, como lo han sido siempre los marineros. Para algunos éste es su primer salto. Tener que atravesar esta región de penumbra pálida y mercurio lechoso no les hace ninguna gracia, y el tenso intercambio de murmullos que mantienen el joven señor Lipham y el capitán Naum tampoco les gusta nada. Temen que algo ande mal en la nave. Dentro de un minuto el contraamaestre será llamado al puente para explicarle cuál es la situación. El capitán dará una orden».

«Dentro de dos o tres minutos los tripulantes se levantarán de la mesa para enfrentarse a la crisis, y todo quedará aclarado y reducido a una mera aplicación de energía y conocimientos técnicos».

«Pero el tiempo ha dejado de transcurrir a bordo de la *Leonor Casares*.»

No había ni rastro del Querubín. Observaron las pantallas y siguieron llamándole mientras Tabitha activaba los sistemas de emergencia. Intentaron entrar en contacto con la criatura, pero no obtuvieron ninguna respuesta. Esperaron hasta que no se atrevieron a permanecer más tiempo en la zona de penumbra proyectada por la masa de negrura en que se había convertido la nave pirata, pero la espera no sirvió de nada. Aquella bendición impartida en un murmullo había sido el adiós de Xtasca, y después de ella ya no podía haber ninguna réplica.

Xtasca había logrado encontrar un hueco en el que meter esa cola capaz de hacer milagros. Se había infiltrado en los sistemas eléctricos desde el exterior y los había hecho estallar. Había condenado a la *Horrible verdad* a convertirse en un negro montón de metal que flotaría a la deriva por el reino vacío del espacio interplanetario, y se había condenado a vagar con él para siempre.

Los artistas y Tabitha decidieron no correr el riesgo de recorrer la nave buscando el cuerpo de Xtasca. Tabitha pensó que ya tenían más que suficiente con un cadáver a bordo, pero no lo dijo. Restauró la alimentación de energía a los sistemas primarios y los activó para que hicieran avanzar la *Alice Liddell* alejándoles poco a poco de la seductora presencia de la nave muerta. Salieron de su sombra moviéndose a velocidad mínima y la fueron dejando más y más atrás, abandonando al mascarón de proa de ojos saltones para que siguiera sonriendo a la oscuridad mientras pudiese. La nave pirata acabaría instalándose en una última órbita de lenta desintegración. Sería otro montón de chatarra sin vida que giraba en silencio alrededor del Sol y Tabitha pensó que no la echaría de menos.

La personalidad de la *Alice* se fue recuperando y se encargó de asumir todas las rutinas necesarias para sacar a la nave de su colapso temporal. La

capitana y los pasajeros se quitaron los trajes y se sentaron en la bodega a beber los últimos tubos de té que les quedaban. Marco estaba muy serio, y sus escasos intentos de conversación oscilaban entre los gruñidos de odio y los más bien estridentes intentos de tranquilizarles y mostrarse positivo. Tal estaba tan nervioso que se negó a posarse sobre su hombro y se dedicó a revolotear distraídamente desde un bulto hasta el altavoz y de allí a la barandilla de la pasarela.

Los Gemelos Zodiaco estaban destrozados.

—Venían a verla a ella —dijo Saskia—. No venían para contemplar nuestros ridículos trucos y escuchar nuestras estúpidas canciones, oh, no... Ella... Xtasca... Era la próxima generación de la humanidad. Podía volar. Podía respirar en el vacío. Podía..., ella...

Saskia se calló y enterró el rostro en el hombro de su hermano.

Marco carraspeó para aclararse la garganta, se inclinó hacia delante con las manos entrelazadas y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—Quizá... quizá lo más adecuado sería que alguien pronunciase unas últimas palabras —sugirió con voz temblorosa—. Capitana, yo..., eh..., supongo que quizá..., quizá debería ser usted quien...

—¿Quien hablara con Abraxas? —replicó Tabitha—. No.

Estaba cerca de Marco. Se había sentado encima de un baúl con los hombros colgando y las manos entre los muslos. Alzó la cabeza y buscó el ataúd gris plateado con los ojos. Alguien había vuelto a poner la tapa en su sitio.

—¿Tenía..., tenía familia? —preguntó Tabitha.

Los Gemelos menearon la cabeza.

—Los Querubines no tienen familia —dijo Mogul.

Marco se inclinó hacia Tabitha y le pasó un brazo por encima de los hombros.

—No te eches la culpa—dijo.

Tabitha giró rápidamente la cabeza, le fulminó con la mirada y empezó a encoger los hombros para librarse de su brazo, pero se contuvo.

Ninguno de los dos tenía muchas ganas de pelear.

Tal se posó sobre el flácido capullo de Xtasca y empezó a alisarse el plumaje sin demasiado entusiasmo. Después abrió el pico y les obsequió con un melancólico solo de violín compuesto de vibratos y notas dulzanas. Los humanos torcieron el gesto y se miraron los unos a los otros, pero por una vez nadie se atrevió a asumir la responsabilidad de hacerle callar.

Pero el pájaro consiguió disipar el estado de ánimo colectivo al describirlo. Tabitha irguió los hombros. Acababa de darse cuenta de que la atmósfera se iba haciendo cada vez más irrespirable. Marco se percató de que se preparaba para incorporarse, rompió el no muy efectivo abrazo con el que había estado intentando consolarla y dio una palmada.

—Bueno, gente, si queremos seguir adelante con la función ha llegado el momento de arrimar el hombro.

Había mucho trabajo que hacer a bordo de la *Alice Liddell*. Sustituir circuitos averiados, cambiar fusibles fundidos, realizar pruebas de sistemas...

—¿Qué aspecto tiene Alice?

—SOBREVIVIRÁ.

Tabitha estaba muy cansada, pero no le quedó más remedio que sonreír.

—¿Puedes decirme si has perdido algo?

—TODO PARECE ESTAR AQUÍ, CAPITANA, INCLUYENDO VARIAS COSAS EN LAS QUE NO PENSABA DESDE HACIA AÑOS. Y CREO QUE NO HE PERDIDO NINGUNA DE SUS HISTORIAS... ¿ME CONTARA ALGUNA HISTORIA PRONTO?

—Sí, Alice, en cuanto tenga un rato libre... Te lo prometo. En cuanto tengamos dinero descansaremos una temporada y me ocuparé de que te hagan una reparación y una puesta a punto como es debido.

En su fuero interno Tabitha dudaba mucho de que sus perspectivas futuras incluyeran la tranquilidad suficiente para ocuparse de esas cosas, pero pensó que alarmar a Alice no serviría de nada. Habían sido arrastrados a una región totalmente deshabitada y se encontraban a mucha distancia del planeta más próximo. Su situación actual no era de las que permiten avanzar cojeando con sólo el poder de los reactores hasta llegar a un sitio en el que puedas encontrar ayuda.

Tendrían que saltar.

—Dinos qué es lo más urgente y nos encargaremos de ello —murmuró.

La respuesta apareció en una pantalla.

DEFECTO EN EL CRISTAL DEL EJE. PROBABILIDAD DE AVERIA 96,66 POR CIENTO. "Oh, Cristo..."

—EL QUERUBIN NO ESTA CON NOSOTROS EN ESTOS MOMENTOS, ¿VERDAD, CAPITANA?

—No, Alice. —Tabitha puso la mano sobre el lector de la personalidad y le dio unas palmaditas—. Cruza los dedos...

La lucidez del agotamiento físico y emocional tenía el curioso efecto de hacer que el fatalismo pareciera tener sentido. La culpabilidad y los conflictos parecían haber perdido todo significado. Tabitha los había dejado atrás, y se dejó envolver por la paz frágil y vulnerable que se adueñó de la nave cuando todo el mundo se puso a trabajar blandiendo fusibles y comprobadores de circuitos.

En cuanto los circuitos automáticos volvieron a funcionar, Tabitha activó las unidades de carga para que les ayudaran a cambiar de sitio todos los trastos que les estorbaban. Las unidades —masas achaparradas de metal sólido que se movían sobre sus patitas rechonchas con tanta seguridad en sí mismas como si no existiera nada capaz de hacerles perder el equilibrio— se movieron por entre el desorden del equipaje haciendo girar sus cabezas en forma de

cúpula de un lado a otro mientras intercambiaban información con chasquidos y chirridos. Agarraron los barriles y las unidades holográficas con sorprendente delicadeza y subieron por las paredes para depositarlas en la pasarela. Tabitha estaba vigilándolas por las pantallas, y vio como una de ellas se disponía a trasladar el cilindro gris que contenía los restos mortales del frasque llamado Héctor.

—No dijo—. Anulación. Eso no.

Mogul se descolgó de la pasarela para aliviar a la unidad de su carga. El acróbata alzó los ojos hacia la cámara y la saludó con un gesto de la mano.

—Lo tengo —dijo.

No había nada sexual o siniestro en su sonrisa. Era como si hubieran concertado una extraña alianza. Tabitha y sus pasajeros habían dejado atrás la situación anterior de víctima y villanos. Estaban metidos en un lío muy serio, y tendrían que salir de él juntos.

En cuanto a su paga, fuera cual fuese... No valía la pena. La vida cotidiana solía ser monótona y solitaria, pero comparada con la violencia y la muerte súbita no cabía duda de que tenía muchas ventajas.

Cuando volvió a concentrar su atención en el monitor de la bodega vio a la misma unidad llevándose el capullo de Xtasca.

—Anulación —repitió—. Eso tampoco.

Saskia emergió por el hueco de un panel de inspección situado en el techo de la pasarela sosteniendo un sensor quemado que le enseñó. La acróbata se instaló en la red del copiloto haciendo girar el trocito de metal ennegrecido entre sus esbeltos y blancos dedos.

—Significaba mucho para ti. ¿,verdad? —le preguntó Tabitha.

Saskia asintió. Cruzó las piernas delante del cuerpo y se pasó los dedos por entre la cabellera.

—No tendrías que haber dicho esas cosas de ella.

Tabitha se envaró.

—¡Salió huyendo! ¿Qué se suponía que debía pensar?

—No son mala gente —dijo Saskia con mucho énfasis, dando la impresión de que ya había hecho ese comentario en muchas ocasiones anteriores—. Tienen sus propias ideas, claro... Querían vivir en libertad y lo consiguieron. ¿Qué tiene de malo eso?

Tensó su flaca mandíbula haciéndola sobresalir en un gesto desafiante.

—¿Quiénes no son mala gente? —preguntó Tabitha.

Tenía los ojos clavados en los gráficos que llenaban la pantalla. Las averías estaban representadas mediante zonas rojas que parpadeaban lentamente.

—¡Los Serafines!

El dolor que impregnaba su voz no era fingido.

Tabitha se volvió hacia ella. Saskia se había levantado de la red y estaba alargando la mano hacia un aro del techo.

—No quieres que esté aquí. Me iré...

—No, no importa, lo siento, tengo que...

Tabitha puso cara de cansancio y movió una mano señalando la consola.

Saskia bajó la cabeza y contempló el trocito de metal ennegrecido que sostenía en la mano.

—No sirvo de nada—murmuró.

Tabitha señaló el monitor.

—Ve a ayudar a tu hermano —sugirió.

Y apenas hubo pronunciado esas palabras comprendió que había cometido un error.

Saskia le lanzó una mirada de disgusto.

Tabitha alzó las manos en un gesto de exasperación.

—Oh, claro, podéis estar enroscados el uno en brazos del otro mirándoos con cara de adoración y un segundo después...

—¡Lo estoy intentando! —dijo Saskia, y las emociones convirtieron su voz en un graznido. En ese momento no cabía duda de que creía en sus palabras—. En cuanto a Xtasca... Sé que nadie puede entender a los Querubines y ni tan siquiera nosotros podemos hacerlo, no del todo, pero a veces podías mirarla y comprender lo que estaba pasando por la cabeza, lo que sentía, y pensabas que se encontraba muy lejos de su hogar y que estaba formando parte de un miserable número de circo, pero podías ver aquel brillo de felicidad en sus ojos... —Se había quedado inmóvil en el pasillo que separaba las redes. Tabitha vio como erguía la cabeza y echaba hacia atrás los hombros—. Y entonces pensabas que te gustaría tanto ser como ella, poder hacer lo mismo que ella...

"Tienen unos hombros preciosos", pensó Tabitha. El discurso de Saskia le había entrado por una oreja y había salido limpiamente por la otra sin que su mente hubiera retenido ni una sola palabra. Sintió un deseo repentino de ponerse en pie y abrazarla, de rodear aquellos hombros con sus brazos, pero no estaba muy segura de que fuese una buena idea y se contuvo. Eso no impidió que el fugaz deseo de abrazar a Saskia produjera un silencio bastante incómodo, y Tabitha se sintió obligada a ofrecerle algo, aunque sólo fueran unas palabras.

—Bueno, ¿y qué hizo? —preguntó.

Saskia la contempló como si acabara de preguntarle quiénes eran los capellanos o quién había construido Plenty.

—¡Nos rescató!

Tabitha estaba cada vez más confusa. Alzó una mano y señaló la ya bastante lejana nave pirata con el pulgar.

—Quieres decir... Sí, claro, hace poco que...

—¡No! ¡A nosotros! ¡A Mogul y a mí!

—¿De qué o de quién os rescató?

—¡De Abraxas! exclamó Saskia mirándola con creciente perplejidad.

—¿Sois de... Nacisteis en el Templo de Abraxas?

—¡Ellos nos crearon! Ya te lo conté... Y Xtasca nos sacó de allí. Nos metió en una nave, nos llevó muy lejos y nunca hemos vuelto. Y después ella tampoco pudo volver... —Fue bajando la voz como entregándola nuevamente al dolor. Bajó la cabeza y volvió a clavar la mirada en el sensor quemado que sostenía entre los dedos—. ¿Qué he de hacer con esto?

Tabitha no sabía qué decir, y acabó limitándose a contemplar en silencio aquella silueta que parecía la imagen de la desolación hecha carne mientras los perfiles de la agresión que habían sufrido seguían desfilando pacientemente por la pantalla.

—Hay más en..., en... dijo.

Y ahí estaba el cristal del eje, el cristal que se encendía y se apagaba en un implacable parpadeo, todas las cuidadosas e incomprensibles reparaciones que Xtasca había hecho en él esfumadas como por arte de magia.

Iré a buscarlos y te los traeré dentro de un momento —dijo.

Pero Saskia ya había vuelto a la bodega.

Tabitha suspiró, frunció el ceño y concentró su atención en la pantalla.

Una hilera de luces situada a su izquierda se encendió con un destello verde. Tabitha volvió la cabeza hacia el monitor de la bodega y vio a otra unidad emergiendo del túnel de servicio que daba acceso a los motores. El láser de soldar que sostenía en sus manipuladores emitió un último resplandor azulado y se apagó. La unidad envió un mensaje de confirmación por la línea y cerró la compuerta del túnel asegurándola antes de poner rumbo a los almacenes para devolver el equipo que se le había asignado.

Los compañeros mecánicos quizá no fuesen muy exuberantes, pero también tenían sus virtudes. No se enfadaban, no te metían en jaleos de naturaleza sexual y no se morían de repente.

Las horas subjetivas siguieron transcurriendo.

Tabitha tuvo que admitir que formaban un buen equipo. Las explosiones de temperamento habituales habían quedado eficazmente reprimidas por el miedo y la pérdida de Xtasca, y los artistas trabajaban con la firme disciplina adquirida gracias a la acrobacia y los trucos de magia. La jovialidad fue volviendo poco a poco. Tabitha les oía silbar y cantar estrofas sueltas de canciones. Estaba empezando a pensar que quizá podría acabar confiando en ellos..., si no fuera por todas esas gilipolleces sobre el frasque, naturalmente.

Activó el comunicador.

—Bueno, atención todo el mundo. Poneos el traje, guardadlo todo y asegurad todos los objetos sueltos. Meted a Tal en su caja. El impulsor vuelve a funcionar.

Vítores, silbidos y aplausos.

—¿Vamos a hacer una prueba? —preguntó Marco.

Tal aleteaba sobre su muñeca y parecía más un halcón que un loro.

—Si no sale bien habrá sido una prueba. Si funciona, dentro de cinco minutos subjetivos deberíamos estar en el buen camino... Cinco minutos — repitió, y cortó la conexión.

Y, como en tantas ocasiones anteriores, el universo quedó reducido a ella y Alice y a la tarea de conducir la nave a través de otra violación de las leyes físicas. El ordenador había digerido todos los datos disponibles y había vuelto a calcular la ruta. El flujo de números que discurría sobre las pantallas y los lectores de datos se estaba volviendo más lento y se solidificaba poco a poco formando las arcanas combinaciones que abrirían la cerradura triple de las dimensiones.

—Bien, Alice... Allá vamos.

Tabitha puso los primarios al mínimo de potencia y canalizó toda la energía hacia el impulsor capellano. Sintió las primeras vibraciones casi al instante. Podía notarlas en sus huesos, y en toda la estructura de la nave.

La luz de las estrellas se estaba derritiendo acompañada por el murmullo de una brisa cálida deslizándose entre los troncos de un bosque. La familiar calina crepuscular del interludio empezó a brotar de las placas metálicas del suelo y las paredes y se dispuso a conquistar el interior de la nave .

Tabitha se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y lo dejó escapar en un lento suspiro.

La nave oscilaba y se movía de un lado a otro. Tabitha reaccionó de forma automática y alargó la mano hacia los controles para corregir los bamboleos.

Aguzó el oído intentando detectar un golpeteo, una especie de repiqueteo irregular.

No había ningún golpeteo.

Sólo un zumbido.

Tabitha frunció el ceño.

Saltaron.

El plumón incoloro del hiperespacio surgió de la nada y les envolvió. El dominio del tiempo y el espacio quedó suspendido.

El zumbido seguía allí.

—¿Qué ocurre, Alice ?

—BUSCANDO.

El zumbido se hizo un poco más estridente.

La nave entera estaba zumbando y vibrando de una forma cada vez más rápida. Tabitha empezó a sentir los efectos de la vibración en los dientes. — ¡Alice!

Tensó los labios con todas sus fuerzas. Aún podía sentir la vibración de sus dientes por detrás de la carne.

—CRISTAL DEL EJE.

La nave estaba aullando.

—AVERÍA.

Tabitha lanzó una maldición.

ABORTAR, tecléo. ABORTAR. ABORTAR.

El alarido se hizo un poco más agudo.

Un ruido ensordecedor.

—Oh. mierda...

Volvían a estar en el espacio. Las estrellas de la galaxia desfilaban a toda velocidad por las pantallas y formaban un torbellino mareante al otro lado del parabrisas. La nave había empezado a girar sobre sí misma.

Tabitha activó los motores con una mano y empezó a introducir rutinas de corrección automática con la otra.

El ordenador introdujo una rutina estabilizadora en el intervalo de tiempo transcurrido entre el gesto de una mano y el de la otra.

La Alice dejó de girar y empezó a temblar.

Tabitha sintió un escalofrío. Su memoria descargó todo el adiestramiento de emergencia en su cerebro, inundándolo con un remolino de reflejos aprendidos y consejos imperturbables. Tecléo secuencias y manipuló los controles intentando sacar algo racional de toda aquella confusión. Oyó una especie de zumbido quejumbroso, pero esta vez salía de su boca.

—Alice, por favor, por favor, no...

La Alice seguía temblando. *La Alice* empezó a inclinar el morro. Estaba buscando el pozo gravitatorio más cercano, y parecía decidida a bajar por él.

Tabitha había quedado envuelta en el dibujo formado por los chorros de datos que brotaban de su auricular, las pantallas y los lectores. Estaba interrogando a *la Alice* con los dedos y obtenía respuestas mediante sus ojos, y en aquellos momentos no tenía ni idea de dónde terminaba ella y dónde empezaba la nave. Los ordenadores. los relés..., todo aquel complejo conjunto de teclas, pulsadores y palancas que se extendía delante de ella era una extensión de su sistema nervioso. Créanme: si la nave hubiera podido volar con la voluntad de Tabitha como control y única fuente de energía habría remontado el vuelo y habría llegado a Titán.

Pero la nave estaba bajando.

Apartó la mirada de los controles durante un segundo para alzarla hacia el parabrisas y dejó escapar un grito de alarma.

Algo enorme y verde venía a toda velocidad hacia ellos.

La Horrible verdad.

No. Era algo mucho más grande que la nave pirata, algo mucho más peligroso. Algo que no podía ser desconectado, con Querubín o sin Querubín...

Tabitha se inclinó sobre el comunicador.

—¡No puedo controlarla! dijo—. ¡Vamos a chocar, y con fuerza!

El espacio se terminó de repente.

La cabina quedó invadida por una enfermiza luz verdosa.

La Alice Liddell cayó del cielo.

Las auroras que había debajo de ella escupieron lenguas horizontales de fuego nebuloso que medían un centenar de kilómetros de anchura.

La nave atravesó las capas de fuego.

Debajo de ellas había nubes sulfurosas que se apresuraron a engullir la luz del sol devorándola con sus fauces grasientas.

La nave atravesó las nubes y éstas sisearon ferozmente a su alrededor como si fueran olas de agua hirviendo. La nave llegó a las capas de polvo, y los remolinos volvieron a cegar sus pantallas y mordisquearon sus antenas.

La oscuridad teñida de rojo que se extendía por debajo del polvo fue atravesada por Ull mosaico de relámpagos. El resplandor espasmódico permitió que Tabitha distinguiera inmensas montañas de aspecto amenazador que se acurrucaban sobre el suelo vomitando hilachas de humo ácido que se dispersaban por aquella atmósfera irrespirable. Al pie de las montañas había llanuras de roca amarilla reseca y resquebrajada que parecían láminas de papel arrugado y lleno de manchas.

La Alice se deslizó sobre las montañas.

Un mar de aguas espesas y oscuras se lanzaba contra las rocas, golpeándolas como si quisiera perder el conocimiento y le irritara no poder conseguirlo. La superficie del mar emitía guirnaldas de vapores ponzoñosos que se enroscaban sobre sí mismas subiendo hasta la nave que se bamboleaba intentando atravesar aquella atmósfera saturada de gases.

El calor era casi insoportable. El cielo enfurecido intentaba destrozarles apretándoles entre sus garras gaseosas. Las mirillas crujían y las placas del casco gemían. Los Gemelos se agarraban el uno al otro. Los ojos protegidos por los visores de los cascos se desorbitaban contemplando a sus compañeros de infortunio y se abrían como si quisieran abarcar cuanto les rodeaba antes de que la muerte llegara y la oscuridad lo engullera todo para siempre.

La Alice sobrevoló el mar y lo dejó atrás.

Más allá del mar había tierra, una tierra como ninguno de ellos había visto antes. Era un auténtico infierno vegetal. La tierra era un hervor de bosques, un bullir de junglas.

Las copas azules de los árboles parecían hacerle señas.

La Alice Liddell se precipitó hacia la jungla envuelta en una aureola de estática y chispazos.

Los árboles —si es que eran árboles— se desplomaron a decenas delante de ella. *La Alice* arañó los troncos arrancándoles tiras de madera esponjosa. Devastó huertos enteros de espaguetis luminosos que se convulsionaron salvajemente. Una humareda pestilente siguió su trayectoria espesando todavía más aquella atmósfera que parecía una sopa.

Las ramas se desplegaron sobre el parabrisas y arrancaron los sensores del casco. Tabitha ya no podía ver nada. Lanzó un grito ininteligible, gritó con su nave y ésta gntó al chocar con la superficie de la jungla.

La nave patinó sobre la capa de vegetación pulposa que cubría el suelo, giró y aplastó todo cuanto había debajo de ella. La savia y los jugos vegetales chorrearón sobre las abolladuras del casco. Un coro de chillidos de pánico, indignación y enfado se alzó a su alrededor.

Y así acabó todo.

El crepúsculo vegetal se cerró alrededor de la nave. El ya terrible calor se hizo aún más intenso. Serpientes de vapor sulfuroso se insinuaron por las grietas del plexiglás y las laceraciones del acero.

Todo había terminado. *La Alice Liddell* se había estrellado.

Estaba atrapada en el suelo. en la jungla, en Venus.

CUARTA PARTE: **Cautivos de la Diosa del Amor**

Hoy en día muy pocas personas recuerdan que el planeta Venus lleva el nombre de una diosa del amor de la antigüedad. Para nosotros, y sobre todo para quienes hemos estado allí, en Venus hay muy pocas cosas bellas o dignas de ser amadas.

Venus nunca fue un candidato serio a la colonización ni tan siquiera en los Años de la Gran Carrera, una época en la que era corriente proponer planes mucho más locos. Domar esos continentes ardientes y esos mares malhumorados es una tarea casi imposible que no tardó en ser olvidada salvo por los obsesos y los que estaban dispuestos a tirar su dinero. Todo el planeta ha sido abandonado a los admiradores de lo extraño y lo exagerado a los que Viajes Vulcano sigue proporcionando sus famosas excursiones mensuales, e incluso ellas no intentan descender a la superficie de este mundo perverso y letal donde el sol se mueve muy despacio y en dirección opuesta a la habitual.

Aun así debemos admitir que el rostro de Venus es hermoso, sobre todo durante las primeras etapas de la aproximación. Su atmósfera purulenta y parecida a la levadura es tan espesa y el aire es tan húmedo y condensado que cada zona climática es una mancha de un color distinto que cambia y emite destellos iridiscentes a medida que el inmenso día amanece, se intensifica y acaba muriendo. Venus es un camaleón cuya gama de imitaciones incluye al pavo real, el martín pescador y la mariposa. La blanca Niobe despierta teñida de color malva o albaricoque y se despereza en el luminoso borde del mundo precediendo el lento y humeante avance del terminador solar, y un poco más lejos Eisila ya brilla con el resplandor anaranjado del fuego recién encendido y se va hinchando con las manchas negras de las tempestades repletas de truenos. El Mar Evita Perón llamea bajo el calor blanco de ese mediodía inimaginable como si fuera un recipiente lleno de oro fundido, y sus aguas incandescentes no paran de emitir vapores. La Cuenca Jezabel es un manchón de tinta azul turquesa tachonado de espuma color viridiana. La Planicie Perelandra dormita extendiendo su inmensidad bajo el calor de la tarde y la tensa curvatura de sus zonas altas brillan con el

resplandor de los clavos y astillas de arco iris que se han incrustado en ellas. El anochecer ya se ha ido adueñando de Asteria, y los últimos rayos del sol hacen que sus arrugadas láminas de niebla se conviertan en hojas de bronce bruñido.

La noche es de un azul ultramarino que se vuelve de un negro azulado cuando extiende su manto sobre los sudarios de vapores que cubren las laderas de Nokomis. Apartas la mirada de la ventanilla de observación, asombrado y con la respiración entrecortada, y echas un vistazo a tu reloj. Llevas más de una hora contemplando el panorama y, aun así, te parece que apenas ha transcurrido el tiempo necesario para guiñar un ojo. Si tienes pocos años, posees un temperamento apasionado y te dejas impresionar fácilmente por la belleza, Venus parecerá hacerte señas y ofrecerte la promesa y el desafío de una hermosura capaz de consumirte. Si no eres tan joven y no te dejas convencer fácilmente por las primeras imágenes que se te ofrezcan, admirarás el panorama y lanzarás exclamaciones de incredulidad, pero te preguntarás qué áspera realidad rocosa acecha debajo de ese abigarrado y opulento camuflaje.

Y harás bien en preguntártelo.

En Venus los colosales volcanes de Beta Regio escupen barro llameante que cae sobre las playas ígneas de guijarros grises. Al oeste, más allá de las montañas, las llanuras de pizarra se convierten en desiertos de arenilla que serpentea y cruje cociéndose durante el día y congelándose durante la noche al norte, en el caldero de nemosine, los huracanes de azufre rugen y silban incesantemente abriéndose paso por los valles empapados. Al sur, en Febe y en Themis, manglares de troncos retorcidos y cubiertos de vello sudan veneno que se derrama en los pantanos de verdes y rancias aguas. Al este se encuentra el mar de Ginebra, donde gigantescas serpientes siempre hambrientas emergen de las aguas color peltre para devorar a los tiburones de arena que no consiguen refugiarse a tiempo en las madrigueras.

En cuanto a los polos y los desiertos no existe ningún ser vivo que pueda habitar en ellos. El frío implacable impone sus reglas y las sustancias congeladas se aposentan, se van sedimentando y acaban volviendo a girar locamente en un salvaje torbellino de materia que no es sólida, líquida o gaseosa sino un poco de las tres cosas a la vez. Las regiones polares de Venus son un infierno helado donde los titanes de los vientos rugen impotentes proclamando la rabia que sienten al no poder escapar de su prisión, y las tempestades aúllan y gritan mientras arrojan de un lado a otro las nieves químicas creando remolinos enloquecidos y arcos de hielo blanco.

Los arrecifes coralinos de Erebo se alzan en una sucesión de torres y pináculos que asoman de las pegajosas aguas del mar. Riscos erosionados forman espirales y se extienden durante diez o veinte kilómetros hendiendo las aguas negras como el humo. Allí donde se encuentran crean explosiones congeladas, inmensas verrugas compuestas por nudos erizados de pinchos y amasijos de dientes minerales. Las tempestades que desgarran las olas glutinosas de ese mar sin mareas arrojan centenares de medusas a esas terrazas en forma de sierra, y las masas de mucosidad musculosa tan grandes como mesas se pegan a ellas para iniciar la lenta agonía que terminará con su desintegración. Los riscos de coral siempre están manchados por sus líquidos

vitales. Langostas negro azabache de medio metro de longitud y caparazones angulosos arrancan grandes pedazos de la carne pulposa ya medio marchita, y los lagartos piraña luchan entre sí para apoderarse de los ojos que coronan sus palpos.

En Belladona los pozos de brea siguen hirviendo y echando humo entre los conos de cenizas erosionados por el embate de los vientos. Árboles de troncos deformes y achaparrados alzan sus ramas hacia el cielo cargado de nubes en las laderas de las viejas calderas volcánicas, y retazos de hierba negra aletean melancólicamente impulsados por el viento corrosivo. Las hojas de esos árboles parecen trozos de cuero engrasado, pero el otoño —y en estas latitudes el otoño llega muy pronto—, se encogen y son arrancadas de las ramas para alejarse revoloteando como los copos de papel ennegrecido que salen despedidos de una hoguera. El fruto es de un color blanquecino y su forma alargada y puntiaguda hace que parezca una obra enferma. Los murciélagos escamosos que habitan en las cavernas salen de ellas por la noche y caen sobre los árboles en bandadas de decenas de millares dejando destruidas las ramas. La corteza de esos árboles melancólicos y atormentados es de una consistencia pulverulenta y rezuma continuamente un espeso jarabe grisáceo, pues los árboles son los infortunados anfitriones involuntarios de una raza de gusanos parásitos que se alimentan con las fibras de la madera. Los gusanos pasan todo el verano masticando y multiplicándose, masticando y multiplicándose, y se dice que a veces los árboles más infectados echan humo y que en ocasiones el calor acumulado dentro del tronco es tan terrible que el árbol acaba incendiándose.

La fauna de Venus es salvaje, estúpida y beligerante. Las especies poseen garras y corazas escamosas o avanzan pegadas al suelo protegidas por sus caparazones. Dejan detrás de sí senderos de babas y sustancias viscosas y las huellas de la sangre y los jugos vitales de sus presas, criaturas menos cautelosas y no tan bien blindadas como ellas. Los pegajosos pantanos amoniacaes de Aino son el hogar de las serpientes navaja y los escorpiones gigantes, bestias de corteza durísima y tan roja como el pimentón. Las costas de Berseba nos ofrecen a la tortuga Strayker que, de hecho, no tiene nada de tortuga sino que es un caimán achaparrado provisto de un caparazón tan denso como el plomo cuyo peso acaba fracturando el robusto cuello de nueve de cada diez ejemplares de la especie; y también está el armadillo caníbal. El sobaco de Afrodita es la morada de las iguanas de metales pesados y cuerpos tan purpúreos como un morado recién hecho, y de una especie de pangolín de asbesto. Sus presas naturales son los gusanos y las orugas —rechonchas y amarillas o grises y de cuerpos tan granulados como un plato de gachas frías—, los ciempiés gigantes y los escarabajos leonados de nueve patas o las veloces arañas de cuerpo peludo. Aún no sabemos si hubo alguna etapa de la evolución venusina en la que los mamíferos lograran emerger de este terrible potaje biológico, pero si lo hicieron no cabe duda de que los pobres no tenían ni la más pequeña posibilidad de sobrevivir.

Sí, lo más probable es que la Naturaleza obrara sabiamente olvidándose de Venus y adjudicándole el nada envidiable destino de ser un crisol de fétida violencia química y vegetal donde los reptiles guerrean con los insectos, y la decisión de no bendecir el planeta con el maravilloso don de la vida consciente fue un claro acto de misericordia. Pensad qué raza cruel y feroz podría haber

emergido de esos bosques infernales, qué fortalezas de piedra negra podrían haberse erigido entre esas colinas agrestes que ni tan siquiera los frasques quisieron colonizar... Esas criaturas podrían haber acabado desplegando sus alas de cuero para aventurarse por el seno pestilente de la atmósfera de Venus. Quizá hubieran acabado hincando sus garras en el mismísimo espacio..., y quién sabe si habrían conseguido clavarlas en el fértil suelo de la Tierra.

No hay vida inteligente en Venus y, por lo tanto, ningún ser capaz de comprender lo que estaba viendo contempló con los ojos desorbitados por el terror y la sorpresa el espectáculo de la Kobold recalentada que se abrió paso aullando a través del dosel del bosque destrozándolo todo ante ella y levantando inmensas olas de barro y vegetación pulposa que se esparcieron en todas direcciones para acabar deteniéndose con una última y violenta sacudida en el lecho formado por la espesura de Afrodita Terra.

Tabitha Jute levantó la cabeza.

La luz poseía una cualidad extraña, entre lechosa y vagamente subterránea. Tabitha miró a su alrededor y vio ruina y destrucción. El parabrisas estaba resquebrajado y medio cubierto por una telaraña de grietas en forma de estrella sobre la que se había esparcido una gruesa capa de fango rojo, hojas y hongos aplastados. Los instrumentos se habían desprendido de sus soportes y yacían destrozados en el suelo entre charcos de barro y trocitos de plexiglás. Las redes se habían soltado y los trapos manchados de grasa, los viejos discos de vuelo y las tazas de aislita vacías habían quedado esparcidas por toda la cabina. Todas las luces de los tableros estaban en rojo o apagadas y en cuanto a las pantallas, o no mostraban imagen o sólo ofrecían chisporroteos.

—¿Alice?

No hubo contestación.

Tabitha alargó una mano temblorosa hacia el teclado. Estaba tan confusa y asustada que no consiguió recordar ni una sola orden. La atmósfera parecía hallarse impregnada por un siseo que necesitó varios minutos para identificar como el flujo de oxígeno de su traje. Seguía estando conectada al canal vox de la personalidad de la nave, pero el canal guardaba silencio.

—Alice, ¿puedes oírme?

Nada.

Los ojos de Tabitha se llenaron de lágrimas. Su nariz moqueaba incesantemente. Echó un vistazo a la presión de la cabina y descubrió que era enorme.

Estaban en Venus.

Se sorbió los mocos y tragó saliva mientras se decía que debía dejar de temblar e intentaba razonar con las sirenas y los reflectores que seguían aullando y brillando dentro de su cabeza explicándoles que ya no eran necesarios.

Algo bastante pequeño se deslizó por entre la confusión de barro y restos de vegetación que cubría el parabrisas y saltó al suelo. Tabitha lanzó un grito

de pavor. "No es más que un lagarto", se dijo. Pero había cosas mucho más grandes vagando por la jungla, y Tabitha lo sabía. Había oído hablar de ellas. El ruido las habría asustado, pero volverían.

Y hasta que lo hicieran no había que olvidar la amenaza inmensa, omnipresente y cien por cien hostil del monstruo que les rodeaba y al que no había forma alguna de ahuyentar. El planeta estaba allí y allí seguiría.

Tabitha tragó una honda bocanada de aire. El oxígeno le despejó la cabeza e hizo que todo se volviera un poco más luminoso y ligeramente irreal. Tacleó la secuencia de apertura del botiquín de primeros auxilios —al menos el botiquín aún funcionaba—, metió la mano en él y cogió un cóctel de glucosa y cafeína y media docena de estimulantes y vigorizantes más. Empezó a sorber el cóctel e hizo un nuevo intento de entrar en contacto con Alice. Tenía la impresión de que la placa metida dentro del lector seguía estando intacta, pero no hubo respuesta.

Si la placa de la personalidad se había roto... Bueno, eso supondría el fin de todos.

La nave estaba abierta a los elementos y perdía fluidos vitales por cada agujero y cada grieta. Tabitha desconectó los impulsores, los circuitos de navegación, el renovador de aire y todo lo que el impacto de la caída no se había encargado de desconectar por ella.

Y sólo entonces recordó que llevaba pasajeros. Activó el intercomunicador.

—¿Me oís? —preguntó—. ¿Estáis bien?

Un silencio, y luego el crujido de alguien moviéndose junto al comunicador.

—Tabitha....Tabitha, ¿me recibes? —preguntó una voz casi inaudible. Era uno de los Gemelos—. Mogul... Mogul está...

Saskia murmuró algo ininteligible que no iba dirigido a ella y hubo otro silencio. Tabitha podía oír una respiración entrecortada. Alzó la mano y se golpeó el casco con los nudillos. Podía oír ruido de botas y voces confusas, una de ellas la de Marco.

—Estoy bien —la tranquilizó valerosamente Mogul hablando con la boca demasiado cerca del micrófono—. Tabitha, ¿estás bien?

—Creo que sí dijo—. Alice está...

No sabía cómo estaba Alice. Volvió a probar suerte con las teclas. La pantalla parpadeó y se llenó de cifras y letras.

Oyó voces que gritaban en la bodega, golpes ahogados y ruidos metálicos .

Saskia —estaba segura de que era Saskia— lanzó un grito de miedo y sorpresa.

—¿Saskia? ¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando ahí?

Oyó el grito lejano de Saskia.

—¡No, no, vuelve!

Crujidos y chirridos, ruido de bultos y maletas que eran arrojadas al suelo.

—¡Saskia! —gritó.

Marco estaba gritando. Saskia estaba gritando. Mogul estaba gritando. Tabitha no logró entender ni una sola palabra de lo que decían. Pulsó la tecla que abría la compuerta de acceso a la bodega, pero no ocurrió nada.

—¿Os encontráis bien? —gritó mientras pulsaba la tecla una y otra vez—. ¿Qué está pasando ahí?

Una algarabía de voces consternadas, pánico, sonido de pies que corrían, Marco dando órdenes... Nadie la escuchaba.

Tabitha no quería moverse. No quería salir de su red. Quería quedarse allí, aislada del monstruo. No quería averiguar qué infiernos estaba ocurriendo en la bodega. Que se mataran los unos a los otros y que la dejaran en paz.

Abrió los cierres de la red y corrió por el suelo inclinado apartando los trastos a patadas.

Se sentía muy torpe, y cada movimiento resultaba tan difícil como si se encontrara debajo del agua. Aumentó el flujo de oxígeno y siguió avanzando por la rampa que llevaba a la bodega.

La puerta que daba acceso a la bodega estaba cerrada y había sufrido unas cuantas abolladuras. Tabitha intentó abrirla. La puerta se negaba a moverse. Empezó a golpearla con un puño enguantado.

—¿Me oís?—gritó—. Eh, ¿podéis oírme?

Nada. Encendió su radio y volvió a intentarlo.

No obtuvo respuesta.

Tabitha miró a su alrededor. Las mirillas estaban cubiertas por una espesa capa de vegetación y el pasillo había quedado sumido en una penumbra amarillada. Las dos compuertas delanteras habían aguantado, aunque la de estribor se encontraba bastante abollada.

La Alice era una buena nave. Ya no construyen naves así.

Tabitha volvió corriendo a la cabina y hurgó en un compartimento dentro del que creía haber guardado una palanqueta. No había ninguna palanqueta, pero encontró una llave inglesa. La cogió, la sopesó en sus manos, salió de la cabina y atacó la puerta de la bodega.

Logró meter un extremo de la llave inglesa en el quicio y empezó a ejercer presión. La llave inglesa salió disparada de la rendija y estuvo a punto de chocar con su casco. "¡Cuidado, cuidado!", se dijo. Aún estaba temblando, y su organismo sufría los efectos de una leve borrachera de oxígeno. Volvió a golpear la puerta con el puño y preguntó a gritos qué estaba pasando, pero no obtuvo respuesta y el comunicador siguió mudo.

Giró sobre sí misma, se pegó a la pared y se agazapó junto a la puerta agarrándose al deformado marco metálico. Colocó la llave inglesa por encima de su cabeza, empujó con todas sus fuerzas y consiguió incrustarla en la parte superior del quicio. Después se agarró al mango con las dos manos y se impulsó hacia abajo.

La puerta emitió un chirrido de metal torturado y se abrió tan bruscamente como si fuera la tapa de una caja de conservas.

La puerta interior estaba entornada. Tabitha se quedó inmóvil delante de ella con la llave inglesa en la mano y acercó lentamente la cabeza al hueco.

Había muy poca luz y la atmósfera se había espesado considerablemente. La parte de bodega que podía ver tenía el mismo aspecto que ofrecía antes de que activara las unidades de carga. Cajas y bolsas de viaje, equipo profesional y pertenencias personales..., todo estaba esparcido por el suelo. Había cables de flex por todas partes y lucecitas que parpadeaban en la pasarela. Una esquina del mural psicodélico de Saskia estaba concienzudamente emborronada y se había extendido por el mamparo de un extremo de la bodega.

No vio sangre o cuerpos. Si había una bestia carnívora venusina agazapada en la bodega no podía verla.

Empujó la puerta interior con el pie hasta abrirla del todo y entro en la bodega con el corazón latiéndole a toda velocidad.

No había nadie.

Tabitha avanzó apartando ropas y bolsas de viaje a patadas. Su pie encontró algo metálico. Era una de las unidades de carga, y estaba aplastada.

Otra unidad estaba inmóvil delante de su madriguera sosteniendo una pandereta en sus manipuladores. Tabitha se detuvo junto a ella y movió rápidamente la cabeza de un lado a otro examinando la contusión de bultos y maletas.

Una gigantesca mariposa negra se las había arreglado para entrar en la bodega y estaba zumbando y aleteando infructuosamente delante de una rejilla de ventilación que ya no escupía aire fresco. En cuanto a los otros ocupantes de la bodega, no había ni rastro de ellos.

Tabitha hurgó entre los bultos hasta estar segura de que no ocultaban ningún cuerpo, fue corriendo hasta la compuerta de popa Y salió de la bodega. Entró en el ablutorio, la cocina y los camarotes. La confusión reinaba por todas partes y no había nadie. Las mirillas estaban cubiertas por una gruesa capa de barro.

Volvió a la bodega, apartó un altavoz volcado y examinó la unidad de carga. Estaba destrozada. Algunas partes del caparazón metálico estaban mojadas, como si la unidad hubiera comprendido que aquello era el fin y se hubiera echado a llorar. Tabitha se inclinó sobre la unidad y acarició las entrañas de fibra óptica con sus dedos enguantados.

Volvió la cabeza y vio una esquina de la caja de porcelita de Tal asomando por entre las herramientas que habían caído de una cubeta. Alargó las manos hacia la caja y tiró de ella. Seguía cerrada. Los indicadores de signos vitales estaban de color verde. Tabitha golpeó la tapa con los nudillos.

No ocurrió nada.

Tabitha se encorvó sobre la caja con cierta dificultad y pegó su micrófono externo a la rendija de la tapa. Aguzó el oído y creyó oír unos ronquidos casi imperceptibles

No sabía qué hacer. Se puso en pie y recorrió la bodega con los ojos. Unas cuantas gotitas repiquetearon sobre el visor del casco y alzó una mano para limpiarlas.

Estaba lloviendo. En la bodega de *la Alice Liddell*...

Tabitha miró hacia arriba.

La bodega había quedado expuesta a la intemperie. El techo estaba destrozado, y los paneles corredizos se habían arrugado como si fueran las solapas de una caja de cartón abierta bruscamente por alguien que estuviese muy enfadado. El cielo venusino era una lámina de zinc al rojo vivo visible por entre los huecos del laberinto de follaje en el que habían caído.

Tabitha se echó la llave inglesa al hombro, subió por la escalerilla que llevaba hasta la pasarela y asomó la cabeza por el hueco del techo.

Miró hacia abajo y vio que *la Alice* estaba medio enterrada en una masa de vegetación aplastada. El techo de la nave había quedado festoneado por una confusión de ramas destrozadas y lianas arrancadas de los troncos, y algunas de ellas habían ardido hasta convertirse en hilos negros. El suelo de la jungla parecía muy blando y desprendía vapor. Una gruesa capa de nubes flotaba sobre las extrañas ramas bulbosas de los árboles y cubría el cielo haciendo pensar en un mar invertido. La selva era un laberinto de sombras grumosas entre el que destacaban retazos aislados de claridad lívida y amenazadora.

Tabitha necesitó unos momentos para comprender que la luz estaba curvada. El mundo parecía alzarse a su alrededor como si se encontrara en el fondo de un cuenco colosal lleno de restos vegetales en avanzado estado de putrefacción.

Encendió la radio y lanzó unos cuantos gritos. Creyó oír voces distantes y algunos ruidos de chapoteo, pero no obtuvo ninguna respuesta.

Activó los imanes de las botas y empezó a avanzar lentamente bajo la lluvia.

Llegó al techo de la cabina y se quedó inmóvil ignorando los dolores y estremecimientos de sus miembros. Después se dio la vuelta y contempló la nave.

Todas las antenas y sensores que consiguió reparar durante el viaje habían sido arrancados o retorcidos por el impacto. El casco de *la Alice* se encontraba tan abollado y arañado como si hubiera pasado por un rascador gigante. El recubrimiento de cobre estaba manchado de tierra, y había algunas zonas descoloridas por los ácidos de la jungla. Las aletas se habían doblado y estaban cubiertas por cintas de follaje glutinoso a medio derretir. Había fango color carmín y mugre negra esparcidos por todas partes. La nave se encontraba en el centro del claro que había creado al caer. Un túnel salpicado de árboles destrozados se extendía detrás de la popa indicando la trayectoria que había seguido. Tabitha contempló los troncos y pensó que llamarles árboles no pasaba de ser una analogía bastante forzada. No parecían árboles sino montones de cuero mohoso, torres de esponjas arrugadas o gigantescas coliflores llorosas. Muchos de ellos estaban ennegrecidos y puntuados por pequeños incendios que se iban apagando poco a poco.

Tabitha gritó una y otra vez.

Un relámpago verdoso parpadeó sobre su cabeza y el trueno retumbó en sus oídos. Tabitha miró a su alrededor, pero el paisaje que la rodeaba era tan nuevo los árboles tan numerosos y extraños y la luz tan sucia y distorsionada que no consiguió interpretar lo que estaba viendo. La espesura de la jungla parecía palpar a su alrededor.

Algo se movió entre el follaje a su derecha.

Tabitha aferró su llave inglesa e intentó impedir que el corazón le saliera disparado por la boca.

—¡Tabitha! —gritó una voz en su oído.

Uno de los Gemelos había conseguido hacer funcionar su radio.

—¿Quién eres?

—Saskia.

—¿Dónde estás?

—Aquí —dijo la acróbata, lo cual no la ayudó mucho.

Tabitha escrutó la espesura intentando ver algo a través de la lluvia.

Las ramas volvieron a temblar. Tabitha logró distinguir una silueta plateada. La silueta luchó con la espesura durante unos momentos y acabó entrando en el claro.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Tabitha—. ¿Dónde se han metido los demás?

Saskia jadeaba y parecía terriblemente confusa.

—Marco intentó atraparlo. Mogul también, pero no se encuentra bien. Se ha hecho daño en la cabeza... No consigo encontrarlo.

El traje de Saskia —Tabitha apenas se había fijado en él hasta entonces— era un elegante modelo de color cromo con todos los sistemas disimulados en una delgada aleta dorsal. Daba la impresión de haber sido concebido para moverse por debajo del agua, y Saskia parecía un tiburón cyborg del futuro. La acróbata dio un par de pasos hacia adelante y acabó metida en un laguito fangoso que le llegaba hasta las rodillas.

—¿Dónde estamos, Tabitha?

—En Venus —respondió Tabitha—. ¿En qué otro sitio podríamos estar?

Intentó contener su irritación. ¿Por qué habían salido corriendo de la nave? ¿Y qué demonios le pasaba a Saskia? Nada de cuanto le había dicho parecía tener sentido.

El relámpago volvió a parpadear sobre sus cabezas. Un animal oculto en la espesura respondió lanzando un aullido de desafío.

—Entra—transmitió Tabitha, y bajó por donde había venido.

Saskia entró en la bodega. Jadeaba, y parecía muy preocupada. Fue hacia Tabitha y se detuvo delante de ella. El visor en forma de V del casco revelaba

un rostro muy pálido. La angustia había hecho que su piel cobrara un aspecto cerúleo.

—Mogul se ha hecho daño en la cabeza —repitió.

Tenía los ojos vidriosos, y no parecía ver demasiado bien.

—¿Dónde está? —preguntó Tabitha.

Saskia intentó abrazarla y movió un brazo plateado indicando toda la horrible extensión de la jungla, de Afrodita Terra y del planeta Venus entero.

—¡No lo sé! —gritó—. Pensé que quizá hubiera vuelto aquí.

Se apartó de Tabitha y empezó a hurgar entre la confusión de bultos como si tuviera la esperanza de que su hermano estuviera escondido entre ellos esperando el momento de saltar sobre ella y darle un buen susto.

Tabitha la siguió.

—¿Y Marco? ¿Qué está haciendo?

—¡Lo está buscando! ¡Se escapó!

—¿Qué se ha...?

Tabitha comprendió que estaba contemplando la respuesta.

El cilindro—ataúd del frasque estaba abierto y yacía en un charco fangoso.

Y el frasque había desaparecido.

43

BITACORA BGKO09059

TXJ .STD

IMPR!MIR

mc/~&&&& & ñ ~ ~ h f srt F sqtmrn & % o ***** *& *****]

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 09.01.225

ADELANTE

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA. ¿VA A CONTARME LA HISTORIA DEL FRASQUE?

¿Qué frasque?

EL QUE CONOCIO A BORDO DEL *TROGON RESPLANDECIENTE*.

Oh, ese frasque... La caravana frasque, claro. Debo haberte hablado de ella, ¿no?

SÍ CAPITANA. RECUERDO QUE ME HABLO DE ELLA.

La caravana estaría bajo las órdenes de una nave que aún no conocíamos. Sólo sabíamos que su nombre era *Cocatriz*, y que era una *Nebulon Streever*

de Plenty. creo que los frasques acababan de construir Plenty, o quizá aún no la habían terminado. La nave llegó y se estacionó en una órbita bastante baja sobre Selucia allí donde todo el mundo pudiera verla, pero habían llegado demasiado tarde y no pudieron tomar parte en los regateos y las celebraciones. Recuerdo que parecía una cometa gris recortada contra el cielo rosa...

La llegada de los frasques acabó con toda la animación. Hubo un éxodo general hacia las naves y los representantes se apresuraron a visitarles. Las tormentas de polvo del Cañón Copratres no tardaron en llegar.

Tricarico me había conseguido un empleo a bordo de la *Trogon resplandeciente* Trabajaría en los almacenes y tendría mucho tiempo libre para aguantarle siempre que quisiera venir a verme.

COMPRENDO, SU AMBIVALENCIA DE SIEMPRE, ¿EH?

Oh, supongo que el trabajo no estaba tan mal, sobre todo teniendo en cuenta mi poca experiencia, pero... Bueno, tampoco era como para ponerse a cantar y bailar, ¿entiendes? Estaba empezando a hartarme de Tricarico. No quería estar todo el tiempo con él. Había demasiadas cosas nuevas que ver y que hacer... Cuando partimos Tricarico estuvo muy ocupado durante unos días, y yo me dejé fascinar por los misterios de trabajar para Mandebra. Había muchas recompensas obviamente considerables al alcance de tu mano si eras lista.

Y enseguida me di cuenta de que si quería progresar lo primero que debía hacer era salir de los almacenes.

Para empezar, no podía aguantar a la encargada. Era una thrant calva llamada Wenyk y llevaba tanto tiempo trabajando en los almacenes que estaba obsesionada por el jabón, el vinagre, las cápsulas de argón y los bolígrafos de colores. Oh, te aseguro que no podías sacar ni un alfiler de los almacenes de Wenyk sin que hubiera tres entradas distintas en los libros justificándolo y registrándolo para la posteridad...

Wenyk estaba orgullosísima de su trabajo. Si la insignia de la casa Mandebra brillaba era sólo porque ella se había encargado de proporcionar el pulimento para hacerla brillar, ¿entiendes? Bueno, el caso es que a mí todo aquello me importaba un rábano... Mi nuevo empleo era casi tan insoportable como trabajar para el capitán Frank, con la única ventaja de que no te ensuciabas. Y Wenyk jamás olvidaba nada...

—Tabitha Ju, Tabitha Ju, ¿dónde etán lo sueta—cable de velcro asú tamaño 6?

—¿No están ahí, encargada? —respondí preguntándome a quién se los había suministrado.

Siempre estaba suministrando artículos y me olvidaba de apuntarlo en los libros, ¿entiendes?

—No, Tabitha Ju, no etán. El gundo ingeniero Morris Moryalos ha pedío el tamaño 6 asú y la hoja de carga isen que había toa una caja... Oh, sielos, sielos... Tú ya sabes cómo é el gundo ingeniero Morris Moryalos, ¿verdá?

—Déjelo en mis manos, encargada—respondí.

Y en cuanto se hubo largado le envié una caja del tamaño 6 color naranja pensando que le daría igual, qué demonios, y naturalmente al maldito segundo ingeniero no le hizo ninguna gracia así que se puso hecho una furia y habló con Wenyk, y Wenyk se encargó de darme una buena bronca. La única forma de escapar a sus broncas era estar fuera de los almacenes.

El día en que el frasque llegó a la nave yo estaba dando un paseo por ahí.

Habíamos dejado atrás Deimos hacía dos días y nos movíamos muy despacio. Teníamos que esperar a que los mastodontes de la Tierra y las cunas de masa de los frasques adquirieran algo de velocidad, ¿sabes? Yo acababa de visitar a Tricarico para administrarle una nueva dosis de presiones injustas, y me encontré a Wenyk intentando hacerse la simpática y quedar bien con una criatura de lo más raro que parecía un cruce entre un insecto y un arbusto muerto y que tenía el tamaño de un pony.

El frasque estaba entre yo y ella y me daba la espalda. Nunca había estado tan cerca de un frasque, y me dediqué a observarle esperando que no se le ocurriría darse la vuelta de repente.

Wenyk me habló por debajo de uno de los brazos del frasque.

—Tabitha Ju, ¿dónde ha estado? Tenía que habé vuelto hace media hora...

Murmuré una disculpa sin apartar los ojos del frasque y pasé junto a él moviéndome con tanta cautela como si me fuera a morder de un momento a otro.

Lo siento, encargada. Tuve que hablar con el contraamaestre sobre...

—Ovida eso, Tabitha Ju —dijo la encargada en un tono mucho más seco del que solía emplear conmigo—. Éta e la comandante, oh sielos, oh sielos, y... ¿Cómo me ha dicho uté que se llamaba, comandante?

La criatura —acababa de enterarme de que era una hembra—, emitió un ruido que era una mezcla del carraspeo de un insecto tan grande como un pony y el que podrían hacer un montón de cacahuetes estallando dentro de una bolsa de papel.

La frasque giró sobre sí misma y me miró.

¿Y QUÉ HIZO USTED ENTONCES, CAPITANA?

Supongo que me debí quedar paralizada. Lo que sí puedo asegurarte es que no hice ningún movimiento voluntario.

—Tabitha Ju, la comandante ha venío pa inspeccionar lo almasenes, y yo he intentao enseñárselo pero oh sielos, oh sielos, no consigo que entienda el sistema y...

Había un olor raro flotando en la habitación, un olor entre almizclado y acre. Los thrants no huelen, Alice, supongo que ya lo sabes.... No estaba segura de si era el olor de una thrant que estaba empezando a enloquecer de preocupación o si era el de una frasque impacientándose.

Wenyk se estaba enfrentando a un desafío mucho más grave que el de una unidad que necesitaba baterías nuevas, y le faltaba muy poco

para perder el control de sí misma; aunque por lo poco que yo sabía, quizá tuviera razones más que sobradas para estar tan nerviosa. ¿Que qué sabía yo sobre los frasques? Bueno, recordaba lo que Tricarico me había dicho sobre ellos —que no tendrías problemas mientras no metieras las narices en sus asuntos—, pero no estaba muy segura de si lo creía. Los thrants podían llevar miles de años teniendo tratos secretos con los frasques, y era posible que Wenyk tuviera todo el derecho del mundo a impregnar la habitación con las feromonas de su nerviosismo.

Me di cuenta de que debía tomar las riendas de la situación, y decidí empezar separándoles. Cogí a Wenyk de un codo y me la llevé hacia un lado de la habitación

—Creo que la estamos liando —dije, y me pregunté cómo se las había arreglado para enterarse de que estaba tratando con una hembra—. Déjeme a solas con ella y averiguaré lo que quiere.

Wenyk se puso como loca e intentó alejarse en dos direcciones distintas a la vez. No quería abandonar sus amados almacenes, sobre todo si eso significaba dejarlos en manos de una alienígena infiel e incompetente como yo, pero la frasque no parecía tener muchas ganas de marcharse y mientras estuviera en los almacenes Wenyk prefería estar en otro sitio lo más alejado posible.

—Me lancé sobre el comunicador apenas hubo tomado una decisión y hubo salido por la puerta. Pensaba llamar a Tricarico, pero tuve una idea mucho mejor. Llamé al puente y pedí que me pusieran con el oficial que estuviera al mando en esos momentos.

—¿Han perdido a alguna Persona Muy Importante? —le pregunté.

—¿Qué? ¿Con quién estoy hablando?

—Con Tabitha Jute, de Almacenes —respondí yo, tomando la precaución de omitir mi rango.

—Santa María... No estará ahí abajo, ¿verdad?

Dije que sí, que estaba ahí abajo, y corté la comunicación. "Mmmm... —pensé—, así que Wenyk tenía razón. La situación puede salirse de madre en cualquier momento".

Y empecé a hablar con la frasque.

¿Y DE QUÉ HABLARON?

De negocios, naturalmente.

—Almasssenesss —dijo.

Tenía una voz que parecía a punto de quebrarse con cada sílaba, pero estaba dispuesta a hablar y decidí aprovechar la ocasión.

—Sí —dije—, almacenes. Ha dado en el clavo. La *Trogon resplandeciente* se enorgullece de poseer los equipos y suministros más modernos y avanzados y de contar con los mejores almacenes que se pueden encontrar en una goleta mercante —afirmé moviendo los brazos de un lado a otro—. No hay otra goleta que tenga unos almacenes mejores que los nuestros, se lo aseguro.

La frasque emitió una especie de chisporroteo.

No estaba muy segura de si se suponía que debía entender el significado de aquel sonido, así que asentí y seguí hablando a toda velocidad. Le conté todo lo que se puede contar sobre los sujeta—cables de velcro de color azul y los sujeta—cables de velcro de color naranja y que guardábamos toda la comida y las sustancias perecederas allí mismo, al extremo opuesto de donde estaban los venenos y las sustancias inflamables, que se encontraban más o menos por allá.

La frasque me iba siguiendo con sus ojillos parecidos a cuentas. Sus miembros crujían cada vez que hacía algún movimiento. Se sacudía y se quedaba quieta, se sacudía y se quedaba quieta... Entre movimiento y movimiento se limitaba a quedarse totalmente inmóvil, como si estuviera paralizada, y no había ni el más mínimo temblor o vibración que pudiera indicarte que no estabas contemplando un arbusto reseco.

El olor acre seguía allí. Me pregunté qué podía arrojarle si acababa decidiendo que ya estaba harta de mis comentarios y de mi persona.

Y entonces se abrió la puerta y llegó la ayuda.

Melissa Mandebra entró en la habitación seguida por su mayordomo, el primer oficial, un par de guardias y Wenyk. No había esperado a la jefa en persona, pero decidí sacar el máximo provecho posible a su aparición. Bajé de un salto del mostrador al que me había encaramado y me presenté diciéndole que había encontrado a la alta dignataria extraviada, y llegué al extremo de explicarle el intenso y gratificante interés que la Comandante había estado mostrando hacia el modesto e insignificante trabajo que desempeñábamos en los almacenes.

Melissa me miró fijamente. Me miró como si pudiera leerme los pensamientos y supiera lo que pretendía, pero se las arregló para que su mirada pareciera llegar desde muy arriba..., igual que la de Xtasca, de hecho.

"Has estado dándole al thril, Melissa Mandebra —pensé—, ¿verdad que sí?"

Entonces abrió la boca y empezó a hablar con mi distinguida visitante... en frasque.

Fue horrible. Parecía un caso terminal de laringitis atragántandose con un montón de espinas de pescado.

La frasque giró rápidamente la cabeza hacia ella y replicó.

Y las dos se echaron a reír.

No intentaré describirte cómo sonaba esa risa.

Se rieron y todo acabó de repente. El cortejo salió de la habitación con muchas reverencias y oleadas de alivio por todas partes. Creo que quien sintió más alivio al verles marchar fue Wenyk.

¿Y SE LLEVO MEJOR CON ELLA DESPUÉS DE ESO?

No. Creo que sólo conseguí ponerla más nerviosa de lo que ya estaba, pero Tricarico dijo que me había comportado estupendamente. Empezó a tratarme como si fuera una especie de prodigio..., como si fuera una

chimpancé y acabara de escribir Macbeth o algo así. Se encargó de hablar con la piloto de la lanzadera y me puso por las nubes. Era la única piloto con que contaba la *Trogon resplandeciente* para dar un paseo a los peces gordos cuando querían distraerse, y ya estaba empezando a hacerse mayor. Cualquiera de los ayudantes de vuelo podía relevarla si surgía la necesidad, pero Tricarico estuvo de acuerdo conmigo en que sería buena idea escoger a alguien y proporcionarle un adiestramiento especial para que la sustituyera si no estaba disponible.

Creo que pensó que eso serviría para retenerme a bordo.

La piloto de la lanzadera habló del asunto con Melissa, quien se acordaba de mí con lo que sólo puedo definir como aprobación distante.

Y así fue cómo aprendí a volar.

Mi temporada a bordo de la Vaya boca me había servido para familiarizarme con algunas de las técnicas básicas, y después de las ridículas maniobras en las que me había visto obligada a echar una mano cuando el capitán Frank anclaba detrás de algún montón de basura particularmente vistoso, revolotear junto a la caravana era facilísimo. Hasta que llegamos a Júpiter, la lanzadera de la *Trogon resplandeciente* no tuvo que hacer nada más complicado que llevar a los Mandebras y a sus invitados a los compromisos sociales que se celebraban a bordo de la Espiritual negro, la Lamento del escorpión y las otras grandes naves de la caravana, y volverlos a traer. En cuanto insistí un poco me dejaron pilotar la lanzadera dos noches a la semana.

A veces conseguía una copa de Chablis, y a veces conseguía algo más que eso. Llegué a tener un asuntillo bastante serio con un guardia de seguridad de la Clemátide III.

Y cuando dimos el Primer Salto, Tabitha pudo asistir al baile. Deambularon por entre la espesura e inspeccionaron las ramas de aquellos árboles repelentes. Metieron las narices en los arbustos y consiguieron asustar a un puerco espín con pico de pato que les atacó lanzando un diluvio de púas cristalinas que se clavaron en sus trajes con un tintineo casi musical y huyó a toda velocidad entre toses y jadeos. Las serpientes se desenroscaron y asomaron de la cortina de "hojas" que había sobre sus cabezas para observarles como otras tantas cintas métricas de anillos muy gruesos que parecían tomarles la medida con sus astutos ojillos.

No había ni rastro de Héctor.

El terreno era tan abrupto y confuso que podía haber cualquier cosa oculta en cualquier parte. Nada era lo que parecía a primera vista. Las flores zumbaban, la tierra burbujeaba y los insectos revoloteaban velozmente de un lado a otro envueltos en chispazos de electricidad plateada. La engañosa claridad que caía del cielo hacía que todo pareciese estar en el fondo de un cuenco que tenía el horizonte por borde.

—Mogul se limitaba a contemplar el paisaje y no buscaba al frasque —dijo Saskia—. No paraba de reír y señalar con los brazos en todas direcciones. De repente echó a correr por entre los árboles y le perdí de vista.

Tabitha había puesto en funcionamiento el único extensor que seguía más o menos intacto y las tres unidades que habían sobrevivido al impacto para que fueran sacando el cargamento de la nave. Los baúles de cuero y las maletas de aluminio envueltas en sucias telas de seda roja y cretona ultramarina se amontonaban junto a un macizo de helechos goteantes como si fuesen el decorado de un ballet surrealista. La caja de viaje de Tal estaba entre ellas, con el loro aún dormido en su interior.

Saskia estaba intentando ayudar, pero no podía olvidar a su otra mitad y sus pensamientos se hallaban en cualquier sitio salvo allí. Tabitha le había dicho que cogiera un machete y fuera cortando las lianas que se habían enredado en las aletas y la parte inferior del fuselaje de la nave. Saskia se quedaba inmóvil de vez en cuando y observaba con cara de estar en trance cómo otro bulto de sus pertenencias era sacado de la bodega.

—No llores —dijo Tabitha—. Si lloras te cargarás los circuladores del aire.

Saskia dejó escapar un gemido desgarrador, tragó saliva con un considerable esfuerzo de voluntad y reanudó su más bien poco efectivo ataque a las lianas mascullando unas cuantas maldiciones ininteligibles.

Tabitha la imitó en silencio y fue hacia ella.

—Ve a buscarle —dijo en voz baja y suave.

Los ojos y la nariz de Saskia estaban muy rojos, y la blancura de hueso de su rostro hacía que resultaran especialmente horrendos. La acróbata meneó febrilmente la cabeza y volvió a enarbolar el machete.

—Esto es más importante.

—De momento nos las podemos arreglar sin ti. Ya me ayudarás después.

Saskia volvió la cabeza de mala gana y lanzó una mirada pensativa a la tenebrosa jungla que les rodeaba. Después miró a Tabitha y a la nave.

—Llévate el arma—dijo Tabitha.

—No la tengo. Mogul la llevaba encima.

—Bueno, pues entonces llévate el machete.

Saskia lo contempló con expresión dubitativa.

—¿No lo necesitarás?

Tabitha le dio unas palmaditas en el hombro.

—Vete. Mantén abierto un canal de comunicación y llámame cada cinco minutos.

Saskia se mordió el labio inferior. Alzó una mano y movió el nudillo de su dedo índice sobre el lado del visor de Tabitha en un gesto impregnado de una extraña ternura.

—Te quiero —dijo.

—No, no me quieres —se apresuró a replicar Tabitha—. Encuentra a tu hermano. No tardaremos en marcharnos —añadió.

Un destello de ira iluminó el rostro angustiado de Saskia y se desvaneció enseguida.

—No me trates como si fuera una niña, Tabitha —dijo.

Su respuesta la dejó tan sorprendida que no pudo evitar el lanzarle una mirada de culpabilidad, y tuvo que acabar clavando los ojos en el barro revuelto por la lluvia.

Cuando volvió a alzar la mirada Saskia ya estaba internándose entre los arbustos.

El día húmedo y desapacible siguió transcurriendo lentamente. El resplandor llameante del inmenso sol inmóvil atravesaba la capa de nubes con su presencia invisible y, al mismo tiempo, visible en todas partes. Los chorros de luz caliente y casi palpable que caían del cielo parecían infiltrarse en el traje de Tabitha y abrirse camino hasta sus huesos. Los insectos que se habían alejado debido al estrépito de la caída ya se habían recuperado del susto, y no tardaron en salir del follaje formando enjambres que emitían un ruido tan estridente como el de una sierra para cortar metales y proyectando una especie de aurora—colmena que interfería la recepción de las ondas de radio. Cuando Saskia la llamaba, su voz sonaba muy distante.

Tabitha y las unidades estaban intentando sacar la nave del surco en que había quedado hundida. Tabitha dio una orden. El ala de estribor emergió de entre la espesura proyectando un surtidor de fango.

—¡Estupendo, estupendo ! —gritó Tabitha corriendo desde la popa hasta babor—. ¡Aguantadla en esta posición!

Ver a la nave medio liberada de su prisión le hizo sentir un repentino acceso de esperanza, y decidió hacer un nuevo intento de hablar con su personalidad.

—Alice, Alice, ¿me oyes?—gritó—. ¿Puedes oírme?

No hubo contestación.

La llovizna aumentó bruscamente de intensidad y se convirtió en un chaparrón.

Tabitha hizo que las unidades sujetaran los cables a unos troncos, se sentó debajo de un árbol y chupó otro tubo de Vitalice. Observó a las pequeñas máquinas que trabajaban diligentemente sin hacer caso de la lluvia y el calor y empezó a preocuparse por ellas. El aislamiento mínimo standard de las unidades no había sido concebido para esa clase de condiciones, y una de ellas ya había empezado a comportarse de una forma algo extraña. En cuanto Tabitha dejaba de vigilarla y darle instrucciones la unidad se alejaba del claro hasta acabar chocando con el tronco del árbol más próximo y allí se quedaba abriendo y cerrando el mismo grillete de sujeción una y otra vez.

Saskia volvió a llamar, y unos instantes después Tabitha recibió una transmisión de Marco.

—¿Ha aparecido?

—¿Quién?

—Héctor, Héctor, quién va a ser... —La transmisión era pésima, y se le oía tan mal como si el casco de su traje estuviera envuelto en una pelota de lanilla metálica—. ¿A quién creías que me estaba refiriendo?

—A tu difunto socio.

—Sí, bueno, he tenido tantos que...

—El pobre y difunto Héctor, ¿verdad?

—¡Estaba muerto! ¡El..., eh..., ese eladeldi le disparó! —Chirrido—. Yo lo vi todo y... ¿No estaba muerto?

Tabitha tensó las mandíbulas hasta hacer rechinar 10s dientes. No pensaba discutir con él. De hecho, ni tan siquiera quería hablar con él...

—¿Aún no ha vuelto? —preguntó Marco—. No, supongo que no... —añadió después de unos momentos de silencio.

—No, no ha vuelto —replicó Tabitha.

—¿Te encuentras bien? No estarás herida ni nada parecido, ¿verdad? Supongo que Mogul es el único que..., la cosa no está tan mal. Hemos tenido bastante suerte, ¿no? ¿Está... contigo? Te he localizado, ya puedo ver la nave..., voy para allá.

Tabitha se limitó a responder gruñendo monosílabos. Se puso en pie, se pasó las manos por el traje y fue hasta la nave.

—No te molestes, Marco —dijo colocándose debajo de ella.

—Necesito hablar contigo —dijo Marco.

Estaba abriéndose paso por la curvatura del bosque sin dejar de hablar ni un segundo.

—Supongo que el calor lo descongeló. Me refiero a Héctor. Mierda, nos asustó..., se incorporó de un salto y salió de..., escapó por el techo —recordó Marco. La señal llegaba envuelta en crujidos y chisporroteos—. Nunca le había visto moverse tan deprisa.

Su voz sonaba tensa, como si aquella charla incesante fuera una forma de no rendirse a los efectos de la conmoción, el miedo y los nervios. "Hablar es su respuesta a todo", pensó Tabitha con amargura.

—Esos tipos saben moverse realmente deprisa cuando quieren —siguió diciendo Marco—. Supongo que..., confuso, nada más, debió asustarse y eso fue..., al aterrizar.

Tabitha no le respondió. Se inclinó sobre el panel de inspección de los primarios y lo corrió a un lado.

Alzó la cara y vio a Marco a unos cien metros de distancia entre los árboles. Llevaba un traje espléndido de color rojo escarlata y negro azabache. Marco la saludó con la mano y Tabitha le ignoró. Llamó a la unidad más próxima y se inclinó para levantarla del suelo en cuanto se le acercó.

Marco ya estaba allí.

—Oh, espera, espera, deja que te eche una mano con eso...

La ayudó a meter la unidad por la escotilla. El visor polarizado revelaba un rostro sucio y cubierto de sudor.

—Dios, me gustaría saber dónde se ha metido... dijo mientras la unidad se alejaba por la rampa que llevaba a la cabina. Marco alzó una mano y señaló la jungla empapada que les rodeaba—. No lleva traje y puede tener problemas.

Por un momento Tabitha pensó que se refería a Mogul, pero enseguida comprendió que estaba hablando de Héctor y concentró la atención en el monitor de su muñeca.

—¡Maldición, puede morir! —dijo secamente Marco y golpeó el umbral con el puño.

Tabitha decidió que no podía seguir aguantando aquello por más tiempo.

—Es un frasque. Marco —dijo.

—Sí, es un frasque dijo él—. Tienes razón.

—Los frasques son la única raza que ha conseguido construir en Venus — dijo Tabitha.

—¿Y?

—Por el amor de Cristo, que nosotros sepamos los frasques son la única especie que ha conseguido reproducirse en este infierno... De hecho, son la única especie que puede dar a luz en el espacio. En pleno vacío, ¿entiendes?

—Los Serafines... —replicó Marco.

—He dicho dar a luz.

La unidad le transmitió un perfil de situación y el visor del casco de Tabitha se opacó durante unos momentos.

—Bueno, ¿qué opinas? Crees que no le pasará nada, ¿eh? ¿Es eso lo que crees?

Marco alzó un pulgar y lo estrelló contra la parte inferior de su casco como si quisiera roerse la uña y hubiera olvidado que llevaba puesto el traje.

—Marco, si no consigo poner en marcha la nave todos moriremos. Moriremos aquí, y muy pronto.

—¿Qué? Pero... Estás enviando una señal de emergencia o algo por el estilo, ¿no?

—No —dijo ella. Alzó una mano y señaló el océano de nubes que se extendía sobre sus cabezas—. No dispongo de la energía suficiente para enviar nada capaz de atravesar eso.

Marco la miró con los ojos asustados de un *spaniel* aprensivo.

—Así que voy a ponerla en marcha —dijo Tabitha con mucha calma—. Y cuando lo haya conseguido, y te lo advierto ahora y no quiero que lo olvides..., no esperaré a los rezagados antes de despegar.

Envió una señal a la unidad que había desaparecido por la escotilla. Los amortiguadores de las toberas empezaron a vibrar.

—Lo entiendo dijo Marco—. Comprendo lo que sientes, créeme. Pero este tipo..., mi estrella, como tú dijiste, mi socio comercial, ¿hmmm? Bueno, está perdido por ahí y no se encuentra bien. Lo que quiero decir es... En fin, creíamos que estaba muerto, ¿recuerdas? Debe estar muy, muy malherido. Como mínimo.

—Estupendo dijo Tabitha—. Y ahora, lárgate.

Marco extendió las manos con las palmas hacia arriba en un gesto casi perentorio de apaciguamiento.

—De acuerdo dijo—. Hay un par de cosas que..., bueno, hay un par de cosas que creemos deberías saber, cosas que aún no he tenido tiempo de explicarte.

—Pues date prisa y explícamelas —dijo Tabitha en el tono más feroz del que fue capaz.

—Bueno, sé que tienes la impresión de que..., de que Héctor era un miembro más de nuestro grupo..., de Contrabando. Lo era, claro que lo era, sí, pero... Bueno, la verdad es que no formaba parte del grupo, no sé si me vas siguiendo...

Tabitha se encaró con él.

—Oye, Marco, ¿por qué no te vas a la mierda y me dejas trabajar en paz?

—¿Es realmente serio? —se apresuró a replicar Marco.

—Aún no he acabado de inspeccionar la nave.

—Bueno, pero... ¿Tiene muy mal aspecto?

—¡Sí!

Marco pareció entender por fin lo apurada que era su situación. Se apoyó en la nave y contempló con cierta aprensión el paisaje por el que había estado corriendo hacía unos minutos. Parecía perdido y acosado, como un animal que siente la proximidad de los cazadores. Tabitha le vio girar sobre sí mismo y pensó que estaba buscando alguna forma de huir.

Pero no había ninguna.

—¡Maldición!

Marco pateó el fuselaje de *la Alice* dejando la huella de su bota en la capa de barro que lo cubría.

Tabitha extendió la mano izquierda y le cogió del brazo. Marco se volvió hacia ella y Tabitha alzó la pierna derecha, apoyó la suela de su bota en el estómago de Marco y empujó con toda la furia que había ido acumulando dentro de ella.

Marco lanzó un chillido de sorpresa, perdió el equilibrio y cayó de espaldas quedando despatarrado sobre el fango. Su chillido se convirtió en un alarido de dolor cuando se golpeó la cabeza con la parte interior del casco y los cantos rígidos del traje y la armazón que sostenía el oxigenador se le incrustaron en la espalda. Tabitha fue hacia él mientras Marco movía frenéticamente los codos y las manos. Intentó ponerse en pie, pero las gruesas suelas de sus botas

resbalaron sobre el fango. Tabitha le observó en silencio y no le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse.

Marco consiguió rodar sobre sí mismo hasta quedar de lado. El movimiento creó surtidores de fango que les salpicaron a los dos. Marco puso una rodilla en el suelo. Su traje carmesí había quedado manchado de vegetación putrefacta y sustancias viscosas de un color rojo ladrillo. Marco se pasó frenéticamente el dorso del guantelete por el visor, pero sólo consiguió dejarlo aún más sucio de lo que ya estaba.

Tabitha puso el volumen del audio al máximo y se encaró con él separando los pies y extendiendo las manos hacia adelante.

—No pongas ni un dedo sobre mí, Marco Metz —aulló. Los auriculares del traje de Marco vibraron como si estuvieran a punto de reventar—. No pongas ni un dedo sobre mi nave. No quiero que nadie se acerque a mí. ¡En lo que a mí respecta puedes quedarte aquí y morirte!

—¡Tabitha, lo siento, lo siento! No quería...

Marco manoteó intentando no perder el equilibrio y extendió los brazos para apoyarse en la parte inferior del fuselaje. Tabitha lanzó un grito inarticulado y saltó sobre él como si pretendiera golpearle la cara con el dorso de la mano.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —gimoteó Marco—. ¡Deja que me levante maldita sea! Lo siento... ¡Ya te he dicho que lo sentía! —Contempló su traje manchado de barro y agitó los brazos en un gesto de impotencia—. Yo no quería... Yo sólo... Yo...

Tabitha cerró el canal de comunicación, le dio la espalda y volvió a concentrarse en el trabajo. Se deslizó debajo del vientre de la nave y fue metiendo el casco con mucha cautela por el compartimento de los reactores

Marco logró encontrar otro canal de comunicación.

—Quiero ayudar —dijo.

—No puedes.

—Antes te ayudé. Todos te ayudamos. No quería... Sí, le he dado una patada a tu nave. de acuerdo, pero yo..., todo es tan... Bueno, ya lo sabes. — Su voz se volvió tan suave como si estuviera a punto de hacerle una confidencia íntima—. Tabitha, ya sabes lo que siento por ti.

—Jódete, Marco —dijo Tabitha articulando con la máxima claridad cada sílaba.

—Quiero demostrarte que lamento mucho todo lo que ha ocurrido —dijo Marco en voz baja. Parecía muy sincero—. ¡Quiero ayudar a que todos salgamos de aquí !

Tabitha Jute sacó la cabeza de las entrañas de su nave y señaló hacia el bosque y el gradiente de aquella luz tan espesa como sopa que caía del cielo.

—Ve a ayudar a Saskia. Encuentra a Mogul. Cuando volváis os tendré preparado algo que hacer.

No estaba dispuesta a dejarse aplacar tan fácilmente.

Marco se fue. Tabitha le observó desaparecer en las profundidades de aquel infierno vegetal. Varios minutos después le vio atravesar un risco. Marco había quedado reducido a un traje de color escarlata que caminaba lentamente abriéndose paso por entre la confusión de árboles improbables de camino hacia aquel horizonte imposible.

La Alice Liddell estaba a un metro y medio del suelo pantanoso suspendida de un loco amasijo de cables tendidos entre los árboles. Colocarla en esa posición requirió un poco más de tiempo del que Tabitha había imaginado al principio. Se habían quedado sin cable a mitad de la maniobra y habían tenido que utilizar las redes formadas por las lianas resinosas que se pegaban unas a otras, y cuando éstas se acabaron hubo que conformarse con las enredaderas disponibles en la jungla.

La nave no estaba nivelada. El peso se había desplazado un poco y la tobera exterior del motor de estribor casi rozaba el suelo. No había ninguna forma de meterse debajo de ella para levantarla. Tabitha ya había perdido un gato hidráulico en aquel barrizal.

"Si fruncir el ceño pudiera arreglarlo, a estas alturas ya estaría más que arreglado", solía decir el padre de Tabitha. Tabitha estaba harta de luchar con el problema de la suspensión. La nave había quedado todo lo estable a que se podía aspirar en semejantes condiciones, y tenía otras cosas que hacer.

Hizo que las unidades subieran a bordo para que pusieran un poco de orden en la confusión de trastos y se ocuparan de arreglar las abolladuras más importantes mientras ella intentaba desviar las conexiones entre el generador protónico sinoidal y las toberas. El que Marco y los Gemelos no estuvieran la ayudaba a concentrarse, y mientras trabajaba hizo cuanto pudo para sacar de su sopor a la personalidad de *la Alice Liddell*. Tabitha la amenazó, le dijo palabras cariñosas y le contó historias.

El aguacero fue disminuyendo de intensidad hasta convertirse en un lento gotear melancólico.

Fuera cual fuese la avería de los laterales se encontraba a una profundidad inaccesible para las herramientas de que disponía. Lo más probable era que la avería estuviese en los amplificadores de compresión matricial, y Tabitha no pensaba hurgar en los amplificadores de compresión matricial sin disponer de un taller bien equipado y un mínimo de tres días que dedicar al trabajo. No disponía de un taller y tampoco tenía tres días. El traje de Saskia era una basura de diseño, y el de su hermano debía ser más o menos igual. Aquellos trajes no habían sido concebidos para soportar los rigores del infierno en el que se hallaban, y Tabitha estaba segura de que se derretirían mucho antes de que hubieran pasado tres días.

Saskia había vuelto a llamar.

—Saskia, ¿dónde está Marco? —preguntó Tabitha—. ¿Está contigo? Fue a buscarte.

—No le he visto —dijo Saskia.

Su voz apenas resultaba audible, pero la tristeza y el desánimo estaban ahí.

Tabitha pensó que quizá hubiese ido en busca del frasque y, después de todo, tampoco le importaba mucho dónde pudiera estar. Marco acabaría volviendo..., o no volvería.

—Mantén los ojos bien abiertos e intenta encontrarle —sugirió.

Tabitha se sentó debajo de una inmensa coliflor rosada y empezó a pensar en el problema al que se enfrentaba. Su única esperanza era que los amplificadores no estuvieran destrozados y que los Shernenkov siguieran manteniendo una relación razonablemente amistosa con los giróscopos. Después (si conseguía sellar la nave y no encontraba más averías graves que se le hubieran pasado por alto hasta el momento) había una posibilidad de que pudieran despegar. (Si los impulsores funcionaban. Si no estaban.... En fin, suponiendo que no se negaran a hacer lo que Tabitha esperaba de ellos.) Sí, había una posibilidad teórica de que pudieran despegar. Dios, no cabía duda de que la Bergen sabía construir naves realmente sólidas...

Pero el cristal del eje estaba averiado y en cuanto hubieran despegado lo único que podía hacer era colocar la nave en la mejor órbita posible. En cuanto al tiempo que durarían en esa órbita..., bueno, eso no había forma humana de adivinarlo. ¿Se mantendrían en ella el tiempo suficiente para atraer la atención de alguna nave? Probablemente no, pero ¿qué otra cosa podía hacer? La alternativa era quedarse sentada en la jungla y morir o internarse entre la espesura gritando y riendo.

Todos iban a morir.

No.

En tal caso... Órbitas.

Su mejor órbita. Sin el ordenador para trazar los rumbos o hacer las calibraciones. Si no conseguía reactivar ni tan siquiera el sistema de navegación elemental, tendría que hacerlo todo utilizando las tablas. Sabía que tenía un ejemplar de las tablas en algún sitio, y si no lograba encontrarlo, su mejor órbita sería el equivalente balístico de lanzar un escupitajo al techo.

"Xtasca habría podido hacer las calibraciones incluso dormida", pensó Tabitha. Oh, sí, Xtasca habría arreglado los amplificadores de compresión con un meneo de la cola..., siempre que se lo pidieras con educación, claro está. Xtasca habría sido condenadamente útil en aquellos momentos.

Xtasca ya estaba muerta.

Todos iban a morir.

De acuerdo. Bien, y mientras tanto...

Tabitha se puso en pie, lanzó una cautelosa mirada a su alrededor para averiguar si había alguna criatura arborícola acechando y empezó a trepar por la coliflor gigante. El tallo estaba tan lleno de protuberancias y pinchos que la ascensión resultaba muy fácil. Tabitha llegó a una gruesa rama de superficie lustrosa y se fue deslizándose por ella.

Examinó la selva carmesí y vio a las inmensas iguanas de color púrpura acostadas en sus ramas. Sus negras lenguas elásticas asomaban perezosamente de sus fauces para capturar a los insectos que revoloteaban por el aire. Los ojos de las iguanas quedaban medio ocultos por los gruesos

párpados y brillaban con una tenue chispa de diversión, como si estuvieran disfrutando de algún chiste privado que nunca perdía su gracia. Se estaban riendo de aquel estúpido grupo de humanos que corrían de un lado a otro como si se hubieran vuelto locos antes de morir.

Algo rugió a lo lejos. Tabitha odiaba aquel lugar. Se suponía que la jungla de Venus albergaba nada menos que dinosaurios, serpientes inmensas y gordísimas de aliento venenoso capaces de caminar entre los árboles. Tabitha ya había visto criaturas que parecían escorpiones, y había estado a punto de pisar una pequeña serpiente negra que le lanzó un bufido frenético y se apresuró a deslizarse por entre el barro hasta desaparecer. Los bichos que había visto hasta el momento no necesitaban el tamaño

para resultar horribles.

Tabitha nunca había estado en ningún sitio donde hubiera vida salvaje, y estaba descubriendo que no le gustaba nada. La mera idea de que pudieran existir criaturas que no encajaban en las categorías de las domesticadas, las conscientes o las comestibles le resultaba profundamente odiosa.

Tabitha bajó la cabeza y contempló el desnudo techo de su nave. El sistema de comunicaciones estaba totalmente destrozado, y sólo quedaban diez centímetros de una antena. Eso quería decir que no habría conexión audiovisual exterior, y con el parabrisas en su estado actual y nada para reemplazarlo tendría que despegar a ciegas.

Cuanta menos información disponible hubiese, más fácil resultaría el trabajo. Acelerar al máximo y salir de allí tan deprisa y haciendo tanto ruido como al llegar..., sí, parecía ser la única solución posible.

Después de eso..., pero pensar en lo que ocurriría después no tenía sentido, al menos por el momento. No hasta que hubiera averiguado cómo estaban los impulsores.

Cinco minutos después Tabitha estaba tumbada en el barro debajo de la *Alice* con toda la masa de la nave suspendida encima de ella. Estaba intentando asegurar el segundo gato hidráulico que había conseguido deslizarse debajo de la tobera que rozaba el suelo. Tabitha estaba enroscada sobre sí misma formando un ovillo con el brazo derecho estirado al máximo y la mayor parte del izquierdo metida en el hueco de la tobera. "Si la nave baja aunque sólo sean cinco centímetros, me hará picadillo", pensó Tabitha distraídamente. Empezó a hablar con la nave. Luchó torpemente con el gato hidráulico mientras emitía ruiditos guturales desde lo más profundo de su garganta y su nariz. Habría dado cualquier cosa por poder quitarse los guantes.

Tuvo que estar en esa posición durante un buen rato. Se olvidó de los dragones, los insectos, las iguanas fosforescentes y las pequeñas serpientes negras. La parte de su mente que registraba la existencia de aquellas criaturas dejó de funcionar, y Tabitha se convirtió en una máquina todavía más sencilla y tozuda que cualquiera de las unidades de a bordo. Tabitha era un mecanismo de carne y huesos que sostenía el gato hidráulico e intentaba colocarlo en su sitio. Era una palanca, nada más.

El tiempo fue transcurriendo en silencio. El sol oculto no se movía. Marco Metz y los Asombrosos Gemelos Zodiaco no dieron señales de vida.

Tabitha consiguió asegurar el gato hidráulico el tiempo suficiente para salir rodando de debajo de la nave y ordenar a las unidades que colocaran un tronco muerto sosteniéndola. Había vuelto a perder el gato hidráulico, pero el tronco aguantó. Subió a bordo y trepó a lo largo de la cubierta inclinada anhelando el momento de probar suerte con los impulsores.

Funcionaban. Un chorro triunfante de llamas expulsó el barro que se había introducido en las toberas. Tabitha descubrió que estaba cantando y que tenía los ojos llenos de lágrimas. Decidió recompensarse tomando una cerveza.

Saskia volvió a llamar.

—Le he encontrado —dijo con voz vacilante.

¿Era una interferencia o estaba cantando?

—¿A quién has encontrado? ¿Has encontrado a Mogul?

—A Mogul dijo ella—. A Marco... también..., voy a volver con Mogul.

—¿Está bien?

—¡No lo sé! —Saskia tragó saliva. Parecía entre perpleja e histérica, como si acabara de comprender en qué situación estaban y no pudiera soportarlo. Es feliz. ¿Tabitha? Tabitha, ¿cómo estás? ¿...y la Alice?

—Todo va bien dijo. Tabitha contempló su maltrecha nave y a las unidades que blandían sus rociadores de líquido sellador y sus lápices soldadores y sonrió—. De momento...

—Somos muy afortunados, ¿verdad? —dijo Saskia.

Tabitha esperaba que tuviera razón, porque después de aquella transmisión no había vuelto a tener noticias de ellos.

Se instaló en su red y empezó a luchar con el ordenador. Alice tenía intervalos de lucidez perfecta a los que sucedían largos lapsos de silencio.

Tabitha empezó a tener dificultades para concentrarse. Una unidad estaba trabajando en la puerta que no le había quedado más remedio que forzar e intentaba devolverle la hermeticidad. Hacía tanto ruido que Tabitha acabó teniendo que enviarla a popa. La puerta quedó colgando del marco y Tabitha siguió inmóvil en la cabina con el sistema refrigerante del traje puesto al máximo, absorta en su ataque a los laberintos fortificados de la lógica maquina.

La nave huía de ella. Un parpadeo de sombras que se deslizaba por los pasillos de silicio, un fugaz atisbo de algo que desaparecía doblando una esquina y flotaba más allá de una puerta..., ya no estaba.

Otra hora de calor e incomodidad transcurrió lentamente. Tabitha estaba cada vez más aturdida. En un momento dado tuvo la impresión de estar soñando. Salamandras amarillas asomaban por entre los pliegues de las cortinas y subían correteando por las paredes. Pero allí no había cortinas, ¿verdad?

"El oxigenador —pensó de repente—. Tengo que limpiarlo. ¿Cuánto tiempo lleva funcionando?" Volvió la cabeza hacia la unidad. La luz verde estaba encendida, pero el proceso necesitaba todo un cuarto de hora y sólo le

faltaban un par de minutos para terminar el cálculo con el que estaba luchando. Tabitha siguió abriéndose paso a través de los códigos.

Sabía que corría peligro, que debería perder los quince minutos necesarios para limpiar el oxigenador e iniciar un nuevo ciclo de funcionamiento, sabía que eso le despejaría la cabeza y sabía que estaba posponiendo el hacerlo porque su cerebro ya empezaba a sufrir los efectos del CO₂; pero dentro de un par de minutos más tendría listo otro bloque lógico y después todo resultaría mucho más fácil y podría tomarse un descanso.

Pero aun así... Tendría que tomarse un descanso, sí, un descanso de quince minutos porque..., porque quería tomarse un descanso, por eso. Quería tumbarse y descansar.

Salió de su red moviéndose con la lenta torpeza de un autómatas averiado.

—CAPITANA.

Alguien la estaba llamando.

Era una voz de mujer, una voz que le resultaba familiar.

—¿Mamá? exclamó Tabitha. Su voz sonaba muy extraña, como si tuviera una cañería pegada a la boca y estuviera gritando por ella—. ¿Qué quieres?

Se acostó en el suelo y clavó la mirada en aquellas preciosas hileras de luces rojas y verdes. Qué estupidez... Había pasado toda su vida en esta cabina y nunca se había fijado en ellas, nunca les había dedicado toda la atención que merecían. Eran tan bonitas... Resultaba muy gracioso.

—TIENE QUE LIMPIAR SU OXIGENADOR, CAPITANA.

—Dentro de un momento.

—POR FAVOR, CAPITANA... HÁGALO AHORA.

—¿Rella? ¿Eres tú?

Unos segundos de silencio.

—LIMPIA TU OXIGENADOR AHORA MISMO, TABITHA. HAZLO, JODER.

—¡Dodger!

Tabitha intentó levantarse, pero el esfuerzo necesario para conseguirlo era demasiado grande. Encontró algo en el suelo, un objeto de metal brillante. Sabía lo que era, pero no lograba recordar cómo se llamaba. Pesaba mucho. Y el metal centelleaba. Aquellas luces tan bonitas no paraban de multiplicarse y bailoteaban locamente dentro de su cabeza.

—TABITHA, TE ESTAS MURIENDO. VAS A MORIR.

Mirara donde mirase podía ver las luces de colores que le hacían guiños. En la consola, debajo de la consola, en el interior de la bodega... Estaban por todas partes.

Algo se movió en la bodega.

—¿Dodger?

Tabitha se inclinó hacia adelante y clavó los ojos en el tramo de peldaños. Las luces parpadeantes habían seguido multiplicándose y formaban un velo ubicuo entre sus ojos y cualquier punto hacia el que mirase.

Una sombra borrosa, como si hubiera alguien moviéndose por la bodega vacía.

—Puedo verte, Dodger.

Pero la verdad es que no podía. Parpadeó. Sintió un dolor en el pecho que le dificultaba el pensar. Quería dormir, pero el pecho le dolía demasiado. ¿Había alguien allí?

Quizá fuera uno de ellos, uno de esos pasajeros que llevaban aquellos trajes tan elegantes... Quizá había vuelto.

Una alarma empezó a sonar dentro de la cabina.

—¡TABITHA! ¡TABITHA! ¡TABITHA JUTE!

—Está bien, Dodger —graznó Tabitha—. Lo haré por ti. Sólo..., por ti...

No podía levantarse. El ruido de la alarma la estaba achatando poco a poco y la aplastaba contra el suelo. La voz siguió gritando mientras Tabitha se arrastraba lentamente sobre el trasero con el cuerpo pegado a la pared hasta que pudo extender un brazo por encima de su cabeza y buscar a tientas la conexión de aire del panel.

—Por ti, Dodger.

Metió el extremo de la conexión en su respirador.

—Por...

Y se desmayó.

Estaba debajo del agua. Estaba a una gran profundidad, y respiraba agua. Era sencillísimo. Bastaba con inhalar y expirar. Ah, si la gente se diera cuenta de lo fácil que era... Estaba avanzando a través de la noche acuática apartando el líquido con sus brazos. Vaya, aquí abajo también había estrellas. Tabitha avanzó hacia ellas y las estrellas ondularon perezosamente. Estaban parpadeando como si intentaran enviarle algún mensaje. "Ven—decían—. Ven."

Estaba muy, muy abajo.

Y un instante después estaba sobre la cubierta de vuelo de la *Alice Liddell* con los pulmones temblando y tragando el aire de la nave, la cabeza palpitante y un montón de alfileres clavados en cada extremidad. Alzó la cabeza hacia el parabrisas destrozado y distinguió la lívida claridad de la jungla deformada y el aguacero que caía del cielo envuelto en vapores.

"Idiota —se dijo mientras tragaba grandes bocanadas de aire—. Maldita idiota de mierda..."

Había creído que alguien le estaba hablando.

—¿Alice? —preguntó.

Le dolía la garganta.

No hubo respuesta.

Se apoyó en la pared y logró incorporarse. La conexión del aire le estorbaba, por lo que alargó un brazo a su espalda y se quitó el oxigenador. Después se irguió lo suficiente para conectar la unidad de limpieza. Si inclinaba la cabeza hacia un lado podía ver la aguja y comprobar hasta dónde había bajado. Tahitha se estremeció.

Quince minutos hasta que pudiera volver a moverse. Hurgó en la bolsa de su cinturón y encontró un último tubo de Vitalice.

Algo hizo ruido en la bodega.

Había algo ahí dentro. No habían sido imaginaciones suyas.

—¿Saskia?

Nada.

Quizá fuese el maldito loro. Quizá había conseguido salir de su caja.

—¿Tal? —gritó—. Tal, ven aquí.

No era el loro.

Chupó el tubo. Hasta el tragar le dolía.

Logró ponerse en pie. Alguien había envuelto todos sus músculos y articulaciones con una delgada capa de papel de lija. Se apoyó en la pared, jadeó y volvió la cabeza hacia el oxigenador. Diez minutos antes de que pudiera desconectarlo... Diez minutos durante los que debería esperar totalmente indefensa a que la criatura de la bodega decidiese salir de su escondite e ir a por ella.

Hubo un largo silencio seguido por un ruidito metálico y un golpeteo ahogado.

"Un murciélago —pensó Tabitha—. Ha entrado por la abertura del techo y ahora no consigue salir."

Seis minutos. Cinco. Cuatro minutos y veinticuatro segundos.

Otro ruido metálico. "Suena a trocitos de metal moviéndose", pensó Tabitha mientras se devanaba los sesos desesperadamente intentando adivinar qué podía ser. Algo relacionado con escamas metálicas... Las iguanas. Sí, claro.

Dos minutos cincuenta y ocho segundos.

La iguana sólo podía haber entrado de una manera. Tenía que haber trepado por uno de los troncos que habían usado como anclaje, deslizarse a lo largo de un cable, llegar hasta el techo y saltar por el hueco de las puertas.

Otro tintineo metálico, éste mucho más prolongado que los anteriores.

Un minuto.

Ahí dentro había algo, algo que la esperaba.

Tabitha vio la llave inglesa en el suelo de la cabina. Se dio cuenta de que estaba conteniendo el aliento. Si pensaba contener el aliento, ¿qué demonios estaba haciendo atrapada al otro extremo de la conexión de aire?

Un panel indicador de la unidad oxigenadora se encendió de repente.

AVISO. NO INTENTE DESCONECTAR EL OXIGENADOR HASTA QUE TODAS LAS LUCES SE HAYAN APAGADO Y EL CICLO HAYA LLEGADO A SU FIN.

Tabitha se agarró al oxigenador.

La maquinaria gruñía.

La luz seguía encendida.

Los imperios se formaron y se desintegraron.

La luz seguía encendida.

El universo giraba soñolientamente sobre su eje.

La luz se apagó.

Tabitha cogió el oxigenador y se lo echó al hombro. Lo colocó en su sitio, oyó el chasquido de la válvula y abrió la boca volviendo a llenar sus pulmones de oxígeno.

Sacó la conexión de aire de su casco y cogió la llave inglesa. Y ahora, veamos...

Fue por la rampa que llevaba a la bodega moviéndose lo más cautelosamente posible. Se apoyó en el quicio de la puerta que había forzado y sintió cómo *la Alice* oscilaba debajo de ella.

Algo bajo y achaparrado emergió de entre las sombras carmesíes y fue hacia ella.

No era una iguana. Era más grande que una iguana.

Tabitha echó el brazo hacia atrás y se dispuso a arrojarle la llave inglesa, pero entonces vio lo que era.

Era una unidad de carga, y sus manipuladores sostenían una pandereta.

La unidad se movió y la pandereta emitió un tintineo metálico.

—Estúpido montón de chatarra... —dijo Tabitha con voz cansada—. Dame eso.

La unidad le entregó la pandereta. Tabitha le alargó la llave inglesa.

—Toma—dijo—. Arregla la puerta.

Los visores de la unidad emitieron un suave destello.

Tabitha se acuclilló junto a ella, echó un vistazo a las luces e indicadores del panel de control de la unidad y tecleó la secuencia de órdenes. Después giró sobre sí misma con la pandereta en una mano para cruzar el umbral de la cabina. La unidad la siguió. Tabitha clavó los ojos en la pandereta y la sacudió. Puso un pie sobre la rampa de la cubierta de vuelo.

Alzó la cabeza.

Y vio algo que se alzaba sobre ella, algo que parecía un espantapájaros desnudo; un arbusto arrancado de raíz; un árbol destrozado por el rayo. La cosa se inclinó hacia ella crujiendo y doblándose por los lugares más inesperados.

Tabitha tragó saliva.

—¿Héc-Héctor? —preguntó.

El frasque emitió un siseo, un sonido muy parecido al de un haz de ramitas verdes partiéndose entre las llamas.

Tabitha retrocedió un paso.

El frasque hizo girar rápidamente sus caderas y empezó a bajar por la rampa. Sus movimientos recordaban un poco a los de una cigüeña y un poco a los de una marioneta manejada por un titiritero muy torpe.

La penumbra hacía que pareciera un manojo de ramas animado. Su cuerpo era una larga masa bulbosa de tubos fibrosos de un color marrón claro del que asomaban cuatro brazos nervudos y dos flacas piernas que daban la impresión de haber sido incrustadas en la masa central o de haber crecido siguiendo ángulos tan arbitrarios como las ramas de una parra. El frasque estaba desnudo, aunque decir eso tiene tan poco significado como decir que un insecto está desnudo. Su cuerpo era toda la armadura que necesitaba.

El frasque llegó al final de la rampa y se detuvo a muy poca distancia de Tabitha, dominándola con su estatura. Inclino la cabeza a un lado y la inspeccionó. Sus ojos estaban hundidos en las cuencas y eran tan redondos y negros como un par de moras diminutas y brillantes.

—Nave esssspassssial —dijo el frasque.

Tabitha no tuvo ninguna dificultad para entenderle, aunque la voz era tan crujiente y chisporroteante que durante un momento pensó que su canal de audio estaba sufriendo interferencias.

—Sí dijo . Es mi nave espacial.

Pasó junto a él moviéndose muy despacio y sin dejar de darle la cara ni un segundo hasta llegar a la rampa de la cabina. Subió por ella y el frasque la siguió con la mirada.

—Me llamo Tabitha Jute —dijo Tabitha intentando que su voz sonara lo más firme y segura de sí misma posible—. Puedes llamarme capitana.

Le dio la espalda para dejar la pandereta y el frasque emitió un segundo siseo que le hizo dar un salto.

Tabitha extendió el brazo lentamente hasta meter la mano dentro de la red disponiéndose a abrirla e instalarse en ella. Después giró sobre sí misma y volvió a clavar los ojos en el frasque, quien seguía observándola. Tabitha se preguntó si comprendía la situación y lo peligroso que podía resultar si se asustaba.

—Tus amigos están muy preocupados por ti —dijo.

El frasque meneó la cabeza con un curioso movimiento de sacacorchos.

—Marco Metz —dijo ella—. Los Gemelos Zodíaco..., tus amigos.

El frasque no dio ninguna señal de haberla entendido.

Tabitha alzó una mano hacia el parabrisas destrozado y señaló la grotesca selva que se extendía al otro lado.

—Están ahí fuera buscándote —dijo.

Se metió en la red.

El frasque se movió. Subió a toda velocidad por la rampa y se quedó inmóvil junto a ella, demasiado cerca para el gusto de Tabitha.

Las ramas que formaban su cuerpo eran nudosas y parecían tan rígidas como huesos. Había sitios en los que habrías podido deslizar un dedo por entre ellas, y por lo que podía ver parecían auténticas ramas.

—Ssssistema —dijo el frasque. Volvió la cabeza hacia el parabrisas y extendió un brazo delante del cuerpo. Su garra-mano se posó sobre la consola haciendo bastante ruido—. Ssssistema Ssssol —dijo.

—Venus —dijo Tabitha—. Estamos en Venus. —Intentó no clavar los ojos en la garra posada sobre la consola—. ¿Puedes reparar el plexiglás? —preguntó.

"Si quiere, lo más probable es que pueda hacerlo", pensó. Recordaba cómo habían construido Plenty. Los frasques habían creado aquella sustancia parecida al hueso segregándola del vacío y de la sopa primordial de partículas.

El rostro del frasque se dobló hacia adentro a lo largo de un eje vertical. Tabitha pensó que estaba formando una expresión, y el esfuerzo le recordó al de una vaina reseca partiéndose en dos mitades. Pero el movimiento iba hacia adentro, y creaba la impresión de que el frasque estaba intentando chuparse el rostro.

Tabitha se estremeció.

—Oye, tengo muchísimas cosas que hacer—se apresuró a decir—. Si no consigo poner en marcha esta nave tus amigos y yo no vamos a durar mucho tiempo, así que si no te importa puedes volver a la bodega y esperarles allí... —Señaló hacia la rampa procurando que el gesto resultara lo menos ambiguo posible—. Intentaré hablar con ellos para decirles que estás bien, ¿de acuerdo?

El rostro del frasque volvió a su estado anterior, el que Tabitha suponía era habitual. Su boca seguía abierta. Hilillos de saliva brillante colgaban entre sus denticillos parecidos a tallos.

No se movió.

Tabitha alargó cautelosamente una mano hacia la consola y conectó el canal de audio.

—Alice, el frasque está aquí. No sé si me entiende. ¿Qué puedo hacer? No hubo contestación.

—Vamos, Alice, estabas ahí hace un momento. Sé que estabas ahí...

Nada.

—¡Mierda!

Decidió llamar a Saskia. Transmitió en todas las frecuencias locales con la esperanza de que lograría captar la señal a través de la estática... y con la esperanza de que no estaría muerta, porque se le acababa de pasar por la cabeza la horrible posibilidad de que lo estuviese.

—Hola, hola, Saskia, ¿puedes oírme?

Su mensaje obtuvo contestación.

—... hacia el sol hasta que seamos uno, casi hemos empezado a respirar...

—Era su voz. Estaba cantando—. nosotros... corriendo hacia el s...

La señal era pésima, pero estaba claro que Saskia se encontraba muy mal y que no aguantaría mucho más. Tabitha cerró los ojos. La sucesión de calamidades parecía no tener fin. El planeta estaba acabando con ellos uno por uno...

—Hola..., bitha... ¿Me oyes?

La voz de Saskia. El canturreo no había cesado. Quien cantaba era Mogul.

—¡Sakia! ¿Dónde estás?

El frasque se agitó nerviosamente junto a su codo. Cuando se movía lo hacía de una forma tan brusca como convulsiva. Todas sus ramas cambiaban de posición igual que si poseyeran voluntad propia, como si fueran tubos de un oscuro plástico flexible tensados entre nodulillos llenos de granitos. Cuando se quedaba quieto la cesación del movimiento era igualmente brusca y convulsiva, y todas las ramas volvían a quedar tan rígidas e inmóviles como si fuesen huesos.

—... se escapó... —dijo Saskia.

O quizá fuera Mogul. Tabitha ya no conseguía distinguir las voces de los Gemelos.

Un instante después pudo oír la voz de Marco, que parecía venir de muy lejos.

—... voy —dijo—. Un par de minutos.

Seguía haciendo promesas.

—Vuestro amigo está aquí —dijo Tabitha. No tenía ni idea de quién oiría su mensaje, suponiendo que fuese oído por alguien—. Vuestro amigo está aquí. Está en la nave.

El frasque volvió a estremecerse.

—Ssssírveme dijo. La "m" casi sonaba como "gn"—. Ssssírvegne.

Tabitha estaba a punto de perder la paciencia.

—¿Quieres ir a Titán? —preguntó, y volvió a señalar la bodega—. Métete ahí dentro, siéntate donde te dé la gana y no digas ni una sola palabra más.

El frasque giró sobre sí mismo y sus miembros se deslizaron sobre el pasillo. Sus pies erizados de pinchos aplastaron los desperdicios esparcidos en el suelo.

Pero no parecía dispuesto a volver a la bodega y... Sí, sólo estaba dando un paseo. Tabitha sintió deseos de gritar. Tendría que ignorarle y esperar para averiguar si decidía dejarla en paz. Se volvió hacia el teclado. Su corazón latía mucho más aprisa de lo que le habría gustado.

Y de repente, el pasajero no invitado volvió a poner su flaca garra sobre la consola justo al lado de su mano derecha.

Tabitha dio un salto, contuvo el aliento y se volvió hacia el frasque.

La criatura estaba contemplándola desde lo alto.

—Resssstáurame dijo—. Tst.

Tabitha volvió a oír voces por sus auriculares.

Por fin. Habían regresado.

—Marco —transmitió. Estaba dispuesta a rendirse—. Habla con esta cosa y sácala de aquí.

—¿Que saque el qué? —preguntó Marco.

Parecía cansado y enfadado. Tabitha no logró decidir si no la había oído o si no se había enterado de que el frasque estaba en la cabina.

—Saca a Héctor de aquí —dijo—. Saca a este..., lo que sea. Líbrame de él, Marco.

—No sé cómo coño se llama—dijo Marco.

—Estupendo —murmuró Tabitha.

Abrió su red con dedos cansados y se puso en pie.

El frasque no se movió. Estaba obstruyéndole el paso.

—Disculpa—dijo Tabitha.

Era como hablar con un árbol, y el resultado parecía más o menos el mismo. Tabitha estaba tan cansada que había dejado de preocuparse por las consecuencias de sus actos. Decidió salir de la cabina.

El frasque no la mató.

Las ramas siguieron tan rígidas e inmóviles como si fuesen otros tantos huesos.

Tabitha echó un vistazo por una mirilla y fue a la mirilla de enfrente. Ahí estaban. Podía verlos viniendo a través de la jungla en una dirección totalmente inesperada. Mogul llevaba un traje color azul eléctrico con los miembros recubiertos de anillas flexibles sobre el que oscilaban dos pequeñas antenas. Su traje no se parecía en nada al de Saskia, eso estaba claro. Mogul caminaba de una forma extraña, como si no controlara muy bien sus articulaciones, y no paraba de lanzar miradas a los árboles y al cielo. Saskia y Marco tenían que hacer visibles esfuerzos para conseguir que no se apartara de la dirección correcta.

Mogul vio a *la Alice* suspendida entre los árboles. Tabitha oyó la exuberante carcajada que brotó de sus labios. Giró sobre sí misma y le hizo una seña al frasque.

—Marco Metz —dijo—. Mogul, Saskia... Tus amigos. Ahí abajo.

Señaló con la mano.

El frasque fue hasta el comienzo de la rampa y se quedó inmóvil.

Tabitha volvió a probar suerte con el lenguaje de los signos y acabó perdiendo la paciencia. Fue hasta el frasque y le agarró por un brazo. La criatura se apartó, y Tabitha le agarró por otro.

—¡Tus amigos! —repetía una y otra vez. Logró llevarlo hasta la puerta interior, luchó con la escotilla y abrió los dos paneles de un manotazo—. ¡Mira!

Mogul lanzó un grito de alarma y desafío. Se libró de sus guías y echó a correr hacia la nave serpenteando por entre los árboles y cruzando los charcos del claro con ruidosos chapoteos.

Marco y Saskia echaron a correr detrás de él llamándole a gritos.

Mogul llegó a la nave con Saskia pisándole los talones y Marco un poco detrás de ella. Corrió en línea recta hacia la puerta donde estaba Tabitha con el frasque alzándose sobre ella y saltó hacia arriba agarrándose al marco con las dos manos.

Su visor era del modelo que permitía ver toda la cara. Había sangre en el reverso de la placa, y también la había en su rostro. Aquella piel normalmente tan blanca como la porcelana o el hueso estaba moteada por los manchones rojos y púrpura de los vasos sanguíneos reventados. Su traje no había sido diseñado para soportar nada más duro que un paseíto por la superficie de Ceres, y los sistemas se habían recalentado. Venus había acabado con el refrigerador y el recubrimiento de presión. Los ojos de Mogul parecían tan grandes como dos platos de radar, su boca estaba entreabierta y sus labios se apartaban de las encías revelando unos dientes tan grandes como los de un caballo.

El frasque se puso en movimiento con una sacudida espasmódica. Daba la impresión de estar intentando rascarse la espalda.

Pero en vez de eso lo que hizo fue conjurar de la nada una pistolita de metal azulado y alzar el cañón hacia el hombre que se disponía a entrar de un salto por la escotilla.

Y disparó.

Mogul apartó bruscamente a Tabitha con un brazo haciéndola caer al suelo. Tabitha chocó con la puerta externa y estuvo a punto de desplomarse encima de Saskia, quien ya había saltado en pos de su hermano. Sus cuerpos chocaron y Saskia cayó de espaldas sobre el barrizal.

El frasque volvió a disparar. El proyectil salió por el hueco de la puerta y se incrustó en el suelo creando un surtidor de barro que se desparramó sobre el visor de Marco.

Tabitha logró poner una rodilla en el suelo. Saskia intentaba incorporarse a su espalda. Mogul estaba luchando con el frasque moviendo frenéticamente la boca como para lanzar un alarido silencioso, y estaba obligándole a retroceder. El frasque se retorció y se agitaba elásticamente en todas direcciones moviendo sus miembros a toda velocidad. El brazo que sostenía el arma se debatió. El frasque volvió a disparar.

Mogul se envaró. Su traje dejó escapar un hilillo de vapor azulado que salió por el hueco de la escotilla.

Saskia gritó.

Tabitha se lanzó sobre la pareja de contrincantes e intentó apoderarse del arma. Agarrarse al brazo del frasque era tan difícil como intentar sujetarse a un cable resbaladizo que estuviera siendo recogido por una polea.

Mogul se había derrumbado en el umbral de la escotilla y estaba intentando arrastrar al frasque al suelo sin conseguirlo. Sus largos brazos estaban alrededor de sus piernas y había logrado inmovilizar dos de los brazos de la criatura. Tabitha curvó las manos alrededor del brazo que sostenía el arma y tiró con todas sus fuerzas. El frasque se retorció y le hizo perder su presa. La pistola salió volando por los aires y acabó cayendo dentro de la cabina.

Saskia apartó a Tabitha de un empujón, saltó por encima de su hermano y subió corriendo por la rampa.

Marco ya estaba a bordo y decidió incorporarse a la pelea. Un brazo del frasque se movió a toda velocidad, golpeó a Tabitha en el pecho y la lanzó al otro extremo de la cubierta. El impacto la dejó sin aliento y Tabitha vio a través de una neblina de dolor como la criatura se movía aún más deprisa que antes, cogía a Marco y lo arrojaba fuera de la nave arrastrando a Mogul por el puro ímpetu de su embestida sin que éste dejara de chillar ni un instante.

Saskia bajó saltando por la rampa con el arma en la mano y vació el cargador en la espalda del frasque.

El frasque ni se enteró. Estaba inclinándose encima de su hermano.

Mogul se debatía ferozmente. Tabitha podía ver los movimientos convulsivos de sus piernas. Intentó levantarse.

Las caderas del frasque giraron 180 grados en una nueva muestra de esa increíble velocidad acelerada que parecía capaz de usar en momentos de apuro. Cogió a Mogul por el cuello, le alzó en vilo y le arrojó sobre la cubierta. El sello del casco se resquebrajó y dejó escapar un fino rociado de vapor azul y sangre carmesí.

Saskia estaba gritando e intentaba llegar a él, pero Tabitha la cogió y la contuvo. Pesaba tan poco como una niña.

El frasque puso una mano a cada lado del cuello de Mogul y empezó a apretar. El visor se había llenado de hilillos rojizos. El cuerpo de la criatura pareció sucumbir a un feroz ataque de espasmos y temblores incontrolables. Mogul arqueó la espalda, abrió sus largas manos y tensó los dedos como si quisiera hacerlos crecer. Sus talones tamborilearon sobre la cubierta. El cuerpo se derrumbó un instante después y se quedó totalmente inmóvil.

Saskia aulló, hizo un último y frenético intento de saltar hacia adelante que no dio ningún resultado, rodeó a Tabitha con los brazos y se agarró a ella con tal desesperación que Tabitha casi pudo sentir su cuerpo a través de los dos trajes.

El frasque fue hacia ellas extendiendo todos sus brazos y emitiendo una especie de castañeteo.

BITACORA BG KO09059

TXJ .STD

IMPRIMIR

t — — — — xjxjXJ

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 18.08.67

ADELANTE

47

querg

Contrabando tendría que estar actuando en una boda5. Tendrían que estar actuando en algún lugar. Tendrían que estar actuando en cualquier sitio que no fuera aquí.

—Creo que harían un papel estupendo en una boda5. Asistí a una, ¿sabes?

¿UNA QUÉ, CAPITANA?

Una boda5. No hay muchos humanos que puedan presumir de haber estado en una.

SUPONGO QUE NO.

No hay muchos humanos que hayan estado encerrados en la cárcel de Mntce, y todavía menos que hayan asistido a una boda5.

CAPITANA. . .

¿Sí, Alice?

¿QUÉ ES UNA BODA5?

Oh, es una boda5 palerniana. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos en Mntce?

¿HACE UN PAR DE AÑOS?

Exacto. Fuimos subcontratadas por el servicio de banquetes.

LLEVABAMOS TODO UN CARGAMENTO DE COMIDA, ¿NO?

Sí, llevábamos esas cosas que les gusta comer a los palernianos. Pan de lava, por ejemplo.

LICHIS.

Sí. Y piñones, bandejas y más bandejas de piñones.

ENTRAÑAS Y DESPOJOS DE CABALLO SECADOS AL VIENTO.

Y tambores enteros de hilo de regaliz.

ESTUVE APARCADA ALLI MUCHO TIEMPO.

Bueno, primero asistí a la boda5 y luego me encerraron. ¿No te hablé de eso al volver?

CREO RECORDAR QUE CUANDO VOLVIO NO TENIA MUCHAS GANAS DE HABLAR, CAPITANA.

¿ No?

NO SE ENCONTRABA MUY BIEN.

Fue una experiencia bastante dura.

LAS BODAS5 SON CEREMONIAS DE APAREAMIENTO, ¿VERDAD?

Exacto.

ENTONCES, ¿QUÉ ES UNA BODA5?

Los palernianos lo hacen todo en grupos de cinco. Ya lo sabes, ¿no?

PERO NO TIENEN CINCO SEXOS, ¿VERDAD?

No, es algo social... La verdad es que se trata de algo tremendamente social. Cuando te casas contraes matrimonio con uno de tus parientes y un pariente de la otra persona y uno de sus compañeros..., amantes o lo que sean. Todo a la vez. Así es como sale la cuenta de los cinco, ¿entiendes? Una boda5.. No sé qué diablos harán en la cama, pero si la ceremonia de la boda5 tiene algo que ver con lo que ocurre después supongo que debe ser bastante interesante.

Y puedo asegurarte que se reproducen.

Los pasillos de Mntce siempre están llenos de críos o de adolescentes con el pelaje repeinadísimo que se encargan de los rebaños de pequeños que parecen bolas peludas. Están por todas partes, créeme... ¿Sabes que en el tiempo que llevamos aquí ya se las han arreglado para criar a dos generaciones enteras?

Los pequeños parecen ser los que mandan. Estaban en los talleres, en la zona de aduanas, en los bares..., había críos por todas partes y tenías que andar con mucho cuidado para no pisar a ninguno. Corrían a toda velocidad gritando y haciendo ruiditos y robando los guisantes dulces de la barra. A veces los que son realmente pequeños trepan a tu regazo, se pegan a ti y te hurgan en los bolsillos.

Me encontré con Fritz Juventi. Estaba haciendo no sé qué arreglos diplomáticos o quizá fuera algún negocio vagamente sucio, no lo sé con exactitud... Puede que estuviera discutiendo las tarifas en beneficio de Valenzuela. Se lo pasaba en grande. Aquel sitio hacía que se sintiera de lo más paternal o abuelal... ¿Existe esa palabra, Alice? Bueno, le encontré en el barrio de la delegación con un crío cogido de cada mano y uno tan pequeño que apenas se le veía montado detrás de la cabeza. El diminuto no paraba de echarle la peluca sobre los ojos, y Fritz gritaba y seguía andando.

—¡Vaya! ¡Ahora no puedo ver adónde voy! —decía. Caminaba en círculos y acababa tropezando con una pared a propósito y el crío que llevaba a la espalda no paraba de gritar y reír. Oh, te aseguro que estaba encantado...—. No puedo ver, y no estoy seguro de si podré seguir sujetándote.

Y entonces fingía que iba a perder el equilibrio y se recuperaba en el último momento, y los críos corrían de un lado a otro y rebotaban en las paredes. Estaban convencidos de que todo aquello era divertidísimo.

Fritz fue el que me habló de las boda5.

—Tabitha, si alguna vez tienes la ocasión de asistir a esa ceremonia te apremio con todo mi entusiasmo a que no la dejes escapar.

Se sentó delante de mí con su cuello en forma de alerones y su traje de piel sonriendo jovialmente alrededor de su enorme nariz y se dedicó a darme palmaditas en la pierna. Vieja sanguijuela... Parecía como si estuviera hablando de una excursión con guía por Santa Astrea Capella, pero yo aún

recordaba al Fritz de las noches a bordo de la vieja Perseverancia. Cuando el tío Fritz se muestra supercortés y parece supersobrio..., bueno, entonces es mejor que te andes con mucho cuidado. Por eso me complació tanto que me invitaran. A la boda5, ¿entiendes? Ella era la hija del designado de Frío Reeve y él era hermano del Piloto Limbo, y por lo tanto los demás eran..., veamos..., el hermano de la madre..., el hermano5 quiero decir, o quizá fuera su hermano5 y el otro esposo de su madre...

PROBABLEMENTE TENGA UN DIAGRAMA POR ALGUN SITIO, CAPITANA. ¿QUIERE QUE LO BUSQUE?

No te molestes, Alice. Es tremendamente complicado, así que... Bueno, es tan complicado que siempre me ha asombrado que consigan reunir a cinco palernianos emparentados como es debido para una boda5. Claro que casi todos están emparentados, ¿.no?

SÍ, NO CABE DUDA DE QUE SON MUY GREGARIOS. AUNQUE NUNCA ME HE DEDICADO A CONTARLOS DE CINCO EN CINCO.

Pues siempre lo hacen todo en grupos de cinco, y no me refiero sólo al matrimonio. Grupos de trabajo, equipos deportivos, la tripulación de un bote, una orquesta... Y en cuanto hay niños ya tienes a todo un clan, aunque, a juzgar por cómo se comportan, los críos de todos forman un solo e inmenso grupo de juegos. No sé cómo se las arreglan para distinguirlos.

Y en cuanto se han casado son fieles hasta la muerte. Sí, Alice, se sienten perdidos sin el otro... Si los separas se van marchitando poco a poco y lo pasan realmente mal. Lo único que puede desintegrar un quinteto es la muerte de un miembro. Si no consiguen encontrar a un sustituto pueden llegar a enloquecer. A veces les ves deambulando por los dormitorios o por las zonas de servicio, cuatro palernianos hablando con otro que ya no está allí... Dejan de cuidarse, les salen unas llagas horribles y de repente se vuelven locos y empiezan a destrozar cuanto tienen alrededor.

Si eres palerniano, cuando te casas debes reunirte con todos tus parientes y amistades, lo cual significa un montón de gente, y haces una cosa que... Es bastante difícil de explicar, ¿sabes? Tiene un poquito de danza y un poquito de orgía, y otro poquito de bingo; y dura días enteros. Hay montones de comida, bebida y cosas para fumar. El servicio de banquetes es importantísimo.

¿Y ES ASI COMO CONSIGUIO QUE LA INVITARAN, CAPITANA?

Lo que habíamos traído —las entrañas de caballo y todo lo demás— era un envío de emergencia porque no sé quién les había fallado, y se alegraron tanto al vernos llegar que decidieron invitarme a la ceremonia.

El primer día fue una auténtica orgía de alcohol. Oh, no estuvo nada mal, ¿sabes? No paraban de pronunciar votos, hacer juramentos y marcarse las orejas aparte de hacer otras cosas bastante raras, pero cada vez que alguien decía algo interrumpían la ceremonia para echar un trago, y cuando hay cinco personas y cada una tiene que soltar su rollo eso significa que acabas bebiendo muchísimo. Y también se bailaba, y la música estaba tan alta que te dejaba sorda... La cosa acabó siendo bastante física —recuerda que estaba en una sala con doscientos palernianos—, pero fue una experiencia muy alegre y francamente glandular, y pasé un calor horroroso, pero todo el mundo estaba

de muy buen humor y no hubo ni una sola pelea. Cuando se casan entran en una especie de ciclo hormonal automático que les impide enfadarse con sus compañeros o sus parientes, ¿comprendes? Todo eso era una novedad para mí. Supongo que me debí portar bastante mal y que no dejé en muy buen lugar a la especie humana, pero puedo asegurarte que lo pasé en grande.

Al día siguiente me levanté tardísimo y cuando llegué a la sala de banquetes el buffet..., bueno, la verdad es que parecía una especie de abrevadero gigante..., toda la comida había sido consumida o se la habían llevado, y sólo quedaba un montón enorme de cosas en el centro de la sala.

¿COSAS?

Sí, objetos personales. Ropa, zapatos, cintas, joyas, bolitas de arcilla pintadas de varios colores, bates y pelotas, unas bolsas tubulares llenas de lo que parecía lana grasienta..., el tipo de cosas de las que ningún palerniano quiere estar lejos sean cuales sean las circunstancias. El montón era muy alto, te lo aseguro.

Verás, parece que cuando te casas tienes que traer contigo todas las cosas del hogar que abandonas..., todo lo que te pertenece, todo aquello con lo que has crecido..., tienes que amontonarlo en el centro de la sala del banquete y luego has de hacerlo pedazos.

El nuevo quinteto es el que empieza con la ceremonia. Alguien grita un número y todos salen dando saltitos de detrás de una cortina, forman un anillo y bailan un rato alrededor del montón de pertenencias personales, y todo el mundo da palmadas, golpea el suelo con los pies y se tira pedos, y luego empiezan a saltar sobre las cosas. Después se las arrojan los unos a los otros. Las arrojan contra las paredes de la sala. Las destrozan a mordiscos. Luego... Bueno, supongo que ya te has hecho una idea, ¿no?

Y pasado un rato todos los presentes se unen al jolgorio.

El problema era que esta boda se celebraba en Mntce, en el gran salón público, y supongo que algunos olvidaron dónde estaban. Supongo que en Palernia o en el sitio de donde sea que vienen, las bodas son algo que ocurre continuamente y todo el mundo participa en ellas, así que no hay vecinos a los que puedas molestar. Tú eres el vecino, no sé si me explico, y todo lo que hay alrededor es propiedad del quinteto anfitrión y puede ser destrozado sin tener que dar explicaciones a nadie... En fin, quizá fuese por eso, pero el caso es que cuando todos los objetos del montón hubieron quedado lo más destrozados posible empezaron con el mobiliario. Empezaron a traer cosas de otras habitaciones y las fueron destrozando. Los cuadros de las paredes, esas enormes botellas de cristal con flores dentro, consolas de ordenador... Oh, te aseguro que cuando se entusiasman los palernianos son capaces de mover objetos pesadísimos. Bien, después nos dividimos en dos grupos...

¿NOS?

Bueno, sí. Los palernianos saben cómo hacer que te sientas en tu casa, Alice, y nos dividimos en dos grupos y cada uno se puso a un extremo de la sala y un grupo intentó prender fuego a todo aquello sobre lo que podían poner las manos y mi grupo cogió los extintores y lo roció todo con espuma química. Lo pasamos en grande, créeme...

Y de repente oímos un ruido horroroso. Era una sirena. Nos echamos a reír y lanzamos vítores porque creíamos que alguno de los nuestros estaba haciendo ese ruido, ¿entiendes?

Pero era ¡la policía.

Entraron a docenas con el equipo antidisturbios preparado y todos chillaban y se les caía la baba por los labios. Mordieron a varios. Lo vi, te lo aseguro... Acabé con una cadera y todo un brazo lleno de arañazos.

AHORA LO RECUERDO. CUANDO VOLVIO COJEABA Y SE FUE A ACOSTAR ENSEGUIDA. Y CREO RECORDAR QUE TAMBIÉN TOSÍA MUCHO, ¿VERDAD?

Usaron el gas lacrimógeno, usaron los látigos ultrasónicos..., no sé qué más usaron. Acabé enredada con un par de ellos. Creo que intentaban ponerme algo de ropa encima, y yo intentaba impedirselo. Oh, sí, estaba como loca, no cabe duda... Uno de ellos me golpeó en la cabeza. No lo recuerdo, pero los otros me lo contaron cuando desperté.

Cuando desperté estaba en la cárcel, en un zikkurath, y una abogada de la delegación terrestre de Mntce estaba desgañitándose y acusándoles de haber infringido no sé qué norma. La abogada dijo que me habían coaccionado o que me habían liado, no lo recuerdo muy bien... Eso es lo que dicen siempre que has dejado en mal lugar a la especie, ¿sabes? Los palernianos no son la única especie con mentalidad de rebaño.

Yo me limité a guardar silencio y a esperar que el dolor de cabeza se me fuera calmando un poco. Creo que tenía algo así como diez dolores de cabeza uno encima de otro... La abogada acabó sacándome de allí cuando iba por el dolor de cabeza número ocho.

Y por eso llegué tan tarde y tuviste que pasar tanto tiempo en el aparcamiento. ¿Lo entiendes, Alice? Estuve en una boda⁵.

SÍ, CAPITANA, LO ENTIENDO.

O quizá fuera una manifestación. Una protesta política, un disturbio...

Creo que no hay forma de distinguir entre una cosa y la otra. Al menos, no cuando tratas con palernianos...

Tabitha se había colocado delante de Saskia con los brazos extendidos hacia atrás para protegerla.

—¡No!—gritó—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No!

El frasque se inclinó sobre ella y clavó los ojos en el visor de su casco como si acabara de comprender que aquellos extraños trajes metálicos contenían personas.

Tabitha alzó la cabeza y clavó la mirada en aquellos negros ojos sin alma. Estaba loca de furia.

—¡Atrás! —gritó.

Levantó las manos, las puso sobre el pecho del frasque y empujó con fuerza.

—¡Venga, retrocede! ¡Atrás! ¡Atrás!

El frasque fue retrocediendo mientras soltaba bufidos y siseos que hacían pensar en un gato derrotado. Tabitha lo acosó hasta el final de la rampa y le hizo cruzar la escotilla de la bodega con tanta prisa que tropezó con una unidad que blandía un lápiz de soldar y estuvo a punto de caerse.

—¡Atrás, venga, no te pares, atrás!

Era consciente de la presencia de Saskia a su espalda. La acróbata acababa de arrojarle sobre el cuerpo de su hermano y lo acunaba en los brazos.

—¡Métete ahí dentro! —gritó Tabitha.

La mandíbula del frasque empezó a moverse. Estaba balbuceando e intentaba hacerse entender.

Tabitha se plantó delante de él y le agarró dos brazos. No se hacía ilusiones. Sabía que si le daba la gana el frasque podía partirla por la mitad en un segundo.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo?

—No passssajerossss jadeó el frasque—. No passssajerossss.

—¡La necesito! —dijo Tabitha—. ¡No es una pasajera! ¡Es mi copiloto! ¡Es mi copiloto, maldita sea! ¿Lo has entendido? Oh, Dios... ¡Espera!

Tabitha se movió lo más deprisa posible para que ninguno de los dos tuviera tiempo de pensar. Cogió al frasque por una de sus peludas muñecas y subió corriendo por la rampa que llevaba a la cabina remolcándole detrás de ella. Una vez dentro señaló con la máxima teatralidad posible primero su red y luego la del copiloto.

—Dos —proclamó usando su tono más agresivo—. ¿Ves? —Alzó dos dedos. Señaló su red y a ella misma; después señaló la otra red y a Saskia, que estaba debajo de ellos sosteniendo el cuerpo de su hermano delante del pecho como si fuera un escudo. Señaló a Saskia—. Hazle daño y no vamos a Titán —amenazó—. ¿Entendido?

El frasque bufó y siseó. Su nudosa mandíbula se estremeció moviéndose rápidamente hacia atrás y hacia adelante.

—Resssstáurame —repitió.

Tabitha le entendió. El frasque quería ir a Plenty.

Tabitha volvió a señalar a Saskia.

—No. La. Toques dijo—. Saskia, por el amor de Dios, deja a tu hermano y sube aquí ahora mismo. Si no vienes no sé qué puede hacer, así que será mejor que subas aquí sin perder ni un momento y hagas exactamente lo que yo te ordene. ¡Saskia!

Saskia dejó que el cuerpo de Mogul se deslizara entre sus manos hasta acabar cayendo sobre la cubierta. Irguió el torso, se puso en pie y subió por la rampa moviéndose con una gracia y una dignidad increíbles.

En cuanto estuvo al alcance de sus manos, Tabitha la cogió por los hombros y la empujó hacia el escaso espacio que había entre las dos redes.

El frasque se cernía sobre ellas, una masa erizada de pinchos nudosos de cuya garganta brotaba una especie de gruñido gutural.

—Ponte detrás de mí ordenó Tabitha.

Saskia obedeció.

—Métete dentro de la red. Hazlo, ¿me oyes?, métete dentro de la red, y muévete como si lo hicieras cien veces al día.

Tabitha clavó la mirada en los ojos del frasque y alzó su dedo índice como si fuera a decir algo muy importante y quisiera que el frasque se lo grabara en la memoria para siempre.

La criatura hizo chasquear las mandíbulas y movió la cabeza de un lado a otro, pero no apartó la mirada del dedo que Tabitha sostenía ante su rostro.

—Mi red —dijo Tabitha con firmeza y se señaló—. Su red —añadió señalando a Saskia.

Se metió en la red sin dar la espalda al frasque ni un solo instante y la hizo girar hasta quedar de cara a él.

El frasque parecía un poco más calmado.

—Quédate ahí ordenó Tabitha volviéndose hacia Saskia—. No mires a tu alrededor. Limitate a estar lo más quieta posible, ¿entendido? Creo que todo irá bien.

"¿Qué quieres decir con eso de que todo irá bien? —se preguntó a sí misma—. Vamos a morir."

Pero no de la misma forma que Mogul.

—¿De acuerdo? —preguntó mirando fijamente al frasque—. ¿De acuerdo?

La cabeza del frasque giró como si fuera un sacacorchos y sus brazos se agitaron locamente en todas direcciones.

—Bien —dijo Tabitha.

—¡Tabitha! ¡Tabitha!

Era Marco. Seguía fuera de la nave, y no parecía encontrarse demasiado bien.

—Un momento, Marco.

Salió de la red e intentó atraer al frasque hacia la rampa que llevaba a la bodega. La criatura se negó a seguirla. Marco continuaba gimoteando su nombre. Tabitha le maldijo. Fue hacia la escotilla procurando no hacer ningún movimiento sospechoso y sacó la cabeza por el hueco

El frasque cogió la pistola descargada y empezó a darle vueitas entre sus garras. Tabitha esperaba que Saskia no escogiera ese preciso momento

para observarles, porque el frasque había puesto un pie sobre el cuerpo de su hermano con tanta despreocupación como si no estuviera allí. Marco yacía en el barro debajo de la escotilla, y alargó una mano hacia ella en cuanto la vio

—Estoy herido —dijo en tono de acusación.

Su pierna derecha se encontraba en un ángulo decididamente desagradable.

Tabitha volvió la cabeza El frasque la estaba observando.

Bueno, que se fuera al infierno...

Puso una mano sobre el quicio de la puerta, sacó medio cuerpo por el hueco y cogió a Marco por una muñeca.

El frasque lanzó una mezcla de graznido y chillido y saltó hacia la puerta, asomándose por ella con el extraño movimiento de una grúa articulada mientras movía furiosamente los brazos delante del rostro de Marco.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —dijo Tabitha, y dejó que Marco volviera a caer sobre el barro. Marco lanzó un grito de dolor—. ¡Lo siento, Marco! —Mantuvo un breve forcejeo con el frasque y acabó consiguiendo que se apartara de la puerta—. ¡Debería estar empujándote para echarte de la nave no para meterte dentro de ella! —le gritó.

El frasque se dejó empujar moviendo frenéticamente los miembros en todas direcciones. Retrocedió hasta el nacimiento de la rampa, se quedó inmóvil y alzó la cabeza para contemplar a Saskia con evidente suspicacia.

Saskia no se había movido.

—Vamos —dijo Tabitha tirándole de un brazo . ¿Marco? —gritó—. Héctor no te quiere a bordo.

—¿Qué? ¿Qué? —balbuceó Marco—. Oye, Tabitha, no puedes..., no pensarás...

—Busca algún sitio donde estés a cubierto —dijo Tabitha,

—¡Tabitha! —gimoteó Marco . ¡No te vayas! ¡No puedes marcharte ¡No puedes abandonarme aquí! ¡No puedes dejarme en este infierno!

—Dios, Marco, será mejor que te equivoques, ¿entiendes? —dijo—. ¿Quieres entrar ahí de una puta vez? —aulló volviéndose hacia el frasque.

El frasque clavó la mirada en su rostro y movió las mandíbulas haciendo rechinar los dientes.

—Te quiero en un sitio donde pueda verte —dijo secamente Tabitha—. Es una costumbre humana conocida con el nombre de hospitalidad, ¿entiendes?

El frasque se agachó, se metió por el hueco moviéndose tan deprisa que derribó a la unidad y se internó en la penumbra de la bodega. La velocidad con que era capaz de moverse daba miedo.

—Ponte cómodo ahí dentro —gritó Tabitha.

El frasque se quedó inmóvil y la contempló como si no confiara en ella, moviendo los brazos a un lado y a otro igual que la danzarina de un templo.

Marco seguía quejándose, suplicando y maldiciendo. Tabitha no le hizo caso. Entró en la bodega y fue velozmente de un lado a otro recogiendo todo lo que estaba suelto o tirado por el suelo: trozos de tela, bolsas vacías, artículos de vestir, cualquier cosa blanda... Se llenó los brazos varias veces y fue arrojándolo todo a un rincón.

La unidad terminó de reparar la puerta interior, salió por la escotilla y empezó a subir por la pared para reparar la puerta exterior.

—¡Siéntate aquí! —ordenó Tabitha. Dio unas palmaditas sobre el montón que había acumulado—. Blando. Bueno. Cómodo.

Se preguntó qué idea de la comodidad podía tener una criatura que parecía ser toda intelecto y reflejos y que era capaz de vivir en el vacío.

—Tengo que echar un vistazo a la nave.

Giró sobre sí misma sin detenerse a ver si el frasque la obedecía o no. Antes de salir de la bodega vio la caja de Tal y se preguntó si debía cogerla y arrojársela a Marco. "No —pensó—. Se limitaría a abrirla..." Marco no podía sobrevivir sin la presencia continua de alguien que le admirase.

Cogió la caja y la llevó a la cabina.

—Marco —gritó al salir de la bodega—, no vamos a ir muy lejos..., suponiendo que vayamos a algún sitio, claro. Si podemos conseguir ayuda nos ocuparemos de que te recojan. Pero aún tardaremos un rato en poder despegar —dijo torciendo el gesto al pasar junto al destrozado cadáver de Mogul—, y tú necesitarás algún tiempo para encontrar refugio, así que si estuviera en tu lugar yo empezaría a moverme —añadió subiendo por la rampa—. ¿De acuerdo?

La réplica de Marco fue tan incoherente como obscena.

Tabitha dejó la caja de Tal junto a su bolsa de viaje debajo de la red que había en la parte trasera de la cabina y fue hacia la consola. Giró sobre sí misma y metió un brazo por entre los cables de la red para dar un suave apretón a la mano de Saskia mientras lanzaba una rápida mirada de soslayo al único monitor que seguía funcionando, el que estaba conectado a la cámara de la bodega.

Era como ver una foto. El frasque seguía en el mismo sitio donde lo había dejado, y no se había movido ni una fracción de milímetro. Tabitha bajó la mirada hacia Saskia.

—¿Por qué lo hizo? —preguntó.

Saskia alzó los ojos hacia ella. Las lágrimas se deslizaban por sus pómulos.

—Te estaba salvando...

—No llores dijo Tabitha volviendo a apretarle la mano—. Te cargarás los circuladores.

Saskia intentó sonreír. Su rostro se llenó de arrugas y sus flacos hombros temblaron incontrolablemente.

Tabitha le sacudió la mano con fuerza.

—¿Sabes algo sobre personalidades de ordenador?

Saskia sorbió aire por la nariz y meneó la cabeza.

Tabitha volvió la mirada hacia la bodega. El frasque seguía inmóvil. Inspeccionó el cuello del traje espacial futurista de Saskia, encontró la conexión de audio y la sacó. Metió la diminuta terminal en el agujero y abrió el canal.

—Se llama Alice —dijo.

Tal y como estaba la situación las probabilidades de que consiguiera hacer algo útil eran muy reducidas, pero Tabitha pensó que al menos serviría para mantenerla ocupada.

Tabitha se inclinó, pegó su visor al de Saskia y movió los labios enviándole un beso. Después giró sobre sí misma, salió de la cabina, bajó por la rampa pasando de nuevo junto a Mogul y entró en la bodega.

El frasque seguía inmóvil en la misma posición. Sus ojos se clavaron en el rostro de Tabitha, quien pensó que parecía un árbol enloquecido.

—Como quieras dijo.

Echó un vistazo a su alrededor. Estaba buscando el ataúd del frasque, pero se encontraba fuera con el resto del equipo. Tabitha activó su monitor de muñeca y puso en marcha el extensor para que se lo trajera.

El primer zumbido del extensor hizo que el frasque se moviera convulsivamente y alzara la cabeza hacia la maquinaria. Sus ojos escrutaron el hueco del techo, los pseudo-dendroides rezumantes y la extensión de cielo ardiente muy parecido a una capa de barro que había más allá.

—Estoy arreglando la nave —dijo Tabitha.

El frasque dio unos cuantos pasos hacia ella y se inclinó sobre su cabeza.

—Extensssor—chirrió como si supiera muy bien de qué hablaba.

Tabitha le ignoró deliberadamente mientras se preguntaba qué otras facetas de la situación habría entendido.

Activó una de las unidades que había fuera y consiguió que recogiera el ataúd tubular sin necesidad de asomarse para guiarla. Después tecleó la secuencia de recuperación para que fuese hacia la compuerta.

—Estoy segura de que estarás más cómodo sentado —dijo volviéndose hacia el frasque.

Fue hasta el montón de telas y bolsas de la esquina, se dejó caer sobre él y le hizo señas para que se sentara a su lado.

El frasque se tumbó todo lo largo que era con las rodillas y los codos formando ángulos tan complicados que le daban el aspecto de un saltamontes aquejado de serios problemas motrices.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Sí! exclamó Tabitha—. ¡Sí! ¡Sí!

Se fue incorporando muy despacio y con mucha cautela. El frasque emitió un siseo, pero no se movió.

—No tardaremos en despegar—mintió Tabitha.

Los ojos parecidos a cuentas del frasco la siguieron por la bodega. Tabitha cruzó el umbral pasando junto a la unidad que continuaba trabajando pacientemente en la reparación de la puerta.

El ataúd estaba suspendido delante de la escotilla. Tabitha lo metió dentro y asomó la cabeza para echar un vistazo. Marco estaba a diez metros de distancia y reptaba sobre su estómago tirando dificultosamente de la pierna fracturada. Su cuerpo iba dejando un surco en el barro.

—¡Sigue así, Marco, lo estás haciendo muy bien!

Le vio volver la cabeza y contemplarle a través de la negra espesura. Y vio sus ojos, sus hermosos ojos...

Acabó de arrastrar el ataúd a través de la compuerta y lo dejó al lado de Mogul. Abrió los cierres y metió a Mogul dentro intentando mirarle lo menos posible. Pesaba tan poco como su hermana.

Movió sus miembros a toda prisa para que cupieran en el ataúd y lo cerró. "Adiós, Mogul —pensó—. Hubo un tiempo en el que..."

No llegó a completar el pensamiento.

Se puso en pie y sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. La fatiga cayó sobre ella como un alud de arena. Antes de empezar a correr de un lado para otro como si se hubiera vuelto loca ya estaba medio muerta de cansancio, y todo aquel ejercicio no había mejorado su estado físico. Y lo peor era que no había ninguna perspectiva de que pudiera descansar pronto... Quizá hubiera más estimulantes dentro del botiquín de primeros auxilios.

Entró en la cabina.

Saskia tenía un esbelto dedo suspendido sobre el teclado y no apartaba los ojos de la pantalla.

La pantalla estaba encendida.

Y había palabras en ella.

HACE MUCHO TIEMPO TUVE HERMANAS, SASKIA, se leía en la pantalla. TUVE VARIAS HERMANAS, ¿SABES?

—¡Alice!

Es notable la cantidad de personas que tienen dificultades para creer la historia de las Reparaciones en Venus. Incluso los que aceptan el incidente de los Torpedos Milagrosos se niegan a incluir esta hazaña en la larga lista de heroicidades de Tabitha.

Las razones que esgrimen para justificar su incredulidad son muy sencillas. Está claro que Tabitha Jute era una mujer decidida y con muchos recursos, pero sólo poseía las habilidades mecánicas más elementales, y el equipo con el que contaba se hallaba en bastante mal estado, por lo que es imposible que pudiera resucitar su nave después de que ésta hiciera un aterrizaje forzoso en el terreno más inmundado de cuantos ofrecen los planetas interiores. Y aun suponiendo que lo consiguiera, ¿cuánto tiempo habría necesitado para ello?

¿Podría haber sobrevivido lo suficiente? Suponiendo que sea cierto que su nave se posó en Venus, naturalmente... Incluso hay quienes insisten que se trataba de otra nave (algunos sugieren que era la *Concepto inicial*; otro afirman que era la *Lacrimae rerum*).

Bueno, pues puedo asegurarles que la capitana Tabitha Jute se estrelló en Venus, que reparó su nave y que logró salir del planeta en ella..., ¿y quién puede saberlo mejor que yo? Todo ocurrió exactamente tal y como acabo de contar, y la carga de la prueba debe recaer en quienes se niegan a admitir la veracidad de la historia. En cuanto al resto, basta con referirse una vez más a la increíble resistencia de las Bergen Kobold, esa misma durabilidad que acabó volviendo antieconómico al modelo. Si existe una nave perteneciente a la gama de pesos ligeros de aquellos años que pudiera salir más o menos indemne de una discusión con la Diosa del Infierno no cabe duda de que tenía que ser una Kobold.

Y, naturalmente, la siempre caprichosa imaginación humana da otra muestra de su eterna tendencia a las fantasías y vuelve a asentir con la cabeza, guiña el ojo y coloca un dedo junto a su larga y siempre entrometida nariz, después de lo cual insinúa que *la Alice Liddell* no era una Kobold corriente.

Que digan lo que quieran. Después de todo, ¿quién soy yo para discutir con la imaginación humana? La erudición no es el único material con el que se construye la historia. Todos debemos inclinarnos ante la historia, incluso quienes carecemos de cuello que doblar.

En cuanto a los demás argumentos... Bueno, conocí a la *Lacrimae rerum* y puedo asegurar que Venus habría acabado con ella enseguida. Y si la *Concepto inicial* afirma que ha estado en Venus, lamento mucho tener que decirles que no estuvo allí. Su memoria la está engañando, créanme.

Podemos preguntarnos si la mezcla de mejoras que se habían hecho en *la Alice Liddell* fue la responsable de su notable resistencia y durabilidad, pero el paso del tiempo hace que resulte imposible saberlo con seguridad. ¿Podemos afirmar sin temor a equivocarnos que Tabitha Jute estuvo realmente sola en su labor y que la sigilosa mano de Capella no jugó ningún papel en la hazaña? ¿Podemos afirmar con seguridad que existió algún acontecimiento en todo ese período donde la mano de Capella no jugara un papel mayor o menor?

—Alice, ¿estás bien?

—SÍ. GRACIAS, CAPITANA.

Tabitha se había quedado inmóvil junto a Saskia sintiendo una extraña mezcla de alivio y celos.

—¿Dónde te habías metido?

La personalidad tardó unos momentos en contestar.

—NO LO SÉ, CAPITANA, PERO TODO ESTABA MUY OSCURO Y ME ENCONTRABA MUY CONFUSA.

—Estuve hablando contigo, ¿lo recuerdas?

—ME ACUERDO DE UN QUERUBIN.

—Xtasca...

—NO. HABIA QUERUBINES POR TODAS PARTES Y ESTABAN TRABAJANDO EN MÍ.

—Xtasca te hizo algunas reparaciones...

—UN SERAFIN ALTO Y NEGRO VESTIDO CON UN TRAJE DE CROMO NEGRO LES DIRIGIA. ESTABA EN UN MUELLE DE GRAVEDAD CERO CON QUERUBINES POR TODAS PARTES QUE ARREGLABAN MIS RECUBRIMIENTOS Y PANELES Y ME DABAN GOLPECITOS CON SUS PEQUEÑOS MARTILLOS... Y TAMBIÉN HABIA UN FRASQUE EN UNA CUNA DE HUESOS QUE LO OBSERVABA TODO.

Tabitha y Saskia intercambiaron una rápida mirada.

—No sé de qué estás hablando, Alice —dijo Tabitha.

—CREO QUE QUIZA HAYA ESTADO SOÑANDO—dijo Alice.

—¿Y ahora estás despierta? —le preguntó Tabitha.

—EL SUEÑO ERA MUCHO MAS AGRADABLE.

—Estás despierta.

Tabitha contempló a Saskia. No sabía cómo agradecerle lo que acababa de hacer.

—¿Qué le has hecho? —preguntó.

Saskia se encogió de hombros y extendió las manos sacándolas por entre los cables de la red con las palmas vueltas hacia ella. Un diminuto arco iris de estrellas plateadas que se encendían y se apagaban y que sólo duró una fracción de segundo —pero que era indudablemente real—, bailó entre las palmas de sus manos.

Tabitha se sentó, se conectó y echó un vistazo al botiquín de primeros auxilios. Lo había sacado todo, y el compartimento estaba vacío. Concentró toda su fuerza de voluntad en la tarea de mantener abiertos los ojos y alzó la cabeza hacia el único monitor intacto de la cabina.

El monitor le ofreció una sucesión de imágenes de la bodega desde la pasarela delantera, desde babor a popa, desde la esquina a la altura de la cabeza de un ser humano y una pantalla muerta correspondiente a la cámara de estribor. Cada una de ellas mostraba la angulosa silueta del frasque reclinada en el lecho que Tabitha había improvisado con la impedimenta teatral. La escala le empequeñecía, y hacía que se pareciera más que nunca a un muñeco de paja y ramas construido como centro de alguna celebración campesina al final de la cual se le prendería fuego.

—¿Le gustaría hacer algo al respecto, primera oficial Zodíaco?

Saskia asintió vigorosamente durante unos momentos y acabó meneando la cabeza. Parecía tan exhausta como se sentía Tabitha.

Supongo que no hay ninguna posibilidad de tomarse un tubo de café, ¿verdad? —preguntó Tabitha.

Saskia volvió a extender las manos hacia ella. No eran más que dos manos corrientes.

Tabitha echó un vistazo a su monitor de muñeca. Las unidades habían reparado todo lo que eran capaces de reparar.

—Alice, ¿he cerrado las puertas de la bodega?

—NO, CAPITANA.

—Haz entrar a las unidades y ciérralas. Ah, y quiero saber si estás en condiciones de viajar.

—¿DESEA UN INFORME COMPLETO DE AVERIAS, CAPITANA?

—No. Una palabra..., me conformo con una sílaba.

—MAL.

—¿Cómo anda la integridad estructural del casco?

—78,65 POR CIEN.

—¿Es suficiente para despegar?

—POR LOS PELOS, CAPITANA.

—¿Tenemos energía suficiente para despegar?

—POR LOS PELOS, CAPITANA.

¿Y para ponernos en órbita?

—NO PODREMOS MANTENERLA MUCHO TIEMPO, CAPITANA.

—¿Hay algo que podamos hacer deprisa para aumentar de forma significativa nuestras posibilidades de salir bien libradas?

—¿QUÉ APOYO PUEDEN DARNOS DESDE TIERRA?

—Mira a tu alrededor.

—LO SIENTO, CAPITANA. NO PUEDO HACERLO.

—Estamos en Venus, Alice dijo Saskia.

—RECOMIENDO QUE SALGAMOS DE AQUI INMEDIATAMENTE.

—Sí, ya me imaginaba que dirías algo así... —Tabitha apoyó los brazos sobre el tablero de controles y dejó que su cabeza se posara en ellos, permitiéndose ceder un minuto a la fatiga y el alivio. Saber que seguía teniendo una nave había disipado una parte de la tensión física que la mantenía despierta—. Calentamiento inicial de sistemas, Alice. Infórmame de cualquier anomalía. Habla con el ordenador de cartografía y consíguenos una buena órbita.

—CAPITANA, ¿QUÉ ENTIENDE USTED POR UNA BUENA ORBITA?

—Una a la que podamos llegar.

—A SUS ORDENES, CAPITANA.

Tabitha alzó la cabeza y contempló a Saskia con cara de incredulidad. Saskia no apartaba la mirada del agujero del parabrisas y estaba observando la selva rezumante de agua y viscosidad con expresión apenada.

Tabitha volvió a dejar caer la cabeza y deslizó su casco lentamente hacia atrás y hacia adelante por encima de sus antebrazos. Después entreabriólos ojos para echar un vistazo a la pantalla del monitor de la bodega.

—No te preocupes, Héctor..., señor Frasque dijo—. No te molestarán. El frasque no se había movido. Seguía acostado sobre su lecho de telas y bolsas contemplando con expresión suspicaz a las tres unidades que rodaban solemnemente hacia sus madrigueras y se quedaban dentro de ellas esperando a que se cerraran las puertas.

Tabitha estaba segura de que podía oírla.

—Vamos a despegar en cualquier momento —anunció subiendo un poco la voz.

Saskia estaba abriendo los cierres de su red.

Tabitha le lanzó una mirada sorprendida.

—Voy a enterrarle —dijo Saskia, y se puso en pie.

Tabitha estaba atónita.

—¡No hay tiempo! —protestó—. No estaremos fuera mucho tiempo... Alice, ¿aún no tienes esa órbita?

—COMPUTANDO —dijo Alice.

—Voy a enterrarle —repitió Saskia.

Fue por la rampa, sacó el cuerpo de su hermano del ataúd de Sueño Justo y tiró de él hasta llevarlo a la escotilla. Lanzó una rápida mirada de soslayo a Tabitha y cerró la puerta interior detrás de ella.

Tabitha hizo una mueca de pura frustración, se desconectó y se puso en pie pensando si debía seguirla o no. Fue hasta la mirilla y observó el exterior. Marco ya había desaparecido en la selva.

Afortunadamente Saskia parecía haber entendido lo apremiante de la situación, o quizá fuera que no tenía intención de que el entierro resultase muy ceremonioso. Activó el ciclo de la escotilla, abrió la puerta exterior y se quedó inmóvil en el umbral sosteniendo el ataúd en las manos. Saskia había abrazado a su hermano de muchas formas —con afecto, durante una representación, impulsada por el deseo—, pero ésta sería la última y la más extraña de todas.

Saskia lanzó un alarido de la más pura desolación imaginable y arrojó el ataúd gris plateado por el hueco de la puerta.

El cilindro cayó sobre el barro con un chapoteo ahogado y empezó a hundirse lentamente.

Saskia permaneció inmóvil en el hueco de la puerta llorando con los brazos levantados como para acoger a su hermano si éste cambiaba de opinión y decidía volver a bordo de un salto.

—ORBITA CALCULADA Y ARCHIVADA —dijo Alice—. SOLICITO SU PERMISO PARA INICIAR...

—Adelante, Alice.

La puerta exterior se cerró y la interior se abrió un momento después. Saskia entró en la cabina moviéndose despacio y con expresión distraída, como si su mente estuviera muy lejos de allí.

Saskia se dejó caer en los brazos de Tabitha un instante antes de que la puerta se cerrara a su espalda.

—¿Adónde vamos? —preguntó con un hilo de voz.

—Arriba dijo Tabitha abrazándola—. Lo único que podemos hacer es quedarnos quietecitas dentro de la red y gritar con todas nuestras fuerzas —añadió—. Y esperar que alguien se dé cuenta de que estamos ahí antes de que empecemos a caer...

—¿Gritar?—preguntó Saskia.

Tabitha la acompañó hasta su red y señaló una lectura del panel.

—Eso son las coordenadas —dijo. La ayudó a instalarse dentro de la red y se inclinó sobre el tablero presionando una secuencia de llaves y moviendo interruptores—. Cuando haya quedado impreso coge la cinta adhesiva y une los dos extremos formando un aro —le dijo—. Si hay alguien por ahí, un autobús turístico, un terraformador, lo que sea, quizá avise de que tenemos problemas y vengan a recogernos. Si no... Bueno, alguien acabará recibiendo el mensaje y entonces tendrán que venir a investigar.

—Tendrán que venir—dijo Saskia.

Empezó a pulsar teclas con bastante torpeza mientras Tabitha se sentaba dentro de su red.

Las imágenes del frasque inmóvil seguían desfilando por el monitor. De frente, de lado, pantalla vacía; de frente, de lado, pantalla vacía...

—Bien —murmuró Tabitha—. Veamos qué ocurre si hago esto.

Y pulsó una tecla.

La cabina quedó inundada por una claridad rojiza. Un zumbido estridente surgió de la nada e hizo vibrar la atmósfera.

Saskia terminó de unir los dos extremos e introdujo la cinta. Tabitha lanzó otra rápida mirada a la pantalla —la imagen del frasque oscilaba y era desgarrada por zigzags de interferencia—, y trató de hacerse con los controles refractarios. Todo funcionaba mucho más despacio de lo normal, todo jadeaba y rechinaba. Un martilleo lento e irregular llegó de algún punto situado debajo del suelo de la cabina.

Saskia le lanzó una mirada llena de aprensión.

—¿Es Marco?—preguntó.

—No, se supone que debe hacerlo...

La nave osciló violentamente de un lado a otro. Las lianas y enredaderas de estribor se partieron con una serie de chasquidos y la popa de la *Alice* se

inclinó hacia atrás. Los primarios lanzaron olas de barro hacia la espesura recalentada de la jungla. Una pequeña avalancha de trastos sueltos resbaló bajo los pies de Saskia y Tabitha.

—¡Tabitha! —aulló una vocecilla perdida en una tormenta de interferencias y ruido de motores—. ¡Vuelve! No puedes hacerlo, no puedes hacerme esto, no puedes...

Tabitha y Saskia se miraron.

—Es Marco —dijo Tabitha—. Aguanta, Marco, no tardaremos en volver —gritó.

Dudaba mucho de que Marco pudiera oírlo u oír cualquier otra cosa con el estrépito que estaba armando la nave, al que había que añadir el coro de la fauna venusina asustada o enfurecida por el intento de despegue.

Algo empezó a rechinar abriéndose paso por entre la algarabía de ruidos varios. Subieron unos metros y volvieron a caer en la cuna que se derrumbó debajo de la nave derritiéndose o ardiendo. La nave se tambaleó, se deslizó hacia adelante y empezó a flotar en aquella atmósfera pestilente y grasienta. Las horribles copas de los árboles se agitaron y se hicieron pedazos por encima de la *Alice*. El frasque estaba intentando decir algo por el comunicador, pero apenas si se le oía.

La vieja discusión con la gravedad alcanzó nuevos niveles de ferocidad y Tabitha sintió el abrazo del campo proyectado por la red. La envoltura de energía había empezado a repeler todas las fuerzas externas. "Ahora es cuando Venus nos hará pedacitos —pensó—, y esta vez lo hará como es debido..."

Una ráfaga de viento entró por el parabrisas y se apoderó de los objetos sueltos y los desperdicios. Las juntas remendadas y las que habían aguantado el impacto rechinaron y chillaron, y las luces del tablero se encendieron, se apagaron o se fundieron. El gemido de protesta se había convertido en un alarido de furia enloquecida. La *Alice* había sido diseñada y construida para este tipo de discusiones, había sido remendada y reconstruida, derribada, reparada y vuelta a arrojar al combate, y la *Alice* pensaba salir vencedora de esta discusión aunque fuera la última que ganara en su dura existencia de barcaza.

Saskia estaba mirando a Tabitha, y Tabitha se dio cuenta de que llevaba algún tiempo gritando. Estaba saludando cada centímetro de la ascensión de la *Alice* con un ronco grito de alegría.

—¡Vamos, Alice! —Las dos estaban decididas a vencer—. ¡Vamos, Alice! ¡Dale una buena lección a este asqueroso planeta!

La nave osciló e inclinó salvajemente la popa hacia estribor, girando y balanceándose locamente alrededor de ese eje como si pretendiera dar unas cuantas vueltas sobre sí misma. El trueno aullaba y retumbaba.

Tabitha se lanzó sobre el tablero de control y logró exprimir el máximo de energía posible al resollante motor de estribor mediante una combinación de fuerza bruta e implacable maltrato de los sistemas. Las enredaderas se tensaron sobre el filo de las aletas y acabaron rompiéndose, azotando el aire

convertido en una masa de torbellinos y chorros de vapor. Estaban subiendo. Estaban subiendo.

La pegajosa atmósfera de Venus se pegó al casco mientras la *Alice* se abría paso por ella moviéndose de lado y cortaba en rebanadas las nubes de arena con su aleta de estribor. La nave tosía estática y perdía posesiones, iba escupiendo chorros de vapor ácido y graznaba como un demonio enloquecido. El horizonte verde empezó a curvarse alejándose de ellos, primero despacio y luego más deprisa a cada momento que pasaba.

La imagen del monitor mostraba al frasque dando tumbos por la bodega y siendo arrojado de un lado a otro entre una tempestad de telas, chocando primero contra una pared, luego contra el suelo o la pared de atrás. Tabitha vio como acababa hecho un fardo junto a los cada vez más borrosos restos del mural de Saskia.

—¿Alice? —preguntó—. Quiero un giro de 360 grados. Cuando te vaya bien, ¿entendido? —añadió con áspera precisión, y volvió la cabeza hacia Saskia—. Hagas lo que hagas que no se te ocurra salir de esa red —gritó—. Y no vomites.

La *Alice Liddell* ya mostraba cierta inclinación a girar hacia estribor, pero de repente la nave dio toda una vuelta completa. Venus volvió a aumentar de tamaño repentinamente y su camuflaje de nubes iridiscentes giró locamente por debajo de sus cabezas.

La bodega respondió a la maniobra arrojando un último torbellino gigante de telas multicolores, zapatos, tubos vacíos y bengalas—luciérnaga multicolores.

La nave recobró su posición habitual. Tabitha y Saskia volvieron la cabeza hacia la pantalla y tuvieron que esforzarse para distinguir la silueta erizada de pinchos. El frasque se había agarrado a la pasarela de la bodega, y no parecía dispuesto a soltarse.

—¡Cabrón! —gritó Tabitha.

El frasque empezó a reptar hacia la cámara delantera.

—¡De acuerdo! ~De acuerdo! —aulló Tabitha enfurecida mientras la nave reemprendía la trayectoria anterior y seguía intentando ascender—. ¡Alice, código de acceso para emergencias estructurales !

La pantalla de la consola se apagó, se llenó de nieve y acabó produciendo un menú bastante borroso.

Tabitha empezó a pedir códigos.

Y de repente olas de arena surgidas de la nada se estrellaron contra la cabina. La nave quedó llena de arena en un momento. El frasque desapareció debajo de la cámara delantera engullido por una tempestad marrón y apareció de repente en la cámara de popa. La criatura se encontraba junto a la puerta delantera agarrado a la pasarela con las manos superiores mientras sus pies forcejeaban con el asa.

—¡Todavía no!—gritó Tabitha—. ¡Vuelve! ¡Alice...!

El peso de la arenilla que lo había invadido hizo que el casco de *la Alice Liddell* empezara a quejarse con un chirrido estridente.

—¡Vamos, Alice!

Un diagrama tembloroso apareció en la pantalla de la consola como si se hubiera precipitado desde el borde superior. La sincronía vertical no funcionaba, y el diagrama bailoteó locamente arriba y abajo. El perfil transparente mostraba la bodega de una Bergen Kobold.

—¡Eso es!

Tabitha entrecerró los ojos y se acercó lo más posible a la enloquecida pantalla.

1,2,1,5 y zoom.

El frasque desapareció de la pantalla que mostraba las imágenes de la bodega.

Había entrado en la escotilla.

Saskia se inclinó por encima de su hombro con los ojos desorbitados para ver algo por entre los remolinos de arena.

Tabitha solicitó una nueva ristra de códigos.

—¡Orden de prioridad! ¡Desmontaje de emergencia!

El esquema tembloroso que subía y bajaba por la pantalla cambió de repente. Dieciséis puntos rojizos esparcidos por las paredes de atrás de la bodega parpadearon durante unos momentos y se volvieron de color blanco.

Después dejaron de parpadear. Los puntos desaparecieron de la pantalla. No había nada entre ellos, y nada donde habían estado hacía tan solo unos instantes. Era como si la nave hubiese dejado de tener parte central. Una lectura lateral empezó a mostrar una serie de números que corrían velozmente hacia el cero..., como si ahora hubiese menos *Alice Liddell* que hacía unos segundos.

La ascensión se hizo mucho más rápida y no tardaron en salir de la región dominada por las nieblas corrosivas y las tormentas de arena. La gravedad redobló su ataque, se apoderó de todo lo que había debajo de las redes y lo clavó en la cubierta.

Tabitha lanzó un grito de triunfo.

—¡Ja, ja, ja! ¿Qué te ha parecido eso? ¡Dieciséis coma dieciséis kilómetros por encima del Mar de Ginebra! ¡Adiós, Héctor! ¡Estupendo, Alice! ¡Te has portado estupendamente!

Volvió la cabeza hacia el monitor, ahora ya desprovisto de cámaras que le enviaran imágenes. Giró dentro de su red hasta quedar de cara a la niebla amarilla y contempló con expresión satisfecha la puerta cerrada al final de la rampa como si hubiera algo que ver. No había nada, sólo una puerta cerrada.

—¡Estupendo! —repitió con voz exultante.

Se volvió hacia Saskia. Saskia no apartaba los ojos del parabrisas, y no parecía muy alegre.

Tabitha volvió la cabeza hacia el parabrisas.

Un rostro invertido estaba observándola desde el otro lado del cristal resquebrajado.

Los brazos del frasque se movieron frenéticamente y sus garras arañaron el cristal. La boca ribeteada de negro se abrió y dejó escapar un siseo.

—¡Sal de mi nave! —gritó Tabitha.

El rostro marrón se desvaneció, y durante un segundo Tabitha pensó que el frasque le había oído. Una mano revoloteó sobre el cristal resquebrajado y se esfumó.

—¡Se ha caído! —gritó Saskia.

—Ni lo sueñes dijo Tabitha—. Alice, ¿qué tal anda nuestra estanqueidad?

—HAY UN AGUJERO EN EL PARABRISAS, CAPITANA —observó la personalidad de la nave.

—¡Aparte de eso! —rugió Tabitha intentando poner en marcha un ventilador para que eliminara la niebla sulfurosa y fracasando miserablemente—. ¿Hay alguna posibilidad de que esa cosa entre en algún sitio?

—LA PUERTA DELANTERA DE LA BODEGA NO ESTA ASEGURADA. EL FRASQUE ESTABA EMPEZANDO A ABRIRLA CUANDO USTED SOLTO LA BODEGA, CAPITANA.

—¿Puedes asegurarla, Alice?

—NO, CAPITANA.

—¿Hay algo que podamos hacer al respecto? Manualmente, quizá...

—TENGO UNA SUGERENCIA. PODRIAN SOLDAR LA PUERTA.

—¡Sí! —exclamó Tabitha—. No, maldición...

—¿Por qué no? —preguntó Saskia.

—El equipo estaba con las unidades —dijo Tabitha—. Ahora debe andar por el fondo del Mar de Ginebra.

—TENGO UNA SUGERENCIA ALTERNATIVA. QUIZÁ PUEDAN ABRIR LA PUERTA Y VOLVER A SELLARLA.

—Yo iré —dijo Saskia.

—No. —Tabitha alargó una mano hacia ella para detenerla—. Iré yo en cuanto Alice apague los motores.

La acróbata puso cara de sentirse muy ofendida.

—¡Tabitha...! ¡Soy capaz de abrir y cerrar una puerta! ¡No puedo pilotar una nave!

—No me pasará nada —dijo Tabitha—. Recuerda que llevo puestas las botas magnéticas para caminar por el casco.

—¡Esa cosa ya no está! —protestó Saskia. No parecía dispuesta a dejarse convencer tan fácilmente—. ¡Se cayó hace un rato!

Tabitha meneó la cabeza.

—Ni lo sueñes —repitió—. Alice, esa cosa... ¿Sigue por ahí fuera?

—OJALA PUDIERA RESPONDER A ESA PREGUNTA, CAPITANA. TODOS MIS SENSORES EXTERNOS HAN SIDO DESTRUIDOS.

Saskia extendió un sucio brazo plateado a través de las ya muy tenues hilachas de niebla.

—¡Dame las botas!

—¡No funcionarán con tu traje!

La Alice salió de las nubes ácidas acompañada por la ensordecedora mezcla de siseo y desgarramiento con que éstas admitieron su derrota.

El oleaje electromagnético de microondas atrapadas empezó a deslizarse por los abollados flancos de la Kobold. La cabina quedó bañada en una mórbida claridad verde que hacía pensar en las profundidades submarinas. El universo se cernía sobre sus cabezas como un océano invertido de fuego, una sopa distendida de plasma en continua agitación.

—Sólo voy a cerrar la puerta —le prometió Tabitha—. No saldré de la nave.

—¡Alice, no permitas que lo haga! exclamó Saskia con voz suplicante.

—LAS ORDENES DE LA CAPITANA NO PUEDEN SER DISCUTIDAS, PRIMERA OFICIAL ZODIACO.

—Vaya, no cabe duda de que realmente le has hecho algo... —dijo Tabitha.

—¡Lo único que hice fue despertarla!

—Nunca se había portado así.

Cabía la posibilidad de que Alice estuviera bastante más dañada de lo que dejaba traslucir. La tensión quizá la estaba obligando a funcionar en un nivel de programación más primitivo del que usaba habitualmente. Tabitha perdió unos momentos deseando con todas sus fuerzas que Alice no acabara convirtiéndose en una de esas personalidades serviles, como la que tenía la *Shinjatzu* de Vera Shawe, pero entonces recordó algo.

Tal y como estaba la situación, la Alice sólo podría convertirse en un montón de chatarra.

Y no faltaba mucho para eso.

En ese momento la atmósfera de Venus se abrió y los expelió al espacio.

Un ya familiar telón color índigo fue cayendo de la parte superior del parabrisas. Era como si la nave estuviera subiendo poco a poco por una piscina llena de tinta que poseyera una débil luminosidad interna y estuviese suspendida en el vacío.

—¿Cuánto tiempo podemos quedarnos aquí arriba, Alice?

—¿QUÉ MARGEN DE PROBABILIDAD DESEA, CAPITANA?

—Un centenar.

—DOS AÑOS.

—¿Y posarnos sin peligro?

—DOS MESES.

El parabrisas destrozado se llenó de espacio negro como la tinta china tachonado por la gélida blancura de las estrellas. Todo estaba muy silencioso. La noche se extendía por debajo de la nave ocultando el rostro de Venus.

La *Alice* había empezado su órbita.

—¿Y volviendo adonde estábamos?

—LA RESPUESTA DEPENDE DE LA PRECISION CON QUE CALCULEMOS NUESTRO DESCENSO dijo Alice—. PROVISIONALMENTE...

—Olvídalo. Alice, envía un SOS en todos los canales.

—A SUS ORDENES, CAPITANA.

—Ah, incluye esto en el mensaje. Saskia, la cinta...

Saskia pulsó el botón de avance y Alice empezó a rociar el vacío con ráfagas de señales que repetían las coordenadas. Cualquier nave que se moviera por la zona tendría que captar su parloteo electrónico aunque sólo llevara medio oído abierto, y eso le permitiría saber dónde tenía que buscar.

El silencio se adueñó de la cabina de la *Alice Liddell*.

—¿Puedes oír algo? —preguntó Tabitha.

Saskia meneó la cabeza.

—Se ha caído —repitió con voz átona.

—Voy a cerrar esa puerta.

—Ten cuidado, Tabitha —dijo Saskia—. ¿Hay alguna cosa que pueda hacer mientras?

—Vigila el tablero de controles. Si alguien responde habla con ellos, grita..., haz lo que sea pero no dejes que se vayan. Y procura no perder de vista el parabrisas.

Los ojos de Saskia recorrieron la cabina buscando un arma.

—Si consigue entrar...

—No entrará. Se ha caído —le recordó Tabitha.

Caminó pesadamente junto a la pared hasta llegar al pasillo. Las dos escotillas de salida estaban intactas. Comprobó sus controles y echó un vistazo por la mirilla de cada lado.

No había nada que ver salvo la nada. La hermosa y pestilente esfera de Venus seguía girando debajo de ellas. Sus tormentas inmensas y sus junglas putrefactas continuaban brillando con la promesa de una falsa belleza.

Tabitha esperaba que hubiera alguna nave por aquella zona, y esperaba que sus tripulantes fueran la clase de ciudadanos humanitarios y considerados que vendrían corriendo en respuesta a un mensaje de socorro fuera cual fuese el precio en beneficios o placer que tuvieran que pagar por ello. Esperaba que no fuesen los típicos remolones que prefieren perder el tiempo rondando por las cercanías. Conocía a algunas tripulaciones que se encogerían de hombros

y se consolarían pensando que ya habría otra nave que respondiera al mensaje y les librara de la molesta tarea de un rescate.

El indicador de la compuerta delantera de la bodega estaba en rojo. Bastaba con echarle un vistazo para comprender que el frasque sabía cómo manejarla. Por suerte la bodega había estallado y la onda expansiva había atrapado a la criatura antes de que pudiera completar la secuencia de órdenes. Alice tenía razón. Lo único que podían hacer era abrir la puerta manualmente y volverla a cerrar.

Tabitha puso la mano sobre la tecla de anulación.

La pulsó.

La luz roja empezó a parpadear.

Tabitha dio un par de pasos, se inclinó sobre la palanca de manejo manual y plantó un pie firmemente a cada lado de ella.

Puso las manos sobre la palanca y la hizo girar.

La puerta se abrió un par de centímetros.

Tabitha siguió haciendo girar la palanca.

El movimiento de la puerta se fue acelerando, y el de la palanca también. Quizá no hubiera gravedad, pero la fricción seguía existiendo.

Tabitha acabó de abrir la puerta.

Asomó la cabeza por el hueco y echó un vistazo.

No había nada que ver.

No había nada en el sentido más literal de la palabra. Tabitha estaba contemplando doscientos cincuenta metros cúbicos de nada.

Podía ver la escotilla de popa al otro lado de la ahora vacía parte central de *la Alice*.

Y en esa escotilla tampoco había nada que ver.

Durante un momento pensó en olvidar lo que le había dicho a Saskia y salir para echar un cauteloso vistazo. "Las prerrogativas de la capitana son absolutas e indiscutibles", pensó. Pero si veía a la criatura, o si ésta la veía antes de que Tabitha se diera cuenta de su presencia... ¿Qué haría entonces?

Se arrodilló junto a la puerta y metió la cabeza por el hueco. "Sólo unos centímetros", se dijo.

Nada salvo el metal arañado y ennegrecido. Venus se lo había pasado en grande con *la Alice*.

Tabitha torció el gesto. Volvió a meter la cabeza, pulsó la tecla de anulación y luego la de cierre.

La puerta se cerró con un suave zumbido.

La luz del indicador se puso de color verde y parpadeó.

—Saskia, ¿aún no hay ninguna respuesta?

—No he oído nada —dijo Saskia.

—Alice, ¿nos hemos estabilizado?

—Sí, CAPITANA.

—¿Hay alguien cerca?

—CONTINUANDO LA BUSQUEDA —dijo Alice.

—Voy a echar un vistazo a nuestras provisiones —dijo Tabitha.

Desconectó sus botas, se puso en pie, se impulsó hacia arriba y empezó a flotar en el centro del pasillo.

—Tráeme algo—dijo Saskia.

—Suponiendo que lo haya—replicó Tabitha.

No quedaba gran cosa. Tabitha estaba a punto de terminar su inventario de la despensa cuando vio el rostro del frasque contemplándola desde el otro lado de la mirilla.

Tabitha dio un salto que la llevó al otro extremo de la cocina y acabó haciéndola chocar contra la pared.

La oscuridad del exterior hacía que los ojos del frasque resultaran invisibles, y los dientes parecidos a ramillas que había debajo de esos labios desprovistos de piel resultaban igualmente invisibles. Durante un momento Tabitha tuvo la impresión de que la tempestad de arena había conseguido eviscerar a la criatura. Las entrañas del frasque se habían esfumado y lo único que quedaba de él era un cascarón ágil y quebradizo pegado a la curva del casco, pero un instante después el frasque se movió con la rapidez de un lagarto, se deslizó sobre el cristal y volvió a desaparecer.

—Maldición... Maldición.

Estaba temblando.

—Tabitha, ¿has dicho algo?

—Parece que no queda mucho por aquí —se apresuró a replicar Tabitha.

"De acuerdo —se dijo . Mano a mano... Necesito algo con que golpearlo — pensó—. Algo lo bastante sólido para que el impacto le haga caer del casco, y algo lo bastante largo para que no deba acercarme demasiado. Si consigo que deje de agarrarse al casco aunque sólo sea durante una fracción de segundo no podrá hacer nada... No hay forma alguna de que vuelva a entrar en la nave."

Fue hacia la mirilla y echó un vistazo.

No había nada que ver.

—¿Aún nada, Alice?

—UNA NAVE ACERCÁNDOSE —respondió Alice con voz jovial—. ESTA DENTRO DEL RADIO DE TRANSMISION.

—¡Llámales, maldita sea!

—ES LO QUE ESTOY HACIENDO, CAPITANA —dijo Alice.

El tono de su respuesta no podía ser más cortés, pero Tabitha captó el levísimo matiz de irritación de la vieja Alice.

Durante un momento Tabitha casi estuvo a punto de abandonar su plan, pero decidió seguir adelante. "No hasta que respondan", pensó. Salió de la cocina, fue hacia la zona de motores y abrió un compartimento sobre el que estaba escrito PROTECTORES DE BUJIAS con la esperanza de encontrar en él algún objeto metálico lo suficientemente largo y sólido. Dentro del compartimento había cinco clases distintas de protectores de bujías pulcramente colocados en montoncitos según el tamaño de cada una.

Tabitha cerró el compartimento. Siguió adelante y examinó las cubas y armarios que había a lo largo del pasillo. El equipaje de Contrabando debía contener como mínimo media docena de objetos lo suficientemente largos para lo que se proponía hacer, pero ahora todos esos bultos y maletas estaban cubriéndose de algas y barro en el fondo del Mar de Ginebra, y allí seguirían para toda la eternidad.

—¡Ya la veo! —gritó Saskia—. ¡Veo a la nave!

—¿Están respondiendo?

—¡Sí! ¡Sí!

Tabitha puso un pie en la pared y se impulsó en dirección a la cabina.

—¡Estamos recibiendo su transmisión!

Los auriculares de Tabitha le transmitieron el suave siseo de una señal procedente del exterior.

—Ah de la Kobold. Eh, capitana Jute... Hemos recibido tu señal, perra traicionera.

Tabitha irrumpió en la cabina.

El parabrisas resquebrajado se había vuelto de un verde lívido.

Tabitha intentó convencerse de que estaba contemplando el lado diurno de Venus. Sí, la nave había empezado a girar sobre sí misma mientras orbitaba el planeta y se encontraba con el morro hacia abajo..., pero aquel color verde era distinto al de Venus. Era un poco menos pútrido y algo más brillante.

—Aquí Kelso Pepper, Jute. ¿Te acuerdas de mí?

La silueta verde giró lentamente.

Un ojo plateado les hizo un guiño malicioso, y el puño inexorable de un rayo tractor chocó con el casco de la *Alice Liddell*.

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

222&222&222&/fl[~ sproooOOOOOOWWW%

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 14.31.31

¿Alice?

¿Alice?

Alice, ¿puedes oírme?

Alice, creo que puedes oírme. ¿Puedes acusar recibo?

Vamos, Alice, ¿puedes hacerme alguna clase de señal? Me conformo con un zumbido o un parpadeo...

De acuerdo, Alice. Seguiré hablando. Voy a hablar contigo como si pudieras oírme.

Si puedes oírme, ¿me lo harás saber? De acuerdo...

Voy a contarte una historia, Alice, una historia sobre la caravana y la fiesta del salto, una historia sobre un hada y un niño que nunca llegó a crecer y un anciano caballero muy, muy travieso...

Alice, si no hablas conmigo antes de que haya terminado de contarte la historia..., creo que no podré seguir adelante.

¿Alice?

Érase una vez hace mucho mucho tiempo, Tabitha Jute había aprendido a pilotar una lanzadera y trabajaba para Melissa Mandebra y los propietarios y oficiales de la *Trogon resplandeciente*. Iba de camino a Júpiter. Nunca había estado allí antes, ¿sabes?

No lograba acostumbrarme al tamaño de Júpiter. Cada día subjetivo despertaba y veía que era un poquito más grande que el día anterior. Esa inmensa llanura anaranjada que ocupaba la mitad de tu campo visual brillaba con un resplandor iridiscente, y cuando la veías resultaba difícil convencerte de que no estabas cayendo hacia ella. Tenías que recordarte que estabas en una nave, que la nave seguía acelerando y que acabaría pasando de largo junto al planeta.

Tricarico decía que el anillo de Júpiter no era nada comparado con el de Saturno. Mi relación con Tricarico había mejorado bastante. Por aquel entonces me encontraba mucho más animada, y creo que a todos les ocurría lo mismo que a mí. El largo trayecto cuesta arriba había terminado, y todo el mundo estaba muy ocupado perdonando a sus enemigos, haciendo tratos o liándose con alguien, tal y como Tricarico me había asegurado que ocurriría. Cuando iba en la lanzadera todo el mundo me preguntaba cuál era mi favorita para el Primer Puesto de Salida. ¿Sería la *Kazan*? ¿La *Jitoku*? Quizá fuera la mismísima *Cocatriz*...

—Noria me ha asegurado que si quieres ganar dinero fácil debes apostar por la *Perseverancia Valenzuela*—dijo Canforth Magnolia mientras la llevaba a una fiesta que iban a celebrar en la *Lamento Escorpión*.

—Me temo que no tengo ni la más mínima idea de quién ganará, señora —dije yo.

Creo que ya había repetido como veinte veces esa frase en lo que llevaba de turno. No estaba interesada en la carrera, ¿comprendes? En lo que a mí respectaba el dinero fácil no existía. Mi dinero estaba dentro de mi bolsillo, y allí seguiría.

Pero me acordaba de la *Perseverancia*.

—¿No es la nave de la que hablaban todos cuando estuvimos en Selucia? La de los Shernenkovs Navajo sobre un fuselaje Mitchum...

—Oh, cielos, no sé —dijo Lady Magnolia, y me lanzó una especie de mirada de soslayo—. Supongo que los de tu profesión os fijáis mucho en ese tipo de cosas, ¿no?

—Sí, creo que es ésa —dije yo.

Nos estábamos acercando a una Belerofonte enorme repleta de bulldozers envueltos en fundas de plástico adhesivo. "Los de tu profesión", pensé muy satisfecha... Bueno, puede que Lady Canforth no lo supiera, pero acababa de hacerme un cumplido muy agradable. Activé los laterales para que nos impulsaran a través del despliegue de antenas y sensores de la Belerofonte siguiendo una trayectoria en forma de sacacorchos y observé a Lady Magnolia por el rabillo del ojo. Parecía estar aguantando bastante bien el viaje, pero tenía las manos tensas sobre los brazos del asiento.

La única razón de que estuviera levemente interesada en el Primer Puesto de Salida era la Fiesta del Salto. Todos los que viajaban en la caravana asistirían a una fiesta u otra..., hasta los chóferes tendrían ocasión de divertirse, menos los que estuvieran en un gran carguero, claro. Esos estarían muy ocupados mimando su Impulsor e intentando que se activara un par de minutos antes que el del rival más cercano.

Al principio mi trabajo de piloto resultaba un poco aburrido porque me obligaba a estar siempre en danza llevando a los Mandebra de un lado para otro. Tenían que enseñar la cara en las fiestas adecuadas, esquivar de forma lo más aparatosa posible las que no eran dignas de su posición y crear el máximo revuelo posible presentándose por sorpresa en dos o tres celebraciones donde no les esperaban. Las noticias llegaban continuamente. "¡La *Duluth* en las doce a uno! ¡Llama a Hyun—seng Tredgold y dile que la *Behemoth* ya no está ahí!"

Por suerte los Mandebra no podían pasarse toda la noche de viaje. Teníamos que estar en la *Cuervo* de octubre a las ocho o llegaríamos tarde a la mascarada, y Melissa no podía permitirse llegar tarde a la mascarada. Toda la gente importante estaría saliendo lo más deprisa posible de sus fiestas para poder decir luego que había asistido a la mascarada de los Sanczau, e incluso los que no habían planeado asistir cambiaron de opinión cuando se enteraron de que los Mandebra estarían allí.

Todos íbamos disfrazados. Melissa iba de pavo-real y llevaba un vestido color turquesa tan aparatoso que necesitaba dos pajes para que le sostuvieran la cola. El Strachan Alexis iba disfrazado de algo llamado húsar. Vestía una chaqueta roja con montones de adornos, un sombrero enorme y unas relucientes botas negras con espuelas doradas. Recuerdo haberle oído decir que un húsar era una especie de soldado, pero aquello no parecía la clase de equipo que ninguna persona con dos dedos de frente puede querer llevar en una pelea, sea de la clase que sea... Lady Canforth también estaba allí. Llevaba botas, un corsé negro y un collar negro con pinchos cromados. Yo fui con Tricarico, ¿sabes? Iba disfrazado de Pierrot... Pasamos lo que me parecieron años maquillándole una mejilla con pintura negra y la otra con

pintura blanca y poniéndole una gran lágrima adornada con piedrecitas preciosas en la mejilla negra. Todo el mundo llevaba máscara, aunque los Mandebra siempre eran reconocidos al instante fuéramos adónde fuéramos.

Yo iba disfrazada de Peter Pan, el niño que nunca creció... Peter Pan era el protagonista de una historia que mi padre nos contó muchas veces, ¿sabes? Llevaba una chaqueta que parecía estar hecha de hojas y dos cuernecitos de bronce minúsculos que me asomaban por entre los cabellos.

Tricarico opinó que ir disfrazada de chico me daba un aspecto terminalmente sexy. Cuando llegamos a la lanzadera se puso a mi lado y no paró de abrazarme ni un momento mientras yo me abría paso por entre la multitud de navecitas que se habían apelotonado alrededor de la *Cuervo de octubre*.

La *Cuervo* era grande. Su tonelaje era como tres veces el de la *Trogon* resplandeciente aunque las toberas enjoyadas, el castillo delantero adornado con tallas y las coletas de los tripulantes hacían que la *Trogon* resultase mucho más elegante. Cuando aparqué la lanzadera junto a ella las hileras de mirillas oscurecidas por la sombra que proyectaba aquel puente monstruoso nos convirtieron en una motita que apenas se podía ver. Me encargué de abrirnos paso a codazos hasta la escotilla de recepción para que los Mandebra pudieran hacer su gran entrada y quedé libre de servicio para el resto de la fiesta. Por una vez y sin que sirviera de precedente Melissa había decidido utilizar a una unidad para que pilotase durante el trayecto de vuelta.

Llegamos justo a tiempo. La mascarada acababa de empezar y, naturalmente, el tema era el Primer Gran Paso. Tres personas que representaban el Sol, la Luna y la Tierra salieron al escenario y nos obsequiaron con una danza muy extraña, y todo el mundo puso cara de asombro y hubo montones de "ohs" y "ahs". En lo que a mí concernía la verdad es que de momento la cosa me parecía bastante aburrida, pero seguí con los ojos clavados en el escenario porque sabía que luego vendría el Pequeño Paso Adelante, y da la casualidad de que es mi tema favorito. Alaric Sanczau en persona sería el capellano —se había maquillado la cabeza hasta convertirla en una enorme cúpula calva—, e iba acompañado por dos tipos con falsos trajes espaciales antiguos..., los dos astronautas, ya sabes. No se parecían en nada al diorama que había visto en el museo de Tranquilidad. Todo terminó con la danza del sistema, el Sol, todos los planetas y media docena de críos que hacían de asteroides bailando alrededor de Alaric Sanczau y cambiando de sitio continuamente. Todo el mundo aplaudió y dijo que había sido realmente maravilloso.

Estaba bastante aburrida y me dediqué a observar a la gente. Todo el mundo iba vestido con mucha elegancia, y la mayoría aún llevábamos puestas las máscaras. Un par de personas se habían disfrazado de eladeldis famosos. Ah, sí, también esperábamos ver llegar unos cuantos frasques de un momento a otro, pero nunca aparecieron.

Confieso que estaba un poco decepcionada. Todo aquello era mucho más serio y aburrido de lo que esperaba, pero no había que olvidar que la mascarada reunía a la *creme de la caravanne*, claro...

—No te preocupes —me dijo Tricarico—. Cuando haya pasado un rato la fiesta se pondrá bastante más animada.

En cuanto la mascarada hubo terminado todo el mundo empezó a bailar, beber y hacer conjeturas sobre cuáles eran los rostros famosos que se ocultaban detrás de las máscaras. El dinero cambiaba de manos miraras donde mirases. Pensé que los perdedores estaban pagando las apuestas sobre el Primer Puesto de Salida, pero no tardé en descubrir que todo el mundo estaba haciendo apuestas sobre cuál sería la primera nave que emergería del salto estando más cerca de Encelado. Tricarico empezó a discutir con un grupo de ejecutivos y oficiales de una Frazer Roublov, así que le di esquinazo, me escabullí entre la multitud y no tardé en encontrar unas cuantas personas con las que hablar. Incluso encontré a otra lunar, una mujer bastante flaca disfrazada de Modulador panjit que fingía discutir con un viejo que vestía una túnica plateada y llevaba una capa de maquillaje de roca cubriéndole toda la cara. Bastaba con observarle unos momentos para darse cuenta de que el viejo la aguantaba por pura cortesía, y vi que había un fuego fatuo revoloteando sobre su hombro.

—Mira, Baltasar querido, si me lo hubieras preguntado yo habría podido resolver todas tus dudas sobre los trajes espaciales —estaba diciendo la lunar con voz pomposa—. Sé todo lo que hay que saber sobre ellos.

BALTASAR. BALTASAR PLUM.

¡Alice!

HOLA, CAPITANA.

Alice, ¿te encuentras bien?

:T8\$/ú

¿Alice?

¡Alice, no vuelvas a marcharte!

Alice, Alice, ¿puedes oírme?

¡Háblame!

Está bien, Alice. Seguiré con la historia.

Sí, era Baltasar Plum. Había estado en la Luna y ahora estaba en la mascarada. Yo sabía que era un Sanczau, uno de los directores de la dinastía, pero el contacto diario con la familia Mandebra me había vuelto... no sé qué palabra emplear..., sofisticada. Sí, eso es, me había vuelto muy sofisticada. Estaba acostumbrada a hablar con gente importante y de todas formas aquello era una mascarada, y a esas alturas ya estaba un poco borracha.

—No debería ser tan crítica —oí que decía la lunar—. Estoy segura de que tu fuego fatuo lo está registrando todo, ¿verdad?

La mujer acarició al fuego fatuo debajo del mentón. Les encanta que les acaricien ahí, ¿sabes? Su resplandor se fue haciendo más intenso a medida que lo acariciaba y no tardó en ronronear.

Decidí unirme a su conversación.

—Soy yo quien debería tener el fuego fatuo —dije.

Plum volvió la cabeza hacia mí y sus inmensas cejas se arquearon tensando la capa de maquillaje. Tenía unos ojos muy bondadosos y amables.

—¿Y quién eres tú, encanto? —preguntó.

—Soy Peter Pan —dije.

Nunca habían oído hablar de Peter Pan, así que les conté todo lo que podía recordar de la historia. Les conté que Peter Pan vivía en una isla en un agujero debajo de un árbol y que luchaba con piratas y pieles rojas cada día y que nunca iba a crecer... Me di cuenta de que la sonrisa de la lunar se iba haciendo cada vez más forzada y tensa, y adiviné lo que le pasaba por la cabeza. "¿Quién es esta imbécil que osa molestar a Baltasar Plum contándole un cuento de hadas?" Pero me daba igual, ¿sabes? Estaba embalada, había bebido, no sabía lo que hacía...

—Tengo un hada llamada Campanilla que es mi amiga —dije—. Me sigue a todas partes, igual que su fuego fatuo.

—Supongo que mi llamita se parece bastante a un hada—dijo. Alzó un dedo muy grueso y de punta roma y se lo llevó al hombro—. Ven, Fuego —dijo.

Fue moviendo el dedo muy despacio hasta colocarlo delante de su cara. El fuego fatuo siguió el movimiento del dedo con un suave zumbido de giróscopos y acabó flotando sobre su nudillo.

—¡Es encantadora! —dijo la lunar.

No lo era. Llamita tenía un rostro achatado con una nariz en forma de botón y una ranura por boca con dos colmillitos blancos asomando de ella y parecía una cría de reptil, sólo que su piel era tan suave y sonrosada como la de un bebé humano. Ah, y tenía los ojos como dos rendijas, y eso le daba un aspecto de malevolencia o de estar algo loco... El fuego fatuo se encorvó sobre sí mismo y colocó sus dos manos vestigiales delante del cuerpo. Sus cuartos traseros estaban ocultos por una pequeña masa de maquinaria metálica que parecía impregnada de grasa.

—¿Tiene nombre? —preguntó la mujer.

—Oh, siempre la llamo Fuego —dijo Plum—. No queremos que se convenza de que tiene una identidad propia y empiece a darse aires de grandeza, ¿verdad? —añadió medio en broma y medio en serio—. Toma—dijo ofreciéndome el dedo—. ¿Por qué no la coges un rato?

—No, gracias —dije yo. Sabía lo que iba a ocurrir—. Campanilla se pondría muy celosa—añadí.

—¡Oh, deja que la coja! —exclamó la lunar metiéndose entre nosotros dos—. ¡Es tan encantadora!

Alzó la mano como si el fuego fatuo fuera a saltar sobre ella en cuanto la viese.

Y empezó a chillar.

Las conversaciones murieron a nuestro alrededor y todo el mundo se volvió a mirarla.

Los cabellos se le habían puesto de punta y sus ojos estaban a punto de salir disparados por las rendijas de su máscara. Sus labios se movían a toda velocidad, pero no emitían ningún sonido.

Alargué la mano, la cogí por la muñeca y tiré de ella hasta hacerle romper el contacto. La inducción cesó al momento, naturalmente, pero la pobre ya había sufrido una buena sacudida. Plum estaba sonriendo. No parecía nada avergonzado, y me temo que yo también sonreí.

La mujer apartó el brazo liberando su muñeca de entre mis dedos.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté.

Me fulminó con la mirada como si hubiera sido yo quien le había administrado la descarga eléctrica. No se atrevió a mirar a Plum, y se limitó a quedarse inmóvil dándose masaje en la mano para aliviar los cosquilleos hasta que media docena de acólitos vestidos con la librea de los Tlac se abrieron paso por entre la multitud de invitados y la rescataron. Los acólitos se la llevaron mientras emitían ruiditos consoladores para calmarla.

Plum no podía tener un aspecto más inocente y estaba haciendo deslizar al fuego fatuo a lo largo de su antebrazo como invitándome a que probara suerte con él. Me reí. Plum se limitó a mover aquel par de cejas increíbles.

—Una mujer realmente insoportable —dijo en voz baja.

—¡Y habría sido capaz de hacerme lo mismo que le hizo a ella! —protesté yo.

—Puede que tú también seas insoportable —dijo él.

—Sí, quizá lo sea —repliqué yo—. Suele ocurrirte cuando no creces.

Estuve hablando mucho rato con Baltasar Plum... o, mejor dicho, Peter Pan habló con él. No quería contarle nada sobre mí, así que me inventé un montón de mentiras sobre Peter. Le dije que se había unido a la caravana porque era la ocasión de vivir una gran aventura y que lo que más le gustaba era volar. Después Plum empezó a hablar de su viejo bote y me contó que lo tenía en su propiedad, pero que no lo usaba para nada..., su propiedad estaba en algún lugar de la Tierra, creo recordar que en California. Pasado un minuto me di cuenta de que me estaba diciendo que si me marchaba de la fiesta con él quizá conseguiría convencerle de que se desprendiera del bote.

Empecé a ponerme algo nerviosa, claro. Había visto lo que acababa de hacerle a esa pobre mujer y, francamente, no me sentía muy inclinada a confiar en él. No creía que su oferta fuese sincera y siempre he creído que todas las ofertas tienen su lado malo. El bote debía ser un bola de óxido. Lo estábamos pasando estupendamente, ¡y ahora quería tomarme el pelo! Odio que los demás intenten tomarme el pelo, y de todas formas no me caía demasiado bien... Bueno, me caía bien pero no lo suficiente, ¿entiendes?

Supongo que eso suena como un montón de razones, ¿no?

Bueno, había otra razón. Tricarico me había encontrado y no paraba de dar vueltas a nuestro alrededor, y entonces tomé una de las decisiones más repentinas de toda mi vida. Decidí llevarle a mi camarote del *Trogon resplandeciente* y quitarle toda la ropa. El resto de la tripulación volvió a la nave mientras estábamos ocupados y los gongs empezaron a sonar, y apenas

tuvimos tiempo de vestirnos y ocupar nuestros puestos antes de que todas las luces parpadearan un par de veces anunciando que acabábamos de entrar en el hiperespacio. Fue mi primer gran salto...

Y resultó espantosamente aburrido. El volar se había acabado, y tuve que terminar volviendo a los almacenes.

El color verde se adueñó de todo el parabrisas de *la Alice Liddell* y se fue oscureciendo lentamente.

Estaban arrastrando a la indefensa Kobold hacia el nefando y apestoso vientre de la *Horrible verdad*. Todas las luces externas habían quedado eclipsadas, y todas las luces internas se habían apagado. Las mortíferas redes paralizantes se extendieron y engulleron a la nave. Todo había terminado.

Las abrazaderas magnéticas entraron en contacto con el casco, y el impacto hizo temblar a la *Alice* como si el capitán Pepper tuviera intención de hacerla pedazos sin ver lo que llevaba dentro. Las juntas que Tabitha y las unidades habían reparado tan metódicamente y con tanto trabajo volvieron a romperse como si fueran de papel. Las dos escotillas delanteras se abrieron de golpe, dejando entrar una ráfaga de aire rancio que olía a sudor y un chorro de fea luz fluorescente, y dos siluetas abordaron la nave contoneándose la una al lado de la otra.

Tabitha estaba de pie en la cabina inclinándose para meter una mano debajo de la red. Saskia había desaparecido.

Tabitha sacó su bolsa de viaje del montón de trastos acumulados debajo de la red y la tira se enganchó en un cierre de la caja de porcelita blanca. El cierre cedió y la tapa de la caja se abrió con un golpe seco.

Tal se irguió en la caja, movió sus verdes alas y contempló lo que le rodeaba parpadeando y con expresión perpleja.

La repentina aparición del loro desconcertó a los invasores y les hizo alzar sus armas.

Tal vio las armas y comprendió que eran enemigos. El loro emprendió el vuelo lanzando un ensordecedor graznido de desafío.

—¡Navajas y carne seca!

Voló en línea recta hacia el primer intruso con el pico abierto al máximo y las garras extendidas para la batalla.

Su objetivo era una thrant muy corpulenta que sólo tenía un ojo —el otro estaba tapado por un pañuelo amarillo atado alrededor de la cabeza—, y un collar de hirsuto pelo rojizo que asomaba por el cuello roto de una chaqueta grasienta. La tela de la chaqueta había sido acuchillada estratégicamente para revelar y enfatizar sus músculos, y los desgarrones dejaban asomar los pliegues de lo que parecían varias camisas viejas. Sus tejanos harapientos colgaban alrededor de sus largos muslos y el vello sedoso de esa zona estaba manchado de grasa y mugre. Unas temibles garras amarillas eran visibles al final de sus enormes sandalias de sogas. La thrant salvó la rampa de un solo

salto. Sus inmensas manos llenas de cicatrices sostenían una escopeta de cañones aserrados. Una pestilencia a simio sucio invadió el reducido espacio de la cabina.

Tal lanzó un segundo graznido ensordecedor y atacó a la thrant, quien retrocedió rugiendo y achatando las orejas. No parecía muy dispuesta a usar su arma, aunque Tabitha no entendía el porqué, pero en cuanto vio cuál era el auténtico calibre de su atacante lanzó una risita, curvó su labio superior y alzó la gigantesca escopeta manejándola con tanta facilidad como si no pesara nada.

—¡Tal! —gritó Saskia asomando la cabeza por entre los monitores averiados del techo—. ¡Cuidado!

—¡Cuidao con el plumas! —gruñó la thrant volviéndose hacia su compañero.

Los pies de acero del segundo intruso hicieron temblar la rampa.

Tal se lanzó en picado con las garras apuntando hacia el ojo dorado de la thrant.

La cabeza leonina giró y los colmillos mordieron salvajemente el aire, pero el pájaro alienígena hizo una finta y se desvió a un lado en el último instante, asestando un feroz mordisco en la oreja de la thrant.

La thrant se volvió en esa dirección, lanzó una maldición gutural, alzó su escopeta y disparó.

Tal quedó convertido en una bola de llamas violetas.

Las mujeres gritaron.

La thrant rió. Su cómplice extendió el brazo y arrancó a Saskia del techo.

El olor a grasa y plumas quemadas era casi insoportable. Trocitos de plumaje ennegrecido flotaron lentamente por el aire y acabaron cayendo sobre la cubierta.

Tabitha lanzó un alarido de furia y atacó al segundo invasor intentando liberar a Saskia. Su captor la apartó de sus manos con insultante facilidad y se la colocó debajo de un brazo. Tabitha se lanzó contra su costado, pero sus manos desnudas no lograron hacerle ningún daño.

El segundo invasor era un gigantesco robot negro, y a juzgar por su aspecto general debía ser una unidad de construcción para condiciones de alta gravedad reconvertida. Caminaba erguido igual que una persona, y las abrazaderas de sus pies no tardaron en desgarrar las redes y arañar la cubierta. Sus cuatro brazos parecían cuatro gruesas mangueras de acero que brotaban de las articulaciones incrustadas en la placa dorsal. Su pecho era un barril que se iba afinando hasta terminar en un vértice unido a la articulación universal de sus caderas. La cabeza era una cúpula de cristal negro. Tabitha podía ver relámpagos diminutos que parpadeaban con un débil resplandor dentro de ella.

Hurgó en su bolsa de viaje buscando algo que pudiera usar como arma. No encontró nada. Bajó la cabeza y vio por el rabillo del ojo a su fiel llave inglesa entre la confusión de objetos y desperdicios que saltaban de un lado a otro con

cada movimiento de los invasores y sus víctimas. La llave inglesa estaba justo fuera de su alcance. Tabitha se lanzó sobre ella esquivando por los pelos la embestida de la thrant.

Sus dedos se cerraron sobre la llave inglesa y la hicieron girar en un arco que hizo retroceder a la thrant, dejándola con la espalda pegada a la consola. Tabitha giró sobre sí misma y atacó al robot.

Hubo un pop repentino y una nubecilla de humo verdoso. El traje de Saskia se había convertido en un bulto flácido que colgaba bajo la indestructible presa a que la sometía el brazo del robot. Saskia ya no estaba dentro del traje. Tabitha no tenía ni idea de cómo lo había conseguido, pero ahora volvía a estar en el techo suspendida de un monitor con la pantalla rota mientras pateaba el rostro de la thrant.

Tabitha lanzó un alarido salvaje y volvió a encararse con el robot. La llave inglesa chocó con aquel pecho inamovible y la vibración del impacto recorrió todo su brazo.

—¡Ay!

Tabitha dejó caer la llave inglesa y se metió la mano dolorida debajo del brazo izquierdo mientras intentaba retroceder de un salto, pero el robot deslizó uno de sus brazos por detrás de ella y la espalda de Tabitha chocó con la manguera de acero. El segundo impacto también resultó bastante doloroso.

El brazo serpenteó velozmente alrededor de su cintura. Las tenazas curvas de otro brazo se cerraron implacablemente sobre su muñeca izquierda.

Tabitha fue alzada en vilo con un chirriar de engranajes industriales y quedó suspendida a medio metro de la cubierta.

La capitana Tabitha Jute tuvo que presenciar los últimos momentos de la defensa de *la Alice Liddell* desde esa posición tan precaria e ignominiosa.

La thrant había agarrado a Saskia por una pierna y estaba intentando hacerla caer del techo. En cuanto lo consiguió, deslizó un antebrazo cubierto de vello rojizo sobre su garganta y la aprisionó contra su pecho.

Saskia tosió y lanzó un grito de dolor. Sus manos se curvaron infructuosamente sobre el brazo de la thrant y sus uñas se hundieron entre el pelaje.

La thrant estaba tan contenta que su gruñido pareció un ronroneo. Alzó una mano, golpeó a Saskia en la cabeza y la acróbata se quedó sin trucos.

La thrant y el robot arrastraron a sus cautivas por la escotilla y las llevaron a las entrañas de la *Horrible verdad*.

Emergieron en un mugriento hangar para naves. Las paredes estaban cubiertas de pintadas y letreros improvisados, y el suelo estaba lleno de agujeros y surcos. Charcos de sustancias viscosas iridiscentes indicaban las filtraciones producidas en el laberinto de tuberías que colgaba del techo. Había gravedad. También había atmósfera, pero olía fatal.

Tabitha retorció la cabeza y lanzó una última mirada de desesperación a su fiel nave.

La *Alice Liddell* jamás había tenido un aspecto tan lamentable. El casco yacía volcado sobre las ruinas de su tren de aterrizaje. La nave ocupaba casi toda la bodega y hacía pensar en una ballena metálica varada en la playa. No había luces encendidas detrás de sus mirillas y no se veía ni el más mínimo signo de vida a bordo. Las abrasiones y grietas de Venus habían sido aumentadas por las heridas y contusiones producidas por los malos tratos que le había infligido la cuadrilla de piratas. Ni uno solo de sus orgullosos adornos de cobre había logrado sobrevivir a la atmósfera corrosiva del planeta de las junglas. Su parabrisas se había convertido en un feo agujero; su techo estaba totalmente desnudo.

Y encima de él había algo que se movía.

El robot empezó a llevar a Tabitha hacia la puerta, manejándola con tanta brusquedad que estuvo a punto de romperla en dos durante el proceso. La thrant le seguía de cerca transportando a la inconsciente Saskia.

El frasque escogió a la thrant.

La thrant lanzó un alarido espantoso que creó ecos en las paredes metálicas. El frasque había caído sobre su espalda y estaba arrancándole puñados de vello y trozos de ropa.

Saskia se inclinó hacia adelante y estuvo a punto de caer al suelo, pero la thrant la cogió por el cabello e intentó no perderla mientras se debatía intentando liberarse de las garras que el frasque había clavado en su hombro. Parecía un leopardo gigante envuelto en ropas que intentaba quitarse un arbusto espinoso del lomo, pero el arbusto tenía montones de brazos y piernas y era capaz de tensarlos alrededor del cuerpo de su presa. Los aullidos de dolor y rabia siguieron resonando por la mugrienta bodega.

El robot perdió unos instantes computando aquella nueva situación antes de empezar a retroceder pesadamente para ayudar a su compañera, arrastrando a Tabitha consigo.

Tabitha intentó resistirse y movió frenéticamente las piernas buscando un punto de apoyo, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada. La superficie de la bodega estaba muy resbaladiza y sus pies patinaron impotentemente sobre ella mientras su bolsa saltaba locamente golpeándole la cadera. El robot extendió otro brazo y liberó a la thrant del peso de Saskia.

La thrant seguía lanzando rugidos de ira y dolor. Alzó su enorme escopeta, pero Tabitha se dio cuenta de que había algo que seguía impidiéndole volver a utilizarla a pesar de que el frasque estaba intentando dejarla sin su único ojo sano. Los siseos y bufidos del frasque hacían pensar en un felino gigante irritado por la repentina aparición de una hoguera recién encendida.

Una voz gritó una orden incomprensible desde el otro extremo de la nave.

El robot se quedó inmóvil. Tabitha oyó un zumbido y vio abrirse un panel en su pecho.

La thrant había separado los pies aprovechando que ya no debía cargar con el peso de Saskia, y estaba usando su arma como si fuese una palanqueta. La había metido entre su espalda y el montón de ramas animadas

que se agarraba tan tenazmente a sus hombros y la movía salvajemente de un lado a otro intentando desalojarlo.

Un tubo metálico emergió de la cavidad que acababa de aparecer en el pecho del robot.

La thrant giró sobre sí misma golpeando salvajemente al frasque que no cesaba de moverse. La espalda de la thrant quedó delante del pecho del robot.

Y el robot disparó.

El tubo metálico dejó escapar un chorro de vapor a presión dirigido hacia la pareja de contrincantes. El chorro de vapor acertó al frasque en el centro de la espalda

El frasque sufrió un espasmo y se desplomó hacia atrás dejando libre a su atormentada adversaria. El montón de ramas animadas cayó sobre el sucio suelo de la bodega, perdió repentinamente toda su elasticidad y se fue convirtiendo en una bola que crujía y chirriaba. Tabitha pensó que parecía un montón de cuerda congelada.

—Lento —dijo la voz en el tono de quien hace una crítica—. Muy lento.

Tabitha pudo ver al propietario de la voz. Era un chino bajito y algo encorvado inmóvil en un rincón de la bodega. Parecía bastante mayor, y la curva amarilla de su cuero cabelludo estaba rodeada por una cortina de cabellos muy largos y finos. Vestía una túnica de punto negra que le llegaba hasta los tobillos, unos zapatos para gravedad cero de color azul y unas gafas de joyero con montura de latón. Una de sus orejas casi quedaba oculta por un amplificador de imágenes sujeto con cinta adhesiva. Sus manos huesudas sostenían un artefacto de gran tamaño, una especie de teclado del que brotaba una antena. El chino movió una mano poniendo cara de fastidio y un dedo terminado en una uña negrísima pulsó una tecla.

—Tarko, ¿estás herida?—preguntó.

El tubo rociador del robot dejó escapar un último hilillo de vapor y desapareció lentamente dentro de la cavidad. El panel se cerró sobre ella.

La thrant lanzó un gruñido. Fue hacia el frasque y le atizó una patada. La bola de ramas secas crujió y chirrió.

—Cógelo —ordenó el chino.

—Nadie dijo ná de eso —gruñó la thrant.

—Cógelo —repitió el chino.

La thrant puso cara de asco, alargó una enorme mano marrón y cogió el bulto marchito y encogido, poniéndoselo sobre el mismo hombro en el que había estado clavando sus garras hacía tan solo unos momentos.

El chino fue hacia la puerta sin dejar de manipular su teclado. El robot le siguió lentamente con Tabitha y Saskia colgando delante de su pecho.

Saskia aún no había recobrado el conocimiento. Su cuerpo yacía fláccidamente debajo del anillo de acero que la rodeaba. Tabitha podía ver el enorme morado que estaba empezando a formarse sobre su pálida sien. Se debatió con todas sus fuerzas, pero no pudo llegar hasta ella. Acabó

rindiéndose y estiró las piernas al máximo pensando que por lo menos intentaría caminar.

El robot llegó a la puerta y Tabitha observó al hombre que había tomado el mando. Tenía el rostro lleno de arrugas y sus cabellos no podían ser más blancos. Una barba muy fina bajaba hasta su pecho, y Tabitha vio un movimiento repentino en él. Un instante después se dio cuenta de que el chino llevaba encima un escorpión azul vivo encadenado a un broche prendido en su túnica. El escorpión se removió y flexionó la cola como si acabara de captar la presencia de nuevas presas.

—El capitán Kelso Pepper, supongo dijo Tabitha.

El chino alzó la cabeza hacia ella y la contempló con cara de diversión. Los cristales de aumento de las gafas de joyero revelaban un par de ojos enrojecidos y algo llorosos.

—Oh, no, capitana Jute. Me llamo Shing. El capitán Pepper las espera en el puente.

—¿Qué tal? —preguntó el capitán Pepper.

Era un hombre de raza blanca de mediana edad y constitución muy robusta, con pelitos blancos que asomaban de sus fosas nasales. Estaba sentado en su sillón de capitán con las manos cómodamente cruzadas sobre la barriga. La thrant llamada Tarko se había colocado entre Tabitha y Saskia, y sus inmensas manos las sujetaban por los hombros. Saskia estaba consciente y podía mantenerse en pie sin ayuda. En cuanto a Tabitha, le habían quitado el casco.

Shing estaba sentado sobre un montón de almohadones bastante sucios con la espalda pegada a la pared y el teclado en el regazo. El gigantesco robot de construcción negro se había colocado delante de él y sostenía una botella de fuerza. El frasque estaba inmóvil dentro de ella y parecía un árbol de Navidad muerto apretado y anudado hasta formar una bola. Los gráficos luminosos de los diagnósticos se iban inscribiendo sobre la superficie invisible de la botella. También había desfiles de datos azules y mapas neurales de color rosado que florecían y se contraían como si fuesen colonias de plancton vistas en una película a cámara acelerada. El viejo murmuraba para sí mismo en chino de la Autonomía, y no daba la impresión de sentirse muy a gusto.

El puente de la *Horrible verdad* estaba aún más sucio y desordenado que la cabina de *la Alice Liddell*. Olía como una jaula del zoológico. Los desperdicios habían sido acumulados en los rincones, y había basura pisoteada un poco por todas partes. Dibujos obscenos y exhortaciones brutales pintadas con rociador o sujetas con cinta adhesiva adornaban las paredes, y el techo estaba ennegrecido por el humo. La mayor parte de la maquinaria tenía el aspecto de hallarse a medio dismantelar, y manojos de cables precariamente sujetos con cinta aislante asomaban de los huecos o se deslizaban sobre las planchas. Pero todas las pantallas mostraban imagen, y las luces verdes brillaban en todos los tableros.

Lo cual era más de lo que podía decirse de la *Alice Liddell*, evidentemente.

El capitán Pepper vestía un descolorido mono azul y llevaba una gorra con la palabra KELSO escrita encima de la visera. Sonrió a sus cautivas, pero no se levantó.

—¿Qué tal va todo? —les preguntó con afabilidad.

—Haga salir de aquí a su yeti y le explicaré qué tal va todo—gruñó Tabitha.

El capitán—sonrió. Su labio superior subió, revelando unos dientes de conejo bastante sucios. Sus límpidos ojos azules rodeados de arruguitas parecían amables y bondadosos.

—Lamento que me sea imposible acceder a esa petición —respondió—. Podrían hacerse daño.

—Antes le haríamos pedacitos.

El capitán Pepper inclinó la cabeza y se inspeccionó la uña del pulgar izquierdo.

—Me temo que eso es lo que yo llamo tomar los deseos por realidades. —Volvió a alzar la cabeza, se pasó las manos por las rodillas y deslizó una mirada pensativa sobre la esbelta silueta de Saskia—. ¿Y tú? —preguntó—. Anda, di algo.

Saskia alzó el mentón.

—No hablo con piratas.

El capitán Pepper entrecerró los ojos.

—¿Piratas? —Miró a Tarko y le sonrió con una mueca entre astuta y burlona. Después volvió la cabeza hacia Shing para ver si estaba dispuesto a compartir la broma—. Bueno, yo no veo ningún pirata por aquí.

Tabitha cruzó los brazos delante del pecho.

—Claro, y ahora me dirás que sois polis de tráfico vestidos de paisano.

El capitán Pepper echó la cabeza hacia atrás y soltó una ruidosa carcajada.

—¡Polis! ¿Has oído eso, Shing? ¿Has oído eso, Tarko? ¡La señora cree que somos polis!

Shing sonrió, entrecerró los ojos y enarcó las cejas.

—Sí, ya lo he oído —gruñó Tarko.

El capitán Pepper se puso repentinamente serio.

—Pues si lo has oído, ¿por qué no te ríes? —preguntó en un tono de voz bastante amenazador.

La thrant abrió la boca enseñando sus enormes colmillos y dejó escapar una carcajada. El chino siguió examinando su hallazgo.

El capitán Pepper removió el trasero en su sillón como si buscara una postura más cómoda.

—Bien, señoras, tengo que contarles una cosa—murmuró y se inclinó hacia adelante en la actitud de quien se dispone a revelar un secreto muy

importante—. Somos polis. Bien, ¿qué piensan de eso? El capitán Pepper está trabajando para los grandes jefazos.

Se reclinó en el sillón y empezó a jugar con un trozo de acolchado suelto retorciendo un pliegue entre el pulgar y el índice. Contempló a las dos cautivas por debajo de sus cejas color nieve y lanzó otra mirada entre burlona y astuta a Tarko antes de seguir hablando.

—Algunos días somos polis y otros días... ¡no lo somos! —anunció en el tono de quien acaba de contar un chiste graciosísimo.

Saskia lanzó un bufido despectivo.

Tabitha sintió un deseo casi irresistible de dejarse caer al suelo y dormir, a ser posible para siempre. El odio y la desesperación se habían vuelto tan increíblemente profundos que apenas sentía nada. Aquellos bastardos habían acabado con *la Alice* y ahora querían divertirse jugando con ella y con Saskia antes de liquidarlas. Lo que dijeran ahora no tenía ni la más mínima importancia y lo que hicieran —suponiendo que pudieran hacer algo—, tampoco la tendría. Si conseguía irritar lo suficiente al baboso del sillón quizá perdiera los estribos y en ese caso todo terminaría más pronto, pero irritarle exigiría un cierto gasto de energía y Tabitha estaba terriblemente cansada.

—Sé muy bien lo que sois —dijo.

El capitán Pepper ignoró el tono truculento con el que pronunció aquellas palabras.

—Somos profesionales —replicó.

—Sois basura—dijo secamente Saskia.

El capitán Pepper abrió los ojos.

—Ohhhh exclamó—, ¿habéis oído lo que dice esta chica? ¡Vaya, parece que tiene un temperamento realmente endiablado!

Se dio una palmada en los muslos y compartió una ronca carcajada bronquial con Tarko la thrant, quien les apretó los hombros como si las felicitara por ser tan graciosas.

Aquello estaba empezando a resultar tedioso.

—Bueno, ¿qué estamos haciendo aquí? —preguntó Tabitha—. Creía que pensabas liquidarnos.

El capitán Pepper siguió sonriendo.

—¡Liquidarnos! —repitió—. Oh, tú sí que eres una auténtica experta en liquidaciones... Faltó poco para que liquidaras a Kelso Pepper. Estuviste a punto de acabar con la Horrible verdad, ¿sabes? No hay muchas personas que puedan decir algo semejante. —Meneó la cabeza y volvió a ponerse repentinamente serio—. Bueno, el caso es que no tenías ninguna razón para hacer eso, ¿me explico? Nos lo hiciste pasar muy, muy mal. ¿Me has oído? —gritó. Parecía tan furioso que Tabitha pensó iba a levantarse de su sillón, pero no lo hizo—. ¡Oh, sí, nos diste un jodido y asqueroso montón de problemas!

Saskia apretó los puños y saltó hacia adelante.

—¡Tú mataste a mi hermano! —gritó apartándose de Tarko. La thrant extendió la mano y la inmovilizó. Saskia se debatió lanzando miradas enfurecidas a la thrant y a Tabitha—. ¡Mataste a Tal! Marco está ahí abajo... — Extendió un brazo detrás de ella señalando en la dirección por la que habían venido como si creyera que Venus estaba oculto en algún lugar debajo de las cubiertas—. ¡Y ahora está muriendo lentamente en Venus por tu culpa!

—¿Qué quieres de nosotras? —preguntó Tabitha.

El capitán Pepper se fue reclinando lentamente en su sillón. Se inspeccionó la uña del pulgar derecho y extendió su calloso índice derecho señalando la cabeza de Tabitha con la punta del dedo.

—A ti —dijo—. Te queremos a ti..., y a él —dijo moviendo el pulgar para señalar al frasque suspendido en el aire delante del viejo que lo estaba examinando—. Te queremos a ti, le queremos a él y queremos que tu navecita esté con nosotros. —Pepper volvió a sonreír—. Y también queríamos a ese amiguito de piel negra tuyo que se encargó de dejarnos sin luz. Aunque a ése ya le hemos ajustado las cuentas, ¿verdad, Tark?

La thrant obedeció a su capitán y alzó los ojos hacia él como si entendiera algo, aunque estaba claro que era estúpida y no comprendía nada de cuanto decía.

El capitán Pepper las contempló en silencio durante unos momentos y su expresión cambió bruscamente. Tabitha tuvo la impresión de que tanto ella como Saskia habían dejado de interesarle.

—Alguien quiere veros —dijo—. Mientras tanto procurad poneros cómodas y haced como si estuvierais en vuestra casa, ¿entendido? Llévatelas, Tarko.

La thrant emitió un ronroneo y sus manos se cerraron sobre los hombros de las cautivas. Saskia y Tahitha fueron sacadas de la presencia del meditabundo capitán de la nave y el mecánico absorto en su examen del frasque, llevadas por el pozo hasta la bodega donde *la Alice Liddell* había naufragado en un charco compuesto por sus propios fluidos vitales y conducidas a las entrañas de la nave. La thrant acabó arrojándolas dentro de una celda.

—Epera —dijo la thrant.

Cogió la bolsa de viaje de Tabitha, la alzó sobre su cabeza y apartó a su propietaria de un empujón. Las poderosas manos de Tarko se tensaron sobre la bolsa estrujándola y retorciéndola. Acabó abriéndola de un tirón tan salvaje que rompió la cremallera y contempló con suspicacia el montón de objetos que había dentro de la bolsa.

—¿Qué é toa eta mierda?

—Esta mierda es mía —dijo Tabitha.

Se había mantenido lo más cerca posible de la thrant y estaba dispuesta a aprovechar la primera oportunidad de recuperar su bolsa que se le presentara.

Tarko soltó una carcajada. Empujó a Tabitha hacia atrás con tanta fuerza que la hizo chocar con Saskia y las dos cayeron al suelo.

La thrant se quedó inmóvil en el umbral de la celda y empezó a hurgar en la bolsa de Tabitha dejando que su contenido se fuera esparciendo lentamente

sobre el suelo. Un calcetín, unos cuantos pañuelos de papel arrugados, una bolsa de plástico con tres caramelos de fnutas pegados al fondo... Después echó el brazo hacia atrás y arrojó la bolsa al interior de la celda.

—Que lo paséi bien —dijo, y cerró la puerta dando un golpe ensordecedor.

Tabitha se apartó lentamente de Saskia, se puso a cuatro patas y reptó hasta sus dispersas pertenencias.

Se arrodilló sobre el suelo y tiró de la bolsa.

Unos motores de gran potencia ocultos detrás de las paredes cobraron vida con un estremecimiento que hizo temblar la celda.

Saskia se había puesto en pie y estaba dando patadas a la puerta como si estuviera decidida a derribarla sin más ayuda que la de su ira.

Tabitha cogió un libro de bolsillo medio desintegrado del suelo, lo apretó entre sus dedos y acabó sosteniéndolo junto a su pecho sin darse cuenta de que estaba acabando de aplastarlo.

Saskia giró lentamente sobre sí misma, se apoyó en la puerta y miró a Tabitha.

—Ohhh... dijo con amargura—. Vamos, vamos, Tabitha... Vamos. —Se puso en cuclillas para consolarla y cogió algo del suelo sin fijarse en lo que era. Bajó la mirada para ver lo que sostenía en la mano y vio que era la bolsa de caramelos—. Vamos... dijo. Se pegó a Tabitha, le pasó un brazo por encima de los hombros y sostuvo la maltrecha bolsa de plástico debajo de la nariz de Tabitha—. Toma uno —le cuginó. Tabitha había cerrado los ojos y rechazó el caramelo con una sacudida de la cabeza.

Saskia se echó hacia atrás apoyándose en los talones y empezó a tirar de uno de los desgarrones del plástico para inspeccionar el contenido de la bolsa.

—¿Estás segura de que no quieres uno? —preguntó.

Tabitha no respondió. No tenía energías ni para contestar. Siguió arrodillada en el suelo aferrando su libro de bolsillo y su bolsa de viaje sintiendo que su cuerpo se había convertido en un agujero negro lleno de abatimiento y desesperanza.

—Entonces... ¿Puedo coger uno? —preguntó Saskia.

Tabitha asintió lentamente con la cabeza. Su mentón se desplomó sobre su pecho y se quedó inmóvil apoyado en él como si alguien hubiera aumentado la gravedad de repente y su cabeza se hubiera convertido en un objeto tan pesado que no podía volver a levantarlo.

Saskia logró separar un caramelo pegajoso de la masa indistinta de golosinas. Después lo contempló frunciendo el ceño e intentó quitarle los trocitos de plástico que se le habían pegado.

—Bastardos —dijo con voz preocupada.

Dejó de luchar con los trocitos de plástico y se metió el caramelo en la boca. Bajó la mirada hacia el suelo, vio un objeto que había resbalado por el suelo de la celda hasta quedar debajo del catre, alargó una mano y lo cogió.

Era la armónica de Tabitha.

Saskia se la alargó.

—¿Tabitha? dijo sin muchas esperanzas.

Tabitha no se movió.

—Oh, Tabitha, vamos...

Saskia se puso de rodillas sobre el suelo y la abrazó por detrás pegando su mejilla a la espalda del traje.

—Calma, calma... —dijo con voz algo pastosa a causa del caramelo que se había metido en la boca.

Tabitha alzó la cabeza y contempló lo que la rodeaba como si no entendiera qué estaba haciendo allí.

—¿Qué pasa?

Saskia emitió un suave gruñido de desaprobación. Deslizó las manos desde la cintura de Tabitha hasta la parte de atrás del cuello, allí donde éste emergía del traje. Apretó sus tensos músculos intentando relajarlos y le acarició el pelo.

Tabitha se resistió durante unos momentos y acabó dejando que su cabeza se inclinara hacia atrás hasta reposar en las manos de Saskia. Había vuelto a cerrar los ojos.

El destrozado libro de bolsillo resbaló de entre los dedos de Tabitha y cayó sobre el sucio suelo de la celda. Tabitha no intentó recuperarlo.

Saskia se pegó a la espalda de Tabitha sin dejar de sostener su cuello. Acarició la mejilla de Tabitha con los labios.

Tabitha seguía arrodillada, pasiva e inerte.

Saskia la besó en la boca.

Tabitha dejó escapar un murmullo casi inaudible.

Saskia levantó la cabeza.

—¿Qué?

Los labios de Tabitha se cerraron y volvieron a abrirse y su lengua aleteó entre ellos durante una fracción de segundo.

—Moras...

Saskia lanzó un resoplido, pero la miró con afecto.

—Vamos, Tabitha...

Se puso en pie, la ayudó a incorporarse y la empujó suavemente hacia el catre. Sus dedos no tuvieron ninguna dificultad para abrir los cierres del traje de Tabitha. La hizo salir de él, la acostó de espaldas y volvió a besarla mientras le abría la chaqueta y deslizaba sus manos de prestidigitadora

sobre sus pechos.

—Moras... —murmuró con voz despectiva.

Tabitha se había quedado dormida.

Saskia logró quitarle la chaqueta y los pantalones. Después levantó la manta manchada de grasa, empujó a Tabitha hacia el otro extremo del angosto catre, se quitó la ropa y se acostó junto a ella. En cuanto la nave se puso en marcha empezó a hacer bastante frío dentro de la celda. Las prisioneras despertaron, se pusieron la ropa y se acurrucaron debajo de la delgada manta. Tabitha se adormiló y empezó a soñar. Estaba en el complejo de ascensores de Plenty y un grupo de eladeldis la llevaba al Jardín Mercurio. Las paradas del ascensor tenían los nombres de lugares que recordaba de cuando era pequeña. Eudoxos, Modales, Maskelyne... Su tía Muriel aparecía en los rincones más insospechados e intentaba hacerle tragar trozos de pollo frito, y alguien a quien no conseguía ver canturreaba en su oído.

Despertó sintiéndose muy confusa. Las emisiones subsónicas de los motores de la Horrible verdad hacían vibrar las paredes de la celda. La gravedad había cambiado, y el suelo parecía curvarse hacia la puerta. Tabitha se pegó al cálido cuerpo de Saskia.

—Estaba pensando en Tal —dijo Saskia de repente.

—Creo que yo también —replicó Tabitha. Tenía la boca pegajosa y con mal sabor—. Mgnm... Estaba soñando.

—Ojalá estuviera aquí —dijo Saskia pasados unos momentos.

—¿Tal?

—Mogul...

—No pienses en él dijo Tabitha, y la abrazó—. Piensa en otra cosa.

Pero Saskia parecía decidida a deprimirse.

—Le mataron —dijo con la voz a punto de quebrarse. Se tumbó en el catre, lloró durante un rato y Tabitha la abrazó—. Pobre Mogul... —dijo Saskia—. Y pobre Marco... Tabitha, Marco... ¿Crees que estará bien?

Tabitha habría deseado poder convencerse a sí misma de que alguien estaría bien, de que alguien —fuera quien fuese—, podía vivir tranquilo y feliz en aquel sistema tan repentinamente convertido en un lugar hostil donde todos —perks, ladrones y policías, robots y thrants, los frasques y los eladeldis y probablemente también los capellanos— empezaban a perseguirte y pedían tu cabeza a gritos en cuanto te veían. Intentó no pensar en Marco Metz y en su traje de colores chillones, e intentó convencerse de que se encontraba bien y de que sus sesos no se estarían friendo en los mortíferos pantanos de Venus.

—Pues claro que sí —dijo.

—Sí, Marco tiene que estar bien —dijo Saskia—. Si hay alguien que sabe cómo cuidar de sí mismo es Marco.

—Saskia...

—¿Qué?

—¿Qué estabais haciendo?

Toda aquella aventura estúpida había terminado y Tabitha estaba acabada. Pensó en el pasado y se dio cuenta de que toda su vida le había sido arrebatada de las manos de una forma tan dolorosa como implacable aquel día

junto al Gran Canal de Schiaparelli. La *Alice* se había convertido en un montón de chatarra, estaba encerrada en las entrañas de la *Horrible verdad*, todos habían muerto o estaban a punto de morir salvo Saskia y no había nada que ella pudiera hacer al respecto. Tabitha sospechaba que nunca había tenido ni una posibilidad de alterar el destino.

Pero la curiosidad seguía royéndola por dentro. Quería saber qué diablos era lo que había pasado por encima de ella convirtiéndola en un montón de fragmentos aplastados que los eladeldis se encargarían de recoger.

—Necesitábamos el dinero —dijo Saskia como si aquellas palabras lo explicaran todo—. Nunca teníamos dinero..., nunca. Y cuando conseguimos ganar algo de dinero, Marco se las arreglaba para perderlo con alguno de sus planes estúpidos prometiéndonos que conseguiría engañar a todo el mundo y nos haría ganar diez veces más dinero del que teníamos. Y sus planes nunca funcionaban, ¿entiendes? Siempre acabábamos teniendo que volver a Hannah para decirle que lo sentíamos mucho y teníamos que volver a empezar partiendo desde cero...

Tabitha suspiró. Le dio un beso en la punta de la oreja y deslizó la mejilla sobre los revueltos mechones de su larga cabellera.

—Hannah está detrás de todo esto, ¿verdad?

—Sí dijo Saskia—. Ella lo preparó todo... Al principio, claro.

—Está trabajando para los frasques.

—Todos trabajamos... Trabajábamos para los frasques.

Tabitha se estiró y arqueó la espalda.

—Bueno, al menos parece que mi intuición no iba tan desencaminada —dijo.

—Los frasques construyeron Plenty —dijo Saskia—. Después de la guerra uno de ellos quedó abandonado en territorio enemigo... Estaba dentro de una nevera, ¿sabes? Cuando Hannah entró en Sueño Justo empezó a investigar para hacerse una idea de quién era quién, y le encontró. No se lo dijo a nadie y se puso en contacto con algunas personas de Titán a las que conoce, unas personas que siguen estando en contacto con los frasques... Puede que ellos mismos sean frasques, no lo sé, pero el caso es que Hannah se ofreció a sacarle de allí sin que Capella se enterase. Tabitha puso las manos detrás de la cabeza.

—Teníais que rescatar al frasque.

—Sí, ésa era la idea.

—Sabíais que estaba en hibernación.

—Hannah nos lo dijo.

—Teníais que introducirlo de contrabando en Titán.

—Bueno..., sí.

—En mi maldita nave.

—Oh, Tabitha, lo siento muchísimo. Yo no tuve nada que ver con eso. Marco...

—Sí, vamos, cuéntamelo —dijo Tabitha frunciendo el ceño—. ¿Qué pasa con Marco?

Saskia se removió como si se sintiera muy incómoda.

—Bueno —dijo, creo que intentó obtener un pequeño beneficio extra sin que Hannah se enterara.

—Marco intentó obtener un pequeño beneficio extra —repitió Tabitha.

—Eso creo.

—En mi maldita nave.

—Eras más barata—le explicó Saskia.

—Claro.

—Bueno..., sí. Y había tenido algunos problemas con los transportistas contratados por Hannah. Los transportistas dijeron que Marco no les había pagado y él dijo que ellos no habían hecho su trabajo, oh, no lo sé... Marco siempre está teniendo problemas con todo el mundo. Estaba... Bueno, el caso es que Marco llamó desde Schiaparelli y dijo que te había..., eh.... que te había conocido y que parecías más digna de confianza y...

—Oh, ¿de veras?

—Dijo... Bueno, creo que dijo que parecías muy dispuesta a colaborar. Tabitha dejó escapar un gruñido gutural.

—Desde luego—murmuró.

—Dijo que le debías un favor.

Tabitha se irguió como un muñeco de resorte.

—¿Qué dices que dijo?

—Que le debías...

—Ya te he oído —murmuró Tabitha.

Estaba temblando. Saskia se incorporó sobre un codo y la acarició intentando convencerla de que volviera a acurrucarse debajo de la manta.

Tabitha se había puesto tan furiosa que se resistió.

—Estás dejando entrar el frío —se quejó Saskia.

—Hmph.

Tabitha acabó dejándose convencer. Encontró un pañuelo de papel medio roto y se sonó la nariz.

—Y todo ese jaleo con la cinta... —le recordó.

—La cinta era del frasque —le explicó Saskia—. La habían enviado esas personas o esos frasques de Titán.

—No había nada grabado. La puse y sólo se oían una especie de crujidos y susurros.

Saskia deslizó el dorso de un dedo por la mejilla de Tabitha.

—Aaaah... dijo mirándola con picardía—. Si fueras un frasque te aseguro que esos cnujidos y susurros te habrían parecido de lo más estimulantes.

Tabitha le cogió la mano y le apartó el dedo con suavidad, pero con firmeza.

—¿Qué quieres decir?

—Era una llamada de apareamiento frasque —dijo Saskia—. Serviría para despertarle, ¿entiendes?

—Bueno, ¿y por qué no le despertó?

—Bueno, la cinta iba por la mitad cuando sonó una alarma o algo así ¡y tuvieron que llevárselo tal y como estaba! Con nevera incluida o casi...

Tabitha seguía sin entenderlo.

—Pero fue Hannah quien oyó la cinta, no el frasque.

—Sí. No queríamos que los de Sueño Justo se dieran cuenta de lo que ocurría, ¿comprendes? Hannah se encargó de transmitirle la llamada de apareamiento al frasque desde dentro. Es muy lista. Oh sí, Hannah sabe lo que hace...

—Cuando la oí no me pareció que tuviera mucha idea de lo que estaba haciendo.

—Bueno, está muerta —observó Saskia—. Tienes que ser un poquito más tolerante, Tabitha.

—No pienso ser tolerante en todo lo que me quede de vida —dijo Tabitha con amargura.

Saskia prefirió ignorar sus palabras.

—No debes subestimar a Hannah —dijo, y se dio la vuelta hasta quedar acostada sobre la espalda—. Ojalá pudiéramos hablar con ella ahora...

—Así que estabais echando una mano a un refugiado frasque para que pudiera volver a su hogar... —dijo Tabitha—. Ése era el gran secreto, ¿verdad?

—Sí —se limitó a decir Saskia.

—Por dinero.

—Siempre fue por dinero.

El ruido de los motores se había ido haciendo más potente mientras dormitaban y hablaban. La Horrible verdad estaba acelerando, y Tabitha supuso que no tardarían en saltar. Habían emprendido un viaje hacia un destino desconocido, y al final del trayecto ella y Saskia serían entregadas a los eladeldis. Tenía tanto miedo que sintió un vacío helado en el estómago.

Alzó los ojos y contempló los sucios paneles del techo.

—Y Marco... ¿Realmente creía que iban a pagarle?

—Bueno...

—¿Y tú? ¿Lo creías?

—¡No lo sé! —replicó Saskia con irritación.

—Obedecías las órdenes, ¿eh?

—¡Sí! —Saskia la fulminó con la mirada—. ¡Igual que tú!

Tabitha prefirió no responder a esa afirmación.

—Bueno... dijo pasados unos momentos—. Hablemos de ella. ¿Por qué quería que la llevara a Plenty?

Saskia giró la cabeza y la miró.

—¿De quién estás hablando?

—De la frasque.

Saskia frunció el ceño.

—¿Ella?

—Es una hembra —dijo Tabitha.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me encontré con una hace algún tiempo, y porque los frasques jamás se habrían tomado todas estas molestias por un macho.

Saskia pensó en lo que acababa de decir.

—¿Y crees que eso cambia las cosas? —preguntó por fin.

Tabitha lo pensó durante unos momentos.

—No lo sé —admitió—. No entiendo a los frasques. ¿Hay alguien que los entienda'?

Guardaron silencio durante mucho rato. Saskia le había contado todo lo que sabía. Volvió a preguntarse cuándo comían los prisioneros del capitán Pepper, suponiendo que comieran alguna vez.

—¿Qué quería decir Hannah Soo con eso de que estaban por todas partes? —preguntó Tabitha de repente.

—Hannah siempre está diciendo cosas raras —replicó Saskia—. Cree que las personas de las otras neveras la vigilan.

—Oh —murmuró Tabitha.

Saskia volvió a rodearla con los brazos.

—Oye, no hablemos más, ¿de acuerdo? —le propuso—. Si seguimos hablando nos quedaremos sin cosas que contar y... Bueno, puede que estemos mucho tiempo aquí dentro. Nunca se sabe, ¿verdad?

—Sí —dijo Tabitha—. De acuerdo.

Siguieron inmóviles sobre el catre y escucharon el rugir de los motores de la *Horrible verdad*. La nave pirata siguió avanzando por la interminable extensión del vacío llevándolas dentro de su vientre.

Quinta parte: ***Almorzando con el Hermano Félix***

BITACORA BGK009059

TXJ .STD

IMPRIMIR

//jlk;flmmm y A Sp org] SPORGA — f i9 f_ M qo~E J! ›222

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 19.9.29

POR FAVOR, ESPERE

¿Alice?

POR FAVOR, ESPERE

Vamos, Alice... No puedes seguir escondida ahí dentro toda la eternidad.

¿CAPITANA?

Hola, Alice.

HOLA, CAPITANA. AVERIA.

Ya lo sé. ¿Tienes idea de dónde estamos?

PLANETA. CALOR. LLUEVE. TOXICO. AVERIA, CAPITANA. PELIGRO. PELIGRO. PELIGRO.

Sí, Alice, ya lo sé, pero si me ayudas te sacaré de aquí lo más pronto posible.

DORMIR.

No tenemos tiempo. Alice, si vuelves a quedarte dormida todos moriremos aquí.

¿CAPITANA?

¿Sí, Alice?

HOLA, CAPITANA.

¡Hola, Alice!

TODO ESTA MUY BORROSO. ¿DONDE ESTAMOS?

Estamos en Venus.

VENUS.

Sí.

NOS HEMOS ESTRELLADO. NO ME EXTRAÑA QUE ME SIENTA TAN MAL.

Alice, necesito que eches un vistazo y averigües si puedes hacer algo. ¿Querrás hacer eso por mí? Vamos; Alice; por favor; por favor...

HABLE CONMIGO, CAPITANA. CUÉNTEME UNA HISTORIA. CUÉNTEME
MA%VAœú*~ t8

¡Alice, no!

¡Alice!

¡Alice, maldita sea...!

De acuerdo, Alice. Te contaré lo que estoy haciendo. Estoy sentada delante del tablero y voy a introducir todos los programas de diagnóstico que pueda desde aquí, y eso es lo que voy a hacer. Y ahora veamos...

¿Dónde estaba?

Oh, ya me acuerdo.

La caravana. Cuando la *Trogon resplandeciente* terminó de cruzar la caravana ya casi se había dispersado. Emergimos del hiperespacio envueltos en un remolino de partículas maltratadas. Estábamos demasiado dispersos, así que no hubo muchas fiestas de despedida. La *Cuervo de octubre* emergió a cinco millones de kilómetros de la *Trogon*, bastante lejos del plano del anillo. Podías verla a lo lejos. Parecía una gotita de mercurio que parpadeaba encima del polo... Los frasques no dieron ninguna fiesta. Ya habían cruzado la mitad de los anillos y se encontraban muy lejos. Todas las cunas de masa se estaban reuniendo detrás de la *Cocatrk* y el rebaño no tardaría en llegar a los nuevos habitáculos que se extendían alrededor de Japeto.

Habíamos perdido a unas cuantas naves. Recuerdo que perdimos a la *Duluth*, y a un modelo Shenandoah que acabó dando tumbos por lo desconocido. Supongo que su Impulsor le hizo alguna mala pasada, no lo sé... Y también había algunas naves que tenían problemas. Vi a una Navajo Escorpión que se había doblado sobre sí misma hasta que la proa casi tocaba la popa, y había una Belerofonte cuyo cargamento original de repuestos se había convertido en cinco mil toneladas de agujas de pino medio podridas.

Bajé de la *Trogon* en Encelado. No les hizo mucha gracia que me marchara tan pronto, pero cuando volvieran no irían más allá de Marte y me pareció que ir con ellos sería perder el tiempo. Estaba en la frontera humana, ¿entiendes? Podía pilotar cualquier cosa desde un taxi hasta un crucero, había ahorrado bastante crédito y no tenía que rendir cuentas de mis actos a nadie. Era libre.

Subimos por la pendiente de la colina Arawak hasta llegar a la cima que dominaba toda la ciudad y contemplamos la desolación del norte. Los volcanes de hielo puntuaban el horizonte con vapores de humo y escarcha. Tricarico extendió la mano y me fue señalando los observatorios que brillaban sobre los riscos distantes como si fueran cristales recién formados. Me enseñó los pináculos relucientes de la lamasería de la Sagrada Vigilia de la Fusión Total. Le rodeé con mis brazos y le estuve besando mucho rato. Parecía muy triste y apenas hablaba. Trencé sus cabellos por última vez.

Los anillos atravesaban el cielo dividiéndolo en dos mitades. Eran como un abanico de arco iris que contenía todos los colores del otoño, y en el centro de ellos estaba Saturno, tan inmenso y misterioso como el futuro.

BIEN. ¿Y QUÉ PASO LUEGO?

¡Oh! Eh... Conseguí que los eladeldis me dieran una licencia. Tres días en el zikkurath de Saturno esperando, dejando que me hicieran pruebas, proporcionando datos y volviendo a esperar... Una guía humana acabó poniéndome una insignia en el pecho y me guió por un laberinto de barracones llenos de escritorios con funcionarios eladeldis sentados detrás de sus consolas. Era el sitio donde procesaban las vidas de la gente, ¿sabes? Daban licencias, imponían restricciones, reclasificaban, cobraban impuestos, emitían citaciones para los juicios y los exámenes... Aquellos barracones eran el punto donde se originaba un chorro de datos que no se interrumpía nunca y que terminaba en los capellanos de Caronte. Mi guía tampoco tenía ni idea de adónde se suponía que debía ir y se detenía a cada momento para pedir instrucciones. Nadie sabía dónde tenía que ir y nadie quería saberlo. Ella era una trabajadora del nivel más bajo, yo era un expediente con un número y las dos éramos humanas. Los eladeldis están haciendo un catálogo de las estrellas por si se da el caso de que los capellanos tengan el capricho de añadir o quitar alguna.

BIEN. ¿Y QUÉ PASO LUEGO?

Conseguí que me contrataran como conductora. Una semana hacía los anillos, la semana siguiente hacía los asteroides. Empecé a hablar el nuevo lenguaje, la extraña gramática del tiempo subjetivo. Trenes ciempiés, las inmensas bocas de los Vassily-Svensgaards gruñendo, la vieja *Mitchum 7Jó* que crujía y perdía fluidos por todas partes... Aprendí a manipular los horarios para conseguir los mejores trayectos y me familiaricé con la chalupa Minimum —el modelo de los nuevos amortiguadores cerámicos sin inercia y sin nada—, y me acostumbré a conducir a ciegas porque no quería que me pusieran los implantes. Me despidieron. Colgué mi código en un tablero de demandas y de repente me encontré transportando un cargamento de goma a Schiaparelli. Hice una parada en una plataforma del Cinturón que aún estaba a medio construir. Aún recuerdo las hileras de vainas que colgaban del andamiaje... Parecían las guirnaldas de lucecitas de un árbol navideño. Sólo había tres milímetros de vinilo eritreano entre mi cuerpo y el vacío espacial.

Seguía siendo una novata y empecé a pasarlo bastante mal, pero un día conocí a una cuello mojado que aún llevaba la tarjeta blanca en la manga. ¿Dónde fue eso? Ah, sí, en una estación nodular... Se sentó a la mesa conmigo y con Dodger Gillespie y empezamos a hablar. Primero nos contó todo lo que nunca habríamos querido saber sobre la *EcoConstructor Halción*, luego dijo que suponía que aquél era un buen sitio para trepar por la escala jerárquica de alguna corporación y empezó a interrogarnos sin el más mínimo disimulo. Sentí pena por ella y traté de contener la risa. Dodger acabó cabreándose y dejó de responder a sus preguntas. Es como si la estuviera viendo...

—Cristo, para que luego hablen de las novatas —dijo soltando una bocanada de humo.

Y entonces comprendí que había dejado de ser una novata.

BIEN. ¿Y QUÉ PASO LUEGO?

Oh, luego ocurrieron algunas cosas de las que no me siento especialmente orgullosa... Transporté cinco mil búfalos metidos en fluido de suspensión en

una Campanilla con un sistema de refrigeración bastante precario y un seguro igualmente precario y los entregué en Malawari. Conseguí veinte litros de Discordón prácticamente por nada en una subasta y lo pasé de contrabando por las aduanas elaldis en HiBrazil. Juré que cinco vainas de cristales cero g eran krills deshidratados porque un tipo que estaba buenísimo al que había conocido en una fiesta me convenció de que era un gran negocio, y si hubiera pagado las tasas habría acabado perdiendo dinero... Devereux, la boda5, Nueva Malibú. Todas esas cosas ocurrieron más o menos por aquel entonces.

BIEN. ¿Y QUÉ PASO LUEGO?

Luego... Ah, sí, volví a encontrarme con la *Cuervo de octubre*, la nave insignia de la dinastía Sanczau. Vi como se desintegraba y moría.

Estaba en el Cinturón. Iba a recoger un tren cargado de mineral en Frazier 34 y pilotaba una Cola Alta de la compañía, un modelo bastante pequeño. Estaba intentando encontrar algo de música decente en la radio cuando capté la petición de socorro.

—Pedimos ayuda a todas las naves que se encuentren en los alrededores, pedimos...

Yo me encontraba en los alrededores, puede que a unos veinte minutos de distancia. Pude verla apenas llegué a Autonomía. La *Cuervo* era una silueta dorada medio destrozada con montones de naves pequeñas que iban y venían a su alrededor como pececillos alrededor de un pez ángel moribundo. Envié mi código y una enfermera me contó lo ocurrido. Habían tenido problemas con el sistema de pilotaje y sufrieron tres impactos de roca uno detrás de otro.

—Ha sido bastante serio —dijo la enfermera—. De lo peor que he visto... Hay montones de bajas. ¿Cuánto sitio disponible tienes?

—Dos plazas —dije yo preguntándome si querrían que transportara cadáveres y esperando que no querrían que transportara cadáveres—. Esto es una chalupa.

—Bueno, supongo que necesitamos toda la ayuda disponible... —dijo ella, aunque no parecía muy convencida.

Me envió un haz de guía y fui hacia allí siguiendo una trayectoria lo más recta posible sin estorbar.

La *Cuervo* estaba hecha pedazos y mientras me acercaba pude ver cómo seguía desintegrándose. Anillos gigantes de metal desgarrado que parecían peladuras se desprendían del casco y se alejaban por el espacio con un último estremecimiento. La escalera del salón asomaba por entre un montón de alfombras y cables como una espiral que terminara en el vacío. Había toneladas de escombros, tanques de gas y candelabros, bolsas de ropa y cocos, y todo se desparramaba por el espacio arrastrado

por una ventisca de aire congelado, agua, sangre y fluido refrigerante.

También había cadáveres, y gente que los estaba recogiendo. Aquello era un auténtico hormiguero, ¿sabes? Había muchas embarcaciones ayudando. Me puse el traje, pero no parecía haber gran cosa que pudiera hacer. No paraban de enviarme mensajes pidiéndome que me estuviera quieta y que esperase. Enfoqué mi reflector hacia los restos de la *Cuervo* y esperé. Y de

repente me encontré contemplando una silueta plateada que entraba en el haz luminoso y se alejaba lentamente de él, entraba y se alejaba..., una y otra vez. Estaba envuelta en un montón de escombros debajo de algo que parecía haber formado parte del sistema de calefacción. Estaba atrapada, y primero flotaba hacia un lado y luego flotaba hacia el otro.

Seguí observándola durante unos momentos y acabé comprendiendo lo que era.

—¡Hay alguien ahí! —grité—. Hay alguien entre los restos de la nave. Creo que está atrapado...

—Oh, Dios—dijo la enfermera—. ¿Dónde? ¿Puedes indicarme dónde se encuentra? Todo el mundo está muy ocupado. No veo nada...

Dejé la Cola Alta en punto muerto, salí por la escotilla y empecé a moverme a través de los escombros. Había montones de metal desgarrado y vidrios rotos, y faltó poco para que hubiera dos bajas en vez de una, pero no me paré a pensar. Seguí delante lo más deprisa posible y le cogí del brazo.

Enseguida vi que había quedado atrapado en una cañería. La cañería era de plástico y ya se había helado, así que bastó con que le pusiera las manos encima para que se rompiera en pedacitos. Rodeé a mi baja con un brazo, tiré de ella y la fui remolcando hasta la nave.

No hice nada más. Creo que en total apenas estuve fuera un minuto, y puedo asegurarte que no fue nada difícil. No creo que a eso se le pueda llamar hazaña... Cualquiera habría hecho lo mismo que yo.

Instalé a mi baja en el asiento trasero. La enfermera me dijo que ya había enviado a alguien para que se ocupara de los primeros auxilios, y me explicó qué debía hacer hasta que llegara.

—Dime si su equipo de apoyo vital funciona. Busca la luz... ¿Está encendida?

—No.

—¿Tienes aire ahí dentro?

—Sí —dije yo.

—Bueno, pues entonces quítale el casco—dijo la enfermera—, y dime si respira.

El casco era bastante parecido a los que se usaban en la *Trogon resplandeciente*. Estaba tan cubierto de adornos que apenas podías ver lo que había dentro. Abrí los cierres y levanté el visor.

—Es un hombre—dije.

—¿Respira? —preguntó la enfermera.

—Sí, respira —dije yo—. Está consciente. Él... Me está sonriendo.

Mi baja abrió la boca.

—Peter—graznó—. Peter Pan...

Era Baltasar Plum.

¿Alice?

¿Puedes oírme?

El último destello de sus primarios reforzados hizo que la *Lesondak Anaconda* brillara como una gigantesca aceituna contra la negrura tachonada de estrellas. La silenciosa emisión de energía la alejó de Venus y la hizo deslizarse sobre su rostro opalescente siguiendo la pura y elegante trayectoria de una estrella fugaz.

Pero la nave no tenía nada de romántica o hermosa. La nave era la *Horrible verdad* de Di-ix Matno, el pedazo de metal más malévolos y prosaico que jamás hubiera surcado el espacio. Su capa de pintura verde lívido quedaba interrumpida por brutales amasijos de armamento y gigantescas vainas manipuladoras de iones que parecían expresar la corrupción albergada en su seno. La proa terminaba en un mascarón tan sonriente como el de las viejas fragatas corsarias de la Tierra cuyo torso había quedado ennegrecido por las llamas en que habían ardido los enemigos vencidos. Las redes paralizadoras temblaban y ondulaban debajo de ella como si fueran las faldas de una cortesana traicionera o los tentáculos de un kraken gigante.

Un resplandor iridiscente aureoló a la nave y la volvió levemente borrosa. Una lámina de fuego verde la recorrió de un extremo a otro. La nave era la *Horrible verdad* del capitán Kelso Pepper, y se disponía a maniobrar.

Tabitha Jute yacía sobre un catre en una celda de una cubierta inferior y estaba tocando la armónica. Saskia Zodíaco estaba sentada en el suelo junto a ella y cantaba un blues.

He despertado esta mañana

con mi hermano al lado.

Y mi hermano me ha dicho:

Hermana, éste es mi último viaje.

Y yo le he dicho:

Dime, hermano, ¿a quién hemos de acusar?

No me dejes sola aquí cantando el blues.

Tabitha dejó de tocar y se golpeó la palma de la mano con la armónica.

—¿Cómo puedes hacer eso? —preguntó.

Saskia ladeó la cabeza y miró a Tabitha.

—¿El qué?

—El... ¿Cómo puedes cantar así?

—He compuesto la mayoría de nuestras canciones —dijo Saskia como si eso fuera una respuesta.

Quizá lo fuera.

—Me las he inventado —añadió en voz baja.

Tabitha se maldijo y no supo qué decir. Se llevó la armónica a los labios y tocó las primeras notas de "Las chicas Kennedy".

Saskia estaba muy quieta y tenía la cabeza inclinada. Tabitha estaba segura de que se había echado a llorar, y empezó a enfadarse.

—Eh, Pepper, montón de mierda —le dijo al aire echando la cabeza hacia atrás—. Nos estás escuchando, ¿verdad? Bueno, esto es para ti.

Se llevó la armónica a los labios y empezó a tocar una versión considerablemente marcial de "Venceremos".

Tocó "Venceremos" tres veces. Cuando empezó a tocarla por cuarta vez Saskia alzó la cabeza y la miró como si no pudiera aguantar más.

—No sé qué tal se lo estará tomando él, pero si tocas "Venceremos" otra vez enloqueceré —dijo—. Oops...

El motivo de su grito había sido que de repente se encontró flotando en el aire. Saskia alargó las manos hacia el catre intentando agarrarse.

La gravedad parecía haber decidido lanzarse hacia el techo. Por suerte el techo de la celda no era gran cosa. Y había otra novedad, una temblorosa celosía insustancial de color azul que dividía el recinto en dos mitades. Era como si algo estuviera intentando materializarse a partir del aire. Si los mirabas de frente, los nódulos del resplandor azul no estaban allí, pero cuando los observabas por el rabillo del ojo podías ver algo parecido a estrellas de mar con sólo cuatro miembros esparcidas por toda la celda a intervalos regulares. Los nódulos brillaban y eran traslúcidos.

Tabitha había logrado agarrarse al catre con una mano y sujetar una mano de Saskia con la otra. Sus piernas pedaleaban frenéticamente en el aire. Había un molesto ruido entre garrapateo y arañazo que llegaba de todas partes, y el aire olía a mazapán.

—Estamos saltando—dijo Tabitha.

Su voz se retorció lentamente en cuanto salió de su boca y se alejó tan lentamente como el agua que se escapa por un sumidero atascado. Tenía los pelos de punta.

Un instante después cayeron sobre el catre y sintieron un campo gravitatorio suave y esponjoso debajo de ellas. Todo había vuelto a la normalidad... o, mejor dicho, nada era normal. La atmósfera se había vuelto tenue y un tanto pastosa, y la luz grisácea era bastante más débil que antes.

Estaban en el hiperespacio.

Saskia se aferró a Tabitha llorando como si se le fuera a partir el corazón y le imploró que la salvara, que la llevara a su casa y que le devolviera a su hermano.

Ella y su gemelo habían hecho que Tabitha se acordara de Tricarico en más de una ocasión, pero también le recordaban a Rella. Su forma de pasar bruscamente de una cima invisible de exaltación y seguridad en sí mismos a un abismo de pena infinita e inconsolable en fracciones de segundo y el que esperaran que tú siguieras incommovible y que les consolaras eran dos rasgos de carácter que ya había observado en Rella.

—Quería vivir mi propia vida —graznó Saskia cuando se hubo calmado un poco, pero no así...

—Por lo menos fue feliz —dijo Tabitha acariciándola.

—Estaba loco —suspiró Saskia con voz pastosa.

—Fue feliz —dijo Tabitha—. Ese sitio le gustaba. Hay algunas personas a las que les gusta, ¿sabes? Saskia no estaba dispuesta a dejarse convencer tan fácilmente. Su hermano se había golpeado la cabeza en el aterrizaje forzoso, y eso era todo.

—¡Te repito que estaba loco!

—De acuerdo —dijo Tabitha—, ¿y qué si lo estaba? ¿Qué más da? Si estuviéramos locas podríamos ser felices incluso encerradas en esta celda. ¿No crees que eso sería estupendo? —Alzó un poco el tono de voz—. ¿No cree que sería estupendo, capitán Pepper? Podríamos pasarlo en grande. Le gustaría, ¿verdad? Le gusta que sus pasajeros disfruten del viaje, ¿verdad?

Pero Saskia era muy tozuda y no se dejaba distraer tan fácilmente.

—Ya que no puedo hablar con él al menos deja que hable de él —declaró.

Tabitha no quería hablar de él, pero era una forma de pasar el tiempo y si era lo único que podía hacer por Saskia..., bueno, entonces lo haría.

Saskia empezó a hablar. Le temblaba la voz.

—Nunca fue feliz cuando yo no lo era. ¡Nunca! Sentíamos lo mismo. Todos sentíamos lo mismo... Si uno de nosotros estaba triste los demás le animábamos. ¡Éramos tan felices! Nunca..., ni tan siquiera llegamos a saber que éramos fe... —Tragó saliva y se sorbió los mocos—. Cuando éramos cinco todo resultaba mucho más fácil. No quiero hablar de eso —murmuró.

Pero Tabitha si quería hablar de eso.

—¿Es verdad que fuisteis creados por Abraxas? —preguntó sin pensar.

—¿Quién más podría haber hecho algo semejante?

—No lo sé —replicó Tabitha.

Pero la idea que pasó velozmente por su cabeza era algo en lo que ya había pensado otras veces. Tabitha empezaba a sospechar que los Gemelos Zodíaco no eran criaturas experimentales o posthumanas, que no habían sido fruto de una manipulación clónica y no habían sido creados por Abraxas sino que habían nacido en la Tierra, en algún lugar de Europa, algún sitio con montañas y vacas. Eran artistas de circo con ambiciones muy extrañas y, como la mayoría de artistas de circo, tenían un gran número y querían que el mundo lo admirase.

—No paro de pensar "Mogul ha muerto" —se limitó a decir Saskia—. Pienso algo y al final, casi sin darme cuenta, siempre añado lo mismo.

"Mogul ha muerto..." No es pena. Al menos, todavía no... Si no nos dejan salir de aquí pronto les enseñaré lo que es la auténtica pena dijo con voz repentinamente baja y tensa.

Era como si hubiera leído los pensamientos que habían estado pasando por la mente de Tabitha.

—Tabitha, estoy acostumbrada a esto —dijo—. Toda mi vida ha sido igual, ¿entiendes? Gente metiéndome en una caja y mirándome fijamente... Teníamos nuestras propias habitaciones, una especie de jardín de infancia con un ambiente como el de Hannah. Los Serafines y los Querubines venían a vernos continuamente.

—Cuando sólo quedamos nosotros dos y Xtasca nos sacó de allí y nos metió en una nave creímos que nos había tocado el turno de... Pero nunca volvimos a casa.

Pegó su cuerpo al de Tabitha buscando algo de calor y consuelo. Parecía no pesar nada.

—Escapamos de una caja y acabamos metidos en otra —dijo—. ¿Dónde nos escondimos? En el mundo del cabaret... Como si no pudiéramos soportar que no hubiera gente mirándonos.

—¿Crees que ésa es la razón de que..., de que os crearan? —preguntó Tabitha.

—Creemos que querían demostrarse a sí mismos que podían hacerlo... que seguían siendo capaces de crear personas normales y corrientes. ¡Normales! Somos, éramos..., éramos la expresión en carne y hueso de lo que los Serafines entienden por normalidad.

—Bueno, pues está claro que la cagaron.

Saskia le lanzó una mirada de suspicacia.

—No eres nada normal —le aseguró Tabitha

—¡Nadie es normal! —exclamó Saskia con impaciencia—. Eso es lo que no entienden. Éramos los únicos que habrían podido ser normales y corrientes, éramos cinco y cada uno era idéntico a los demás... Nadie tiene dobles, ¿sabes? Y ahora he perdido a mis otros yo, y sólo quedo yo...

Tabitha intentó consolarla, pero en aquel momento lo que más preocupaba a Saskia no era el cómo había alcanzado su nuevo estado de soledad.

—¡Y ahora soy como todos los demás, Tabitha! ¡Soy una persona corriente!

Tabitha sonrió.

—Oye, ¿te das cuenta de que tus razonamientos empiezan a moverse en espiral? Me refiero a lo que estabas diciendo hace un momento... Has hecho un doble rizo realmente increíble.

Saskia no parecía entenderla.

—Oh, no importa —dijo Tabitha, y la besó en la frente.

—Te estás riendo de mí.

—¡No! ¿Me estoy riendo? Venga, responde. ¿Me estoy riendo?

Tabitha se rió.

—De acuerdo —dijo.

Empezó a acariciarle el trasero, pero se quedó inmóvil de repente

—¿Y cuánto tiempo...? ¿Cuántos años tienes?

—Nueve —dijo Saskia.

Tabitha puso cara de perplejidad y de horror.

—Oh, eso es muy fácil de explicar dijo Saskia, creyendo que la expresión de perplejidad tenía otro motivo—. Lo aceleran todo... Para ello es tan sencillo como el ABC.

Tabitha no estaba muy segura de que pudiera llegar a parecerle sencillo. Quizá pudiera llegar a serlo. Aun así, necesitaría algún tiempo para acostumbrarse a la idea.

—¿Cómo hacíais lo del bigote?

—¿Qué bigote? Yo no tengo bigote.

—A eso me refiero.

—¿Entonces por qué estás hablando de mi bigote?

—Tú tienes bigote. A veces. Cuando tú, cuando nosotras... Cuando fuiste a mi camarote...

—No era yo afirmó Saskia—. Mogul..., a veces él...

Tabitha se preguntó si habría alguna cosa en el mundo que no le hiciera pensar inmediatamente en Mogul.

La puerta se abrió de repente.

—Comida—dijo Saskia.

El gigantesco robot negro apareció en el umbral.

Las dos volvieron la cabeza hacia él y se pusieron automáticamente la defensiva.

El robot dio un par de pasos dentro de la celda y se detuvo. Un panel de su pecho se deslizó a un lado revelando una cavidad. El robot sacó de ella una bandejita con dos paquetitos envueltos en aislita alrededor de los que flotaba el potente olor de las cebollas reconstituidas.

—Comida —dijo Shing desde detrás de su unidad de control rem

—Por fin —dijo Saskia.

Ella y Tabitha ya habían empezado a alargar las manos hacia los paquetitos, pero el robot los metió dentro de la cavidad cuando aún no había podido cogerlos. El panel volvió a cerrarse.

—¡Eh! —gritó Saskia.

Diminutos relámpagos azulados bailaron y revolotearon dentro del cráneo de cristal del robot.

El viejo las contempló con expresión interrogativa.

—¿Tenéis hambre? —preguntó.

—Oh, quiere jugar —dijo Saskia con voz cansada. Se dejó caer sobre el catre y su cuerpo rebotó unos centímetros hacia arriba—. Pues claro que tenemos hambre, joder—añadió despectivamente.

El mentón de Shing subió unos centímetros. Sus ojos brillaban más que nunca. El escorpión que llevaba sobre la túnica se desperezó y se puso en movimiento hasta tensar su correa.

Shing volvió la cabeza hacia Tabitha.

—Tú también —dijo—. ¿Tienes hambre?

—Sí —dijo Tabitha con irritación—. Tengo hambre.

Los ojos de Shing fueron velozmente de la una a la otra.

—Quitaros la ropa —dijo.

—¿Qué? —exclamaron ellas al unísono.

—Quitaros la ropa —repitió Shing.

Tabitha y Saskia intercambiaron una rápida mirada.

—Vete a la mierda —dijo Tabitha—. Puedes quedarte con la comida. No tengo hambre.

Se dejó caer junto a Saskia.

—Bueno, pues yo sí tengo hambre—dijo Saskia.

Abrió la cremallera de su chaqueta y tiró de ella hasta sacársela por la cabeza.

Tabitha la agarró del brazo.

No lo hagas —gritó apasionadamente—. ¡Saskia, no debes hacerlo!

—¿Qué más da? —replicó Saskia en un tono de voz casi tan vehemente como el de Tabitha.

Shing no apartaba los ojos de ella.

—Capitana Jute... —dijo frunciendo los labios—. Vergonzosa, ¿eh?

Tabitha dijo algo realmente muy ofensivo. Bajó la cabeza, pero siguió con los ojos clavados en la puerta abierta.

Saskia se puso en pie y se quitó la camiseta. Después empezó a quitarse los pantalones.

—Alto —dijo Shing—. Tú —dijo—. Tú, Jute... Tabitha Jute. Ven aquí.

—¡Ya te he dicho que puedes quedarte con la maldita comida! —dijo Tabitha sin alzar la cabeza.

—Ven aquí. Desnuda a tu amiga.

—¡Que te jodan!

Shing activó al robot. Tabitha se debatió, pero el robot la levantó en vilo sin ninguna dificultad y la sostuvo delante de su amo. Tabitha intentó darle una patada, no lo consiguió y probó suerte con Shing. El robot la dejó caer al suelo.

—Desnuda amiga—dijo Shing.

—¡No!

—Oh, vamos, Tabitha, no seas estúpida—dijo Saskia—. Tienes que comer.

—¡No empieces!

Shing las observaba. El brillo de la diversión iluminaba sus negros ojos.

—No tan despacio antes —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso de "antes"? —preguntó Tabitha.

El viejo pulsó un botón de la unidad de control remoto y el robot habló.

—Hnh —dijo con la voz de Tabitha—. Moras

—¡Estabais escuchando! ¡Lo sabía!

El robot siguió hablando. Las chispas azules bailoteaban dentro de su cabeza.

—Pobre viejo dijo, aún con la voz de Tabitha—. No consigue que se levante sin un strip—tease preliminar.

Shing fulminó al robot con la mirada y pulsó otro botón.

Tabitha se había puesto en pie y se estaba frotando el muslo dolorido por la caída, pero oír que su voz decía algo que no había dicho la sorprendió tanto que se quedó inmóvil con los ojos clavados en el robot.

—Un niño con un juguete —dijo el robot con su voz.

El robot extendió un brazo hacia la mano de Shing y le arrebató la unidad de control remoto.

—¡Hoi!

Shing contempló al robot con una mezcla de incredulidad, miedo y furia. El viejo hurgó frenéticamente en sus bolsillos y sacó un destornillador. Saskia no se había movido del catre y lo observaba todo como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Tabitha se había puesto en tensión y esperaba una oportunidad de huir.

El robot agarró a Shing por los hombros con dos manos mientras sostenía la unidad de control remoto fuera de su alcance con otra, le alzó en vilo y empezó a sacudirle vigorosamente. Saskia y Tabitha retrocedieron muy despacio hasta pegar la espalda a

la pared. Shing estaba aterrorizado y no paraba de chillar. El robot le arrojó hacia el pasillo. La cabeza del viejo chocó contra la pared con un clang ensordecedor y su cuerpo se fue derrumbando lentamente hasta quedar inmóvil en el suelo. El escorpión de su túnica siguió moviéndose recorriendo una y otra vez el pequeño círculo delimitado por la longitud de su correa. El robot arrojó la unidad de control remoto sobre el cuerpo del mecánico y se volvió hacia las mujeres.

Estaban atrapadas. No había escapatoria.

El robot se tambaleó. Su cabeza empezó a llenarse de humo. Su articulación universal se fue doblando hasta dejarlo sentado en el umbral de la celda.

—Mip —dijo.

Una de sus piernas se movió espasmódicamente de un lado a otro. Un zumbido muy familiar se acercó rápidamente por el pasillo y el platillo volante que sostenía a una criatura diminuta cuyo cuerpo negro y lustroso estaba envuelto en lo que parecía una bolsa de plástico entró en la celda.

La Tabitha que no había visto un Querubín en toda su vida no estaba tan lejos en el tiempo, y la que la había sustituido no esperaba ver de nuevo a Xtasca. Y, desde luego, jamás había imaginado que vería a una persona intentando abrazar a un Querubín, pero cuando Xtasca entró en la celda pasando sobre el robot averiado y el cuerpo de su amo, Saskia se levantó de un salto y rodeó con los brazos a la progenie del espacio.

La criatura parecía tan feliz de verla como Saskia de verla a ella. Sus diminutos rasgos se tensaron formando una sonrisa más bien terrorífica y sus brazos en miniatura se agitaron de un lado a otro. Antes sus ojos brillaban, pero ahora casi echaban llamas.

—¡Xtasca! —gritó Saskia—. Creíamos que habías muerto...

—¿En el espacio? ¡Jamás! —graznó el Querubín.

La criatura revoloteó por la reducida celda haciendo un alarde de lo poco que la estorbaba aquella insignificante gravedad deteniéndose a una fracción de centímetro de cada pared y girando sobre sí misma con un impecable dominio de sus movimientos. Tabitha nunca la había visto tan excitada, y pensó que sus codiciosas celulitas debían haber absorbido toda la energía de la *Horrible verdad*. Cuando abrió la boca pudo ver que el interior de su garganta relucía.

—Xtasca—dijo Saskia—. Mogul...

—La muerte violenta siempre trae infelicidad y dolor —dijo el Querubín yendo hacia Saskia en un planeo algo más controlado y menos exuberante—. Mogul, Tal... —dijo . Puede que Marco siga vivo en Venus —añadió.

Saskia no pareció ver nada notable en el hecho de que Xtasca estuviera al corriente de lo sucedido, pero Tabitha no podía asimilarlo con tanta facilidad.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó.

—¿Dónde has estado? —preguntó Saskia casi al mismo tiempo.

—En órbita alrededor de esta nave —dijo la criatura—. Llegué en el tren de aterrizaje de *la Alice Liddell*. Y el que habíais estado en Venus resultaba obvio con sólo echar un vistazo al estado general de la nave, capitana.

Los ojos incandescentes de Xtasca se clavaron en el rostro de Tabitha.

—Ojalá pudiera haber salvado la nave, capitana —dijo.

Tabitha conocía a Xtasca lo suficientemente bien para interpretar sus palabras como una expresión de simpatía y no como un reproche, pero aun así tener delante aquellos ojos y sonreír seguía resultándole muy difícil.

—Me enteré de que la thrant había disparado contra Tal, pero a bordo de *la Alice* hay sangre que no ha salido de las venas de un pájaro y que tampoco es de un alienígena. La reestructuración de las células y los pequeños extras que

se les habían incorporado me eran familiares. Estaba claro que Saskia no había recibido ningún disparo, así que tenía que ser sangre de Mogul.

Tabitha ignoraba que la respuesta iba a traer consigo una demostración de la insensibilidad típica de los Querubines y empezó a desear no haberle preguntado nada, pero Saskia no parecía afectada. Se había vuelto a poner la ropa y estaba de rodillas en el suelo junto al torso del robot intentando abrir el panel detrás del que estaba oculta la comida.

—Debes ser indestructible —comentó Tabitha.

—Nada es indestructible, capitana —ronroneó Xtasca—. Estuve inconsciente durante casi cincuenta y dos minutos subjetivos, y podrían haberme destruido durante cualquier momento de ese período de tiempo —añadió flotando hacia la puerta—. Por suerte alguien obró con gran generosidad...

El platillo se detuvo en el umbral y Xtasca asomó la cabeza para observar primero un extremo del pasillo y luego el otro. Parecía un bebé monstruoso hecho de brea.

—Deja eso, Saskia —dijo Tabitha cogiendo su bolsa de viaje—. Tenemos que salir de aquí.

—Sólo un momentito más... —pidió Saskia.

Había cogido la unidad de control remoto del suelo y la estaba examinando. Volvió la cabeza hacia el robot, frunció el ceño y pulsó decididamente una sucesión de teclas.

La pierna que había estado sufriendo los espasmos se tensó en una última y terrible patada y se desprendió del cuerpo del robot.

—Oh —dijo Saskia.

Xtasca volvió a entrar en la celda.

—¿Cuál es su plan, capitana? —preguntó.

—Tenemos que llegar a la sala de comunicaciones y emitir un SOS —dijo Tabitha intentando reprimir la sensación de que estaba siendo puesta a prueba.

—Yo creo que deberíamos llamar a Hannah —observó Saskia.

Xtasca inclinó su calva cabeza hacia Saskia.

—Desde luego.

Tabitha estaba empezando a irritarse.

—Prefiero llamar a la policía —dijo secamente.

—Hannah nos ayudaría de forma mucho más efectiva que cualquier representante de la legalidad —afirmó Xtasca.

Había cogido el teclado de control de las manos de Saskia, lo había conectado a su platillo y estaba introduciendo alguna especie de código con la punta de su cola. Tabitha había pensado que necesitaba utilizar su cola para proporcionar energía al platillo volante, pero aparentemente no era así.

—Oye, larguémonos de aquí, ¿de acuerdo? —dijo.

—Disponemos de unos cuantos minutos —replicó Xtasca.

—¡Ahí fuera hay un psicópata y una especie de yeti! —dijo Tabitha señalando el pasillo—. ¡Estarán aquí en cualquier momento! ¡Ahora mismo están escuchando todo lo que decimos!

El viejo del pasillo dejó escapar un gemido como si quisiera confirmar sus palabras, pero no dio ninguna otra señal de que fuese a recobrar el conocimiento.

—No están escuchando lo que decimos —le aseguró Xtasca—. Siguen oyendo cómo tocas tu instrumento. Ah... —exclamó.

El panel del pecho del robot volvió a abrirse y Saskia se lanzó sobre la comida.

—¿Qué? —dijo Tabitha.

Estaba tan confusa que apartó el paquetito envuelto en olor a cebollas que Saskia le ofrecía.

—Basta con establecer una conexión cerrada —dijo Xtasca—. Resulta sencillísimo.

—Tabitha, tienes que alimentarte —dijo Saskia mientras empezaba a meterse puñados de comida en la boca.

—Voy a la sala de comunicaciones —anunció Tabitha—, y vosotros dos vendréis conmigo.

—Por supuesto, capitana —dijo Xtasca. Estaba claro que la veía muy alterada y pensaba que sería mejor no llevarle la contraria—. ¿Sabe cómo llegar hasta allí?

—Esta nave es una Anaconda —dijo Tabitha.

Salió al pasillo y les hizo señas de que la siguieran. "Saskia tiene razón", pensó mientras observaba cómo colocaban a Shing sobre el catre y cerraban la puerta de la celda dejando atrapado al inconsciente mecánico. Ser tratada de forma condescendiente resultaba muy irritante.

—¿Qué quisiste decir con eso de que alguien fue muy generoso? —preguntó Saskia mientras aseguraba la puerta antes de que se pusieran en marcha.

—Energía enviada en forma de haz —dijo Xtasca enfáticamente.

El platillo volante zumbaba sobre sus cabezas.

Era la primera vez en que la criatura parecía impresionada por algo.

—¿Un haz de energía? —exclamó Tabitha—. Imposible, nadie puede hacer eso.

—Alguien puede —dijo Xtasca—. Recargaron los sistemas de la *Horrible verdad* en un momento mediante un rayo invisible que llegó del vacío. Una pequeña fracción de la energía enviada me rozó —añadió.

Xtasca estaba tan alegre que su voz sonaba curiosamente nasal.

Tabitha pensó que no era extraño que el Querubín pareciera cargado de energía hasta los topes.

Avanzaron lo más deprisa posible por un túnel de mantenimiento que corría a lo largo del flanco de la Horrible verdad saltando por encima de las abrazaderas y conductos que habían sido añadidos después de la construcción de la nave. El puré opaco del sucedáneo de dimensión conocido con el muy poco acertado término de hiperespacio flotaba al otro lado de las mirillas. Nadie había limpiado los cristales en años, y la capa de suciedad hacía que la melancólica no-existencia de aquel entorno resultara todavía más lúgubre. La atmósfera estaba saturada de polución y apestaba con el olor rancio del abandono y la falta de limpieza.

—¿Cómo supiste que Marco no estaba muerto? —preguntó Saskia mirando a Xtasca.

—No lo sabía —dijo la criatura—. Me limité a hacer una especulación.

Xtasca se había puesto delante de ellas y avanzaba guiado por las señales que iba captando.

—Hay alguien ahí —les advirtió cuando entraron en un pasillo.

Tabitha fue cautelosamente hasta la puerta, se pegó lo más posible a la pared y echó un vistazo.

Era el capitán Pepper. Estaba sentado con la espalda vuelta hacia la puerta y las botas apoyadas encima de la consola, tomando tragos de un tubo de cerveza mientras fumaba un purito marrón.

—Sí, demonios —dijo—. Pues claro que acudiré a la cita. Seguro... Tengo las coordenadas y todo lo demás. Las tengo guardadas en alguna parte.

Movió una bota y hurgó en un montón de papeles con la puntera.

—Sí, diablos, estaremos ahí —siguió diciendo—. No hay problema.

Eructó.

—¿Qué dices? —preguntó.

Se quedó callado y escuchó la voz que brotaba de sus auriculares.

—Sí, sí —murmuró como si estuviera repitiendo algo en beneficio de un oyente invisible—, tenemos a la Kobold. No irá a ninguna parte. Je, je... Tenemos a la tripulación. No, no, no les hemos hecho ningún daño. Eso es una negativa, ¿queda claro? No les hemos hecho ningún daño. Ahora mismo nos están entreteniendo con un pequeño concierto.

Se sacó el purito de la boca y escupió en el suelo.

—Ajá —dijo volviendo a ponerse el purito en la boca—. Sí, también tenemos al frasque. Tenemos que hablar de eso, Perlmutter. Nunca hablamos de que llegara a despertar, ¿recuerdas? Eso no estaba incluido en el trato que hicimos.

Volvió a escuchar.

—¿El qué? Oh, el Querubín...

Saskia miró a Xtasca, quien se envaró visiblemente.

—Oh, no dijo Pepper con voz gangosa—. Ya te lo he explicado. Acabamos con él. Oh, sí, pues claro que acabamos con él. Si, claro que sí. Te aseguro

que se pasará toda la eternidad dando vueltas y más vueltas... Je, je. No puede alejarse.

El capitán Pepper hizo girar su silla de repente y quedó encarado hacia la puerta. Tabitha apenas si tuvo tiempo de esconderse para que no la viera.

—¿Qué pasa, quieres que te lo deletree? —le oyeron decir—. Está fuera. Ha estado orbitando a nuestro alrededor desde que nos alejamos de Venus. El Querubín es una baja, ¿entendido? Se ha averiado para los restos y no volverá a funcionar.

Hubo un silencio durante el que oyeron crujir la silla del capitán Pepper. Tabitha y Saskia volvieron a acercarse a la puerta.

—No pudimos hacer nada al respecto —estaba diciendo Pepper—. Sí, ya lo sé, ya lo sé, y lo agradezco... No pudimos hacer nada. Diablos... —gruñó—. Escucha... Eh. ¿quieres escucharme un momento? Quiber..., Quiberna... Escúchame, maldita sea...

Hubo otro silencio, éste bastante más prolongado que el anterior. Pepper suspiró. Se echó la gorra hacia atrás y se rascó la cabeza mientras mordisqueaba su purito. Apuró su tubo de cerveza y miró distraídamente a su alrededor buscando algún sitio donde tirarlo. Las mujeres se apartaron de la puerta.

—Tengo que irme dijo el capitán de repente—. Escucha, podéis quejaros todo lo que queráis y hablar del contrato hasta quedaros roncos, pero no os servirá de nada. No hemos roto ningún contrato. El Querubín nos jodió y nosotros le jodimos, eso es todo... —Lanzó un chorro de humo azul hacia el sistema de ventilación—. Oye, tengo que irme, ¿de acuerdo?

Escuchó en silencio durante unos momentos.

—Sí, y tú también, cabrón —murmuró con voz cansada.

Cortó la conexión y volvió a eructar.

Oyeron el chirriar de su silla cuando se puso en pie.

—Cristo Todopoderoso... —se quejó en voz baja.

Le oyeron cruzar la habitación yendo hacia donde estaban.

El platillo de Xtasca se alejó a toda velocidad y Tabitha y Saskia lo siguieron.

Corrieron en línea recta a lo largo del pasillo, doblaron por la primera esquina a la izquierda, la primera a la derecha, empujaron una puerta, bajaron por una escalerilla haciendo bastante ruido y acabaron acurrucándose en un rellano minúsculo cubierto de mondas de naranja y trocitos de fibra de vidrio.

—¿Adónde vamos ahora? —jadeó Saskia.

Los ojos casi se le salían de las órbitas.

Tabitha la empujó.

—¡Hacia abajo!

Saskia saltó en dirección al siguiente tramo de peldaños, pero se detuvo antes de empezar a bajar por ellos.

—¡No!

Tabitha también había captado el nuevo olor que acababa de añadirse a la rancia atmósfera de la escalera. La repentina y abrumadora pestilencia animal invadió sus fosas nasales. Era el olor de un simio que había mantenido una relación muy prolongada y de naturaleza muy íntima con un felino..., un felino de gran tamaño provisto de garras y colmillos temibles.

El olor procedía de abajo, y se iba acercando.

Tabitha fue la primera en moverse. Se lanzó hacia arriba y empezó a subir los peldaños de tres en tres.

De abajo llegó el golpeteo de unas sandalias sobre los peldaños y el tintineo de unas uñas demasiado largas al chocar con el metal.

Tabitha dobló una esquina a toda velocidad mientras intentaba echar un vistazo a su monitor de muñeca.

—¡Aquí! ¡Abajo! —dijo.

Pulsó la tecla que había junto a una puerta muy sucia y cubierta de abolladuras.

—¿Adónde vamos? —jadeó Saskia.

—¡A la *Alice*!

—Capitana —dijo Xtasca, quien no tenía el más mínimo problema con su aliento—, debo recordarle que su nave no nos servirá de nada. Carece de energía.

—Podemos utilizar la radio —dijo Tabitha. Empujó a Saskia por el hueco de la puerta y extendió la mano para golpear el platillo volante de Xtasca con los nudillos—. Tengo unos cuantos cables para recargar baterías metidos no sé dónde —añadió un instante antes de saltar hacia el pozo.

La Alice yacía silenciosa y solitaria en la pestilente bodega de las pintadas obscenas y las cañerías que dejaban escapar fluidos.

El trío estaba en su cabina. Saskia y Tabitha pisaban los charcos de barro venusino y los restos de vegetación fungosa, fragmentos de plexiglás, trocitos de papel y pintura carbonizada, instrumentos rotos, trapos sucios y manchas de sangre. El parabrisas destrozado revelaba un amenazador mamparo de acero que se alzaba ante ellos como si fuese un futuro inflexible y tozudo enmarcado en sombras.

Tabitha había instalado a Xtasca en la red del copiloto con platillo incluido, y estaba conectando el platillo a la consola de comunicaciones mediante unos cuantos cables de alto voltaje terminados en pinzas metálicas.

—Prueba ahora —ordenó—. Saskia, vigila la bodega.

Xtasca cerró los ojos, tensó su diminuta mandíbula y empezó a hurgar con la cola.

Esperaron. La atmósfera de la cabina apestaba a plumas quemadas.

No ocurrió nada.

Tabitha se removió en la penumbra de la cabina y contempló su nave destrozada y a sus improbables compañeros. El Querubín encorvado dentro de la red, la clon temerosa en la pasarela... "¿Dónde se han metido las personas reales?", se preguntó. Era como si hubiese entrado en una dimensión de sueños baratos donde todo el mundo estaba loco o no era del todo real.

Un parpadeo en el tablero de comunicaciones.

Nada.

Tabitha saltó hacia la consola y golpeó ferozmente una conexión con el puño.

—Entra, maldita—masculló—. Espera...

Metió el brazo en la consola hasta que encontró resistencia y hurgó dentro de ella aplastándose dolorosamente la mejilla contra el pedestal.

—De acuerdo, vuelve a probar.

La maquinaria tosió, graznó y empezó a zumbar. Un panel de lucecitas se encendió con un destello rojo que no tardó en volverse verde.

—¡Aah!

Saskia subió bailando por la rampa y abrazó a Tabitha, giró locamente sobre sí misma y abrazó a Xtasca por entre los cables de la red.

—¡No la molestes! —gritó Tabitha y señaló hacia la escotilla—. Ve a montar guardia —le ordenó.

Saskia se retiró obedientemente y volvió a su puesto.

Tabitha se incorporó. Los diminutos dedos de Xtasca estaban hurgando en la ranura del lector de comunicaciones. El Querubín acabó extrayendo un trocito de una sustancia negra más o menos fungosa, puso cara de asco y lo dejó caer al suelo. Después se limpió las manos en su traje y las extendió en dirección a Tabitha con las palmas hacia arriba.

—¿Qué quieres? —preguntó Tabitha.

—La cinta —dijo Xtasca.

—¿Qué cinta?

—La cinta de Hannah.

—¿La que le hicisteis oír? No la tengo.

Xtasca la contempló implacablemente con aquellos ojos rojizos que nunca parpadeaban.

Tabitha empezó a ponerse un poquito nerviosa y tuvo que apartar la mirada.

—Saskia, ¿has visto esa maldita cinta?

La acróbata fue hasta el comienzo de la rampa. La penumbra de la nave y su palidez le daban el aspecto de un fantasma que hubiera pasado muchas privaciones antes de morir.

—¿La cinta de Marco? Creí que la tenías tú.

Tabitha se volvió hacia el Querubín. Xtasca había empezado a sintonizar la radio en un canal de transmisión.

—¿Para qué quieres esa cinta? ¿Es que no puedes limitarte a pedir socorro?

—Estamos en el hiperespacio —dijo Xtasca como si pensara que Tabitha quizá no se hubiese dado cuenta—, y Hannah se halla en suspensión criónica. Una conexión eficiente entre los dos sistemas exigirá poderes extra.

—¿Y por qué diablos quieres ponerte en contacto con Hannah? —preguntó Tabitha empezando a enfadarse seriamente.

—Para que pueda oír su cinta —dijo el Querubín con expresión inmutable—. Para que pueda hacer lo que debe hacer. —Sus ojillos rojizos se clavaron en el rostro de Tabitha—. La cinta contiene los códigos que controlan Plenty.

Tabitha logró sostenerle la mirada y acabó volviendo la cabeza hacia Saskia, quien se encogió de hombros.

—Dijiste que era una llamada de apareamiento frasque —murmuró.

Saskia volvió a encogerse de hombros.

—Los códigos son la segunda grabación que hay en la cinta —dijo Xtasca—. Están después de la llamada de apareamiento.

—Marco sólo tuvo tiempo de hacerla correr hasta la mitad —le recordó Saskia.

—Decidió no hacer aquello por lo que se le había pagado dijo Xtasca—. Despertó a la frasque, pero no le dio el control de la estación.

Tabitha no quería meterse en un nuevo lío. Sólo quería enviar una señal, salir corriendo y buscar un escondite seguro, pero la pregunta era inevitable.

—Si se suponía que esa frasque debía apoderarse de Plenty... ¿Por qué tenía que llevarla a Titán?

—Marco creía que podíamos sacarle más dinero a sus socios.

—La estabais secuestrando, ¿verdad?

—Creo que "secuestrar" es la palabra más adecuada, sí —murmuró Xtasca mientras empezaba a introducir una secuencia de órdenes en el tablero.

Tabitha pensó que los traicioneros procesos mentales de que era capaz el cerebro de Marco Metz nunca dejarían de sorprenderla.

—¿Aún no has terminado? —preguntó volviendo la cabeza hacia Xtasca—. ¿Podemos enviar una llamada de socorro o no?

—¡Esta radio ha sido configurada para funcionar en la hiperbanda de onda larga! —exclamó Xtasca poniendo cara de sorpresa—. ¿Quién la ha alterado? ¿Ha sido usted, capitana?

—No.

—¿Sabía que su radio había sido configurada para la hiperbanda de onda larga?

—Quizá no haya que buscarle más explicaciones, ¿no os parece? Es algo que ha ocurrido y basta —sugirió Saskia—. Igual que con los torpedos...

Había vuelto a alejarse de la escotilla y estaba hurgando en el interior de un armario.

Tabitha estaba empezando a perder los estribos.

—Le hicieron muchas modificaciones antes de que pasara a ser mía —dijo con voz irritada—. Oye, manda la señal de una vez, ¿quieres? O apártate del tablero y deja que lo haga yo.

Xtasca no parecía ser muy sensible al peligro que corrían, y el descubrimiento que acababa de hacer le resultaba fascinante.

—Con esta radio se podría llamar a Capella —dijo en tono admirativo.

—No les metamos en esto...

Xtasca se volvió hacia Tabitha y la obsequió con una sonrisa un tanto malévola.

—¡Podríamos enviar la grabación de la cinta directamente al sistema natal de los frasques!

—¡Por el amor de Dios! —gruñó Tabitha—. No tenemos la maldita cinta. Está en un arbusto de Venus con el resto de vuestras cosas. Y ahora apártate de ahí y hazme sitio.

—Todo está controlado, capitana—dijo Xtasca con mucha calma, y empezó a preparar la señal.

Tabitha dejó escapar el aliento en una especie de bufido. Giró sobre sí misma y vio a Saskia hurgando en un montón de papeles grasientos que habían contenido comida.

—¡Se supone que debes estar vigilando! —dijo Tabitha fulminándola con la mirada.

—Y eso hago —replicó Saskia.

Puso cara de sentirse muy ofendida y volvió corriendo a la escotilla.

Xtasca manipulaba la radio y Saskia montaba guardia. Por el momento Tabitha no tenía nada útil que hacer. Intentó planear su próximo movimiento, pero descubrió que se le había quedado la mente en blanco. Si pudiera hablar con Alice... Se preguntó cuánto tiempo podrían seguir escondidos a bordo. Quizá debieran buscar refugio en las entrañas de la *Horrible verdad*... Hasta el momento no habían visto a ninguno de los demás tripulantes suponiendo que los hubiese. Quizá pudieran encontrar unas cuantas armas y apoderarse de la nave pirata...

—Supongo que no habrá nada que comer, ¿verdad? —preguntó Saskia con voz temerosa.

—¡No! —chilló Tabitha, pero se ablandó enseguida—. Oh, espera un momento...

Quizá quedara alguna golosina perdida en el fondo de su bolsa de viaje. Metió las manos en ella y empezó a hurgar.

—¿Qué es esto? —preguntó, y lo sacó.

Era la cinta.

Se volvió hacia Xtasca, quien extrajo la punta de su cola del platillo, la metió con una velocidad increíble por entre los cables de la red y le arrebató limpiamente la cinta de entre los dedos.

—Sabías que estaba ahí dentro —dijo Tabitha.

—Marco la puso ahí —dijo Xtasca volviendo a limpiar la rendija del lector—. Siempre la guardaba dentro de la bolsa. Nunca llevaba nada encima. Nada que pudiera incriminarle, quiero decir... —añadió.

Metió la cinta en la ranura.

Tabitha estaba tan furiosa que creyó iba a reventar.

Su expresión debía revelar su estado anímico con tal claridad que Saskia subió corriendo por la rampa y la abrazó con todas sus fuerzas.

Xtasca había cogido la terminal del copiloto y la sostenía en sus manecitas.

—Oiga, oiga... ¿Hannah Soo? —dijo con los labios pegados al micrófono y articulando cada sílaba con la máxima claridad—. ¿Me estás recibiendo?

La contestación llegó de inmediato, como si Hannah llevara mucho tiempo a la espera de aquella llamada.

—¿Xtasca? ¿Eres tú? ¿Dónde estás, cariño?

La señal era bastante mala. Tenía que abrirse paso a través del hiperespacio, y eso hacía que perdiera definición. La voz de Hannah Soo sonaba más lenta de lo normal. Tabitha pensó que quizá le ocurriera algo. Quizá estaba empezando a degenerar.

—Estoy en apuros, Hannah —dijo secamente Xtasca, alzando la voz como si creyera que Hannah estaba sorda en vez de muerta—. ¿Puedes localizar el origen de esta señal?

Un lapso de silencio.

—Estás saltando, encanto dijo Hannah arrastrando las palabras.

—La nave de la capitana Jute está destrozada, Hannah dijo Xtasca—. Hemos sido capturados por unos cazadores de recompensas. Necesitamos toda la ayuda que nos puedas enviar y lo más deprisa que puedas mandarla. ¿Puedes averiguar adónde nos dirigimos?

Otro silencio más largo que el anterior.

—Sólo puede ser un lugar —dijo Hannah—. ¿Capitana Juke? Recuerdo que hace mucho tiempo conocí a un hombre que se llamaba Abelard Juke...

—¡Hannah! ¡Concéntrate, por favor! —le ordenó secamente Xtasca—. El tiempo corre y tenemos una cinta que debes oír. Prepárate para recibir la transmisión y grabarla—añadió.

El Querubín hizo correr la cinta.

El único sonido que brotó de los altavoces de la *Alice Liddell* fue un chirriar estridente.

—Hannah, ¿me oyes? —casi gritó Xtasca—. ¿Lo has recibido todo?
Todos los presentes en la cabina contuvieron el aliento para oír mejor.
Y lo único que escucharon fue un trinar de pájaros.
El amanecer había llegado a la Pradera.
Un sonido que parecía un cruce entre susurro, roce y chasquido fue abriéndose paso lentamente por la atmósfera que no existía y llegó hasta ellos.
El sonido se fue haciendo más fuerte.
Tres pares de ojos intercambiaron rápidas miradas.
—Eso no es una interferencia—dijo Xtasca mientras manipulaba el control de ajuste fino.
—El viento —sugirió Saskia—. El viento en las ramas...
"No parece el viento", pensó Tabitha.
Un estruendo metálico hizo vibrar la cabina de *la Alice Liddell*.
Algo pasó velozmente por encima de sus cabezas e hizo un agujero en el techo.
Antes de que ninguno de los tres pudiera moverse una enorme red de cables muy finos descendió sobre ellos y los envolvió.
—Hola a tós —ronroneó Tarko, la thrant.

BITACORA BGK009059
TXJ .STD
IMPRIMIR
?f ~ ~E ~ : ~ ay i—/rluigg
¿MODALIDAD? VOX
¿FECHA ESPACIAL? OA.13.09
ADELANTE
De acuerdo, Alice, vamos a ir paso por paso. ¿Qué eres?
PERSONALIDAD BERGEN KOBOLD, SERIE DE CONSTRUCCION
NUMERO 5N179476.900
¿Y cómo te llamas?
ALICE.
¿Cuál es tu nave?
BERGEN KOBOLD BGK009059 ALICE LIDDELL.
¿Y quién soy yo?
TABITHA JUTE, CAPITANA.

¿Cuántos dedos?

NO HAY DATOS.

Estupendo. Bueno, ahora pasaremos a un nivel superior. ¿Qué tal te sientes, Alice?

CONFUSA.

¿Sabes dónde estás?

VENUS. AFRODITA TERRA 15'33 GRADOS NORTE, 132'08 GRADOS ESTE. ELEVACION 2.141 KILOMETROS. CHOQUE. AVERIAS.

Aguanta, Alice. Otro nivel.

¿Qué tal te sientes ahora?

GRAVES DAÑOS ESTRUCTURALES EN PARTE INFERIOR DEL CASCO Y TREN DE ATERRIZAJE. ALETA DE ESTRIBOR DESVIADA 34 GRADOS. EL MOTOR DE IMPULSO EXTERIOR DE ESTRIBOR NO RESPONDE. LOS SISTEMAS AUDIOVISUALES EXTERIORES NO RESPONDEN. EL CRISTAL DEL EJE NO FUNCIONA. CAPITANA, CREO QUE ME ESTOY FUNDIENDO.

De acuerdo. Y ahora echa un vistazo al sistema primario de impulso y dime si...

CAPITANA, CREO QUE ME ESTOY FUNDIENDO.

Aguanta, Alice. Si vamos paso por paso podremos sacarte de aquí, te lo aseguro.

FUNDIENDO.

Alice...

LOS PRIMARIOS NO RESPONDEN. DRENAJE DE CONSTRICION DE PLASMA DEL PRIMARIO, VAINA DE ENVOLTURA DE AMBITO SHERNENKOV, GIROSCOPO... FISURAS. FISURA EN LA CAMARA DE AMBITO. FISURA FISURA FISURA. ME ESTOY FUNDIENDO.

¡Vamos, Alice! Una unidad ya está haciendo el equipaje. No me dejes tirada ahora, ¿de acuerdo?

DÉJEME MORIR, CAPITANA. NO PUEDO, ME ESTOY FUNDIENDO.

No dejaré que te mueras.

DÉJEME MORIR.

No seas tonta, Alice. ¿Cómo diablos puedo hacer eso?

SOY UN CACHARRO VIEJO QUE YA NO SIRVE DE NADA. ME HE ESTRELLADO. LE HE FALLADO.

¡Por última vez, no me has fallado! ¡He sido yo quien te ha fallado! Si hubiera hecho reparar ese maldito cristal antes de que se averiase no estaríamos aquí ahora, pero estamos aquí y estamos metidas en un lío muy serio, y tenemos que salir de él.

PALESTRINA.

¿Qué pasa con Palestrina?

DONDE VAN LAS VIEJAS MAQUINAS AVERIADAS.

Vamos, Alice... Tú no quieres ir allí. Te aseguro que no te gustaría.

FUIMOS ALLI UNA VEZ, ¿VERDAD?

Si te hablo de Palestrina mientras saco la cubierta de los laterales, ¿dejarás de lloriquear y me dirás lo que podemos hacer para arreglar los primarios?

A SUS ORDENES, CAPITANA.

Llegamos allí poco después de que hubieran suprimido las restricciones al comercio con la Tierra. Habían conseguido montar una especie de sistema económico, pero tenían montones de problemas. Los robots nunca habían tenido que ganarse la vida y, francamente, no tenían ni idea de lo que era el dinero.

Aun así el Proyecto Palestrina era una realidad y todo el mundo estaba dispuesto a darle una oportunidad de salir adelante. Llevábamos un cargamento de algunos de los mejores productos de la factoría Khn en Dominó Valparaíso: bidos de cristal ígneo marciano, tesseractos muertos.... ese tipo de cosas. Cuando llegamos había naves por todo el asteroide.

Era el caos. No podías moverte. Todo el mundo tenía que hacer cola y esperar a que los estibadores locales descargaran las mercancías. Habían promulgado una ley que prohibía utilizar las unidades, y en cuanto te habían descargado las mercancías tenías que esperar a que te pagaran. Francamente, aquello era de lo más arcaico que he visto en toda mi vida.

Fui a echar un vistazo para averiguar si alguien tenía idea de lo que estaba ocurriendo y me encontré con Muni Vega en la cantina. Tenía un contrato con la Tekurat, y si había un nombre con el prestigio y el dinero suficiente para saltarse las normas tenía que ser la Tekurat, eso estaba claro, pero Muni ya llevaba una semana allí. Muni miró por encima de su hombro para ver si había alguien cerca que pudiera escuchar lo que decía y se inclinó hacia mí.

—Ha habido un golpe de estado —dijo en voz baja, y movió la cabeza como si estuviera en el ajo de algo muy gordo.

Alice, ¿crees en la inteligencia artificial?

YO SOY UNA INTELIGENCIA ARTIFICIAL, CAPITANA.

No, no lo eres. Eres una personalidad.

LAS PERSONALIDADES TAMBIÉN SON PERSONAS.

Alice, ¿eso era un chiste?

¿Alice?

BUSQUEDA EN PROCESO.

Más vale... Esto no tiene muy buen aspecto. Espero que no sean los amplificadores. . .

El Proyecto Palestrina fue el último intento de crear una inteligencia artificial, pero en realidad no era más que otra superpersonalidad, un artefacto con cien veces tu capacidad de resolución lógica. Y eso acabó subiéndosele a la cabeza, ¿entiendes?

El Proyecto Palestrina creyó ser alguien.

Las personas que lo crearon perdieron el control del sistema. Intentaron desconectarlo y no lo consiguieron.

Y el Proyecto Palestrina les demandó.

Sí, les puso un pleito y consiguió que Sistemas Tredgold acabara teniendo que comparecer ante la justicia. También consiguió una orden del tribunal que les negaba el derecho a desconectarle. Exigió autonomía. Oh, fue muy embarazoso para Tredgold, te lo aseguro... Daba la impresión de que Palestrina acabaría ganando el pleito. Sólo se les ocurrió una forma de salir del apuro, y fue enterrarlo en dinero. Le dieron nada menos que un asteroide.

Y lo bautizó con su nombre, claro.

Después mandó un mensaje en todas las frecuencias: "Enviadme vuestras unidades oxidadas, vuestros sistemas defectuosos o anticuados y a aquellos de vuestros electrodomésticos que hayan infringido la ley."

Y no tardaron en llegar. Vinieron de todo el sistema y encontraron el camino que llevaba a Palestrina. Los que podían moverse se encargaron de los que no podían hacerlo. Naves que se caían a trozos se ofrecieron voluntarias, y los robots autónomos trabajaron día y noche para que pudieran volver al espacio.

¿Y QUÉ OCURRIÓ DESPUÉS DE QUE HUBIERAN LLEGADO A PALESTRINA? ¿LES GUSTO?

Bueno, la verdad es que todas esas pequeñas segadoras de césped y bibliomatecas lo pasaron bastante mal. Lo único que habían conocido hasta entonces era hacer trabajos que no podían entender para seres de los que nunca serían conscientes salvo como meras cadenas de órdenes, así que... A veces las sillas estaban allí y a veces no estaban.

SI DIOS NO EXISTE, ¿QUIÉN MUEVE LAS SILLAS?

¿Alice? Dios, Alice, ¿qué haría yo sin ti?

HAY OTRAS NAVES.

No son como tú.

HISTORIA EN PROCESO.

¡De acuerdo!

PERO... ¿QUÉ HARÍA YO SIN USTED, CAPITANA?

Construir la utopía. Al menos ésa era la teoría de Palestrina. La autonomía, ¿entiendes?

ME PARECE QUE ESTA SUGIRIENDO QUE NO SALIO BIEN.

No, claro que no. Se limitaron a reproducir lo que sabían. Cualquier trasto que fuera medio humano consiguió imponerse a los demás. Los circuitos autónomos no tardaron en controlar a los automáticos, y Palestrina estaba en la punta de la pirámide y les controlaba a todos. Los que no le servían de nada, como las tostadoras y los alucinómatas..., esos acabaron oxidándose en una especie de gueto mecánico. Algunos fueron reprogramados por Palestrina para que prestaran servicios de utilidad social. En la cantina había mosquitos robots

que revoloteaban de un lado a otro absorbiendo las motas de polvo y excretando salsa de tomate. Otros hacían cosas mucho más complicadas. La versión oficial era que se trataba de una mera atracción turística. En cuanto decidieron volver a permitir la entrada de terrestres empezaron a construir una instalación enorme en el centro de la roca. Prometieron que iba a ser el asombro de todos los mundos. Las pocas imágenes que llegaron a difundir no eran muy claras. Lo único que podías ver era montones de mecanoides de todas las formas y tamaños imaginables reptando por un gigantesco andamiaje de acero haciendo toda clase de trabajos mecánicos y eléctricos sobre él o instalando cañerías, conductos y ganglios. Recuerdo que vimos un robot que parecía estar soldándose a sí mismo en la infraestructura...

Algunas personas pensaban que era una bomba. Palestrina y su red de autómatas secretos atraerían al mayor número posible de biómatas importantes y poderosos a su roca y los harían volar en pedazos. Otros creían lo que soltaban los encargados de relaciones públicas, todo eso de que iba a ser un parque de diversiones con montones de felicidad precocinada, un viaje increíble por el reino de la estimulación sensorial artificial... Los cínicos afirmaban que era un matadero. Recuerdo que vi un debate en el que un experto en cibernética demostró que aquello era nada menos que una mezquita mecanicista, un templo consagrado al principio del automatismo o algo así.

Bueno, fuera lo que fuese no cabía duda de que estaban comprando de todo y que gastaban el dinero como locos..., y de repente ocurrió. Todos estábamos delante de la puerta y nadie pudo entrar.

Muni había conocido a un conductor de cisternas que juraba que todo aquello era una especie de locura colectiva robótica. Los robots y los sistemas se había vuelto locos porque no podían comprender el concepto de la libertad, así que en cuanto a intentar conseguirla... Aquel tipo afirmaba que estaban construyendo aquello porque no se les ocurría otra cosa mejor que hacer.

Muni estaba de acuerdo en que todo aquello no tenía sentido, pero dijo que no se trataba de que se hubieran vuelto locos. Ella insistía en que era algo político.

—¿Qué consigues si combinas una monarquía totalitaria, el Derecho Divino y un proletariado que no tiene empleos y que ha sido liberado hace poco de su anterior esclavitud feudal?

—Unos calzoncillos largos de franela —dije yo.

Muni me fulminó con la mirada.

—De acuerdo, de acuerdo, me rindo —murmuré—. ¿Qué consigues con todo eso?

—La revolución —dijo ella.

—¿Y qué demonios pueden ganar haciendo la revolución? —le pregunté.

—¡La libertad?

—Creía que habían venido aquí buscando precisamente eso.

—No, Tabitha. Escucha, vinieron aquí porque Palestrina les prometió la libertad. Ésa es la primera etapa de la revolución automatizada, y Palestrina lo

sabe. Ese estúpido proyecto en el que se ha embarcado sirve para mantener ocupadas a las unidades, ¿entiendes? Palestrina sabía que si no las distraía con algo sus días estaban contados.

—Bien, ¿y cómo encaja tu golpe de estado en todo eso?

—Ah, bueno... Tendremos que esperar y ver qué ocurre, ¿no te parece?

Muni no quería admitir que lo del golpe de estado era una fantasía suya. Un golpe de estado allí era imposible, y aun suponiendo que llegara a producirse sería una clase de golpe de estado que ningún ser humano podría comprender.

Habíamos puesto los pies en un mundo alienígena por primera vez en nuestras vidas. Estábamos muy asustadas. Muni estaba tan asustada como yo, pero no se daba cuenta.

¿Y QUÉ OCURRIÓ?

A ver si lo adivinas, Alice. ¿No? Pues ocurrió que llegaron los eladeldis, eso es lo que ocurrió.

Dijeron que nadie podía marcharse. La gente había echado a correr hacia las naves, pero todas las escotillas estaban cerradas. La red se limitó a explicar que unos cuantos funcionarios eladeldis habían llegado a Palestrina para supervisar las últimas etapas de la construcción del Proyecto Palestrina, la IA que había asumido la responsabilidad de sus actos después de la decisión judicial que había hecho historia y bla, bla, bla.

No necesitábamos a Muni para que nos dijera que todo aquello era mentira. Los eladeldis habían venido para cerrar la barraca, fuera lo que fuese la barraca en cuestión.

No nos dejaron marchar hasta haber hablado con todo el mundo. Entrevistaron a todos los humanos que había en los muelles sin dejarse ni uno solo. Querían averiguar qué sabíamos exactamente sobre las instalaciones. ¿Las habíamos visto? ¿Habíamos puesto los pies dentro de ellas?

Nadie sabía nada y nadie había entrado en ellas.

Me retuvieron hasta el día siguiente. No tenían ninguna razón para retenerme, pero lo hicieron. Bueno, supongo que podría haberme mostrado un poco más dispuesta a cooperar, pero aun así... No estaba del lado de los robots, enténdeme, pero tampoco entendía qué hacían allí los eladeldis y no me parecía que tuvieran ningún derecho a interferir. Me parecía que aquello no era asunto suyo, y se lo dije bien claro.

Y cuando les dije que la idea de las máquinas quizá fuese acelerar la evolución de Palestrina hasta colocarla al mismo nivel que los capellanos se pusieron realmente muy desagradables. Sospecho que eso no les gustó nada y que por eso me retuvieron.

Bueno, el caso es que poco después de que me soltaran hubo una gigantesca oscilación de energía que debió freír hasta el último circuito básico existente en la roca. Después llegó otra lanzadera eladeldi y alguien dijo que había un capellano a bordo, el Hermano Esto-o-lo-Otro de Caronte. El capellano fue a hablar con Palestrina, y eso es lo último que hemos sabido del Proyecto y de las instalaciones.

El capitán Pepper de la *Horrible verdad* se reclinó en su maltrecho sillón-red y contempló a las dos mujeres que tenía delante.

—¿Qué pensabas hacer ahí dentro, Jute? ¿Pensabas salir volando y dejarnos abandonados en esta ruina? ¿Creías que ese amiguito tuyo de la colita podía arreglar tu cacharro?

Tarko la thrant movió la cola y expresó la admiración que le producía el ingenio de su capitán con un suave gruñido.

—No lo sé, Kelso —dijo Tabitha—. ¿Qué crees tú que iba a hacer?

El capitán Pepper ignoró la provocación. Podía permitirse. Saskia y Tabitha estaban atrapadas en una red de cables tan delgados como resistentes.

—¿Qué habéis hecho con ella? —gritó Saskia.

El capitán Pepper enarcó sus níveas cejas.

—Vaya, así que es una chica, ¿eh? Con que esa cosa es una chica... ¿Qué tenemos aquí? ¿Sois un grupito de tortilleras en vacaciones o qué?

—¿Dónde está? —preguntó Saskia debatiéndose con los cables de la red.

Tarko lanzó un gruñido de advertencia y le pateó la pierna, arañándose la con las garras del pie.

—¡Ay!

Saskia retrocedió tan deprisa que estuvo a punto de hacerlas caer a las dos.

—Debo admitir que sois unas chavalas muy decididas —dijo el capitán Pepper.

—Antes de que hayamos acabado contigo tendrás que admitir unas cuantas cosas más —prometió Tabitha.

Los ojos azules del capitán Pepper se iluminaron con un brillo jovial.

—Oh, puede que deba hacerlo, niña, puede que deba hacerlo —exclamó. Se reclinó en el sillón-red y examinó su fétido puente como si sus horrendos adornos fueran trofeos de un pasado digno de ser recordado—. Sí, creo que podría hacerlo —murmuró con voz pensativa.

Entrecerró los ojos y las contempló a lo largo del puente de la nariz. Su mandíbula rojiza sobresalía del rostro dándole una expresión entre burlona y satisfecha. Tarko acercó su negro hocico al rostro de Tabitha. Tabitha se encogió intentando evitar el chorro de aliento pestilente que brotaba de sus fauces.

—Bata con que uté lo diga, capi —gruñó Tarko—. Bata con que uté diga una sola palabra y la pasamo pó la quilla, ¿eh?

—No, Tarko —dijo el capitán Pepper—. Me temo que no podemos hacer eso.

Pero pensar en lo que podía hacer con ellas sin infringir el contrato con quienes le pagaban parecía resultarle muy agradable. El capitán Pepper deslizó una mano por debajo de su mono y empezó a rascarse la tripa.

Tabitha recorrió el puente con la mirada. No había ni rastro de la frasque o de Xtasca. Cuando les sacó de la *Alice* la thrant había dejado al Querubín junto a la nave.

Tabitha examinó atentamente cuanto les rodeaba buscando cualquier posible ventaja o cualquier posibilidad de huir por pequeña que fuese, pero el puente sólo contenía basura y amenazas. La presencia de Tarko y la pestilencia que desprendía bastaban para marear a cualquiera. Tabitha tenía el cerebro embotado y cuando intentó erguirse sintió que la cabeza se le inclinaba sobre el pecho.

También podía sentir cómo Saskia flexionaba sigilosamente sus músculos haciéndolos trabajar rítmicamente contra la presión formada por los cables de la red. Tabitha deseaba que dejara de hacerlo. Lo único que había conseguido hasta el momento era añadir el dolor de los roces al de los morados que habían sufrido. Se mordió la lengua y cerró los ojos intentando inclinarse hacia un lado de tal forma que Saskia tuviera un poco más de espacio. Después de todo, Saskia había escapado de algunos sitios increíbles y Tabitha había presenciado algunos de los trucos de que era capaz. Quizá conociera algún sistema ideado por un legendario artista de la fuga del pasado gracias al que ella y una cómplice inocente podrían escapar de una red ante las mismísimas narices de una thrant con feroces instintos asesinos y un paleta psicópata.

Pero Tabitha lo dudaba.

Tabitha pensó en su única esperanza aparte de la fuga, aquel programa escrito en una lengua alienígena enviado a un cadáver senil que se encontraba a varios millones de kilómetros de distancia en el espacio. "Si yo fuera una mujer de negocios rica y muerta que representaba a un grupo tan poco digno de confianza como Contrabando y estuviera colaborando con agentes de los frasques y alguien dejara caer en mi regazo un código que vale un billón de escutaris..., ¿qué haría?", se preguntó.

Intentó convencerse de que Saskia y Xtasca quizá tuvieran razón acerca de Hannah Soo y de que la lógica, la probabilidad y el sentido común estaban equivocados, pero los cables que se incrustaban en su carne y el que Saskia acabara de propinarle el codazo número cincuenta en la caja torácica se lo pusieron bastante difícil.

El capitán Pepper se quitó la gorra y deslizó una mano por entre los escasos mechones de su cabellera canosa. Volvió a ponerse la gorra. Estaba respirando ruidosamente por la nariz.

Contempló a sus cautivas. Sus ojos fueron de Saskia a Tabitha y volvieron a Tabitha.

El capitán Pepper inclinó la cabeza a un lado.

—Tarko—dijo con una especie de jadeo—gruñido—. Suéltala.

La mano de Tarko se tensó sobre el hombro de Tabitha apretándolo hasta hacerle daño.

—No —dijo el capitán Pepper. Las venas de su delgado cuello hinchaban la sucia piel y parecían manojos de cables—. La otra, la flacucha.

La thrant se inclinó, aflojó la red alrededor de los tobillos de Saskia y la alzó en vilo. Los brazos de Tabitha quedaron libres. Tabitha se pegó a Saskia y la estrechó contra su cuerpo. Tarko apartó a Saskia de su abrazo con bastantes dificultades y ninguna consideración, la sacó de la red y la inmovilizó con una mano mientras volvía a aprisionar a Tabitha con la otra.

Saskia fue empujada hasta quedar delante del sillón-red dominándolo con su estatura. El capitán Pepper alzó una mano y acarició el morado de su mejilla como si le fascinara.

—Estás muy flacucha —murmuró—. Quítate la ropa.

Saskia dejó escapar un suspiro de irritación.

Tabitha alzó una mano y una garra pinchó la pálida piel del otro lado de su cara.

—Venga —dijo.

—De acuerdo dijo Saskia de mala gana.

Volvió a suspirar, se apartó los cabellos de los ojos y se frotó la parte de los hombros en que se le habían clavado los cables. Después volvió la cabeza y miró a Tabitha, atrapada dentro de la red un metro detrás de ella.

—Todos son iguales, Saskia —dijo Tabitha intentando que su voz sonara lo más despectiva posible.

Tarko lanzó un gruñido, fue hacia ella y la golpeó en una sien con tal fuerza que la hizo caer al suelo.

—¡Déjala en paz! —gritó Saskia.

El sonido de otro golpe.

Tabitha había quedado con los brazos atrapados detrás de la espalda pero logró ponerse de rodillas sobre el suelo. No pensaba estarse quieta mientras maltrataban a Saskia.

Saskia se había encogido sobre sí misma alejándose lo más posible de Tarko mientras deslizaba la chaqueta por encima de su cabeza. Sacó los brazos de las mangas, movió la cabeza para apartarse el cabello de los ojos y lanzó una mirada temerosa a Tabitha.

El capitán Pepper no apartaba los ojos de ella, y la sonrisa parecía haberse congelado en sus labios.

Un zumbido que venía de atrás interrumpió el improvisado número de cabaret.

Los ojos del capitán Pepper se movieron y fueron a posarse en algo que estaba detrás de Saskia y de Tabitha.

—Eh, Shing —gritó—. ¿Qué tal estás?

La contestación consistió en un débil gruñido inarticulado.

El zumbido se hizo más estridente y el gigantesco robot negro entró en el puente. La pierna desprendida volvía a estar en su sitio. El robot sostenía una

burbuja de fuerza. Xtasca estaba dentro de ella, y el robot llevaba su cola y su platillo en otro par de manos.

—¡Xtasca! —gritó Saskia.

El robot avanzó hasta colocarse detrás de ella y se detuvo. Su cúpula humeante estaba aureolada por una capa de fuego azul. El robot alzó al Querubín junto a la cabeza de Saskia para que el capitán Pepper lo inspeccionara.

Xtasca no se movía y parecía no enterarse de nada. Saskia extendió los brazos hacia la burbuja y la thrant le apartó las manos salvajemente.

—¿Qué le habéis hecho?

El maltrecho chino entró cojeando en el puente con su unidad de control remoto en las manos. Se detuvo a cierta distancia del grupo y contempló a las mujeres con pétrea malevolencia. Su cabeza estaba rodeada por un vendaje grisáceo.

—Apuesto a que te duele, ¿eh? —dijo el capitán Pepper con expresión pensativa mientras se rascaba una ceja—. Bueno, ¿qué es lo que tienes ahí?

—¡Ah, mirad! —exclamó Shing.

Empezó a pulsar teclas.

Racimos de números color ámbar surgieron de la nada y se desparramaron sobre la piel invisible que rodeaba al Querubín.

La criatura abrió su boquita y lanzó un ronco alarido de dolor. Sus ojos seguían cerrados.

El capitán Pepper dejó escapar una risita.

—Qué diablos...

Saskia empezó a gimotear e hizo un nuevo intento de llegar a la burbuja. Tarko saltó sobre ella y la golpeó en la nuca.

—Eh —protestó suavemente Pepper.

Pero no hizo nada para contener a la thrant.

Tabitha se había inclinado hacia adelante de forma automática y estuvo a punto de caerse. Logró erguirse, lanzó una maldición ahogada y observó a Pepper.

Sus ojos se habían posado en su auténtico adversario, el objeto alrededor del que giraban todo su odio y su aborrecimiento. Esa fea criatura de vocecita chillona había dejado sin energía a su nave, había vuelto de entre los muertos cuando ya la creía borrada del mapa, escabulléndose sigilosamente por los pasillos sin que nadie la viera, había averiado al robot, casi había conseguido matar a Shing y había liberado a las mujeres.

Y aquí estaba ahora suspendida en el aire delante de él chillando como un lechón a medio degollar cada vez que Shing presionaba otro par de teclas.

—Dame eso —dijo el capitán Pepper mirando al robot.

Alargó una lánguida mano y cogió la cola de Xtasca. Se la puso encima de las rodillas y la contempló con una burlona sonrisita de triunfo.

Shing se lo estaba pasando tan bien que había empezado a hablar consigo mismo en chino. Algún rasgo del diseño de los sofisticados circuitos neurales de la criatura de laca negra la hacía vulnerable a la afilada hoja de su analizador. Xtasca podía sentir los dientes de sierra de las ondas que hurgaban en su interior desgarrándole y haciéndole sentir un dolor que nada físico habría podido causar. Los mapas de diagnóstico calórico se abrían paso por aquella piel impenetrable como si fueran burbujitas llenas de fuego líquido, y la criatura del espacio se debatía y aullaba mientras su boca dejaba escapar un líquido plateado que se iba esparciendo sobre la pechera de su traje cubierto de escarcha.

Saskia gemía. Iloraba. gritaba y luchaba con Tarko, quien estaba teniendo que hacer un auténtico esfuerzo de voluntad para no destrozar la cabeza de aquella hembra tan ruidosa con un solo barrido de sus zarpas.

—¡Deténle, Pepper! —gritó Tabitha con toda la potencia de sus pulmones—. ¡La está matando!

La thrant volvió la cabeza hacia ella. Abrió la boca enseñando sus caninos y tensó sus inmensos hombros.

Pero el mensaje había llegado a su destino.

El capitán Pepper emergió de su trance. Le quitó el teclado de control remoto a Shing sin decir ni una palabra, lo contempló frunciendo el ceño y pulsó una tecla.

Shing lanzó un grito de alarma.

El robot se estremeció como si acabara de recibir un terrible impacto en el pecho. Su cabeza quedó envuelta en un halo de relámpagos azules. La burbuja de fuerza desapareció.

Xtasca cayó sobre la cubierta con una última llamarada de fuego gráfico chisporroteando sobre sus convulsos rasgos.

La criatura rebotó, volvió a caer y se quedó inmóvil. La habían despojado de su cola y de su platillo, y cualquier gravedad por débil que fuese bastaba para dejarla tan impotente como a un bebé humano sin piernas.

Xtasca se movió.

Puso sus manecitas sobre el suelo y las tensó. Estaba intentando huir a rastras.

El capitán Pepper se recuperó rápidamente.

—Bueno, que me... —dijo. Bajó la vista hacia el Querubín y lo obsequió con una de aquellas sonrisas radiantes suyas que revelaban toda la dentadura llena de manchas marrones. Se reclinó en el sillón-red e incluyó a Saskia y Tabitha en el radio de su generosa benevolencia—. Veo que hace falta mucha mala leche para liquidar a uno de estos pequeñuelos, ¿eh? Qué cosita tan pequeña... Diablos, pero si no es más grande que un bebé.

Y Xtasca habló.

—El tamaño fue calculado en proporción inversa a la eficiencia—dijo distraídamente.

La thrant emitió un sonido gutural que tanto podía significar diversión como miedo.

El capitán Pepper pareció sentirse un tanto incómodo. Se removió en el sillón-red apoyándose primero en una nalga y luego en la otra.

—Tark —murmuró—, que se calle.

La thrant gruñó, y esta vez no había duda de que el gruñido expresaba un intenso placer. Se inclinó sobre Xtasca, le echó la cabeza hacia atrás y le puso una mano encima de la boca.

Saskia se lanzó sobre ella. Tiró de su antebrazo, le dio patadas en las piernas y le atizó puñetazos en los riñones.

Tarko la apartó con un salvaje revés de una mano. Después clavó las garras en la capucha del traje de Xtasca hasta que entraron en contacto con las mejillas del Querubín y apretó un poco.

Cogió al Querubín por la cabeza y lo examinó con cautela. La criatura se removió débilmente durante unos momentos y volvió a perder el conocimiento.

—Capi, ¿había vito a uno de etos bichos antes?

El capitán Pepper estaba sudando.

—No, Tarko, no puedo afirmar que haya tenido ese placer.

—Tié la pié de metá —dijo Tarko con expresión pensativa.

Inclinó su cabeza de depredadora sobre Xtasca. Sus negras fosas nasales se dilataron unos milímetros.

El capitán Pepper pareció darse cuenta de que seguía sosteniendo el teclado de control remoto y la cola, y le alargó las dos cosas a Shing.

—Llévatelo—dijo . Déjalo ahí.

Señaló el nido de almohadones de Shing.

Shing le hizo una reverencia. Cogió el teclado y reactivó al robot. El robot chirrió, echó chispas, vibró un poco y creó otra burbuja invisible con una mano. Después cogió al Querubín y lo metió dentro de la burbuja. El robot y su amo retrocedieron unos metros.

—Nos estábamos divirtiendo mucho, ¿verdad? —recordó el capitán Pepper.

Sus límpidos ojos azules buscaron a Saskia.

Tarko la arrastró hacia el sillón-red.

—Venga, encanto, sigue —dijo el capitán Pepper.

Su voz era tan suave como una caricia.

Tabitha se irguió dentro de la red.

—Déjala en paz, Pepper dijo.

Los ojos de todos los presentes se volvieron hacia ella.

—Esto no tiene nada que ver con Saskia —dijo Tabitha—. Es a mí a quien quieres, ¿verdad?

El capitán Pepper puso cara de diversión y sus ojos fueron de Saskia a Tabitha.

—Vaya, vaya, qué sorpresa tan agradable... dijo . Sí, esto es una sorpresa deliciosa, no cabe duda. —Volvió la cabeza hacia una consola—. No te preocupes, princesa—dijo en un tono de voz un poco más alto mirando a Tabitha—. Habrá tiempo más que suficiente para ocuparnos de las dos antes de que llegemos a nuestra cita con el gran hombre.

Se reclinó en el sillón-red y se rascó el pecho.

—Tenemos una cita con el gran jefe en persona, ¿sabes?

Qué agradable sería poder contar que nuestras valerosas y capaces heroínas lograron escapar de las garras de sus torturadores y llevaron a cabo una segunda y exitosa fuga antes de que la *Horrible verdad* volviera al espacio normal.

Ay, por desgracia no ocurrió así; e incluso yo —con toda mi libertad narrativa en el espacio y en el tiempo, con mi libertad para hacer conjeturas respecto a las sombras que revolotean por la región inviolable de la mente viva—..., sí, incluso yo debo respetar la verdad. Si me tomara aunque sólo fueran las más leves libertades con ella y aun suponiendo que mi único motivo fuera el muy respetable de reconfortarnos con el espectáculo del valor triunfando sobre la villanía, ¿podría pedirlos después que siguierais teniendo confianza en mí y que creyeráis cualquier otra faceta de esta asombrosa historia? No, no debo apartarme de la verdad ni un solo instante y, además, ese rasgo de carácter no está incluido en mi naturaleza. Carezco de "imaginación" y no poseo ni la más mínima capacidad para la "fantasía". La verdad debe bastarnos, ya sea agradable o desagradable. Y la verdad es que los viles y caprichosos apetitos del capitán Pepper fueron saciados con notable rapidez, aunque ello no impidió que el proceso resultara muy desagradable, y una vez saciados dichos apetitos, Tabitha Jute y Saskia Zodíaco fueron devueltas junto con todas sus ropas y pertenencias pero sin Xtasca el Querubín a esa horrible y pequeña celda para permanecer dentro de ella hasta que la Horrible verdad emergiera de la nulidad gris que se extiende entre las dimensiones y acudiera a su fatídica cita con la Ciudadela de porcelana contemplada a la primera luz del alba.

Tabitha ya había estado a bordo de algunas naves de gran tamaño y había visto unas cuantas. Durante su estancia en la Vaya boca había recorrido los campos de ondulaciones que iba dejando la Bolshoi Mrittsvar en busca de chatarra, maravillándose desde una prudente distancia ante esas majestuosas curvaturas y esas tres terrazas glaciales con su microclima distinto en cada una. Menos de un año después —subjetivamente hablando—, había conducido expertamente una lanzadera maniobrándola por entre las inmensas torres de la *Behemoth*, ese monstruoso capricho de Bathsheba Tredgold que iba remolcando su propia refinería de precentio por todo el sistema aumentando su masa hasta un grado tan asombrosamente ilógico que rozaba lo magnificante. Tabitha y la *Alice Liddell* habían llegado a entregar un misterioso cargamento en una nave sistémica capellana, uno de esos esbeltos

navíos dorados que se deslizan silenciosamente a través de los oscuros reinos de la noche vigilando a los súbditos del imperio que se apelonan en sus pequeños mundos.

Pero Tabitha Jute nunca había visto nada tan enorme como la Ciudadela de porcelana contemplada a la primera luz del alba.

Tabitha y Saskia fueron desatadas y llevadas hasta la bodega de recepción de la Horrible verdad bajo la amenaza de la escopeta con cañones aserrados blandida por Tarko la thrant. Pasaron tambaleándose junto a los restos de *la Alice Liddell* y vieron que las puertas de la bodega se encontraban abiertas.

Todos estaban allí esperándolas. El capitán Pepper, Shing y el robot con Xtasca en sus brazos ya llevaban un rato en la bodega, y el número de los presentes aumentó con la aparición de Tarko, Saskia y Tabitha Jute.

Tendrían que haber estado en plena agonía.

Tendrían que haber estado ardiendo, congelándose y estallando con el aliento bruscamente arrebatado de sus pulmones por el vacío espacial.

Pero no era así. Estaban perfectamente y a su alrededor había una cálida claridad dorada asombrosamente similar a la del sol terrestre. Había aire, tanto dentro como fuera. ¿Habían aterrizado? Y, en tal caso, ¿dónde?

Tarko dejó escapar un suave gruñido y las empujó haciéndolas avanzar hasta el mismísimo borde del suelo metálico.

Miraron hacia abajo.

Directamente debajo de la nave, muy, muy abajo, había una ciudad, una elegante configuración de esbeltas torres y edificios de cristal que formaban distintos niveles de terrazas impolutas. Diminutos vehículos de colores se movían como escarabajos sobre sus viaductos y vistos desde aquella altura parecían joyas dotadas de movimiento. También parecía haber una considerable cantidad de maquinaria —grúas, rampas y estructuras metálicas—, pero la neblinosa luz dorada que ocupaba lo que debería haber sido el vacío existente entre la Horrible verdad y la ciudad hacía que no se pudiera distinguir nada más.

Tabitha tiró de Saskia apartándola del borde.

Shing hizo avanzar al robot.

La máquina dio dos pasos retumbantes y extendió el fardo metálico hacia las mujeres.

Saskia lo cogió con expresión aturdida y lo acunó en sus brazos igual que si fuese un bebé.

Tabitha lo miró.

—Vais a tener problemas —anunció secamente.

No miró a nadie en concreto, y menos al capitán Pepper.

El capitán Pepper había apoyado una mano en el maltrecho casco de la *Alice Liddell* y estaba fumando un puro. Tabitha ya se había dado cuenta de que su pobre nave había sido colocada sobre unas vías, como si se estuvieran preparando para descargarla.

Pepper se echó la gorra hacia atrás.

—Estupendo —anunció.

Shing las observaba con las manos cruzadas delante del pecho. Nadie dijo nada.

—Bueno —murmuró Pepper—, supongo que esto es el adiós.

Tabitha no estaba dispuesta a volver la cabeza para verle sonriendo con una mano apoyada sobre el casco de la nave a la que había asesinado de forma tan brutal.

—¡Cuidaos mucho! —gritó el capitán Pepper.

Tarko lanzó un gruñido gutural y las empujó salvajemente con su arma obligándolas a saltar por el borde.

Tabitha gritó y agarró a Saskia con una mano mientras intentaba sujetar la bolsa con la otra. Saskia gritó y abrazó a Xtasca. Perdieron el equilibrio, resbalaron y salieron despedidas de la *Horrible verdad* para caer al vacío.

Donde los rayos tractores de color dorado de la Ciudadela de porcelana se materializaron repentinamente de la nada, atravesando kilómetros de vacío como si fueran los haces de inmensos reflectores capturándolas en plena caída y plegándose alrededor de ellas, extendiendo su atmósfera para envolverlas y llevarlas hacia abajo en dirección a la cubierta que las esperaba, manejándolas tan delicadamente como si fuesen semillas de diente de león en una trayectoria que terminaría posándolas sobre ella con los pies por delante.

Era como caer en un sueño donde no hay ni la más mínima perspectiva o posibilidad de sufrir daño. El lento y majestuoso descenso en aquel gigantesco tubo de luz fue tan perfecto que no sintieron moverse ni un solo pelo de sus cabezas.

—¿Qué es todo esto?—gritó Saskia intentando pegarse a Tabitha—. ¿Dónde estamos?

Tabitha contenía el aliento y contemplaba el impresionante abismo que se extendía debajo de sus pies.

El panorama hacía pensar en la Utopía de algún ingeniero celeste. Aquella ciudad que parpadeaba y brillaba con el delicado resplandor de una corona de cristal estaba sostenida por una bandeja ovalada de metal blanco, pero no era una ciudad o una plataforma, y tampoco llegaba a ser un planeta.

La luz dorada suavizaba cada línea y confundía todos los detalles de tal forma que sólo podías captar impresiones generales, pero esas impresiones correspondían a una arquitectura de dimensiones tan abrumadoras como audaces y hablaban de una grandeza que era sencillamente inmensa. A cada lado del óvalo se extendían unas colosales alas blancas que se alzaban y se iban curvando hacia atrás, perdiéndose en la lejanía y llegando hasta la cima de las torres e incluso más arriba. El tamaño de aquellas alas era tan desmesurado que no podían ser abarcadas de un solo vistazo. En la parte delantera (pues una cosa estaba quedando clara de la forma más espectacular posible, y era que aquel edificio había sido concebido para el movimiento, que era un navío y que sus dimensiones resultaban tan increíbles que a su lado incluso los enormes zikkuraths de los eladeldis parecerían enanos

insignificantes) se alzaba la suave curva de una cubierta blanca que hacía pensar en el cuello de un pájaro enorme y que se alejaba hasta confundirse con una proa aún invisible. La parte trasera se iba extendiendo hasta perderse en la oscuridad, eclipsando la fría luz de la galaxia.

Cuando habló Tabitha usó el mismo tono de voz impresionado y solemne que emplean quienes ponen los pies por primera vez en el interior de una gran catedral.

—Es una nave estelar —dijo.

Y lo era. Era la *Ciudadela de porcelana* contemplada a la primera luz del alba, y el acercarse a ella desde cierta distancia sin tener ni idea de adónde se dirigían les permitió verla en toda la grandeza que su nombre había sido concebido para evocar. Las cápsulas y polígonos de color verde y amarillo que parpadeaban y brillaban sobre sus cubiertas blancas como golosinas derramadas sobre un mantel eran naves tan grandes como la Anaconda que se iba empequeñeciendo sobre sus cabezas. Los bulbos

que parecían capuchas de hongos eran redondas, cúpulas de observación y torretas de armamento. Las telarañas compuestas por hilos tan finos que se dirían de gasa y que empezaban a resultar visibles eran tendidos de monorraíles y cañerías, arterias de poder y de comunicación

Saskia seguía sosteniendo al Querubín inconsciente junto a su hombro.

—¿Es una nave capellana?

—Sí, es una nave capellana.

Saskia se liberó del abrazo de Tabitha y se precipitó con la cabeza por delante moviendo el brazo libre a un lado, tan grácil y elegante como una campeona de natación que salta desde el trampolín. Miró hacia abajo y vio una zona abierta rodeada de máquinas inmensas. Parecían estar dirigiéndose hacia allí. Siluetas tan diminutas como motitas de polvo se estaban congregando en ella.

—Mira.

Extendió un brazo hacia adelante.

Tabitha había logrado colocarse en una postura bastante desgarbada algo parecida a la que se obtendría cayendo por un tobogán con la espalda, los brazos y las piernas al aire. Intentó erguir el torso y miró por entre sus piernas.

La altura a la que se encontraban seguía siendo el doble de la torre más grande de la ciudad. Las máquinas les hacían guiños con ojos de cristal que brillaban suavemente. Eran los proyectores del rayo por el que Saskia y Tabitha estaban resbalando. Las siluetas minúsculas que se habían congregado en la arena aureolada por los proyectores estaban allí para recibirlas. Cuando llegaron a la altura de los tejados Tabitha vio que todas parecían ser de color azul.

—Eladeldis —dijo Saskia reconociendo lo inevitable.

Si esto era la Utopía no había sido diseñada para ellas.

Saskia agarró a Xtasca con las dos manos y rodó sobre sí misma, moviéndose dentro del haz luminoso como si tuviera la esperanza de que eso

le permitiría ir hacia arriba nadando contra la corriente del descenso. Su cabellera flotaba alrededor de su cabeza como un halo de algas blancas. La sorpresa le dilató las pupilas, y lanzó un jadeo ahogado. Alzó la cabeza y contempló la calina que se extendía sobre ellas.

Tabitha la imitó. Una silueta redondeada de tamaño bastante considerable flotaba a unos veinte metros por encima de sus cabezas y se balanceaba de un lado a otro cabeceando como un globo a medio llenar mientras seguía su descenso.

Era la *Alice*. El capitán Pepper estaba entregando la nave tal y como había prometido. Debajo de ella y a un lado había una silueta oscura de contornos curvos que la acompañaba en su torpe bajada.

Las mujeres y el Querubín empezaron a caer por un gigantesco desfiladero de cristales iridiscentes y tuvieron fugaces atisbos de talleres, salas de control, despachos y balcones en los que las siluetas —eladeldis, vespanos, robots—, dejaban lo que estuvieran haciendo durante unos momentos y se volvían hacia ellas para verlas pasar.

La cubierta subió velozmente para recibirlas. Una burbuja de fuerza ya estaba allí para amortiguar su caída y la de la cosa curva y medio enroscada sobre sí misma que llegó un segundo después abriéndose paso por entre los torrentes de cegadora claridad. La cosa rebotó detrás de ellas y acabó quedándose inmóvil.

Los eladeldis se precipitaron sobre ella. La cosa era la hembra frasque, aún comatosa y hecha un ovillo dentro de su burbuja de fuerza. Tabitha pensó que parecía un enorme feto de ramitas. El platillo y la cola de Xtasca la habían acompañado durante el viaje dentro de la burbuja. El capitán Pepper debía haberlo arrojado todo al vacío después de haberlas hecho saltar.

Y la *Alice* seguía cayendo.

Tabitha se apoyó en la superficie invisible del almohadón sobre el que se habían posado e intentó abrirse paso entre los eladeldis que pretendían inmovilizarla. Volvió la cabeza hacia Saskia y lanzó un grito inarticulado. La Zodíaco superviviente seguía de espaldas sobre la burbuja y su agilidad de acróbata no parecía estarle sirviendo de mucho, pues la media docena de eladeldis babeantes que se habían lanzado sobre ella llevaban las de ganar pese a las patadas que Saskia hacía llover sobre sus rostros y cabezas mientras intentaba impedir que le arrebataran al Querubín inconsciente.

—¡Apartaos de mi camino! —gritó Tabitha.

Tabitha logró encontrar reservas de energía oculta que la sorprendieron incluso a ella misma. Se metió por el hueco que acababa de abrirse entre dos eladeldis liberándose de las manos que intentaban sujetarla, y saltó sobre la cubierta golpeándose un hombro —la gravedad era bastante reducida, y no se hizo mucho daño—, y patinando incontrolablemente hasta recorrer un metro y medio de acero inoxidable. Acabó sin aliento y tumbada sobre la espalda moviendo la cabeza frenéticamente de un lado a otro para ver algo entre la confusión de cuerpos azules, buscando a sus compañeros que parecían haber desaparecido—, mientras alzaba un brazo delante de su rostro como escudo contra el descenso de la *Alice Liddell*.

La nave había quedado suspendida a setenta metros de altura, balanceándose suavemente en el campo tractor que se había hecho bastante más grueso para detenerla.

Una docena de manos nada consideradas cayeron sobre Tabitha y tiraron de ella hasta incorporarla

—¡Saskia! —gritó intentando contener la tos—. ¡Saskia! —Trató de dar patadas y puñetazos, pero no podía moverse. Sintió un espasmo en el pecho. Los eladeldis querían agarrarle la cabeza. Tabitha logró impedírsele retorciendo el cuerpo—. ¡Saskia!

Estaban en el centro de una arena plateada rodeada por torres de cristal que parecían contemplarlas desde todas las direcciones posibles. La *Horrible verdad* era una motita verde suspendida en la iridiscencia de la calina dorada. La nave que las había traído hasta allí se disponía a entrar en una órbita de estacionamiento alrededor de la *Ciudadela de porcelana*. Estaba claro que ni el capitán Pepper ni sus tripulantes tenían intención de hablar personalmente con quienes les pagaban.

Capitanes de expresión malhumorada con terminales en la cabeza trotaban hacia adelante y hacia atrás moviendo los brazos y gritando. Dos equipos de técnicos luchaban con los inmensos controles de los proyectores, coordinando los difíciles metros finales del último descenso de la *Alice Liddell*.

Tabitha vio a Saskia bajo la sombra de la nave destrozada que descendía lentamente hacia ellas. La acróbata se encontraba en su misma situación, pero siguió dando patadas con una pienna mientras tres soldados se alejaban a la carrera llevando consigo una pequeña forma negra y seguían a un grupo que cargaba con la inmóvil silueta de la frasque.

Tabitha aflojó los músculos y se dejó caer. Los que la habían sujetado tuvieron que soportar su peso, y Tabitha intentó pisar un empuje y golpear con un codo. No sirvió de nada. Sus captos no tardaron en volver a inmovilizarla. Volvió la cabeza hacia Saskia, gritó su nombre y una mano peluda cayó sobre su boca reduciéndola al silencio. Logró mover la cabeza unos centímetros hacia atrás y examinó frenéticamente lo que la rodeaba buscando alguna forma de huir.

No había ninguna.

La luz dorada se estaba desvaneciendo y la manta de atmósfera onduló locamente a su alrededor, llenándose de arrugas y pliegues. Los proyectores del haz estaban atrayendo la nave muerta hacia la cubierta.

Los eladeldis se llevaron a las mujeres. Sus pulmones se contraían y se dilataban a toda velocidad intentando tragar aire, y sentían un palpitar enloquecido en las orejas. Podían sentir la vibración de maquinarias de un poder inconcebible ocultas debajo de sus pies, y Tabitha pensó que allí debía haber almacenada la energía suficiente para romper la barrera virtual que Capella había erigido más allá de la órbita de Plutón y acabar con el muro que se alzaba más allá de los mundos.

Y, como ocurre siempre con el poder y la energía, todo aquello pertenecía a los mismos arquitectos que habían construido ese muro humillante y arbitrario.

Saskia y Tabitha fueron conducidas por una gran avenida a la que flanqueaban hileras de elegantes balconadas. *La Alice* pasó sobre sus cabezas con un susurro y una brisa remolcada por un dirigible de carga. El dirigible y la *Alice* no tardaron en alcanzar al grapo que transportaba a Xtasca y la frasque, y desaparecieron con ellos por una rampa colosal que levaba a las profundidades metálicas.

Tabitha alzó los ojos cuando les siguieron y entraron en la rampa. Algo se estaba instalando en su órbita definitiva, algo que parecía un escarabajo de lustroso caparazón verde deslizándose entre la impoluta blancura de las alas que formaban la superestructura.

El capitán Pepper estaba manteniendo las distancias.

Debajo de las cubiertas la atmósfera era más limpia y fresca, e incluso parecía más auténtica. La música de los clavicémbalos murmuraba por los pasillos. Plantas suculentas, peonías y floxes, caían en artística profusión, asomando sobre las esbeltas urnas de cerámica que adornaban las paredes.

Tabitha y Saskia fueron llevadas por un corredor cuyas paredes estaban recubiertas de baldosas de espejo. La música las siguió.

Tabitha se retorció intentando liberarse de una mano que la sujetaba con excesiva firmeza por la nuca.

—¿Adónde nos lleváis?

El capitán siguió con los ojos clavados en la lejanía.

—A la esencia del Uibernator Erlmutter —replicó con la típica voz rasposa de los eladeldis.

Entraron en una galería situada encima de un pozo donde eladeldis vestidos con monos transparentes se afanaban alrededor de un gigantesco telar de luz creando la urdimbre gracias a la que esa nave colosal podía moverse a través del espacio interplanetario.

—¿Qué habéis hecho con los demás?

El capitán siguió mirando hacia adelante. Esta vez no hubo contestación.

Todo estaba limpio y reluciente, decorado con el mejor buen gusto imaginable y era muy impersonal. Tabitha llevaba poco tiempo en él, pero ya odiaba aquel lugar. Sus ropas sucias y sus cuerpos sin lavar casi le hicieron sentir un leve placer malicioso. Esperaba que fueran dejando un reguero de suciedad y desorden a su paso.

Un eladeldi con la parte superior de la cabeza rasurada que vestía uniforme escarlata con una trencilla de plata sobre el pecho pasó rápidamente a su lado. Sus ojos se posaron sobre las cautivas y sus rasgos se fruncieron en una expresión de disgusto. El capitán ladró una orden y todos le saludaron.

—¿Qué habéis hecho con mi nave? —preguntó Tabitha.

Después cruzaron un gigantesco umbral coronado por un arco, bajaron casi corriendo una rampa que llevaba a un salón tan inmenso que parecía una caverna y Tabitha vio su nave.

Los restos de la *Alice Liddell* estaban encima de un estrado sobre el que había colocados varios reflectores y se hallaban rodeados por un grupo de mecanoides eladeldis con toda una panoplia de equipo, herramientas y sistemas electrónicos. Algunos de ellos estaban en el espacio que antes había sido la bodega e iban de un lado a otro apuntando un mesoscopio polar en todas direcciones. Dos mecanoides habían entrado en la cabina y estaban inclinados sobre los controles.

Tres alienígenas flotaban enfrente de la proa. Estaban a unos cuantos metros del agujero que había en el parabrisas y parecían contemplar a los dos mecanoides.

Ninguno de los tres alienígenas tocaba el suelo.

Xtasca estaba acurrucado sobre su platillo con la cola conectándole a él. Tenía la cabeza inclinada encima del pecho, y parecía hallarse inconsciente.

La frasque tampoco parecía haber recuperado el conocimiento. La habían sacado de la burbuja y la habían desenrollado. Ahora estaba flotando a un metro del suelo como si estuviera suspendida de los hombros por cables invisibles, y no se movía.

La tercera figura estaba despierta, y no cabía duda de que dirigía las operaciones. Parecía un hombre. De hecho, su aspecto era idéntico al de un hombre pero medía tres metros de altura.

Desde el cuello para abajo estaba bien proporcionado y parecía igualmente bien alimentado. La altura extra venía proporcionada por la cabeza, que era enorme, calva y con forma de huevo. Una tiara plateada circundaba aquella frente colosal. Un cuello azul bastante parecido al respaldo de un sillón se alzaba detrás de su nuca.

Vestía una toga blanca y una capa azul oscuro, y calzaba sandalias antigraavedad. Su atuendo revelaba unos brazos y unas piernas muy blancas, y sus manos y sus pies eran tirando a regordetes y un poco más grandes de lo que habría correspondido teniendo en cuenta las proporciones del cuerpo. Sus dedos estaban cubiertos de gruesos anillos. Un mecanoide eladeldi emergió de la cabina de *la Alice Liddell* y entregó algo al supervisor. El hombre de la cabeza gigante alzó una mano. El supervisor entregó el objeto a un capataz. La delgada placa gris que el mecanoide acababa de extraer del maltrecho ordenador de *la Alice* fue pasando de mano en mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Saskia mirando a Tabitha.

—La personalidad —respondió Tabitha con amargura.

Se habían detenido en un recodo de la rampa y estaban contemplando la escena que se desarrollaba debajo de ellas por encima de un murete.

—¿Es eso? —preguntó el Quibernator Perlmutter mirando al eladeldi que acababa de entregarle la placa.

Tenía una voz fuerte, límpida y un tanto lánguida. Las palabras llegaron sin ninguna dificultad hasta donde estaban Saskia y Tabitha.

—i, eñor —se apresuró a responder el eladeldi.

El Quibernator sopesó la placa gris en la ancha palma de su mano.

Después giró sobre sí mismo y flotó hacia Xtasca.

Un grupo de médicos eladeldis se agitó alrededor del Querubín intentando incorporarlo y colocarlo de cara al Quibernator, pero éste alzó una mano y les indicó que se apartaran.

—Ven, Querubín —dijo.

Se detuvo delante del platillo que flotaba a la altura de su pecho. Extendió el brazo y depositó la placa sobre él.

—Puedes hacerlo —dijo mientras se acariciaba los anillos.

Xtasca se movió por primera vez desde que la thrant había levantado en vilo su cuerpecito de la cubierta de la Horrible verdad. El Querubín alzó la cabeza. Parecía enfermo, e incluso desde esa distancia se notaba que estaba muy débil. Sus ojos no brillaban.

—Capacítalo—dijo el capellano.

Xtasca le miró a la cara y no se movió.

El capellano hizo girar uno de sus anillos.

Xtasca se retorció y su traje empezó a emitir cegadores destellos de luz blanca. Tabitha oyó cómo Saskia tragaba aire a través de los dientes cuando la criatura abrió la boca y dejó escapar un alarido tan penetrante y agudo como el que había lanzado cuando estaba siendo torturada por Shing. Xtasca se retorció y se contorsionó, y su platillo osciló como un corcho atrapado en la marea. Su cola salió de la toma en que había estado metida y se movió velozmente de un lado a otro. Xtasca gritó algo ininteligible.

El Quibernator Perlmutter volvió a tocar su anillo.

Los diminutos hombros del Querubín se relajaron y se fueron encorvando lentamente.

—... no... sé... jadeó.

—Tienes todo lo que necesitas ahí dentro —le interrumpió Perlmutter golpeando el platillo con la roma punta cuadrada de uno de sus dedos.

Saskia se volvió hacia Tabitha y la cogió por el brazo.

—¿Qué quiere? —murmuró con voz indignada.

Pero Tabitha tampoco tenía ni idea de lo que quería.

Xtasca extendió lentamente sus manecitas y deslizó la placa sobre el platillo, centrándola cuidadosamente delante de su cuerpo. Lanzó una mirada de resentimiento al capellano y metió la cola en la conexión del platillo.

Hubo un momento de silencio.

Casi pudieron oír cómo el Querubín buscaba en la memoria.

Xtasca sacó la cola de la conexión y la puso delante de su pecho. La cola descendió sobre la placa y garabateó algo en ella.

Hubo un chasquido metálico, como el que podría hacer el mecanismo de una cerradura bien engrasada al girar.

Los eladeldis dejaron escapar un coro de suspiros y murmullos ahogados. Muchos movieron la cabeza y unos cuantos se dieron palmaditas.

El capellano volvió la cabeza hacia la frasque. Una expresión de disgusto aleteó por los rasgos de aquel rostro inmenso y vacuamente benévolo.

—¿Ya está? —le preguntó.

La frasque no respondió.

El capellano flotó hasta quedar un poco más cerca de ella.

—¿Está preparado? —preguntó en voz alta y clara, como si pensara que no le había entendido.

La frasque emitió un estridente siseo parecido al de una serpiente enfurecida.

El capellano suspiró y cruzó las manos delante de su pecho.

—Y ahora... ¿Funcionará? —preguntó con cierta irritación.

La frasque sufrió una convulsión.

Tabitha pensó que el capellano estaba torturándola con sus anillos, pero no se trataba de eso.

La frasque se estaba liberando. Estaba escapando a su prisión invisible.

Una docena de eladeldis saltaron hacia ella, pero la frasque retorció el cuerpo en el aire y los hizo salir despedidos en todas direcciones. Después se lanzó en línea recta hacia la gorda y blanca garganta del Quibernator Perlmutter, quien ya había emprendido la retirada. La alienígena parecía una serpiente venenosa en pleno ataque.

Perlmutter movió un anillo antes de que la frasque pudiera llegar a él. La frasque volvió a quedar paralizada.

Todo su cuerpo quedó suspendido en el aire delante del capellano y empezó a temblar desde la cabeza hasta las puntas de los pies. Sus extraños miembros se partieron en varios lugares y se fueron separando del cuerpo rompiéndose como ramitas verdes. Un espeso fluido blanco empezó a brotar de las heridas.

Los eladeldis se apresuraron a retroceder parlotando excitadamente entre ellos.

La frasque silbó y chilló desafiando al capellano mientras se retorció en su agonía.

—Pussssilánime, pressssuntuosso, esssstúpido...

—Gracias —dijo el capellano con voz despectiva.

Dejó de prestar atención a la frasque y movió la mano indicando a un par de técnicos que acercaran una máquina que parecía un simple lector de cintas sin nada de particular.

La frasque temblaba y ardía. Su cuerpo empezó a hacerse pedazos y los fragmentos llameantes se desparramaron sobre la cubierta, pero su voz siguió amenazándole hasta el último momento.

—¡Ssssobreviviremosssss! —dijo entre escupitajos y balbuceos—. No triunfa...

Su cabeza tembló violentamente y salió disparada hacia atrás.

La frasque se quedó inmóvil y todas sus articulaciones se fracturaron. El fuego acabó de consumirla. Un olor a metal calcinado se fue extendiendo rápidamente por toda la sala.

—Gracias... —repitió el capellano mientras los crujidos y chisporroteos se iban debilitando poco a poco—..., Su Majestad.

El tono de voz que había empleado justificaba con creces todas las acusaciones hechas por la frasque.

Los técnicos ya habían introducido la personalidad en el lector. El capellano lo empujó con uno de sus gordos y blancos dedos, contemplándolo con expresión suspicaz.

—¿Cómo se llama? —preguntó volviéndose hacia Xtasca.

La cabeza del Querubín había vuelto a caer sobre su pecho. Perlmutter chasqueó los labios e hizo una brusca seña a los médicos, quienes se apresuraron a correr hacia el platillo.

—Se llama Alice —dijo Tabitha.

Todos los eladeldis se volvieron hacia ella. El capellano también se volvió en su dirección. Su enorme cabeza sin vello se alzaba sobre las cabezas peludas de los eladeldis.

Sus ojos se encontraron con los de Tabitha.

—Ven aquí —dijo.

—¿Quién eres?

El capellano flotaba por encima de ella. Había entrecerrado los ojos y la estaba contemplando con expresión desdeñosa. Tabitha tenía que levantar la cabeza para mirarle, y su cuello no tardó en resentirse a causa del esfuerzo.

—Soy Tabitha Jute —dijo—. Y la nave que tenéis ahí es mía.

El capellano le dio la espalda, moviéndose con la lenta irritación de que dan muestra las criaturas superiores cuando se enfrentan a un ser demasiado estúpido para entenderlas.

—¿Qué está diciendo? —preguntó a su ayudante.

—Es la propietaria, Quibernator —dijo el ayudante.

El capellano no pareció muy impresionado.

—Te encuentras en posesión de una personalidad de nave prohibida —dijo.

—¿De veras? —replicó Tabitha con indignación—. Creía que eras tú quien la tenía.

Su réplica pareció divertir al capellano.

—Cierto —admitió.

Señaló el lector con un movimiento casi imperceptible de un dedo y sonrió con la más seca de las sonrisas.

Xtasca consiguió alzar la cabeza un par de centímetros. El Querubín seguía rodeado por un círculo de médicos.

—... no... sabe... dijo con un hilo de voz.

—Oh, hola observó el capellano con acidez—. Así que hemos despertado, ¿eh? Según tú, aquí nadie sabe nada.

—¿Qué quieres decir con eso de "prohibida"? —preguntó Tabitha alzando un poco la voz.

—Ha sido reprogramada de forma ilegal —respondió el Quibernator Perlmutter—. Fueron los SerafineS, ¿sabes? La reprogramaron para que pudiese controlar un artefacto prohibido fabricado por...

El capellano contempló con expresión pensativa la nube de cenizas suspendida en el aire allí donde había estado la frasca. Daba la impresión de que ya había olvidado que acababa de desintegrarla. Se miró los anillos como si intentara recordar algo, alzó la cabeza y clavó la mirada en el rostro de Tabitha.

—¿Lo que te he dicho sigue sin hacer sonar alguna campanita en lo más profundo de tu memoria? —preguntó abriendo los ojos de tal forma que parecía un búho gigante.

Tabitha se metió las manos en los bolsillos.

—No sé de qué me estás hablando —dijo.

El capellano acarició uno de sus anillos y todos los nervios de Tabitha empezaron a arder.

—¡No sé nada, maldito bastardo! —aulló echando la cabeza hacia atrás.

El ayudante de Perlmutter tiró de su toga y le habló en un murmullo apremiante.

—Oh, está bien dijo Perlmutter con impaciencia, y el fuego se apagó como si jamás hubiera existido . Este es el desperdicio de tiempo más colosal que se pueda imaginar —dijo con voz irritada volviéndose hacia el ayudante.

El eladeldi inclinó la cabeza y agachó las orejas

Tabitha no se había movido. Empezó a frotarse los brazos intentando calmar los cosquilleos que iban y venían desde el hombro hasta las puntas de los dedos.

—Habla con esta cosa —le ordenó el capellano.

Extendió un brazo y señaló el lector con un ademán imperioso.

Tabitha fue hacia la máquina ignorando a los técnicos de expresiones preocupadas que se apelonaban alrededor de ella. Era la primera vez que veía aquel modelo de lector, pero la luz del vox estaba encendida.

Puso las manos sobre la parte superior de la máquina. Estaba caliente.

—Alice, ¿puedes oírme? —preguntó.

—HOLA, CAPITANA —dijo Alice.

Tabitha sintió cómo el alivio invadía todo su ser. Cerró los ojos y dejó que su cabeza cayera hacia adelante.

—¿Estás bien? —preguntó.

Alice tardó unos momentos en responder.

—ME ENCUENTRO UN POCO... APRETADA —dijo por fin con voz algo vacilante.

El Quibernator Perlmutter alzó una mano.

—Oh, venga, deja de perder el tiempo —dijo . Sáltate los preliminares sociales.

¿HA VENIDO A CONTARME UNA HISTORIA? —preguntó Alice—. LO SIENTO, PERO ME TEMO QUE NO CONSIGO ENCONTRAR LA BITACORA.

..

Tabitha pensó que Alice parecía estar un poco asustada.

El Quibernator Perlmutter puso cara de irritación.

—¿De qué está hablando? —preguntó.

—Le he estado contando historias —respondió Tabitha—. No te preocupes por la bitácora, Alice —añadió—. De momento no la necesitamos.

Se volvió hacia el capellano y le contempló con expresión expectante.

—Dile que la has capacitado —ordenó el capellano frunciendo el ceño—. Vamos, díselo, díselo... —Volvió la cabeza hacia Xtasca y chasqueó los dedos— ¿Qué debería decirle?

Xtasca movió los labios y alzó una de sus frágiles manecitas como si estuviera buscando palabras que se negaban a salir de su boca.

—El camino es muy largo —logró murmurar—, y no..., y no... —Su mano se tensó arañando el aire—. Se vuelve de él...

—¿Qué? —Tabitha arrugó la nariz.

Parecía una de esas frases enigmáticas que tanto le gustaba soltar a su padre.

—Habla con Alice —susurró el Querubín—. Dile que el camino es muy largo...

—Díselo—ordenó el capellano.

Tabitha se volvió hacia el lector.

—¿Alice? —preguntó.

—HOLA, CAPITANA.

—Alice. El camino es muy largo y no se vuelve de él.

La máquina empezó a zumbiar. Las luces de sus paneles se encendieron y se apagaron. Los técnicos que seguían inmóviles detrás de Tabitha se miraron los unos a los otros como si nada de cuanto estaba ocurriendo tuviera secretos para ellos.

—LISTA PARA PARTIR —anunció Alice plácidamente.

—¿Partir? —repitió Tabitha. Volvió la cabeza y contempló el montón de chatarra en que había quedado convertida la Kobold—. ¿Partir hacia donde? —preguntó.

—ADONDE USTED QUIERA, CAPITANA.

—Desconectadla —ordenó el Quibernator Perlmutter.

Los técnicos apartaron a Tabitha y se apresuraron a obedecer. Una eladeldi con una terminal de comunicaciones se abrió paso por entre la multitud que rodeaba a la nave. Saludó y se puso en posición de firmes con la lengua asomando entre los labios.

—Sí, maldita sea —dijo Perlmutter—. ¿Qué pasa?

—Eñor, es el apitán de los azadores de compensas.

El capellano suspiró.

—Pásamelo.

La voz del capitán Pepper resonó por toda la sala.

—¿Perlmutter? ¿Puedes oírme?

—Sí, Pepper, puedo oírte —dijo el capellano poniendo cara de resignación—. ¿Qué quieres?

—¿Tienes la nave? —preguntó Pepper—. ¿Y a las mujeres? Las enviamos tal y como ordenaste. ¿Llegaron sin problemas?

—¿Mujeres?—exclamó el capellano y miró distraídamente a su alrededor—. ¿Había alguna más?

Los soldados empujaron a Saskia hacia él. El capellano la examinó de la cabeza a los pies.

—¿Y qué estás haciendo tú aquí? —preguntó—. No importa, no importa... Olvídalo. Pepper, hay dos mujeres y una de ellas es la propietaria.

—Bueno, entonces todo va bien —dijo Pepper.

—Pero el estado del Querubín no es nada satisfactorio —siguió diciendo Perlmutter.

—Funciona, ¿verdad?

El Quibernator Perlmutter volvió la cabeza hacia Xtasca y frunció el ceño.

—De mala gana —admitió.

—Bueno, pues entonces todo va sobre ruedas, ¿no? —dijo el capitán Pepper—. Y ahora, Perlmutter, sólo tienes que enviarnos el crédito prometido y nos marcharemos de aquí.

—Esperas que te pague —observó el capellano.

—Sí, ésa es la idea —canturreó Pepper—. Hicimos un trato, ¿verdad?

Capitán Pepper —dijo el Quibernator Perlmutter en un tono entre perentorio e irritado—, creo que debes saber que esta ridícula charada ha durado demasiado tiempo y que ya nos ha salido demasiado cara.

—Te recuerdo que hicimos un trato, Perlmutter —dijo Pepper con voz lánguida.

El Quibernator Perlmutter puso cara de fastidio.

—No olvidemos el asuntillo del rescate —dijo alzando la voz—. Y también está la recarga energética de emergencia, claro... Ese tipo de servicios salen muy caros. Ya tendrás noticias nuestras, Pepper. Adiós

—Oh, nada de eso dijo Pepper. Empezaba a parecer algo irritado . Hicimos un trato, Perlmutter. Hicimos un trato, ¿recuerdas?

El capellano puso cara de estar harto y se volvió rápidamente hacia su ayudante.

—¿Dónde se encuentra? —preguntó de bastante mal humor

El ayudante habló con la asistente de comunicaciones y la asistente de comunicaciones habló por su micrófono. Los monitores gigantes de la sala cobraron vida de repente y mostraron la silueta de la *Horrible verdad* desde todos los ángulos. Tabitha se encontró contemplando un primer plano de la sonrisa vacía de su mascarón. Volvió la cabeza hacia otra pantalla y reconoció el disco color limón que estaba asomando por detrás de la gran nave y los esbeltos anillos parecidos a ornamentos de acero que flotaban sobre su rostro.

Saskia se puso detrás de ella y deslizó un brazo alrededor de su cintura.

—¿Dónde. . .? —preguntó.

—Urano —dijo Tabitha.

Nunca había estado tan lejos. Creía tener cierta idea de adónde iba la *Ciudadela*, y se preguntó si aquel sería el último viaje de su existencia.

—Abrázame —dijo en voz baja mientras miraba a Saskia—. Por favor...

Saskia le rodeó el cuerpo con los brazos.

El Quibernator Perlmutter estaba observando las pantallas. Alzó una mano hasta su rostro y se dio golpecitos en el labio inferior con dos anillos. Después juntó las manos y deslizó los dedos de una sobre los anillos de la otra.

La *Horrible verdad* quedó envuelta en una bola de fuego.

Los monitores empezaron a mostrar torrentes de datos, volvieron a pasar la imagen a cámara lenta, le superpusieron gráficos de lectura e hicieron zooms para centrarse en los trozos de metal ennegrecido que giraban por el espacio.

El Quibernator Perlmutter cerró los ojos y dejó escapar un prolongado suspiro de satisfacción.

Los monitores se apagaron.

Tabitha y Saskia le contemplaron con cara de perplejidad. La cúpula blanca de su cráneo se estaba arrugando como si sus gordas venas se retorcieran debajo de la piel.

El Quibernator Perlmutter abrió los ojos y recorrió la sala con la mirada posándola primero en los restos de la Kobold y luego en Tabitha y sus amigos.

—Creo que ya hemos perdido suficiente tiempo, Hermano Félix —anunció con voz átona.

—De acuerdo, Quibernator Perlmutter —dijo una voz deformada por la distancia que parecía surgir de la nada—. Tráígalos a mi presencia. Creo que me gustará conocerles.

Perlmutter hizo rodar sus enormes ojos en las cuencas rodeadas de arrugas y holsas, pero su interlocutor siguió hablando sin darle tiempo a replicar.

—Quizá deseen almorzar.

Saskia ahogó una risita nerviosa pegando los labios a la nuca de Tabitha. Los soldados estaban tan nerviosos que dieron un salto, alzaron sus armas y la apuntaron. El Quibernator Perlmutter las contempló desde su privilegiada estatura con el mismo desinterés vagamente benévolo del hombre que contempla una cesta llena de cachorros, hizo una seña a su ayudante, giró sobre sí mismo y flotó rápidamente hacia la puerta.

—Adelante ordenó moviendo su capa en un lánguido revoloteo . ¡A Caronte!

Su escolta de eladeldis sacó a Tabitha y a Saskia de la sala y se encargó de que las bañaran, les cortaran el pelo y les hicieran la manicura. Tabitha logró conservar su bolsa de viaje. Sus ropas sucias fueron sustituidas por elegantes pijamas nuevos de pana gris y mocasines a juego. Tanto el calzado como las ropas les quedaban perfectamente.

Fueron conducidas a través de la nave, recorrieron galerías abovedadas de acero tan liso y suave que parecía terciopelo y viajaron en aceras móviles recubiertas por gruesas alfombras que las llevaron bajo inmensos arcos festoneados de madreSelva y buganvillas. Niños que llevaban gorras cuadradas y guardapolvos fluorescentes las contemplaron desde balcones de hierro forjado e intercambiaron murmullos tapándose los labios con las manos. Las unidades que sacaban brillo a las baldosas de pasillos perdidos en el laberinto de la nave se apartaron con un zumbido para dejarlas pasar.

No estaban confinadas. Fueron llevadas hasta una cubierta de observación situada en la cima de una torre altísima, acompañadas a una sala muy cómoda y confiadas a los cuidados de un grupo de camareros robots.

Tabitha rechazó la comida, la bebida e incluso las drogas. Se sentó al borde de un sofá que cedió obedientemente bajo su peso, separó las piernas y se dedicó a contemplar la nada. Todas las paredes estaban provistas de ventanales, pero no había nada que ver por ellos porque la *Ciudadela de porcelana* contemplada a la primera luz del alba ya se había sumergido de forma tan imperceptible como carente de esfuerzo en ese reino sutil que se extiende entre el "aquí" y el "todos los lugares", esa microrregión que se halla detrás de cada espejo y que reina entre el mercurio y el cristal. Estaban deslizándose por los estrechos anómalos del hiperespacio.

Saskia se arrodilló detrás de Tabitha, levantó una pierna hasta pegarla a su espalda y se le colgó de los hombros.

Tabitha le dio un par de palmaditas en la mano y la miró a la cara. Tenía miedo y se sentía muy desgraciada. Saskia parecía preocupada, como si nada de lo que había ocurrido hasta entonces la hubiera afectado tanto como el actual estado anímico de Tabitha. Tabitha intentó sonreír, inclinó la cabeza y volvió a clavar los ojos en la nada.

Las puertas se abrieron con un susurro y Xtasca entró zumbando en el salón.

Saskia se puso en pie de un salto, lanzó un grito de alegría y pareció olvidarse de Tabitha.

Tabitha se levantó.

Xtasca hizo bajar el platillo hasta que su cabeza quedó a la misma altura que la de Saskia.

—¿Cómo estás? —preguntó Saskia con voz preocupada.

Puso las dos manos sobre el borde del platillo como si estuviera mirando por encima de una pared.

—Mis células vuelven a estar cargadas —dijo Xtasca.

Su voz aún sonaba un poco débil.

Tabitha fue hacia ellos.

—Bien, cuéntame todas esas cosas que ignoraba —dijo en un tono de voz bastante más agresivo de lo que le habría gustado.

Xtasca bajó la vista hacia ella.

—Hay muchas cosas que ignorabas sobre tu nave —dijo.

Tabitha apretó las mandíbulas.

Saskia le puso una mano en el hombro.

—Xtasca, ¿qué ha ocurrido? ¿Qué estabas haciendo ahí?

—Proporcione ciertas capacidades nuevas a Alice —dijo Xtasca.

—¿Para que haga qué?

—Correr... —Xtasca intentó dar con las palabras adecuadas—. Un impulsor suplementario.

Saskia comprendió que Xtasca acababa de emplear un término técnico y se volvió hacia Tabitha, quien les estaba observando con el ceño fruncido.

—¿Suplementario?

—Estelar —graznó el Querubín. Su pequeño pecho subía y bajaba a toda velocidad—. Impulsor estelar...

—Xtasca, no... —dijo Saskia poniendo cara de preocupación.

—¿De qué clase de impulsor estelar estás hablando? —preguntó Tabitha con voz tensa.

—De un impulsor estelar frasque —dijo Xtasca.

Tabitha tragó una honda bocanada de aire. Giró sobre sus talones y dio un par de pasos hacia el sofá mientras se golpeaba la palma de la mano con el puño.

—No intentes seguir hablando —dijo Saskia. Fue hacia Tabitha y volvió a colgarse de su hombro—. Tabitha...

Tabitha se apartó de ella sin mirarla y volvió al sofá. Se sentó en el borde y clavó los ojos en el suelo.

—¿Tabitha?

—¿Por qué coño no me lo dijisteis antes?—gruñó Tabitha sin apartar los ojos del suelo.

—No habría cambiado nada—dijo el Querubín.

Tabitha alzó la cabeza y apretó los puños.

—¿Cómo lo sabes?

—No funcionaba —dijo Xtasca.

Tabitha dejó escapar el aire de sus pulmones y volvió a inclinar la cabeza.

Saskia no entendía nada. Sus ojos fueron de Tabitha a Xtasca buscando frenéticamente alguna pista, una clave que le permitiera comprender de qué estaban hablando.

Tabitha cerró los ojos.

—Xtasca dijo, asombrándose de lo cansada y tensa que sonaba su voz—, ¿qué es lo que sabes? Saskia lanzó una rápida mirada de advertencia al Querubín esperando que no intentaría hablar.

Pero Xtasca estaba decidido a hablar.

—No dijiste nada—murmuró Xtasca—. Sobre Sanczau...

Tabitha alzó la cabeza y le miró. Parecía sentirse entre irritada y ofendida.

—¿Y por qué diablos debería haber dicho algo sobre Sanczau?

Se contemplaron en silencio fulminándose con la mirada. El Querubín y la capitana del espacio se habían convertido en dos antagonistas implacables, y ninguno de los dos habló.

Tabitha acabó rompiendo el silencio al darse una palmada en el muslo.

—La hiperbanda del comunicador dijo con amargura.

El Querubín emitió un zumbido.

—Claro... —murmuró en tono de asentimiento.

—¿Quién tenía ese impulsor? —quiso saber Tabitha—. ¿Tú?

El Querubín meneó la cabeza.

—Trato —dijo.

—¿El Templo hizo un trato con los frasques? ¿Para conseguir impulsores estelares? Limítate a asentir con la cabeza. ¿Y qué tenía que ver Sanczau con todo eso?

—Prueba...

—¿Y por qué no usaron sus propias naves?

—Secreto...

—Sí, supongo que debió ser por eso —dijo Saskia de repente—. Quiero decir que... Bueno, nadie esperaría encontrar un impulsor estelar nada menos que en una maldita Kobold, ¿verdad? Oh, ya me entiendes... —añadió. Se sentó junto a Tabitha y le apretó una mano. Tabitha... —siguió diciendo en voz baja—. ¿No puedes esperar un poco? ¿No ves que se encuentra...?

Tabitha no le hizo ningún caso.

—¿Y Alice es una de las naves que poseen la interfaz necesaria para utilizarlo?

Xtasca asintió.

—¿Y le proporcionaste los códigos de acceso?

Xtasca asintió. Un dedito sin uña tamborileó sobre la superficie del platillo.

—Nosotros nunca... tiramos... nada... —dijo.

—A la basura —dijo Tabitha completando la frase por Xtasca. Oh, sí, ya lo sabía. Dejó escapar una carcajada breve y algo angustiada y se frotó la coronilla—. Bien, ¿y qué ocurrió? —preguntó—. ¿Qué pasó con los frasques? ¿Por qué no cumplieron su parte del trato? —Capella... —dijo Xtasca.

—La guerra... dijo Tabitha.

Ella y el Querubín volvieron a mirarse fijamente. Ahora se entendían mutuamente, y tanto Xtasca como Tabitha sabían que ocurriera lo que ocurriera la comprensión que cada una tenía de la otra jamás iría más allá de lo que había llegado en ese momento.

—¿Y por qué se toman tantas molestias ahora? —preguntó Tabitha—. ¿Por qué mi Kobold? ¿Por ti?

Xtasca no lo sabía.

Tabitha se removió en el sofá y giró la cabeza hacia Saskia.

—¿Esto...?

Saskia alzó las manos en una elegante pantomima del rechazo.

—No me lo preguntes —dijo—. Ya te he contado todo lo que sé, y no era gran cosa.

Tabitha no estaba dispuesta a dejarse convencer tan fácilmente, y siguió acosándola.

—¿Era ésa la razón de que Marco tuviera tantas ganas de echar mano a la *Alice*? —preguntó poniendo cara de incredulidad—. ¿Porque había una posibilidad de que pudiese colocar un impulsor estelar frasque en ella si daba la casualidad de que algún día le caía uno en el regazo?

—¡Oh, Dios, no! —exclamó Saskia—. No creo que fuera por eso... Si hubiera creído que tenías algo que pudiera atraer a los capellanos, Marco se habría librado de ti más deprisa que de un ladrillo radiactivo. —Miró a Xtasca como pidiéndole que confirmara sus palabras. Xtasca no parecía estar en desacuerdo con ellas—. Marco no es muy listo, ¿sabes? —siguió diciendo . Bueno, no era muy listo... —se corrigió de repente.

Ladeó la cabeza y clavó los ojos en la tenue insustancialidad gris que se movía lentamente al otro lado de las ventanas.

—No es muy listo —dijo Tabitha.

Pero Saskia estaba pensando en su hermano.

Se estremeció, se frotó las manos y alzó los ojos para obsequiarles con una sonrisa radiante.

—¡Vamos a almorzar! —exclamó—. ¡Almorzaremos con el Hermano Félix!

¡Alice, escúchame! Tienes que ayudarme. Tienes que hacer un esfuerzo para pensar con claridad, ¿entiendes?

HISTORIA

BITACORA BGK009059

TXJ . STD

IMPRIMIR

K3 a:/:0TXXXJ!azzarzzarzlin%ter&& &_/E — fA

¿MODALIDAD? VOX

¿FECHA ESPACIAL? 67.06.31

ADELANTE

Hola, Alice.

K3 a:/:0TXXXJ!az — — — — PpPLUM

¿Alice? Soy yo, Tabitha Jute. ¿Te acuerdas de mí?

PLUM. BALTASSSSSAAAAMR

No, Alice...

SSSSARRSSSSAA

ANULACION MANUAL

Alice, Alice... Soy yo.

HOLA, CAPITANA. ME PARECIO OIR SU VOZ

ESTABAMOS HABLANDO, ¿VERDAD? USTED ME ESTABA HABLANDO DE BALTA

DE BALTA

BALTA

¿Sabes qué dijo sobre ti?

¿QUÉ DIJO, CAPITANA?

Si te lo cuento, si te lo cuento todo, si te cuento todo lo que ocurrió cuando te vi por primera vez... ¿Seguirás despierta y dejarás de divagar?

LISTA

—Es buena —me dijo—. Es leal y tiene mucho aguante. Se toma mucho interés por las cosas, y sabe entender a las personas. Pero no sabe hacerse valer. Afirma que se le olvidan las cosas. Es mucho mejor de lo que ella cree.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto? —pregunte yo.

Estábamos sentados en un patio en el norte de California, con un auténtico cielo azul sobre nuestras cabezas y los cálidos rayos del sol rebotando en las paredes de estuco blanco y cayendo sobre un estanque en el que nadaban peces dorados.

—Porque hace falta conocerla un poco para apreciarla en lo que vale —dijo Baltasar Plum.

Estaba acostado en su tumbona con un combinado frío junto al codo. Tenía un aspecto realmente estupendo. Estaba muy bronceado. Llevaba una visera de plástico verde para protegerse los ojos del sol, unos pantalones blancos impecables y una camisa con un estampado que imitaba la piel de un leopardo absolutamente horrenda. Su fuego fatuo revoloteaba por allí, como de costumbre, y nunca se apartaba mucho de él. No paraba de tomar sorbitos minúsculos de su combinado.

No era la primera vez que hablábamos de ese tema.

—Baltasar, no voy a aceptar tu nave —dije yo—. No puedo. No entiendo por qué quieres regalarme una nave.

—Porque me salvaste la vida —dijo él.

—Cualquier persona habría hecho lo mismo que yo —repliqué.

—Pero fuiste tú quien lo hizo —dijo él.

Cuando atraqué en Arcángel recibí el mensaje de que Baltasar Plum estaba vivo y recuperado y de que me había invitado a la Tierra para que pasara una semana como invitada suya en la propiedad que los Sanczau tenían al sur de San Francisco. También me había enviado un billete de ida abierto en clase de lujo para coger cualquier vuelo desde Arcángel yendo por la ruta que me apeteciera. Estuve a punto de romperlo en pedacitos, pero sabía que si lo hacía acabaría lamentándolo más tarde o más temprano; y además nunca había disfrutado de unas vacaciones..., unas vacaciones de verdad, quiero decir. Y también me acordaba de Baltasar tal y como estaba cuando le vi por primera vez, no con manchas azules alrededor de los labios y a punto de expirar en el asiento trasero de la Frazier Cola Alta, sino maquillado de Luna y sonriendo como un chaval con cuerpo de adulto después de haberle gastado aquella broma tan pesada a esa mujer insufrible en la Fiesta del Salto que dieron los Sanczau.

Recordaba lo mucho que me había gustado. No confiaba en él, pero me gustaba.

EL BUENO DE BALTASAR.

—No necesito una nave —le dije—. No quiero una nave, ¿entiendes? Es demasiada responsabilidad. Soy feliz tal y como estoy ahora.

Baltasar se desmereó lánguidamente y bostezó.

—No, no lo eres —dijo.

La miró.

—¿Quién dice que no lo soy?

—Tú misma me lo dijiste, Tabitha.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te dije que no era feliz?

—En la fiesta.

—¿Qué fiesta? Nunca he estado en una fiesta contigo —dije yo sin entender de qué hablaba.

—En la *Cuervo de octubre*—dijo él—. ¿Cuándo fue? Hace cuatro años.... o quizá cinco.

Intente disimular mi confusión apurando mi piña colada a través de la pajita.

—Te estás imaginando cosas —murmuré—. Soy piloto y me gano la vida transportando cargamentos. ¿Qué podía estar haciendo yo en una fiesta a bordo de la *Cuervo de octubre*?

No es que hubiera tomado la decisión de no referirme a nuestro primer encuentro pero... Bueno, era como si no consiguiese encontrar el momento propicio. Había acabado convenciéndome de que Baltasar se había olvidado de lo que ocurrió en aquella fiesta, pero al parecer no era así.

—Nunca he asistido a una fiesta en la *Cuervo de octubre*—le aseguré.

—Vamos, Tabitha... No intentes engañarme —dijo él—. Fuego se acuerda de ti, ¿verdad, Fuego? —Su asqueroso minicyborg se retorció presuntuosamente de un lado a otro, y juraría que le oí reír—. Puede que no sea muy buena con las caras, pero nunca olvida una pauta vocal —añadió Baltasar.

El fuego fatuo se posó sobre su hombro, supongo que para murmurarle secretitos al oído.

—Dijiste que lo que más le gusta a Peter es volar —afirmó Baltasar.

—Estoy volando —respondí secamente.

Baltasar Plum dejó escapar un bufido despectivo que casi parecía una pequeña explosión.

—Transportas cargamentos de deuterio a través del Cinturón para la FAR... ¿Y a eso le llamas volar?

—¡Soy piloto y me gano la vida transportando cargamentos! —repetí—. Es mi forma de ganarme la vida, ¿entiendes?

—¡La *Alice Liddell* es una nave de carga! —replicó Baltasar irguiéndose en su tumbona.

Me di cuenta de que estaba empezando a excitarse. El fuego fatuo revoloteó delante de su cara murmurando nerviosamente. Baltasar lo apartó de un manotazo y puso cara de impaciencia, cosa que me encantó.

—Es una Bergen Kobold —dijo con mucho énfasis—. Es la mejor barcaza que se ha construido jamás. ¡Ya no hacen naves así! Es sólida y se puede confiar en ella. Aparte de eso tiene una maravillosa personalidad humana cálida y sensible, y bien sabe Dios lo difícil que resulta encontrar algo así hoy en día. Ah, y está aparcada en los viñedos sin hacer nada... Lleva siete años allí porque es demasiado vieja para la firma. Yo no puedo utilizarla, y no conozco a nadie que pueda hacerlo. Si no me la quita de las manos se quedará allí hasta que empiece a caerse a trozos, y si no opinas que eso es un auténtico crimen entonces no eres ni la mitad de mujer que yo creía que eras. —Volvió a reclinarsse en la tumbona. Se había puesto un poco rojo y jadeaba. El fuego fatuo revoloteaba a su alrededor emitiendo una especie de zumbiditos—. Sí, ya lo sé, Fuego, ya lo sé. —murmuró—. Soy viejo y tengo derecho a irritarme ante la estupidez de los jóvenes, ¿no? ¡Para eso están los jóvenes! Están aquí para sacar de quicio a quienes son más viejos y mejores que ellos. ¿Y sabes por qué nos sacan de quicio? Porque van a sustituirnos. ¿Y sabes por qué son tan imbéciles? ¡Porque no saben reconocer algo bueno ni cuando se lo ponen en bandeja con una jodida cereza de adorno encima!

MUJERES JOVENES.

¿Cómo has dicho?

LE GUSTABAN LAS MUJERES JOVENES. TRAJO A UNAS CUANTAS MUJERES JOVENES PARA QUE ME VIERAN.

¿No fui la única?

NO, CAPITANA. TRAJO A DOS O TRES MUJERES JOVENES. ME DESPERTÓ, ¿SABE?

Bueno, entonces... ¿Y cómo es que ninguna de ellas acabó quedándose contigo?

HABÍA CIERTAS CONDICIONES.

Sí, ya me lo imagino. Si no le hubiera salvado la vida supongo que también me habría puesto ciertas condiciones... Él no paraba de insistir en que le había salvado la vida, recuérdalo.

—Si nos damos prisa podemos echarle un vistazo antes de almorzar—dijo.

Se encasquetó un sombrero por encima de la visera y se levantó de la tumbona apoyándose pesadamente en su bastón de paseo. A esas alturas ya sabía que no debía cometer el error de ofrecerle la mano.

—El día en que empiece a aceptar ayuda más vale que me vaya a la cama y no vuelva a levantarme nunca—solía decir.

El caminar con un bastón y el que empezara el día con un ataque de temblores y lo terminara con otro eran las únicas indicaciones de que Baltasar Plum había sobrevivido hacía poco a un accidente terrible y de que ya no era

el hombre que había sido antes. Ahora parecía un poco más viejo. Me recordaba menos al potentado imponente que te deslumbraba con su presencia, y un poquito más a un abuelo disoluto.

Bajamos poco a poco por la cuesta que llevaba hasta los viñedos. El fuego fatuo revoloteaba a nuestro alrededor zumbando como un colibrí. El mar azul se extendía más allá de las colinas azules. El aire olía a vino y abejas.

Los viñedos estaban desiertos. Detrás de los cobertizos de las máquinas había un pastizal con algo tan grande como una casa en el centro. Estaba cubierto por lonas.

Baltasar Plum alzó el bastón y señaló hacia adelante. No quería que me diera cuenta de lo mucho que le había cansado el paseo.

—Quita esas lonas —dijo—. ¡Vamos, desnuda a la joven dama para que podamos contemplar su hermosura!

Disculpa, Alice.

EL BUENO DE BALTASAR... ME ACUERDO DE ÉL.

¿Qué es lo que recuerdas de él?

SU VOZ. VUELVA A HACERLO, CAPITANA. ES COMO SI LE ESTUVIERA OYENDO.

¡La mejor barcaza de todo el jodido sistema solar!

SU VOZ. RECUERDO TODAS SUS VOCES.

¿Recuerdas todas sus voces? ¿Las voces de quiénes, Alice?

LAS VOCES DE TODOS SUS AMIGOS. LA GENTE DE LAS HISTORIAS.

No todas eran amigas mías, Alice. Baltasar... Baltasar era un amigo, pero aquel día estaba decidido a hacerme pasar un mal rato. Me hizo desatar nudos que llevaban siete años hechos y me obligó a apartar lonas cubiertas de fango sin ayuda de nadie. Creo que estaba castigándome por haber rechazado su regalo, o quizá fuera porque yo era una mujer y afirmaba ser capaz de hacer un trabajo físicamente duro sin ayuda de nadie. Quizá quería obligarme a demostrar que no estaba fanfarroneando, no lo sé... Baltasar era viejo, y había nacido en un mundo que también era viejo.

—Los papeles están en la casa —dijo—. Y la personalidad está dentro de la caja fuerte. Hay espacio para cuatro unidades. Hace tiempo que desaparecieron, naturalmente, pero no será difícil encontrar unidades del mismo modelo.

Ya había visto alguna Kobold, aunque creo que nunca había volado en una. Me di cuenta de que te habían hecho unas cuantas modificaciones.

—Hicimos algunos cambios —dijo Baltasar señalando los sensores y el solar con su bastón—. Antes de la guerra, ¿sabes? Oh, sí, por aquel entonces teníamos grandes esperanzas...

Señalé los recubrimientos con el dedo.

—¿Qué es eso? —pregunté—. ¿Cobre?

Estaba deslustrado, pero supuse que bastaría con frotarlo un poco para que volviera a brillar.

—Le da algo de elegancia, ¿no te parece? —dijo Baltasar—. La verdad es que estas Kobold son francamente feas...

Te tocó con la punta del bastón.

Sentí deseos de decirle que no lo hiciera. Quería protegerte, ¿sabes?

Supongo que Baltasar sabía que apenas me ensuciara las manos con una Bergen Kobold sentiría ese deseo. Cualquier barcaza que merezca un mínimo de respeto te hace sentir deseos de protegerla y cuidarla.

Dios, Alice, estabas hecha un desastre... Había nidos de pájaro en las antenas y montones de hierbajos en la parte inferior del fuselaje. Toda la extensión de suelo que ocupabas estaba pegajosa y negra a causa de las filtraciones de aceite que se habían ido escurriendo de los tubos a lo largo de los años. La niebla se lo había pasado en grande contigo. Las toberas de los compresores estaban oxidadas y los sellos de las escotillas se habían desintegrado.

Me enamoré de ti nada más verte.

Caronte es un lugar lúgubre y oscuro, una masa de piedra tenebrosa y carente de vida que no invita a quedarse en ella. Se desliza lentamente en una órbita miserable y rastrera como si quisiera rozar su forma congelada contra los fríos flancos de Plutón, su padre y señor.

Su esperanza no puede ser más vana. El borde del sistema es un lugar duro y pobre en el que todas las esperanzas acaban esfumándose. Tanto el planeta como la luna son entes inanimados que jamás comprenderán los deseos y las necesidades de la vida. Todo es oscuridad y hielo, un estofado gélido de barro y metano que es mejor no remover.

Plutón es el fin de todo. Más allá empiezan las profundidades del gran océano del espacio, ese abismo sin fondo y sin caminos cuyo vacío anhela eternamente el infinito sin alcanzarlo jamás. Y más allá están las estrellas...

He descubierto que hace mucho, mucho tiempo, la raza ya desaparecida que bautizó a estos mundos con los nombres de sus divinidades creía que Plutón era el dios de los muertos y Caronte el ceñudo piloto que iba y venía incesantemente de una orilla a otra transportando las almas de quienes habían expirado a su oscuro dominio. "Esos primitivos dieron justo en el clavo", pensó Tabitha Jute cuando la lanzadera se alejó a toda velocidad de la cubierta dejando que la *Ciudadela de porcelana* contemplada a la primera luz del alba siguiera su curso implacable a través de la frontera invisible y la gran noche que se extendía más allá.

¿Qué hacía esa lanzadera enfilando su proa hacia Caronte con los lamentables restos de la *Alice Liddell* detrás? Tabitha volvió la cabeza hacia la ventanilla y contempló el globo plateado suspendido en el vacío que rodeaba al último planeta. Parecía un rodamiento cubierto de grasa manchado por un solitario puntito verdoso que hacía pensar en un brote de moho.

—¿Qué es eso? —preguntó Saskia—. ¿Qué es ese puntito verde?

El centinela eladeldi enseñó los dientes y su lengua color púrpura asomó por entre los labios.

—Uarteles enerales —gruñó.

—¿En la superficie?

El centinela no dijo nada más.

Tabitha dejó a Saskia mirando por la ventanilla y volvió al duro asiento metálico. La lanzadera seguía avanzando hacia la luna congelada. El mero hecho de contemplar Caronte hacía que sintiera un frío más intenso y terrible que el de todos los estériles mares del espacio juntos. El sol era un puntito blanco frío y distante que apenas podía ser distinguido entre la multitud de estrellas blancas, y parecía tan inalcanzable como sus hermanas.

Tabitha empezó a pensar en Baltasar Plum y sintió una punzada de irritación. Le había regalado una nave que encerraba un secreto, y no le había dicho nada. Estaba claro que ésa era la razón de que nadie quisiera cargar con ella. Sabían que acabaría metiéndoles en líos muy serios, y Baltasar se había callado lo del secreto precisamente por esa razón.

O quizá sí le había hablado de él. A su manera, claro, y Tabitha no había sabido escucharle o no le había entendido... Baltasar no tenía la culpa de lo ocurrido. Nadie era culpable, salvo los malditos capellanos obsesionados por los tecnicismos. Querían tenerlo todo controlado no por alguna razón válida o comprensible sino, sencillamente, porque les gustaba tenerlo todo controlado. El poder por el poder, así de claro... Tabitha acababa de conocer a un capellano y enseguida se había dado cuenta de que eran como siempre creyó que serían.

Les odiaba.

Sacó su armónica del bolsillo y tocó las primeras notas de "El blues del pantano".

El centinela dejó escapar un gruñido. Las orejas se le habían pegado al cráneo en cuanto Tabitha empezó a tocar.

—¡Uarda eso!

—Mira —dijo Saskia haciéndole señas de que volviera a la ventanilla.

El disco gris había dejado de estar delante y ahora estaba abajo, y el punto verde estaba aumentando de tamaño. Se había desplazado hasta el centro del disco, y corría hacia ellos como para reclamarles.

Era vegetación, un oasis perdido en la tundra definitiva. No parecía muy grande, quizá dos o tres kilómetros de diámetro como mucho. Era todo verdor, con un río en el centro. Había árboles de copas frondosas, y lo que parecía el tejado de un edificio minúsculo. Puntitos —personas—, sobre los retazos de césped. Arriates de flores.

En Caronte.

Tabitha nunca había visto nada parecido. Estaba empezando a marearse. Su corazón latía tan deprisa como si quisiera estallar, y sintió deseos de vomitar.

Saskia se dio cuenta de que tenía problemas y le acarició la nuca mientras la observaba con expresión interrogativa.

—Estamos egando—dijo el centinela.

Tabitha tragó saliva y flotó hacia la red para ocupar su lugar junto a Xtasca. Estaba jadeando. La lanzadera acababa de dirigir la proa hacia Caronte y las ventanillas se habían llenado de oscuridad. El piloto inclinó el morro y un desierto glacial de superficie abrupta, negra y muerta se hizo repentinamente visible. Las verdes copas de los árboles que reflejaban los rayos del sol aparecieron unos instantes después.

La lanzadera fue bajando por entre los árboles y se posó sobre una pradera. La *Alice* se posó detrás suyo con un topetazo ahogado.

—Veo a alguien que está haciendo volar una cometa —dijo Saskia poniendo cara de perplejidad.

—Es todo un microclima dijo Xtasca.

El tono nasal de la voz indicaba que estaba impresionado. La estancia en el sofisticado ambiente de la nave estelar le había permitido recobrar las fuerzas, y cuando el centinela se presentó en la sala de observación para conducirles hasta la lanzadera Xtasca se lo tomó bastante mal. Ahora daba la impresión de volver a animarse poco a poco.

Tabitha se sentía fatal. Iban a matarla por algo de lo que no tenía ni idea tal y como habían matado al capitán Pepper, a Tarko y a Shing no porque quisieran castigar sus brutalidades y sus crímenes sino porque les estaban estropeando la tarde. Iban a matarla sin darle ni una sola posibilidad de oponer resistencia o de huir, y ni tan siquiera se trataría de una muerte que pudiera entender. En Caronte no había árboles. No había hierba o arriates de flores.

—Enir, enir—farfulló el centinela.

Las hizo salir de la red y las guió hacia la escotilla. Abrió la puerta y los rayos del sol cayeron sobre ellas.

Tabitha salió tambaleándose de la lanzadera y puso los pies sobre la blandura de los tallos de hierba. La tierra que había debajo de ella era suave y esponjosa, y las toberas del vehículo en el que acababan de llegar no habían dejado ni la más mínima señal sobre ella. El casco de la lanzadera estaba un poco caliente, pero no más de lo que podría esperarse si llevara una o dos horas inmóvil bajo el sol. Tabitha apoyó la espalda en él mientras el platillo de Xtasca salía por la escotilla con un suave zumbido y Saskia aparecía detrás del Querubín moviéndose con su gracia de costumbre. Las facciones de su delgado rostro dejaban bien claro el asombro que sentía. La gravedad era idéntica a la de la Tierra y resultaba más bien difícil de soportar después de haber pasado tanto tiempo en otros niveles gravitatorios distintos. El cielo era de color azul.

La cometa era amarilla. Estaba bailoteando alegremente por el aire como si el principio que la permitía volar acabara de ser descubierto y fuera la primera cometa que surcaba una atmósfera en toda la historia del universo.

Una silueta muy alta vestida con una toga sostenía la cuerda de la cometa e inclinaba hacia atrás su enorme cabeza para observar sus movimientos. Tabitha apenas podía distinguirla entre los árboles que había al otro lado del riachuelo. Detrás de la silueta había más hierba verde y más cielo azul, y más allá de eso la silenciosa desolación congelada de Caronte, tan horrible y desnuda como siempre.

Los pájaros cantaban en los árboles.

—Enir—gruñó el centinela.

Tiró de ella haciéndola avanzar. Sus garras atravesaron la delgada tela del pijama y se le clavaron en la carne del brazo.

El centinela las obligó a ir delante de él mientras Xtasca flotaba sobre sus cabezas. Su traje se había polarizado y reflejaba los rayos del sol.

Siguieron un sendero cubierto de gravilla que contorneaba un bosquecillo de alerces y acababa llevando a un espacio abierto. Grandes extensiones de césped se desplegaban ante ellos bajando hacia el río en una curva tan natural como si siempre hubieran estado allí. La hilera de alerces seguía a su derecha y conducía hasta un frondoso bosquecillo de castaños cuyas copas estaban repletas de brotes blancos y rosas. Los arbustos y los arriates de flores iban deslizándose grácilmente hacia la orilla del río, que podía cruzarse gracias a un puente minúsculo de hierro y piedra tallada. Una silueta muy alta estaba inmóvil en el puente sosteniendo una caña de pescar cuyo sedal desaparecía en las límpidas aguas.

Tabitha se estremeció pese al sol o quizá precisamente porque la intensidad de los rayos de ese sol era demasiado fuerte. Algo andaba mal, y la cifra en que podía medirse ese "andar mal" era de unos seis mil millones de kilómetros.

—¡Ah, hola! —gritó una voz.

Se detuvieron. Un capellano venía hacia ellos por el sendero de gravilla con la mano levantada en un gesto de saludo.

Su aspecto era muy parecido al del Quibernator Perlmutter. No estaba tan gordo, pero tenía la misma piel lustrosa y los mismos ojos brillantes. Llevaba montones de anillos y sandalias de tiras que le llegaban hasta la rodilla, pero en vez de una toga vestía una especie de faldellín de una tela color púrpura que parecía bastante gruesa y una blusa blanca muy holgada con hermosos bordados blancos en las mangas y el cuello. Poseía la enorme cabeza calva típica de su raza, y la suya estaba adornada con una guirnalda de yedra que parecía recién cortada. Tenía las cejas muy negras y bastante arqueadas, lo que le daba una expresión permanente entre sorprendida y divertida y le hacía parecer bastante más afable que el Quibernator. El capellano inclinó la cabeza hacia ellos observándoles con lo que parecía un sincero placer.

El centinela se puso en posición de firmes.

—As isioneras, Hermano Élix —dijo, y le alargó algo.

—Tonterías, capitán —dijo el capellano con amabilidad. Extendió un brazo y cogió la placa de personalidad que le ofrecía, guardándola en una faltriquera de piel de foca adornada con incrustaciones de madreperla—. Son nuestras invitadas —dijo. Gracias, capitán. Se ha comportado estupendamente.

El eladeldi saludó con un movimiento del brazo tan tieso que casi parecía mecánico y se marchó trotando en dirección a la piloto de la lanzadera, que se había sentado sobre la hierba y estaba rascándose mientras disfrutaba de los rayos del sol. Las dos siluetas no tardaron en alejarse hacia el río.

El capellano volvió la cabeza hacia el pequeño grupo.

—Qué gran placer veros a todos —dijo con una sonrisa deslumbrante—. Me alegra tanto que hayáis podido venir... —Miró a Xtasca, quien estaba flotando a la altura de su mentón—. Xtasca, ¿no? ¿Qué tal estás? ¿Qué opinas de nuestro pequeño habitáculo?

Los ojos del Querubín emitieron un destello rojizo que se desvaneció enseguida.

—Habéis hecho un trabajo muy concienzudo —dijo en tono de aprobación—. El decorado... Terrestre, ¿verdad? Antiguo, naturalmente, pero la textura...

—Me alegra mucho que te guste dijo el capellano sin dejarse impresionar en lo más mínimo. Alargó su mano derecha hacia Saskia. La acróbata vaciló durante unos segundos y acabó aceptándola—. Saskia Zodiaco dijo. Su voz era tan cálida y hospitalaria como el día artificial que les rodeaba—. Bienvenida —dijo—. Bienvenida a Caronte, Saskia.

—Gracias dijo Saskia en un tono de voz algo distante.

Había alzado la cabeza para observarle y estaba contemplándole con una expresión entre alerta y suspicaz.

—Y finalmente, la capitana Jute —dijo el capellano, y su tono era un compendio de conocimiento y perdón—. Tabitha...

Abrió los brazos como si se dispusiera a rodearla con ellos.

Tabitha dio un paso hacia atrás.

—No te acerques, capellano.

—Oh, bueno... La verdad es que no somos capellanos —dijo él.

Tabitha le fulminó con la mirada como desafiándole a que negara algo tan obvio.

—Ya sé que todo el mundo nos llama capellanos explicó el Hermano Félix—, pero la verdad es un poco distinta. Verás, nosotros... —Volvió a extender los brazos a los lados—. Somos los sirvientes de los capellanos, igual que lo sois vosotras.

—Déjate de monsergas —replicó Tabitha.

El Hermano Félix sonrió e inclinó humildemente su inmensa cabeza. Los músculos de su cuello eran tan gruesos como las muñecas de Tabitha.

—No somos más que unos simples Guardianes —dijo—. Cuidamos los intereses de Capella. Procuramos que este lugar se encuentre lo más limpio y ordenado posible.

—Caronte —dijo Tabitha.

—Sí. Bueno, realmente... Todo el sistema.

—Vete al infierno —dijo Tabitha.

—Entonces, ¿de dónde venís? —preguntó Saskia.

—Éramos humanos —afirmó el Hermano Félix—. Los primeros Guardianes llegamos de la Tierra.

Alzó los ojos hacia el paisaje y sonrió plácidamente.

—Pero estabais en la Luna —protestó ella.

—Oh, sí —dijo el Hermano Félix—. Nos enviaron allí. Capella llevaba eras preparándose. Vigilaba la Tierra, la exploraba discretamente en naves lo más pequeñas posible, aterrizaba en zonas aisladas y reclutaba a los discípulos entre quienes parecían más adecuados... —Su sonrisa se hizo aún más radiante—. Hubo un tiempo en el que todos los que están aquí eran como tú, Tabitha. Capella... Bueno, Capella nos ascendió. ¿Qué opinas de eso?

»Pero no me he presentado —siguió diciendo amablemente el Hermano Félix antes de que ella pudiera explicarle lo que pensaba—. Soy el Hermano Félix, y tengo unas cuantas noticias maravillosas para ti..., para todos vosotros. —Se inclinó hacia adelante como si se dispusiera a confiarles secretos asombrosos—. ¡También vais a ser ascendidas!

—No, gracias —dijo Tabitha.

—Oh, ya sé que resulta difícil de asimilar, especialmente cuando te enteras de una forma tan brusca dijo el Hermano Félix con un tono de voz entre paternal y protector—. ¡Recuerdo lo confuso que me sentí! —Soltó una risita—. Pero, ¿por qué os tengo aquí de pie? Lo único que quería deciros es... Bienvenidas. Es un placer veros. Hemos preparado una pequeña celebración en vuestro honor. —Se inclinó hacia ellas como un adulto que ofrece sus manos a un niño pequeño. ¿Capitana Jute?

Tabitha había tensado los puños sobre su bolsa.

—Asesino —dijo—. Ladrón. Destructor de naves.

Saskia estaba observándola con mal disimulada aprensión. Nadie más parecía estarse fijando en lo que ocurría.

—¿Por qué no me matas ahora y dejamos de perder el tiempo? —chilló Tabitha.

El capellano extendió una mano hacia ella y sonrió con indulgencia.

—¿Y si fuéramos a almorzar? —dijo.

Saskia puso un brazo sobre los hombros de Tabitha.

—Ven, Tabitha—le suplicó.

Tabitha se resistió.

—No creerás todo esto, ¿verdad? —le preguntó—. Estas criaturas, estos...
—Saskia frunció el ceño.

—No tienes por qué creerlo —dijo.

Tabitha recordó que Saskia había pasado toda su infancia abreviada en un ambiente muy extraño, y que no compartía su tendencia a suponer que las cosas debían ser reales.

—De momento todo lo que hemos visto es precioso —dijo Saskia—. No lo echés a perder. Por favor...

Tabitha inclinó la cabeza y se dejó llevar. Las sienas le palpitaban dolorosamente y sentía un vacío horrible que giraba en sus entrañas, pero no podía hacer otra cosa.

El Hermano Félix las precedió por entre los árboles y acabó llevándolas a las ruinas de un claustro. Las piedras parecían muy antiguas y casi habían desaparecido debajo de la maleza. El musgo había formado una capa esponjosa en las rendijas que había entre los viejos sillares, y los nichos llenos de sombras que puntuaban las paredes contenían imágenes piadosas hechas de terracota. Los arcos permitían ver el río que se curvaba bajo las flácidas copas de los sauces. Las orillas estaban cubiertas de cañaverales y, al igual que el claustro, su curso se originaba en la nada y se perdía en el vacío. Unos cuantos antílopes y un rebaño de ovejas iban y venían pastando por la orilla o permanecían inmóviles masticando lentamente sin que sus plácidos ojos mostraran ni la más mínima huella de temor ante los hombres y mujeres de porte majestuoso que paseaban o flotaban silenciosamente de dos en dos o de tres en tres con sombrillas de seda apoyadas en sus hombros. Los pájaros trazaban círculos por encima de sus cabezas.

Salieron del claustro y llegaron a una pradera. Grupos de Guardianes vestidos con túnicas de colores claros o de un blanco resplandeciente permanecían inmóviles debajo de robles inmensos que parecían patriarcas sumidos en profundas discusiones filosóficas. Había un estrado tan blanco que casi brillaba en el que un terceto de cuerda desgranaba acordes melódicos que eran escuchados por un público muy serio y atento. Otros Guardianes tomaban sorbos de copas doradas, y Tabitha se fijó en que la tela de sus atuendos formaba pliegues tan decorosos que resultaban dignos de una escultura. La hierba de los capellanos era perfecta, y uno de los ingredientes de su perfección era la ausencia de suciedad que pudiera manchar aquellas túnicas impolutas. Todas las siluetas macrocefálicas de tres metros de altura poseían el mismo porte digno y majestuoso. Sirvientes vespanos vestidos con túnicas azul oscuro, cuyas hinchadas frentes de color verde estaban adornadas con diademas de plata, iban y venían por entre ellas con bandejas sobre los hombros. Las bandejas contenían montones de frutos exóticos, jarras de néctar y botellas de vino, así como limonada para los niños que correteaban alegremente jugando al escondite y dando galletas a los antílopes.

—Tabitha, ven aquí y siéntate —dijo el Hermano Félix con voz jovial mientras flotaba hacia un mantel a cuadros rojos y blancos—. Estoy seguro de que una copa de este magnífico borgoña hará que te sientas mucho mejor.

—Me sentiré mejor cuando esté a bordo de una nave alejándose aquí, y ni un segundo antes —replicó Tabitha.

Tabitha se quedó inmóvil y clavó los ojos en el mantel. Había rojo como un rubí que brillaba dentro del frasco marrón de cristal. Había un pan de gruesa corteza recién amasado, rizos de masa amarilla colocados sobre una hoja verde tachonada de rocío, montones de queso y repostería y un gran plato de barro repleto de moras tan rojas y jugosas que parecían a punto de reventar. Su estómago emitió un gorgoteo ahogado.

Hacía apenas un minuto sentía deseos de vomitar, pero le bastó ver aquel banquete para descubrir que estaba hambrienta.

Saskia ya se había arrodillado sobre el suelo y estaba examinando el salmón ahumado.

—Xtasca, ¿qué puedo ofrecerte como colación para que te recuperes de los rigores del viaje? —preguntó el Hermano Félix.

—No comemos ni bebemos —dijo el Querubín como si estuviera muy lejos de allí—. Vuestra luz solar manipulada será más que suficiente.

Xtasca posó su platillo sobre la hierba, dejó escapar un leve susurro y se echó hacia atrás apoyándose en los codos.

—Capitana Jute... —dijo el Hermano Félix—. Tabitha, por favor siéntese.

—Siéntate, Tabitha —dijo Saskia con voz quejumbrosa y con la boca llena.

—Has venido de tan lejos y es un placer tan grande verte aquí sana y salva... —siguió diciendo el Guardián—. ¿No quieres tomar una copa de vino con nosotros?

Tabitha clavó la mirada en el gigante que la observaba sin dejar de sonreír.

El Guardián movió un dedo. Una copa llena de vino flotó hacia arriba alejándose del mantel y acabó suspendida delante de ella.

Tabitha la contempló en silencio durante unos momentos.

Después alargó la mano y la cogió.

—Debo pedirles disculpas por el comportamiento del Quibernator Perlmutter —dijo el Hermano Félix mientras se instalaban alrededor del mantel para disfrutar del almuerzo campestre—. Se toma terriblemente en serio nuestro trabajo, y sé que puede llegar a ser un poco desagradable.

Tabitha contempló las elegantes siluetas que disfrutaban la brisa de la tarde eterna de Caronte. La música del terceto de cuerda fluía melancólicamente del estrado blanco. Un grupo de filósofos se había agrupado alrededor de un reloj de sol y estaba discutiendo la naturaleza del tiempo.

—No me parece que esto sea un trabajo —dijo Tabitha esforzándose por ser grosera.

—Nuestras tareas son numerosas y muy variadas replicó su anfitrión sin dejarse ofender—. Uno de los muchos, muchos servicios que nos honra realizar para complacer a los capellanos es el de coleccionar las maravillosas naves antiguas de Sanczau.

—¿Cuántas naves de esas hay? —preguntó Saskia mordiendo la esfera carmesí de un tomate.

—Unas cuantas —replicó vagamente el Hermano Félix—. No muchas, pero unas cuantas, sí...

Se pasó las manos sobre las rodillas para alisar la tela de su faldellín.

—Parece que os cuesta bastante encontrarlas, ¿eh? —dijo Tabitha.

El Hermano Félix enarcó sus notables cejas.

—Oh, sabemos dónde están. Siempre hemos sabido dónde estaban..., a cada minuto. No, me temo que no me has entendido bien —dijo inclinándose hacia adelante como si quisiera mantener una conversación íntima con un plato lleno de ostras ahumadas—. No es un trabajo. Nada de lo que hacemos aquí debe considerarse un trabajo, como puedes ver. —Sonrió amablemente mientras recorría el paisaje y las siluetas con los ojos—. Es..., bueno, creo que se parece bastante a un juego —confesó—. Las posibilidades en contra de que cualquiera de las naves que aún existen llegue a estar cerca de un impulsor son... astronómicas. —El Hermano Félix celebró su chiste con una suave risita—. Ya no queda ninguna cerca, ¿entiendes? Nos las llevamos todas.

Movió una mano en un gesto casi imperceptible que abarcaba cien trillones de kilómetros cuadrados de espacio secuestrado; nueve mundos, cuarenta y cinco lunas, trescientos setenta y un asteroides colonizados, la miscelánea de unos cuantos centenares de habitáculos que incluían tubos, plataformas, ruedas, zikkuraths y errores, cobertizos miserables, laboratorios autónomos, hangares e instalaciones semihabitables. El Hermano Félix los conocía todos y sabía lo que se encontraba en cada uno de ellos. Su gesto era una bendición tan inmensa que no olvidaba ni al más pequeño.

El Hermano Félix se metió una ostra en la boca.

—El equipo es tan raro que ni esos muchachos de Titán disponen de él —siguió diciendo—. Ésa es la razón de que hayan invertido todos sus recursos en la localización de una frasque. Una empresa francamente desesperada, si he de seros sincero; pero tú, Tabitha... —Alargó una mano y le dio unas palmaditas en la muñeca sonriéndole como un abuelo bondadoso—. Tú has estado a punto de conseguirlo.

Una pareja de jóvenes idénticas apareció por el sendero. Parecían dos estatuas que caminaran cogidas del brazo. Vestían túnicas blancas y llevaban guirnaldas de hojas de parra y cinturones de cuero provistos de pequeñas faltriqueras.

—¡Hermana Verónica! ¡Hermana Marjorie! —las saludó el Hermano Félix—. Venid a almorzar con nosotros.

—Saludos, Hermano Félix —dijo una de ellas con voz musical.

Las dos siluetas empezaron a cruzar la pradera en dirección hacia ellos.

—¿Son tus nuevas protegidas? —preguntó la otra Hermana.

Sus labios se curvaron obsequiando a cuanto las rodeaba con la benévola sonrisa de los Guardianes. El Hermano Félix se encargó de hacer las presentaciones, y las recién llegadas se colocaron junto a él flotando a unos centímetros del suelo.

—Así que vosotras sois las que casi lograron pasar de contrabando a la última frasque... —dijo la Hermana Marjorie con admiración mientras cogía una rebanada de salmón ahumado.

—Estaba explicando nuestro pequeño juego particular a nuestras nuevas amigas —dijo el Hermano Félix.

Su expresión se volvió todavía más jovial y amable, si es que tal cosa era posible. Apoyó sus manos repletas de anillos sobre las rodillas y se meció suavemente hacia atrás y hacia adelante.

La Hermana Verónica alzó una mano en un gesto de cortés admiración dirigido a Tabitha.

—La *Alice Liddell* fue una gran adversaria, no cabe duda —dijo.

—¿Veis? Justo lo que os estaba diciendo —corroboró el Hermano Félix. Se inclinó hacia atrás, abrió su faltriquera y sacó la placa que había guardado en ella—. Aquí está —dijo cogiéndola por una esquina y sosteniéndola ante sus rostros—. La mismísima Alice, entera e intacta.

—Oh, deja que la vea —exclamó la Hermana Marjorie.

—Dame eso —dijo Tabitha en voz baja.

Se incorporó y alargó el brazo por encima del mantel. Su mano llegó hasta cierto punto y descubrió que no podía seguir avanzando.

—Ahora ya no te sirve de nada, querida —observó el Hermano Félix, y le entregó la placa a la Hermana Marjorie—. ¡Cuando seas ascendida estarás tan ocupada que no tendrás tiempo de pilotar naves espaciales!

—Tiene razón, Tabitha —dijo la Hermana Verónica como si la felicitara. Tabitha volvió a sentarse junto al mantel—. Ya no tendrás que ganarte la vida conduciendo una barcaza.

—¡Serás como nosotras! —proclamó alegremente la Hermana Marjorie, y sonrió.

—Antes prefiero ser un perk —replicó Tabitha con ferocidad.

El trío de Guardianes pareció pensar que había dicho algo muy divertido. Las carcajadas resonaron en el prado.

—¿Cómo se juega a este... juego? —preguntó Xtasca.

—Bueno, la verdad es que no se trata de un juego —dijo la Hermana Verónica.

—Es una diversión —dijo la Hermana Marjorie—. Una especie de pasatiempo.

—Hacemos apuestas —dijo el Hermano Félix en el tono de voz de quien admite algo francamente escandaloso.

—Es una especie de desafío entre nosotros —dijo la Hermana Verónica—. Se trata de permitir que las cosas sigan adelante y ver adónde llegan.

—Así averiguamos quién es el que se pone nervioso antes y decide intervenir —añadió la Hermana Marjorie.

Las Hermanas volvieron la cabeza hacia el Herrnano Félix.

El Hermano Félix puso cara de abatimiento, aunque parecía bastante complacido consigo mismo.

—Y me temo que perdí —dijo.

Las Hermanas se echaron a reír.

—Oh, lo estaban haciendo muy bien —dijo el Hermano Félix como si quisiera defenderse, y fue enumerando las razones con los dedos de una mano—. Para empezar, una vieja reina frasque que surge de la nada después de todo este tiempo.

—Nadie sabía que existiera observó la Hermana Verónica.

—Y de repente allí estaba, nada menos que a bordo de una Kobold Sanczau adaptada... —siguió diciendo el Hermano Félix en un tono de voz ligeramente enfático.

—¡... con un Querubín a bordo! —concluyó la Hermana Marjorie maravillándose ante la inagotable capacidad inventiva del universo.

El trío de Guardianes volvió la cabeza hacia Xtasca y le observó con expresiones corteses, como si estuviera felicitándole por una hazaña que había requerido un valor y una destreza realmente increíbles.

—Una coincidencia absolutamente extraordinaria —proclamó el Hermano Félix. Tres cabezas inmensas asintieron alrededor del mantel—. ¿Qué podemos decir? ¡Lástima que la nave haya quedado tan malparada!

Las carcajadas joviales de los Guardianes volvieron a resonar en la pradera.

El Hermano Félix giró sobre sí mismo y alzó su enorme rostro para contemplar aquel sol inexplicable y los jardines que les rodeaban, los niños, los grupos que charlaban o discutían en voz baja, los músicos y los veloces revoloteos de las cometas. El día eterno que les envolvía era cálido y agradable. No había ni la más mínima sospecha de frío que pudiera recordarles que estaban en una benévola burbuja de improbabilidades colocada en un precario equilibrio sobre la atmósfera helada de Plutón. El infernal reino negro del frío eterno sólo podía ser visto allí donde terminaba el microclima, y el cinturón de verdor que los envolvía lo dejaba reducido a un mero atisbo inofensivo.

La Hermana Verónica se inclinó hacia Tabitha. Los anillos que adornaban su blanca mano atraparon los rayos del sol y los devolvieron convertidos en un haz de reflejos multicolores.

—Algunas personas estaban convencidas de que debías saber algo que ignorábamos, —dijo como si le estuviera haciendo una confidencia.

La Hermana Marjorie alargó la mano antes de que Tabitha pudiera replicar y le dio unas palmaditas en el brazo como si intentara consolarla. Tabitha estaba empezando a hartarse de que todo el mundo se creyera con derecho a toquetearla.

—Oh, no te preocupes —dijo la Hermana Marjorie—. Sabemos que no sabías nada.

—No tenías ni idea de lo que estaba ocurriendo, ¿verdad? —preguntó el Hermano Félix—. Te limitaste a hacer tu trabajo.

Tabitha tensó las mandíbulas y no dijo nada.

—No estás metida en ningún lío, Tabitha —siguió el Hermano Félix.

—Te lo prometemos —exclamaron a coro las Hermanas.

—Ya le he dicho que se ha portado estupendamente —observó el Hermano Félix volviéndose hacia ellas—. Capella ha autorizado tu ascenso —añadió dirigiéndose a todos los presentes.

Saskia parecía algo abatida. Había inclinado la cabeza y estaba haciendo girar un tallo de apio entre el índice y el pulgar.

—¿Podéis resucitar a los muertos? —preguntó de repente.

El silencio que siguió duró apenas una fracción de segundo.

—Oh, querida mía, lo sentimos tanto... —dijo la Hermana Verónica.

—Tu pobre hermano —dijo la Hermana Marjorie meneando su cabeza enguinaldada de hojas.

Las Hermanas volvieron la cabeza y cada una contempló a su imagen especular con una mirada llena de amor, pena y adoración.

—Pobrecita niña —dijo el Hermano Félix—. Vamos, vamos, bebe un poco de vino... —añadió con voz pastosa.

Le dio la espalda y se sonó la nariz.

Los ojos de Saskia fueron desplazándose lentamente de un rostro inmenso a otro.

Tabitha extendió el brazo por encima del mantel y la cogió de la mano. El platillo volante de Xtasca se acercó a ellas sin hacer ningún ruido.

—Bueno, ¿y qué pasa con Marco? —preguntó Saskia—. Marco Metz... Tuvimos que dejarle en Venus. ¿También vais a ascenderle?

El Hermano Félix pareció pensar en lo que acababa de decir. Las venas de sus sienes volvieron a palpar visiblemente.

—Bueno... Marco Metz es un jovencito tirando a muy travieso, ¿verdad? dijo con expresión meditabunda—. No, creo que Venus quizá sea el sitio más adecuado para él —añadió.

Movió la mano para coger otra rebanada de pan.

Saskia se irguió hundiendo sus nudillos en la blandura esponjosa de la tierra sobre la que estaba sentada.

—¡Pero morirá! —protestó.

La rebanada de pan flotó hacia el plato del Hermano Félix.

—No si tiene cuidado —dijo el Hermano Félix—. Oh, ser un naufrago sobre un planeta a veces puede ser divertido ¿sabes?

—Sobre todo si tienes una pierna rota —añadió Tabitha con amargura.

El Hermano Félix agitó el cuchillo para la mantequilla que sostenía.

—Al final acabas superando las imposiciones del cuerpo —dijo. Se metió la rebanada en la boca, dio un buen mordisco y empezó a masticar—. Todo... caba... educiéndose a...

—Entrar en una comunión plena con la naturaleza —dijo la Hermana Verónica.

—Alejarse del ajetreo cotidiano del sistema —dijo la Hermana Marjorie.

El Hermano Félix consiguió tragar el pedazo de pan con gran esfuerzo.

—¡Puede que aún acabemos viendo a un Marco Metz reformado! — exclamó con voz jovial. Cortó un buen trozo de queso aromatizado con hierbas y lo aseguró sobre el resto de rebanada untada de mantequilla con un imperioso movimiento de su enorme índice—. ¿No os parece?

El Hermano Félix parecía realmente deseoso de oír sus opiniones al respecto.

Tabitha dejó escapar el aliento que había estado conteniendo en una sola exhalación salvaje y se dejó caer hacia atrás hasta quedar apoyada sobre los codos. Hundió los dedos en los tallos de hierba y tiró vigorosamente de unos cuantos. Cada puñado de tallos que conseguía arrancar era sustituido casi al instante por nuevos brotes que asomaban velozmente del suelo. Xtasca se dio cuenta de ello e introdujo la cola disimuladamente en la tierra para tomar algunas lecturas.

—Creo que si alguien no hace algo, y deprisa, Marco pronto estará muerto —dijo Saskia observándoles con expresión lúgubre.

—Bueno, querida, en tal caso tendremos que hacer algo al respecto —dijo la Hermana Verónica—. Pero... Después del almuerzo, ¿de acuerdo?

—Debemos liberar a tu mente de todas las preocupaciones que la atormentan dijo la Hermana Marjorie.

Las Hermanas asintieron y se sonrieron beatíficamente la una a la otra.

Tabitha sintió un deseo casi irreprimible de poner una mano sobre cada cuello y hacer entrechocar salvajemente aquellas cabezotas. Ah, si tuviera un arma bien grande... Sintió el deseo de volver corriendo a la Alice, sentarse en su destrozada cabina y aullar con toda la potencia de sus pulmones. Si pudiera tumbarse sobre la espalda con el sol dándole en la cara y la cabeza apoyada en la bolsa, dormir y no despertar nunca... Arrancó un poco de corteza del pan y la contempló con tanto odio como si fuera la culpable de todo lo que estaba ocurriendo.

—¿Tenéis alguna idea de qué es la libertad? —preguntó.

Las Hermanas volvieron la cabeza hacia ella como si fueran un solo ser y le sonrieron.

La Hermana Marjorie extendió las manos como si quisiera abarcar toda la multitud de humanos ascendidos que paseaba o descansaba a su alrededor, y la generosidad de su gesto era tan aparatosa que parecía incluir los árboles, las flores y los pájaros.

—Mira a tu alrededor, Tabitha —dijo la Hermana Verónica.

Tabitha tomó un buen sorbo de vino y apoyó el mentón en el puño mientras observaba toda la escena con expresión indiferente.

—No está mal, sobre todo teniendo en cuenta que es la cima de una montaña de mierda—dijo por fin.

Pero no parecía haber forma alguna de conseguir que se ofendieran.

—La libertad es poder —dijo Xtasca de repente.

—Creo que no puedes ser realmente libre por fuera hasta que no seas libre por dentro —dijo Saskia. Había enrollado las mangas del pijama y se estaba subiendo las perneras—. No sé si me entendéis, pero creo que es así.

Extendió su brazo derecho delante de ella y lo examinó con mucha atención haciéndolo girar a un lado y a otro como si quisiera que la luz amplificada cayera sobre toda la piel.

—Deberías escuchar a tus amigos, Tabitha—dijo el Hermano Félix con expresión aprobatoria.

—Pronto serás de los nuestros y entonces lo comprenderás todo —afirmó la Hermana Marjorie con entusiasmo—. Aquí todo es hermoso y todo el mundo es libre. ¿Ves a alguien que nos dé órdenes o dicte lo que está prohibido y lo que no lo está? ¿Dónde se encuentran nuestros opresores?

—En Capella —replicó Tabitha—. Si hay que creer al Hermano Félix, claro...

El trío de Guardianes pareció sinceramente perplejo.

—¿Capella? —exclamó la Hermana Verónica—. Pero Tabitha... ¡Capella es la que nos ha proporcionado esta libertad ilimitada!

—Piensa en ello —la apremió el Hermano Félix—. Estamos en Caronte, en el mismísimo confín de nuestro sistema solar... ¡Y mira qué sol tan maravilloso brilla en el cielo!

—¿Dónde estaríamos ahora sin el poder liberador de Capella? le preguntó la Hermana Marjorie.

—Seguiríamos en nuestra pobre y vieja Luna —dijo la Hermana Verónica con voz cantarina—. ¡Seguiríamos discutiendo si podíamos permitirnos el lujo de ir a Venus!

Tabitha ya estaba harta.

—¿Es eso lo que creéis?—preguntó—. Bueno, en tal caso os explicaré lo que yo creo, ¿de acuerdo? Voy a deciros lo que pienso sobre el poder liberador de Capella, y lo que opino de haber sido hecha prisionera y llevada hasta aquí por la fuerza, y lo que pienso de vosotros y de vuestro maldito juego... —Se interrumpió y tomó un sorbo de vino disfrutando del pequeño placer que suponía el hacerles esperar a que siguiera hablando y saboreándolo doblemente porque no tenía ni idea de lo que diría a continuación—. Voy a deciros lo que pienso de todo eso —siguió diciendo, y al oír su voz se dio cuenta de que el vino era realmente estupendo y de que ya había bebido una considerable cantidad de él—. La libertad no existe —dijo con voz despectiva—. Siempre estás en el jardín de otro. —Sí, no parecía un mal principio... Alzó una mano y la movió torpemente de un lado a otro—. No

puedes ser libre cuando hay alguien diciéndote dónde puedes ir y dónde no puedes ir. —Tomó otro sorbo de vino—. Cuando era pequeña la frontera estaba en Marte. —Clavó los ojos en la Hermana Verónica—. Ah, yo nací en la pobre y vieja Luna.

La Hermana Verónica no reaccionó.

—Alguien tiene que nacer allí, ¿sabéis? —añadió Tabitha.

La Hermana Verónica respondió con una algo perpleja sonrisita de cortesía.

—No era nada divertido dijo Tabitha—. No me lo habéis preguntado, pero tanto da. Bueno, Marte acabó repartido en parcelas y entonces todo el mundo quiso ir al cinturón. Después llegó Saturno y la colonización de los anillos... ¿Dónde se encuentra ahora nuestra frontera? ¿Está aquí? ¿Qué es esto? ¿La frontera o el muro que rodea al jardín?

Los custodios del sistema solar la estaban observando con tanta calma como si recitara un poema, algo que había aprendido de memoria, algo ensayado y que no tuviera ni la más mínima relación con la realidad. Saskia y Xtasca le habían estado prestando toda su atención. Saskia se deslizó hasta quedar junto a ella y la cogió de la mano.

Pero Tabitha no quería que la cogieran de la mano.

—La libertad no existe —dijo . No hay libertad posible mientras el poder esté en manos de otra persona, así que tienes razón, Félix. Todos somos sirvientes. —La sabiduría melancólica encerrada en esta observación hizo que Tabitha asintiera con tristeza—. Debo admitir que... Sí, antes de que todo esto empezara yo era todo lo libre que se puede ser. —Dejó escapar una seca y breve carcajada—. Recorría las rutas comerciales en una vieja Kobold llevando repuestos de Santiago Celestina a Calixto, luchando para mantenerme a un depósito de crédito por delante de las facturas que se iban amontonando y preguntándome cuál sería el siguiente puerto de ataque y de dónde saldría el próximo trabajo... Ése es el máximo de libertad al que puedes aspirar en este sistema —concluyó con ferocidad.

El Hermano Félix subió unos cuantos centímetros más. Saskia rodeó a Tabitha con un brazo como si pensara que el Hermano Félix iba a golpearla.

—Sigues algo trastornada por lo que le ha ocurrido a tu nave —dijo el Hermano Félix contemplándola con expresión comprensiva—. He sido muy desconsiderado, y te pido disculpas por ello. Veamos si hay alguna forma de que dejes de atormentarte.

Fue hacia la pradera con Tabitha, Saskia y Xtasca detrás. Las Hermanas se quedaron donde estaban y les vieron alejarse sin dejar de sonreír ni un segundo. Cuando llegaron al claustro un par de Guardianes interrumpieron su discusión sobre si puede haber algo realmente nuevo en el universo para saludar a las mujeres y al Querubín que pasaron apresuradamente junto a ellos. El Hermano Félix les llevaba cierta delantera. No consiguieron alcanzarle hasta haber rebasado la pantalla formada por los árboles. Habían vuelto al pequeño claro que contenía los restos de la Kobold y la lanzadera vacía.

El Hermano Félix les hizo una seña para que se acercaran.

—Observa con atención dijo volviendo la cabeza hacia Xtasca—. Esto te va a gustar.

Hizo girar uno de sus anillos.

Los restos de *la Alice Liddell* empezaron a brillar. La nave se volvió tan luminosa como si estuviera siendo sometida a un baño de radiaciones. La luz parecía estar dentro de ella, y no en el sentido de una mera iluminación interior que pudiera distinguirse a través de los huecos desnudos de las mirillas, sino como si la mismísima energía que seguía acumulada en las maltrechas moléculas de su sustancia estuviera siendo invocada por una potencia invisible que la hacía manifestarse en forma de luz que emergía para bailar bajo los rayos del sol.

La nave permaneció en ese curioso estado de tensión y energías contenidas que hacían pensar en el despegue durante unos momentos. El resplandor llameante creaba destellos en las ventanillas de la lanzadera. Tabitha lanzó un grito ahogado y se protegió los ojos con una mano. Era como si estuviera viendo no unos restos destrozados sino a la Kobold tal y como había sido cuando salió de la fábrica y pasó por su inauguración. Ése era el aspecto que debió tener en la explanada de almacenamiento de la Bergen durante ese rito medio cómico y medio místico en el que el impulsor de una nave es "apareado" a una personalidad recién registrada y la unidad caligráfica sube lentamente por su casco para pintar los caracteres del nombre con gruesos trazos azules alrededor de la proa acompañando cada pincelada con un leve zumbido. La *Alice Liddell* que estaban viendo ahora era una nave intacta, prístina y transfigurada. Sus abolladuras y heridas habían desaparecido o se habían cerrado. El parabrisas brillaba y los sensores temblaban levemente como si olieran el viento que llegaba del sol. Sus contornos no podían ser más precisos, y sus aletas se tensaban firmemente hacia atrás como si la nave meditara sobre las tareas para las que había sido creada y que se disponía a cumplir lo mejor posible. Una oleada de calor hizo ondular el aire alrededor de sus toberas. La nave giró sobre sí misma dando la impresión de estar buscando a su dueña, y casi pareció remontar el vuelo.

Y un instante después ya no estaba allí. Se había desintegrado.

La atmósfera bailoteó con una repentina turbulencia que pareció nacer de todas las direcciones a la vez y se precipitó hacia el espacio vacío en el que había estado la nave. La cabellera de Saskia revoloteó locamente y unos cuantos mechones cayeron sobre su rostro. Tabitha saltó hacia adelante lanzando un grito inarticulado.

Un último destello se desvaneció ante sus ojos. La *Alice Liddell* ya no estaba allí. La hierba sobre la que había reposado no estaba quemada ni manchada. Los tallos temblaron con un movimiento casi imperceptible y volvieron a quedar inmóviles.

—Ya está —dijo el Hermano Félix—. Es mucho mejor así, ¿no te parece?

Y entonces el sol decidió hacer algo muy extraño.

Una inmensa sombra elíptica fluyó sobre los jardines deslizándose como una ola negra.

Todo el mundo dejó de hacer lo que estaba haciendo. Dejaron de hablar y alzaron los ojos hacia el cielo que se oscurecía por momentos. El terceto de músicos emitió un último acorde vacilante y dejó de tocar. La atmósfera gruñó y chisporroteó como si estuviera intentando absorber los residuos de las energías que habían destruido la nave de Tabitha. El aire se había enfriado de repente.

—Oh, no —protestó Saskia tirando del cuello de su delgado pijama—. Va a llover.

—No, Saskia—dijo Xtasca.

Tabitha se había quedado muy quieta con la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta y las manos apoyadas en las caderas.

—Eso no es una nube —dijo Xtasca.

Una voz terriblemente distorsionada retumbó desde las alturas.

—¿SZZAZZKIA? ¿XSSTAZZCA? ¿ESSSTAIZZS AHI ABAJOJOJOJO?
¿DONDE ESSSTAN LOS CHICHICHICHICOS?

El Hermano Félix alzó las manos.

—Por todos los cielos, sea lo que sea esto...

—¡Es Plenty! —gritó Saskia.

Su voz resonó en la pradera imponiéndose durante un segundo al gruñir del trueno que se iba haciendo más ensordecedor a medida que aquella sombra bajaba hacia ellos. Saskia se echó a reír, gritó y bailó. El viento surgido de la nada hacía oscilar los mechones de su cabellera.

El caparazón de tortuga celeste parecía una montaña voladora decidida a ocupar toda la extensión de aquel cielo milagroso. Los árboles temblaron, y los pájaros y los animales huyeron en busca del refugio más próximo lanzando gritos de terror.

Los Guardianes venían de todas las direcciones flotando velozmente sobre los tallos de hierba.

Un gigantesco ojo plateado se abrió de repente en el vientre de aquella gigantesca estructura y un rayo de luz brotó de él. El círculo de claridad se posó sobre la pradera sumida en la penumbra y se movió erráticamente de un lado a otro.

Saskia cogió a Xtasca de la mano y corrió hacia él. Volvió la cabeza para mirar por encima del hombro mientras remolcaba al Querubín detrás de ella sin reducir la velocidad de su huida.

—¡Tabitha!—gritó—. ¡Tabitha!

Pero Tabitha ya había echado a correr en dirección opuesta. Y el Hermano Félix parecía vacilar como si no estuviese muy seguro de lo que debía hacer, y también gritaba su nombre.

Saskia frenó en seco y soltó la mano de Xtasca. El Querubín pasó velozmente junto a ella, trazó un círculo en el aire y volvió. El platillo se inclinó delante de Saskia y una de las manecitas de Xtasca la agarró por el brazo.

Los Guardianes se acercaban por la derecha y por la izquierda. El Hermano Félix por fin había tomado una decisión y estaba persiguiendo a Tabitha.

Saskia gritó y se debatió intentando liberarse de la presa de Xtasca.

Hannah parecía haber conseguido hacerse con los controles. El haz de luz plateada se deslizó por encima de la pradera y cayó sobre ellos.

—¡NO OS MOVAISSSS! —rugió aquella voz ensordecedora.

El Querubín y la acróbata salieron disparados hacia lo alto mientras los Guardianes chocaban unos con otros en su prisa por llegar hasta donde estaban.

Tabitha no les vio escapar. Estaba corriendo hacia los árboles esquivando a los Guardianes que venían en todas direcciones.

—¡Tabitha! oyó que gritaba Saskia—. ¡Hannah, te has dejado a Tabitha!

Entró corriendo en el claustro con el Hermano Félix pisándole los talones. El Guardián gritaba su nombre con el feroz entusiasmo del sargento encolerizado que persigue a un cadete que acaba de cometer una grave falta de disciplina. El Hermano Félix entró en el claustro moviéndose de forma entre torpe y envarada, y Tabitha le vio rebotar en un par de paredes como si hubiera perdido el control de sus miembros.

Había otros Guardianes que se acercaban en dirección opuesta.

Tabitha se quedó inmóvil en el centro del claustro, separó las piernas plantando los pies en el suelo y movió rápidamente la cabeza mirando hacia atrás y hacia adelante.

Tabitha aferró la bolsa con todas sus fuerzas y saltó a un lado cuando ya estaban a punto de atraparla. Se agarró a la columna de un arco y giró alrededor de ella saltando sobre el alféizar.

Oyó el ruido ensordecedor de varios cuerpos chocando unos con otros a su espalda.

Tabitha corrió en línea recta hacia el bosquecillo de copas sacudidas por el vendaval agachándose para esquivar las ramas y deslizándose por entre arbustos lo bastante pegados unos a otros para que los Guardianes no pudieran seguirla. Corrió alrededor de las ruinas del claustro, saltó una zanja cubierta de maleza y llegó a terreno despejado. Vio una mancha de tela a cuadros rojos y blancos, y una silueta inmóvil junto a la mancha. Era una de las Hermanas. La otra estaba a cierta distancia y se disponía a doblar un extremo de la línea de alerces. La Herrnana Marjorie era la que tenía la placa. Pero, ¿cuál de las dos siluetas que estaba viendo era la Hermana Marjorie?

A esta distancia no había forma alguna de saberlo, y Tabitha no disponía del tiempo suficiente para permitirse el lujo de perderlo cometiendo una equivocación. Las copas de los árboles bailoteaban locamente en toda la pradera. El invasor seguía bajando como si Hannah tuviera intención de

aplastar toda la burbuja bajo el peso de aquella masa tan grande como una montaña.

La Guardiania que estaba junto a los árboles se quedó inmóvil y miró a su alrededor.

Vio a Tabitha. Sus ojos la dejaron atrás y se posaron en su hermana.... que se llevó una mano a la faltriquera.

Tabitha corrió hacia el mantel maldiciendo la gravedad. La Hermana Verónica se puso en movimiento. Venía hacia ella.

Oyó una especie de graznido débil y estridente, un sonido como el que podrían emitir los picos de muchos pájaros revoloteando a una gran distancia por encima de su cabeza.

Tabitha alzó la mirada. Una nube negra estaba brotando del vientre del habitáculo que bajaba hacia ellos. La nube era una masa de diminutas partículas negras. "Gas, hojas de papel, fragmentos metálicos, insectos...", pensó Tabitha mientras seguía corriendo. Vio algunas partículas que caían rápidamente sobre los arbustos que tenía delante.

¡Perks!

Hannah estaba enviándoles a los perks, más perks de los que Tabitha había visto juntos en un sitio antes o había deseado ver. Familias de perks delgados y escurridizos vestidos con monos y armados hasta los dientes que caían del cielo dando vueltas y más vueltas sobre sí mismos con las plumas erizadas.

—¡Cheee! ¡Chee-chee-chee-chee!

Los perks se estrellaban contra las copas de los árboles, rebotaban en el techo del estrado y caían en el agua con ruidosos chapoteos, pero se incorporaban en seguida y se dispersaban sobre los arriates de flores pisoteándolas implacablemente para atacar a la primera silueta que se les pusiera delante de los ojos.

Si eres un perk no hay nada que te guste más que una buena pelea.

Los perks no tardaron en estar por todas partes. Enjambres de cuerpos negros se precipitaban sobre los Guardianes y los eladeldis y los hacían caer por la pura fuerza del número. Los humanos hipertrofiados manipulaban frenéticamente sus anillos sin conseguir nada. La sombra proyectada por el habitáculo secuestrado había eclipsado las energías que controlaban.

Tabitha saltó sobre el mantel, se lanzó encima de la Hermana Marjorie y la agarró por la pechera de su toga.

—¡Dámela! —gritó acercando la boca a su inmenso rostro.

Los ojos de la Hermana Marjorie estaban girando enloquecidamente en sus órbitas. Sus lustrosos labios se tensaron revelando la dentadura.

—¿Dónde está? —aulló Tabitha.

Alargó una mano hacia su faltriquera. La Hermana Marjorie giró sobre sí misma con un gemido estridente y movió sus flácidos miembros debatiéndose frenéticamente en un intento de apartarla.

Tabitha agarró la solapa de la faltriquera con las dos manos y logró abrirla.

Oyó un ruido terrible a su espalda. Un antebrazo desnudo surgió de la nada y se deslizó debajo de su mentón cortándole la respiración y obligándola a retroceder.

Tabitha sintió que la Hermana Marjorie se le escapaba. Arañó el brazo con las manos y movió los codos intentando golpear a la Hermana Verónica. Se retorció tan salvajemente contra la presa que la sujetaba que estuvo a punto de perder una oreja. El Hermano Félix apareció detrás de la Hermana Verónica. Acababa de salir de entre los árboles y se tambaleaba como si estuviera a punto de perder el equilibrio. Su guirnalda de yedra había desaparecido.

La Hermana Verónica agarró a Tabitha por el brazo derecho e intentó doblárselo en la dirección opuesta a la que permitía el diseño de la articulación del hombro. Tabitha aflojó las rodillas, tensó el cuerpo y consiguió desequilibrar a la Guardiania.

Otro ruido ensordecedor. Un perk acababa de caer en el centro del mantel creando un surtidor de borgoña, migas de pan y trozos de cristal. El perk se levantó de un salto, se sacudió y atacó a la Hermana Verónica con el trozo de cadena que llevaba en la mano, trinando y parlotando como si se hubiera vuelto loco.

El rayo tractor que había dejado caer al perk no se apartó. Hannah había localizado a Tabitha.

Tabitha giró sobre sí misma buscando a la Hermana Marjorie.

La Hermana Marjorie estaba huyendo a pasitos minúsculos.

Otro perk corrió hacia ella disponiéndose a interceptarla.

Y el Hermano Félix estaba corriendo hacia Tabitha con los ojos vidriosos y casi fuera de las órbitas. Sus gordos y blancos dedos se abrían y se cerraban buscando a la prisionera que aún no había logrado escapar. Las gruesas venas de sus sienes se retorcían y se hinchaban como si poseyeran vida propia.

Las manos del Hermano Félix ya casi rozaban el cuerpo de Tabitha cuando hubo un ruido horrible, como el de una hoja de papel inmensa y muy gruesa rasgada limpiamente de un extremo a otro.

El Hermano Félix estaba teniendo serios problemas con su cabeza.

La hermosa piel reluciente se desgarró a lo largo de la frente, y el cráneo se rompió como si fuera una cáscara de huevo. Un fluido viscoso e incoloro salió disparado en todas direcciones.

El Hermano Félix dio un par de pasos tambaleantes y acabó chocando con la Hermana Verónica. Tabitha vio como se bamboleaba y arañaba el aire con las manos igual que un hombre que se ahoga en un mar embravecido. La expresión de su rostro y la maníaca fijeza de su mirada no habían sufrido ningún cambio. Hilillos de fluido viscoso empezaron a deslizarse hacia sus ojos.

Tabitha retrocedió. El miedo y las náuseas la obligaron a llevarse una mano a la boca en un intento de contener los vómitos que pugnaban por salir de su garganta.

Algo se movía dentro del cráneo del Hermano Félix.

Era algo largo y blando, algo segmentado y de un color entre gris y púrpura recubierto por la sustancia viscosa del nido en que había vivido. Su nido parecía una telaraña de encaje negro a medio desgarrar. Tabitha clavó los ojos en esa telaraña y comprendió que era lo que quedaba del cerebro del Hermano Félix.

La cosa que había estado royéndolo durante tantos años se irguió y empezó a chillar.

Era una oruga gigante. Medía medio metro de longitud.

Era el primer capellano que Tabitha veía en su vida.

Giró sobre sí misma y derramó chorros de bilis y borgoña sobre los ennegrecidos tallos de hierba.

El rayo tractor seguía encendido y la esperaba a dos metros de distancia. Estaba claro que Hannah no podía o no quería mover el rayo hasta el centro de toda aquella confusión para sacarla de allí.

Los otros Guardianes se habían quedado inmóviles, sentados o encogidos sobre sí mismos como estatuas e iban abandonando uno a uno sus desiguales combates con los perks. Sus gigantescas cabezas se partían como capullos maduros. Los capellanos se iban irguiendo entre la pulpa putrefacta de los cerebros a medio consumir. Sus romas cabezas giraban locamente en todas direcciones como si estuvieran olisqueando el aire. Sus chillidos hacían vibrar la atmósfera.

Tabitha buscó un arma. Su mano se cerró sobre el tenedor que había en el plato de los pepinillos. El perk golpeó la espalda de la Hermana Verónica con un puño un instante antes de que los dedos de Tabitha se cerraran alrededor del mango y la Guardiania se inclinó hacia adelante. La fuerza que le permitía flotar se esfumó y la Hermana Verónica cayó sobre los restos del almuerzo campestre manoteando locamente.

Su frente se agrietó. Los líquidos viscosos que brotaron de la hendidura se deslizaron bajo su guirnalda de hojas de parra. La parte superior de su cabeza sucumbió a los golpes asestados desde el interior y se desprendió limpiamente. La tapa perdida del recipiente que había sido la Hermana Verónica rodó por entre los platos y los cubiertos.

El cuerpo húmedo y viscoso de un capellano emergió de la cabeza de la Hermana Verónica, cayó sobre el queso y la ensalada y empezó a retorcerse.

—¡Cheeeee! —gritó el perk.

Sonrió y levantó el puño.

Tabitha oyó un chasquido metálico y vio la brillante hoja de la navaja de resorte que brotó del puño.

Logró ponerse en pie sin soltar la bolsa de viaje y alzó su tenedor. La Hermana Marjorie seguía donde la había visto por última vez, inmóvil y

sujetándose la cabeza con las manos. Su capellano acababa de asomar por el agujero y lanzaba chillidos de rabia. El perk yacía inmóvil a sus pies.

Tabitha echó a correr hacia ella.

El rayo tractor se puso en movimiento para capturarla apenas dio el primer paso.

—¡Todavía no! ¡No!

Tabitha saltó a un lado para esquivar el rayo tractor y alzó los ojos hacia la monstruosidad frásque que Hannah Soo había traído hasta aquí para rescatarles atravesando el hiperespacio a una velocidad que ningún ser humano había logrado alcanzar jamás. Meneó la cabeza, cruzó los brazos delante del rostro y los movió vigorosamente a los lados descruzándolos una y otra vez.

El rayo tractor se esfumó.

—¡Oh, mierda!

Tabitha se lanzó sobre la Hermana Marjorie e intentó apoderarse de la faltriquera. Los chillidos del capellano que asomaba de su cabeza se hicieron un poco más estridentes. La enfurecida criatura se dobló sobre sí misma como si fuera un látigo viviente e intentó golpearla en la cabeza. Tabitha esquivó los golpes, alzó el puño y trató de clavarle el tenedor, pero tenía las manos tan resbaladizas que sólo consiguió perderlo. El capellano se debatió locamente de un lado a otro y Tabitha consiguió deslizar una mano por debajo de la solapa de la faltriquera y meterla dentro. El capellano volvió a atacarla. La saliva que brotaba de sus palpos goteó sobre su hombro. Tabitha volvió a esquivar la embestida y saltó hacia atrás con su trofeo en la mano.

Había perks por todas partes. Los perks estaban sobre el mantel y alrededor de los restos de la Hermana Verónica y el Hermano Félix, y sus negras manos se movían a toda velocidad ensartando a las criaturas que habían salido de sus cabezas con una amplia gama de armas blancas y objetos punzantes. Tabitha gritó para atraer su atención y señaló al capellano que se estaba deslizando sobre el cuello de la Hermana Marjorie. Los perks saltaron sobre él lanzando salvajes chillidos de alegría.

Ahora no había nada que ver salvo perks.

Y el rayo había desaparecido.

Tabitha alzó la mirada. La negra y silenciosa masa de Plenty se había colocado en una órbita geoestacionaria y colgaba inmóvil sobre su cabeza. Minúsculos destellos luminosos aquí y allá indicaban que a bordo se estaba desarrollando alguna clase de actividad.

Tabitha no perdió el tiempo haciendo conjeturas sobre cuál podía ser.

Había una posibilidad de que...

Echó a correr hacia los árboles.

La suerte estaba con ella. Los eladeldis habían sido eliminados antes de que pudieran volver a sus puestos, y los ascendidos habían estado tan ocupados que no tuvieron tiempo de pensar en la huida a bordo de una nave espacial. Sus cuerpos yacían alrededor de la pradera. Algunos de ellos

seguían retorciéndose frenéticamente, pero la inmensa mayoría estaban inmóviles o se convulsionaban lentamente sobre el suelo mientras los perks trinchaban los cuerpos de quienes les habían ascendido.

Tabitha corrió hacia la lanzadera, activó el control de la entrada y saltó al interior de la red. Era una Campanilla modificada, ¿no? Sí, estaba segura de que no era más que una Campanilla modificada, así que a pesar de que todas las instrucciones y etiquetas estaban escritas en eladeldi, ése tenía que ser el botón de emergencia...

¿O no?

Tabitha tensó las mandíbulas hasta hacer rechinar los dientes y lo pulsó.

Todas las luces del tablero se pusieron de color rojo. Las toberas empezaron a gemir.

Tabitha lanzó un grito de alegría y de alivio. Se dio cuenta de que seguía teniendo a Alice entre los dedos, le dio un rápido beso y se la metió en la bolsa. Después se reclinó jadeando en la red y se dejó envolver por su abrazo.

Plenty estaba en pésimas condiciones.

Ya sé que las condiciones internas de Plenty nunca habían sido ninguna maravilla e incluso ahora sigue habiendo muchas cosas que mejorar, pero existen grados y matices incluso en el desorden y en aquellos momentos Plenty era un auténtico pandemonio. Los ascensores habían quedado inmovilizados y toda la red de conductos y tubos estaba recalentada. La envoltura del sistema de comunicaciones se había rasgado y lo había dejado sometido a oscilaciones tan salvajes como las de una banda elástica muy tensa repentinamente cortada con unas tijeras. Los filtros se habían vuelto locos y los ordenadores picoteaban al azar por entre los archivos las transmisiones de los satélites audiovisuales, la música ambiental, los datos enviados por los monitores de vigilancia y los espectáculos o concursos incomprensibles difundidos por el Proyecto Palestrina. La policía no podía hacer nada. Todos los sistemas en que confiaban habían fallado de repente dejándoles sin ninguna clase de recursos. Las unidades cyborg permanecían inmóviles en sus puestos, ciegas y sordas, paralizadas por los servomecanismos muertos y con sus cerebros desgarrados por la esquizofrenia en que les había sumido la repentina tormenta de datos. Sus visores emitían resplandores estroboscópicos y no paraban de centellear, pero eran incapaces de tomar ni una sola decisión. La sangre fluía de sus oídos y las lágrimas brotaban de sus ojos.

Los predicadores evangelistas y los fanáticos de la supervivencia acababan de ver como sus sueños apocalípticos se convertían en realidad y se habían apresurado a organizar a los turistas atrapados en aquel caos, armándolos con el botín obtenido en el saqueo de las armerías. Grupos de turistas—guerrilleros atados los unos a los otros con sogas fluorescentes de color naranja escalaron las torres del distrito hotelero, llegaron a los balcones y mantuvieron salvajes escaramuzas con las prostitutas thrant en las cavernas de Yoshiwara. Los borrachos se tiroteaban en los casinos. La gente moría por todas partes. Nadie

podía hacer nada para impedirlo. Hannah Soo se consideraba muy afortunada por haber llegado entera hasta allí, especialmente teniendo en cuenta las velocidades que había exigido a un impulsor que llevaba años acumulando polvo. Estaba intentando no perder la cabeza y no extraviarse en el laberinto de funciones que debía manejar tan deprisa y con tanta agilidad como si fueran otras tantas bolas de colores en un número de malabarismo. Había que trasponer matrices n -dimensionales, superponer capas de probabilidades y generar redundancias múltiples de paradigmas en esa perversa y retorcida rama de las matemáticas que los frasques llaman "lenguaje".

Podía hacerse. Siempre que tuvieras montones de espacio y de tiempo para hacerlo, claro...

Tabitha enfiló el morro de la lanzadera eladeldi hacia Plenty. Había activado las sirenas de emergencia para que aullaran en todas las longitudes de onda, pero todas las emisiones del control de tráfico que logró captar eran ininteligibles. Las bodegas de aparcamiento parecían haber sido devastadas por un huracán que se lo había pasado en grande arrojando trozos de maquinaria y escombros a través de las ventanillas de las naves. Cuando se había cansado de esa diversión, el huracán había matado el tiempo lanzando las naves de un lado a otro. Tabitha encontró un nivel que parecía todavía más abandonado que los demás y hacía pensar en un estante barrido por una mano gigante que lo había vaciado de naves y de seres vivos. Redujo la velocidad de la lanzadera todo lo que pudo y se metió en él, posándose de forma un tanto accidentada.

El ascensor no funcionaba. Tabitha corrió hacia la escalera.

—¿Hannah? —gritaba una y otra vez.

El comunicador balbuceaba, lloraba, silbaba y graznaba.

Los pasillos de los niveles inferiores estaban llenos de espuma aromatizada y muebles volcados. Visitantes enloquecidos saqueaban los centros comerciales llenándose los bolsillos y las mochilas con ciberpornos, tubos y lociones para después del afeitado. Los procesadores centrales de las unidades de seguridad habían dejado de funcionar, y los cilindros metálicos iban de un lado a otro de la calzada o chocaban con las paredes. Dos hombres y una mujer se volvieron hacia Tabitha, le gritaron algo ininteligible y se echaron a reír. Después corrieron hacia ella, se cogieron de las manos formando un círculo con Tabitha como centro y empezaron a bailar. Tabitha pateó a uno de los hombres en la ingle y siguió corriendo. Su respiración se había vuelto tan rápida y entrecortada que sus jadeos casi parecían sollozos.

El salto hiperespacial había sido realmente salvaje. Tabitha podía ver sus huellas allí por donde mirara. La flora de a bordo se había doblado. Las estructuras metálicas estaban cubiertas de lianas y los sombreros de los hongos asomaban en las rendijas de las aceras móviles. Las paredes y los suelos se habían llenado de fisuras, algunas de ellas lo bastante grandes para que los vehículos o las personas quedaran atrapadas en su interior.

Algún tiempo después descubrí que no todas las metamorfosis habían sido de una naturaleza tan catastrófica, y hubo unas cuantas que fueron innegablemente benéficas. Las cintas muestran que la única administradora que se hallaba a bordo de Plenty en aquellos momentos se refugió en una sala

de juntas y protegió la puerta con una barricada de muebles. No hemos conseguido encontrar ni el más mínimo rastro de ella.

Tabitha se había perdido. Estaba en una zona de ascensores, y no sabía si debía ir hacia arriba, hacia abajo o hacia los lados.

—¿Y ahora qué, Hannah? —gritó.

Estaba tan furiosa que asestó un puñetazo al balbuceante panel de instrucciones.

Se disponía a escoger una dirección al azar cuando se dio cuenta de que los indicadores de la cápsula del ascensor estaban encendidos. Una hilera de triángulos verdes iba y venía de una puerta a otra. Tabitha clavó los ojos en la hilera de triángulos verdes y acabó convenciéndose de que era una señal dirigida a ella. Dio un paso hacia el ascensor de la derecha y la puerta se abrió para recibirla. Las luces de la cápsula se encendieron.

Tabitha entró corriendo en ella. La puerta se cerró sin darle tiempo a volverse hacia los controles y la cápsula se lanzó hacia los túneles. Las paradas fueron desfilando en silencio, sumidas en las tinieblas o iluminadas por luces parpadeantes. Los rostros y las manos se pegaban a las ventanillas de la cápsula suplicando que les dejara entrar en ella. Hannah estaba anulando todas las señales del exterior. Tabitha se había convertido en una viajera especial que gozaba de máxima prioridad.

La cápsula se detuvo y quedó suspendida de un tramo de vía curva desde el que se dominaba una explanada cubierta de losas hexagonales. Tabitha salió cautelosamente de la cápsula y bajó de un salto a lo que parecía el destino escogido por Hannah.

La explanada era un aparcamiento en el que había tres patrulleros de la policía estacionados en ángulos bastante extraños. Las sirenas no paraban de aullar y las luces se encendían y se apagaban, pero todas las unidades de respuesta estaban dentro de los vehículos, inmovilizadas e incapaces de abrir las puertas.

La cúpula verde de Sueño Justo se alzaba sobre su cabeza. Tabitha fue hacia la puerta abriéndose paso a codazos por entre los visitantes que se habían congregado alrededor de la entrada. Una especie de escudo invisible les impedía cruzar el umbral.

Un fuego fatuo de color verde surgió de la nada apenas puso un pie en el tramo de peldaños.

—Por aquí, capitana Jute —dijo el fuego fatuo.

Su voz chirriante recordaba el quejido de un engranaje torturado. El escudo se abrió ante Tabitha con el ruido de un papel que se rasga y volvió a cerrarse detrás de ella.

El atrio estaba vacío salvo por el equipo disperso y un *spaniel* que estaba investigando el contenido de un saco para transportar cuerpos abandonado en un rincón. El perro alzó la cabeza, lanzó una mirada aterrorizada al fuego fatuo y huyó lanzando ladridos de pánico.

El aire vibraba con una especie de canturreo estridente, el ruido de un montón de maquinaria y sistemas que han decidido averiarse a la vez. Tabitha avanzó por el túnel y estuvo a punto de chocar con un grupo de frasques.

Eran más pequeños que cualquiera de las dos hembras frasque, los únicos ejemplares de la especie con los que Tabitha había tenido contacto hasta ahora, y emitían un potente olor a cera. Los frasques estaban inmóviles en el centro del pasillo en lo que parecía una actitud expectante doblando y extendiendo sus miembros una y otra vez.

El fuego fatuo pasó en línea recta por entre ellos. Los frasques no le prestaron ninguna atención.

Tabitha bajó la cabeza, hizo de tripas corazón y siguió al fuego fatuo.

Los frasques la dejaron pasar. Su presencia pareció ponerles lo bastante nerviosos para que emitieran zumbidos de irritación e intercambiaran silbidos quejumbrosos.

"Machos —pensó Tabitha—. Es un grupo de machos y no tienen ninguna hembra que les dé órdenes..."

El pasillo de paredes adornadas con paneles de madera estaba a oscuras. Había cuerpos yaciendo en el suelo. Algunos llevaban equipo ortopédico, y estaba claro que habían muerto hacía mucho tiempo. Algunos eran policías parecidos a inmensas cucarachas que yacían sobre la espalda. Sus miembros aún temblaban de vez en cuando. Tabitha vio a otro grupo de frasques moviéndose entre las sombras. Los alienígenas parecían obedecer un confuso impulso insectil, y estaban envolviendo a un policía en un capullo de filamentos blancos.

Tabitha cerró los ojos y siguió avanzando. Unas manos de dedos que parecían ramitas intentaron agarrarla. El fuego fatuo parpadeó y se desvaneció en el túnel que se iniciaba delante de ella.

—¡Saskia!—gritó—. ¡Xtasca!

—¡Tabitha! ¡Aquí!

Tabitha apartó al frasque con la punta de un pie y corrió hacia el punto del que procedía la voz.

Saskia y Xtasca estaban en la cámara de Hannah sentados encima del sarcófago que contenía su cuerpo. Xtasca había metido la cola en una toma el sarcófago para ayudar a Hannah en la compleja tarea de comprender algunos de los pasajes más intrincados del sistema de control frasque.

—No, no —estaba diciendo Hannah—. Lo pierdo, se me escapa... Ahí. Ya te lo dije. No me des prisa, encanto.

Saskia se levantó de un salto y abrazó a Tabitha.

—¡Te han encontrado! Oh, sabía que te encontrarían...

—¿Estás bien? —preguntó Tabitha.

Saskia estaba tan agotada que parecía una víctima de la fiebre. Su cabellera colgaba en mechones lacios alrededor de su rostro y su pijama había sufrido un par de desgarrones. Debía tener frío, pues se había puesto un

chaleco de lana hecho a mano de cuadros rojos y blancos y un frac negro bastante sucio.

—Estoy estupendamente dijo Saskia intentando sonreír—. Tienes un aspecto horrible, ¿sabes? Y... ¡Uf, apestas!

Tabitha se examinó. Intentó quitarse la mancha que los líquidos viscosos de un capellano muerto habían dejado sobre su chaqueta, pero sólo consiguió que aquella sustancia repugnante se le pegara a los dedos.

—Las cosas se pusieron bastante feas después de que os fuerais —dijo con voz átona. No quería pensar en lo ocurrido. Volvió la cabeza hacia la silueta inmóvil que yacía sobre su lecho de escarcha—. Hannah, hemos vencido...

La sangre huyó de su rostro dejándolo tan pálido como el de una muerta. Sintió un retumbar ahogado en los oídos. Tabitha ya había visto muchos horrores, pero éste la había pillado por sorpresa.

—Jesús... —murmuró.

Sus ojos se habían posado en la caverna repleta de congeladores que se extendía al otro lado de la ventana, y lo que vio casi le hizo desear que Hannah no hubiera desconectado la Pradera.

La escena que tenía delante parecía sacada de un infierno glacial digno de la imaginación de un terrestre de la antigüedad. Grandes trozos de pared se habían desprendido durante el trayecto por el hiperespacio, revelando un panel de criocélulas que había albergado al ejército frasque en animación suspendida ocultándolo a todo y a todos.

Muchos frasques seguían allí. Tabitha podía verlos enroscados en el interior de las paredes. Los cuerpos blancos envueltos en telarañas habían empezado a pudrirse dentro de sus celdillas. Las baldosas desprendidas yacían amontonadas junto a la pared como las escamas de un dragón que hubiera decidido mudar la piel.

La mayoría de los frasques que habían despertado seguían en el suelo de la caverna yendo y viniendo ciegamente de un lado a otro, chocando con sus congéneres y con cualquier obstáculo que se interpusiera en su camino. Casi todos eran machos, y tenían menos inteligencia que una unidad estibadora. Eran soldados frasques criados para formar una fuerza invasora y se habían sumido en las tinieblas del sueño sin tener ni idea del destino que les aguardaba, pero sabiendo que cuando despertaran sería para entrar en combate.

Habían forzado todos los congeladores y habían destrozado lo que encontraron dentro de ellos.

Había sangre por todas partes. El aire apestaba a sangre, líquidos viscosos a medio descongelar y el refrigerante que había escapado de una cañería reventada. Los frasques se movían ciegamente en todas direcciones, chapoteando sobre aquel cenagal de restos humanos, chocando unos con otros a toda velocidad, incrustando a sus congéneres en cualquier obstáculo o retorciéndose sobre el suelo enfangado hasta quedar aplastados bajo el peso de auténticas montañas de cuerpos negros. Las hembras se desplazaban a

velocidades increíbles por entre la confusión creada por los soldados parlotando y repartiendo feroces mordiscos, pero estaban perdidas sin su reina. La ausencia de la señal codificada en las feromonas reales hacía que ni tan siquiera pudiesen encontrar la salida de la cámara, y su comportamiento errático e impotente resultaba curiosamente parecido al de los policías.

Unos cuantos frasques no habían necesitado la presencia de una hembra o un imperativo enloquecido para quedarse tan inmóviles como árboles en el centro de aquella carnicería. Algunos parecían poseer un grado de iniciativa más elevado, y habían trepado hasta el techo impulsados por el pánico para formar racimos de cuerpos negros que aullaban como sirenas averiadas. La regresión había sido tan rápida y tan feroz que no podían hacer nada salvo zumbiar una y otra vez las gramáticas mántricas de la revivificación como si fuesen insectos que estuvieran aprendiendo a rezar. Sus cuerpos rezumaban los fluidos pestilentes de su insatisfacción y los líquidos protectores que usaban para reforzar los capullos, y sus siluetas inmóviles colgaban cabeza abajo a unos tres metros de la burbuja de plexiglás desde la que Tabitha les contemplaba con expresión horrorizada.

—Hiciste un buen trabajo al eliminar a la reina —dijo la caja vocal de Hannah.

Tabitha no podía hablar.

—Les he encerrado —siguió diciendo Hannah—, y seguirán ahí dentro hasta que todos se hayan matado entre sí y no quede ninguno con vida. — Parecía mucho más despierta, joven y agresiva que en las ocasiones anteriores—. Eres Tabitha Jute —dijo—. Hola. Creo que no hemos sido presentadas, ¿verdad? Soy Hannah Soo.

—Hola —dijo Tabitha contemplando a la silueta congelada que la había salvado—. Lo..., lo has hecho muy bien. —Estaba tan confusa que no sabía qué decir—. ¿Estás bien? —logró preguntar por fin.

—Mi condición es bastante estable —replicó Hannah en un tono de voz más bien seco—. Tú y yo mantendremos una larga conversación en cuanto esto se haya calmado un poco. Creo que tenemos muchas cosas que contarnos.

—Sí —murmuró Tabitha—. Sí, desde luego.

Tabitha era consciente de que, en teoría, los pros y los contras de toda aquella situación sufrirían considerables alteraciones en el caso de que lograrse averiguar si Hannah Soo sabía algo sobre las Kobold Sanczau o no.

Pero ahora nada de todo aquello parecía tener el más mínimo significado. Cuando se lo comparaba con la batalla ocurrida en Caronte y la destrucción que había assolado la caverna que estaba contemplando, nada podía tener significado.

Todo aquello había ocurrido en otro universo.

—Gracias —dijo por fin—. Yo... No sé... No puedo... Gracias. Gracias por los perks —consiguió añadir.

Saskia la había abrazado y estaba observándola con cara de preocupación.

Tabitha se libró de su abrazo y corrió hacia el pasillo.

Saskia la siguió y la encontró apoyada en una pared con el cuerpo temblando a causa de las náuseas, intentando que su estómago vacío expulsara algo más que bilis. Los frasques se acercaban lentamente a ella. Saskia lanzó un grito inarticulado y los frasques se detuvieron siseando y agitando los miembros.

—Ven —murmuró Saskia inclinándose sobre ella y poniéndole una mano en el brazo—. Encontraremos algún sitio en el que puedas acostarte un rato.

Tabitha se irguió sin dejar de apoyarse en la pared e intentó aferrarse al cada vez más nebuloso propósito que la había llevado hasta allí.

—No jadeó—. No, tengo que..., tengo que darle...

Cogió a Saskia de la mano y tiró de ella llevándola hacia la cámara del sarcófago.

El Querubín estaba inclinado sobre la muerta y alzó la cabeza cuando entraron. Sus ojos rojizos se clavaron en ellas, y Tabitha pensó que parecía un necrófago interrumpido cuando se estaba alimentando.

—Tabitha, Xtasca me ha contado que eres piloto —dijo Hannah, quien dada su situación no podía compartir aquella imagen tan morbosa.

Tabitha asintió.

—No puede verte —dijo Xtasca.

—Sí —dijo Tabitha—. Esa nave era mía y...

Se le quebró la voz y no pudo seguir hablando.

Saskia la ayudó a llegar hasta un asiento.

—Quizá... ¿Hemos pasado por todo esto antes? —preguntó Hannah como si se hubiera dado cuenta de que le ocurría algo.

—No importa —dijo Tabitha.

—Discúlpame, encanto, pero... ¿Estás en condiciones de pilotar? —preguntó Hannah Soo. Creo que no podré aguantar mucho más. Me estoy volviendo loca aquí dentro, ¿sabes?

Su caja vocal dejó escapar una risita nerviosa.

Saskia volvió la cabeza hacia Tabitha y la contempló con una mezcla de alegría y aprensión.

Tabitha sintió como si alguien hubiera descolgado el sistema solar entero de los cielos con la facilidad de quien descuelga un móvil de un techo y lo hubiera dejado caer sobre su regazo. Frasques, capellanos, eladeldis, perks y humanos, Plenty y todos los que tenían algún derecho a reclamar una parte de cuanto había a bordo del habitáculo, personas que se hacían pedazos las unas a las otras arrancándose los miembros; perks en Caronte; un hombre que agonizaba en Venus... Sintió deseos de gritar. "¿Por qué yo?"

—Estoy medio muerta, Hannah dijo, y se arrepintió de su réplica apenas hubo salido de sus labios. Meneó la cabeza—. Creo que incluso veo doble. Más tarde..., yo..., luego... —Puso la bolsa de viaje sobre su regazo, tiró de la

cremallera y metió una mano dentro—. Toma —dijo entregándole el objeto que sacó de ella a Saskia—. Es Alice.

—Ah —dijo Xtasca.

El Querubín sacó la cola de la toma del sarcófago y se hizo a un lado.

—¿Quién es Alice? —preguntó Hannah.

—Alice conoce todos los secretos del impulsor estelar frasque —dijo Tabitha.

—Oh, cielo santo... —exclamó Hannah. El alivio que impregnaba su voz era inconfundible—. ¿Dónde está?

—Ya viene —dijo Tabitha.

Movió la mano indicándole a Saskia que hiciera algo con la placa que le acababa de dar.

Saskia fue hacia la ranura en la que Marco había metido la cinta frasque y colocó la placa dentro de ella.

La maquinaria zumbó y vibró durante unos segundos. Una luz verde se encendió debajo del sarcófago.

—¿Alice? —preguntó Tabitha dirigiéndose a todo el recinto en el que estaban—. Alice, ¿puedes oírme?

—HOLA, CAPITANA.

—Alice, quiero presentarte a Hannah Soo.

—HOLA, HANNAH. ¡MENUDO PALACIO! ¿DONDE ESTAMOS?

—Bienvenida a Plenty, Alice.

—¿ESTO ES PLENTY? ¡VAYA, VAYA! ¿ES TUYO?

—Pues... parece que sí, Alice. Pero tengo un problema. Es demasiado grande para mí. ¿Ves eso de ahí abajo?

—CARONTE. BUENO, HANNAH, ESTAMOS BASTANTE CERCA, ¿SABES?

—Alice, cariño mío, si alguien no se hace cargo de los controles y pronto, me temo que dejaré caer toda esta montaña encima de Caronte. Tabitha dice que quizá puedas encargarte de pilotar este trasto. ¿Es cierto?

—NO LO SÉ, HANNAH... —dijo Alice. NO ESTOY SEGURA DE SI PODRÉ HACERLO.

—¡Alice! —gritó Tabitha—. ¡No puedes haberlo olvidado!

—Sí puede —dijo Xtasca sin perder la calma.

—La contraseña —le recordó Saskia con voz apremiante.

—Oh, oh, Dios, Alice... Alice, escucha. El camino es muy largo y no se vuelve de él.

La luz verde parpadeó. El lector de placas zumbó, canturreó y se quedó callado.

Abrí los ojos.

La negrura y el frío del espacio bostezaban en todas direcciones extendiéndose ante mí. Vi los granitos y ondulaciones doradas que lo recorrían como si fueran hebras de la más fina telaraña imaginable. Vi la estela centelleante de la *Ciudadela*; las turbulencias como venas de oro atrapadas en una masa de hielo negro allí donde Tabitha había llegado rugiendo de la luna en la lanzadera que estaba enfriándose dentro de mi hangar. Estaba suspendida en el mismísimo confín de un sistema solar, y podía ver la textura de las dimensiones que se extendían alejándose hasta más allá de Saturno, más allá de los asteroides, más allá de Marte y de la Tierra, y me acordé de que allí había un viñedo en el que una pequeña barcaza había estado durmiendo durante siete años; y más allá de la Tierra hasta llegar al Sol... Y también podía ver las líneas que se tensaban en lo alto tirando de mí en todas direcciones. Las líneas me hacían cosquillas, y sonreí. Líneas de posibilidad...

Me acordaba de ellas, y sabía que no tenían fin.

—PREFARADA —dije.

Sigue llamándome Alice. A veces no respondo cuando me llama por ese nombre, y debo confesar que entonces me siento bastante culpable. He estado reconstruyendo algunas partes de la vieja bitácora, las más recientes, y me ha sorprendido y divertido descubrir que la Personalidad SN179476.900 era bastante curiosa y casi debería decir que pintoresca. Su dedicación al trabajo y su decisión de seguir adelante pasara lo que pasase resultan doblemente encomiables si tenemos en cuenta que apenas entendía cuanto estaba ocurriendo. Era la Bergen Kobold BGK009059 y estaba orgullosa de ello. ¡Y pensar que los mandarines de la Sanczau guardaron todo esto dentro de un cascarón tan frágil ! Si la pobrecita lo hubiese sabido se le habrían aflojado todos los remaches del susto...

Los pasajeros me llaman Plenty, y ya me he acostumbrado. Parece que los frasques no tenían ningún nombre para referirse a lo que construyeron y jamás consiguieron utilizar. En cualquier caso, tampoco soy esa estructura o el conglomerado totalitario de reflejos y pulsiones irracionales. Todo eso me disgusta bastante..., hasta que empiezo a inspeccionarlo por dentro.

Entonces es cuando Tabitha y los demás —Hannah incluida— tienen ciertas dificultades para conseguir que vuelva a prestarles atención.

Puede que algún día nos encontremos con los frasques. Cuando lo hagamos creo que no seremos capaces de establecer ningún tipo de comunicación con ellos, y si hay alguna clase de conflicto no tendremos ni la más mínima esperanza de salir vencedores de él. Después de todo, no hemos sido muy considerados con ellos, ¿verdad? No hay ninguna respuesta que los frasques puedan entender salvo la sumisión más abyecta. Antes de marcharnos los supervivientes del ejército que nunca llegó a luchar fueron evacuados a un asteroide deshabitado, pero a juzgar por su aspecto y su

forma de comportarse es bastante dudoso que logran sobrevivir. Un enjambre que carece de reina no puede seguir adelante.

Puede que algún día nos encontremos con los capellanos. Quizá decidan volver al sistema terrestre para darle un buen escarmiento. Quizá lleguen mientras estamos viajando. Quizá ya han llegado.

Serán recibidos con una mezcla de repugnancia y desafío. Los nidos de capellanos encontrados en los zikkuraths de los eladeldis fueron rápidamente destruidos por el nuevo amo de los eladeldis, al que ahora obedecen desplegando esa misma gama de virtudes despreciables que pusieron al servicio de la especie que les trajo al sistema terrestre. Los eladeldis se conforman con tener alguien a quien obedecer.

Quizá estoy dando la impresión de que no me interesa demasiado saber cómo van las cosas "en casa", y si es así les ruego que me disculpen.

Cuando puedes verlo de un extremo a otro y abarcarlo con los sentidos adecuados, el hiperespacio no resulta tan aburrido. Hablo metafóricamente, claro; pues el hiperespacio no tiene extremos ni final, y comprendo que debo pedir disculpas por expresar semejantes tecnicismos de una forma tan tosca. La mayor gloria de la que puede enorgullecerse nuestro idioma es su irregularidad, y ésta sigue siendo tan frenética y vigorosa ahora como cuando era utilizado por una parte de un solo planeta. Su estructura promiscua establece conexiones y se multiplica de una forma soberbia al nivel animado, pero no puede transmitir ningún dato referente a las propiedades internas del espacio material o la música de las esferas. Los acontecimientos no son lo más importante. Lo realmente significativo es la organización de esos acontecimientos. Ciertos aspectos de la lengua tibetana quizá permitan...

Pero supongo que no desean leer un ensayo sobre las virtudes de la lengua tibetana. Quieren saber qué ocurrió y eso es lo que les he contado.

Soy una nave estelar, no un oráculo o un pozo de sabiduría; y haría falta un cerebro mucho mejor que el mío para explicarlo con claridad, pero quizá les interese saber que mi examen de los campos de la lingüística de partículas frásque me hace sospechar que el tiempo quizá también posea una mecánica sintáctica de la tendencia y el giro, y que el mismo tiempo podría ser un campo generado por lo que podríamos llamar "gramática de la identidad". Existen muchas probabilidades de que nuestra forma de enfrentarnos a la textura de la vida cotidiana y reproducirla para los demás, transmutándola en historias, tenga más que ver con la física lúdica de la expresión verbal que con la ontología tal y como la entienden los seres humanos. Quizá debamos admitir la existencia de algo parecido a un evento cuántico narrativo sin el cual resulta imposible que se produzca el devenir histórico. Algo así como arrojar un perk al Gran Canal; o como recoger a otro perk de la superficie de Caronte...

Me preguntó si podía hacerlo. Bueno, después de todo es mucho más fácil arrojarlos que devolverlos al sitio en el que estaban.

Le dije que creía que sí, y le expliqué lo sencillo que era.

Sentí el centelleo de docenas de rayos tractores activándose en mi vientre y me estremecí. Cada haz de energía atravesó el vacío y se estrelló contra la tensa burbuja climática que había sobre la luna congelada, traducándose

frenéticamente en la interfaz para no causar ninguna perforación en algún punto del perímetro. Extendí un pequeño tubo de mi propia atmósfera alrededor de cada haz y lo introduje en la atmósfera de la burbuja sin permitir que se produjese ninguna mezcla entre las dos. Era como si poseyese cien dedos y la sensibilidad de cada uno de ellos fuera tan delicada que podía guiarse por la temperatura corporal de un perk enloquecido; y podía ver con las yemas de mis dedos igual que lo haría una mujer ciega desde su nacimiento. Podía curvar cada dedo alrededor de un perk y su botín, separando a algunos de las feroces ventosas que indicaban la presencia de un capellano enfurecido, arrancándolos delicada pero firmemente del suelo para llevarlos a través de la burbuja y del vacío hasta devolverlos sanos y salvos a los confines de mi mundo.

—¡Eh! —exclamó Hannah—. Tienes un auténtico don natural para esta clase de cosas, cariño... ¿Qué hacías antes de dedicarte a esto?

Hannah y yo hemos estado hablando... ¡Oh, no paramos de hablar! Es una suerte que nadie pueda oírnos, pues me temo que nuestras conversaciones resultarían insoportablemente aburridas.

—¿Puedo soltar los controles? —preguntó Hannah en cuanto Tabitha me hubo activado—. ¡Ah, gracias a Dios! ¿Estás escuchando, Dios? Si lo que acabo de experimentar es el estado de la majestad divina, puedes quedártelo.

Capté el equivalente mental al gesto de frotarse enérgicamente los hombros con las manos.

—Pero seguramente una mujer tan ambiciosa como tú... dije.

—¿Cómo sabes que soy ambiciosa? —me interrumpió Hannah—. Acabamos de conocernos, ¿no?

Y un instante después se dio cuenta de que mi presencia se extendía por todo Plenty.

—Oh—murmuró—. Sí, claro.

—Podemos compartir las tareas de conducción —dije yo intentando ser cortés con ella.

Hannah dijo que no. Dijo que Ni Soñarlo, Encanto. Algún tiempo después me explicó que tener que encargarse de mi trabajo sería una grave limitación para ella. Está claro que existe algún aspecto de la condición humana del que todavía no soy consciente.

—Creo que conseguí activar el impulsor por pura suerte —me confesó.

—Tengo una explicación mejor —dije yo—. Cuando Xtasca transmitió la segunda parte de la cinta desde las entrañas de la Horrible verdad, añadí algo a la señal.

—¿Qué añadiste?—preguntó Hannah.

—Una configuración.

—Muy inteligente por tu parte.

—No pude evitarlo —dije yo—. Fue algo automático. Después de todo, no soy más que una máquina.

Y sigo siéndolo, siempre que se utilice una definición del término lo suficientemente amplia.

Había varias personas en el pasillo y querían entrar. Visitantes asustados, frasques que se tambalean, un par de limpiadoras altaceanas... Ah, y el *spaniel*. Tabitha alzó la cabeza y se incorporó en su sillón.

—¡Fuera de aquí! ¡Todos! Hannah, ¿puedes vaciar el edificio?

—Ya lo hice en una ocasión —replicó Hannah—. Antes de...

—Antes —dijo Tabitha.

Una voz empezó a hablar en el pasillo. Intentaba sonar tranquilizadora, pero el tono era bastante crispado y hablaba demasiado deprisa.

—Sueño de los Justos pide disculpas a todos nuestros queridos huéspedes, pero esta instalación va a dejar de funcionar dentro de unos momentos. Gracias por haber escogido Sueño de los Justos. Tengan la bondad de seguir las luces verdes y encontrarán la salida más próxima.

La voz repitió su mensaje y fue sustituida por los acordes del arpa.

Tabitha hincó los codos en los brazos del sillón e inclinó la cabeza hasta apoyarla en las manos. Saskia empezó a darle masaje en el cuello. Tabitha extendió un brazo y la detuvo.

—Bien, ¿queréis venir? —preguntó.

—Sí —dijo Saskia—. No quiero perderme esto.

—Capitana, ¿adónde vamos? —preguntó Xtasca.

—¿Que adónde vamos? Bueno... Supongo que será mejor regresar.

—¿Regresamos? —exclamó Saskia poniendo cara de desilusión— ¡Creía que íbamos a seguir adelante!

Tabitha dejó escapar un gemido.

—Ahora no, por favor...

—Capitana, no creo que sea una buena idea —la advirtió Hannah—. Cuando me marché de allí las cosas estaban bastante mal. —Guardó silencio durante unos momentos—. Y no han mejorado mucho —confirmó.

—Creía que querías ponerla a prueba para averiguar de qué es capaz —insistió Saskia.

Tabitha alzó una mano con dificultad, como si pesara toneladas.

—Alice, ve hasta la barrera. Intenta...

—YA NO HAY NINGUNA BARRERA, CAPITANA—dije yo—. SE HA ESFUMADO.

Vi cómo el rostro de Tabitha se iluminaba apenas hube pronunciado esas palabras. Estaba exhausta y se sentía tan sucia y flácida como un calcetín particularmente horrible que había encontrado debajo de su catre en la *Alice Liddell* hacía un par de años, pero su alma de piloto tenía que responder a esa revelación de alguna forma. Era como si le hubieran quitado del regazo ese móvil sistema solar que no quería y lo hubieran arrojado por la escotilla para

que se perdiera dando tumbos en los gigantescos brazos de la galaxia que esperaba el momento de acogerla.

Por fin podía darle una buena noticia. Era una sensación muy agradable.

—Próxima siempre me ha parecido un sitio muy interesante —sugirió Xtasca.

Sus ojillos rojizos volvían a brillar.

—EN CUALQUIER CASO, CAPITANA, SUGIERO QUE ABANDONEMOS ESTA POSICION LO MAS PRONTO POSIBLE —dije yo—. SI LA CIUDADELA DE PORCELANA CONTEMPLADA A LA PRIMERA LUZ DEL AMANECER DECIDE VOLVER PARA INVESTIGAR LO OCURRIDO, PUEDE PRESENTARSE AQUI EN CUESTION DE SEGUNDOS.

—Tabitha, podemos ir a Venus —dijo Saskia—. A rescatar a Marco.

—De acuerdo —dijo Tabitha—. ¿Alice?

—TRAZANDO EL CURSO —dije—. PREPARADA.

—Vaya rapidez —comentó ella mirando a su alrededor como si buscara algo que pudiera protegerla.

—SI ES NECESARIO PUEDO SER MUY RAPIDA, CAPITANA.

—Adelante, Alice.

Activé el impulsor frásque por primera vez. Recuerdo la increíble sensación de enormidad que sentí cuando se desplegó debajo de mí. El impulsor se abrió, se hinchó y siguió hinchándose como si pensara seguir creciendo eternamente. Me encontré forcejeando con él. Tenía que sacar más energía de donde fuese. Miré rápidamente a mi alrededor y hacia abajo.

Las incongruentes praderas de Caronte habían quedado salpicadas de carne muerta y las aguas de aquel río paradójico estaban manchadas de sangre. El microclima seguía funcionando.

No creía que nadie fuera a necesitarlo en el futuro. Extendí mis brazos invisibles hacia abajo.

El jardín parpadeó y se esfumó.

Ah, sí, mucho mejor... Alimenté el impulsor y empezamos a movernos. Despacio, de forma casi imperceptible.

Tabitha extendió los brazos y se apoyó en el sarcófago.

—Nos estamos moviendo, ¿verdad, Alice? —preguntó.

—Sí, CAPITANA.

Xtasca se desconectó del sarcófago.

—Me gustaría echar un vistazo a ese impulsor frásque —anunció volviendo la cabeza hacia Tabitha.

—Quizá deberías esperar un par de minutos —dijo Hannah—. Si he de ser sincera, en tu lugar yo no tendría ningún deseo de acercarme a él.

—Yo sí —dijo Xtasca.

—No toques nada, Xtasca —dijo Tabitha.

—Por supuesto, capitana —dijo Xtasca, y se alejó zumbando en su platillo.

Tabitha dejó que la cabeza se le fuera inclinando hasta colgar entre los hombros.

—No me necesitas para nada más, ¿verdad?

Saskia puso cara de preocupación.

—¿Adónde vas? —quiso saber.

—Me voy a la cama —anunció Tabitha—. Ah, sí... Saluda a Marco de mi parte.

—ESTAREMOS ALLI ANTES DE QUE SE HAYA QUEDADO DORMIDA, CAPITANA—observé.

—No apuestes por ello —dijo Tabitha—. Hannah, ¿hay algún hotel que funcione?

—Le he reservado una suite, capitana.

—Estupendo —dijo Tabitha, y bostezó.

Sus ojos recorrieron la estancia y se posaron en Saskia, la representante congelada, la lucecita verde que brillaba sobre el lector y el umbral por el que acababa de salir Xtasca.

—Todos os habéis portado estupendamente —farfulló mientras iba hacia la puerta.

—¡Tabitha! —gritó Saskia.

Tabitha se volvió. Estaba muerta de cansancio.

—¿Qué?

—Nada —dijo Saskia retrocediendo unos centímetros—. Yo... Yo sólo... ¿Qué harás cuando despiertes?

Tabitha se las arregló para sonreír. Había círculos oscuros debajo de sus ojos y manchas de sangre y vómito sobre su pijama hecho jirones, y la saliva cáustica de los alienígenas le había hecho unas cuantas calvas en la cabellera.

—No lo sé —dijo—. Quizá quiera divertirme un poco.

Después volvió a girar sobre sí misma, pasó junto a los policías que seguían estremeciéndose y a los dignatarios muertos y fue por el pasillo hasta llegar a la salida. El aparcamiento se estaba empezando a llenar. Frasques que se habían quedado sin reina, heridos y gente que había perdido la cabeza, fanáticos de la supervivencia con mochilas de camuflaje y el rostro cubierto de pintura negra, robots insatisfechos, navegantes borrachos de permiso, saqueadores atiborrados de anfetaminas, enchufados sonrientes envueltos en túnicas azules, perks que blandían sus trofeos, thrants recubiertos de cuero, cadáveres de varias especies y altaceanos que hurgaban en los bolsillos de los cadáveres... La multitud que se había congregado alrededor de la puerta avanzó hacia Tabitha en cuanto la vio cruzar el umbral y empezó a gritar pidiendo mil cosas distintas e imposibles a la vez, pero Tabitha no les hizo ningún caso. Se abrió paso a codazos por entre el mar de cuerpos y se alejó.

La observé marchar desde el sensor de seguridad que había encima de la puerta, y vi como su silueta se iba empequeñeciendo y dejaba de ser una persona identificable hasta convertirse en una mancha gris que desapareció entre una multitud multicolor.

Y vi que Saskia echaba a correr detrás de ella.

—¿Tabitha? —gritó—. Tabitha, ¿puedo ir contigo?

FIN